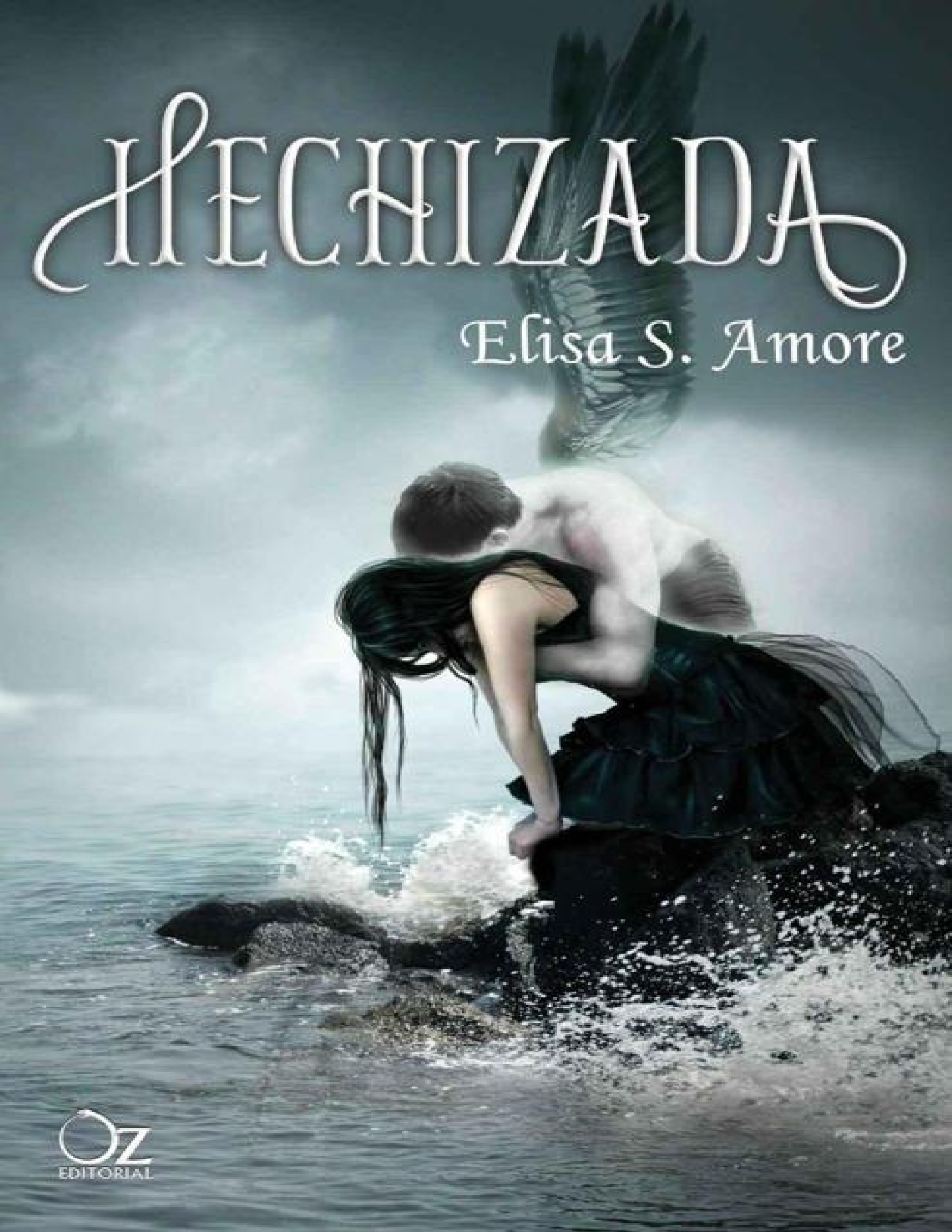


MECHIZADA

Elisa S. Amore



HECHIZADA

Elisa S. Amore

Traducción de Elena Rodríguez



HECHIZADA

V.1: noviembre, 2014

Título original: *Touched - La carezza del destino*

© Elisa Strazzanti, 2013

© de la traducción, Elena Rodríguez, 2014

© de esta edición, Futurbox Project, S. L., 2014

Ilustración de cubierta: Renu Sharma

Adaptación de logotipo: Genís Rovira

Publicado por Oz Editorial

C/ Mallorca, 303, 2º 1ª

08037 Barcelona

info@ozeditorial.com

www.ozeditorial.com

ISBN: 978-84-16224-11-1

IBIC: YFHR

Depósito Legal: B. 19775-2014

Maquetación: Taller de los Libros

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley.

Hechizada

¿Qué estás dispuesta a sacrificar cuando la única persona que puede salvarte es la misma que debe matarte?

Evan es un ángel de la muerte y su misión es garantizar que el destino de los habitantes de la Tierra se cumpla tal y como está escrito.

El tiempo de Gemma está a punto de acabarse y Evan es el elegido para asegurar que muera y acompañar su alma al otro mundo.

¿Pero qué sucede cuando entra en juego el amor? ¿Puede un ángel de la muerte renegar de sí mismo y desafiar al destino?

Evan tendrá que enfrentarse a las leyes del cielo y del inframundo si quiere salvar a la chica de la que se ha enamorado perdidamente.

A mi marido Giuseppe y al pequeño Gabriel Santo.

Gracias a vosotros soy una persona mejor.

Lo sois todo para mí.

ÍNDICE

- Prólogo
1. Resplandor
 2. Atracción explosiva
 3. Estancamiento
 4. Sueño
 5. Decepción
 6. Sensación espeluznante
 7. Alquimia
 8. Efímera esperanza
 9. Incendio
 10. Beso funesto
 11. Visiones
 12. Advertencia
 13. Inquietantes sospechas
- Evan
14. Inquietud
 15. Entre hombres
 16. Prisionero
 17. El desahogo
 18. Tormento
 19. Adiós
- Gemma
20. El despertar
 21. El fin
 22. Espectro de hielo
 23. Confidencias
 24. Intimidaciones
 25. Ajuste de cuentas
 26. Dentro o fuera
 27. Confesiones
 28. Instinto y deseo
 29. Reflejo en el espejo
- Evan
30. Estrategia peligrosa
 31. Gota fatal
- Gemma
32. El Ángelus
 33. Traición

34. La fuga

35. La caza

36. Escondite

37. Olvido

Epílogo

Agradecimientos

Sobre la autora

¿Qué estás dispuesta a sacrificar cuando la única persona que puede salvarte... es la misma que debe matarte?

Prólogo

Detroit, Michigan

17 de marzo, 1.45 de la madrugada

La sombra del destino lo esperaba camuflándose en la noche, envuelta por sus espiras, a veces protectoras, a veces amenazantes. Gélidas, como el corazón de quien dominaba la oscuridad.

Seguiría esperando, porque él llegaría.

Soplaba un viento helado del norte que anulaba los sonidos que recorrían las calles en un estertor lúgubre e inquietante. Las ráfagas se llevaban consigo el olor acre del vicio que se colaba por la ranura de las ventanas y atravesaba la espesa capa de cortinas, echadas para esconder los secretos: un paraíso perdido velado por un cóctel letal de polvo blanco y deseos concedidos.

El estruendo de un coche dejó en segundo plano el ritmo frenético que provenía del interior del edificio. El vehículo se acercó y se detuvo frente a la imponente entrada, haciendo añicos los tonos oscuros de la noche con su rojo Ferrari.

Como plata líquida, ojos de hielo brillaron en la oscuridad, afilados como la hoja de un cuchillo, como los ojos de un gato que ha divisado a su presa, mientras un hombre con melena cobriza bajaba del coche con actitud fiera.

El viento intensificó su fuerza mientras una sonrisa avispada se escondía en la penumbra.

—¡Eh! —exclamó el hombre con voz arrogante, moviendo dos dedos hacia el aparcacoches, que vestía un traje gris, para que se acercara—. Te estoy hablando a ti.

El aparcacoches se acercó inmediatamente, como si el reclamo del hombre hubiese sido una orden, e inclinó la cabeza a modo de reverencia antes de agarrar al vuelo las llaves que el propietario del coche le acababa de lanzar.

—Señor Mason, bienvenido al Royalty Pleasure. Es un placer volver a tenerle con nosotros.

—Cuida de mi señora —le ordenó sin ni siquiera preocuparse de responderle. Pasó un dedo por la deslumbrante carrocería. Después, una sonrisa irónica le iluminó el rostro—. Estoy seguro de que esta noche tendré demasiadas a las que conceder mi atención.

Jasper Mason abrió la puerta del pasajero con actitud socarrona.

Dos piernas larguísimas y desnudas asomaron por la puerta roja y una mujer, envuelta en un ceñido abrigo negro, salió del vehículo ignorando la mano que le ofrecía el hombre. Pasó por su lado con gracia, dejándolo con la mano suspendida en el aire para reponerse del agravio sufrido. El hombre, con su orgullo herido, parpadeó y apretó la mandíbula durante un segundo antes de cerrar la puerta. Después se acercó al aparcacoches, que lo miraba con la espalda recta y la cabeza altiva, y le cogió la etiqueta que llevaba en el pecho. Se acercó a la escasa luz de neón que procedía del edificio a sus espaldas para examinarla.

—Byron Sullivan —leyó con dificultad, como si a sus ojos les costara enfocar las palabras. Le colocó bien el cuello de la chaqueta, alisándolo con cuidado mientras el joven continuaba mirándolo, impasible—. Apuesto a que no podrías pagármelo con todo lo que tienes —sentenció bruscamente,

como si quisiera desquitarse del rechazo de la mujer—. Más te vale que me lo devuelvas sin un rasguño —le advirtió, señalando el coche.

—¡Jasper! ¿Vienes o tengo que entrar sola? —gritó la mujer desde la puerta.

El viento volvió a soplar con más intensidad, obligándola a agarrarse el escaso tejido que cubría su piel mientras un escalofrío helaba las venas de Jasper de forma inesperada. Una sensación espantosa lo obligó a mirar hacia atrás. Una vieja farola centelleó y se apagó. Sus ojos recorrieron la acera vacía hasta el otro lado de la calle, semiescondido en una oscuridad arcana, como si la amenaza que sentía proviniera de aquel punto. Frunció el ceño al descubrir que sólo se trataba del viento.

Negó con la cabeza, mofándose de sí mismo:

—Y pensar que aún no me he aplicado a fondo esta noche —susurró—, no más que en otras ocasiones, al menos. Debe de ser este sitio.

—¡Demonios, Jass! ¡Me estoy helando aquí fuera! —le apremió la mujer.

Jasper se deshizo de aquellos pensamientos insólitos y rodeó con un brazo el cuello de la chica mientras escondía algunos billetes en el bolsillo del hombre alto e imponente que se elevaba por encima de sus menudas siluetas. El fornido gorila que custodiaba la puerta apenas se movió, como si no los hubiera visto.

—Bien —respondió ella, encolerizada—, empezaba a pensar que tenías demasiadas cosas a las que prestar atención como para acordarte de mí.

A pesar del reproche que escondían sus palabras, Jasper captó la pena en su voz. Resopló con desenfado mientras volvía a agarrarla, esta vez por la cintura.

—¿Pero qué dices, pequeña? ¿Si no, qué haría aquí contigo? Supongo que no vas a estar de morros toda la noche, ¿verdad? Tenemos muchas horas por delante hasta que amanezca. —El ruido del interior llegaba sofocado y amortiguado hasta que la puerta se abrió—. ¡Dejémonos llevar en este infierno!

El ritmo frenético y ensordecedor de la música los embistió y provocó una descarga de adrenalina en sus venas.

La puerta se cerró a sus espaldas, empujándolos al interior.

3.49 de la madrugada

El golpe furioso de una puerta de servicio desgarró la calma de la noche. Jasper avanzaba con dificultades en la oscuridad obligando a una mujer enfundada en un vestido rojo a seguirlo.

—¡Señor Mason, déjeme! ¡Le he dicho que no tengo ninguna intención de ir con usted! —La voz de la mujer delataba su consternación mientras caminaba junto al hombre, que tenía el cerebro nublado por un cóctel de sustancias ilegales incluso en aquel lugar.

El callejón trasero sofocaba cualquier sonido en la lúgubre oscuridad de las estrechas paredes de aquel rincón dejado a la mano de Dios. Parecía una espesa capa negra. El polvo cubría toda la superficie y se mezclaba con el hedor de la basura que había en las aceras, convirtiendo el aire en un sarcófago nocturno.

—Vamos, pequeña apostadora.

La versión borracha y derrotada de Jasper seguía arrastrándola, intentando vencer sus lábiles

defensas. A pesar de la precaria estabilidad del hombre, ella nunca podría contrarrestar su fuerza.

Otro tirón a la mujer y la noche los envolvió por completo con su manto oscuro.

—¡No... no puede obligarme a estar aquí con usted! —dijo con un hilo de voz desesperada. Su autocontrol empezaba a ceder mientras el cuerpo del hombre la empujaba contra la pared—. ¡Déjeme, le he dicho que me deje! —gritó al borde de las lágrimas—. Por favor... —suplicó casi con resignación. Después, un atisbo de esperanza la iluminó, como luz abriéndose paso en la oscuridad—. ¡Aquella mujer, les he visto juntos, estaba con una mujer en el local! ¿Qué pensaría su novia si nos viera ahora mismo? —Intentó hacerlo entrar en razón.

Una carcajada vibró en el cabello de la mujer, helándole la sangre. Su intento desesperado no había surtido efecto. El hombre se mofó de ella.

—No podría. Mi novia cree que estoy en la cama... Ah, pero supongo que te refieres a Jasmine... Adorable, cierto, pero no es más que una furcia. Una de tantas. —Jasper se apartó un instante para poder ver su rostro en el velo negro que envolvía el aire—. Igual que tú. No nos verá nadie, tranquila.

Ella negó con la cabeza, asustada, y Jasper le puso un dedo en los labios.

—Dime cómo te llamas...

La mujer, paralizada por el miedo, no respondió.

—Ándate con cuidado, pequeña... O podría dejar de ser tan amable.

—¡Vanessa, me llamo Vanessa!

—Nessa —repitió mientras la contemplaba atentamente. Parecía que aquel nombre le gustaba—. Diría que no eres de aquí; hablas bien mi idioma, pero tienes un acento tan delicioso... Francesa, ¿verdad? Te confieso que eso me vuelve loco.

—Por favor...

—Shhh, no quiero hacerte daño —murmuró mientras recorría su cuello con la nariz—. Sólo quiero divertirme un poco contigo. Después me lo agradecerás. —Le lamió el lóbulo de la oreja mientras ella se retorcía de repugnancia—. Es una promesa —añadió en un susurro que evidenciaba su excitación.

—Por favor, se lo pido, yo...

—Te gustará —jadeó. La agarró por las nalgas y la levantó, apretando su cuerpo contra el de ella, preso del deseo—. ¿Crees que no me he dado cuenta de cómo me has estado mirando toda la noche?

—¡No! —contestó enseguida, como si hubiera hallado una vía de escape—. Se... se equivoca. Es mi trabajo. Sólo llevo aquí dos noches, déjeme, por favor. Simplemente me han pedido que sea amable con los clientes que vienen a apostar...

El hombre gimió de deseo al escuchar el sonido prolongado de su voz.

—¿Lo ves? —Le apartó el pelo y se lo colocó detrás del hombro—. Esto es exactamente lo que vas a hacer por mí, sólo tienes que ser amable, yo me ocuparé del resto. —Le besó la base del cuello y Vanessa empezó a temblar; su cuerpo se sacudía y las lágrimas que había reprimido hasta entonces comenzaron a caer—. Además, yo no soy un cliente cualquiera, soy un hombre importante, ¿sabes? No querrás que te despidan, ¿verdad? —murmuró sobre su piel mientras le bajaba las braguitas hasta las rodillas.

—¡No! ¡No, por favor, pare! —suplicó, indefensa como una niña pequeña.

Con una sola mano, el hombre se desabrochó el cinturón y los pantalones mientras con la otra recorría de abajo hacia arriba el muslo de la mujer hasta llegar a las nalgas. El placer lo aturdió de

tal modo que un gemido se escapó de su boca justo cuando una lágrima, cálida, se deslizaba por el rostro de Vanessa, resignada ante lo que estaba a punto de suceder.

—No te hagas la estrecha. Aquí todas sois unas putas —jadeó Jasper, pero un ruido metálico rompió aquella intimidad impuesta. El eco resonó en el callejón con un sonido tétrico y amenazador.

Jasper levantó la cabeza. Su corazón latía con fuerza y sin control. Aquella distracción fulminante bastó para que Vanessa se zafara del hombre. Lo empujó con toda su fuerza justo cuando Jasper levantó la cabeza, alarmado por aquel ruido inesperado, y forcejeó hasta que se liberó de él. En ese momento, a unos metros de allí, la tapa de una alcantarilla rodó por el asfalto, ignorando las leyes de la física.

—Pero qué diablos... —soltó Jasper, aturdido por la violenta interrupción. Hipnotizado por el ruido metálico de la tapa, no se dio cuenta de que Vanessa había escapado hasta que oyó unos tacones de aguja alejándose por el callejón apresuradamente.

Un gato con el pelo erizado dio un brinco y aterrizó sobre unos contenedores, haciendo que se sobresaltara de nuevo.

—Estúpido gato —despotricó con un nudo en la garganta, expulsando el aire que no quería salir de sus pulmones. La fuerza que le proporcionaban las drogas empezaba a disminuir; era el turno de las arritmias y los temblores repentinos e involuntarios—. ¡Estúpidas mujeres! —gruñó de nuevo, ululando en la oscuridad—. ¡Corre, escapa! ¡Me da igual, sólo había salido para mear! —gritó al repiqueteo de la mujer, cada vez más débil—. Puta —dijo entre dientes—. No debería haber venido a este agujero, todos están como una cabra.

Mojó la pared con su orina mientras se deshacía de sus escorias líquidas. El ruido de la cremallera al cerrarse resonó en el callejón de forma extraña.

Jasper empezó a temblar, pero no parecía una consecuencia de las drogas. Era como si algo en su interior se estuviera despertando, poniéndolo en alerta. Miró a su alrededor, preocupado de repente; sentía que no estaba solo, que alguien lo estaba observando.

—¿Quién hay ahí? —gritó presa de un pánico inesperado. Dio algunos pasos, poco a poco, con cautela. El sonido de sus zapatos al moverse era espectral. Se sobresaltó al oír el chirrido de la puerta a sus espaldas, pero cuando se giró, con un nudo en la garganta, vio que estaba cerrada—. Pero qué cojones...

Todos los nervios de su cuerpo estaban en tensión y su corazón latía a un ritmo tan desenfrenado que sus venas iban a reventar en cualquier momento. Una ráfaga de viento lo abofeteó y Jasper giró la cara enloquecido, como si alguien de verdad le hubiera pegado.

—¿Quién anda ahí? —volvió a preguntar.

Un fragor lo sorprendió al fondo del callejón; algo había caído al suelo procedente de los contenedores de basura pútridos. Jasper se llevó la mano a la espalda, agarró la pistola y cinco disparos frenéticos estallaron en la noche antes de que pudiera controlar su reacción. Fue recuperando el resuello mientras su cuerpo volvía a temblar.

Todo lo que había a su alrededor enmudeció.

Lentamente, Jasper se acercó adonde acababa de disparar, intentando distinguir lo que la noche se esforzaba en ocultarle. Con el pie apartó algo negro que había en el suelo. Se trataba de una mera bolsa de basura. Una rata chilló y le asustó.

—Rata de mierda, te voy a matar.

Levantó la pistola para disparar al roedor, pero el lúgubre aullido de un lobo resonó a lo lejos como el lamento de una bestia infernal, creando un eco amenazador y haciendo que su ritmo cardíaco

se acelerara de nuevo como un temporizador enloquecido. Jasper se frotó los ojos con la mano, su frente estaba perlada de sudor frío.

—¡Joder! No debería volver a meterme esa mierda —se dijo con las manos temblando.

Una ligera niebla, helada e inquietante, se insinuaba en la oscuridad. La atmósfera no podía ser más espectral. Jasper sintió de repente la necesidad de alejarse de aquel lugar. Decidió regresar al local, pero a su espalda seguía percibiendo el aliento de aquella presencia, como si se tratara de un fantasma empeñado en atormentarlo.

El silencio había tomado las riendas de la noche y él se esforzaba por recuperar la calma. Pero por alguna razón no conseguía moverse y los escalofríos sacudían su cuerpo. Se preguntó si aquella noche había ido demasiado lejos, si su cuerpo sería capaz de soportar los lujos que se daba.

En un rincón de su conciencia, algo seguía insistiendo en que no se trataba de las drogas. Otro escalofrío le azotó la piel. Tragó saliva y escuchó un sonido; no supo si provenía del aire, de la tierra o quizás de su interior. Pero aquel ruido amenazante le había helado la sangre en las venas, paralizándolo. Ríos de sudor caían por sus sienes mientras un gruñido espectral, inhumano, lo hacía temblar. Se preparó para apretar el gatillo.

—¿Quién cojones...?

Un sonido violento a sus espaldas le obligó a girarse; un pinchazo en el pecho le arrebató el aire de los pulmones, como una planta a la que arrancan violentamente de la tierra. Sus pupilas ardieron por un instante, aterradas, al ver el hierro oxidado que le atravesaba el cuerpo a la altura del corazón, pero enseguida perdieron vigor y sus ojos se rindieron.

Salpicaduras de vida de color escarlata se deslizaban por el metal, goteando en el hormigón húmedo hasta formar un charco carmesí.

Con el barniz desconchado impregnado de sangre, la barandilla de la escalera antiincendios seguía vibrando. La repentina y disparatada carrera de Jasper se había detenido al resbalar y clavarse el hierro en la carne. Un último espasmo y la muerte, fulminante, le arrancó la vida mientras su mirada reflejaba el grito sofocado de su abatimiento enmudecido.

El último aliento se escapó de su boca y su cuello se abandonó en una postura inhumana.

El viento no había dejado de soplar.

Como plata líquida, afilados como la hoja de un cuchillo, unos ojos de hielo brillaron en la oscuridad como los ojos de un felino que ha capturado a su presa.

Un silencio fantasmagórico envolvió su cuerpo mientras, como un ángel de la noche, una sombra se reflejaba en sus iris apagados. La sombra del destino.

*Entonces Dios el Señor hizo que el hombre cayera
en un sueño profundo y, mientras éste dormía,
le sacó una costilla y le cerró la herida.
De la costilla que le había quitado al hombre,
Dios el Señor hizo una mujer y se la presentó al hombre.*

Génesis, 2:21-22

La muerte, por muy cruel que sea cuando llega sin avisar, no asusta tanto si no te deja tiempo para que te des cuenta de lo que está a punto de sucederte.

Conocer el destino, en cambio, es una condena terrible, quizás peor que la propia muerte. Un preludeo a la locura.

Temer el espectro de la muerte en cada aliento es una desgarradora cuenta atrás que te agota y te priva de la voluntad de oponerte a ella con tal de que el eco de su susurro se aplaque en el gélido silencio que se lleva las cosas. Es como un veneno letal que actúa sigilosamente secando tus fuerzas, abatiendo las defensas de tu mente, hasta que llegas al punto de querer rendirte y dejar que te envuelva con su manto negro para evitar que sea el miedo quien te mate... lentamente.

Aquel ángel de la muerte estaba allí por mí y pronto vendría a buscarme porque, de un modo u otro, yo tenía que morir. Era mi destino. ¿Quién era yo para oponerme?

1. Resplandor

Miraba por la ventana en silencio; el profesor Butler ya había empezado su clase de inglés. Era uno de aquellos días en que habría preferido saltarme las clases: no es que no me gustara ir al colegio, al contrario, pero después de varias semanas de lluvia incesante, por fin había salido el sol.

Marzo empujaba para que el invierno dejara atrás su manto de cristal y se retirara, dando paso a la primavera después de su prolongado letargo. La naturaleza me dejaba boquiabierta en aquella época del año... aunque durante el resto de meses también. En aquel rincón de paraíso escondido entre montañas daba igual cuántas veces me detuviera a observar los detalles o cuánto me esforzase en intentar discernir cuáles eran sus secretos; porque cada vez era diferente y, en cada estación, fuera cual fuera mi estado de ánimo, un simple vistazo al paisaje bastaba para olvidarme de todo lo que llevaba dentro, como si la naturaleza quisiera apoderarse de mí. Incluso parecía que la luz del sol brillaba de una forma extraña, como en ningún otro sitio, envolviendo cada superficie en un mágico hechizo.

No podía despegar los ojos de la ventana ni siquiera un instante, aunque la clase estuviera a punto de acabar y el profesor se aclarara la voz continuamente en un intento de llamar mi atención y la de aquellos que, como yo, estaban embobados con aquel bocado de primavera.

Contemplaba el verdor que se vislumbraba a lo lejos, a unos cientos de metros, y me imaginaba vagando por el bosque, donde a menudo me refugiaba del resto del mundo, respirando el perfume del musgo que lucha contra los últimos restos de nieve en busca del sol, localizando los troncos de forma perfecta para apoyar mi espalda en su corteza rugosa. Con un libro en el regazo, me imaginaba alejándome del mundo, liberando la mente más allá de los límites del cuerpo, mientras los ojos, que recorrían las páginas línea a línea, como veleros alados, me transportaban a lugares lejanos, y el bosque, salvaje y misterioso, me ofrecía su protección.

De pequeña, mi padres y mis profesores insistían en que fuera más sociable, pero yo seguía encerrándome en mi cascarón cada vez más a menudo y creando una barrera que me hacía inaccesible a los demás. Al final desistieron y abandonaron la idea de moldear mi carácter, demasiado tranquilo y terco. Siempre había preferido la tranquilidad de un buen libro a un ruidoso grupo de personas. Y cada vez que entraba en el Bookstore Plus parecía surreal el modo en que un libro me escogía, o al menos esa era la sensación que tenía. Una percepción muy fuerte, como si se tratara de un deseo recíproco.

En el pequeño pueblo donde vivo desde que nací, todos los rincones que abarca la vista, por muy lejos que se encuentren, están rodeados de árboles, y la vegetación crece lozana. En pleno corazón de las montañas Adirondack, perdida entre majestuosos bosques e increíbles lagos, a 568 metros de altitud, está la pequeña ciudad de Lake Placid, en el condado de Essex, dentro del estado de Nueva York. Aquí la naturaleza reina libremente y todo es verde. Dos mil seiscientos treinta y ocho son las almas que viven en armonía en este pequeño paraíso perdido.

Es difícil no quedar atrapado en sus encantos, aunque la mayoría de la gente que conozco prefiere las grandes ciudades.

Yo, personalmente, siempre he concebido las ciudades como lugares grises y fríos; soy incapaz de entender la fascinación que sienten otras personas por ellas. Nunca me he entusiasmado ante edificios enormes, centros comerciales o por la atmósfera caótica que reina en las grandes metrópolis.

Prefiero el aire puro al contaminado. Probablemente debido a un instinto innato de conservación.

Sólo hay un pequeño inconveniente que me impide pensar en Lake Placid como el sitio perfecto en el que vivir: aquí... todo el mundo conoce a todo el mundo.

Ningún secreto. Ninguna intimidad, sobre todo en la escuela. Es como si la vida de cada uno estuviera completa y constantemente expuesta en un escaparate donde los doscientos cuarenta estudiantes del Lake Placid High School se detienen cada día a echar un vistazo.

Sucesos banales que al cabo de unos días desaparecen del escaparate.

En realidad nunca sucede nada emocionante, excepto algunas actividades deportivas, pero nada increíble rompe la tranquilidad de este lugar, ni la de nuestras vidas.

De vez en cuando miraba el enorme reloj colgado en la pared, pero parecía que el tiempo se había congelado. Tenía la impresión de que aquella clase era más larga que las demás, pero esa sensación quizás se debiera a mis ganas de salir. Afortunadamente, era la última clase del día. El calvario estaba a punto de llegar a su fin.

Aunque el monótono murmullo del profesor penetraba el silencio de mis pensamientos y me molestaba, no dejé que eso me distrajera del paisaje irreal que yo solita, en mi mente, había dibujado.

—¡Pssst! Ehhh... ¡Pssst! Gemma...

Apenas escuché una voz masculina, pero me sobresalté con un golpe seco en mi silla.

—Gemma —repitió.

Alguien intentaba llamar mi atención detrás de mí.

Agudicé el oído, inclinando la cabeza para intentar reconocer la voz, atenuada por el susurro con el que procuraba sofocar las palabras.

—Gemma, ¿me oyes o no? —resopló desesperado.

Un vistazo fugaz me confirmó que Peter Turner era quien me llamaba desde la mesa de atrás.

—¡Shhh, te oigo! —bromeé, moviendo los labios sin apenas emitir sonido alguno.

—Perdona, llevo una hora llamándote. ¿En qué planeta estabas esta vez?

—¿Pero se puede saber qué pasa?

Estaba molesta porque por su culpa se había esfumado la nube de felicidad en la que había conseguido refugiarme. Le había contestado con un tono demasiado áspero, y un sentimiento de culpa se apoderó de mi estómago enseguida.

—Dame la mano. —Parecía que Peter no se había ofendido.

—¿Por qué? —pregunté, perpleja ante su petición.

—Venga, dame la mano. Tengo que darte una cosa.

Alargué mi brazo por encima del respaldo de la silla, intentando que el profesor no se diera cuenta. En cuanto noté algo frío y anguloso, retraje la mano. Abrí el trozo de papel que Peter había doblado en cuatro. Dos palabras escritas en bolígrafo negro resaltaban sobre el fondo blanco.

—¿Cómo? —solté antes de pensar un poco en ello, quizás por el estado de meditación en el que mi mente se empeñaba en regodearse, o tal vez por el impulso que impedía a mi boca obedecer a mi cerebro—. ¿Qué diablos significa esto? ¿Tu padre ha aceptado el trabajo en Europa?

El pánico se adueñó de mí y me puso en alerta. Intenté disimular camuflando las palabras en susurros precipitados y tapándome la boca al darme cuenta de que había levantado el tono de voz. Mi mente se había vaciado de golpe y en la clase ya no quedaba nadie, aparte de mí y del tambor que retumbaba en mi corazón hasta estremecerme el cerebro. ¿Qué iba a hacer sin Peter?

Después lo oí ahogar una risa. No podía verlo, pero apostaba a que estaría negando con la cabeza en aquel instante, con dos hoyuelos pellizcando sus mejillas.

—No, Gemma, es sólo una película. Mi padre seguirá haciendo de herrero aquí. ¿En qué planeta estabas? Sólo quería pedirte que fuéramos juntos al cine, quizás esta noche... Te puedo pasar a buscar o, si prefieres otra peli, podemos ir al Palace Theatre y ver qué más hacen.

Suspiré disimuladamente, aliviada, y mi corazón fue recuperando su cadencia normal. No soportaría perder a Peter por ninguna razón del mundo; es el mejor amigo que se puede tener.

—Lo siento, no puedo. —Me supo mal, pero tuve que declinar su invitación después de dedicar un pequeño instante a considerarlo—. Mañana tenemos examen de mates y lo llevo un poco mal, así que debería estudiar. Lo siento...

—Mmm... lo llevas mal... *tú*. Ya, claro. Vale, pero es una pena.

Capté la decepción en su murmullo.

—¿Qué pasa? —La voz contundente del profesor me sobresaltó—. ¿Qué es ese ruido de fondo? —Escrutó la clase con una expresión severa en el rostro.

Miraba en nuestra dirección, así que me vi obligada a sostenerle la mirada.

—Turner, no voy a pedirle que nos haga partícipes de su conversación, simplemente porque no creo que sea tan importante como para restarle más tiempo a mi clase. —El profesor hizo una breve pausa para lanzarme una mirada fugaz—. Pero les agradecería que se unieran al resto en el debate que estamos manteniendo.

Pánico.

El profesor sonrió socarrón, observándonos tras sus gafas. Miraba fijamente a Peter por encima de mi cabeza, con una expresión acusadora y esperando su respuesta. A mi espalda sólo se oía un silencio cargado de vergüenza. El instinto me hizo intervenir. No era justo que mi media académica me excluyera de ciertas cosas.

—Profesor Butler, Peter no tiene nada que ver, ha sido culpa mía —dije sin pensar en las consecuencias de mi comentario.

El profesor enarcó las cejas en mi dirección, intentando transmitir que no era necesario que interrumpiera, pero ignoré su reproche tácito y terminé lo que acababa de empezar.

—En realidad se trata de una tontería. —Esbocé una gran sonrisa, pero fue poco convincente—. No encuentro mi boli y, ya sabe, para tomar apuntes, le he pedido a Peter si me podía dejar uno. —Mis labios se movieron a toda velocidad en cuanto mi cerebro pensó en algo concreto que decir, una excusa plausible, mientras mi mano mostraba al profesor el boli que sostenía entre los dedos.

El señor Butler hizo una pausa para valorar nuestras expresiones, reflexionando sobre qué decir. Se giró para dirigirse a la tarima y aproveché para darme la vuelta y buscar el rostro cómplice de

Peter.

Me guiñó un ojo, dulcemente. Tenía ese modo extraño de agradecer las cosas.

—Bien —dijo el profesor de inglés, mirándome de nuevo. El corazón volvió a latirme con fuerza al captar la amenaza que escondía su sonrisa—. Ya que ha tomado la palabra, señorita Bloom, quiero asegurarme de que ha seguido la clase de hoy.

Genial. Ahora era yo la que estaba en un lío. Fantástico.

Me miró por encima de las gafas.

—¿Sería capaz, señorita Bloom, de ofrecerme un resumen de lo que se ha explicado hoy? ¿O quizás mi clase no ha sido precisamente de su agrado? —Entrecerró ligeramente los ojos para camuflar su acusación.

Las palabras que había pronunciado su boca, torcida en una mueca de advertencia, resonaron como una *vendetta* personal por el mero hecho de haberle llevado la contraria.

Era evidente que se había dado cuenta de que me había distraído en clase, y también estaba claro que me lo haría pagar a causa de mi inesperada intervención.

Alarmada, excavé entre los recuerdos a corto plazo para sacar algo a flote: una palabra, una frase, un gesto, algo que me diera una pista sobre la lección de hoy. No necesitaba mucho, pero el esfuerzo fue tan veloz como inútil. No recordaba nada.

Me aclaré la voz mientras buscaba ayuda entre mis compañeros con la intención de ganar tiempo.

Cuando estaba a punto de confesar y admitir mi culpa, el sonido agudo del timbre vibró en mi cabeza.

Aguanté la respiración mientras el profesor mantenía el contacto visual.

—Te has salvado *in extremis*. Para la próxima clase quiero que me traigáis un resumen escrito sobre la clase de hoy. Los dos. Y cuando digo próxima clase me refiero a mañana.

Esperé a que el profesor se diera la vuelta para soltar el aire que tenía en los pulmones.

—¡Perfecto! —se quejó Peter con tono sarcástico.

Entendía su aflicción y me sentía terriblemente culpable. Si mi mente no hubiese divagado durante toda la clase, no nos habrían castigado. Todo era culpa mía.

—No te preocupes —intenté calmarlo—, haré los dos resúmenes.

Una chispa le iluminó los ojos aunque se esforzó en ocultarlo. Peter no era ningún *nerd*.

—Pero no hace falta... —replicó, hablando de forma inconcreta para que no me tomara en serio su oposición. Se empeñaba en aparentar desinterés por mi propuesta, pero yo tenía la clave para interpretar su mirada.

Lo observé un instante, enarcando las cejas, sin pronunciar palabra.

Sus labios formaron poco a poco en una sonrisa tan cálida como el sol, justo antes de que su entusiasmo estallara en todo su esplendor contra las paredes que nos rodeaban.

—¡Te voy a comprar un libro en el Bookstore Plus! —exclamó con la intención de corresponderme.

—No hace falta, me compraste uno hace un par de días y todavía no lo he leído.

—Eso te pasa porque siempre lees lo mismo.

Le di un golpecito en la cabeza y Peter agarró el respaldo de mi silla intentando hacerme caer.

—He tenido que hacer muchos deberes, aunque, claro, tú no sabes qué es eso de los deberes. Y que conste, volver a leer *Jane Eyre* es siempre una experiencia nueva.

—Si tú lo dices...

—Voy a fingir que no has dicho nada y haré el resumen de los dos.

Peter me sonrió mientras refrenaba las palabras que estaba a punto de decir. Se puso la mochila al hombro y alargó una mano para acariciarme la cabeza.

—Eres la mejor, pero no puedo reconocer mi mérito en algo en lo que no he participado. En serio. No quiero que hagas todo el trabajo tú sola, tal vez podría... colaborar. Y así pasamos un rato juntos, ¿qué te parece?

—No sé cuánto ganaría con tu *colaboración* —respondí con sarcasmo intentando ignorar el brillo de esperanza en sus ojos—. Siempre acabamos haciendo los deberes mal y a última hora. Y mañana hay examen de mates...

La luz de sus pupilas se apagó y el velo de tristeza que apareció en su lugar me hizo cambiar de idea. Últimamente no había cuidado lo suficiente nuestra amistad; había estudiado mucho y pasado la mayoría de las tardes leyendo con la única compañía de la nieve que me observaba desde el alféizar. Pero no me había dado cuenta de que ese distanciamiento le pesaba mucho más a Peter que a mí. Yo también le necesitaba, pero saber que siempre estaba ahí, a dos pasos de casa, era suficiente para mí, aunque no para él.

—Había pensado en ir al lago Mirror después del colegio. Apúntate, si te apetece... —le propuse, convencida de que un paseo por la Grassy Knoll, la pequeña colina verde que había junto al río, restablecería los equilibrios. En verano íbamos muy a menudo, para tomar el sol o bañarnos, sobre todo cuando la playa pública estaba abarrotada.

—¡Fantástico! —Su respuesta llegó como un cañonazo. A veces le resultaba difícil contener su entusiasmo—. Nos vemos a las cuatro —dijo antes de salir de clase. Intentó despeinarme otra vez al pasar por mi lado, pero lo detuve a tiempo levantando una mano en señal de que, si lo hacía, iba a recibir.

—A las cuatro —confirmé mientras salía del aula, escondiendo una sonrisa.

La expresión de Peter me había convencido para disfrutar aquel día de sol resplandeciente y ni siquiera los deberes del señor Butler iban a estropearlo. Con su compañía, mi día se teñía de colores alegres. Fueran cuales fueran las circunstancias, me hacía reír con sus muecas y el optimismo que irradiaba, como un aura que siempre le acompañaba. Y cuando le pedía algo, él siempre estaba ahí. Siempre.

Hubo una época en la que fuimos inseparables. Después, no sé cómo ni cuándo, algo cambió entre nosotros, aunque ni siquiera yo sabía qué.

Pero había una cosa que no había cambiado: lo que sentía por Peter. Nunca había sido un amigo más.

Era un hermano.

Levanté la cabeza y el aula estaba vacía. Guardé los libros en la mochila y me puse en pie, impaciente por salir de aquel edificio y respirar aire fresco, impregnado de fragancias que prometían primavera.

No quería desperdiciar ni un rayo de sol, así que me fui andando a casa en lugar de coger el autobús; un sonriente Peter me observaba desde uno de los asientos mientras el vehículo se alejaba.

Las aceras estaban pobladas de otros estudiantes que, como yo, habían decidido volver a casa a pie para disfrutar del día.

—¿Ya has escogido vestido para la fiesta?

Miré hacia el cielo mientras me preguntaba si aquellas dos siempre hablaban de lo mismo. Eran dos compañeras de clase de trigonometría, Ashley Kane y Brenna Wyle. Iban delante de mí desde que habíamos salido del colegio, por lo que me vi obligada a escuchar sus discursos superficiales y fútiles. La más alta, Ashley, esperaba una respuesta.

—¡Estoy tan indecisa! ¿Cuál crees que me queda mejor, el azul o el rojo? —preguntó, con voz de pánico.

Ashley reflexionó unos instantes antes de darle su opinión.

—El azul es más intrigante —sugirió.

—¿Bromeas? ¡Me hace más gorda! —gritó Brenna mientras las pupilas de Ashley se dilataban ante la reacción de su amiga.

Como si eso fuera posible... Evalué de un vistazo los dos palillos que tenía como piernas. Un cuerpo delgado *sin un ápice* de grasa; no sé por qué no se daba cuenta.

—¿Y entonces por qué me lo preguntas? —la acusó Ashley con el mismo tono ácido.

Mientras seguía su charla, se me escapó una risita y llamé su atención. El efecto que causé en las chicas me tranquilizó y me alivió, pues aceleraron el paso y se alejaron de mí a toda prisa.

Mientras doblaban la esquina al fondo de la calle, su conversación empezó a dar vueltas en mi cabeza, como una mosca pesada. Habían mencionado una fiesta... La última a la que Peter me había arrastrado tuvo lugar el fin de semana anterior, en casa de Daryl Donovan, el campeón de hockey de la escuela, y no recordaba ninguna otra invitación reciente. Repasé una a una las últimas veces, pero parecía que últimamente había una cortina que me separaba de los demás, como si me hubiera refugiado en un envoltorio cálido y tranquilizador y ya no pudiera volver a la realidad. Me sentía como una crisálida encerrada en su capullo. O quizás la gente tenía razón y mi capacidad de socializar, en lugar de mejorar, empeoraba con los años.

¡El baile! Explotó en mi cabeza como un globo aerostático.

Estaba tan abstraída... Seguro que en la escuela no se hablaba de otra cosa; este año habían adelantado la fecha. Me costaba mucho concentrarme en algo que no estuviera impreso y encuadernado. Sin darme cuenta me estaba apartando de los demás. Como si mi cabeza estuviera en otro sitio. Como si no existiera nada, aparte de los libros, en lo que valiera la pena pensar.

El olor a comida se notaba desde la calle. Mis padres solían tomar algo rápido en el trabajo, y yo generalmente comía en el colegio a las once y media, junto a mis compañeros. El comedor del instituto tenía varios turnos en función del curso. Por la noche mis padres llegaban tarde; se dedicaban por completo a la pequeña cafetería que teníamos en el centro. A veces, incluso, me iba a dormir antes de que volvieran a casa. No obstante, a mi madre le gustaba cocinar, cuando el trabajo le ofrecía una pequeña tregua, y aprovechaba esas ocasiones para reunir a la familia y comer juntos.

Entré por la puerta a eso de las dos y media y los encontré en casa con la mesa puesta. Seguramente era un modo de intentar compensarme por su ausencia. Aunque en días como ese acababa comiendo dos veces, en el colegio y en casa. Pero no me importaba, siempre me había encantado comer. Lo agradecía en especial cuando estaba nerviosa.

Me encantaban los detalles de mi madre. A veces era muy difícil ignorar esa sensación que me

invadía cuando ellos no estaban y la casa parecía tan vacía y mucho más grande de lo que era en realidad. Quizás eso explicara por qué desde pequeña había encontrado tan buena compañía en los libros. A menudo me sentía sola, especialmente desde que hacía unos años había muerto mi abuela. En un gesto instintivo me llevé la mano al colgante con forma de mariposa con las alas cerradas que tenía en el cuello y recordé el día que me lo regaló y su sonrisa afable. Siempre sonreía. Las yemas de mis dedos se detuvieron un instante en la incisión del colgante. Mi nombre. Y el suyo. No sé cómo habría superado su muerte, la primera de un familiar cercano, si no hubiera tenido a Peter; para eliminar la niebla de la oscuridad con su ternura y, en los peores momentos, ayudarme a derrotar la soledad cual valiente caballero.

Por la noche solía cocinar yo; pero como mis padres volvían tarde, casi nunca cenábamos juntos.

La cafetería ocupaba todo su tiempo y sus energías, y la clientela seguía aumentando por el turismo. No podía quejarme en ese sentido. Pero lo que me preocupaba era su horario ilimitado.

Al entrar en casa me recibió el extraordinario olor de las patatas al horno.

—Pajarillo, ¿eres tú? —preguntó mi madre al oír el ruido amortiguado de la puerta al cerrarse—. Esto está casi listo.

—Odio cuando me llama así —murmuré entre dientes mientras dejaba la mochila de color verde oscuro en el linóleo del pasillo.

—He hecho patatas al horno —anunció, casi presumiendo, justo cuando entraba en la cocina.

Me acerqué a ella. Un sutil aroma a comida le perfumaba la piel. Le di un beso rápido en la mejilla y me fui a lavar las manos.

Recorrí el pasillo, cruzando por el gran arco que daba acceso al salón, decorado con muy buen gusto por mi madre, como el resto de la casa.

Subí las escaleras para ir al baño, que estaba junto a las habitaciones. El pasillo era largo y siempre que lo recorría, encendía la luz; el vago recuerdo de una película de terror que vi con Peter asomaba de vez en cuando.

—¿Bajas o qué? ¡Estoy hambriento! —dijo mi padre con sarcasmo. Antes de volver al piso de abajo escuché sus risas familiares desde la escalera.

Siempre había admirado el modo en que mis padres conservaban aquella despreocupación aunque el trabajo los dejara agotados. En una situación en que muchos matrimonios se colapsaban, el suyo estaba cada vez más unido.

—Ya estoy aquí —anuncié mientras bajaba los escalones de tres en tres.

Miré con diversión sus rostros impacientes y, con una estudiada lentitud, tardé un poco en sentarme a la mesa de nogal de la cocina.

Mi padre estaba ansioso por devorar la comida que había en su plato, y el aroma a especias no hacía más que aumentar su apetito de león. Entre bocado y bocado, observaba en silencio y con disimulo cómo se intercambiaban miradas cómplices. Me preguntaba si yo también, algún día, encontraría a alguien a quien amar de un modo tan intenso. Mis padres llevaban toda la vida trabajando codo con codo y nunca se habían dejado abatir por las adversidades. Esas miradas eran una prueba clara de que su amor, fuerte y duradero, no había cambiado.

Se querían como el primer día. De eso estaba segura.

—Buenísimo —dije mientras me acababa el último bocado.

—En serio, Josephine —confirmó mi padre con entusiasmo—. En serio te superas cada día.

—Has repetido dos veces «en serio». ¿Qué te pasa, me estás tomando el pelo?

Mi madre estaba acostumbrada al sarcasmo de mi padre, pero amenazó con golpearlo con la cuchara de madera que tenía entre las manos, aunque él la detuvo a tiempo y en un rápido gesto, la empujó hacia él y la sentó sobre sus piernas.

—¡Josh! —protestó, fingiendo estar alterada por sus atenciones delante de mí.

La verdad es que me había acostumbrado a las carantoñas que se hacían, era algo normal. Pero desde hacía un tiempo, su relación había despertado en mí un sentimiento que no conseguía descifrar del todo. Soledad, tal vez, mezclada con resignación y conciencia de que nunca sentiría algo tan profundo por alguien. Un ligero estremecimiento agitaba mi estómago últimamente.

—¡Joshua Alexander Bloom, suéltame inmediatamente! —Mi madre, todavía en las rodillas de mi padre, intentaba zafarse mientras él la seguía provocando, arrancándole risitas ante la vergüenza que sentía—. Venga, que es muy tarde —le recordó, mirándolo fijamente para que parara—. Tenemos una entrega, ¿te acuerdas?

—¿Es muy tarde? —objeté, mirando el reloj—. Vale, os podéis ir, ya me encargo yo de recoger todo esto. De todos modos tenía que hacer unos recados después de comer —los tranquilicé. Pero desperté la curiosidad de mi madre sin darme cuenta.

—¿Recados? —preguntó, levantando una ceja—. ¿Qué tipo de recados? —Se mordió el labio inferior, pero no pudo camuflar la sonrisa y los ojos se le iluminaron—. Tiene que ver con un chico, ¡di la verdad! —me soltó.

—No tiene que ver con ningún chico —respondí con una mueca—, se trata de... Peter.

—Que yo recuerde, la última vez que lo vi era un chico —intervino mi padre con su absurdo sarcasmo—. Supongo que sigue siéndolo, ¿no? —Fingió preocupación bajo aquella ironía.

—Papá, tu extraño sentido del humor ha ido a la baja en los últimos años —respondí.

—¿Pero acaso alguien está bromeando? Nunca se sabe, con los tiempos que corren...

Resoplé. Sus pullas no siempre me molestaban.

—Venga, ya me entiendes —añadió poniéndose serio—. El chico está loco por ti, ¿cómo es posible que no te des cuenta?

Lo miré atontada mientras mi cuerpo se enfriaba por el efecto de sus palabras. Era como si, de repente, un chorro de agua helada me hubiese caído encima.

No conseguía imaginarnos a Peter y a mí *juntos*. En *aquel* sentido. ¿Cómo podían siquiera pensarlo?

—No hay nada entre nosotros —dije rápidamente. Mi madre captó la vergüenza y la sorpresa bajo el tono duro e inflexible que había utilizado para camuflarlas.

Nunca había pensado en Peter desde ese punto de vista. La idea era absurda. ¿Por qué no se daban cuenta?

—Pajarillo. —Mi madre interrumpió mis pensamientos—. No puedes decir que no es algo plausible. Quizás tú no sientes nada por Peter, pero ¿has pensado alguna vez que quizás él sí? —Su planteamiento me descolocó. Pero no podía negar que tenía cierta lógica. ¿Por qué me sentía incapaz de hablar?—. Puede que no te hayas dado cuenta —continuó, disminuyendo la intensidad de la voz—, pero yo he visto cómo te mira.

Aquello no estaba pasando. Esa conversación no podía llevarnos a nada bueno.

—Mamá, Peter y yo sólo somos amigos —rebatí, intentando zanjar el tema—. Sabes muy bien cuánto me importa, pero lo nuestro es una relación *fraternal*. ¡Para mí sería como el incesto! No hay nada ni nunca habrá nada *romántico* entre nosotros, se me pone la piel de gallina con sólo pensarlo.

Y, créeme, estoy completamente segura.

Mi madre frunció los labios en un gesto que repetía cuando las palabras no eran suficientes para expresar su preocupación.

—Lo único que digo es que vayas con cuidado para que no se haga ilusiones. Sé que nunca querrías que pasara, pequeña, pero inconscientemente podrías herir sus sentimientos. No lo dirías por su apariencia, pero es un chico muy sensible.

—Tienes razón, cada vez es más grande, los chicos crecen tan rápido a esa edad...

Ambas miramos de reojo a mi padre, que levantó las manos escabulléndose de la conversación:

—Sí, sí, realmente *sensible*.

Mi madre me apremió con la mirada para que le hiciera caso.

—Vale, lo tendré presente —contesté, afectada todavía por el peso de sus palabras.

Hoy ha sido repatriado a Los Ángeles el cadáver del conocido jugador de fútbol Jasper Mason, hallado muerto en el callejón trasero de un club nocturno de Detroit, en Michigan. El cuerpo estaba rodeado de un charco de sangre; el filo puntiagudo de una escalera antiincendios le había atravesado el pecho. Nacido y criado en California, Mason llevaba unos años jugando en el Rotherham United, equipo inglés que acaba de ascender a la League Two. No hay testigos que puedan esclarecer lo sucedido a la policía. Los agentes encontraron una pistola junto a la víctima y varios casquillos en el callejón parecen indicar que hubo una pelea con armas de fuego, aunque no hay pruebas que señalen la presencia de otras personas en la escena. La novia de Mason, devastada, afirma que hablaron por la tarde, pocas horas antes del incidente, porque el jugador de fútbol la llamó para cancelar su cita. El cuerpo lo encontró Jasmine, la chica con la que Mason había llegado al local. Después de que el fallecido desapareciera durante la noche, la joven volvió al edificio al alba en busca de su compañero. La autopsia ha revelado restos de estupefacientes en el cuerpo del hombre, que podrían estar directamente relacionados con su muerte. Aun así, la dinámica del incidente sigue siendo una incógnita...

Eché un vistazo al reloj y quité el volumen de la televisión. Después de acabar de limpiar, la apagué. Seguía dándole vueltas a las palabras de mi madre. ¿Peter sentía algo por mí? ¿Algo romántico? ¿Cómo había logrado no darme cuenta de nada?

Subí distraídamente las escaleras, casi atontada, y me arrastré hasta mi habitación, al fondo del pasillo. Al abrir la puerta, *Iron*, el carlino rollizo de pelo leonado que tenía desde hacía diez años, me dio la bienvenida moviendo la cola. Casi nunca se levantaba de su cojín, aunque la puerta de mi cuarto tenía una apertura abatible para que pudiera entrar y salir a sus anchas. Contemplar sus ojazos negros hizo que me olvidara de cualquier preocupación. Lo llamé *Iron* porque mis padres me lo regalaron durante el Ironman, un importante evento deportivo que Lake Placid acoge cada año y donde participan triatletas de todo el mundo. Otro intento por parte de mi madre de llenar el vacío que dejaban debido al trabajo.

Cogí la correa del armario y se la puse para llevarlo al lago, aprovechando que hacía un día radiante. Me apresuré en salir porque con *Iron* iba a tardar más en llegar; necesitaba pararse cada dos por tres y marcar el territorio. Generalmente le concedía todos los caprichos; lo único que tenía que hacer era levantar su cabecita de frente rugosa. Parecía como si hubiera aprendido a usar ese truco

cada vez que quería algo. Cogí la cámara réflex que me habían regalado mis padres al cumplir quince años. Siempre había sentido pasión por la fotografía, empujada quizás por el deseo de captar cada pequeño detalle y convertirlo en inmortal. Por eso las paredes de mi habitación estaban forradas de recuerdos e instantáneas robadas.

Peter me había mandado un mensaje para quedar en la orilla del lago Placid en lugar de en la Grassy Knoll del lago Mirror. Pero, en realidad, sabía perfectamente por qué había cambiado de sitio. En el Mountain Mist tenían el mejor helado de todo el condado, la única *delicatessen* que Peter tomaba de vez en cuando.

Después de observar el lago durante un rato y de hacer fotos a gente que pasaba por allí, me senté en el embarcadero con los pies colgando sobre el agua. Siempre quedábamos ahí, desde pequeños, y a lo largo de los años habíamos acumulado un montón de recuerdos en aquel sitio. En verano nos gustaba tumbarnos en el embarcadero a tomar el sol y contemplar el cielo o tirarnos al agua.

Un grupo de chicos en canoa pasó por allí delante, formando unas ondas que iban menguando hasta llegar hasta mí. Cuando se alejaron, el agua recuperó la calma y el lago volvió a ser un espejo inmóvil. Abrí con cierta resignación el libro de inglés que había metido en la mochila y *Iron* se hizo una rosquilla a mi lado. No sabía por qué, pero no lograba leer ni unas cuantas líneas seguidas sin perder la concentración. Las palabras se deslizaban por las páginas para acabar dispersándose en el aire. Por mucho que me centrara en el texto, tenía que leer y releer el mismo párrafo una y otra vez. Parecía que concentrarme era una gesta imposible. La voz de mi madre seguía resonando en mi cabeza por encima del texto de literatura inglesa. Intuí la imposibilidad de concentrarme en la lectura, mis buenos propósitos se desvanecieron rápidamente y me dejé caer sobre los listones de madera, rindiéndome al gorjeo de los pájaros. Cerré los ojos bajo los rayos del sol. Era muy agradable sentir cómo las mejillas se iban calentando poco a poco. Un calor tenue que me infundía una profunda sensación de paz.

Aquel leve torpor ejercía de bálsamo. Una ligera brisa me acariciaba la piel. Un rato después, tenía la impresión de llevar horas allí, oscilando entre el sueño y la vigilia. Mientras, el batir de las alas de los pájaros me acunaba, alzándome en el viento como si fuera una pluma que estaba bajo su control. Las hojas de los árboles se tocaban, comunicándose en un leve murmullo. Y yo, perdida en aquel silencio, distinguía el agua que se encrespaba en la superficie del lago, el alboroto de las ardillas en los árboles...

El aire estaba cargado de aromas reconfortantes y familiares. Con los ojos aún cerrados, respiré hondo y, bajo los párpados, el mundo se oscureció, como si alguien hubiese apagado de repente el sol. Abrí los ojos: una especie de sombra sin rostro, una silueta oscura, se recortaba inmóvil, interponiéndose entre mi cuerpo y la luz.

—Peter, ¿eres tú? —pregunté sin moverme, reconociéndolo a duras penas por sus hombros. En cuanto mis ojos se acostumbraron de nuevo a la luz, su rostro apareció nítido, con una expresión tan reconfortante como el sol. Aunque lo estaba viendo al revés y a contraluz, incluso desde aquella posición percibía los hoyuelos que acompañaban a su cálida sonrisa. Nunca me había dado cuenta de la dulzura que imprimía a su mirada. Tampoco me había dado cuenta de cómo su piel morena hacía resaltar a la perfección sus rizos negros, muy cortos. Aún tenía el pelo un poco mojado. Después del entrenamiento de lacrosse, seguramente se había duchado en los vestidores del colegio y ni siquiera se había secado el pelo para no llegar tarde a nuestra cita.

De repente hasta su físico me parecía más atlético. ¿O quizás eran mis ojos, que ya no se atrevían a mirarlo como antes? En el fondo Peter siempre había sido deportista, como la mayoría de los

chicos en Lake Placid.

Un extraño rubor invadió mis mejillas al darme cuenta de que, por primera vez, lo encontraba atractivo. «¿En serio me he puesto roja a causa de Peter?». Avergonzada por el rumbo que estaban tomando mis pensamientos, esperé que Peter no notara el repentino flujo de sangre en mi cara.

—Gemma, te has puesto roja. ¿Qué pasa?

Su perspicacia me dejó sin palabras.

—Pero, ¿qué dices? —negó enseguida—. Será por el sol —dije para convencerlo, tocándome las mejillas—. Seguramente... seguramente me he quedado dormida. Dios, ¡me arde la cara! —exclamé, con la intención de deshacerme de la vergüenza que se estaba apoderando de mí.

—Déjame ver. —Sus labios sonrieron mientras se inclinaba hacia mí, con el claro propósito de comprobar en persona mi temperatura corporal.

Me aparté de forma brusca para evitar que me tocara. Peter parecía confundido ante mi insólita reacción.

—¿Pero se puede saber qué te pasa? —exclamó, sorprendido por la rapidez con la que me había movido. Entendía que mi comportamiento pudiera confundirlo. Nada había cambiado desde la última vez que nos habíamos visto, pocas horas antes. No había nada raro en sus gestos, ni en su forma de acercarse a mí y tocarme. Pero no lograba verlo con los mismos ojos. La insinuación de mi madre afloró de nuevo para ponerme en guardia.

No quería hacer nada que le diera esperanzas.

—No me pasa nada. ¿Por qué? —dije, intentando mantener una expresión vaga—. ¿Te apetece un helado? —pregunté, anticipándome a su deseo.

Peter levantó una mano y me despeinó. Era algo que no soportaba, pero a él le daba igual.

—Nunca se te ha dado bien cambiar de tema —soltó, divertido, pillándome *in fraganti* otra vez.

—¿Te he dicho alguna vez que eres insoportable? —le regañé con ironía, cerrando casi por completo los ojos. Los suyos imitaron los míos.

Tardó unos segundos en buscar una respuesta en voz alta.

—Veamos... quizás cuando... no, espera, debió ser cuando... ¡No, estoy casi seguro de que nunca lo has dicho en voz alta! —replicó con una estudiada lentitud mientras su boca dibujaba una sonrisa que le iluminó la cara.

Frené el estremecimiento en mi estómago y mantuve un tono risueño.

—Entonces eso significa que te lo digo por primera vez. ¡Eres realmente insoportable, Peter Turner! —Me mordí los labios, pero no conseguí aguantarme la risa.

«Insoportable y adorable», pensé mientras se alejaba caminando hacia atrás, sin darme la espalda.

—Espérame aquí. ¿De qué quieres el helado? —me preguntó mientras seguía moviéndose hacia atrás—. ¡No, espera! No me lo digas, fresa y chocolate —adivinó sin dejarme tiempo para responder—. ¿Acaso hay alguien que te conozca tan bien como yo? —Era una pregunta retórica. Hasta él sabía la respuesta.

No.

Nadie me conocía mejor que Peter. Siempre era el primero en prestarme su apoyo cuando lo necesitaba. Y no era el último en irse, porque nunca se había ido. Se quedaba conmigo, escuchando mis silencios. Le bastaba con mirarme a los ojos para saber cómo me sentía. Siempre había pensado que a mí también... Hasta aquella tarde.

Contemplaba a Peter mientras se alejaba de allí cuando, de repente, un rayo rasgó el cielo sobre

su cabeza. Me agaché en un gesto instintivo y abrí los ojos de par en par, con un nudo en la garganta. El viento cogió fuerza y una ráfaga helada cruzó a través de mi cuerpo como una muda advertencia. Los pájaros echaron a volar, asustados.

—¿Qué ha sido eso? —tartamudeé incrédula, en voz baja, sintiendo una especie de escalofríos eléctricos que recorrían mis brazos. La adrenalina fluía por mis venas. Estaba excitada y... *asustada*. No sabía qué emoción dominaba en mí. Me costaba controlar la respiración, el corazón me latía con intensidad.

—¿Qué ha sido... el qué? —preguntó Peter con toda la calma del mundo, preocupado únicamente por mi reacción.

Parecía que los pájaros, que habían desaparecido en bandada, también habían notado aquel extraño rayo.

—¿Qué... quieres decir que no lo has visto? Venga, no me tomes el pelo. ¡Ha sido enorme... y ha caído tan cerca...! —exclamé, sorprendida por su expresión—. Es imposible que no lo hayas visto.

Tenía que haberse dado cuenta, incluso *Iron* no dejaba de ladrar.

—¿Pero de qué diablos estás hablando? ¡No he visto nada! —repitió convencido.

—Una cosa... enorme... como un rayo. ¡Sobre tu cabeza! —expliqué, intentando sonar racional.

Peter se puso a reír, echando la cabeza hacia atrás.

—¿Un rayo? Pero si no hay ni una triste nube...

El miedo empezaba a dar paso al enfado.

—Te digo que lo he visto. ¡Con mis propios ojos!

—Ahhh... —Peter asintió lentamente, como si lo hubiera comprendido, pero algo en aquel gesto dejaba entrever que no me estaba tomando en serio—. ¿No sería por casualidad algo esférico, iluminado por lucecitas de colores? —preguntó con cara divertida, dibujando un círculo con el dedo sobre su cabeza.

—No te rías de mí, estoy hablando en serio.

—Espérame aquí, voy a buscar los helados —gritó con impaciencia. Sofocó una sonrisa y se alejó—. ¡Ah, y no dejes que se te lleven los extraterrestres ni el hombre del saco! —me advirtió a lo lejos.

Preocupada, apoyé el pecho en las rodillas mientras Peter desaparecía de mi campo de visión. La posibilidad de que hubiera imaginado el rayo empezaba a asomar en mi cabeza, del mismo modo que la carcoma se abre paso en la madera. Miré a mi alrededor, contemplando el rostro de los que paseaban por allí, pero parecía que nadie había notado nada.

«Quizás se ha estrellado un avión...». Descarté enseguida aquella hipótesis, era absurdo. Alguien habría visto algo. Pero todo el mundo parecía muy tranquilo.

Seguramente Peter tenía razón. El reflejo del sol me habría cegado por un momento. Tenía que ser eso.

Me relajé e intenté calmar a *Iron*, que no paraba de moverse.

Era extraño, nunca lo había visto tan excitado. Se estaba portando de un modo insólito. De hecho, desconocía que tuviera tanta energía.

—Eh, ¿qué te pasa? Cálmate, Iny. —Su comportamiento estaba empezando a ponerme nerviosa. *Iron* emitió un gruñido tenebroso, un estertor bajo que desencadenó un escalofrío de terror en mi espalda.

Ladraba como un loco, ignorando mis esfuerzos por tranquilizarlo. Era como si un demonio lo

hubiese poseído. Un segundo escalofrío me heló el corazón cuando me di cuenta de que *Iron* miraba hacia el bosque, una zona que nunca hasta entonces me había parecido hostil. Parecía intuir una amenaza.

—Cálmate, shhhh... —le susurré, pero me ignoró; sus ladridos eran cada vez más intensos. Tiraba de la correa con mucha fuerza, exigiéndome que lo acompañara a través de aquella masa oscura de maleza y árboles que seguía mirando fijamente, casi sin parpadear.

El bosque nunca me había inquietado; al contrario, a menudo me refugiaba allí, desde pequeña. Pero no lograba dominar la tensión que se había apoderado de mí.

Como si por primera vez escondiera algo oscuro y siniestro, con todas aquellas ramas retorcidas, que parecía que quisieran atraparme y engullirme.

—¡Se acabó, *Iron*! —le ordené, haciendo un esfuerzo por que mi voz sonara firme. Sólo conseguí emitir un gritito asustado que él ignoró—. *Iron*, cálmate, me estás asustando —murmuré con un hilo de voz. Tenía que dejar de leer historias paranormales—.

«¿Por qué tarda tanto Peter?», me pregunté mirando a mi alrededor, cada vez más preocupada.

Todavía no sabía que aquella distracción iba a salirme cara.

En ese breve instante, la correa me resbaló de las manos por la insistencia de *Iron*. Como un muelle, se alejó tan aprisa que ni siquiera pude reaccionar y agarrarla antes de que se me escapara. En un abrir y cerrar de ojos, había desaparecido entre los árboles.

El pánico se apoderó de mí, el miedo me dominaba. Tenía que ir tras él antes de que fuera demasiado tarde. Si *Iron* se adentraba en el bosque, no lo encontraría vivo. Sería la cena de algún animal salvaje.

Respirando a duras penas y con las lágrimas a punto de bajar por mis ojos, salí corriendo tras él. Me detuve frente a la negra masa de los árboles, abatida por la pesadumbre y la preocupación.

Reuní todo el valor que pude, dejé los cálidos rayos de sol a mis espaldas y me adentré en la oscuridad del bosque.

2. Atracción explosiva

—*Iron*... *Iny*, ¿dónde estás? Venga, pequeño, vuelve aquí.

Mi voz se abría paso con timidez en aquel bosque húmedo. Mi aliento jadeante por la desesperación tapaba cualquier otro sonido. Por algún motivo absurdo, no quería revelar mi presencia en aquel lugar; me daba miedo. O quizás era la insólita calma que flotaba entre los árboles la que enfatizaba cada sonido. No había nada más siniestro que aquel silencio sepulcral. *Iron* había dejado de ladrar. Intenté concentrarme en seguir sus huellas, llamándolo sin parar, pero era como si el bosque se lo hubiera tragado.

Mi corazón latía con fuerza mientras buscaba alguna pista. El pánico me devoraba a cada paso sobre aquel terreno húmedo y escarpado. *Iron* era demasiado importante en mi vida como para renunciar a él. No pensaba volver sola a casa, aunque tuviera que pasar la noche en aquel lugar tan fantasmal.

—¿Te has perdido?

Me giré de golpe al oír aquella voz. Un hombre calvo había aparecido de la nada a mis espaldas. Me sonaba de algo, pero no recordaba de qué.

—¿Necesitas ayuda? ¿Te acompaño a casa?

—Estoy buscando a mi perro —expliqué.

—Lo siento, no he visto a ningún perro.

—Gracias de todos modos, seguiré buscándolo —dije, mientras caminaba hacia atrás para alejarme. En el bosque era mejor no fiarse de nadie.

—Como quieras, pero ten cuidado, pronto anochecerá y podría costarte encontrar el camino para salir de aquí.

Asentí y aceleré el paso para alejarme de él.

Intenté memorizar el recorrido que había hecho. El lago había desaparecido por completo a mis espaldas, escondiéndose tras los árboles, y no estaba muy segura de saber salir de allí. Pero no iba a preocuparme de eso hasta que encontrara a *Iron*.

Aparte de mis pasos sobre las hojas y las ramas secas, el silencio se había vuelto más profundo, como si el bosque se hubiera quedado dormido. No, no era una quietud plácida y serena. Más bien flotaba en el aire una calma hosca, mística, casi surreal, como si los árboles y las hojas aguantaran la respiración por miedo de algo... *o de alguien*. Incluso el viento había cesado por completo.

Levanté la vista para contemplar las copas de los arces, inmóviles como si alguien las hubiera congelado. Los rayos del sol se filtraban a través de las hojas, proyectando inquietantes juegos de luz sobre mi piel. Una grieta se abrió en mi corazón ante la idea de no volver a ver a mi carlino. El crujido violento de un cúmulo de hojas secas me sobresaltó. Me quedé quieta, me asustaba mirar hacia el lugar del que provenía el ruido. Podía tratarse de *Iron*... *O quizás no*.

—*Iron* —murmuré al ver una maraña de hojas verdes que se movían ligeramente.

El ambiente era tan espectral e inquietante que ante aquella espera ansiosa mi cerebro tanteó cada posible amenaza.

Justo después, una trufa negra y húmeda asomó entre las hojas, devolviéndome a la vida.

—¡Iron! —Salí corriendo hacia él. La angustia empezó a desaparecer y cada músculo de mi cuerpo se fue relajando poco a poco—. ¿Se puede saber qué se te ha pasado por la cabeza? —lo reñí en voz baja, como si me fuera a contestar—. Nunca más vuelvas a hacerme algo parecido. ¿Dónde te habías metido? —susurré, de rodillas, abrazándolo contra mi pecho.

Otro ruido, más seco y muy cerca de mí, me puso en alerta. Abrí los ojos de golpe.

Algo se movió a mis espaldas. Mi corazón se detuvo.

Había alguien más en el bosque.

Mi cuerpo empezó a temblar y palidecí.

Los músculos no respondían. El terror me impedía moverme. Miré de reojo y distinguí una silueta desenfocada. Un escalofrío de advertencia me recorrió el cuerpo antes de que pudiera darme la vuelta.

Me giré con un movimiento repentino, esperando que se tratara de una ilusión inducida por un juego de luces y sombras, un engaño del bosque.

Y entonces lo vi.

Sus ojos me capturaron como un imán, liberando una feroz descarga eléctrica en mi piel, y todo lo que estaba a mi alrededor desapareció, absorbido por aquel chico.

Nuestras miradas se mantuvieron clavadas en la del otro, inconscientes.

Su silueta, inmóvil, se recortaba ante el tronco de un pino que cubría la luz a sus espaldas, dejándolo ligeramente desenfocado, como si se tratara de un espejismo, una proyección de mi mente.

Una pequeña arruga surcaba su frente. La veía a pesar de estar en penumbra. Parecía confuso. Como si mi atención lo sorprendiera. *Como si hubiera podido hacer otra cosa excepto mirarlo...*

Por alguna mística razón no podía dejar de observarlo. Me sentía físicamente incapaz de apartar mis ojos de él. Temía que mis fuerzas se desvanecieran si lo intentaba. Una fuerza oscura y peligrosa me presionaba el pecho.

Tenía un cuerpo atlético, los brazos definidos por la fuerza que hacía al cerrar los puños junto a sus caderas. Como si se sintiera frustrado por algún enigma. El cabello, oscuro y rebelde, le caía por la frente, confiriéndole un aspecto salvaje. Llevaba pantalones tejanos y una camiseta negra de manga corta muy ajustada. En la cara interior del antebrazo destacaba un tatuaje: una mancha le recorría el brazo. No era llamativo, pero le daba un aire espartano.

Me quitaba el aliento. El corazón, que latía enloquecido mientras su mirada absorbía la mía, me había arrancado todo el aire de los pulmones.

Era la primera vez que sentía algo parecido. Y estar allí, con él, me resultaba absurdo.

Una especie de energía se transmitía desde su cuerpo hasta el mío, tocándome el corazón con sus tentáculos. Un aura que yo *percibía*. En algún rincón de mi interior, de repente, se encendió una chispa. Pero no, no era una chispa. Más bien se trataba de una explosión que me había puesto en alerta. ¿Por qué? Era como si estar allí, en aquel momento, fuera un error. ¿Pero qué podía haber de malo si cada parte de mi ser estaba completamente absorbida por aquellos ojos? Era una emoción tan potente como inesperada. Y *siniestra*. Una parte de mí luchaba contra aquel extraño e incontrolado impulso para hacerlo callar. Como si fuera imposible que la amenaza intangible pudiera provenir de aquel rostro tan magnético y angelical. Nunca había visto a nadie tan fascinante. ¿Por qué me miraba con esa concentración?

Sus ojos... Como un hechizo oscuro se habían apoderado de mí, llevándome a los calabozos de sus prisiones. Transparentes como el cristal, pero ardientes como el fuego, me habían causado un

torbellino de emociones incontrolables. Se entrecerraban, afilados como el hielo, mientras me miraba sorprendido. Aun así, no había ningún frío en aquella mirada; al contrario. Era *cálida*, como un imán ante el que no podía oponer resistencia. Víctima de una conexión mística, me sentía atrapada en él, como si mi espíritu se hubiera fusionado con el suyo y yo hubiera perdido el control. La chispa de incertidumbre en su mirada dejaba entrever que aquella extraña emoción lo había invadido a él también.

Nos quedamos quietos, mirándonos. Un instante que pareció infinito. Lo suficiente como para tocar las estrellas y volver a la Tierra.

La intensidad de sus ojos me había arrancado del mundo y me había atado a él con un hilo invisible que me había llevado lejos, sustrayéndome toda cognición. No podría subir a la superficie ni queriendo; y no quería, nunca había estado tan segura de algo.

En aquel absurdo momento no me importaba quién fuera él; deseaba quedarme allí, con aquel desconocido salvaje, enredada en su mirada. Para siempre.

¿Quién eres? ¿Y por qué tienes tanto poder sobre mí? Nunca lo había visto, pero aquella emoción era tan intensa, tan... *familiar*, aunque fuera la primera vez que me sentía así.

—¡Gemma! —La voz preocupada de Peter me liberó de aquella presa indisoluble, rompiendo en pedazos el hilo invisible que me unía al desconocido—. Gemma, ¿dónde estás? Va, no quería tomarte el pelo. No hablaba en serio. ¡Di algo!

—¡Estoy aquí!

Un segundo después, su silueta se insinuaba entre los arbustos espinosos y espesos. En cuanto me vio, Peter apoyó las manos en las rodillas, exhausto y respirando muy rápido.

—Por fin te encuentro —exclamó, camuflando su reproche en la voz ahogada—. ¡Casi me muero del susto! ¿Estás loca? Te he buscado por todas partes.

Al principio no podía articular palabra. Lo miraba aturdida y afectada por aquel encuentro. Mi corazón todavía latía con fuerza intentando recuperar el hilo que Peter había roto, pero cuando busqué la mirada del salvaje misterioso, mis ojos vacilaron con decepción porque se había esfumado.

Sólo quedaban los árboles y el viento que volvía a agitar las hojas, como si la desaparición de la presencia amenazadora lo hubiese liberado.

Miré a mi alrededor, desconcertada y de repente, preocupada.

No había ni rastro de su presencia; ni un olor, ni una huella ni el ruido de sus pasos sobre las hojas secas. Se había desvanecido como un fantasma.

—¿A dónde ha ido? —pregunté, inquieta, hablando en voz alta sin darme cuenta.

—¿A dónde ha ido *quién*? —quiso saber Peter, confundido.

Yo fui la primera sorprendida por la pizca de frustración con la que había pronunciado esas palabras. Me sentía abatida, pero no entendía muy bien por qué.

¿Cómo podía un desconocido hacerme sentir tan completa cuando estaba envuelta en su mirada y vacía, por el contrario, ante su ausencia?

—Gemma —repitió Peter, frustrado—, ¿se puede saber de quién estás hablando? —Seguramente empezaba a preocuparse por mi salud mental.

Mi mirada se perdió en el punto donde había estado el muchacho.

—Había un chico... —confesé en voz baja, levantando distraídamente un dedo.

—Gemma —llamó mi atención con tono cauteloso—, no hay nadie aparte de nosotros... *Nadie*. Y ya que estamos, ¿podrías decirme qué hacías aquí sola? No sé qué te pasa hoy, ves cosas extrañas por

todas partes. Primero dices que has visto un platillo volador y ahora un chico misterioso que desaparece de golpe. Qué pasa, ¿se lo han tragado los árboles? Miremos entre los troncos, quizás ha decidido dar un salto de seis metros hasta allí. Aquí no hay nadie, aparte de nosotros. ¿Estás segura de que estás bien?

No sabía si estaba preocupado de veras o si se estaba riendo de mí.

—¡No he visto ningún platillo volador! —respondí en tono desdeñoso—. Era un... da igual.

—Será mejor que volvamos a casa —sugirió Peter—. Está a punto de anochecer. Y no sé tú, pero yo no tengo ganas de saber de qué color son las hojas cuando se pone el sol. Este sitio me da mal rollo.

Asentí con la mirada apagada y perdida en aquel recuerdo.

Me giré una última vez para inspeccionar los árboles. Fue inútil. Aquel extraño y misterioso chico se había desvanecido. De forma inesperada, otra pequeña descarga eléctrica me atravesó el cuerpo, hormigueando bajo la piel como si quisiera contradecirme. El mismo escalofrío. La misma advertencia. No había nadie en el bosque, y aun así... era como si sintiera el peso de sus ojos clavados en mí. Una sensación fuerte e incontestable que se agitaba en mi interior como si el muchacho siguiera por allí, subido a los árboles, observándome.

Moví la cabeza, confundida por mis propias percepciones, y aligeré el paso para llegar hasta Peter.

Su aprensión lo empujó a acompañarme a casa, recomendándome descansar, convencido de que estudiar tanto me había producido algún tipo de estrés.

Por mucho que me esforzara, no conseguía prestar atención a su constante murmullo. Volvía a pensar en aquel lugar, aquel encuentro, como si un pedazo de mí se hubiera quedado atrapado en la mirada que había raptado una parte de mi corazón, impidiéndome volver a la realidad y unir cuerpo y mente.

Por primera vez la voz de Peter me molestaba, pero sólo porque no quería que me arrancara aquel recuerdo. Su insistencia en lo absurdo de mis alucinaciones no hacía más que intensificar esa sensación.

Ni se me pasaba por la cabeza que todo fuese fruto de mi fantasía.

Era absurdo. Aquel chico era real. Tenía que serlo por fuerza. No podía haberlo imaginado todo.

¿O tal vez sí?

3. Estancamiento

Como un clavo que no podía sacar del interior de mi cráneo, el recuerdo de aquella absurda tarde me atenazaba la mente.

No dejaba de pensar en la veloz sucesión de imágenes que recordaba. El rayo, el bosque, aquella mirada... Nadie me había explicado nunca que una mirada pudiera tener tanto poder.

Encendí la televisión y recorrí los canales buscando algo, aunque no estaba muy segura de lo que esperaba encontrar. Puse las noticias en el Canal 5 con la esperanza de que comentaran el extraño fenómeno atmosférico. Pero ni siquiera las noticias locales mencionaban nada relacionado. Tenía la impresión de llevar horas buscando.

Ningún suceso extraño.

Ningún avión estrellado.

Ningún meteorito.

Nadie había visto nada.

¿Y si Peter tenía razón? ¿Era posible que me lo hubiera inventado todo? La certeza empezaba a dar paso a la duda. Mi madre siempre decía que tarde o temprano las historias que leía acabarían por afectar mi percepción del mundo, alterarían mi equilibrio mental y confundirían la realidad y la ilusión hasta perder el sentido de las cosas. Supongo que tenía algo de razón, siempre había estado alejada de la realidad, pero la suya seguía siendo una teoría absurda.

Quizás Peter no iba del todo desencaminado. Seguramente necesitaba descansar o concentrarme en algo. Apagué el televisor y abrí el libro de matemáticas en un esfuerzo por olvidarme del chico. Tenía que dejar atrás aquella historia y seguir adelante.

El reloj del escritorio marcaba las ocho de la tarde. La noche lo había envuelto todo con su oscuro manto.

Como si acabara de despertarme de un sueño, reparé en el bolígrafo que sostenía entre los dedos, con la mirada apagada y perdida en el folio en blanco. Por mucho que lo intentara, no me concentraba. No podía olvidar.

Seguía encontrando su rostro entre mis recuerdos, contra mi voluntad. Me empeñaba en alejarlo, pero sin resultado. Como si hubiera plantado una semilla en mí y sus raíces se estuvieran expandiendo, su imagen seguía aflorando con fuerza y nitidez, eclipsando todo lo demás. Aquella cara sombría y dulce a la vez, la mirada feroz y turbada de guerrero, su cuerpo salvaje... Pensar en él me dejaba sin aliento, y me ponía roja enseguida. Por muy absurdo que sonara, si aquel misterioso joven no era fruto de mi imaginación, ¿cómo podía alguien como yo despertar su interés? No era más que una chica con una cara simple y una melena castaña. Me sentía insignificante y... *normal*. ¿Cómo podía esperar que en la oscuridad de mis ordinarios ojos negros, por muy grandes que fueran, se pudiera reflejar la luz que brillaba en su mirada?

Atrapada en aquel recuerdo, sentí la conciencia resbalar hacia el sueño y me quedé dormida, con el folio aún en blanco.

Abrí los ojos y percibí los rayos de luz que tímidamente se abrían paso por las rendijas de la persiana y, al levantar la cabeza, me di cuenta con horror de que me había quedado dormida en el escritorio. Me toqué la mejilla y recorrí con los dedos el surco que había dejado la libreta en mi cara, y entonces sentí una punzada en la cabeza que me confundió. Me llevé una mano a la sien, con los ojos aún semiabiertos, y noté que estaba latiendo.

Me obligué a levantarme de la silla. Tenía los músculos entumecidos, y me arrastré hasta el baño con la certeza de que sería una larga y penosa jornada en la escuela.

No sabía si aprobaría el examen de matemáticas. No solía presentarme a un examen sin estudiar.

Llegué al aula aturdida. La primera clase era con el profesor Butler y mi reputación en inglés me permitiría dedicarme furtivamente a repasar un poco para el examen.

El profesor entró con aspecto desenfadado, suscitando un inmediato silencio.

—Buenos días. Bien, antes de empezar...

Todos los alumnos contuvimos la respiración. De vez en cuando, el profesor se divertía evaluándonos con exámenes sorpresa. Y a veces su rostro austero era suficiente para infundir temor.

—¿Alguno de vosotros tiene algo que entregarme? —Deslizó las gafas por la nariz para mirar hacia la clase, obteniendo gruñidos y miradas de desaprobación—. ¿Señorita Bloom? —Clavó sus ojos en mí, dejándome de piedra.

El resumen. Tenía que entregarlo ese día, pero lo había olvidado por completo. No podía creerlo.

—Profesor Butler... —empecé a decir con la cabeza baja—. Lo siento, pero no tengo el resumen conmigo —confesé, presa del pánico.

—Es verdad. —La silla de Peter se movió mientras su voz se alzaba por encima del silencio de la clase—. No lo tiene porque se lo olvidó en mi casa ayer por la tarde.

Me giré de golpe para buscar su mirada.

—¿En serio? —El profesor estaba tan sorprendido como perplejo.

—¿En serio? —dije en voz baja, repitiendo la pregunta del señor Butler.

—Era tan tarde que salió corriendo y se lo dejó. ¿Se puede saber qué tenías en la cabeza? —Aprovechando la pausa del señor Butler, Peter me guiñó un ojo para que le siguiera la corriente—. Ten, también te dejaste el libro de inglés —insistió, mientras se estiraba para entregarme el texto. Sólo entonces recordé que lo había olvidado en el muelle del lago. Su intervención me había dejado descolocada.

—¿Entonces? —El profesor no parecía convencido del todo.

—Eh, sí, tienes razón, estaba tan cansada... —Me costaba encontrar palabras para explicarme. Hablaba y parpadeaba, nerviosa. En realidad nunca se me había dado bien mentir. Yo era una persona sencilla y consideraba las mentiras como una forma inútil de complicar las cosas.

El profesor gruñó, asintiendo de mala gana, seguramente decepcionado por la *vendetta* que ya no podría llevar a cabo. La mirada reducida a una rendija era una clara señal de su resistencia a creer en la buena voluntad de Peter.

—Déjalo sobre la mesa, Turner. Lo leeré después.

Suspiré intentando que el profesor no se diera cuenta de mi alivio.

Peter pasó junto a mí para dejar los folios en la mesa.

Mis labios dibujaron un *gracias* mientras volvía a su silla.

Me guiñó un ojo de forma casi imperceptible y me sonrió con la mirada, satisfecho.

Tenía la impresión de que el tiempo corría hacia el examen de matemáticas. A pesar de todo, las clases de la profesora Poulsen no me desagradaban. Le entusiasmaba enseñar y nos transmitía su pasión por la materia con juegos y cantos. Le encantaba usar calculadoras TI-Nspire. Lo que quedaba de la hora de inglés pasó volando y el sonido estridente del timbre anunció el final demasiado pronto. No había tenido tiempo de repasarlo todo.

Cuando el profesor Butler se fue, me giré hacia Peter y, después de encontrar su mirada, las palabras no fueron necesarias.

—Ayer te vi bastante ausente —explicó encogiéndose de hombros.

Contuve la respiración, sintiéndome culpable de repente. Así que se había dado cuenta.

—Pensaba que estabas cansada o que algo te preocupaba. No abriste la boca en todo el trayecto de vuelta a casa. Imaginé que no harías el resumen...

—¿Me explicas cómo lo haces? —Me hubiese gustado guardarme la pregunta para mí, pero las palabras me salieron solas.

—¿Cómo hago el qué? —quiso saber, sin estar muy seguro de a qué me refería.

—Saber lo que necesito en todo momento. De un modo u otro consigues entenderme. No sé qué haría si no fuera por ti, Peter. —Quizás antes no me habría dado cuenta, pero sin el velo de inconsciencia en los ojos, capté algo sutil en su mirada. Preocupada por que pudiera malinterpretar mis palabras, me aseguré de repetirlo de forma menos ambigua—. Gracias de nuevo, eres el mejor amigo que se puede tener.

Sus ojos no se apartaron de los míos ni un instante. Percibí cómo la luz que los había iluminado se debilitaba lentamente, igual que una hoguera que se apaga poco a poco con el amanecer.

—¡No tienes que darme las gracias! —se obligó a decir. Generalmente era yo quien hacía sus deberes. Estar al otro lado quizás no lo hacía sentir muy cómodo—. Aunque diría que me debes algo. —Levantó una ceja para sonreír de forma lacónica.

—Mmm... eso depende de lo que hayas escrito —bromeé con una pizca de ironía en la voz.

—¡Al menos uno de los dos ha escrito *algo*! Y esta vez no has sido tú. Apuesto a que te quedaste dormida sobre los libros —dijo mientras yo lo miraba de reojo, admitiendo mi derrota.

¿Cómo lo hacía para saberlo siempre todo?

Contemplaba de forma obtusa la bandeja que tenía enfrente, pinchando distraídamente una aceituna con el tenedor.

Cada vez que intentaba olvidarme del recuerdo de aquel chico, una vorágine me asaltaba el estómago y, como una peonza, absorbía con su vértice todo mi apetito. Apenas percibía el perfil desenfocado de Peter, sentado a mi lado, mientras los demás, en nuestra mesa, charlaban como si sus mundos no se hubieran detenido la tarde del día anterior. El mío sí se había detenido, embrujado por el hechizo oscuro del chico sin nombre.

Echando un vistazo, nuestra compañía en la mesa podía definirse como un círculo cerrado en el que cada uno había encontrado a su mitad. En realidad Jenna Whitney y Fate Nichols flirteaban a menudo con Brandon Rice, rubio con ojos castaños, y Jake Wallace, pelo oscuro y mirada penetrante.

Ambos con cuerpo atlético de jugadores de fútbol. No eran exactamente *parejas*, aunque considerarlos sólo amigos hubiese sido el eufemismo del siglo. Llevaban años pendientes de las chicas, aunque ellas nunca se habían abstenido de satisfacer su ego con otros. Jenna causaba un efecto devastador en cualquier hombre con el que cruzara la mirada, como era consciente de esa fascinación, poseía un poder sin igual que utilizaba como si fuera un sexto sentido o una prolongación de su cuerpo. Piel clara, melena rubia, mirada feroz y físico impresionante. Estaba muy segura de sí misma y la escuela entera la envidiaba. Fate, por su parte, era más sensible y menos cínica; se esforzaba por ser como Jenna, imitando su actitud, como si la considerara una diosa a la que idolatrar. En realidad, la belleza de Fate era diferente. Tenía una melena roja como el fuego que llevaba casi siempre recogida en una cola alta, la piel clara y los ojos increíblemente verdes. Era una amazona, en la vida y en espíritu, aunque la timidez que se esforzaba en esconder a veces domaba el fuego que llevaba en su interior. Sus padres tenían una granja y los caballos eran su gran pasión. Ella y Jenna incluso se pintaban las uñas del mismo color. Quizás era un símbolo del vínculo que las unía, como hermanas inseparables. Algo parecido a Peter y a mí, pero sin laca de uñas.

No compartía con ellas el modo en que me comportaba con los chicos, pero nuestra relación se remontaba a cuando estábamos en la cuna, y nuestra compañía era algo natural. El nombre real de Jenna era Jeneane, pero durante la guardería éramos tan amigas que ella quería que la llamaran Jenna, para que su nombre se pareciera al mío. Desde entonces, todos la llamábamos así.

—¿Alguien sabe lo que le pasa? Está más rara que de costumbre...

El murmullo atravesó el muro que había levantado entre yo y los demás.

—¿Hola? Gemma... ¿estás con nosotros?

Sospeché que Jenna intentaba llamar mi atención desde el otro lado de la mesa.

—Tierra-llamando-a-Gemma.

La teatralidad en su voz consiguió entrar en mi caparazón. No me había dado cuenta de que Fate agitaba la mano frente a mis narices para devolverme a la realidad.

—¡Bienvenida! —exclamó en cuanto mi mirada recobró la vida.

Sacudí ligeramente la cabeza para volver en mí. Los otros me contemplaban con perplejidad, como si acabaran de asistir a una reencarnación trascendental.

—Perdonad —respondí, mordiéndome el labio—, me había distraído —expliqué, esperando dar el tema por zanjado.

—¿Distraída? —me contradijo Jenna, moviéndose cómicamente—. Más bien *perdida*. ¡En otro planeta! ¿Te suena la palabra catalepsia? Cambiando de tema... ¿Os habéis enterado de lo que pasó ayer en el bosque?

Me estremecí, visiblemente nerviosa, y presté toda mi atención a Jenna mientras las expresiones de los que estábamos en la mesa se oscurecían de repente.

—Claro que nos hemos enterado —dijo Brandon, bajándole el sombrero para cubrirle los ojos—. Lo sabe todo el mundo, no se habla de otra cosa.

—Forma parte de la belleza de los pueblecitos. —Le lanzó una mirada de advertencia levantando la visera.

—¡Odio este lugar, me siento como en un acuario!

—O quizás forma parte de lo malo de los pueblecitos, según cómo lo mires —murmuró Jenna en respuesta a su afirmación.

—¿Un acuario? —intervino Peter, divertido—. ¿Y qué pez serías? Déjame que te sugiera uno.

¿Sabes que existe el pez bobo?

—¿Lo has leído en un cómic? —dijo Brandon a su vez, porque Peter *vivía* en los cómics.

—No es nada divertido, no bromeéis con esto —advirtió Fate, con la mirada aterrorizada—. He visto la foto de aquel hombre en el *Lake Placid News* esta mañana. Dios, no puedo olvidar esa imagen.

—Es verdad, no deberían haberla enseñado —admitió Jake, cauteloso como siempre cuando se trataba de Fate—. Es horripilante.

Parpadeé, incapaz de seguir la conversación.

—¿Se puede saber de qué están hablando? ¿Qué ha pasado en el bosque, Peter? —le pregunté en voz baja mientras los otros mencionaban detalles espantosos.

—Ayer por la noche encontraron a un hombre en el bosque. Muerto.

El corazón se me aceleró al pensar de quién podría tratarse, pero antes de que tuviera ocasión de preguntarlo, Peter me sacó de la duda.

—Era el señor Lussi, el hombre calvo que vendía artículos de pesca.

El recuerdo del hombre amable que me encontré en el bosque me arrolló y de repente sentí el eco de su voz en mi cabeza: *¿Te acompaño a casa-asa-asa-asa...?*

—Muerto —repetí, helada. No estaba segura de si lo afirmaba o lo preguntaba. Mi corazón seguía latiendo frenéticamente por mi sospecha, pero no tenía ninguna intención de pronunciar en voz alta aquella duda terrible.

—Ha sido un homicidio.

La voz de Jenna resonó lejana y fría, casi como si quisiera confirmar mis sospechas, o quizás era yo la que empezaba a paralizarse por aquella terrible verdad, igual que el día anterior ante los ojos del chico misterioso. Lo vi justo después de cruzarme al señor Lussi. No había nadie más en el bosque, aparte de Peter y de mí. Y si nosotros no habíamos sido...

¿Era posible que lo hubiese matado él?

—Eso no lo sabe nadie, ni siquiera están seguros de que...Me obligué a prestar atención a la voz reconfortante de Peter, aunque una punzada de confusión me nublaba el cerebro.

—Lo único que se sabe es que tenía el cuello roto. —Parecía que a Jenna le gustaba ensañarse conmigo, o lo más probable es que no se hubiera dado cuenta de la turbación que sentía y se divirtiera metiendo las narices en todo—. Jake, ya que tu padre es el sheriff, dinos qué opina la policía. ¿Crees que resolverán su muerte?

—¿Tienen alguna pista de quién puede haber sido? —pregunté cautelosamente, interrumpiendo su parloteo.

—Por ahora no tienen ni idea. Es probable que haya sido un accidente.

—Quizás se asustó por algo, tropezó y se golpeó la cabeza. Por un oso o algo peor —continuó Peter.

—¿Hay algo peor que un oso? —intervino Fate, preocupada de repente.

—Quién sabe... Quizás en el bosque haya hombres lobo. —Brandon intentó asustarla, pero Jake lo miró enseguida y después le sonrió a Fate, esperando que se tranquilizara.

—Es improbable —replicó Jake para responder a Peter—. La posición en la que encontraron el cuerpo es demasiado antinatural para que simplemente haya tropezado. Es como si se hubiera caído de un árbol, pero su mujer lo considera absurdo porque tenía vértigo y nunca habría subido tan alto.

—Quizás alguien lo obligó —dijo Jenna.

—No está descartado. Sospechan que se trata de un asesinato, aunque todavía no lo pueden demostrar. Escuché una conversación por teléfono de mi padre, por la noche, y lo más absurdo de todo es que no han encontrado huellas en el terreno. Las del señor Lussi llegaban hasta su cuerpo, pero por lo demás, no había pisadas. Ni siquiera una. Es un misterio.

Tragué saliva; un ligero hormigueo me recorrió la cabeza.

—¿Va todo bien? —La voz de Peter, amable, anticipó el tacto amable de su mano en mi espalda.

Por una vez, deseé que Peter no me conociera tan bien como para notar todo lo que me preocupaba.

—Sí, ¿no debería? —contesté, fingiendo que no pasaba nada.

—Gemma, estás *rara* desde ayer. Empiezo a preocuparme. ¿Qué pasa? —insistió Peter.

—¡Eh, quizás lo ha matado ella! —exclamó Brandon.

Peter le lanzó una mirada asesina.

—¡Cierra el pico, idiota! —Acercó sus labios a mi oído—. Si hay algo que te preocupe, puedes hablar conmigo, lo sabes —susurró.

Noté que la conversación se había detenido de repente y que los demás miraban con disimulo hacia nosotros, haciendo como si nada.

Cohibida, me aparté del cuerpo de Peter, demasiado cercano al mío.

—¿Por qué tenéis tanto miedo? No os preocupéis, en serio, no pasa nada —respondí con firmeza, para zanjar el tema. En realidad no dejaba de pensar que había estado en el mismo lugar en el que probablemente se había cometido un asesinato. Había visto a aquel hombre y, quizás algunos minutos después, había muerto.

¿De verdad era tan incapaz de ocultar mis emociones y de impedir que los demás se dieran cuenta de que algo me preocupaba? O peor aún, ¿estaba inquieta por el homicidio de aquel hombre o lo que me asustaba era la idea de descubrir *quién* podría haberlo matado?

Negué con la cabeza ante la absurdidad de aquel pensamiento. No tenía motivos para preocuparme por alguien que sólo existía en mi imaginación.

En el punto donde lo encontré no había pisadas, excepto las mías. Era una prueba más que suficiente, tenía que hacerme a la idea.

Un latido a destiempo me transmitió la desaprobación de mi corazón ante el recuerdo de aquellos ojos. No podían ser irreales. Su rostro me perseguía, sus ojos me daban caza.

Tenía que saberlo o me volvería loca. Como una condena, el deseo de descubrir quién era aquel chico me obligó a buscarlo. Sentía que volverlo a ver sería suficiente para que fuera real y al mismo tiempo, para exculparlo de aquel delito. Estaba segura de poder leer la respuesta en sus ojos, pero, con la misma convicción, notaba en mi interior una sensación siniestra. Un presagio oscuro. El miedo de que si el encuentro se producía, quizás no volviera.

Ignorando el instinto que me empujaba a huir del chico, decidí que no me importaba. Fuera quien fuera, tenía que regresar al bosque. Tenía que volver a verlo, a cualquier precio.

... Los días se desvanecían rápidamente, como las páginas de un libro que se pasan una tras otra, llevando tras de sí su recuerdo, cada vez más desenfocado. Pero incluso cuando empezaba a olvidar los detalles de su rostro, su mirada estaba grabada a fuego en mi memoria. Me aferré con todas mis fuerzas a aquella brizna de recuerdo que había anidado en mi corazón desafiando al entendimiento. No quería que desapareciera de mi mente...

Había refrescado y aquella tarde el aire era más cortante. En lugar de pensar que se debía a la primavera, me convencí de que era algo personal, como si buscara un pretexto que por fin me liberara de la capa oscura que me había ofuscado durante las últimas semanas. Mi mente se había quedado atrapada en aquel bosque y se agarraba con fuerza al recuerdo de la mirada salvaje del chico misterioso. Pero no había encontrado *nada* que desmintiera mi viaje personal más allá de la fantasía, ni siquiera aquella tarde en que volví a buscarlo, sin resultado. Al final me rendí ante la teoría de que me había estresado a causa de los exámenes y la idea de que aquel encuentro no había tenido nada de real.

Los últimos quince días me habían parecido tan absurdos... Había repasado cada detalle de aquel extraño encuentro en busca de respuestas, pero el constante deseo de volver a ver al chico no me había abandonado. Me sentía como si hubiera sido víctima de un conjuro y sólo ahora pudiera ver la realidad con mis propios ojos. Por primera vez, después de tanto tiempo, me di cuenta de que mi comportamiento había levantado muros invisibles a mi alrededor, alejándome de mis amigos.

Incluso Peter se había vuelto más frío y distante. Y no podía permitirlo.

Aquel día, en el colegio, reinaba una sensación de euforia generalizada por el musical de primavera. Iba a celebrarse por la noche, y era un evento muy importante en el instituto Lake Placid. Cada año, en marzo, los estudiantes llevaban a escena una gran producción, con montones de vestuario, música, bailes y canciones. Toda la comunidad participaba. En enero se cerraba el *casting*, y durante febrero y hasta mediados de marzo los estudiantes ensayábamos cada día en el auditorio, después de clase. Los espectáculos eran muy realistas y atractivos. Unos años antes, habíamos hecho *Yosef y su sorprendente manto de sueños en technicolor*, una historia basada en la Biblia que enseña a creer en los sueños y a luchar hasta el final. Cuenta la vida de José, hijo de Jacob, traicionado por sus hermanos y vendido como esclavo que, gracias al don de la clarividencia, salva a Egipto de la carestía y vuelve a reunirse con su pueblo. También se interpretó *Seussical*, con el que habíamos dado vida a los libros del Dr. Seuss, y por último *Ana de las tejas verdes*, donde yo misma interpreté un pequeño papel. Mi madre se emocionó tanto que cerró la cafetería para no perderse el espectáculo. Yo, en cambio, supe que el teatro no estaba hecho para mí; no me gustaba ser el centro de atención. No obstante Fate me lo suplicó y la ayudé. Le había tocado ser la protagonista, pero el escenario tampoco era su vocación. Se sentía más a gusto entre caballos que frente a una platea.

Entré en el auditorio e inspeccioné el lugar en busca de Peter. El teatro era una sala grande de dos pisos con muchas butacas y un gran palco azul. Vi la melena rojiza de Fate en una de las últimas filas, así que me acerqué al grupo y me senté junto a Peter, que estaba solo en la fila de atrás, con los auriculares puestos. Frente a él, con la sudadera azul de los Blue Bombers, estaban Jake y Brandon, con Fate en medio. Faltaba poco para las siete, el espectáculo aún no había empezado y un murmullo de voces llenaba la sala mientras la gente iba ocupando sus asientos.

—Jenna, ¿pero qué haces aquí? Deberías estar entre bambalinas preparándote —le dijo Fate mientras se acercaba vestida con la ropa del espectáculo—. La señora Hathaway es capaz de convertirte *a ti* en la bestia si te ve aquí.

Estaba segura de que lo único que quería era llamar la atención de toda la sala. Poco importaba

que su pequeña fuga de los vestuarios desencadenara la ira de la profesora de teatro. Cada año se hacía con uno de los papeles principales: formaba parte del coro de la escuela y, al contrario que a mí, los focos no le disgustaban en absoluto. Cualquiera ocasión era buena para hacerse ver y tenía que admitir que su voz encantaba todavía más que su mirada seductora.

—No puedo salir al escenario sin algo que me dé suerte. —Guiñó un ojo y, acercándose peligrosamente a Brandon, lo besó en los labios, dejándolo aturdido por un momento.

—¡Y tú que no querías venir! —le recriminó Jake, riendo y dándole un codazo.

—Es bastante sexy, este color de pelo. —Brandon se envolvió un mechón oscuro entre los dedos. Jenna había aceptado ponerse una peluca con tal de ser la protagonista de *La bella y la bestia*, pero bajo ningún concepto iba a ponerse lentillas marrones.

—A mí todo me queda bien. ¿Por qué, es que acaso lo dudabas? —lo provocó con actitud seductora.

Jenna estaba radiante con aquel vestido azul pastel. Le hacía resaltar el color de sus ojos: un arma que sabía utilizar perfectamente. Llevaba una falda larga hasta los pies y un corpiño que le ceñía el pecho.

—Ninguna duda, princesa. —Brandon le miraba los labios, consciente de que con aquellas palabras conseguiría robarle otro beso. Siempre había sido un fanfarrón pero, frente a lo mucho que el fascinaba Jenna, la arrogancia cedía en favor de la adoración.

Eché un vistazo a Peter, que había estado en silencio, absorto mientras buscaba canciones en el iPod y los demás reían. De su mochila asomaba un ejemplar de *X-Men*, un cómic de Marvel que él adoraba. A veces parecía que una parte de aquellos personajes vivieran en él: ni siquiera Peter era el clásico caballero sin mancha y sin miedo, sino un héroe complejo, lleno de dudas, emociones contradictorias, que sufría por un amor no correspondido... Ahora me daba cuenta.

Cuando lo llamé respondió con un ligero movimiento de la mano. Probé a rozarle distraídamente el brazo con el codo, pero con consternación me di cuenta de que, o no reparaba en que yo estaba allí o, lo que era más probable, me estaba ignorando.

Mi Peter. ¿Cuándo había sucedido? ¿Y cómo es que no me había dado cuenta? Aunque quizás, después de todo, en los últimos tiempos no lo estaba tratando como siempre.

Las luces se apagaron de golpe y el teatro fue absorbido por la oscuridad. Reflexioné sobre mi comportamiento aprovechando que en la sala los murmullos de la gente menguaron.

—Eh, Peter —susurré, esperando llamar su atención—, ¿vienes a mi casa después? —le propuse, sorprendida por lo tímida e incierta que sonó mi voz. En ese momento, sólo quería que aceptara.

Peter ni siquiera me miró; seguía concentrado en el iPod, lo que me causó una punzada de inquietud en el pecho.

—Tengo cosas que hacer, lo siento —respondió distante.

Abrí la boca para decir algo, pero la cerré enseguida. Era como si me acabaran de dar un puñetazo en el estómago.

Mi cuerpo, ansioso por recibir sus atenciones, reaccionó antes que mi mente y, sin darme cuenta, de repente sujetaba en la mano la manzana que se veía en la mochila que Peter tenía abierta entre sus piernas.

Giró la cabeza y miró primero a la fruta y después a mí, vacilante y casi molesto. Sonreí e incliné la cabeza en un desafío tácito. Peter arqueó las cejas intentando detenerme, indeciso sobre si quitarme la manzana o dejarme hacer y continuar ignorándome. Yo no podía imaginar la vida sin hamburguesas, pizza y patatas fritas, pero Peter, al contrario, adoraba la comida sana, hacía ejercicio

cada día y estaba un poco obsesionado con su alimentación. Lo conocía bastante bien como para saber que ese gesto le haría reaccionar. Sonreí, degustando la victoria de aquel plan improvisado. Infantil, pero eficaz.

Después todo sucedió muy rápido. Peter se inclinó hacia mí, yo me eché hacia atrás y alargué la mano para que no cogiera la manzana, provocando risitas entre nuestros compañeros.

—Tiene buena pinta —comenté mientras pateaba la butaca para mantener lejos sus manos.

—¡Shhh! —Alguien del público se quejó.

—No te atreverás, mala... —Peter siseó en voz baja para no molestar a los demás.

—Vaya, vaya, estamos pasando a las amenazas...

Usando un brazo para mantenerlo a distancia, alejé la cara, me acerqué la manzana a la boca e hincé los dientes, dando un buen mordisco a la superficie roja y brillante. Los demás se partían de risa y yo saboreaba esa pequeña victoria mirando a Peter de reojo.

—¡Ahí tienes!

Peter agarró al vuelo algo que le había lanzado Jake desde la fila de delante.

—Es hipocalórica.

—Te la puedes quedar, de todos modos no tenía hambre —Peter le devolvió la barrita y se giró, mirándome a los ojos por fin.

—Mmmm... está buena. ¿Quieres un poco? —le provoqué, masticando con una sonrisa pícaro en los labios. Entonces me pregunté qué se me había pasado por la cabeza para arriesgar así nuestra amistad.

—No, no quiero, la habrás llenado de babas.

—¡Eh! —solté, a punto de ofenderme por sus palabras—. ¡Yo no babeo!

Aunque se esforzó por no hacer ningún gesto, sus labios empezaron a dibujar una sonrisa, dejando entrever sus hoyuelos. Decidí que no tenía que ofenderme.

Con una actitud de derrota, Peter puso un codo en el respaldo que tenía delante y apoyó la cabeza en la palma de la mano, como un niño enfadado. Una especie de descarga eléctrica recorrió mi cuerpo, como si un rayo me hubiera caído encima, cuando mis ojos se encastraron en los suyos, salvajes.

Ahí estaba, él, detrás de Peter.

Me pilló por sorpresa: absolutamente desprevenida. Bajé la mirada y fue como si un agujero negro me hubiera tragado; la tierra bajo mis pies había desaparecido y la cabeza me daba vueltas.

Un simple movimiento de Peter fue suficiente para que todo cambiara, dejándome ver quién se escondía unos metros más allá, en la oscuridad, con el pie apoyado en la pared en actitud chulesca.

¿Era él de verdad o las tinieblas me estaban gastando una broma?

El latido frenético de mi corazón me dio la respuesta.

Contuve el aliento, arriesgándome a ahogarme con la manzana. Estaba inmóvil, petrificada; lo único que se movía era mi corazón, hinchado de felicidad. Un torbellino de emociones me atenazaba el estómago. El deseo de volver a verlo que alimentaba secretamente en mi pecho cobró vida de nuevo, junto a la esperanza de que fuera real.

Empecé a temblar. Esperaba que los demás no se dieran cuenta.

Seguía respirando demasiado rápido. De repente una duda, absurda y bizarra, afloró en mis pensamientos: ¿y si todo lo que veía era fruto de mi imaginación?

O quizás se trataba de un espejismo proyectado por mi corazón, resignado ante la idea de que todo

estaba en mi cabeza.

Intenté, con disimulo, observar el rostro de mis compañeros, en la oscuridad, pero enseguida volví a girarme para buscarlo de nuevo, asustada por si volvía a desaparecer. Levanté tímidamente la mirada y lo encontré en su butaca, con las luces del escenario que le iluminaban la cara de forma intermitente.

En el fondo de mi corazón, luchaba entre la nostalgia de volver a sentir la potencia de su mirada y el tímido pero fuerte deseo de contemplarlo fijamente. Se giró de golpe y el mundo se detuvo cuando nuestros ojos se encontraron. Todo lo que nos rodeaba enmudeció y se difuminó; una única línea nítida conectaba mi mirada a la suya. No sabía que mi corazón podía latir con tanta fuerza.

Era una sensación tan potente que me dejó sin aliento.

No estaba demasiado lejos de nuestra fila, pero sí lo suficiente como para no haber sido testigo de mi estúpido y embarazoso intento de recuperar la amistad de Peter. Mi cuerpo se relajó y la sangre volvió a fluir por mis venas.

—Gemma, ¿es que has visto a un fantasma? —El susurro de Fate se esforzaba por meterse en mi cabeza mientras intentaba llamar mi atención con gestos—. ¿Qué estás mirando? —murmuró antes de girarse en la dirección de mis ojos.

El nerviosismo por lo que diría me despertó de aquel sueño. En el fondo, temía que Fate, o quien fuera, se diera cuenta de que allí no había nadie, dejando en entredicho a mis sentidos. La posibilidad de que estaba viendo visiones llevaba un tiempo rondándome la cabeza, hasta convencerme de que el *chico salvaje* (como lo llamaba en secreto por el orgullo, la dureza y la potencia de su mirada bajo aquellos mechones oscuros y rebeldes de su frente) fuera sólo producto de mi imaginación. El deseo que había ocultado en mi corazón era demasiado fuerte.

—¡Vaya! —exclamó con entusiasmo—. ¿De dónde ha salido ese?

La miré, sorprendida, parpadeando repetidamente.

—¿Qué? ¿Lo ves? ¿Puedes verlo? —pregunté sin pensar, ignorando el efecto que mis palabras podrían despertar en los demás.

Sus conversaciones se detuvieron y me miraron.

—*Claro* que lo veo —dijo Fate, perpleja, como si estuviera ante alguien a quien le faltaba un tornillo—. ¿Te encuentras bien? —añadió.

—Era... era una forma de hablar —solté, pero el tono de mi voz no auguraba nada bueno. Sospecharían algo.

—¡Quiero verlo yo también! Vaya... Un tipo así no pasaría desapercibido ni queriendo... —exclamó Jenna después de observar al chico al que nos referíamos.

—¡Shhhh! —El espectáculo acababa de comenzar y alguien quería que nos calláramos.

—¿Quién diablos es? —Jenna bajó la voz, echándose hacia delante con los ojos como platos.

—Se habrá caído del cielo... —Fate lo miraba embobada.

Sonreí; había ganado, porque *existía*. Aquella tarde en el bosque lo había visto *de verdad*. Y no se lo dije a Peter, pero ahora daba igual. Saber que era real bastaba. ¿Pero qué hacía allí? Todos estaban sorprendidos. Debía ser un nuevo alumno. Pero qué extraño... En Lake Placid nos conocíamos casi todos, especialmente los de nuestra edad, y aparte de algún turista de paso, era imposible que alguien se mudara a nuestro pueblo y no nos enteráramos.

—Eh, Gemma, ¿te has dado cuenta? —Jenna se acercó a mi oreja hasta rozarla—. Te está mirando a ti.

Un escalofrío recorrió mi espalda. Me puse rojay volví a bajar la mirada. No sabía si las vueltas que me estaba dando la cabeza se debían a la oscuridad de la sala o a la emoción incontenible que me invadía. Hice de tripas corazón y volví a levantar la cabeza hacia donde él estaba, y me topé de nuevo con su mirada. La conexión fue inmediata y devastadora. El escenario se iluminó un momento, dejándome ver que llevaba una camiseta rojo oscuro, tejanos desgastados y bambas.

—¿Por qué te mira así? —La voz de Peter tenía un matiz de enojo que me sorprendió.

Observé extrañada la expresión de mi amigo; su rostro estaba contraído en una mueca ácida. Parecía casi *enfadado*.

—Ejem, ejem, creo que hay alguien celoso... —insinuó Jenna, a mi lado.

Peter no respondió. Se limitó a mirarme de reojo esperando a que yo dijera algo, pero lo ignoré.

—Debe de ser nuevo —exclamó Brandon, girándose un momento—. No lo había visto antes.

—Me lo has quitado de la boca —intervino Jake—. Tal vez quiera jugar en nuestro equipo.

—Quizás esté de paso —sugirió Fate que, por algún motivo, miraba a Peter, como si quisiera tranquilizarlo con sus palabras.

Pero Jenna la corrigió enseguida, haciendo gala de su astucia:

—Los turistas no vienen a ver los espectáculos de la escuela, ¿no crees?

En el fondo tenía razón.

—Quién sabe qué le pasa contigo... —murmuró Peter, más para él que para los demás.

—Habrás pensado que soy ridícula, punto —respondí, y aquel temor empezó a tomar forma en mi cabeza.

—A mí no me parece que se esté riendo de ti —soltó Fate con una mirada momentáneamente maliciosa.

«Es un poco inquietante, ¿no creéis?», admitió Jenna, en silencio, moviendo sólo los labios.

Tengo que reconocer que, en la oscuridad, su mirada penetrante y fija en mí daba un poco de miedo. Luz y oscuridad se debatían en su rostro. Parecía un ángel, sí. Pero de las tinieblas.

—Quizás el asesino del bosque es él —bromeó Brandon, haciendo que me pusiera a temblar.

—¡Cállate, burro! —Jenna le dio un golpe en la cabeza—. Es sólo un chico. Y además, Fate tiene razón. Gemma, ¿estás segura de que no lo habías visto nunca? Te mira como si te conociera íntimamente —afirmó después de seleccionar muy bien las palabras—. Como si hubiera algo entre vosotros.

—¡Ya le gustaría! —Brandon arqueó las cejas en una expresión inequívoca. Fate le lanzó una mirada amenazadora y después observó a Peter para asegurarse de que esas palabras no le habían hecho daño.

—Os equivocáis. No lo había visto nunca —repliqué—. Además, Jenna, ¿no deberías ir tirando hacia el escenario? La introducción está a punto de acabar.

Un estallido del público contribuyó a mi intento de dar por zanjado el tema. El escenario se llenó de humo mientras una música de fondo acompañaba la entrada en escena del príncipe transformado en Bestia, apoyado sobre la campana de cristal que protegía su rosa roja.

—¡Me toca! —Jenna se levantó de golpe y se alejó a toda prisa.

—¡Hazlo como tú sabes! —gritó Fate mientras Jenna se dirigía al escenario pasando entre las butacas azules.

Busqué de nuevo al chico y mi corazón empezó a recuperar su ritmo normal. Nos mirábamos a lo lejos en aquella nueva intimidad.

La voz de Jenna llenó la sala, suave, entonando las notas con el decorado del mercado a su espalda. Enseguida se sumó la voz de Gastón, interpretado por un chico que vestía en tonos pardos. Sonreí, sin dejar de mirarlo, y tuve la impresión de que me devolvió la sonrisa. Me puse roja, derrotada por la emoción, y volví a concentrarme en el escenario. El cuerpo me ardía.

El espectáculo continuó durante horas. Jenna se cambió varias veces de vestuario. Estaba radiante con el vestido amarillo de Bella, sentada en una mesa elegantemente decorada junto a la Bestia, pero fui incapaz de prestarle atención a sus diálogos. El corazón me temblaba al pensar que el chico salvaje estaba a sólo unos pasos de mí. El instinto me decía que tenía que ir corriendo a su lado, pero me quedé quieta, sentada en la oscuridad de la sala, lanzando tímidos vistazos en su dirección, ansiosa por sentir el calor que me transmitía su mirada.

Al cabo de unos minutos las luces se encendieron con un coro de aplausos. Sentí una punzada en mi interior; el tiempo que tenía para deleitarme la vista estaba a punto de agotarse.

Mis compañeros se levantaron y la sala empezó a vaciarse lentamente. Acostumbrada a la comodidad de la penumbra, con las luces encendidas me sentía al descubierto y la idea de buscarlo de nuevo me asustaba. Si me cruzaba con su mirada, me perdería en él. Era una sensación salvaje, tanto como la valentía que se dibujaba en su rostro. Mi mente se obstinaba en definirlo con aquel adjetivo. Porque su mirada era salvaje. La fuerza con la que me atraía hacia él, dentro de él, era salvaje. Ese sentimiento que crecía fuera de control era salvaje. Despojado de cualquier raciocinio. *Salvaje*.

Me hubiese gustado gritar a los cuatro vientos la inmensa felicidad que me invadía, pero decidí no contarle a nadie nuestro encuentro en el bosque. Como si él y yo, de algún modo, guardásemos un secreto.

Aquel recuerdo me llevó a otro más inquietante: la policía no tenía ninguna pista sobre el asesino del señor Lussi y hablarle a alguien de nuestro encuentro podría levantar suspicacias. Por otro lado, yo no vi nada comprometedor, simplemente me lo encontré en algún lugar del bosque. No había ningún indicio que lo relacionara con la muerte del señor Lussi, porque si fuera así, la policía lo sabría. Y ni siquiera estaban seguros de que se tratara de un homicidio.

No tenía ni idea de por qué estaba pensando todo eso; por lo que sabía hasta ahora, quizás Brandon estuviera en lo cierto, aquel chico podría ser un asesino. No había nada que indicara lo contrario, pero por alguna razón, el instinto me recomendaba guardar silencio. Y eso haría, mantendría el secreto.

Nadie podía saber lo muy atraída que me sentía hacia él.

Especialmente, Peter. No quería hacerle daño.

Me pregunté si aquella sería la última vez que lo vería y de nuevo, me invadió el deseo de sentir el calor que se apoderaba de mí cuando sus ojos quemaban en los míos.

Dominada por el instinto, lo busqué y descubrí, contrariada, que estaba a punto de salir por la puerta.

Me quedé sin aire por un instante y una terrible sensación me ahogó, como si tuviera una cuerda alrededor del cuello. ¿Y si desaparecía de nuevo? Me imaginé corriendo hacia él y pidiéndole que no volviera a dejarme sola. ¿Podría soportar perderlo otra vez ahora que sabía que existía? ¿O sería todavía más difícil? Apretando los puños ante la incapacidad de perseguir aquel deseo, me agaché a recoger mis cosas para volver a casa, con la mirada ofuscada por la resignación.

—Aún te está mirando —me susurró Fate al oído.

Alcé la vista y me encontré con su mirada, hipnótica, meticulosa e intensa. *Salvaje*.

No era hostil, ni estaba enfadado, pero aun así tenía aspecto de estar... insatisfecho, como si él

también sintiese tristeza porque el tiempo conmigo se acababa. Sin previo aviso, noté el brazo de Peter rodeándome la cintura. Me apretó el costado con la mano y me acercó hacia él como si fuera suya.

Evité reaccionar ante ese gesto y me limité a mirarlo con perplejidad, pero hizo caso omiso de mi reproche tácito porque sus ojos, reducidos a una rendija, desafiaban los del salvaje, inmóvil al otro lado de la sala.

—Vamos —me ordenó Peter, decidido, sin apartar la vista del chico—. Te acompaño.

Entonces me di cuenta de que, para salir de allí, tendría que pasar por su lado.

Mi corazón cogió carrerilla. Bajé los ojos. Era incapaz de enfrentarme a la mirada del salvaje. Si estaba tan cerca, cedería a mis emociones. Como la marea, me llevaría mar adentro y no podría volver a la orilla, me ahogaría. Me temblaban las piernas y las pulsaciones aumentaban a cada paso que daba, vacilante. ¿Realmente era tan débil? *Sensible*, diría mi madre, pero yo me sentía débil frente a él.

Empujada por el deseo, encontré fuerza en algún rincón de mi interior para mirarlo. No sabría decir qué parte de mí lo activó todo, pero estaba preparada para desafiar a mi corazón.

Recibí un duro golpe cuando no lo encontré entre la masa de gente que se apretujaba para salir de allí.

Una corriente de rabia me subió por el estómago, porque el gesto de Peter podría haberlo alejado, pero me esforcé en reprimir esa sensación. Cambié de idea y me dirigí hacia las bambalinas para reunirme con Jenna y Fate.

Le puse a Peter la primera excusa que se me pasó por la cabeza para que no me acompañara a casa, procurando que no se diera cuenta de mi resentimiento, aunque quizás se había percatado de todos modos de mi repentino malhumor.

La ansiedad me impidió abrir la boca durante el trayecto hasta casa. Permanecí en silencio en el asiento posterior del coche de la madre de Jenna, mirando por la ventanilla sin ver nada, molesta por la constante discusión entre Jenna y Fate sobre lo maravilloso que era el chico nuevo, peleándose por quién lo había visto primero.

Levanté la mirada y negué con la cabeza, horrorizada por su exuberancia y su falta de pudor.

—¡Dios! ¿Pero has visto qué cuerpazo? —exclamó Fate, evocando en mi mente, a mi pesar, recuerdos que creía extinguidos. Me sorprendió lo nítida que se aparecía en mi cabeza la imagen de su cuerpo atlético y *fuerte*.

—No creo que Dios pierda el tiempo mirando su cuerpo —murmuré. No podía llevarle la contraria, pero intenté enmascarar con sarcasmo la emoción que sentía.

—¿Por qué se habrá mudado a un agujero como éste? —preguntó Jenna, curiosa, ignorando mi respuesta.

—Ni idea, pero seguro que lo descubriremos pronto —contestó Fate, feliz como una niña pequeña.

Ahora me sentía mal por él. Se pondrían manos a la obra para descubrir hasta el más mínimo detalle de su vida.

Jenna y Fate pertenecían al círculo de personas de Lake Placid que se dedicaban a circular chismes, al contrario que yo, que los ignoraba. Ellas *tenían* que saberlo todo de todos.

Y aquel chico no iba a ser una excepción.

Por primera vez, no obstante, el tema de conversación me interesaba.

Ni siquiera la señora Whitney se mantuvo al margen de la conversación, elaborando hipótesis sobre quién podría ser, su origen o cuántos años tenía. No parecía mucho mayor que nosotras, pero un matiz rígido y hermético en los rasgos de su cara sugería lo contrario.

Estaba convencida de que al día siguiente ya habrían averiguado su grupo sanguíneo. Por primera vez, la impaciencia que sentía por descubrir todos aquellos detalles me convertía en su cómplice.

s

Fuera, el cielo se había condensado en un oscuro aglomerado de nubes. La llovizna alejaba la bruma en las calles, mojándome el pelo mientras avanzaba por el camino del jardín hacia casa. Pero nada de eso parecía tener importancia. Dentro de mí brillaba el sol, porque él existía. Era real; nada podía hacerme más feliz en ese momento.

Entré en casa dando saltitos, casi sin tocar el suelo que tenía bajo mis pies.

Me sentía electrizada y ligera; el viento se me podría llevar y ni siquiera me daría cuenta.

Las luces estaban encendidas, así que mis padres ya estarían en casa, pero no me apetecía distraerme del recuerdo de aquella espléndida tarde e ignoré la voz de mi madre que, al pie de las escaleras, me pedía que bajara a cenar. Un revoltijo de emociones se había apoderado de mi estómago sin dejar sitio para nada más. Las mariposas revoloteaban por todo mi ser.

—Me he comido un bocadillo mientras volvía —le grité a mi madre desde el piso de arriba—. ¡Voy a estudiar un rato! —mentí, encerrándome en mi habitación.

Aterricé en la cama y me perdí entre mil pensamientos.

Nunca sabría si el *salvaje* se había ido por el arrumaco de Peter o si se había molestado por otra cosa. Habíamos intercambiado miradas durante todo el espectáculo... ¿Por qué se había marchado sin un último gesto? ¿Y si había malinterpretado mi relación con Peter? No estábamos juntos, pero él no podía saberlo... Vaya lío.

Pensar en sus ojos me causaba una sensación extraña. Ahora, libre ya de su hechizo, me parecían más oscuros que la última vez. Había algo siniestro en ellos que no conseguía explicarme. Era como si me estuviera estudiando minuciosamente. Jenna tenía razón, parecía que despertaba en él curiosidad y confusión al mismo tiempo. No obstante, me parecía imposible creer que la intensidad de aquella mirada se debiera a un motivo tan fútil y frívolo... Tenía que haber algo más, algo importante, pero por ahora se me escapaba.

Inmersa en aquellos pensamientos, un repiqueteo constante me devolvió a la realidad de mi cuarto.

Presté atención y miré a mi alrededor para ver de qué se trataba. Al cabo de unos segundos me di cuenta de que venía de fuera. Alguien estaba arrojando piedrecitas contra mi ventana.

El corazón me dio un vuelco de esperanza.

Salté de la cama, impaciente por volver a verlo.

Pero me encontré a Peter. Sólo Peter. Nadie más. Era una ilusa, ¿quién esperaba que fuera?

—Eh, ¿se puede saber qué haces aquí? —le pregunté, abriendo la ventana. Al acabar la frase me arrepentí del tono borde que había usado.

El pobre no tenía ninguna culpa de que yo hubiera esperado que fuera otra persona. Pero una parte de mí lo consideraba responsable de lo que había sucedido poco antes.

—Me has invitado, ¿recuerdas? Te he mandado un mensaje... —murmuró, intentando no gritar mucho.

Cogí el móvil y leí su mensaje.

baja, estoy en la puerta de tu casa

—Lo siento, no lo había visto —dije para justificarme—, mis padres todavía están despiertos y no puedo bajar a estas horas. ¿Se puede saber qué se te ha pasado por la cabeza?

—Tenía ganas de verte. —De repente parecía avergonzado, pero enseguida recuperó seguridad—. Pues muévete, que subo yo.

De pequeño, Peter escalaba por la estructura de madera blanca que sostenía a la enredadera de la pared para meterse en mi habitación a hurtadillas. Hacía años que no subía así y, por un momento, contemplar su cabeza desde arriba mientras trepaba hacia mi ventana me catapultó al pasado.

—Ten cuidado —susurré, intentando que mis padres no escucharan nada—. No sé si te aguantará. —Su testarudez me provocó una sonrisa espontánea.

—¿Qué insinúas? No me estarás llamando gor... —La gravedad no le dio tiempo para que se agarrara a algo y antes de acabar la frase volvía a estar en el jardín.

Intenté aguantarme la risa, pero no pude.

Un ruido en la planta de abajo nos puso en alerta y Peter se acercó a la pared para que no lo descubrieran. Ahogué otra carcajada, demasiado divertida ante aquella escena, y él se relajó, mirándome desde abajo.

—¿Te parece gracioso? Oye, no pienso rendirme —afirmó, obstinado.

—¿Quieres hacerte daño? Has crecido demasiado, no soportará tu peso —exclamé en voz baja, intentando hacerle desistir.

Mis palabras no lo disuadieron. Era la persona más testaruda que conocía. Aparte de mí, claro.

—Peter, ¿adónde crees que vas? —La voz severa de mi padre me estremeció, pero Peter se encontraba ya a medio camino.

Concentrados en su escalada, no habíamos visto a mis padres, que contemplaban el espectáculo pacientemente por la ventana del piso de abajo.

Peter miró hacia abajo, tambaleándose.

—Bue... buenas noches, señor Bloom —consiguió decir. Después, su voz se endureció al dirigirse a mí—. Gemma, ya te había dicho que no era buena idea subir por aquí a estas horas de la noche —me regañó fingiendo indignación, mientras mi padre, de brazos cruzados, le escuchaba divertido.

Su interpretación no convencería a nadie.

—Veamos, ¿desde cuándo eres tan servicial? —Mi padre lo miró, arqueando una ceja.

Peter movió los ojos de un lado a otro, inseguro sobre qué responder.

—¿Desde siempre? —probó, pero sin resultado.

—Es un alivio que digas eso, porque tengo otros trabajitos para ti. —Me asomé por la ventana y vi a mi padre reprimir una carcajada mientras señalaba los hierbajos que habían crecido junto al camino del jardín.

Eché la cabeza hacia atrás, incapaz de aguantarme la risa, y escuché algunas voces que secundaban la mía.

—Venga, entra en casa —dijo mi madre con una sonrisa en los ojos.

—¡Pero por la puerta! —añadió mi padre, acabando la frase.

Antes de levantarse del suelo, Peter se tumbó sobre la hierba. No sabría decir si lo hizo por el

dolor de la caída o por la vergüenza que estaba pasando. Seguramente, por ambas cosas.

—¿A qué esperas? ¿Por qué no bajas? —me preguntó mi padre asomando la cabeza por la ventana—. Peter no subirá a tu habitación.

Resoplé. Eso no era una novedad. Nunca habían dejado que Peter y yo estuviéramos a solas en mi cuarto, ni siquiera cuando éramos pequeños, así que mucho menos en la adolescencia. Nosotros nos apañábamos con sus habilidades de escalador, con las que Peter se colaba a menudo en mi dormitorio, a escondidas, y nos pasábamos horas charlando, viendo películas o capítulos de *Dawson crece*. A veces, en broma, decía que yo era su Joy, pero hasta entonces no nos habíamos dado cuenta de que tal vez él no fuera mi Dawson.

Me arreglé el pelo echando un vistazo rápido en el espejo —un gesto que nunca antes había hecho— y bajé las escaleras a toda prisa.

Me esperaban en el salón, sentados en el sofá de piel color caramelo, mientras el olor a café llenaba la estancia.

—¡La próxima vez que quieras ver a Gemma llama a la puerta! —le decía mi padre cuando llegué.

—De acuerdo, señor Bloom, lo tendré presente. —La voz de Peter, aunque abochornado, dejaba entrever una cierta ironía, como si se burlara de su absurda metedura de pata.

4. Sueño

No está escrito... Yo. No. Puedo. Oponerme... No puedo impedirlo, lo siento...

El eco de aquellas palabras resonaba en mi cabeza, cada vez más desvaído, mientras la mañana le ganaba terreno a la noche y yo abría los ojos, adormecida pero con la mente clara.

Me quedé unos minutos tumbada en la cama, contemplando el techo, aprovechando para recordar los rasgos de su cara antes de que desaparecieran del todo con la llegada del nuevo día.

De algún modo, tenía la impresión de que lo acababa de ver. Pero sólo había sido un sueño.

Aun así, lo que había hecho que mi corazón latiera con fuerza, despertándome de mi letargo, había sido la certeza de que él existía y de que pronto volvería a verlo.

Unos minutos después bajé a la cocina a desayunar, ansiosa por que sucediera.

—Te has levantado de buen humor —confirmó mi madre, dándose cuenta de mi entusiasmo.

No pasábamos mucho tiempo juntas, pero necesitaba poco para adivinar cómo estaba. Aunque por otro lado, me había pasado en su interior bastante más de nueve meses. Había gente que decía que durante aquellas semanas de más que me llevó en su vientre se creó un lazo arcano entre nosotras, como un sexto sentido que nos unía incluso en la distancia.

Y tenía que reconocer que a veces me costaba ocultarle mi estado de ánimo a mi madre.

En algunos momentos, me daba la sensación de ser un libro abierto pero, por suerte, poca gente sabía leerlo.

—Bueno, simplemente he dormido bien —respondí, evasiva.

—Ajá... —respondió con mirada acusadora—. ¿Acaso ha pasado algo con Peter? —insinuó, pero la suya era más una esperanza que una pregunta.

—¡No! Ya te he dicho lo que siento por él, mamá. Y eso no cambiará.

—Entonces... ¿a qué se debe tanto entusiasmo? —inquirió perpleja y llena de esperanza.

—Ya te lo he dicho. He dormido bien y he soñado algo bonito —respondí para que se callara, reprimiendo una sonrisa embelesada que insistía en aparecer en mi cara.

Mi madre se entristeció con mi explicación; sin duda se esperaba algo más emocionante. Últimamente me había dado cuenta de que en el fondo, tenía la esperanza de que me interesara alguien real, aparte de los héroes o caballeros de las novelas que leía, y quizás Peter era el candidato número uno. Pero él no era mi Rochester, ya se lo había explicado.

—Si tú lo dices... pero prométeme que me lo contarás cuando suceda —me pidió.

—Lo haré. Cuando tenga algo que contar, serás la primera en saberlo —la reconforté.

Estaba claro que no pensaba acudir a Peter para desahogarme y hablar de mis dudas.

Qué triste mantener al margen de ciertas cosas a una de las personas que más me importaban en el mundo.

Pero no tenía elección. No podía hablar con él de mis sentimientos, especialmente después de ver su reacción en el musical. Sus celos eran evidentes.

Fuera, una niebla espesa confería a las calles un aire tétrico, pero estaba tan contenta que me daba igual.

Durante el trayecto hasta el colegio, la atmósfera me devolvió al sueño de esa noche.

Estaba en el bosque, rodeada de árboles, exactamente igual que aquel día, como si lo estuviera reviviendo.

Estaba sola, pero sentía una presencia hostil a mi alrededor. Parecía que alguien me estuviera observando, que *él* me estuviera observando. Sentía sus ojos clavados en mí, como los de un cazador que vigila a su presa. Esa idea me excitaba y me asustaba.

Porque esta vez la presa era yo.

Levanté la cabeza y miré hacia arriba. Agudicé la vista, buscando entre las ramas, empujada por la extraña convicción de que lo vería, pero allí no había nadie.

El sol me cegó de repente, pero me sentí fascinada por la luz que penetraba entre las ramas y que, enredándose entre ellas, filtraba los rayos del sol.

De repente algo se movió. Justo allí, en medio de la luz.

Me concentré en aquella extraña silueta cubierta de reflejos dorados. ¿Se trataba de un animal?

Me acerqué.

Era más grande que yo; quizás sería mejor salir corriendo del bosque. Podría haberme matado, pero eso no me asustaba. Se quedó quieto, inmóvil, observándome desde allí arriba, encaramado a la rama más grande. Fuera lo que fuera, parecía más asustado que yo; contenía la respiración, esperando que yo me alejara de aquel lugar, como un camaleón que quiere volverse invisible ante los ojos de los depredadores.

Empujada por el deseo de descubrir qué o quién era, me acerqué todavía más y por el latido sordo de mi corazón enseguida lo supe. Como una ola que se estrella contra un escollo, una emoción salvaje se apoderó de mí, ahogándome. *Salvaje*, como quien la dominaba.

El chico sin nombre había entrado en mi mente para no abandonarla nunca más.

Mis ojos se encontraron con los suyos entre los reflejos perlados de la luz que nos rodeaba. Su expresión seguía oscureciéndose, a medio camino entre la fascinación y el estupor. No sabía qué pensaba, pero de nuevo tuve la sensación de que me estaba estudiando. No estaba interesado en mí, más bien parecía confundido ante mi interés por él. A medida que yo me acercaba, él se echaba hacia atrás, asustado.

Había algo en su rostro que conseguía hechizarme. Me aturdí por completo, como si cruzar nuestras miradas fuera suficiente para que él secuestrara mi esencia.

La camiseta azul que vestía hacía resaltar los matices color hielo de sus ojos. Las mangas remangadas a la altura de los codos dejaban ver el tatuaje que recorría su antebrazo; su rostro era perfecto, su piel suave y compacta... Imaginé su tacto sedoso en mi piel. Alargué una mano, siguiendo el deseo de comprobar si era real, pero me aparté, asustada por la potencia de la emoción que sentiría si nos tocábamos. Estaba convencida.

Y sus ojos... Parecía que los hubiera visto dentro de mí y conservara el recuerdo en lo más profundo de mi ser. Su perplejidad me desorientaba: contemplaba cada uno de mis movimientos como si nunca hubiese visto a una persona, pero lo ignoré y seguí acercándome. Por un instante, fui incapaz de respirar. Cuando me miró, a través del cabello oscuro y despeinado que le surcaba la frente, rebelde y salvaje, una vetas sutiles e imperceptibles de color ámbar brillaron en sus ojos como

diamantes, igual que la plata líquida cuando recibe un rayo de sol. Un color tan natural y perfecto a la vez...

Eran justo como los recordaba antes de volver a verlo en la escuela. Había pasado dos semanas pensando en aquella mirada afilada, no podía equivocarme, pero en el colegio aquellos ojos me habían parecido tan oscuros y penetrantes... La intensidad que desprendían era la misma, pero no era nada parecida a aquella *luz* límpida y cristalina que ahora brillaba en sus ojos de hielo.

Nuestras miradas se entretenían en el otro, enredadas como la primera vez. Buscaba en mí la respuesta a lo que le turbaba.

Di unos pasos hacia delante, presa en aquella trampa de hielo. Apoyé la mano en el tronco del árbol para sujetarme antes de acercarme a él. Por fin pareció abandonar cualquier tipo de duda, se agachó y, de un salto, apareció frente a mí. Sus ojos seguían inspeccionándome. Poco a poco, levantó una mano para tocarme y la mantuvo en el aire unos instantes, a un palmo de mi cara, indeciso. Empecé a temblar, porque quería que me acariciara, aunque fuera sólo un momento. Alcé la mano en busca de la suya. La mera idea de que nos pudiéramos tocar me dejó sin aire. Nunca lo había tenido tan cerca. Contempló mi mano durante un instante y después, titubeante, se decidió a tocarla con suavidad. Una estrella explotó en mi interior mientras sus ojos estallaban en los míos. Un temblor que se propagaba de su cuerpo al mío, uniéndonos. Ojos frente a ojos. Mano en mano. Parecía afectado por la intensidad de aquel contacto, como si él también hubiera notado algo en su interior. Cerré la mano, entrelazando mis dedos con los suyos; sentí que no quería dejarme ir. Sus ojos se insinuaron con prepotencia ante los míos, excavando en ellos para entrar en mi interior. Me estremecí ante el contacto extraordinariamente cálido de su piel. Cerré los ojos y por primera vez, escuché el sonido de su voz.

—*No te haré daño...* —Su dulce susurro se abrió paso dentro de mí; parecía que pudiera entrar en mi interior, llegar a lugares escondidos que incluso yo desconocía, e infundirme calor, hasta deshacerme por completo. Era tan intenso y profundo que me hacía vibrar, como si susurrara directamente a mi corazón.

Todo lo que nos rodeaba desapareció mientras yo, víctima de su hechizo, sólo tenía ojos para él. Un encantamiento oscuro que envolvía mi alma. Una ráfaga de viento me acarició el rostro y entonces me di cuenta de que el bosque había desaparecido. Me quedé sin poder respirar porque de repente estábamos en un acantilado junto al mar, en un equilibrio inestable y, asustada por aquella repentina altitud, me agarré a él con todas mis fuerzas. Enseguida pensé en despegarme de él, ruborizada por aquel contacto robado, pero no tuve tiempo porque él se me adelantó y me apretó contra su cuerpo con una dulzura infinita. Por un momento me olvidé de todo. Era incapaz de escapar de sus ojos, tan profundos que no dejaban alternativa, un lazo que aprisionaba mi corazón. Potente y oscuro. Pensé que me había perdido en lugares prohibidos y desconocidos.

—*No tengas miedo...* —respondió en forma de susurro a mis temores—. *Fíate de mí, al menos esta vez.*

Lo miré hechizada, su voz persuasiva me envolvía como terciopelo negro, pero sus labios no se habían movido. Aquel dulce sonido me había llegado desde el interior, abriéndose camino hasta mi pecho.

¿Cómo era posible?

Aun así mis dudas se desvanecieron rápidamente gracias a una extraña y repentina sensación de confianza. Sentí que podía fiarme de él por completo. Como si su voz hubiera instilado aquel pensamiento directamente en mi cabeza.

Miré hacia abajo y aquel vacío me impresionó. El mar llegaba hasta el infinito, acometiendo contra las rocas, como si intentara cogernos. Aunque el viento me azotaba la piel, no tenía frío porque él estaba junto a mí. Me faltaba el aire. ¿Sería porque su rostro estaba tan cerca del mío? Un hormigueo recorrió mi cuerpo y me provocó una sensación reconfortante.

Cerré los ojos, llevada por el viento, y me dejé invadir por la emoción.

—Estoy tan bien aquí contigo... —murmuré en voz baja. De repente me entraron unas ganas irrefrenables de buscar sus ojos, como una nostalgia dictada por el corazón, pero en cuanto lo miré, su rostro se había oscurecido. ¿Ya se había arrepentido?—. ¿He dicho algo malo? —pregunté con timidez.

Su silencio, por un instante, me hizo pensar que no respondería. Parecía perdido en su mundo, pero sus labios se abrieron ligeramente antes de resignarme:

—*Todo esto está mal*. ¿Qué estoy haciendo? Ni siquiera debería estar aquí —dijo hablando para sí mismo, como si intentara convencerse, pero algo se lo impedía. No me atreví a considerar que ese algo pudiera ser yo—. Yo... yo... Tengo que pensar. Lo *necesito* —susurró con voz apagada, mirando hacia las olas que bajo nuestros cuerpos chocaban contra la pared rocosa.

Por un instante pareció que estaba a punto de dejarme y sentí una punzada en el estómago.

—¡Por favor, no te vayas! —solté sin pensar—. ¿Qué hay de malo? ¿Por qué dices que no deberías estar aquí?

Su rostro se nubló, recubriéndose de un halo oscuro e inalcanzable.

—No lo entenderías.

—Podría intentarlo.

—No puedo —dijo entre dientes—. No me está permitido.

Me quedé inmóvil durante unos instantes, aturdida por aquellas palabras. Todo indicaba que se estaba debatiendo en una lucha. Algo lo corroía lentamente. Parecía furioso consigo mismo. ¿Cuál era la causa de su actitud?

—¿Por qué te preocupas por mí? —Me miró fijamente durante un buen rato, perplejo.

¿Cómo se había dado cuenta de que no me gustaba ver la confusión en sus ojos?

Después, de improviso, se puso serio, desprendiéndose de toda indecisión. Con ímpetu, agarró mi rostro con las manos y la duda que hasta aquel momento parecía perseguirlo desapareció de golpe.

Su mirada cortante, tan intensa y cerca de la mía, me arrastró como una ola de pura emoción. Aquel brillo de autoridad me desorientó por un momento.

—Escúchame. He cometido un error viniendo aquí. No debes pensar en mí nunca más. Está mal, para ti y para mí. Para los dos. Olvida mi cara. Olvida que nos hemos conocido. Nunca nos vimos en el bosque, fue una jugarreta de tu mente. Olvídame —ordenó con firmeza, como si esperara que le hiciera caso.

El hielo de sus palabras atravesó mi cuerpo como una estalactita; yo negaba con la cabeza, todavía entre sus manos, aturdida por aquella imposición.

—¿Pero por qué? No tiene ningún sentido. ¿Por qué debería olvidar nuestro encuentro? Lo he intentado, ¡y no he podido! —confesé mirándole a los ojos.

Mi objeción lo sorprendió hasta el punto de dibujar en su rostro algo parecido al desconcierto, como si hubiera esperado una absoluta condescendencia por mi parte.

—¿Cómo diablos...? Joder, lo he hecho todo mal, es culpa mía. Tengo que dejar de buscarte. Desapareceré de tu vida. Ya he infringido demasiadas reglas, no tenía que llegar hasta aquí, he

perdido el control, lo siento... Te lo pongo todo más difícil. *Tienes* que olvidarme, antes de que sea demasiado tarde. ¡Joder! ¿Qué me pasa?

—Es demasiado tarde, lo siento. No quiero olvidarte —dije, con el corazón en vilo por aquella confesión inesperada.

—¡No lo entiendes, maldita sea! —gruñó, causándome un sobresalto, pero después su mirada se endulzó—. Gemma...

El mundo se detuvo. Escuchar sus labios pronunciando mi nombre desató una ola de calor que me subió del estómago al pecho.

—Nosotros... —Se detuvo, sopesando las palabras, mientras yo no podía dejar de mirar sus labios—. Te has hecho una idea equivocada de mí. No sabes quién soy en realidad. No sabes lo que... —Dejó caer los brazos y se recompuso—. Todo sería más fácil si no te acordaras de mí.

—¿Por qué? —pregunté, desesperada. Lo deseaba, no quería nada más en aquel momento, sólo a él. No estaba preparada para perderlo tan pronto.

Sus ojos se entrecerraron por un impulso que no logró evitar.

—Hay ciertas cosas que no podemos controlar. No podemos oponernos a ellas —sentenció con severidad antes de cerrar los ojos por completo, presa de un sentimiento que ni siquiera él conocía. Resignación, tal vez—. Yo *no puedo* oponerme. Tengo ciertas obligaciones. No podré impedirlo, lo siento... —susurró, transido. No sabía si me estaba hablando a mí o se intentaba convencer a sí mismo.

Lo miraba sin entender muy bien aquel rechazo absurdo. ¿Por qué quería que lo olvidara? ¿Qué había hecho mal? No quería aceptarlo y su expresión, turbada, rebotaba en mí hasta hacerme daño.

—¿De qué hablas? No lo entiendo. ¿A qué no puedes oponerte? ¿Qué obligaciones? ¿Y qué tienen que ver *conmigo*?

Sus ojos se detuvieron en los míos, con expresión atormentada, como si él también buscara una respuesta.

—Simplemente me gustaría tener más tiempo. —Me miraba fijamente, devastado—. Es mi naturaleza, no puedo hacer nada. Es lo único que sé hacer.

—¿Más tiempo para qué? Estamos aquí, solos. Ahora. No nos falta tiempo.

—Te equivocas. No hay tiempo para nosotros. No está escrito... Yo. No. Puedo. Oponerme... No puedo impedirlo, lo siento...

Su voz resonó en mi cabeza hasta desaparecer, acunándome en la calma que reina entre sueño y vigilia.

Estaba tan atrapada en el recuerdo de aquel sueño que no me di cuenta de que habíamos llegado al colegio hasta que Peter me llamó y el recuerdo desapareció entre la oscuridad de aquella mañana gris.

—¡Gemma! —gritó mientras venía corriendo hacia mí—. Eh, te había guardado sitio en el autobús. ¿Cómo es que no lo has cogido? ¿Te ha traído tu madre?

—He venido a pie —expliqué, algo evasiva y a la vez enfadada.

—¿Con esta niebla?

Mis labios se apretaron en un *sí*.

¿Siempre había sido tan atento o es que yo no me había dado cuenta? No me molestaba, pero no estaba acostumbrada a aquella nueva sensación de incomodidad que me invadía cuando estaba con él.

Qué extraño sentirme así con Peter.

Caminé con la mirada baja, concentrándome en el asfalto húmedo por el rocío de la mañana. Durante un rato ninguno de los dos dijo nada.

—Sigue aquí. —Apretó los puños junto a sus caderas. Levanté la cabeza porque mi corazón, que latía cada vez más rápido, había enviado un mensaje a mi cerebro acelerándose de golpe.

Seguramente se trataba de él.

Vagué con la mirada en busca del salvaje, como si fuera agua en el desierto, pero enseguida tragué saliva, tenía la garganta seca por la decepción.

—¿De... De quién hablas? —pregunté, vacilante.

Peter me lanzó una mirada furibunda.

—¡No hagas como si nada, Gemma!

El tono ácido de sus palabras me dejó pasmada. Nunca me había hablado con tanta frialdad. Peter era tan cálido... Jamás lo había visto tan enfadado. Estaba demasiado acostumbrada a su amabilidad, sobre todo cuando se trataba de mí.

—Sabes muy bien de quién estoy hablando. —Rechinó los dientes pronunciando las últimas palabras, convencido de que aquella explicación no era necesaria—. He visto cómo lo miras... y sobre todo, cómo te mira él a *ti*. —Después la rabia encendió su voz mientras murmuraba para sí mismo—: No me gusta... Hay algo extraño en él, algo *siniestro* —me advirtió, furioso, pero yo tenía muy claro por qué actuaba así: estaba celoso.

—¡Exageras, Peter! Es sólo un chico y ni siquiera sé cómo se llama. No tienes motivos para estar celoso. —Parpadeé, avergonzada por las palabras que acababa de pronunciar.

—No estoy nada celoso. Pero no me gusta cómo te mira. Ayer, cuando acabó el musical, lo seguí para ver a dónde iba, antes de que tú salieras.

—¿Pero estás...? —intenté decir, aunque Peter no me dejó acabar la frase.

—Se escondió detrás de un árbol, pensaba que nadie lo veía, ¡pero yo sí! Y no me gusta para nada lo que descubrí. Miraba fijamente a algún sitio, y cuando me di cuenta, allí estabas tú, Gemma. ¡Te estaba espiando! ¿Es que no lo ves?

¿Qué motivo podría tener para espiarme? Era absurdo.

—Te has pasado de la raya —le advertí, a punto de perder la paciencia.

—¿Por qué no me crees? No quiero que se acerque a ti, ¿no has escuchado lo que dice la gente?

—¿Desde cuándo te importa lo que dice la gente? —lo acusé, indignada.

—Dicen que es un extraño. No habla nunca con nadie, no me fío. Por lo que sabemos, ¡podría incluso ser un asesino! ¿Y por qué te espía así? Y aún no te he contado lo más raro... Cuando me di cuenta de que te estaba espiando a ti, un segundo después miré en su dirección y había desaparecido. *Desaparecido*, ¿lo entiendes? ¡Como si se hubiera volatilizado! Fue tan extraño que por un momento pensé que me lo había imaginado todo. Estaba allí y al momento siguiente, ya no estaba, se había esfumado como un fantasma. Mira, se me ha puesto la piel de gallina.

—Lees demasiados cómics —intenté decir, pero por dentro palidecí pensando en la primera vez que lo vi en el bosque y después en las imágenes escalofriantes del hombre con el cuello roto que Jake había conseguido fotografiar en el despacho de su padre. Peores que las que habían publicado los periódicos. Conocía bien aquella sensación—. ¡Te estás volviendo paranoico! —añadí, demasiado

orgullosa como para reconocer que tenía razón: había algo oscuro y misterioso en aquel chico, yo también lo notaba. Era mi corazón quien se negaba a creerlo.

Incluso el modo silencioso en que había llegado a Lake Placid no dejaba lugar a dudas. Nadie sabía nada de él. En nuestro pequeño pueblo, donde era imposible guardar un secreto.

Y luego estaba aquella absurda sensación que me paralizaba cada vez que nuestras miradas se encontraban. No es que tuviera mucha experiencia con los chicos, sobre todo si se excluían mis pasiones secretas por algunos personajes de novela, pero empezaba a pensar que no era muy normal la reacción de mi cuerpo ante su presencia. Ni siquiera sabía su nombre. ¿Cómo era posible que aquellas emociones me dominaran con tal intensidad? Parecía que una fuerza oscura me uniese a él. Algo incontrolable e inseparable. E inquietante.

Empujada por un hormigueo en el pecho, de repente pensé que no me importaba su nombre o de dónde provenía. El deseo de estar junto a él era demasiado fuerte, aunque sonara incomprensible. Y aunque una parte de mí lo consideraba absurdo, la intensidad de su mirada cuando se cruzaba con la mía bastaba para encender una llama de esperanza en mi corazón.

5. Decepción

Entré en la escuela con un nudo en la garganta. Mi corazón estaba frenético ante la posibilidad de volver a verlo después del sueño.

Habíamos estado juntos aquella noche, pero él no lo sabía.

La misma emoción que me pulsaba en los oídos a cada paso que daba mantenía con igual intensidad mi mirada anclada al suelo, como si allí debajo hubiera un imán que me robaba la valentía para enfrentarme a él.

Accedí al pasillo con la cabeza baja. El ruido de los estudiantes que pasaban a mi lado se mezclaba con el de mi corazón, que parecía que se había trasladado a mis sienes, confundiéndome.

Por un momento me sentí aturdida: todo lo que me rodeaba se estaba ralentizando. Incluso el aire tenía otra densidad, como si opusiera resistencia a mis movimientos.

Levanté la vista para no perder el equilibrio y de repente lo vi.

Un hechizo oscuro que me atraía hacia él.

Estaba al fondo del pasillo, tenía la mano apoyada con insolencia en la pared, la camiseta negra con las mangas remangadas y el cuerpo girado hacia mí.

Los alumnos que se dirigían a sus aulas formaban un muro que nos separaba. No obstante, el lazo que me unía a él se hacía cada vez más fuerte a medida que avanzaba en su dirección, temblando a cada paso. ¿Qué demonios me pasaba cuando *él* estaba cerca? Era como si mi corazón lo conociera, como si mi cuerpo esperara que me plantara frente a él y le cogiera de la mano, dejando que él a su vez aceptara mi gesto, de manera natural. Como en mi sueño. Pero esto era la realidad. Y yo ni siquiera sabía cómo se llamaba.

Un pequeño grupo de estudiantes se apartó y me dejó vía libre; lo veía sin ningún obstáculo. Noté una puñalada que me detuvo el corazón.

El latido vaciló y después, se apagó.

No estaba solo.

Junto a él había una chica. Y era una diosa.

Verlos juntos, intercambiando sonrisas y miradas, me paralizó el cuerpo. Una sensación devastadora me vació por dentro. Como si alguien me hubiese arrancado las entrañas para arrojarlas a un pozo de escarcha.

La chica estaba apoyada de espaldas en la puerta y lo miraba, cómoda y tranquilamente. Él se inclinaba hacia ella. Sus cuerpos estaban muy cerca, casi tocándose.

Aquella imagen barrió todo lo demás. Estudiantes, profesores, ruidos y risitas. No había nadie más en mi cabeza. El pasillo estaba desierto y en silencio, como mi corazón, privado de sus latidos, y mis pulmones, despojados del aire.

Vi cada esperanza, incluso la más remota, abandonar mi cuerpo y alejarse de mí como un espectro para después, desvanecerse ante mis ojos.

El murmullo del pasillo se reactivó y fue entonces cuando presté atención a los comentarios de los chicos, impactados por la belleza sobrenatural de aquella diosa. Ella no se inmutaba; parecía acostumbrada a ese tipo de miradas. O más bien, no le importaban porque le tenía a él.

Incluso a mí me costaba creer que tanto encanto y belleza pudieran concentrarse en una única chica.

Estaba claro que el *salvaje* sólo se relacionaría con chicas como ella.

Con tristeza, me obligué a admitir que era absurdo haber pensado lo contrario.

Una larga melena de oro, con las puntas rizadas, le acariciaba la espalda. Su pelo parecía tan suave...

No hacía mucho calor, pero llevaba una camiseta blanca escotada sin mangas. También vestía un par de tejanos muy ajustados que dejaban sin aliento a cualquiera. Llevaba unos zapatos abiertos, a conjunto con la camiseta.

Mi corazón volvió a latir a toda velocidad, a medida que la distancia se acortaba.

Un delicado aroma a flores me embistió cuando estaba a punto de llegar a su altura. Seguramente era el perfume que llevaba la chica.

Tenía la impresión de que cada paso era más difícil de dar que el anterior; tenía que obligar mis pies a avanzar.

Miré al suelo para intentar pasar desapercibida, pero por desgracia las cosas nunca van como una espera. Mientras mi malestar luchaba contra la desilusión, por el rabillo del ojo vi que ella se giraba hacia mí y no pude evitar mirarla, como si el instinto me obligara a establecer contacto visual.

Atemorizada, me giré hacia la chica y con una violencia inesperada me sumergí en sus ojos, crueles y sensuales, que me escrutaban con intensidad. De repente me sentí desnuda, como si estuviera leyéndome.

Aquellos iris verde jade me fulminaron; parecía que alguien los iluminara desde el interior. Los rayos de sol le ofrecían un matiz aguamarina. Un color increíble.

Nunca había visto tonos cromáticos tan intensos, ni siquiera concebía que pudieran existir.

Casi sin respirar, una intuición fuera de control me indujo a desviar la mirada hacia el salvaje.

Mi corazón latió con más fuerza cuando encontré sus ojos esperándome.

Tenía que mirarlo, aunque fuera sólo un instante. Estaba mal, pero lo necesitaba. Aunque tuviera a esa chica a su lado, y ella no dejaba de observarme. Bajé de nuevo la cabeza mientras la gente a nuestro alrededor volvía a hablar.

Habían pasado más o menos tres segundos.

De reojo noté la expresión triunfante de Peter, que había llegado a las mismas conclusiones que yo. Me estremecí ante la satisfacción que detecté en su actitud.

Por primera vez desde que nos conocíamos, Peter me había decepcionado.

Me arrastré hasta el aula, entorpecida por el desengaño.

El entusiasmo de los chicos por la nueva era casi palpable. Estaban alterados, como las abejas en torno a su reina.

Incluso las chicas, formando pequeños círculos, no hacían otra cosa que hablar de ellos, sobre todo del nuevo alumno.

No tenía ganas de unirme a las conversaciones, así que abrí la libreta y empecé a garabatear, esperando a que la clase comenzara. Sólo quería que aquel día se acabara ya.

—Eh, Gemma, ¿has visto a la nueva? —La voz de Fate me distrajo, obligándome a levantar la

mirada—. Parece que estén juntos... Es decir... con el chico nuevo...

—Aún no sabes cómo se llama —deduje. A pesar de mis propósitos, no pude evitar frenar mi curiosidad.

—¿Me creerías si dijera que no?

—¿No os parece emocionante? —intervino Jenna, que llegó por detrás de Fate interesada en nuestra conversación—. Tiene ese aspecto *tenebroso*... y nadie sabe nada de él. ¡Y encima hoy se presenta con la diosa de las ninfas! Esto es absurdo. Nunca hubiese creído que podría decir esto, pero el chico es un misterio incluso para mí —reconoció, resoplando, con una vaga sensación de derrota.

El profesor Butler entró en el aula y cada uno se sentó en su sitio, dando por finalizadas las conversaciones.

Volví a centrar mi atención en el folio emborronado, convencida de que ni la más interesante de las clases haría que participara.

Pero un cuchicheo repentino me obligó a alzar la vista.

Cada músculo de mi cuerpo se bloqueó de golpe. Se me cortó la respiración.

Igual que yo, toda la clase estaba hechizada por la fascinación misteriosa que emanaban los dos chicos nuevos, en pie junto al profesor.

Perdí las riendas de mi corazón, que empezó a latir a toda velocidad. Empecé a temer que algún compañero se diera cuenta.

—Tenemos dos nuevos estudiantes en nuestra escuela —dijo el profesor—. Se incorporarán a vuestra clase, así que sed amables con ellos. No es necesario que os diga que el año escolar hace tiempo que empezó, así que estaría bien que contribuiréis en todo lo posible para ayudarlos a adaptarse. —Hizo una pausa. Incluso el profesor parecía afectado por su presencia—. Bien, chicos, os podéis presentar a la clase.

—Se lo agradezco, señor Butler. Mi nombre es Evan James. —Su voz, aterciopelada y persuasiva, nos dejó de piedra. Me miró, y un escalofrío recorrió mi cuerpo.

Evan James... Mi mente, casi embrujada, se encontró murmurando su nombre.

Como si acabara de lanzar un hechizo oscuro, su voz desató un efecto devastador en todas las chicas de la clase, algo parecido a una especie de coerción mental. Intenté resistirme al gesto de sus ojos, que se entrecerraron, dejando entrever un peligroso cóctel de dulzura espartana, pero ni siquiera yo pude evitar aquel estremecimiento: un torbellino de fuego que seguía sacudiéndome después de que acabara de presentarse. Como un séquito armonioso que me hacía cosquillas en el corazón.

Aun así... había algo familiar en el timbre de su voz, como si ya la hubiese oído antes.

Un absurdo *flashback* me perforó la mente sin preaviso. «*Confía en mí, al menos esta vez*». No, no podía ser. Aquella voz era...

La misma que había soñado.

¡Imposible! Negué con la cabeza para volver en mí, para obligarme a rechazar aquella absurda broma de mi mente. Nunca había oído su voz. No podía saber cómo sonarían sus palabras. Aun así...

—Y ella es Ginebra —llegó a decir antes de que el profesor lo interrumpiera bruscamente.

—Muy bien, sentaos donde podáis, hoy trataremos un tema muy importante.

Ginebra... Su nombre seguía dando vueltas en mi cabeza. Sonaba tan imponente... como si fuera el de una reina.

Justo después mi cerebro se bloqueó, alarmado por la dirección hacia la que los dos avanzaban.

Eché un vistazo a la clase. Después miré hacia abajo y examiné el barniz mostaza que recubría la mesa, presa del pánico.

Se dirigían hacia los dos pupitres que había en la fila de al lado.

Esperé con nerviosismo. Quizás Evan se sentaría en la mesa de la derecha, dejando el lado izquierdo, el que estaba más cerca de mí, para ella. Sentí un hormigueo en los brazos y mi cuerpo me traicionó. Se sentó a la izquierda de la chica. Sólo un exiguo pasillo nos separaba.

Aquello bastó para abstraerme por completo de la voz del profesor Butler, que se redujo a un murmullo cubierto por mis pensamientos mezclados con el latido de mi corazón.

El chico salvaje estaba demasiado cerca como para que pudiera concentrarme en algo que no fuera él. Incluso podía notar su olor, un aroma a bosque.

Evan, me obligué a corregirme.

De vez en cuando giraba ligeramente la cabeza hacia él, esperando que no se diera cuenta.

Y cada una de las veces me encontraba con su mirada, como si estuviera esperándome.

Desde aquella corta distancia distinguía a la perfección el color de sus ojos.

Eran *oscuros*. De una tonalidad cálida y reconfortante, nada que ver con aquellos ojos de hielo que había visto en sueños. Combinaban de forma impecable con el color de su pelo, chocolate puro. Aun así... parecía que podía captar aquellas vetas doradas en sus iris, como hilos caramelizados en chocolate fundido.

Por otro lado, mi sueño había estado guiado por la imagen que recordaba de él, probablemente confusa por los reflejos del sol. Sabía muy bien lo mucho que mi mente, a veces, podía alterar la realidad.

Me daba rabia pensar en el modo brusco y maleducado que el profesor había utilizado para dar por zanjada su presentación. Si hubiese dependido de mí, lo habría dejado hablar sin pausa durante horas. Estaba segura de que nunca iba a cansarme de escuchar aquella voz tan persuasiva.

Un tanto avergonzada por la profundidad de sus ojos permanentemente fijos en mí, me toqué el pelo y para intentar disimularlo como si fuera un gesto espontáneo, me puse el cabello a un lado para sentirme más protegida.

Miré de reojo al otro lado de la clase, donde los chicos seguían alborotados y girándose para observar a los nuevos.

La voz de Jenna reinaba por encima de las demás, engreída. Desde mi sitio capté el tono austero y arrogante:

—Ya os podéis poner a la cola, yo lo vi antes.

Abrí la boca, desconcertada ante tanta seguridad. ¿Es que no había visto a la reina de las diosas que tenía sentada junto a él? Era difícil que alguien no se diera cuenta de su presencia. Sonreí ante la idea de que, en realidad, al menos aquella pequeña conquista me correspondía a mí porque, en el fondo, yo había sido la primera en verlo. Aunque era ridículo que eso pudiera tener alguna validez. No importaba quién había cruzado la mirada con él en primer lugar.

Porque él tenía a *Ginebra*, y eso era lo único que importaba.

Entonces, ¿por qué parecía que a Jenna le daba igual?

—¡Pero si ni siquiera se ha dado cuenta de que existes! Por una vez, deja un poco de espacio a las demás —le soltó otra chica, algo irritada.

—Ya te gustaría, pero yo no soy tan altruista. Ya verás, terminará por fijarse en mí.

Si Jenna quería a alguien, lo conseguía. Punto. Y ahora lo quería a él.

Por primera vez deseé tener una pizca de su seguridad.

Esta vez dudé que sus estratagemas pudieran conseguir algo. Aunque ningún chico podía resistirse a los ojos de ese azul tan franco de Jenna, ni siquiera ella podía competir con *Ginebra*.

Nadie podía.

Pero ninguna de nosotras estaba dispuesta a ceder terreno. No comprendía cómo la presencia de Ginebra no las había desanimado lo más mínimo.

En cuanto a Jenna, era perfectamente consciente de que para ella no era más que un juego.

En varias ocasiones la había escuchado hablar de sus variadas aventuras y nunca había comprendido cómo podía ser tan fría, cómo podía relacionarse con chicos sin crear ningún vínculo.

En su mente retorcida, lo más probable es que no fuera más que un reto. Un juego perverso en el que no admitía rival. Tarde o temprano, todos caían en sus redes. Igual que una hábil y elegante araña, Jenna tejía una tela de la que nadie podía huir; pero en cuanto los capturaba, los dejaba escapar, los liberaba, trucando la historia de raíz, como si tuviera miedo de mantener una relación más profunda con alguien.

Él no, gruñí para mí mientras mi corazón enloquecía, como si de algún modo fuera mío.

Él no, aullé con un grito sordo en lo más profundo de mi ser, deseando por primera vez que nadie lo consiguiera.

Las horas pasaron en un abrir y cerrar de ojos, haciendo caso omiso a mi anhelo desesperado por que el tiempo se detuviera allí, en aquel aula. Con él.

—Estáis perdiendo el tiempo. —Apoyé la bandeja en la mesa mostrando desinterés, pero en realidad aproveché la hora de comer para cotillear en las conversaciones de mis compañeras.

Mi alusión funcionó: atrajo todas sus miradas sobre mí.

—¿Por qué lo dices? ¿Tienes alguna novedad? —preguntó Fate, molesta y curiosa a la vez.

—¿Es que *Ginebra* no es suficiente novedad? —recordé, alucinada por la facilidad con la que se habían olvidado de ella.

—Te rindes enseguida —me acusó Jenna, dejándome de piedra ante su afirmación.

—¿En qué sentido? —mascullé mientras me metía en la boca lo primero que encontré en el plato. Esperé con ansia una respuesta, por muy pequeña que fuera, que pudiera devolverme las esperanzas.

—¡No sabemos nada, incluso podrían ser hermanos! —exclamó convencida.

Y mi corazón se puso en marcha.

Por un instante, la cabeza me dio vueltas. Seguramente se debía a aquella revelación, o quizás al suelo del comedor, que era blanco y negro, como un tablero de ajedrez. Debido a mis inseguridades no había considerado la posibilidad de que Evan y Ginebra no fueran pareja.

Pensando en ello, la había presentado como Ginebra y el profesor le había interrumpido antes de que pudiera decir su apellido. Quizás la hipótesis de Jenna no fuera tan descabellada.

Aquella pequeña esperanza empezó a hacerse un hueco entre mis dudas, alimentada por mi corazón, mientras los miraba, impaciente por encontrar cualquier parecido entre ambos. Lo que estaba claro era que los dos poseían una belleza exasperante.

Evan miraba fijamente a la mesa, lo que me permitía observarlo sin que se diera cuenta. Por el modo en que inclinaba la cabeza, parecía que no quería escuchar a Ginebra, como si lo estuviera

acusando de algo. Ella hablaba muy rápido y él, en cambio, no abría la boca.

Como un *déjà-vu*, los ojos de Evan se alzaron de improviso hacia mí, eliminando la distancia que nos separaba, y me quedé paralizada. De algún modo, tuve la sensación de haber vivido antes la profundidad de aquella mirada. Una vena de curiosidad se fundía con la amarga aflicción que endurecía los rasgos de su rostro. No tenía ninguna duda de que se trataba de la misma amargura que la noche antes me había asaltado, como si en realidad no hubiese sido un sueño, sino un recuerdo.

Nuestras miradas permanecieron encadenadas durante un largo instante mientras intentaba comprender las razones de aquella turbación, pero en vano. ¿Tal vez Ginebra se había dado cuenta de la insistencia con la que me miraba?

El timbre rompió el hilo invisible que nos unía.

La violencia emocional con la que me golpeó el ardor reprimido en su mirada me impidió concentrarme en las clases. Mi cerebro se bloqueó intentando comprender los secretos que se escondían en aquel tormento. Peter se acercó a mí; anhelaba mi compañía. Por fin podíamos escapar de allí.

A la salida del colegio, la masa de estudiantes se bifurcaba en dos direcciones: unos pocos privilegiados, de los que yo no formaba parte, se dirigían al aparcamiento que había detrás del edificio, en la colina junto al Centro Juvenil, a buscar sus coches. Los que como Peter o yo no eran tan afortunados, nos limitábamos a coger el autobús escolar.

Comprarse un coche implicaba una inversión económica notable. Mis padres habían destinado sus ahorros a reformar el local y ahora mismo no podían permitirse un vehículo. Pero decían que en cuanto pudieran, lo comprarían.

Sin darme cuenta, seguí con la mirada las siluetas de Evan y Ginebra, curiosa por saber qué dirección tomarían.

Con paso ligero fueron hacia el parking. Fui una ingenua al pensar que quizás cogerían el autobús. Era ridículo. Lo más normal sería que en cualquier momento doblaran la esquina montados en un lujoso deportivo.

A lo lejos, un estruendo afilado resonó en la calle, llamando nuestra atención y desmintiendo mis suposiciones. Nos quedamos con los ojos abiertos de par en par al ver al salvaje pilotando una moto negra, agresiva y que debía costar un ojo de la cara, a juzgar por cómo la miraban mis compañeros. Ante aquel sonido, tan agudo pero fino a la vez, me recordó el rugido de un felino enojado. Empecé a temblar. Fue una sensación extraña y electrizante.

—Eh, Tyler —susurró un chico a mis espaldas—, ¿has visto qué moto? Dios, ¡qué espectáculo! Diría que es una MV Augusta, pero nunca había visto una tan *monstruosa*... ¡Tiene el chasis completamente de carbono!

—Seguro que nunca has visto nada parecido, es una F4 CC. Ni siquiera yo había visto una tan de cerca... ¡Mira qué tubos de escape! De esos cuatro tubos de órgano de carbono sólo puede salir música. Dicen que puede llegar a los 315 kilómetros por hora. ¡Shhhh, calla! Escucha qué sonido... Lo había oído en YouTube, ¡pero en directo es una pasada! Mira, se me ha puesto la piel de gallina —añadió Tyler con la voz rota por la emoción, como si estuviera a punto de fibrilar.

—¿Una CC? —preguntó el amigo, que parecía ser un experto en el tema.

Agucé el oído para enterarme de todo lo posible.

—¿Es que tengo que explicártelo todo? ¡Una Claudio Castiglioni! Doscientos caballos de pura adrenalina. ¿Ves las dos C a un lado? Sólo han fabricado cien unidades en todo el mundo.

—¿Sólo cien? —exclamó el chico—. Vaya, cuando lo vi con aquella chica impresionante pensé que no se podría envidiar a alguien todavía más, pero ahora... Nuestro amigo seguro que se siente un afortunado al montar una de esas joyas —continuó con una pizca de envidia en su voz.

—¿Afortunado? ¡Querrás decir rico! Esos pocos afortunados, como los llamas, han pagado casi cien mil euros por unidad. Ahora ya no se ven por ahí, pero si una pudiera caer en tus manos... No quiero ni pensar en el dinero que tendrías que desembolsar ahora para conseguir una —concluyó casi babeando.

Evan hacía rugir la moto mientras esperaba que Ginebra subiera detrás. Y yo no podía dejar de mirarlos y sentirme mal.

A pesar de la distancia, sus ojos estaban encendidos como faros y mirándome fijamente.

Su pie se movió con decisión sobre el pedal para meter la marcha mientras Ginebra se sujetaba a su pecho y yo me quedaba bloqueada.

Qué sufrimiento. No acababa de acostumbrarme a esa sensación, pero tenía claro de qué se trataba.

Celos.

Verlos juntos me destrozaba el corazón.

A diferencia de otras chicas, no envidiaba a Ginebra por su aspecto, por su encanto ni por su porte elegante, pero en aquel momento hubiera dado cualquier cosa por ser ella.

Venían hacia nosotros, ambos con los ojos clavados en los míos, como si yo fuera su punto de referencia. No sé si me miraban a mí o no miraban a nada en concreto, pero yo no conseguía despegar la vista del chico salvaje. Era extraño cómo sus ojos tan feroces parecían autoritarios y confundidos a la vez. Ignorando mis sentimientos, me esforcé por mantener el contacto visual con Evan todo el tiempo posible. Él seguía mirándome. Tenía el corazón a mil.

Después doblaron la esquina, dejando una estela de perfume tras de sí. La fragancia de una cascada escondida en los recovecos de un misterioso bosque.

6. Sensación espeluznante

Hipnotizada por el recuerdo de su mirada, observé distraídamente el autobús alejarse de allí.

En un abrir y cerrar de ojos, la calle se vació de estudiantes y todo enmudeció.

Una lúgubre capa de niebla acariciaba el asfalto. Conocía a la perfección aquella ligera oscuridad, profunda y gris, pero la sensación que crecía en mí le restaba familiaridad. Aceleré el paso sin apenas darme cuenta.

En aquel gélido y penetrante silencio, el eco de mis pasos inciertos resonaba de forma siniestra, alimentando mi inquietud.

De repente tuve la impresión de que alguien me estaba siguiendo y observando de cerca. Ralentiqué el ritmo para comprobarlo, pero no había nadie por las calles. De eso estaba segura.

Por mucho que me esforzara en dominar la situación, el pánico aumentaba a cada paso que daba. Miré por encima del hombro. No me atreví a detenerme para comprobarlo de nuevo.

En cuanto volví a concentrarme en la calle, aquella sensación me acometió con más fuerza. Un ansia gélida e invisible me puso la piel de gallina.

Calculé mentalmente la distancia que me separaba del cobijo de mi casa y aceleré el paso hasta que fue al unísono con los latidos de mi corazón.

Giré la esquina como si tuviera el agua al cuello y por fin vi el portal de casa. No obstante, a medida que me acercaba, el pánico aumentaba, obligándome a correr aquellos últimos metros.

Metí con torpeza la mano en el bolsillo y cogí las llaves con la intención de ganar tiempo antes de llegar a la puerta. ¿Qué me sucedía? ¿Por qué el terror me asediaba de ese modo?

Me agarré a los barrotes de la verja e intenté meter la llave en la cerradura, pero las manos me temblaban y no atinaba. El llavero estuvo a punto de resbalar y caer al suelo.

Tras una tentativa desesperada, por fin escuché un clic metálico. Abrí la puerta lo más rápido posible y la cerré a mis espaldas, dándome la vuelta para ver quién me había seguido. Porque allí había alguien, de eso estaba convencida.

Me llevé una sorpresa al no ver a nadie, pero seguía notando esa inquietante sensación bajo la piel, como si un fantasma hubiese pasado por mi lado. Y una y otra vez.

Eché un último vistazo a la calle y me metí sigilosamente en casa. Pero ni siquiera aquellos muros familiares consiguieron que se desvaneciera esa impresión.

Encendí todas las luces del pasillo. Estaba perpleja por el insólito silencio que flotaba en el aire.

Vi una nota encima de la mesa y entendí el porqué. Me acerqué con cautela al centro de la sala, como si temiera encontrarme la petición de rescate de unos secuestradores. Miré fugazmente a mis espaldas y me abalancé sobre la mesa para leerla sin ni siquiera tocar el folio.

Pajarillo,

Me ha surgido un imprevisto. Te he preparado algo para comer. Si tienes hambre, lo encontrarás en la nevera. Te lo compensaré.

Un beso,

Mamá

Por fin respiré tranquila y me propuse dejar de temblar. Mis padres estaban trabajando. Punto. Sucedió a menudo. Pero aquella sensación de ser observada de cerca seguía persiguiéndome, y saber que la casa estaba vacía me asustaba aún más. Me fui corriendo a la habitación para refugiarme allí con *Iron*. La absurda idea de que quizás no lo encontraría y tendría que quedarme a solas con el fantasma apareció en mi cabeza. Y al abrir la puerta, palidecí de golpe.

Iron estaba despierto, de pie. Su imagen se reflejaba en el espejo. Avanzaba con cautela, con las orejas bajas y con las arrugas que solían surcar su frente lisas por completo. Estaba en guardia, moviendo ligeramente la cola, ignorándome y olisqueando el aire. ¿Quizás no estaba loca y el fantasma existía de verdad y *Iron* lo percibía de algún modo?

Una vorágine me absorbió el estómago al verlo mover la lengua fuera de la boca, con lentitud, como si chupara algo. O más bien como si hubiera alguien allí delante, invisible para mí.

Permanecí unos instantes en la puerta, petrificada. Lo llamé con cautela y tras varios intentos, capté su atención. Como si acabara de despertar de un sueño, me vio y se acercó a mí.

No tenía previsto cenar, porque en el colegio había comido un montón, pero mi estómago se mostró en desacuerdo.

A pesar de la presencia de *Iron*, ni siquiera la comida consiguió tranquilizarme del todo.

Seguían sucediendo cosas inquietantes.

No recordaba dónde, pero en algún lugar había leído que los animales tenían un sexto sentido que les permitía percibir la presencia de espectros. Pero yo no tendría que haberla percibido. O quizás las personas también tenían esa capacidad, un poco menos desarrollada. Un sexto sentido que provocaba escalofríos ante la presencia de un fantasma.

Ni siquiera sabía si la información provenía de fuentes fiables o fantásticas porque leía demasiadas novelas paranormales.

La inquietud de *Iron* se contagiaba. No sabía qué hacer para que se calmara; no dejaba de corretear por la cocina, inquieto. Nunca lo había visto tan nervioso.

Aunque... Después me acordé.

Había pasado una vez. Una única vez. Fue el día que se perdió en el bosque, poco antes de desaparecer en la oscuridad de los árboles.

Cogí el auricular del teléfono que colgaba en la pared de la cocina. Casi lo arranqué. Mis dedos marcaron el número de Peter, esperando que pudiera venir a hacerme compañía. Creería que mis temores estaban infundados, pero me daba igual. Necesitaba estar con él porque las rodillas me temblaban ante la mera idea de tener que pasar la tarde sola.

Al otro lado del auricular, cada tono de llamada resonaba en mi cabeza. Breves y constantes espasmos viajaban por mi columna vertebral. Nadie respondía y no podía zafarme de la sensación de que alguien me observaba.

En aquella silenciosa y exasperante espera, un gruñido sumiso de *Iron* me sobresaltó.

Con el corazón en un puño, me giré en su dirección.

Mi cuerpo entero temblaba.

Pero frente a él no había nadie.

Iron gruñía contra la pared vacía, indeciso sobre si atacar o correr a esconderse.

Estaba a punto de desmayarme por el miedo, así que dejé el auricular del teléfono colgando, balanceándose de un lado al otro, agarré a *Iron* con un gesto fulminante y subí de tres en tres los

escalones para refugiarme en la habitación. Allí dentro, me encerré con llave y observé el cerco de aliento que se formó en la puerta de madera, donde tenía apoyada la frente.

No sabía si encerrarme en el cuarto me pondría a salvo. Si alguien quisiera hacerme daño, una cerradura no bastaría para protegerme. Pero de algún modo, la inquietud se estaba sosegando.

Me senté junto a la ventana y empecé a releer mi ejemplar gastado de *Jane Eyre*, pero las palabras se me escapaban mientras observaba la trayectoria del sol en el cielo. Poco a poco se iba escondiendo tras nubes grisáceas. Mis párpados pesaban cada vez más y finalmente, me abandoné a la oscuridad.

De repente, un ruido violento me despertó. El viejo volumen de Charlotte Brontë se había caído sobre el linóleo, pero no estaba segura de que eso hubiera podido causar un ruido tan fuerte como para despertarme.

Eché un vistazo por la ventana para descubrir que la luna ya había encontrado su lugar en el cielo. Tenía la sensación de haberme quedado dormida sólo unos instantes.

Otra vez ese extraño ruido metálico.

Me acerqué a la puerta con cautela y la abrí, intentando no hacer ruido, aguzando el oído para averiguar de dónde provenía.

El pasillo estaba más oscuro que la boca de un lobo, pero continué caminando a tientas, siguiendo el reflejo de la luz de la luna que entraba débilmente en el salón. Al llegar a las escaleras palidecí. El ruido provenía de la entrada principal. Alguien intentaba entrar.

El teléfono rompió el silencio. Mi corazón se disparó mientras contenía la respiración. El sonido se prolongó en la oscuridad, creando un eco siniestro en el pasillo. Una duda me asaltó, dejándome de piedra. ¿Por qué sonaba el teléfono si yo había dejado el auricular colgando?

¿Acaso había entrado alguien mientras dormía? ¿Y las luces? ¿Quién había apagado las luces? Yo lo había dejado todo encendido.

La cerradura crepitaba y la manija temblaba convulsamente.

Acto seguido, un último golpe seco y la puerta se desbloqueó, junto a mi corazón.

Contuve la respiración y agarré un objeto pesado de la mesa. Seguí acercándome. No veía con claridad qué era, pero si golpeaba con fuerza y en el lugar correcto, le haría daño a cualquiera.

La puerta se abrió lentamente.

La persona entró.

Agarré el objeto con fuerza, preparándome para asestar un golpe y en la oscuridad, distinguí una mano que palpaba la pared en busca del interruptor.

—Gemma, ¿qué haces con mi rosquilla?

La luz reveló el rostro de mi padre.

Solté el aire de los pulmones y relajé los brazos.

—Sois vosotros —suspiré, aliviada.

—¿Quién esperabas que fuera? —preguntó mi madre, sorprendida.

—¡Casi me da un infarto! —los acusé—. ¿Cómo se os ocurre forzar la cerradura? —les recriminé con la voz aún temblorosa.

—Eres una miedica, ¿lo sabes? —bromeó mi padre—. ¿Tenías la intención de golpearnos con eso? —Soltó una carcajada mientras señalaba el pisapapeles con forma de rosquilla que todavía sostenía entre las manos.

—Perdona, tesoro, tu padre se ha olvidado las llaves en la cafetería y hemos tenido que usar métodos poco éticos para entrar en casa. He llamado al timbre y por teléfono, pero nadie ha

contestado.

Mi estómago empezó a gruñir porque me había saltado la cena. Pensé en calentar algo de comida en el microondas, así que los seguí a la cocina. El auricular del teléfono estaba perfectamente colgado en su sitio.

Pero yo estaba segura de que no lo había dejado así.

Ese día me habían pasado demasiadas cosas, por lo que decidí no darle más vueltas.

Con mis padres en casa, todo parecía mucho más absurdo. Seguramente me había pasado la tarde asustada por motivos infundados y había dado cuerda a criaturas que sólo existían en mi cabeza.

Tenía que dejar de leer historias paranormales.

Aun así, una parte de mí temía abandonarse al sueño. Después de los extraños episodios de aquel día, estaba segura de que me aguardaban las peores pesadillas esa noche.

Cerré los ojos y a mi pesar, me quedé dormida.

Me giré para observar la calle desierta tras de mí: la niebla, con su manto espeso, la quería esconder. Tenía la impresión de haber estado allí antes, en aquel preciso momento, de haber vivido aquella escena, y mi corazón latía con fuerza, esperando captar la amenaza en su mensaje.

El eco de mis pasos sobre el asfalto parecía un martillo golpeando un yunque de hierro. Estaba en alerta y tenía que permanecer en guardia. Había alguien. No podía verlo, pero estaba segura de ello. Lo percibía, como el agua que resbala por la piel o un sonido que acaricia el oído. Certezas irrefrenables que a veces se nos escapan, pero que son reales.

Alguien me seguía.

Aceleré el paso y me di prisa por llegar a la puerta de casa, aterrorizada, mi cuerpo en una lucha constante. El instinto me decía que huyera de allí, pero algo me lo impedía. Noté un pinchazo en el pecho, pero no cedí en la carrera y llegué al jardín de casa sin aliento.

Me di la vuelta y entonces, mi corazón dejó de latir.

Evan.

Sus ojos grises me miraban con una intensidad de fuego, contemplándome minuciosamente.

¿Cómo podía el hielo deshacerse con la fuerza de un incendio? El escenario mutó y las barras metálicas de la verja que nos dividían desaparecieron.

El camino del jardín se esfumó dando paso a otro lugar familiar: el bosque.

Mi mente seguía llevándome de vuelta a aquel sitio, como si quisiera revelarme algo, como si la cinta continuara emitiéndose para captar detalles que antes había pasado por alto.

La niebla rodeaba los árboles y también nos envolvía a nosotros mientras enredábamos nuestras miradas. Estábamos tan cerca que podía sentir el calor de su cuerpo sobre mi piel. Temí no ser capaz de contener la emoción que me invadía al perderme en sus ojos, vagando por lugares desconocidos. Mi corazón palpitaba con tanta fuerza que distinguía cada latido, la sístole y la diástole, un concierto de emociones. La melodía más bella que había escuchado en toda mi vida. El pecho era demasiado pequeño para contenerlo. Parecía querer salir de allí, no sabía si por el miedo o por otro motivo.

Levanté la mano por el profundo e irrefrenable instinto de tocarlo para ver si era real, pero antes de que pudiera hacerlo, Evan se desvaneció por completo, como si hubiese notado mi deseo y quisiera evitarlo, aunque no tenía ni idea del porqué.

En silencio reapareció a mis espaldas.

Suspiré invadida por un estremecimiento indescifrable, esperando que mi respiración se normalizara. Por el rabillo del ojo distinguí su silueta, inmóvil tras de mí.

Me giré de repente, pero él se alejó como un espectro antes de que alcanzara siquiera a ver su perfil. Se situó junto a unos árboles, dejando una distancia considerable entre nosotros.

Empecé a andar y a recortar esa distancia, manteniendo el contacto visual para que no desapareciera de nuevo.

Me miraba fija e intensamente. Con los puños apretados y la mandíbula tensa, me recordó a la primera vez que lo vi.

Un viento gélido colisionó contra mi cuerpo, rozándome los huesos, y de repente el rostro de Evan estaba frente a mí, extraordinariamente bello y tenebroso, cerquísima del mío.

Dudé unos instantes y contuve la respiración. La intensidad de su mirada casi dolía a aquella distancia.

Sus labios me sonrieron, cautivadores; sus ojos me miraron, salvajes, mientras yo me deshacía, rindiéndome por completo a él.

Como si por fin hubiera vencido la batalla que lo obligaba a estar lejos de mí, Evan levantó la mano y la acercó a mi rostro, dudando sólo un instante. Cerré los ojos, anhelando aquel contacto.

Saboreé cada instante, estremecida por el calor de su mano ardiente que me incendiaba la piel del hueco del cuello hasta llegar a mi brazo. La seguí con la mirada hasta que alcanzó, poco a poco, mi mano. Movié los dedos ligeramente, en busca de los míos. Me acarició la palma con el pulgar. Devolví el gesto y, con un ímpetu repentino, Evan me apretó la mano con fervor.

Aquel contacto reconfortante hizo desaparecer todos mis miedos. Una sensación de paz invadió cada célula de mi cuerpo.

Era como si una parte de mí percibiera alguna anomalía relacionada con su presencia, con su llegada a Lake Placid, con todo lo que tenía que ver con él. Pero me bastaba mirarlo para que todas las dudas se disiparan.

—Debería alejarme de ti. —Como una melodía, su voz se insinuó en el silencio—. Lo intento, de veras, pero me cuesta mucho.

—¿Por qué quieres alejarte de mí? No lo entiendo. —Debería dejar de hablar, pero mi corazón me lo impidió. ¿Por qué se esforzaba por luchar contra aquel vínculo inexplicable que nos unía? Él también lo notaba, seguro.

—No he dicho que quiera —respondió con determinación, mirándome fijamente—. No debería estar aquí, no debería *interferir*, pero es que... no sé qué me pasa. Es más fuerte que yo y... —Hizo una pausa, buscando la respuesta en mis ojos—. No puedo prescindir de ti... de lo que desatas en mí. —Pronunció las palabras de una en una, como si él también lo comprendiera por primera vez. Parecía que había encontrado algo en mí que no buscaba. ¿Qué podía tener yo?

El rostro de Evan llevaba una máscara de incertidumbre y confusión. Estaba enfadado consigo mismo porque no era capaz de refrenarse. Se trataba de sentimientos que, si hubiese podido, habría alejado de él.

Consciente de mi impotencia, lo observé en silencio mientras se consumía en aquel tormento.

—No lo entiendes. —Su rostro se oscureció un momento para recomponerse después—. ¿Cómo podrías? —Lo que quedaba de su sonrisa desdeñosa le hizo fruncir los labios. Sus ojos se perdieron en la niebla—. Siempre ha sido tan fácil e instintivo... ¿Por qué contigo es diferente? —Volvió a

estudiarme, como si pudiera encontrar en mí una respuesta. Yo ni siquiera comprendía las razones por las que se sentía así; Evan lo sabía. Miró nuestras manos, aún unidas, y desplazó sus ojos hacia los míos—. No puedo controlarme cuando estás tú. No funciona como debería. ¿Por qué no funciona? —Estaba consternado—. ¿Por qué ya no sé quién soy?

¿Realmente esperaba encontrar la respuesta en mis ojos? No quería que entendiera el significado de su monólogo, pero me daba igual. Estar allí con él era suficiente. Entrelacé mis dedos con los suyos, y apreté su mano con fuerza.

—No hace falta que te controles cuando estás conmigo —lo tranquilicé—. Déjate ir.

—No puedo, no lo entenderías —respondió con contundencia. Su mirada se volvió severa—. Tengo que irme. No puedo hacerlo. Yo... no soy adecuado. No esta vez —murmuró mientras soltaba mi mano para apretar los puños. Me miró a los ojos y el matiz amargo que vi en su mirada sugería que acababa de tomar una decisión, por muy incomprensible que me pareciera

—Dejaré que otra persona lo haga en mi lugar —susurró antes de darse la vuelta para alejarse de allí.

No entendí aquellas palabras. Era como si me hubiera escondido la clave para descifrarlas. Pero sí percibí su importancia y su solemnidad. En el fondo sabía que eran un arma de doble filo. Pero me daba igual. Lo único en lo que pensaba era en aquel momento.

—¡No te vayas!

Evan se detuvo, pero no se giró.

—Me da igual si no puedes explicarme lo que está pasando. Quédate aquí, conmigo, no te preguntaré nada. —Enderezó los hombros, como si mis palabras hubiesen hecho diana—. Te lo prometo.

Evan bajó la cabeza, accediendo tácitamente. Se giró y, por un instante, la frustración lo liberó de su peso; pero en la lucha contra lo que lo atormentaba, el alivio desapareció con rapidez.

—No puedo. —Las palabras vagaron en el viento mientras él desaparecía y yo, impotente y aterrorizada, lo veía fundirse con la niebla.

—¡Espera!

El grito resonó en mi habitación. Me giré, palpando con la mano el cojín y entonces me di cuenta de que sólo había sido un sueño.

Todo parecía muy absurdo... Había sido tan *real* que me costaba creer que no fuera más que eso, un sueño.

Quizás fuera el misterio que rodeaba a Evan lo que alimentaba mi imaginación. No había nada más que explicara aquellos extraños sueños que se habían vuelto recurrentes y en los que Evan era el protagonista absoluto.

Me levanté, aún aturdida, y me preparé para ir al colegio.

Al menos sabía qué esperar de aquel día.

7. Alquimia

Las extrañezas no desaparecieron con la noche.

Cuando llegué a la escuela, todo estaba más bien desierto y en silencio, el timbre todavía no había marcado el inicio de las clases y los estudiantes empezaban a ocupar poco a poco los pasillos para dirigirse a las aulas.

Dediqué algo de tiempo a ordenar mi taquilla. Por fuera, la pintura azul brillaba como si fuera nueva, pero el interior parecía recién arrasado por un tornado.

¿Cómo puedo resistirme a ti?

Evan. Cerré los ojos mientras mi corazón temblaba y la voz de Evan, ligera como un suspiro al pronunciar aquellas palabras, se alejaba de mi cabeza. Saboreé el dulce eco, abandonándome al apacible sonido antes de que desapareciera.

Me giré lentamente para mirar a mi alrededor en busca de Evan y me sobresalté al verlo al fondo del pasillo, a una distancia considerable de mí.

Estaba convencida de haber escuchado su voz, pero estaba lejos...

—¡Eh, Gemma! —Brandon vino a mi encuentro, nervioso—. ¿Has visto a Peter? Mañana hay partido y tenemos que entrenar la estrategia de ataque.

—Todavía no, lo siento —murmuré, aún aturdida.

—Eh, ¿te encuentras bien? —Brandon me miraba, preocupado—. Si lo ves, dile que no llegue tarde al entrenamiento. O mejor, ¿sabes qué? ¿Por qué no vienes a vernos?

Un escalofrío me azotó mientras mis ojos se perdían en los de Evan. Estaba preocupado por algo.

—Gemma, ¿has oído lo que te he dicho? —preguntó Brandon.

—¿Eh? Sí, claro, le diré que lo estás buscando —respondí, esforzándome por prestarle atención.

No sabía qué me estaba sucediendo, quizás algo en mí no iba bien. Había *sentido* la voz de Evan en mi interior. Estaba obsesionada con él, se había metido de pleno en mi cabeza.

Reuní valor para volver a mirarlo, intentando disimular la vergüenza. Evan tenía el hombro apoyado en su taquilla y parecía preocupado, y Ginebra seguía hablándole sin parar mientras su expresión parecía cada vez más seria, casi devastada. Hubiese dado cualquier cosa por saber lo que le estaba diciendo...

Me obligué a bajar la mirada y entré en clase, desorientada por aquella experiencia paranormal.

Ese día me sentí todavía más perseguida por los ojos de Evan que el anterior. Y seguía pensando que esos sentimientos no estaban bien. Aún no estaba segura de si Evan y Ginebra eran hermanos. ¿Y si Jenna se había equivocado? La actitud descarada de Evan me ponía en un aprieto, y encima con ella sentada a su lado... Aunque parecía que no le importaran las continuas miraditas que me dedicaba.

Confundida por aquellas sensaciones, me aislé mentalmente de la clase, reduciendo al profesor a un imperceptible murmullo de fondo. Si seguía así, mis notas iban a resentirse, pero por primera vez en la vida, me daba igual.

Me recogí el pelo y me lo puse a un lado; me protegería frente a su insistente mirada.

¿Qué hay en ti?

La voz de Evan resonó en mi interior y me giré de golpe para mirarlo. Un hormigueo constante

recorría mi piel. Había sucedido de nuevo. Lo había oído en mi cabeza, flotando como la más dulce de las melodías.

Aparté la mirada. Empezaba a preocuparme por todo lo que me estaba pasando. Evan permanecía inclinado sobre su cuaderno, empeñado en dibujar elipses sin sentido. Aun así, juraría haber notado un matiz de frustración en su voz, algo a medio camino entre la curiosidad y la irritación. Volví a mirarlo, aprovechando que estaba concentrado en los folios que seguía manchando de tinta.

Las mangas remangadas de la camiseta dejaban al descubierto sus brazos musculosos. De vez en cuando veía el tatuaje que llevaba en el antebrazo izquierdo. Me hubiese gustado descifrar aquellas extrañas letras negras, pero era imposible averiguar el significado de los símbolos estilizados que decoraban su piel. Eran pequeños; quizás se utilizaban en algún idioma antiguo, no sabría decirlo. La tinta parecía extenderse por su antebrazo como raíces venenosas que se ramificaban, intentando hundirse en la carne. Sentí un pequeño temblor al contemplar aquel diseño: parecían garras que querían aprisionarlo. Aquel día Evan me sorprendió mirando con insistencia el tatuaje y su semblante se oscureció. Él también lo miró, y después me observó con sorpresa.

Su rostro tenía una expresión intensa, como si estuviera concentrado en algo que iba más allá del folio. Una mezcla de anhelo y duda. Sus ojos profundos y oscuros como chocolate deshecho lo transmitían. ¿Qué le preocupaba?

Seguramente se trataba de otra de mis fantasías, de mi deseo incontrolable por él. Era imposible que hubiera oído su voz en mi interior.

Y lo que me frustraba más era que no se lo podía contar a nadie.

Peter no faltaba casi nunca al colegio, pero aquel día no se había presentado.

Después de la última clase, laboratorio de fotografía, estaba demasiado nerviosa como para volver a casa, así que le hice caso a Brandon y fui a ver los entrenamientos de lacrosse. El equipo se ejercitaba cada día, entre las tres y las cuatro, en un campo cercano. Peter no se lo perdería por nada del mundo. Las actividades deportivas se tomaban muy en serio en el Instituto Lake Placid. Había equipos femeninos y masculinos y los deportes variaban según la época del año: del baloncesto al béisbol, pasando por el hockey, el atletismo o el esquí. Brandon, Peter y Jake practicaban casi todos los deportes, pero eran fanáticos del lacrosse y jugadores muy importantes.

El equipo aún no estaba al completo, pero ya había algún chico calentando, haciendo flexiones o corriendo alrededor del campo. El logo amarillo de los Blue Bombers estaba impreso en sus camisetas.

Me senté en la fila más alta de la tribuna. Todavía faltaba media hora para el partidillo, así que decidí picar algo y abrí mi ejemplar de *Jane Eyre*. Estaba sentada con las piernas cruzadas. Mordisqueé distraídamente un sándwich, con la cabeza gacha. Cuando me lo acabé seguía con hambre, pero por fortuna había hecho acopio de provisiones. Sabía que comería más de la cuenta, siempre me pasaba cuando estaba nerviosa. La comida no me saciaba. Mis padres no iban a volver a casa a comer al mediodía, así que había cogido dos porciones de cada cosa. Le hiqué el diente a un trozo de pizza sin levantar los ojos del libro, y luego devoré con avidez dos barritas de chocolate. Ni que alguien me las fuera a robar...

—¿Te lo vas a comer todo tú sola?

La voz de Evan volvió a resonar en mi cabeza.

La confusión me bloqueó unos instantes, pero después negué con la cabeza, dispuesta a ignorarla.

Destapé una botella de Coca-Cola y di un sorbo, pero estuvo a punto de resbalar de mis manos al escuchar de nuevo su voz en mis pensamientos:

—Lo digo en serio, creo que es demasiada comida para una sola persona...

Suspiré, desesperada. Tenía que estar al borde de una crisis nerviosa, no había otra explicación. Opté por concentrarme en el libro, pero no conseguía olvidarme de Evan.

—¿Has dejado algo para los demás, al menos? —bromeó.

Ahora mi cerebro se burlaba descaradamente de mí. Un loquero tendría trabajo conmigo.

Mantuve la mirada fija en el libro y seguí ignorando la voz de mi perversa conciencia que, para castigarme o para tomarme el pelo, se había disfrazado de ese sonido tan dulce. Estaba claro que algo en mi cabeza no funcionaba muy bien, pero tampoco quería que los demás se dieran cuenta. Años de desinterés por los chicos se estaban transformando en un insano deseo de Evan, en una obsesión.

—Te estoy molestando, lo siento. —Su voz, ligeramente triste, sonó más débil—. Qué maleducado, en teoría ni siquiera nos hemos presentado. Me llamo Evan James.

Mi corazón dejó de latir un instante, como si mandara una señal de socorro, para hacer reaccionar a mi cerebro.

Estaba ahí. Y hablaba *conmigo*.

Me giré ligeramente y alcé la mirada.

Evan sonrió, sentado a mis espaldas, divertido ante la expresión desorientada y avergonzada que debía tener en la cara. Me miraba en silencio, esperando una respuesta.

Sonreí con timidez y, por unos instantes, sólo me fijé en lo relajado que estaba su rostro. Nunca lo había visto sin esa capa oscura de confusión.

—Tengo... mucha hambre —conseguí balbucear, algo desconcertada todavía.

—¿Nunca hablas con desconocidos o es una regla que sólo se me aplica a mí? —preguntó en tono burlón.

Parpadeé frenéticamente. Atrapada entre aquellos pensamientos disparatados que campaban por mi mente, y las decisiones insensatas de Jane que rechazaba a su amado Rochester, no me había dado cuenta de que las tribunas del campo de entrenamiento ya no estaban vacías. Los demás, en cambio, sí que nos habían visto juntos y lanzaban miraditas en nuestra dirección. Probablemente era la única chica a la que Evan había dirigido la palabra desde su llegada a Lake Placid. Aparte de Ginebra, claro.

—Sólo me preguntaba dónde metes toda esa comida. Si comes tanto no deberías estar tan *en forma* —afirmó, divertido.

—Como así sólo cuando estoy nerviosa —expliqué. Mis mejillas ardían por el cumplido que había escondido entre líneas.

—¿Y *ahora* estás nerviosa? —preguntó con delicadeza, acercando su cara a la mía. Su voz era sensual y persuasiva.

Me quedé pasmada ante el peso de aquellos ojos oscuros, tan cerca de los míos.

Por supuesto que estaba nerviosa ahora, pero no podía explicarle las razones. ¿Seguía mirándome? ¿Por eso hablaba conmigo?

Si tuviera que explicarle la obsesión que estaba tomando forma en mi cabeza, pensaría que estaba loca. La verdad era demasiado sobrecogedora. Incluso a mí me costaba creer lo que me estaba pasando. Soñar con un perfecto desconocido cada noche y *sentir* su voz en la cabeza no era normal. Cualquiera lo encontraría absurdo. Me obligué a dejar de mirarle porque temía que mi cuerpo me

traicionara.

—Es que estoy... estresada —me limité a responder—. Parece que estudiar mucho no ayuda. —Rompí una onza de chocolate y me la llevé a la boca—. Por cierto, me llamo Gemma Bloom —murmuré, saboreando el chocolate que se fundía lentamente en mi boca.

—Sé cómo te llamas —dijo con actitud desenvuelta y una sonrisa seductora en los labios.

Le miré sorprendida. Quería que me explicara cómo lo sabía. Evan sonrió, mirándome directamente a los ojos, como si estuviera a punto de confesarme una verdad mística y que sólo yo podía conocer.

—Lo llevas grabado en el colgante —explicó con actitud divertida.

¿Acaso me estaba tomando el pelo?

Alargó una mano para contemplarlo de cerca y un escalofrío recorrió mi cuerpo cuando sus dedos rozaron mi piel.

Tras aquel contacto, Evan retiró el brazo enseguida y camufló su malestar con vergüenza. No, no se trataba simplemente de vergüenza. Más bien preocupación. Tal vez no había sido la única en sentir aquella energía que fluía a través de nuestros cuerpos al tocarse y esa sensación lo había dejado perplejo.

—Perdóname —susurró con timidez.

Su expresión se volvió cada vez más confusa, como si de repente se hubiera perdido en su mundo.

Acaricié el colgante con forma de mariposa que llevaba en el cuello y me preparé para el salto al pasado que me esperaba, como cada vez que me obligaba a recordar.

—Debe de ser importante... —Su mirada hipnótica indagó en la mía. Era como si sintiera curiosidad por la repentina tristeza que mostraba mi rostro.

Su comentario me dejó atónita, sin palabras.

Nunca antes me habían preguntado por el colgante. Ni siquiera Peter, aunque él conocía bien la historia de aquella reliquia.

—Más o menos... Lo tengo desde que era pequeña y nunca me separo de él.

Evan no respondió. Se deslizó al asiento que había junto al mío y se limitó a oscilar su mirada entre el colgante y mis ojos, invitándome a seguir hablando. Mi corazón daba saltos por estar tan cerca de él.

Dudaba que pudiera interesarle mi pasado pero, aunque fuera la primera vez que hablábamos, las barreras de la desconfianza se desplomaron para dejar paso a una sensación de profunda intimidad.

—Era de mi abuela —le confesé, mientras mi mente se perdía entre recuerdos.

—La querías mucho —afirmó por pura intuición.

Por alguna razón, las palabras empezaron a salir de mi boca como un río a punto de desbordarse, antes incluso de que mi cerebro las procesara. Y por algún extraño motivo, no quería detener aquel flujo de emociones. Era como si conociera a Evan desde siempre. Pero no como a un amigo de toda la vida, o lo que me sucedía con Peter, sino como a una parte de mí.

Le conté que mi abuela había sido una segunda madre para mí. Un ejemplo, un punto de referencia. Perdí la noción del tiempo mientras hablábamos en la tribuna. En parte pensaba que era un sueño.

Era tan fácil hablar con Evan... Tan *natural*. Aunque fuera la primera vez, una parte de mí lo había reconocido. Parecía fascinado mientras me escuchaba, ávido de información, como si quisiera saberlo todo de mí.

—Cuando era pequeña no entendía por qué mis padres siempre me dejaban con mi abuela, pensaba que por el trabajo, y ella aprovechaba para hacerme de mentora —confesé invadida por una dulce nostalgia que nunca me había abandonado al pensar en ella—. Es suyo, el nombre estaba grabado en el colgante. Era de ella. —Luché por retener las lágrimas que aquel recuerdo podía desencadenar—. Murió de un día para el otro.

—Estoy seguro de que no te ha dejado del todo —respondió, sorprendiéndome con la solemnidad de aquel extraño comentario.

—Ya, claro, y ahora dirás que cuidará de mí mientras la lleve en el corazón. —Intenté ser sarcástica, pero no lo conseguí; mi tono de voz estaba demasiado apagado.

—En realidad iba a decir que mientras lleves el colgante, pero tu versión suena mucho mejor.

Me miró con una dulzura exasperante y no pude evitar devolverle la sonrisa. Sus dedos se movieron ligeramente por el asiento y rozaron los míos. No me había dado cuenta de que estábamos tan cerca. Un ligero contacto bastó para desencadenar una tormenta de emociones. De repente me pesaba el pecho, respiraba con más lentitud y mis labios se abrieron solos al observar nuestros dedos jugueteando a perseguirse sobre la madera. Mi mente se abandonó a un estado febril. Lo miré a los ojos por un instante. Tragué saliva para humedecer la sequedad repentina de mi garganta.

—No... no estoy muy segura.

Evan me dedicó una mirada reconfortante, como si quisiera que me fiara de sus palabras. Pero tras la muerte de mi abuela algo se había apagado en mi interior.

Mi fe empezó a vacilar hasta desaparecer casi por completo.

Mis pupilas empezaron a humedecerse, era inevitable. La incomodidad aumentó cuando noté que se había dado cuenta.

—Te brillan los ojos —confirmó. Una arruga de dolor surcó su frente—. Perdóname, es culpa mía, no tendría que reabrir ciertas heridas, pero es que... —Parecía indeciso sobre si debía acabar la frase—. Probablemente te parecerá que estoy loco, pero... es como si te conociera desde siempre, te siento muy *cercana* —admitió, clavando su mirada en la mía—. Si no lo creyera imposible, juraría que ya nos habíamos conocido.

Parpadeé devastada por la revelación. Conocía muy bien esa sensación. ¿Cómo podíamos pensar lo mismo?

Parecía como si un vínculo indestructible nos uniera, como si nuestras almas se hubieran conocido en otra vida. Una fuerza mística, *sobrenatural*.

—¡Eh! ¿Me estás leyendo la mente? —le solté de repente, convencida de que nada podría sorprenderme ya.

—Sería interesante —replicó, y me sonrojé.

—¿Y qué te gustaría saber *exactamente*? —pregunté, perpleja y ruborizada por su afirmación.

Su mirada se intensificó, como si hablara en serio.

—Me gustaría encontrar respuestas. Tener más tiempo. Entender lo que me pasa cuando estoy contigo.

La emoción me dominó. Aquella confesión inesperada me dejó sin palabras. *Cuando estoy contigo*. Pero era la primera vez que estábamos juntos... ¿Por qué yo también tenía la sensación de que no era así?

Aparecida de la nada, Ginebra asomó entre mis pensamientos.

Casi me había olvidado de la posibilidad de que ella fuera su novia. Remota, según Jenna, pero

pese a todo, era real.

Estaba confundida y atormentada por todas aquellas nuevas emociones que se estaban despertando en mí.

Pasé rápidamente de la timidez a la desconfianza y aparté bruscamente mi mano de la suya. Me arrepentí al instante.

—No veo a Ginebra —dije, esperando que captara la indirecta.

Evan no dejó de mirarme y respondió sin apartar sus ojos de los míos.

—Estará por ahí, en alguna parte. Quería estar solo un rato.

La confusión aumentó a niveles insospechados.

—¿Y por qué estás aquí? —pregunté con decisión, rozando la insolencia.

Evan no respondió, pero su expresión sí que lo hizo.

Ni siquiera él sabía la respuesta.

Después, una luz se encendió en su rostro. Me sonrió, desdeñoso, dejándome sin respiro, y se levantó.

«Qué maleducado», pensé mientras mi mirada se perdía en el vacío. Ni siquiera se había despedido. Y yo encima le había confesado aquellas cosas...

Aturdida por la ambigüedad de su comportamiento, noté que Evan estaba detrás de mí cuando mi mano se encontró con la suya. El calor me incendió el brazo y llegó hasta mi pecho. La sensación de su mano apretando la mía, con ímpetu y en un gesto lleno de deseo reprimido, dejó paso a una dulzura ilimitada. Era como si él también hubiera querido revivir el sueño de aquella noche. Me acarició la palma de la mano con el pulgar y con su rostro inclinado junto al mío, su voz acarició mi oído:

—Te olvidas de tu promesa.

La calidez de su respiración me dejó aturdida, obligándome a cerrar los ojos mientras sentía sus labios moverse con lentitud, susurrando sobre mi piel. Tragué saliva. Mi cuerpo se deshacía.

Cuando abrí los ojos, en un estado febril y todavía asombrada, ya no estaba.

Evan se había esfumado para que interpretara yo sola su mensaje. Un lánguido torpor se adueñó de mi cuerpo.

Estaba perdida en aquellas fantasías cuando de repente alguien me llamó. Se acercaba en mi dirección mientras se sacaba el aparato dental de la boca. Miré al campo por primera vez: parecía que el partido había terminado.

—¡Eh, Gemma! —Jake tenía el palo en la mano y llevaba el equipamiento reglamentario y el casco puesto, por lo que me costó reconocerlo.

—¡Hola Jake! Fate no está, si la estás buscando. Tenía clase de equitación. Raul ha dicho que la acompañaría.

Jake apretó la mandíbula y yo me mordí el labio por el descuido. Raul era un chico mulato de ojos azules que le tiraba los tejos a Fate desde primaria. Sus padres vivían en un rancho; su padre daba clases de equitación y organizaba excursiones a caballo para los turistas. El verano pasado se habían enrollado y, aunque la cosa no había ido a más, Jake había perdido la cabeza.

Murmuró algo, maldiciendo en voz baja. Sus músculos se agitaban bajo la ropa. Que Fate y Raul estuvieran juntos lo sacaba de quicio porque Jake estaba loco por ella, se veía claramente.

—En realidad sólo venía para ver si todo iba bien.

Hizo un gesto con la cabeza para señalar a mis espaldas, haciendo referencia a mi charla con

Evan. Era muy protector, incluso conmigo.

—Oh, nos has visto... —Me puse nerviosa. Quizá le había parecido que estábamos muy acaramelados cuando me cogió de la mano y me susurró al oído.

¿Y si Jake se lo había dicho a Peter?

—¿Qué hacía James, sentado aquí? Te has quedado de piedra cuando se ha levantado y se ha marchado a toda prisa. ¿Te ha dicho algo que te haya ofendido? Puedo encargarme yo, si quieres...

—No, Jake, no hay ningún problema. Cuando se ha levantado, pensaba que se había ido sin despedirse, por eso estaba algo aturdida, pero no me había dado cuenta de que estaba detrás de mí... Y que me haya cogido de la mano antes de irse no...

—¿De la mano? —La expresión de Jake me paralizó: parecía confundido, como si su recuerdo no coincidiera con el mío—. No había nadie detrás de ti, os he visto bien. Cuando se ha levantado se ha ido enseguida, sin darse la vuelta.

Palidecí ante aquella revelación y una duda me asaltó.

¿Y si lo había imaginado todo?

8. Efímera esperanza

El enigmático encuentro con Evan me aniquiló la sinapsis y la información que circulaba por mi cerebro a duras penas encontraba las conexiones adecuadas. Tocarlo me había frito las neuronas. Pasé el día intentando descifrar las palabras con las que Evan se había despedido, en vano.

No recordaba haber prometido nada en su presencia. De hecho era la primera vez que hablaba con él, excepto por las conversaciones que teníamos en sueños, pero eso era absurdo. Aun así sus palabras seguían atormentándome, eran como un clavo en el cerebro que no conseguía arrancar. Y luego estaba el extraño comentario de Jake...

Un misterio, un enigma irresoluble que no lograba descifrar, por mucho que me esforzara.

La silla del escritorio chirrió sobre el linóleo de mi habitación mientras me levantaba; necesitaba que me diera un poco el aire. A pesar de la lluvia incesante, la temperatura aún no se había estabilizado en aquellas primeras semanas de abril.

Desde la puerta, eché un vistazo a la casa de Peter, que estaba cerca de la mía. Estaba segura de que mi compañía no iba a molestarle, pero de lo que no estaba tan convencida era de si sería capaz de dedicarle la atención que se merecía. Descarté la idea de encontrar refugio en el bosque y concluí que la mejor opción era ir a la cafetería de mis padres. Opté por no ponerme el gorro de la chaqueta y dejé que la fina lluvia me acariciara el pelo. Caminaba con la cabeza agachada, y así podía leer los nombres de las cimas más altas de las Adirondack, grabados en las cuarenta y seis piedras amarillas que interrumpían de vez en cuando la acera de baldosas rojizas que llevaba a la ribera del lago Mirror, con una extensión de más de cuatro kilómetros.

La calle Main recorría el lago y estaba poblada de tiendas y restaurantes a ambos lados. En el centro, justo en la orilla, el parque Bandshell hacía de escenario para bodas y conciertos, mientras enfrente, en una pequeña colina, se erguía la preciosa iglesia Adirondack Community.

Las casas, en la ciudad, eran más pequeñas que en la zona residencial. Pero eran preciosas, con sus variedades de color. Estaban hechas de madera, algunas blancas, otras marrones, azules o verdes. Justo a las afueras, el litoral estaba rodeado de bonitas residencias de madera, granjas o *log cabin*, construidas exclusivamente con troncos. La atracción principal seguía siendo el antiguo cine Vittoriano.

La sorpresa se manifestó en el rostro de mi madre en cuanto me vio. En invierno solía pasar las tardes entre libros, del colegio o no, y mis padres sólo estaban acostumbrados a que fuera a la cafetería en las vacaciones de verano.

—¡Eh, Alex! —exclamé al entrar, notando una melena rubia oscura que ondeaba entre las mesas.

—¡Gemma! —Una sonrisa amable y cautivadora le iluminó la cara. Alexandra Mcfaddin trabajaba en nuestra cafetería tres días por semana. Quería ahorrar para ir a la universidad de Nazareth, en Rochester, en el estado de Nueva York. De pequeñas jugábamos juntas a menudo, con Peter, aunque ella era algo mayor que nosotros. Pero después sus padres se fueron a vivir a una casa más grande y que estaba más lejos de las nuestras. A pesar de que nos veíamos de forma esporádica, el paso del tiempo no había alterado nuestra amistad y mi afecto hacia ella seguía igual, como si nunca se hubiera mudado.

—¿Aburrida de estudiar?

Cogí el delantal rojo oscuro de las manos de Alex mientras se ofrecía para atármelo a la espalda.

—Más o menos. —Lo alisé por delante y le devolví la sonrisa. Se fue a servir a unos clientes que estaban en la barra que dividía el local. No sabía si sería capaz de concentrarme.

El hecho de no volver a oír las voces en mi cabeza me había tranquilizado aquella tarde, haciendo que olvidara la idea de ir a visitar a un loquero.

Hasta ese momento.

—¿Muffins, rosquillas o buñuelos de mantequilla de cacahuete? Aunque esa tarta de arándanos tiene una pinta espectacular...

Increíble. «Maldita voz», susurré mirando hacia abajo. Coloqué bien los buñuelos, que se habían salido de la bandeja.

—Así que no te gusta mi voz.

Levanté la vista y me quedé de piedra. Tierra trágame. ¿Por qué era tan torpe? ¿Cómo había creído que tan sólo era una voz en mi cabeza?

—No... —dije con torpeza, indecisa sobre cómo arreglar el malentendido.

—Ah —exclamó, sorprendido, pensando erróneamente que había confirmado su suposición.

—¡No! Es que... No te había visto —intenté corregirme, sofocada por la vergüenza al imaginar lo roja que me había puesto—. Pensaba que era...

—Pensabas que era... —me animó Evan, observándome con una sonrisa socarrona en los labios.

Definitivamente no lograba poner las palabras en el orden adecuado.

Me mordí la lengua y lancé un vistazo distraído al local, donde Alex seguía gesticulando con una sonrisa de estupor en los labios, animándome.

—Pensaba que era otra persona. Lo siento —mentí utilizando la primera excusa que mi cerebro, aturdido por su presencia, pudo elaborar.

Un rayo de confusión apareció en su mirada, como si mis palabras lo hubiesen puesto en alerta. ¿Y si sabía lo que me estaba pasando? Alejé rápidamente aquella idea, dándome cuenta de lo absurda que era.

—Pero me gusta tu moto. —Vaya frase más estúpida. En mi cabeza sonaba como un intento de borrar la metedura de pata, pero sólo empeoré las cosas. Tenía que morderme la lengua, siempre acababa diciendo algo aún más inadecuado.

—Así que te gusta mi moto... —dijo, inclinando la cabeza mientras una evidente satisfacción iluminaba su mirada y me dedicaba una media sonrisa de lobo.

—Sí... Es decir... me gusta el sonido... o sea... está bien... el ruido que hace... sí, está claro —alcancé a decir torpemente. Me entraron ganas de salir corriendo y esconderme en algún sitio por el lamentable discurso que acababa de soltar. Era como si observara mi cuerpo desde fuera, impotente y totalmente incapaz de hacerme callar.

—Parece el rugido de un felino —concluí desviando la mirada por la vergüenza.

¡Dios! ¿Qué me estaba pasando? ¿Me habían poseído o qué? ¿Cómo podía dar marcha atrás y borrarlo todo?

Evan sonrió, divertido y halagado, pero antes de que pudiera hundirme en la fosa de incomodidad que yo misma había cavado, se acercó y me habló con voz profunda y suave.

—Deberías oírla cuando está enfadada. —Me guiñó un ojo sin dejar de mirarme en ningún momento. Mi deseo por él hizo que lo confundiera con una invitación.

—¿Qué haces por aquí? —pregunté tratando de recuperar el control y llevar la conversación

hacia terrenos más seguros.

Arqueó las cejas, mirando de un lado a otro.

—Esto es una cafetería, ¿verdad?

Verdad. ¿Era culpa mía o seguía tomándome el pelo?

Por otro lado, coleccionar meteduras de pata se me daba tan bien con él...

Me enfadé. Evan soltó una risita muy atractiva. Quería pensar que nada en él era atractivo pero, igual que una falena se siente atraída por una llama, yo tenía la impresión de que seguir aquel instinto me condenaría para siempre. En cuanto Evan percibió la incomodidad en mi silencio, se aclaró la voz.

—Lo siento, no quería ser maleducado. Déjame que vuelva a empezar... —Enderezó los hombros y se llevó una mano al pecho, inclinando levemente la cabeza. Tenía una mirada potente, penetrante, peligrosa y maravillosa a la vez—. ¿Sería tan amable, milady, de permitirme *saborear* su tarta de arándanos?

Aunque se trataba de una broma, su mirada concentrada en la mía se volvió tan intensa que por un momento me olvidé de todo.

—Estoy seguro de que está deliciosa y de que es muy *dulce*. —Sopesaba cada palabra, imprimiéndole importancia y haciendo que mi corazón vacilara, aturdido por la profundidad de sus ojos—. Y mis labios están impacientes por recibirla de sus manos... para sentir el sabor —añadió con una dulzura infinita mientras yo luchaba por impedir que mi corazón se detuviera, vencido por su presencia.

—¡Gemma! —gritó mi padre desde la trastienda, rompiendo en pedazos el hechizo que nos unía. Alex, por su parte, empeñada en fingir que limpiaba las mesas, no podía aguantarse la risa, disimulándola repentinamente con un ataque de tos.

—¡Ya voy! —grité después de un instante de duda, buscando la compostura que había perdido.

Corté una porción de tarta y la envolví en una servilleta. Pasé la mano por encima del mostrador. Vacilé una milésima de segundo al darme cuenta de que volvería a tocarlo. Evan se acercó y mi corazón tembló.

Acompañé la tarta de mis manos a las suyas; no quería tocarlo pero él insistió y acarició mis dedos con suavidad. Su mirada, pegada a la mía, me impedía respirar. El contacto con su piel embriagó mis sentidos. Mi cuerpo entero lo percibió. Atrapada en aquella magia, cálidos estremecimientos jugaban a perseguirse por mi espalda. ¿Por qué Evan causaba aquel efecto en mí? ¿Tal vez mis hormonas se acababan de descongelar y se estaban rebelando por los años que había pasado entre libros en busca de caballeros imaginarios?

—Gemma, ¿vienes o no? —insistió mi padre, con voz enfurecida.

Aparté la mano rápidamente. Evan también había notado aquella sensación. Para él representaba un misterio, y de vez en cuando me tocaba para intentar descubrirlo.

En contra de mi voluntad, aparté mis ojos de los suyos y, con mariposas danzando en el estómago, acudí a la trastienda con mi padre. Por el rabillo del ojo seguía viendo a Evan, sentado en la mesa junto a la ventana.

La cabeza me daba vueltas y estuve a punto de tropezar con un escalón.

—¿Por qué gritas tanto? —pregunté, molesta por la interrupción. Ignoraba que en realidad era eso lo que pretendía.

—Tienes... Hay que lavar bandejas —dijo, tras buscar una respuesta. Después murmuró algo que

no entendí, aunque me dio la impresión de que tenía que ver con las palabras «labios» y «sabor».

—¿Por qué no las metes en el lavavajillas? —propuse, confundida y desesperada a la vez.

—Joshua, déjala en paz —intervino mi madre—. Por cierto... —Me lanzó una mirada inquisitiva y bajó el tono de voz—. ¿Quién-es-ese-chico? —Abrió los ojos de par en par, alegre, e hizo un gesto en la dirección de Evan. El motivo de las continuas llamadas de mi padre empezaba a hacerse más claro.

—No es nadie —respondí ruborizada, esperando que no se diera cuenta—. Es un compañero de clase.

Mi madre me miró fijamente.

—¿Nadie? Hace un momento no parecías tan indiferente.

—¿Qué? ¿Me estabais espionando? —la acusé en voz baja, todavía más avergonzada al pensar que mi padre me había visto flirteando con Evan.

—Es pura curiosidad. —Se encogió de hombros, casi ofendida—. ¿No puedo sentir curiosidad? Empezaba a pensar que algo en ti no iba bien. Nunca te había interesado ningún chico.

—¡Gracias, mamá! —solté irritada, sin esconder mi sarcasmo.

—¿Por qué te pones así? ¡Es el primer chico que te gusta en *diecisiete años*! Eres *guapísima*, tesoro, y aun así no te das cuenta de las miradas que te echan.

—Y tú sí, ¿verdad? —Ladeé la cabeza, sorprendida ante sus revelaciones.

—Venga, ¡eres la única que no lo ve! El verano pasado la cafetería estaba llena de chicos y no creo que fuera por el batido de fresa de tu padre. Por no hablar de Peter. ¿Todavía crees que sólo eres una amiga para él?

Me puse roja por la seguridad con la que mi madre hablaba de temas de los que yo no me daba ni cuenta.

—En fin, sólo digo que ya era hora de que levantas los ojos de los libros. Va, ¿por qué no me cuentas más? ¡Quiero todos los detalles! —exclamó con un entusiasmo excesivo, como si esperara ese momento desde hacía siglos.

—¡Shhhh! Baja la voz. Ya te lo he dicho, no hay nada entre nosotros —insistí, pero su decepción me obligó a seguir hablando. Me sabía mal que pensara que no quería compartir con ella ciertas emociones. En el fondo, ¿qué podía perder?—. No es que no haya pensado en ello...

Su mirada volvió a iluminarse, como la de una niña a la que regalan caramelos.

—Y entonces, ¿qué ha pasado? —insistió, enterneciéndome con aquellos ojos, grandes y brillantes, que a veces recordaban a los míos.

Me encogí de hombros. No sabía qué detalles contarle.

—Se ha mudado hace poco. Ni siquiera sé si está disponible.

—¿En qué sentido? ¿Por qué no lo sabes? —Me agarró de un brazo, alejándome de los oídos de mi padre, que hacía ver que trabajaba.

En cierto modo, me aliviaba poder hablar con alguien por fin, aunque nunca hubiera imaginado que mi madre acabaría siendo mi confidente. Por otro lado, es probable que fuera la única que se interesaba en mí de forma puramente honesta. Antes de hablar, puse en marcha la cafetera y me aseguré de que el ruido de los granos de café cubriera nuestras voces y dejara a mi padre al margen de la conversación.

—Hay una chica, en el colegio. Es... guapísima —confesé con una mueca en el rostro—. Y al parecer, son inseparables. —Esa imagen me cerró el estómago.

—¿Y los has visto en actitud... especial?

No estaba muy segura de querer continuar aquella conversación, pero intenté disimularlo.

—No, pero... están siempre juntos.

—¿Y qué insinúas con eso? ¡Porque no significa nada! Tú y Peter siempre estáis juntos. ¿Por qué descartas la posibilidad de que sea su hermana?

—Es lo que dice Jenna —respondí algo más animada.

—Creí que nunca diría esto, pero por una vez estoy de acuerdo con ella. —Mi madre creía que Jenna no era *buena compañía*. Su emoción me devolvió la esperanza.

Y se dio cuenta enseguida.

—¿Por qué no vas a preguntárselo? —me animó.

—¿Qué? ¡No! ¡Mamá! —exclamé sonrojada. ¿Qué le hacía pensar que me atrevería a preguntarle a Evan si Ginebra era su hermana? Parecía que no me conociera.

—¿Por qué no? Está ahí, a pocos metros de ti. ¿Qué te lo impide?

—No me atrevería.

—Deberías aprender a aprovechar las ocasiones que te ofrece la vida. La timidez es un lazo que envuelve nuestras alas con fuerza. Sólo volarás lejos si lo deshaces. No renuncies a las cosas sólo porque podrías arrepentirte de algo. A veces basta con alargar la mano para coger lo que tienes delante. Cualquiera otra persona podría dar un paso más largo que el tuyo y entonces ya no podrías volver atrás. Despliega tus alas, pajarillo, y vuela con él.

No podía decir que no tuviera razón, pero me resultaba imposible seguir su consejo.

—¿También la mira a ella como te mira a ti? —me susurró al oído mientras Evan me miraba desde el otro lado de la barra. Después, se dio media vuelta y desapareció.

Entonces mis ojos se encontraron con los de Evan, tan profundos y *cálidos*.

Nos quedamos mirando durante un momento que me pareció infinito, como las dos mitades de un engranaje que se acoplan perfectamente, intercambiando ideas y sentimientos que las palabras no consiguen expresar.

La emoción me aturdía cada vez que sucedía eso.

Me desplomaba, y no creo que eso le pasara a todo el mundo. Una sensación tan devastadora no podía ser muy común.

A cada momento me hundía en un acogedor y reconfortante abismo. Misterioso. Peligroso. Un abismo del que no quería salir. Si pudiera quedarme allí para siempre...

Una parte de mí sentía que aquel sendero me llevaría al fin del mundo, pero me daba igual si él lo recorría junto a mí. Ya era demasiado tarde para echarme atrás.

Empezaba a perderme en él.

Sin darme cuenta, me estaba enamorando de Evan.

9. Incendio

Aunque hacía un buen rato que se había acabado la tarta, Evan seguía sentado en la mesa de la cafetería, contemplando la lluvia que caía. Empecé a temer que se hubiera quedado allí por las condiciones climáticas y no por mí, como en realidad deseaba.

De vez en cuando, me concedía el capricho de echar un vistazo fugaz en su dirección, presa de un impulso incontenible. Sorprenderlo a él haciendo lo mismo me reconfortaba. Me hacía feliz. Por primera vez encontré consuelo en las palabras de mi madre, que me alejaron de la cabeza por completo la imagen de Evan y Ginebra juntos.

Las sutiles miradas que me dedicaba dejaban espacio a la esperanza de que él sintiera lo mismo, al menos en parte. O quizás ese deseo por él no me dejaba ver con claridad y me permitía regodearme en la ilusión.

Joder, no podía ser objetiva cuando se trataba de Evan.

Un par de horas después, mirando por la ventana, entreví un tímido sol que se asomaba entre algunas nubes. En otro momento, me habría alegrado, pero en aquellas circunstancias, la sensación era la opuesta.

Sabía que Evan desaparecería. O más bien lo *temía*.

El ruido de la silla al moverse lo confirmó. Con un nudo en la garganta, lo vi caminar con paso decidido hacia la caja, donde mi madre lo esperaba, impaciente por verlo de cerca.

Intenté ignorar las frecuentes y pudorosas miraditas de aprobación que me lanzaba, temiendo que Evan se diera cuenta. Pero cada intento silencioso para que dejara de hacerlo no hacía más que empeorar las cosas.

Preocupada por la idea de que Evan se fuera sin despedirse de mí, le hice un gesto desde detrás de la barra con la esperanza de que me viera. Estaba convencida de que no se acercaría a mí con mi madre delante.

Con un *savoir faire* que me sorprendió, mi madre lo entendió todo y se alejó para dejarnos solos.

Poco después, Evan se acercó tímidamente y las rodillas empezaron a temblarme. ¿Por qué diablos producía ese efecto en mí? Todo sería más fácil si pudiera mantener la compostura.

—Hacía siglos que no probaba una tarta tan deliciosa —dijo para romper el hielo.

—Sí, eh... es mérito de mi padre —contesté sin saber muy bien qué decir. *Es mérito de mi padre.* ¿Pero qué respuesta era esa?

—Aunque no es su único mérito —afirmó en voz baja y yo me quedé callada intentando interpretar sus palabras—. Las tartas... no son la única cosa dulce que ha hecho —susurró con descaro, mostrando la más seductora de sus miradas.

Mi corazón captó la indirecta, pero decidí ignorarla.

—Sí... De hecho, las tartas de fruta tampoco le salen nada mal. A mí me encantan, deberías probarlas la próxima vez.

La próxima vez. Esperaba que hubiera una próxima vez.

Mi respuesta le arrancó una carcajada.

Incluso su sonrisa era perfecta, como todo en él. El blanco de sus dientes relucía bajo sus labios

carne. Imaginé cómo sería sentirlos sobre los míos y tuve que agachar la cabeza porque me había quedado embobada mirándole.

—Ya, las tartas de fruta —repitió, ahogando una risa mientras salía del local—. Entonces nos vemos en el colegio, *dulzura* —añadió, guiñándome el ojo. Su actitud me dejó inerte, incapaz de responder. Mi pulso se aceleró mientras Evan se alejaba, desapareciendo en la calle. ¿Era una sensación mía o se había vuelto un poco insolente?

El sol se preparaba para retirarse después de su largo viaje y la oscuridad se acercaba para envolver a la pequeña ciudad de Lake Placid.

—Voy tirando —le dije a mi madre.

Me acerqué a la mesa donde Evan había estado sentado y acaricié su superficie, siguiendo una nostalgia dictada por mi corazón. La madera bajo mis dedos se había vuelto rugosa por las palabras que habían grabado los turistas: dedicatorias, siglas y frases. Pero había una mucho más profunda que las otras. La leí.

*Vuela en lo más alto
Y recoge las estrellas más bonitas*

—¿Por qué no nos esperas? Podríamos volver juntos por una vez.

Levanté la cabeza de golpe. Mi madre estaba en la puerta mientras yo aún temblaba de emoción.

—Prefiero ir tirando. Nos vemos en casa —respondí, y salí antes de que acabara de hablar, con una nueva duda rondando por mi cabeza y el corazón latiendo con fuerza.

¿Habría sido él quien había grabado esa frase?

Tenía muchas cosas a las que dar vueltas, una tarde entera por repasar en mi cabeza, palabra por palabra. Las emociones habían invadido mi estómago y caminaba a un metro del suelo.

Me sentía tan ligera que el viento se me podría haber llevado en cualquier momento.

Mis pies se sabían de memoria el camino, por lo que no tenía que prestarle atención al trayecto, empujada por la certeza de que incluso con los ojos cerrados sabría llegar a casa.

Alguien me dio un tirón del hombro y casi me hizo caer al suelo. Por la fuerza con la que me había cogido intuí que se trataba de un hombre, pero tardé unos segundos en ver el uniforme que llevaba puesto.

—Señorita, no puede continuar en esa dirección —me ordenó el policía, con voz firme y contundente.

—¿Qué pasa? Tengo que volver a casa.

—Se lo repito, por aquí no puede pasar.

La idea de volver por otro sitio me molestaba; tendría que concentrarme más en la ruta a seguir.

—¿Qué ha pasado? —pregunté con resignación.

—Hay un incendio. Ahora apártese y déjeme trabajar. Tengo que desalojar la calle.

—Borde —solté en voz baja.

Cuando fui consciente del escenario que había allí cerca comprendí la gravedad de la situación y fue como caer en un pozo sin fondo. Negro, frío, interminable.

¿Cómo lo había hecho para no darme cuenta de todo ese caos?

La ciudad por completo se había concentrado allí, las calles estaban llenas de gente. Adelanté al policía, ignorando su orden, y me metí entre la multitud, intentando hacerme un hueco.

Todo el mundo miraba en la misma dirección. Seguí andando hasta notar el calor de las llamas en el rostro. Pese a las dificultades, distinguí la casa que estaba siendo pasto de las llamas. Las paredes estaban totalmente chamuscadas. Oía los gritos de la gente aumentando a cada paso que daba. Cuanto más me acercaba, más intenso y tormentoso se volvía aquel sonido. Después, las sirenas de los bomberos anunciaron su llegada y camuflaron los gritos de abatimiento, pero ya quedaba poco que salvar de las fauces del fuego.

Las llamas eran altísimas y bailaban como lazos rojos y amarillos, rodeando las ventanas carbonizadas. Me acerqué lo bastante para distinguir, en el exterior, a los bomberos que prestaban ayuda a mujeres, hombres y niños con las caras ennegrecidas y la ropa rasgada. Los menos afortunados—inconscientes por inhalación de humo o con quemaduras graves— estaban siendo transportados en ambulancia al hospital.

Un espectáculo escalofriante.

El grito atroz de una mujer destacó por encima de todo. Un escalofrío me recorrió el cuerpo al oír aquel sonido estremecedor, pero el instinto me obligó a seguir acercándome.

Me hice un hueco entre la gente y vi que se trataba de una mujer de unos treinta años con el rostro envejecido por el dolor.

Chillaba desconsoladamente a los bomberos, que intentaban calmarla, sin resultado.

—¡Amy! ¡Mi niña! ¡Por favor, salvad a mi niña, sólo tiene cuatro años! —seguía gritando, presa de la desesperación, sollozando.

Un murmullo de perplejidad y de consternación se perdió entre la gente, concentrada en el dolor de aquella madre.

—¡Amy!

Aquel grito estremecedor, sordo, enmudeció a la multitud, rompiéndoles el alma.

Aún no me había acercado lo suficiente como para oír a los bomberos, pero por la expresión seria de sus rostros intuí que las autoridades intentaban comunicarle a la madre que la niña había muerto. Evidentemente no habían llegado a tiempo. Las llamas rodeaban por completo el edificio y ya no había nada que hacer por la pequeña.

—No hemos encontrado más supervivientes. Lo siento, señora.

El pobre policía al que le había tocado la ardua tarea habló con la madre con una imperturbable frialdad, esforzándose por esconder la pena que debía de sentir por aquella joven que acababa de perder a su hija. No importaba. Fuera cual fuera el modo que utilizara para comunicárselo, el resultado no cambiaría. Su hija había muerto. No existían palabras en el mundo capaces de aliviar aquel dolor.

—¡No, no, no, no, noooo! ¡Tenéis que salvarla! ¡Os lo pido, por favor, tenéis que salvarla, aún está viva! —gritaba la mujer entre lágrimas, poniéndome la piel de gallina—. ¿Por qué? ¿Por qué no se me han llevado a mí?

Me hubiese gustado correr hacia ella y abrazarla con fuerza, a pesar de que no la conocía, pero ningún consuelo sería suficiente. Nada iba a hacer que se sintiera mejor. Seguía dando patadas al aire mientras las autoridades intentaban detenerla. Había perdido la razón, pero nadie podía culparla.

Una corriente de lágrimas subió a mis ojos, pero me obligué a no dejarlas salir y me quedé

mirando a la ventana del edificio en llamas.

Algo en el interior llamó mi atención.

Arrugué la frente e intenté enfocar aquellas imágenes confusas. Me sobresalté de repente al divisar una sombra escondida entre el humo.

Me concentré en aquella silueta y por un instante las voces se atenuaron. Todo a mi alrededor enmudeció, como si alguien hubiese apagado el sonido. Observé con atención aquella extraña figura y me esforcé por distinguir su perfil. Sin duda era un hombre, seguramente un bombero. Pero las imágenes seguían confundiendo y todo estaba borroso por culpa del humo. Me hubiese gustado gritarle a todo el mundo que allí dentro había alguien, pero temí que fuera otra de mis alucinaciones. En cuanto me concentré un poco, me alegré al darme cuenta de que no estaba solo.

Un poco más pequeña, una silueta desfilaba junto a él, cogiéndole de la mano.

Abrí los ojos de par en par. ¡La niña! Mi corazón dio un salto de alegría y llamé la atención de un bombero.

—¡Rápido, ya la tiene, sáquenlos de ahí! —grité a medio camino entre la alegría y la angustia.

—Señorita, cálmese. ¿De qué está hablando? —El hombre intentaba llamar mi atención, pero yo seguía con la vista a la sombra del edificio por miedo a perderla.

—¡La niña, tiene a la niña!

El bombero echó un vistazo con perplejidad al edificio carbonizado por las llamas.

—Hay un hombre allí arriba con ella, ¿no lo ve? —insistí al percibir su escepticismo—. Tiene que darse prisa! —lo apremié, porque estaba cada vez más nerviosa.

El hombre me agarró de un brazo y bajó el tono de voz.

—Si es una broma, no tiene ninguna gracia. ¡Esa mujer está sufriendo, por Dios! Tenga un poco de compasión.

Lo miré desconcertada, alternando la mirada entre él y la ventana. ¿Era posible que no lo viera?

—¡Pero si está ahí, en el tercer piso! —insistí desesperada, intentando retener las lágrimas—. ¿Cómo es posible que no lo vea? ¡Podría tratarse de uno de sus hombres!

El hombre maldijo en voz baja antes de mirarme con exasperación.

—El tercer piso se ha derrumbado por completo. No hay nadie más en el edificio, joder. ¿Es que necesita que se lo dibuje? —Después recuperó la compostura—. ¿Tal vez ha inhalado humo? ¿Se encuentra bien?

Parpadeé confundida mientras su voz se debilitaba cada vez más en mi cabeza.

—Señorita, ¿necesita un médico? Deberían echarle un vistazo, está muy pálida —añadió el bombero, pero tenía la impresión de que su voz provenía de muy lejos.

Entonces, ¿él no los veía? ¿Por qué?

—Estoy bien —dije al fin, antes de que me pusieran en una camilla de ambulancia—. Sólo quiero volver a casa.

Levanté la vista otra vez y allí, entre las llamas, las sombras se confundían para aparecer después con nitidez. Un hombre y una niña. ¿O tal vez no? Ya no estaba segura de lo que veían mis ojos. Quizás el bombero tuviera razón; tal vez me lo había imaginado todo, pero no tuve tiempo de comprobarlo porque las sombras desaparecieron, devoradas por las llamas, cubiertas por una nube de humo.

Inspeccioné los accesos al edificio con la esperanza de que aquel hombre saliera con la niña sana y salva, pero daba la sensación de que todos los bomberos estaban allí abajo y la espera resultó inútil.

Nadie salió del edificio, ni siquiera cuando las llamas murieron por completo, el humo ennegreció el cielo y la gente se dispersó por las calles.

¿Tenía alucinaciones? ¿Es que oír voces en mi cabeza no era suficiente?

En los últimos tiempos, si hubiese tenido que apostar sobre la fiabilidad de mis percepciones, lo habría hecho en contra.

Pero una idea me cruzó la mente. Había algo en el perfil de aquel hombre que... No. Mi obsesión por Evan no podía ir tan lejos o tendría que admitir que algo en mi cabeza no funcionaba bien. Aun así, cuanto más reflexionaba sobre aquella duda, más nítida se me aparecía la imagen. De repente, el recuerdo del hombre muerto en el bosque afloró sin previo aviso. Mi cerebro rompió los candados del tiempo y reculó a nuestro primer encuentro, en el bosque, y enseguida evocó el hallazgo del cadáver, el día después.

Dos incidentes. Dos muertos. Y en las dos ocasiones, Evan estaba allí. ¿Tenía algo que ver? No podía ser una mera coincidencia. ¿Por qué mis sentimientos por él bastaban para exculparlo ante aquella lógica aplastante? Por más que mi corazón siguiera oponiéndose a mi instinto, que me decía que estuviera alerta, había algo siniestro en Evan que lo unía a aquellas imágenes. Era innegable.

Pero esta vez no podía estar tan segura de haberlo visto, ¿no?

Agaché la cabeza, desesperada por mis propias paranoias.

Tenía que irme de allí. No estaba segura de poder soportar el dolor que aquella duda había instilado en mi corazón.

Contuve las lágrimas y me encaminé hacia casa.

El dolor de la joven mujer seguía persiguiéndome mientras avanzaba veloz hacia casa. Por un instante deseé que alguien hubiera salvado a la niña, pero la sospecha de que se trataba de otra de mis alucinaciones me dejó helada.

Me sentí impotente y devastada a la vez. La mujer nunca se recuperaría de ese trauma.

Perder a su hija, después de haberla amado y criado durante cuatro años, era un dolor que nunca podría superar. Nunca. Porque perder a alguien a quien se quiere es insoportable.

Caminaba con la cabeza gacha, afectada por el eco de aquellos gritos que resonaban en mi cabeza, atormentándome.

Nunca había presenciado tal desesperación. Los únicos recuerdos con los que podía compararlo tenían que ver con libros o películas donde al final un superhéroe devolvía a la pequeña a los brazos de su madre.

Pero esto era la vida real.

Ningún superhéroe salvaría a la niña.

No habría final feliz para aquella madre derrotada por el dolor.

Confusa por todo aquel caos y desviada por la gente que llenaba las calles, me moví sin prestar atención al recorrido, dándome cuenta demasiado tarde de que me había equivocado de calle. Las casas se alejaban poco a poco a mis espaldas y me dirigía hacia el bosque. Por muy desorientada que me hubiese dejado la gente, tenía la *certeza* de que era la dirección equivocada, pero algo me empujaba a seguir; no era un olor, ni la familiaridad que sugería aquel lugar, por muy fuerte que fuera. No era nada concreto. Tampoco se trataba del instinto que, al contrario, me pedía a gritos que

me fuera de allí. Era más bien una percepción tan fuerte que superaba al instinto. Como un reclamo que no podía ignorar. Ni rechazar. Una atracción ancestral, mística. *Peligrosa*. Pero no me importaba. Tenía la impresión de que aquel camino me llevaría a los recovecos de mi interior.

Me detuve de golpe, confundida.

Unos gruesos muros de piedra se levantaban al fondo del sendero, protegiendo una fortaleza. Una barrera insuperable que no dejaba entrar nada del exterior y que la aislaba del resto del mundo. ¿Qué se escondía tras aquellas murallas tan poderosas y majestuosas? ¿Sería un lugar abandonado? La roca blanca, con grandes surcos que se alternaban con profundas grietas, parecía tan antigua que era como si siempre hubiese estado ahí.

Miré a mi alrededor para averiguar dónde me encontraba. El sendero me había llevado a las afueras de Lake Placid, a una zona a la que no solía ir, pero estaba segura de no haber visto nunca una construcción como aquella.

Toqué la piedra con la palma de la mano, con cautela, y una energía fluyó por mi cuerpo. Me aparté, sobresaltada. Era la misma fuerza que me había llevado hasta allí, como si manara directamente de la roca y me hubiese atraído desde el pueblo. Miré a mi alrededor, asustada por aquella energía.

Volví a acercar la mano, pero en esta ocasión no noté nada. Seguí una gran grieta en la pared con la esperanza de encontrar una puerta, una apertura, un paso por el que poder entrar en aquel lugar impenetrable. Me devoraba la curiosidad por descubrir qué se escondía en el interior de aquella fortaleza. Empezaba a hacerme a la idea de que era inexpugnable cuando, a pocos metros de mí, la grieta se abrió en un pequeño paso por el que una persona de complexión delgada podría colarse.

Dudé, cohibida por la atmósfera siniestra que la luz del crepúsculo confería a las paredes, como si aquel pasadizo condujera directamente al infierno. Pero antes de que escuchara al instinto y huyera de aquel lugar, el impulso que me había llevado hasta allí me empujó a seguir caminando.

La emoción estuvo a punto de arrollarme.

No tenía ni idea del aspecto que tenía el paraíso pero, si existía uno en la Tierra, tenía que estar entre esos muros. Era como si la vegetación de todo el mundo se hubiese originado allí, en aquel lugar encantador. Un espectáculo maravilloso e indescriptible. Los troncos majestuosos se alzaban haciendo de guardianes en aquel edén y dibujando sinuosos senderos.

Como si hubiese cobrado vida ante mi presencia, el manto verde que cubría el suelo ondeó, bailando al ritmo del delicado viento. La primavera reinaba en aquel lugar. Como una reina, lo había pintado todo de mil colores. Las enredaderas serpenteaban en los árboles, cubriendo los arbustos; las flores brotaban por todos lados, perfumando el aire con un aroma delicado. Infinitas gotitas de agua perlaban las agujas de los pinos como pequeños diamantes, brillando con la débil luz de los últimos rayos de sol.

Observé con atención y más al fondo, escondido tras setos lozanos, vi que se erigía un tejado. Aunque desde allí no podía establecerlo con certeza, intuí que debía tratarse de la parte trasera de una casa. Si aquello sólo era el jardín de atrás, no quería ni imaginarme qué maravillas habría en la entrada.

No muy lejos de mí algo se movió. Me quedé petrificada.

Había alguien en el interior.

10. Beso funesto

Una punzada lacerante me atravesó el corazón. La insulsa esperanza que había albergado se esfumó de golpe, esfumándose frente a mis ojos como una nube disuelta por el viento, mientras una parte de mí se apagaba como una vela que se queda sin oxígeno.

Extasiada por la fascinación de aquella fortaleza, no reparé en el pequeño banco de madera escondido entre los setos hasta que alguien se movió: sentado frente a ella, Evan se estaba acercando todavía más a Ginebra. Mi corazón se hizo añicos.

Lo que hasta entonces había sido sólo una sospecha acababa de confirmarse. Mis ilusiones desaparecieron de golpe. Aunque Evan estuviera de espaldas, era imposible no reconocer aquellos rizos incipientes que le acariciaban la nuca, rojizos por el efecto de los rayos de sol al atardecer.

Vestía la misma camiseta oscura que llevaba en el colegio, y la mano de Ginebra estaba sobre su espalda, levantando sensualmente el tejido.

Incluso el jardín encantado palidecía frente a la belleza de Ginebra, perdiendo sus colores para ofrecérselos a ella. Su larguísima melena dorada ondeaba sobre sus hombros. Su piel no necesitaba el efecto de los rayos del sol; brillaba con luz propia.

Sus rostros se acercaron hasta quedarse a pocos milímetros y un nudo se formó en mi garganta. Había intuido lo que estaba a punto de suceder, pero ver aquel beso me destrozó el corazón.

Llevaba tiempo esperando saber lo que había entre ellos. Creía estar preparada para lo peor, pero al verlo me sentí caer por un agujero negro.

No eran hermanos, no podían serlo.

Me quedé vacía por dentro, como si una mano gélida me lo hubiese arrancado todo violentamente mientras yo me quedaba allí mirando, privada de cualquier tipo de fuerza.

Rabia. Decepción. Frustración.

Sentimientos opuestos luchaban entre ellos.

Pero los que estaban ganando eran los celos.

Unos celos que no creía poseer emergieron como la lava de un volcán en erupción, como si Ginebra estuviese violando una parte de mí porque, por razones del todo incomprensibles, sentía que Evan era mío. Me pertenecía a mí y sólo a mí. Me invadía una rabia devastadora al ver sus manos sobre las de ella, sus bocas tan cerca. Me hubiese gustado saltar la pared y agarrar a Ginebra por el pelo, pero después, la idea de aquella tarde que había pasado junto a Evan volvió a empequeñecerme el corazón. Pocas horas antes, él me había rozado la mano, haciéndome creer que él había buscado aquel breve contacto. Todavía recordaba la intensidad del estremecimiento que sentí.

Ahora, en cambio, permanecía inmóvil observando aquellas mismas manos que acariciaban el rostro de otra chica y lo acercaban al suyo para besarla en la boca. Me hubiese gustado averiguar la sensación que un beso de Evan despertaría en mis labios. Si tan sólo con su mirada sentía vértigo, no quería ni imaginar qué misteriosos placeres me ofrecería un beso. La certeza de que nunca lo descubriría dejó paso a un nuevo sentimiento. *Furia.*

Me sentí traicionada. Ilusa. Vacía.

¿Lo había entendido todo mal? Su comportamiento descarado, sus constantes y pequeñas

atenciones habían creado un atisbo de esperanza en mi corazón, cultivándolo en cada encuentro. Ahora, en cambio, me lo arrancaba con violencia.

¿Es que yo no significaba nada para él?

Mi corazón rechazaba aquella idea, obstinado en renegar de aquellas imágenes que los ojos le enviaban.

—Tenemos compañía. —Con la vista fija en él, Ginebra advirtió a Evan de mi presencia, sin hacer el menor gesto en mi dirección.

Mis ojos vacilaron poco antes de que los de Ginebra, afilados como cuchillas, me fulminaran.

Sus iris, opalescentes, me observaban con la intensidad del mar cuando se pierde en el horizonte. Nunca había visto un color tan encendido y afilado, y no parecía hostil... tan sólo *curioso*.

Por un instante nuestras miradas se encadenaron y fue como si un conjuro me impidiera moverme mientras ella me observaba minuciosamente. Traté de contrarrestar la fuerza hipnótica que me clavaba al suelo, pero parecía que incluso el aire oponía resistencia. Yo no dejaba de pensar que me gustaría devolverle a Ginebra todo el odio que había despertado en mí, y en cambio su expresión no transmitía ninguna hostilidad, ni siquiera celos.

Tan sólo... *frustración*. El mismo matiz que teñía los ojos de Evan a menudo.

Deseé con fervor que aquel sentimiento no fuera pena; preferiría incluso que me odiara.

El movimiento repentino de Ginebra rompió aquella hipnosis, haciéndome retroceder instintivamente.

Di unos pasos hacia atrás con cautela, sin despegar los ojos de ella. Parecía que quisiera detenerme pero, liberada de aquella presa invisible que me había bloqueado, escapé antes de que decidiera perseguirme.

—¡Eh, espera!

El eco de sus palabras me alcanzó muy debilitado, pero sin la fuerza de su mirada sobre mí, opté por no pararme.

Quería escapar lo más lejos posible. O tal vez hubiese preferido quedarme allí y hundirme en la tierra.

Pero, ante todo, quería, *tenía* que evitar que Evan también me viera. Ya había sido bastante humillante que Ginebra me descubriera.

Verme obligada a contener las lágrimas frente a él, desvelando mis sentimientos, sería demasiado.

Me detuve en mi carrera sin meta para recuperar el aliento y asegurarme de que nadie me estuviera siguiendo.

Tenía la garganta seca y las lágrimas luchaban por salir.

La calle estaba desierta por lo que, lejos de la ciudad, lejos de todos, por fin me aseguré de que nadie pudiera verme. El nudo que me oprimía por dentro se aflojó y dio paso a un interminable reguero de lágrimas que me empaparon el rostro, dejando pálidos surcos en mi piel.

Nunca había llorado por un chico. No tenía ni idea de que la decepción pudiera provocar tales reacciones. Decepción por haber visto con mis propios ojos materializarse la idea de ellos dos juntos.

Respiré con fuerza para llenar mis pulmones de aire y con cierta dificultad empecé a correr de nuevo. Ojalá el viento pudiera apagar el fuego que quemaba en mi interior.

Quería alejarme de aquel lugar horrible. Quería volver a casa y refugiarme en mi habitación.

Aquella tarde, llena de emociones tan opuestas, había sido demasiado intensa para mí.

Más de lo que podía soportar.

Era absurdo cómo podías pasar de tocar el cielo con un dedo a hundirte en las tinieblas más oscuras. Pero la vida no te pregunta qué consideras justo. El estado de ánimo cambia, como las estaciones; la diferencia está en la velocidad con la que todo se transforma.

Pocas horas antes creía vivir en un sueño. Ahora, estaba en una pesadilla.

Había sido una estúpida. ¿Valía la pena enfrentarse a aquel dolor insoportable sólo para poder experimentar unos instantes de felicidad?

¿Qué era mejor: vivir ignorantes, en la ilusión, o golpearse contra la dura y dolorosa realidad?

No estaba segura del todo de conocer la respuesta correcta.

Y ahora, ¿quién me garantizaba que podría pasar página y olvidar a Evan como si nada?

Se había accionado un mecanismo irreversible que impedía a mi corazón borrar su recuerdo. Evan había entrado hasta lo más profundo de mi ser. Y yo, por mi parte, acababa de descubrir que era realmente desgarrador ser nada para quien lo es todo para nosotros. Sólo podía confiar en la cura que proporciona el tiempo, esperando que me lo hiciera cada vez más llevadero.

Por ahora seguía visualizando aquella imagen, dolorosa y paralizante.

Una parte de mí había dudado frente a la posibilidad de que Evan y Ginebra fueran pareja, pero al verlos juntos, tan juntos... Todo había cambiado. Nada volvería a ser como antes.

Las luces de las farolas iluminaban intermitentemente las calles mientras corría por el asfalto mojado, salpicándolo todo a mi paso.

Crucé veloz la plaza de la escuela, vislumbrando algunos rostros desenfocados y anónimos. En la calle aún había muchísima gente, y yo era incapaz de encontrar paz para el tormento que me había invadido.

El cielo se había reencontrado con su serenidad, deshaciéndose del humo grisáceo y dejando ver las estrellas. Ninguna nube manchaba el horizonte. Todas se habían dedicado a oscurecer mi corazón.

Me daba igual que la gente pudiera verme en ese estado, y aunque mi paso veloz seguro que había despertado su curiosidad, no dejaban de ser extraños.

La única opinión que me preocupaba era la de mi familia. Ya en casa, me las apañaría para que nadie me viera así.

El viento, como una caricia de consuelo, soplaba con suavidad en mi cara, secando las lágrimas y despeinándome ligeramente. Respiré una bocanada de aquella fresca brisa primaveral y me sobresalté al chocar con algo duro. El impacto desestabilizó mi equilibrio y me caí al suelo. Y entonces empecé a oler a algo que aceleraba mi ritmo cardíaco.

Fresco como una cascada escondida en los recovecos de un bosque.

Evan.

—Ah, qué daño...

—Eh, ¿adónde vas corriendo así? —¿Cómo conseguía anular cualquier dolor, físico o psicológico, tan sólo con su voz? ¿O quizás era su mera presencia?

Apreté los labios para evitar que me delataran, desviando toda mi rabia hacia él. Temí que la voz me temblara si abría la boca. Como un vil traidor, el cerebro proyectó la imagen de sus labios en los de Ginebra, pero mi corazón, más fiable, las ignoró al instante en su intento de dominarme.

Por alguna razón, no quería recordar, sólo quería regocijarme un poco más en la ilusión de que la amabilidad de su voz fuera algo más que casual.

—¿Y bien? ¿Vas a contarme adónde ibas tan rápido, pequeña?

Una sonrisa de lobo se dibujó en sus labios y me rendí ante él. No creía que todo hubiera cambiado en menos de una hora, cuando volábamos juntos suspendidos entre cielo y tierra. ¿Por qué se comportaba como si nada hubiera pasado? ¿Es que Ginebra no le había dicho que los había visto? ¿Encima tendría que darle las gracias por haber evitado que se girara y me viera? ¿Y cómo lo había hecho Evan para cambiarse de ropa tan rápido? Vestía la camiseta roja que llevaba en la cafetería, no la oscura que llevaba puesta en el jardín. Pero, en el fondo, ¿por qué Ginebra se habría callado? ¿Para ahorrarme la vergüenza? La mera idea me parecía ridícula. ¿Por qué tendría que ofrecerme su complicidad cuando yo no dejaba de pensar en la suave curva de los labios de Evan? Después de todo, se trataba de su chico.

Seguía callada mientras la superficie fría y húmeda bajo mis nalgas me recordaba que estaba sentada sobre el cemento, incapaz de levantar mis ojos hinchados de tanto llorar.

Seguro que parecía una estúpida, pero la colisión de todas aquellas emociones me confundía. No podía gestionarlas con naturalidad.

Esperé que Evan se fuera y me dejara en paz, pero en cambio se arrodilló frente a mí sin que le importara mojarse los pantalones en el asfalto húmedo y me tendió la mano. Desde aquella distancia no podría evitar que se diera cuenta de las lágrimas. Sus dedos me levantaron la barbilla delicadamente. Igual que las otras veces, el contacto entre nuestros cuerpos generó un temblor, ligero y reconfortante, que se expandió hasta mi estómago.

—Estás llorando.

Volví a concentrarme en el suelo, no quería darle pena. Pero no pude ignorar el suave contacto de sus dedos en mi barbilla, que insistían para que lo mirara. Y lo hice. Sus ojos estaban colmados de inquietud. La intensidad de la emoción que desataron en mí me aturdió como un tren a punto de arrollarme: estaban demasiado cerca como para no ceder ante su hechizo. Acto seguido noté su mano apartándome el pelo de la frente mientras una sensación de paz inundaba mi cabeza. Debía de ser su mirada la causante de aquel efecto sanador.

Me sentí como si Evan acabara de rescatarme del agua y hubiese permitido que mis pulmones vacíos volvieran a llenarse de aire.

Sus labios esbozaron la sonrisa más seductora del mundo.

Un rostro tan bello que casi dolía mirarlo.

Evan esperaba una respuesta, pero no podía dársela.

Su pulgar recorrió lentamente mi mejilla, como si pretendiera borrar los surcos que habían dibujado las lágrimas. Estuve a punto de ponerme a temblar.

—¿Vas a contarme lo que te ha pasado? —Al ver que seguía callada, me ofreció una mano para levantarme—. Pareces desolada.

La idea de coger la mano que me ofrecía me hizo temblar de deseo. Haberla rozado unas horas antes había desencadenado unas emociones tan fuertes... Me estremecí al tocar su piel y por un instante anulé a Ginebra de mi vocabulario, borrándola de la faz de la tierra. Sólo existíamos Evan y yo, y su mano cogiendo la mía.

De repente sentí algo en su piel que antes no había notado. La cicatriz de una herida muy similar a una quemadura en el dorso de su mano derecha. Entonces, ¿era él a quien había visto esa noche en aquel edificio?

Me levanté y la observé antes de soltar la presa.

—Estás herido. —Aquel comentario salió de mi boca sin darme cuenta.

Evan apartó la mano rápidamente y la escondió en el bolsillo de los tejanos.

—No es nada. —Su expresión se oscureció de golpe.

—Gracias por tu ayuda —murmuré, tratando de remediarlo. Cuando estaba con él, la emoción me rompía la voz.

—Entonces, ¿no la has perdido? —Me miró, sonriendo de nuevo.

Arrugué la frente, perpleja.

—El habla. Empezaba a temer que se te hubiese comido la lengua un gato.

Arqueé una ceja ante su sarcasmo infantil, pero él golpeó la punta de mi nariz con su dedo índice.

¿Por qué insistía en tocarme? ¿No se daba cuenta de que me confundía?

El contacto con él me desestabilizaba.

No era culpa mía si su actitud me desorientaba. Una parte de mí todavía se sentía traicionada y cegada por los celos. ¿Por qué era tan amable ahora? ¿Realmente se divertía tanto jugando con mis sentimientos?

—Ha sido una tarde muy larga —me limité a contestar. Mi ego herido se retorció para escapar de su intensa y profunda mirada. Pero mi corazón eligió mejor y decidió quedarse quieto, deseando que me perdiera en la profundidad de sus ojos.

Por un solo y único instante, tuve la impresión de que él sentía lo mismo.

La razón insistía en que huyera de allí, pero cada latido de mi corazón gritaba su nombre.

¿Había confundido su amabilidad con algo más?

¿Había malinterpretado sus miradas?

La fuerza que percibía en aquel vínculo invisible que me unía a él me apretaba el pecho de forma inequívoca.

—Te acompaño a casa. —La contundencia con la que pronunció esas palabras, una afirmación, daba a entender que no podía negarme—. No vivo muy lejos de aquí. Voy a buscar la moto y te dejo en ca...

—¡No! —lo interrumpí bruscamente antes de que acabara la frase.

Evan me miró, sorprendido por el ímpetu de mi voz.

—No voy a dejarte vagar por las calles en estas condiciones. Sígueme —me ordenó, cogiéndome de la mano con gesto decidido.

Por mucho que deseara su compañía, volver atrás era horrible. No quería encontrarme de nuevo con Ginebra.

Y ahora que lo pensaba... ¿Por qué él venía de la dirección opuesta a la mía?

—Gracias por la oferta —repliqué en tono apacible—, pero ya casi he llegado a casa —mentí mientras mi mano, a mi pesar, se deslizaba rápidamente para huir de la suya.

Evan se echó hacia delante, aprisionándome entre él y un muro. Apoyó los brazos en la pared, junto a mi cabeza, y clavó su mirada en la mía. Mi corazón se disparó.

—No digas tonterías. —Su voz era convincente, pero no lograría hacerme cambiar de opinión—. Te llevo a casa.

Seguía hablando como si esperara verme ceder con el sonido de su voz o la fuerza de su mirada. Había algo oscuro en sus ojos, una energía que no lograba entender. Salvaje y persuasiva a la vez.

—He dicho que estoy bien. En serio —insistí.

Evan pareció sorprendido ante mi tozudez y dejó un espacio para que la presa escapara.

—¡Tu casa está hacia el otro lado! —añadió, con desesperación.

¿Y él cómo lo sabía?

—¿Tú cómo...? —murmuré, confundida—. Da igual.

Evan no respondió a mi alusión, dejando hábilmente que la conversación se acabara.

—Lo digo en serio —intenté calmarlo mostrándome tranquila—, eres muy amable al ofrecerte a llevarme a casa, pero no tardaré mucho en llegar, soy rápida y estoy segura de que un poco de aire fresco me vendrá genial.

Evan arrugó la frente, indeciso, pero al final se rindió y volvió a hacer que me sonrojara con una sonrisa irónica. Todavía estaba lo bastante cerca como para acercarse a mi oído.

—Quieres decir que tendré que renunciar a llevarte en la moto conmigo —susurró con una mezcla de sensualidad y gentileza. Un golpe directo al corazón.

¿Quería estar a solas conmigo? ¿Acaso estaba volviendo a malinterpretar sus intenciones?

Además, ¿es que no le preocupaba que Ginebra nos viera juntos?

La cabeza me ardía, incendiada por la confusión que instilaba su comportamiento ambiguo. Cuanto más tiempo pasaba con él, se insinuaban con más intensidad las dudas en mi mente. Frené el movimiento de mis cejas, nerviosas por su propuesta.

—Sí, claro... Quizás en otra ocasión —respondí, aturdida, segura de que me estaba tomando el pelo. Pero una punzada de reproche me partía el pecho, como si mi corazón tuviera vida propia y me echara en cara su desacuerdo.

Lo ignoré y me puse el gorro de la chaqueta para marcharme de allí.

—Nos vemos en el colegio —murmuré, prestando atención para no mirarlo a los ojos. Después, retomé mi carrera de vuelta a casa.

11. Visiones

Se me hacía extraño enfrentarme a aquellas emociones nuevas tan opuestas entre sí.

Normalmente me dejaba llevar por la lógica, pero en materia de corazón, la voz se debilitaba hasta acabar desapareciendo. Yo también me había dado cuenta de que mi instinto tomaba la delantera cuando se trataba de Evan. Un insólito e indomable impulso se apoderaba de mí, y yo me dejaba guiar sin oponer resistencia alguna.

Ralentiqué el ritmo, contando los pasos que me separaban de casa. Lo que más quería en ese momento era tirarme en la cama, taparme la cabeza con la almohada y olvidar aquel largo y agobiante día. Pero en el fondo sabía que lo repasaría mil veces. Si no hubiese desperdiciado tanto tiempo de mi vida repasando cada cosa, cada detalle, quizás no hubiese sido todo tan difícil.

Nadie me había enseñado a enfrentarme a ciertas emociones, tenía que experimentarlas en mi propia piel. Dar consejos siempre había sido fácil cuando se trataba de los demás, pero seguirlos era muy complicado. Y ahora que era yo quien necesitaba ayuda, me sentía terriblemente sola. No podía contar con nadie. Y la culpa era sólo mía, por mi carácter introvertido y solitario. Sólo ahora comprendía el motivo por el que mis padres habían intentado durante años abrir un agujero en mi caparazón, para que mis amigos pudieran entrar. Pero yo no les había hecho caso. Y ahora estaba sola.

Aun así, no estaba segura del todo de que eso dependiera de mi discreción. En realidad me sentía diferente de las demás chicas. Y tampoco tenía muy claro si la soledad me perseguía o era yo quien la buscaba.

El único con el que había conseguido establecer un vínculo era Peter. Un chico.

Nunca había considerado seriamente la idea de que un día no podría contar con él. Y, muy a mi pesar, por primera vez me arrepentía de la falta de una amiga en mi vida.

Empecé a lamentar no haber dejado que Evan me llevara a casa.

Me sentía exhausta, agotada por las emociones y por la carrera. La ausencia de saliva me dolía en la garganta.

Incluso las lágrimas se habían secado en mi cara. La piel del rostro me tiraba, una sensación molesta que intenté mitigar restregándome los dedos en las mejillas, sin resultado.

A pocos metros del camino del jardín noté que la puerta estaba entreabierta. Maldiciéndome por aquella distracción, entré y la cerré a mis espaldas.

Las luces estaban apagadas, mis padres aún no habían regresado a casa.

Recorrí a toda prisa el camino. No me gustaba la idea de estar a oscuras y las imágenes inquietantes de aquella tarde no me dejaban en paz, confundiéndose con otras más remotas pero también inquietantes.

El fuego. El bosque. Los gritos. Un cuello roto.

Rebusqué torpemente las llaves en los bolsillos.

Derecho. Izquierdo.

Vacíos.

Me quité la mochila de la espalda, y examiné su interior. Miré en los bolsillos, entre los libros, en las costuras de las cremalleras, incluso en la funda de la cámara réflex, pero no encontré nada parecido a un llavero; la penumbra de la noche no ayudaba. Cuanto más nerviosa me ponía, más aumentaba el pánico. Las luces sólo se podían encender desde el interior y a medida que los minutos pasaban, todo estaba cada vez más negro. Sólo un cuarto de luna ofrecía una pálida luz.

No tenía ninguna intención de quedarme allí fuera esperando a mis padres, aunque tampoco faltaba mucho para que volvieran. Siempre había tenido un problema con la oscuridad, igual que con los espacios cerrados. Con impertinencia, mi mente seguía pensando en Evan, recriminándome no haber aceptado su oferta. Si tuviera su número podría llamarlo y pedirle que viniera a protegerme.

Miré en derredor intentando enfocar los detalles del jardín que, con un leve resplandor, tenía una apariencia espectral. El cuarto de luna me humillaba con su sonrisa mientras una siniestra penumbra se aferraba a las cosas, despertando mis peores miedos.

Algo se movió y mi corazón dejó de latir unos instantes.

Me giré de golpe, jadeando, pero el jardín se había vuelto a refugiar en el silencio.

Agucé la vista y con el rabillo del ojo capté el movimiento fulminante de una sombra que se dirigía hacia mí a una velocidad sobrenatural.

El terror estuvo a punto de paralizarme y esperé con todas mis fuerzas que se tratara de otra broma de mi mente.

—¿Quién es? —grité a la noche mientras mi voz, temblorosa, se perdía en la oscuridad.

¿Es que no había tenido suficiente por aquel día? ¿Tenía que añadir el miedo a la lista de emociones turbadoras?

Sin moverme, observé asustada el perímetro que separaba la casa del camino del jardín. Incluso el viento aguantaba la respiración, quedándose el aire como rehén.

El silencio era tan opresivo que no me quedaba claro si el latido que escuchaba resonaba en el exterior o venía de mi interior.

—¿Buscabas esto?

La seductora voz de Evan me susurró al oído, precedida de una ráfaga de aire fresco. Me quedé paralizada y tragué saliva, arrollada por una emoción inesperada.

En lugar de sobresaltarme, su presencia me produjo una inmediata sensación de paz, como un bálsamo. Le quitó a mi corazón el control de mi cuerpo. Me giré lentamente en busca de su mirada. No estaba muy segura, pero me dio la sensación de que sus ojos eran un poco más claros, como el recuerdo que tenía de él en mis sueños, como si reflejaran el resplandor de la luna.

En las manos sostenía mi llavero, que agitaba a la altura de mi nariz.

—Evan... —Mi voz, tardía, aún estaba bloqueada por su presencia—. ¿Me... me explicas cómo lo has hecho? —No sabía muy bien a qué me refería.

—He venido en moto. —Evan evitó hábilmente las respuestas, dándome la única que no necesitaba. En realidad sabía muy bien lo que había querido decir con mi pregunta.

—De acuerdo. ¿Cómo has entrado? Recuerdo perfectamente haber cerrado la verja.

Aunque su rostro estuviese algo oscurecido por la noche, noté por su expresión que se recriminaba el fallo.

Ya no estaba tan segura de querer conocer la respuesta. El brillo siniestro en sus ojos me había

transmitido su tácito mensaje, poniéndome la piel de gallina.

—Te equivocas, Gemma, la verja estaba abierta —insistió, concentrando la potencia de su mirada seductora en mí, como si fuera una coerción.

—Estaba cerrada, Evan —respondí, obstinada, pronunciando su nombre lentamente para enfatizar mi desacuerdo—. Además, ¿cómo sabes dónde vivo? ¿Es que acaso me espías? —lo acusé, a medio camino entre la crítica y la inquietud. A pesar de la atracción que me dominaba, aún no estaba segura de quién era Evan, o de si estaba implicado en los misteriosos incidentes que habían tenido lugar en Lake Placid después de su llegada.

Su tórax dejó escapar una armoniosa carcajada.

—Me he visto *obligado* a seguirte, dulzura. —Centró su mirada en la mía, con una ternura sin igual. ¿Por qué diablos se empeñaba en llamarme con ese estúpido e infantil apodo?—. Tenía tus llaves, Gemma —insistió, a pesar de mi expresión escéptica—. Se te han caído cuando nos hemos encontrado. Había pensado en traértelas, pero si no te hacen falta... —Eché hacia atrás la mano con el llavero y dio media vuelta para irse—. Me despido.

—¡Espera!

Evan se detuvo, como si hubiera adivinado que lo llamaría. No podía asegurarlo porque estaba detrás de él, pero imaginaba que sus labios dibujaban una sonrisa.

—Por favor —añadí, con la intención de remediar el tono áspero con el que lo había acusado de seguirme.

No lograba deshacerme de aquella hostilidad que seguía emergiendo sin previo aviso. No sabía si aquel rechazo a los detalles de Evan dependía de saber que él tenía a otra, o si era mi instinto el que me invitaba a desconfiar. Seguramente había experimentado en mi propia piel lo que la gente dice de que el amor es ciego porque, por mucho que mi instinto insistiera, el corazón no se dejaba afectar por la duda.

—Lo siento, he sido bastante maleducada. Sólo querías ayudarme y yo sigo rechazándote.

Por algún motivo, mis excusas no consiguieron el efecto que esperaba. Parecía que mis palabras hubiesen despertado en él un tormento latente y su expresión se oscureció. Contrajo los hombros, como si quisiera volverse más pequeño, o se sintiera culpable. Agachó la cabeza, impidiéndome ver su rostro. Su silencio casi me había convencido de que iba a dejarme sin una respuesta, pero después se giró inesperadamente.

Su mirada me golpeó directa al corazón, arrastrándome a su vórtice mientras yo, inerte, esperaba que volviera a latir, espectadora de mí misma. Evan caminó lentamente. La sonrisa de lobo dejaba entrever que sabía muy bien el efecto que causaba en mí cada vez que me miraba.

Me ruboricé acunada por el consuelo de que la noche, cómplice, escondería el calor que había a florado en mis mejillas. Moviéndose con una lentitud estudiada, Evan alargó una mano y cogió la mía, mientras yo lo miraba hipnotizada. Me apoyó el llavero en la palma de la mano y cerró mi puño dentro del suyo, acercando con cautela sus labios a mi oreja. La calidez de su aliento me aturdió, privándome de cualquier capacidad de reacción.

¿Qué estaba haciendo? ¿Por qué me robaba el control de mi propio cuerpo? Como si estuvieran dotados de voluntad propia, los párpados se cerraron, siguiendo el sonido apenas perceptible de sus labios que se abrían junto a mi oído.

—No tienes que pedir perdón por *nada*.

Me puse a temblar por el sonido hipnótico de su susurro. El significado de su mensaje se me escapó. Desde la oreja, el calor de su respiración me penetró en la piel, repartiéndose por todo mi

cuerpo hasta quedarse en una tierna calidez que inundó mi corazón.

Un estremecimiento de emoción se manifestó en mi piel, recorriendo brazos y nuca.

Cuando abrí los ojos, Evan desaparecía por la esquina.

Metí la llave en la cerradura mientras intentaba deshacerme de la emoción que aún sentía en el estómago. Ya en el interior apoyé la espalda en la puerta de entrada y suspiré. Un hormigueo me recorría los brazos.

Me obligué a cruzar el pasillo después de tirar la mochila al suelo.

Iron roncaba ruidosamente, lo oía desde abajo. Negué con la cabeza, divertida. El mundo se había teñido de colores y no podía olvidar la voz de Evan, la atracción magnética que su piel ejercía sobre mí cuando se acercaba o el poder de su mirada. Me dirigí distraídamente al baño con cien mariposas revoloteando por mi estómago. ¿Era posible creer que el cerebro seleccionaba qué informaciones retener? Mi cara seguía sucia por las lágrimas, pero no pensaba en otra cosa que mi mano entre las suyas.

Abrí el grifo y dejé que el agua cayera por la pila. Tardaba un poco en calentarse. Aproveché esos instantes para peinarme y hacerme una cola para evitar que se me mojara el pelo. Solía llevar una goma negra en la muñeca, aunque en invierno, con las camisetas de manga larga, acostumbraba a acabar en el antebrazo.

Me lavé los dientes a conciencia; después incliné la cabeza y puse las manos en forma de copa debajo del grifo para que se llenaran de agua y pudiera lavarme la cara.

El alivio fue inmediato. Los residuos de aquel día se fueron con el agua. Me quedé quieta unos segundos, disfrutando de aquella sensación y manteniendo la cara bajo el grifo. Cuando mis ojos se calmaron, alargué el brazo hacia la derecha para coger una toalla. Me sequé la piel, deteniéndome en los ojos, que seguían hinchados y entorpecidos por las lágrimas. No quería que cuando mis padres volvieran a casa se dieran cuenta de mi estado de ánimo. Impaciente por comprobar lo rojos que los tenía, me miré al espejo y los ojos de Evan me fulminaron. Empecé a temblar por el miedo y me giré de golpe. Allí no había nadie, el pasillo estaba vacío.

Me costaba respirar. Presa de un pánico descomunal, cerré la puerta. Apreté los puños y me rodeé el busto con los brazos. Me apoyé en la pared y me dejé caer hasta el suelo.

¿Qué me estaba pasando? Algo en mí no iba bien, pero ¿a quién podía confesárselo? Cualquiera interpretaría mi obsesión como locura, pero aun así... Incluso en aquel momento percibía una presencia lúgubre en el aire. Me estremecí, como si alguien estuviera observándome muy de cerca, como si me estuviera *tocando*. Creí volverme loca. Pero a ver, estaba sola, los fantasmas no existían y los muertos no volvían a la vida, ¿verdad? Y entonces, ¿por qué tenía la sensación opuesta? ¿Qué tenía que ver Evan con todo eso? ¿Tal vez la obsesión por él me estaba haciendo enloquecer? ¿Cómo podía, mi cabeza, dar vida a las fantasías oscuras que sólo existían en los libros?

Suspiré. Seguramente aquella tarde me había afectado más de lo que pensaba.

A pesar de tomar consciencia de la situación, me horrorizaba la idea de abrir la puerta y cruzar el pasillo. Ojalá los libros me hubiesen inculcado un poco de temeridad en lugar de transmitirme sólo sus aspectos más inquietantes y espantosos. Pero yo no era la protagonista de un libro. Y cuando se trataba de la vida real, oír voces, percibir presencias o ver sombras invisibles sólo podía asustarte. ¿Y por qué todo me llevaba a Evan?

La luz tembló y se apagó. Pánico. Me levanté de golpe y abrí la puerta. Algo no iba bien. Tenía que salir de allí y rápido. Subí corriendo a mi habitación y choqué contra la puerta, haciendo que casi se saliera de sus goznes. Intenté controlar la respiración, giré la llave y recorrí el interior con la mirada. Nunca había sido una persona valiente, pero últimamente era como si algo en mí se hubiera despertado. Siempre estaba en alerta, como si intuyera algo que mi cerebro ignoraba.

Saqué el iPod de un cajón del escritorio de nogal y me dejé caer sobre la cama. Estaba agotada por la multitud de emociones. La música penetró la barrera de tensión que había construido y la destruyó por completo. Mi mirada se perdió en las paredes verde claro y mi respiración recuperó poco a poco su cadencia normal. Subí el volumen al máximo con la esperanza de desconectar del mundo y dejarme transportar por la voz hipnótica de James Blunt que, con su canción *Tears and Rain*, me acunó entre dos mundos hasta hacerme perder la conciencia.

12. Advertencia

Me encontré en un lugar oscuro como el carbón. El frío me calaba los huesos. Al menos esperaba que los escalofríos que sacudían mi cuerpo estuvieran causados por la temperatura.

Era como si las peores sensaciones vividas durante el día volvieran de noche para atormentarme.

No veía dónde estaba, pero la idea de quedarme quieta me atemorizaba, así que caminé lentamente, palpando el suelo con el pie antes de dar un paso. A medida que avanzaba, la madera crujía, produciendo un sonido siniestro en la habitación, como si estuviera vacía.

Una ventana chirrió. Me asusté, pero después me alegré por la luz de la luna que dejó entrar, aunque las sombras confirieran al lugar un aspecto fantasmal. Noté un inconfundible olor a madera gastada y tierra húmeda, y eso me recordó a cuando era poco más que una niña.

Los demás chicos evitaban acercarse a aquella antigua y gran casa. Decían que estaba encantada. Peter y yo, en cambio, la habíamos convertido en nuestro refugio. Para llegar hasta allí teníamos que cruzar el bosque y evitar que los adultos nos vieran. Por la parte occidental de la casa se divisaba el mayor de los dos lagos que hay en nuestra ciudad, el Lake Placid. La casa estaba oculta por la vegetación descuidada tras una maraña de ramas y troncos irregulares. Allí dentro podíamos escondernos, cerrar las puertas al mundo, dejar que la fantasía nos llevara por lugares inaccesibles para cualquier otra persona, donde las historias cobraban vida y los fantasmas bailaban en el gran salón, tocando el piano de caoba que lo ocupaba y cogiéndonos de la mano. Con el tiempo acabamos explorando cada rincón y descubriendo todos los pasadizos secretos.

Peter se pasaba horas buscándome por las habitaciones, hasta que me hartaba de esperar y dejaba que me encontrara. La casa estaba llena de salas, como si estuviera diseñada para esconderse allí. La mayor parte de los pasadizos conectaban las habitaciones o llevaban al subterráneo. Otros, en cambio, conducían al exterior, al bosque.

La decoración, polvorienta y añeja pero a la vez majestuosa, me recordaba a las grandes casas que aparecían en las novelas del siglo xviii. En las paredes colgaban retratos que, hasta unos años antes, creía que nos observaban.

Me dirigí hacia la ventana, guiada únicamente por un débil haz de luz, pero algo se movió antes de que pudiera darme cuenta de qué se trataba. Había alguien en la esquina más remota de la habitación, escondido en la oscuridad.

Guiada por una insólita valentía, me acerqué con cautela mientras los listones de madera crujían bajo mis pies.

—¿Hay alguien? —La voz salió de mi garganta oscurecida por el miedo que intentaba reprimir y, en consecuencia, emití un grito apocado mientras mis ojos se acostumbraban a la oscuridad.

Recorrí el perfil de una silueta agachada en el suelo, camuflada en la penumbra. El balanceo inquietante de su cuerpo me heló la sangre en las venas mientras unos sollozos sacudían su espalda. ¿Y si se trataba del asesino, que se había refugiado en aquel lugar? Me quedé de piedra, presa del terror.

La ventana se abrió de golpe y golpeó violentamente la pared exterior. El ruido me sobresaltó mientras un nuevo haz de luz penetraba para iluminarle el rostro.

Sus ojos hinchados de dolor me fulminaron; estaban inyectados en sangre como los de un

vampiro privado de razón, pero no me asustaron. Mi incliné hacia ella, reconociendo consternada el rostro de la madre de la niña que había muerto en el incendio.

Seguía mirándome, apretando las rodillas contra el pecho, como si estuviera abrazando el cuerpo de su hija. Su expresión apagada, vacía, exhausta, se detuvo en la mía durante unos segundos para después volver a mirar al suelo, balanceándose en su propio cuerpo.

La pena me acometió como aquella maldita tarde. Me cubrí las orejas para no escuchar los gritos que habían vuelto a resonar en mi cabeza hasta que se esfumaron, con la misma rapidez con la que habían aparecido. Coloqué una mano en su hombro y al sentir el contacto, la mujer levantó lentamente la mirada y la fijó en la mía durante un momento, distraída enseguida por algo a mi espalda.

—Amy —susurró con un hilo de voz.

Me puse pálida y, con cautela, seguí la dirección de sus ojos con los míos, casi paralizados por un terrible presentimiento. Los pulmones retuvieron el aire, prisionero de un terror inesperado, mientras una niña de cabellos dorados me miraba a pocos pasos de distancia. Todos mis músculos se pusieron a temblar. Una extraña percepción me infundía la absoluta certeza de que la vida había abandonado aquel cuerpecillo de rostro ceniciento y profundos surcos morados bajo los ojos. Aun así, de su rostro emanaba una insólita serenidad que impedía que las sombras de la muerte asomaran por su piel. No había apariencia de dolor, sufrimiento o terror en sus ojos de niña, al contrario. Parecía complacida, satisfecha, realizada. Como si la muerte la hubiese completado, como si la hubiese hecho feliz.

Sus labios se tensaron en una delicada sonrisa que confirmó mis presentimientos. Levantó una mano y después la cerró en señal de despedida. Observé la escena inmóvil por el terror que me había poseído como un espectro maligno. Amy alargaba el brazo en la oscuridad, buscando la mano de alguien escondido en la penumbra. ¿Había otra persona junto a ella?

Forcé la vista y entreví una sombra. No sabía si había estado allí todo ese tiempo o si había aparecido después, como un fantasma.

Parecía reacia a dejarse ver.

Amy levantó la cabeza hacia la persona que la cogía de la mano; yo los miraba petrificada y confusa. Un grito rompió el silencio. Los gemidos de la madre se avivaron y su voz era cada vez más aguda, gritaba el nombre de la hija, desesperada entre lágrimas y sollozos. Como si temiera que aquel hombre fuera a llevársela.

Me giré hacia la mujer, para tranquilizarla, pero ya no estaba. Había desaparecido. Sólo quedaba el eco de su voz rota por el dolor y una pared vacía y deteriorada por la humedad. Contemplé con perplejidad el muro lleno de moho y fui presa de una confusión desgarradora.

Un imprevisto golpe de calor arrasó mi rostro, cegándome con una intensa luz.

Me giré para descubrir que la habitación estaba en llamas. El fuego consumía la madera. O no. Una inspección más atenta me hizo ver que ya no estaba en la casa del lago.

Ahora me encontraba en el edificio donde aquella tarde le habían arrebatado la vida a la pequeña Amy.

Su prisión de fuego.

Me agité entre las llamas con la intención de ir a buscarla. Si llegaba a tiempo la podría salvar, pero el fuego, como un demonio enojado, seguía levantando láminas incandescentes que nos separaban. Amy observaba mis intentos sin pestañear, rodeada de llamas que castigaban su cuerpo.

—¡Huye de aquí! —le grité con todas mis fuerzas, pero de mi boca no salió sonido alguno. Tuve

la sensación de que el humo me aplastaba el pecho.

Una llamarada repentina reveló lo que hasta entonces no había podido ver; me mostró lo que la oscuridad había protegido.

—Evan —murmuré, abriendo los ojos de par en par.

Nuestras miradas se encontraron como las piezas de un engranaje hechizado. La de Evan, desde el principio, asumió un matiz de dolor, como si se sintiera culpable.

Parecía devastado.

Rompió el hechizo y se giró, dándome la espalda, para guiar con su mano a la pequeña Amy. Intenté frenarlo, pero Evan se detuvo de golpe, como si hubiera intuido mis intenciones antes de moverme.

—No puedes hacer nada —me advirtió sin girarse con la voz rota—, nadie puede hacer nada —susurró con resignación.

Evan inclinó ligeramente el rostro; su cuerpo todavía me daba la espalda.

¿Qué lo atormentaba? La niña estaba con él. Podía salvarla.

—No puedo —murmuré, respondiendo a mis pensamientos como si pudiera leerlos—. No puedo renegar de mí mismo —dijo a regañadientes. Me miró, muy serio—. El tiempo está a punto de acabarse.

Mi cuerpo se estremeció ante sus palabras. Como si mi inconsciente hubiese captado el significado que escondían. Algo oscuro que mi corazón se negaba a entender.

La mirada de Evan tenía más bien un aire de *advertencia*. Cerré los ojos y cuando los volví a abrir, algo brilló en sus pupilas, algo similar a una lágrima, pero el calor del fuego la disolvió antes de que pudiera deslizarse por su mejilla. De repente su mirada atormentada me atravesó.

—No podré evitarlo, lo siento —me advirtió.

Por un instante tuve la impresión de captar la naturaleza de aquella pequeña arruga que surcaba su entrecejo. Dolor mezclado con resignación. Algo en mi interior me sugirió que sentía pena. Así, tan de cerca, su tormento parecía insoportable, prácticamente podía sentirlo. Me hubiese gustado eliminarlo porque me dolía. ¿Por qué sufría? ¿Por qué su tristeza se contagiaba? Era como si ese suplicio también fuera mío.

—¿El qué? ¿Qué es lo que no podrás evitar? —pregunté, desolada, reencontrando inesperadamente mi voz.

Evan parecía consternado, como si luchara contra sí mismo para decidir si darme una respuesta.

—Tú serás la próxima.

Sus palabras me atravesaron como un témpano de hielo y resonaron como una amenaza.

Inerme y con los ojos dilatados, lo observé disolverse entre las llamas, llevándose consigo a la niña. El eco de su voz se insinuó en las profundidades de mi mente, repitiéndose sin fin, como un boomerang que volvía hacia atrás para golpearme una y otra vez mientras yo, atónita, lo veía desaparecer, cogido de la mano de Amy.

13. Inquietantes sospechas

Abrí los ojos jadeando y con la frente empapada en sudor. Estaba en mi cama. La luz entraba tímidamente por las rendijas de la persiana, anunciando el amanecer. El despertador marcaba las seis de la mañana. Aún faltaban veinte minutos para que tuviera que levantarme. Las clases empezaban a las siete y media. Al menos hoy no llegaría tarde.

Tumbada en la cama, estiré los músculos y entonces me di cuenta de que aún llevaba la ropa del día anterior. Me estremecí al recordarlo todo.

No era sorprendente que tuviera ese tipo de pesadillas. Ya casi empezaba a acostumbrarme.

Todavía llevaba puestas las bambas y en las manos sujetaba el cable de los auriculares, aunque el iPod estaba en el suelo; me había quedado dormida escuchándolo. Lo cogí y me sorprendí al ver que la batería aún no se había agotado. Los cascos emitían una melodía oscura, era la voz hipnótica de Amy Lee que cantaba *Before the Dawn*. Lo apagué y todo se quedó en silencio.

De las habitaciones no provenía ningún ruido, excepto los ronquidos de mi padre. Fui descalza de puntillas hasta el baño, intentando no despertarles. Cerré la manilla con cuidado y al darme la vuelta me asusté al verme en el espejo. El recuerdo inquietante de la tarde anterior aún me hacía temblar.

El chorro de agua de la ducha se calentaba poco a poco. Me quité la ropa sudada y la dejé en el suelo; tejanos gastados, una camiseta verde militar y una sudadera de color rojo oscuro. Antes de meterme bajo la ducha, probé la temperatura del agua mientras esperaba que el lavabo se llenara de vapor. Entré y dirigí el chorro hacia la nuca. Me puse el pelo a un lado con lentitud, dejando que el agua impactara contra la piel desnuda. El alivio fue inmediato. La sensación de calor me relajaba los músculos, el cuerpo y la mente. Levanté la cara hacia arriba y aproveché aquel momento para vaciar mi cabeza e intenté alargarlo todo lo posible.

No sabía qué me depararía ese nuevo día. Sólo esperaba que fuera menos intenso que el anterior.

Muy a mi pesar, no conseguía retener las imágenes confusas que infestaban mi mente. La realidad se mezclaba con los sueños, confundiendo la línea que los separaba. Pedazos de recuerdos se enlazaban en un vórtice bajo mis párpados cerrados; estaban relacionados con Evan e intentaba ensamblarlos en un único rompecabezas, tratando de desentrañar lo sucedido con lógica.

Pese a mi empeño, una fuerza oscura me oprimía la mente para que esos recuerdos no afloraran. Consternada, me di cuenta de que era mi corazón el que ofuscaba los recuerdos, impidiendo que recompusiera aquel absurdo rompecabezas.

Tuve la tentación de volver a la cama para no tener que ir al colegio y ver a Evan. No estaba muy segura de poder enfrentarme a la mezcla de emociones que me suscitaba.

Y mucho menos a verlo con Ginebra, ahora que la duda había dejado paso a la certeza.

Ginebra había tenido todo el tiempo del mundo para contarle a Evan el desagradable episodio de la tarde anterior. Intenté no pensar en ello porque me avergonzaba demasiado.

Pero tampoco podía esconderme para siempre, y sabía que si te enfrentabas a los problemas dándoles la espalda corrías el riesgo de tropezarte y caer. Mejor caminar hacia adelante y superar los obstáculos que estarse quieto y quedarse con la duda; mi abuela lo decía siempre.

En el fondo tenía la sensación de que mi repentina audacia dependía de otra cosa.

En realidad, me moría de ganas de volver a verlo.

Salí de la ducha; el vapor rodeaba mi cuerpo. El agua se condensaba en las baldosas, formando ríos que se deslizaban por las paredes.

Abrí ligeramente la ventana para que se fuera el vapor y usé una toalla para secarme el pelo y otra para envolver mi cuerpo.

Me acerqué al espejo para verme, pero estaba entelado.

Cogí un trozo de la toalla para secarlo, pero me detuve, perpleja.

Había algo. Algo escrito.

Intenté leerlo antes de que desapareciera y me quedé de piedra.

Gemma ∞

¿Quién podía haber escrito mi nombre en el cristal con esa caligrafía tan elegante? ¿Y por qué había añadido el símbolo del infinito?

Cuando el vapor desapareció y por fin me vi en el espejo me sentí extraña. Me miré a los ojos con la extraña sensación de que no me pertenecían y las pupilas se dilataron al recordar el rostro que se había reflejado allí la tarde anterior.

¿Habría estado Evan realmente en mi casa? Me estremecí, pero intenté no pensar en ello porque era una idea absurda.

—Gemma, ¿eres tú? —La voz de mi madre, adormecida por el sueño, provenía del pasillo—. ¿Con quién hablas?

Mis ojos parecían preocupados en el espejo. ¿Había hablado en voz alta? ¿Qué me estaba pasando? Últimamente mi cuerpo estaba fuera de control. ¿O tal vez se trataba de la mente, que empezaba a desconectarse del cuerpo?

—¿Quién es a estas horas? ¿Estás hablando por teléfono? —insistió, alzando la voz para que la escuchara.

—Nadie, mamá, estaba cantando, me estaba duchando. —Uno de mis dilemas se solucionó al pronunciar esas palabras: el mensaje del espejo tenía que ser de mi madre. Seguro que se había enternecido al ver que me había quedado dormida sin cambiarme de ropa. Un modo insólito de recordarme que me quería.

Negué con la cabeza y me pasé una mano por el pelo. ¿En serio había contemplado la posibilidad de que Evan hubiera entrado en mi baño para dejarme un mensaje encriptado en el espejo? Me sentí como una idiota por haberlo pensado.

Bajé los escalones de tres en tres y cogí un trozo de tarta de chocolate de la mesa de la cocina.

—¡Llévate el paraguas! —gritó mi madre desde el piso de arriba—. Va a llover.

Abrí la puerta y me detuve un momento antes de salir.

—¡Yo también te quiero, mamá! —grité con la absoluta convicción de que respondía a su mensaje.

Pequeñas, frías e inconstantes gotitas de agua caían sobre mi cabeza, dejando surcos en mi pelo mientras me daba prisa para llegar a la parada de autobús.

Contemplar la lluvia me relajaba. Apoyé la cabeza en la ventanilla y cerré los ojos. Me limité a

escuchar el rumor reconfortante que hacían las gotas al impactar contra las hojas de los árboles.

Sin previo aviso, un ruido agresivo me obligó a abrir los ojos. Mi mirada saltó hacia el asfalto; fue una orden dictada por mi corazón, que ya había reconocido aquel sonido. No tenía ninguna duda: era la moto de Evan.

Me puse derecha para evitar que mi aliento se condensara en el cristal y me impidiera ver. La moto pasó junto al autobús y lo superó.

Los ojos de Ginebra encontraron los míos. Como si supiera exactamente dónde estaba sentada. Como si hubiese escuchado mi voz llamarla desde ese asiento.

Evan miraba al frente. Los mechones de pelo mojados, oscurecidos por la lluvia, le volaban por encima de la frente. La melena dorada de Ginebra se movía tras ella al ritmo del viento. No llevaban casco.

La inquietud se apoderó de mi estómago. No podía negar que eran perfectos el uno para el otro. Nunca podría estar a la altura de Evan, y mucho menos de Ginebra. A su lado, yo parecía la luz de una vela y ella la de un faro enorme.

Ginebra no dejó de observarme mientras Evan aceleraba con brusquedad, desapareciendo enseguida de mi campo de visión. ¿Se lo habría dicho? Me puse de los nervios al pensar que en cuanto bajara del autobús nos veríamos.

Llegamos al colegio y me camuflé bajo el paraguas para echar un vistazo al aparcamiento. La lluvia era cada vez más fina, pero el deseo que sentía por él me hizo examinar todos los vehículos desde aquella distancia. A mi pesar, descubrí que la moto de Evan todavía no estaba aparcada.

Ya en clase, me senté en la tercera fila, junto a la ventana, y miré afuera, hacia la marea de estudiantes que se daban prisa por entrar en el edificio y resguardarse de la lluvia.

El aula de literatura inglesa se llenó poco a poco. Aparté la silla para dejarle sitio a Jenna, que llegó la última, poco antes que el profesor, y mis ojos vacilaron al ver la mesa de Evan vacía.

La lluvia había borrado cualquier atisbo de ansiedad por volver a ver a Evan. Pero lo sustituyó el miedo de *no* volver a verlo. Empecé a pensar qué podría haberle impedido asistir a clase; miles de dudas e hipótesis revoloteaban por mi cabeza mientras me hundía en mi silla, desanimada. Tenía la sensación de que su presencia, ahora que me la habían quitado, provocaba un efecto tranquilizador en mi cerebro; era como una medicina que me aislaba del mundo y de sus dilemas.

La clase parecía interminable y asfixiante, me quitaba el aire.

Pasé toda la hora contemplando su mesa vacía, la puerta del aula y el suelo. Al final me rendí ante la convicción de que no vendría.

La clase de trigonometría se me pasó más rápido, seguramente porque ya me había hecho a la idea de que no lo vería en el colegio.

A la hora de comer mastiqué con parsimonia cada bocado mientras contemplaba en silencio la bandeja. Seguía resignada ante la ausencia de Evan mientras todos mis compañeros hablaban del incendio y de la niña que había muerto.

Aunque la lluvia ya no golpeaba continuamente el tejado, me giré sin razón aparente hacia la ventana para mirar la calle y el corazón me dio un vuelco al ver a Ginebra sentada en la mesa junto a la cristalera.

Contuve la respiración y busqué a Evan, pero no estaba con ella. Era la enésima confirmación de que aquel día no iba a venir.

La mirada de Ginebra se perdía por la ventana; de vez en cuando entrecerraba los ojos, como si

quisiera concentrarse en alguna conversación. Pero esa posibilidad era absurda porque a su alrededor no había nadie. Aprovechando que estaba distraída, me quedé mirándola más rato del que debería haberlo hecho.

Cómo no, me pilló de pleno. Igual que aquella mañana, no tardó en encontrar mis ojos.

Fui incapaz de sostenerle la mirada, así que bajé la vista a mi bandeja mientras notaba cómo me ruborizaba, sobre todo al recordar lo que había pasado el día antes.

Una parte de mí se sentía culpable por el deseo que sentía por Evan. Aun así no podía evitarlo, por muy consciente que fuera de que le pertenecía a otra.

Y encima me sentía peor porque Ginebra no me devolvía las miradas con hostilidad o envidia, como sería lógico. No estaba acostumbrada a todas aquellas sensaciones, no era típico de mí comportarme sin miramientos con los demás. Afectada por un profundo sentimiento de culpa, me levanté tímidamente de la silla y me despedí de los demás. Vacíé mi bandeja en la basura y salí del comedor sintiendo la frialdad de su mirada sobre mi cuerpo.

La esperanza de verlo en la clase de castellano borró aquel sentimiento de culpa. Seguramente había sido el instinto, y no el corazón, quien me había empujado hacia allí. O quizás se trataba de un egoísmo que nunca había sabido que poseía. Respirar la presencia de Evan empezaba a convertirse en una necesidad. Era extraño cómo aquel deseo había eclipsado por completo la timidez que me había llevado a evitarlo.

Mi sangre notaba el ansia por las emociones que él despertaba en mí, igual que un drogadicto que busca su dosis a pesar de saber lo dañina que es. Quién sabe por qué...

Ahora conocía la respuesta.

Porque no puede vivir sin. Del mismo modo, yo no podía prescindir de Evan, me faltaba el aire durante su ausencia. Y me daba cuenta de que aquel sentimiento era absurdo, surreal, sin lógica ni raciocinio alguno. *Sobrenatural.* ¿Cabía la posibilidad de que la magia negra me hubiese unido indisolublemente a él?

—Encantado de tenerla entre nosotros. —El profesor Wilson me dio la bienvenida a clase con una frase algo sarcástica mientras me sentaba en mi sitio con la cabeza gacha.

—Siento llegar tarde —me excusé con un hilo de voz.

El señor Wilson era un profesor excelente. De una forma u otra, tenía la extraña capacidad de estimular constantemente y bajo cualquier circunstancia nuestro interés. Su actitud jovial lo hacía parecer más joven, aunque era un hombre de mediana edad y más propenso a crecer a lo ancho que a lo alto. A pesar de eso, el ligero acento y la mirada latina seguían suscitando una cierta fascinación entre sus compañeras. Su cabello, con algunos mechones grises, no le impedía interrumpir las clases para reír con nosotros o conversar abiertamente de temas poco «escolares».

Pero ni siquiera una clase de castellano del señor Wilson sería suficiente para que dejara de pensar en Evan y me concentrara en aquella lección.

Su ausencia llenaba todo el aula. Me sentía vacía, como si faltara una parte de mí en aquella clase, una prolongación de mi cuerpo que había descubierto recientemente.

No tenía ningún motivo para mantener la esperanza de que todavía podía llegar. Evan no vendría.

Obligué a mi cerebro a que dejara de pensar en él, pero el corazón se opuso con un grito fuerte.

—¡Gemma! —me saludó Jenna en cuanto llegó a mi lado.

La lluvia volvía a caer.

—Hola —respondí levantando una mano sin mucho entusiasmo.

—¿Se puede saber qué te pasa? —La acidez en su voz me pilló por sorpresa—. Cada vez estás más rara. —Su rostro se retorció en una mueca, como si ya no me reconociera.

No había reflexionado sobre cómo percibirían los demás mi comportamiento.

—No soy la única que lo piensa, ¿sabes? Peter y los demás también se han dado cuenta. Vienes al colegio, pero después es como si no estuvieras. La verdad es que estás completamente ausente. Ve con cuidado para que los profesores no se den cuenta o asistiremos a una caída en picado de tu nota media —me advirtió sin reprimir un tono de sarcasmo.

—Sólo estoy un poco cansada —respondí en mi defensa—. Últimamente no duermo muy bien.

En el fondo no era una mentira.

Nunca había sido una persona muy locuaz. Al contrario que las de Jenna, mis respuestas eran demasiado concisas. Como si se tratara de un mecanismo electrónico, sus cuerdas vocales se accionaban con una palabra hasta que te encontrabas deseando que el artilugio se desconectara. La verdad es que a veces me costaba seguir las conversaciones y, en aquellos casos, me limitaba a asentir sin esforzarme por seguir el hilo conductor, en el caso de que existiera. Así que me concentraba en la respiración preguntándome si Jenna pararía un momento para coger aire, y cuándo lo haría. Parecía que una pequeña cantidad le daba para mucho.

—¿Entonces vienes o no? ¿Hola? —Jenna seguía parloteando mientras agitaba una mano delante de mis narices y yo me reía al darme cuenta de que lo había vuelto a hacer. Era tan fácil escapar de la realidad mientras hablaba... Quizás era una especie de mecanismo de defensa que mi cuerpo activaba cuando su voz llegaba a tonalidades muy altas y entonces, sin darme cuenta, me refugiaba en mis pensamientos.

—¿Venir adónde? —pregunté.

—¿Ves? ¡Lo que te decía! Me apuesto lo que quieras a que no has escuchado ni una sola palabra de lo que te he dicho —insistió—. Esta tarde vamos al partido de lacrosse. Todo el mundo estará allí. ¿Vienes con nosotros? —volvió a preguntar—. A Peter le gustaría mucho... —añadió para devolverme a la Tierra definitivamente. ¿Dónde estaba Peter?—. Apuesto a que ni siquiera te has dado cuenta de que ha cogido la costumbre de saltarse las clases. —Jenna no escondió el reproche en su voz, pronunciando esas palabras casi con desprecio.

Peter. Me sentí culpable. Últimamente ya no había pensado en él. Evan se había apoderado de mi mente, anulándolo todo, monopolizándome.

Abatida, me di cuenta de que él también se había alejado de mí, seguramente herido por mi comportamiento. Llevaba días sin llamarme. De hecho, no conseguí recordar la última vez que habíamos hablado.

¿Y si Jenna tenía razón? ¿Tan distante me veían los demás?

Peter me importaba demasiado como para arriesgarme a perder su amistad. Tenía que llamarlo cuanto antes y aclarar las cosas con él.

—Gracias por la invitación —le dije a Jenna—, pero no estoy en mi mejor momento. Creo que me quedaré en casa. —Me despedí con un breve gesto con la mano y me alejé rápidamente.

—¡Como quieras! —Su voz sonó desesperada mientras se unía a los estudiantes que hacían fila para coger el autobús.

Me alejé de allí lo más rápido que pude. Caminar bajo la lluvia sería más reconfortante que la voz de Jenna dándome la paliza durante todo el trayecto.

Después de comer en casa, cogí la mochila y saqué el teléfono. Me senté en la cama, con las rodillas en alto, apretándolas contra el pecho, y marqué el número de Peter. Me lo sabía de memoria y marcarlo era más rápido que buscarlo en la agenda de contactos.

La línea sonaba mientras yo tamborileaba con los dedos en los zapatos, esperando a que respondiera. Me había portado fatal con él.

¿Cómo era posible que no me hubiera dado cuenta de la ausencia de Peter? No podía perdonármelo.

La paciencia disminuía con cada tono. Peter nunca tardaba tanto en responder. ¿Estaría enfadado conmigo? En ese caso, no podría culparlo.

Volví a marcar el número.

La espera se me hizo eterna. La línea seguía dando tono, pero al otro lado nadie respondía. No era propio de Peter.

Por fin, al tercer intento, escuché el sonido de su voz. En ese momento me di cuenta de cuánto lo había echado de menos. No importaba que el día antes lo hubiera visto en el colegio. ¿O habían pasado más días?

—¡Eh, Peter! —exclamé, transmitiendo el entusiasmo que sentí al oír su voz.

—Ah... eres tú. —Su voz, al contrario, se apagó al oír la mía. Un golpe directo al corazón.

La culpa era completamente mía; Evan no merecía las atenciones que le estaba dedicando, sobre todo si el precio era la amistad de Peter.

Para Evan, yo no existía. Él tenía a Ginebra. Y yo perdería a Peter si no conseguía aclarar las cosas con él. No quería arriesgarme a quedarme sola.

—No parece muy contento de que te haya llamado —constaté, entristecida, esperando que no fuera demasiado tarde para arreglar las cosas.

—No... Gemma, lo siento, no es por ti —respondió—, es que estaba concentrado trabajando en algo —continuó, sin intención alguna de revelarme a qué se refería.

—No has venido hoy a clase...

—¿Me has llamado por eso? —Parecía tener prisa por colgar—. Todo va bien, gracias por preocuparte —respondió de forma distante.

La frialdad de su voz me torturaba. Había levantado un muro entre nosotros. O tal vez lo había hecho yo.

—Cuéntame en qué estabas trabajando —lo animé, suplicando su atención.

Estaba dispuesta a implorarlo, si hacía falta.

—Eh... No estoy seguro de poder hablar de ello. Es mejor no implicar a nadie. Lo siento, Gemma.

Nadie. Sus palabras resonaron en mi cabeza. Me había convertido en *nadie* para él, no podía perdonármelo.

—¿Ni siquiera a mí? Nunca ha habido secretos entre nosotros. —Mi tono había adquirido un matiz de súplica, pero aquellas palabras sonaban falsas incluso para mí.

Yo había sido la primera en esconderle... Bueno, no estaba segura de qué le había escondido o por qué lo había hecho.

—Sabes que puedes fiarte de mí —le dije, e intuí por su silencio que sólo necesitaba que insistiera un poco.

—¡De acuerdo, de acuerdo... Te lo digo! —Su entusiasmo reavivó el fuego—. No me tomes por loco, ni te enfades. Eres tú quien lo ha querido saber.

¿Enfadarme? ¿Por qué debería enfadarme?

—Lo tendré en cuenta —lo tranquilicé, ocultando mi confusión.

Sus dudas me ponían de los nervios.

—Peter, no me tengas en ascuas. ¿Qué pasa?

—Es James.

El teléfono estuvo a punto de caerse de mis manos al escuchar el apellido de Evan.

Una extraña lucha interior tuvo lugar en mí, sin mi consentimiento, protagonizada por la curiosidad por lo que Peter me iba a decir y por la rabia motivada por el desprecio con el que había pronunciado el apellido de Evan.

—¿Qué tiene que ver Evan? —pregunté, casi gruñendo. Mi voz escondía una acusación.

Peter soltó un gemido, seguramente de disgusto, porque lo había llamado por su nombre y no por su apellido, como había hecho él.

—¿Se puede saber de qué parte estás? Gemma... Hay algo en él y en los demás que no me convence... Estoy seguro de que esconden algo.

—¿Qué quieres que escondan? Eso es absurdo.

—He estado investigando para averiguar en qué escuela estudiaba antes, ¡pero no he encontrado nada sobre su pasado! Como si no existiera. Y lo mismo con su novia. ¿Quiénes son? ¿Qué esconden?

Me estremecí, pero hice un esfuerzo por camuflar mi reacción. De todo lo que había dicho, sólo me había molestado una cosa: la palabra «novia».

Tenía la impresión de haber perdido el hilo del discurso, como si se me hubiera escapado algo.

—Y cuando dices «los demás», ¿te refieres a Ginebra?

—No. Hay más. Son cuatro —me reveló, orgulloso. Era el tono de un policía satisfecho por seguir la pista correcta.

—Peter, ¿de qué hablas?

—¡Evan y Ginebra no son los únicos! Hay dos chicos más con ellos, algo mayores que nosotros, creo —me explicó, cada vez más emocionado.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—¡Los he visto! Gemma, sé dónde viven y...

—¿Qué? ¿Has estado en su casa? —interrumpí, estupefacta. En realidad no podía recriminarle algo que yo también hecho.

—Esta mañana he visto que no iban al colegio, así que los he seguido y he averiguado dónde viven. Joder, ¡deberías verla! Es una casa antigua de piedra, pero te aseguro que antes no estaba ahí.

Sabía perfectamente de lo que estaba hablando Peter. Yo también había comprobado la inmensidad de la fortaleza.

—No entiendo por qué es tan extraño. —Me hice la tonta mientras algo en mi interior me empujaba a defender a Evan y a su familia, a pesar de que no los conocía.

—¿Que por qué es tan extraño? ¡Gemma! ¿Es que no me has escuchado? No había visto nunca esa casa. Y créeme, no se puede construir de un día para el otro.

—¿Y cómo estás tan seguro? Quizás no le habías prestado atención. En el fondo, no te alejas a menudo de Lake Placid. A ti no te gusta el bosque.

—¿Y tú cómo sabes que no está en la ciudad? —respondió a toda prisa, destrozándose. Me mordí el labio inferior casi hasta hacerlo sangrar.

—Lo has dicho tú... hace un momento —respondí con la esperanza de que colara.

—Gemma, no me equivoco. Hay algo extraño en todo esto. No me fío, no los conocemos. ¿Y si alguno de ellos mató al señor Lussi? ¿Quién podría haber sido, si no?

Aquella posibilidad me dejó la sangre helada. Debería fiarme de mi mejor amigo. Se trataba de Peter, pero no podía ignorar lo mucho que me molestaban esas acusaciones contra Evan. Necesitaba defenderlo, pero no me atrevía. Iba a acabar por arriesgarlo todo.

—¿Los estás acusando de homicidio? ¿No crees que exageras un poco? Son chicos, igual que nosotros. No los conocemos, es cierto, pero no es motivo suficiente.

—Yo creo que sí cuando hay una persona muerta. Vi algo. No estoy seguro, pero... —Peter parecía a punto de confesarme algo, pero después se detuvo—. No tengo ninguna intención de hacer como si nada. Aún no te he dicho que esta mañana Evan ha entrado en casa con Ginebra. Unas horas después, ella ha salido pilotando su moto. Me he quedado allí apostado todo el día y nadie más ha salido de aquella casa.

—¿Y? Ginebra ha venido al colegio, lo sabrías si tú también hubieses venido. ¿Qué hay de extraño en eso?

—Nada, excepto que Evan ha vuelto a casa hace un momento.

Por el silencio que siguió a su afirmación intuí que esperaba que yo atara cabos. Pero no entendía a dónde quería ir.

—Creo que no te sigo —admití.

—¿Te he dicho que de esa casa no ha salido nadie! ¿Cómo lo ha hecho para volver a entrar unas horas después?

—¿Bromeas? ¿Y no se te ha ocurrido que puede haber salido por otra puerta?

Mientras lo decía me di cuenta de lo absurdo que sonaba. Yo misma había recorrido esa fortaleza y no había más salidas. Ni siquiera estaba segura de que hubiera una entrada principal. Y si Peter había encontrado el agujero en el muro, entonces no quedan muchas alternativas.

—Nunca he hablado tan serio. Descubriré lo que esconden y no me detendré hasta conseguirlo.

Miré hacia arriba por la solemnidad con la que había hablado; menos mal que no podía verme.

—¿Y no levantes los ojos al cielo! —se burló, dejándome de piedra.

Boqueé, incrédula. Pero en el fondo prefería la versión «detective de lo sobrenatural» de Peter antes que la taciturna y recelosa. Quizás, en el fondo, no había crecido. Para él tal vez era un modo de evadirse de la monotonía de la pequeña ciudad tranquila en la que se había criado. O posiblemente leía demasiados cómics.

—¿Te ha visto alguien?

—Sí, y uno de ellos me ha amenazado. Son peligrosos, créeme. Sobre todo la chica, hay algo inquietante en ella.

—¿Amenazado? ¿Qué dices, Peter?

—Uno de ellos fingía un combate con la rubia. Y me he dado cuenta de que había otro, apostado

de rodillas en el tejado, observándolos. Después he oído un golpe y he visto que Ginebra había lanzado al chico rubio contra un árbol enorme. Tienes que creerme, la tierra temblaba bajo mis pies. Unos segundos después ha aparecido a mi lado el chico que estaba en el tejado. Me había visto mientras los espiaba y me ha preguntado si buscaba algo, pero me he quedado tan sorprendido por su repentina aparición que no he podido abrir la boca y él ha murmurado algo que parecía una amenaza.

—No olvides que los estabas espiando en su casa. Tenía todo el derecho del mundo —repliqué.

Peter me ignoró.

—He fingido que me iba y me he escondido, hasta que han vuelto a entrar. Y entonces he visto a Evan.

—¡Eres tozudo como un mulo! —recriminé.

—No les tengo miedo y no tienes por qué creerme, Gemma, pero yo no me fiaría si fuera tú. Mira, no lo quise decir para que la policía no sospechara, pero el día que fuimos al lago, cuando te perdiste, vi al señor Lussi en el bosque. Poco antes de encontrarte a ti.

—¿Estás diciendo que lo maté yo? —repliqué con sarcasmo, porque sabía a dónde quería llegar—. Peter, deberías haberlo contado.

—Tú también, entonces. Me dijo que te había visto y que habíais hablado.

Me quedé paralizada.

—Lo hice para protegerte.

Empecé a sentirme una hipócrita. Peter sabía que había mentido, pero no me lo había recriminado. Yo, en cambio, seguía protegiendo al chico de los mil misterios.

—Al principio no te creí, pero después Evan llegó al colegio. Vi la cara que pusiste. ¡Lo reconociste! El chico que habías visto en el bosque era él. Y luego el señor Lussi apareció muerto. No hace falta ser Sherlock Holmes para entender cómo fueron las cosas. Y después de lo que he visto hoy, estoy convencido de que no son quienes dicen ser. Tienes que mantenerte alejada de James —me ordenó con severidad. Después, su voz se volvió más dulce—: Hazlo por mí, al menos.

Tragué saliva. ¿Y si Peter tenía razón?

«No, sus acusaciones son absurdas», me dije.

Un matiz del tono con el que había pronunciado las últimas palabras me reveló que me había equivocado al extraer mis conclusiones sobre sus fantasías de cómic. Sus sospechas acerca de Evan estaban motivadas por los celos. Era un intento de demostrarme lo inadecuado que sería para mí. Como si no lo supiera.

—Peter, no tienes que demostrarle nada a nadie, olvídate de todo esto, por favor —le supliqué.

—¿No la notas? Tiene un aura malvada. ¿No te das cuenta?

«Sí, se llama Ginebra», pensé. Pero me limité a negar con la cabeza sin pronunciar palabra.

—Ni siquiera lo conoces —suspiré, exasperada.

—No hace falta conocerlo. Es algo que *noto*.

—Y yo noto que te estás volviendo paranoico. Vamos, Peter, no puedes hablar en serio.

—Maldita sea, ¡abre los ojos, Gemma! ¿Estás segura de no haber visto nada raro en esos chicos? En el colegio, por ejemplo, Ginebra siempre habla con Evan, y él no responde nunca, como si ella pudiera leer las respuestas en su mente. Lo he visto. Incluso su llegada repentina a la ciudad ha despertado sospechas en todo el mundo, aunque extrañamente parece que a nadie le interesa, excepto a mí.

Sus afirmaciones sacaron a Evan del caparazón con que lo protegía. No quería reconocerlo, pero

Peter no estaba equivocado del todo. Me habían pasado muchas cosas extrañas desde mi primer encuentro con Evan en el bosque; cosas inquietantes que Peter ignoraba, pero nunca me había planteado que pudieran estar relacionadas con él. Negué con la cabeza. Era absurdo, Peter me estaba influenciando con sus ideas insensatas.

—Te estás poniendo paranoico, ¡no hay nada extraño en esos chicos! —le dije. Pero no pude dejar atrás aquella duda que, como la carcoma, se había hecho un hueco en mi mente.

—Te demostraré que te equivocas —prometí.

—Si estás convencido... —alcé los hombros, resignada. No tenía ningún sentido seguir llevándole la contraria. No le haría cambiar de idea.

—Tengo que irme. Ya nos veremos. —Peter colgó antes de que pudiera despedirme.

La conversación con Peter había tomado un rumbo inesperado. Me sentí aliviada por haber aclarado las cosas con él, pero un nuevo mar de dudas había cubierto las que ya poblaban la orilla de mi mente. Quizás escondía un misterio arcano. En el fondo, algo en mí había percibido su naturaleza siniestra desde el principio. Una señal me había llevado hasta su casa. Y luego estaban las voces, las visiones, las pesadillas. Todo conducía a Evan.

¿Tendría razón Peter?

Me dejé caer en la cama y cerré los ojos.

¿Y si escondía algo?

Evan

14. Inquietud

—Evan, por fin, ¡has tardado siglos en volver! —Ginebra vino a recibirme a la puerta—. No me tengas en ascuas. ¿Cómo ha ido? —preguntó, preocupada.

—Me han denegado la petición —expliqué, enfurecido. Aún tenía los músculos de la mandíbula rígidos. Los había tensado durante un buen rato.

—Lo siento muchísimo —murmuró mientras se acercaba.

La miré apretando los puños, derrotado por la frustración. Todavía no sabía cómo acabaría lo que había venido a hacer. En contra de mi voluntad, no me habían absuelto de mi misión y no se la habían ofrecido a otra persona.

—No te preocupes —me tranquilizó Ginebra, apoyando las manos en mis hombros—, todo terminará pronto, ya lo verás. Te ayudaré a superarlo.

—Eso espero. Pero ahora tenemos otro problema del que preocuparnos. El chico, ese... *Peter*. Sospecha algo.

Ginebra reprimió una carcajada, pero continuó hablando con dulzura.

—Sí, me he dado cuenta; todo el mundo ha dejado de interesarse por nosotros, pero él debe de ser inmune a tu coerción. Pero es inocuo, Evan, no tenemos nada de qué preocuparnos. Lo estoy controlando. Sólo deberías mover un poco más los labios, en el colegio.

—Se está volviendo demasiado curioso. Si continúa así, tendré que intervenir. Esta mañana lo he sorprendido mientras nos espiaba por la grieta que Simon y Drake dejaron en el muro exterior —dije, lanzando una mirada de reproche a mis hermanos.

—¿Qué pasa? ¡No es culpa mía si soy una fuerza de la naturaleza! —exclamó Drake dibujando una sonrisa sarcástica.

—¡Ya te enseñaré yo quién es una fuerza de la naturaleza! Apártate, gorila, ¡puedo ganarte cuando quiera! —dijo Simon, aceptando el desafío mientras se lanzaba contra el esternón de su hermano.

—¡Dejadlo ya! —ordené con severidad. Nunca había estado tan tenso.

—Venga, hermanito, cálmate. Sólo nos estábamos divirtiendo un poco. ¿Qué te ha pasado? También te divertía a ti, hasta hace no mucho. ¿Ya no te gusta luchar? —se burló Drake, desafiándome con una finta.

—Id con más cuidado, al menos. Habéis roto un muro, joder. ¡Alguien podría haberos visto! —gruñí, deteniendo el puño de Drake con la mano y advirtiéndole con la mirada.

—Me encargaré de arreglarlo, si así te sientes mejor —me tranquilizó después de haber notado la seriedad en mi voz.

—Ya has perdido demasiado tiempo. No olvides —le advertí ocultando la amenaza en mi voz— que no podemos llamar la atención, ya es bastante complicado así.

—¡Deberías recordárselo a Ginebra! Casi arranca un árbol de raíz delante de sus ojos...

—¿Pero de qué estáis hablando? —salté, furioso.

—Dado que estás en vena de confesiones, ¿por qué no le hablas de tu discursito? —replicó ella, y Drake se encogió de hombros.

—Sólo le he dicho que si seguía aguantando la respiración podría morir...

Apreté los puños. Estaba fuera de mí, pero parecía que el asunto divertía a mi hermano.

—No te olvides de la parte en que te has ofrecido a ayudarlo. Le has pegado un susto de muerte —le recriminó Ginebra.

—He añadido «si quería», he sido amable...

Simon lo miró de soslayo para hacerlo callar. Era el más sabio de todos y había intuido que tenía los nervios a flor de piel.

—Evan, cálmate. Nos estaba espiando y nos hemos *divertido* un poco ofreciéndole un espectáculo. ¿A quién puede decírselo? Nadie le creería. Toda la población está bajo nuestro influjo. La gente no se fija en nosotros, deberías saberlo.

—Eso no me preocupa —admití, invadido por un extraño ardor. Callé unos instantes; estaba indeciso sobre si confesarles aquel sentimiento—. Más de una vez he tenido el impulso de matarlo.

—¡No digas tonterías! —me reprendió Simon—. No es más que un chico.

—¿Por su curiosidad o hay algo más? —Drake arqueó una ceja y yo le lancé una mirada gélida. No me apetecía responder a sus provocaciones—. ¿Sabes cuál es tu problema? Haces lo que tienes que hacer, pero en realidad nunca has encontrado la diversión en ello —me reveló en una especie de advertencia perversa.

—No hay nada divertido en lo que hacemos, Drake.

—¿Ves? Eso es precisamente lo que no valoras. ¿Por qué? No se trata de lo que hacemos, sino de lo que *somos*. Te niegas a ver las cosas desde la perspectiva correcta.

—¿Y a qué perspectiva te refieres? ¿Por qué no nos iluminas, Drake? —gruñí, algo desanimado.

—No hay ninguna redención. Somos lo que somos y nadie puede evitarlo. La vida que se desliza por ti, la muerte que dejas para que el cuerpo se enfríe... ¿No sientes el poder que poseemos? La existencia sólo te la complicas tú mismo, hermano. Apremiarás el sabor cuando te decidas a aceptarlo.

—¡Déjalo, Drake! —lo advirtió Ginebra.

—No, Drake dice la verdad... excepto en eso de la redención, claro —intervino Simon, empeñado en esquivar los puñetazos que Drake le propinaba—. Evan, no hay nada diferente en esa chica y, en cualquier caso, debería darte igual. De entre nosotros siempre has sido el que tenía las ideas más claras; no lo pongas todo en duda ahora. Siempre has dicho que todo cobraría sentido algún día. Diablos, ¿dónde ha acabado tu carácter espartano? ¿Qué te impide ver la situación con distancia? Sigue las órdenes y no pienses más en ello. Es muy sencillo.

Mantener una conversación seria con mis hermanos cuando se provocaban no era nada fácil. Normalmente ese comportamiento no me molestaba, pero aquel día no podía tolerarlo. Estaba irascible, inquieto. Sentía el peso del mundo encima.

En realidad no tenía una respuesta para sus preguntas y, al contrario de lo que opinaba Simon, enfrentarme a la situación nunca me había parecido más difícil.

—Esta vez no —dije, cansado—. No con ella.

Ginebra se aclaró la voz.

—Por cierto, Evan... Hay algo que deberías saber.

Su tono me inquietó. Incluso Simon y Drake dejaron de pelearse al instante.

—Peter no ha sido el único que ha estado aquí —confesó con la mirada baja y una repentina sensación de culpabilidad—. Estaba en el jardín... —prosiguió con cautela— en el banco de atrás...

—Ve al grano, Gin —interrumpió Drake, impaciente como siempre.

—Estaba con Simon... Es decir, estábamos *juntos*. Y Gemma nos vio. —Desvió la mirada al suelo

al advertir el peso de la mía—. Simon estaba de espaldas y ella pensó... pensó que eras tú, Evan. Te confundió con Simon. Se convenció de que tú y yo somos pareja —concluyó con la voz llena de remordimientos.

—¿Por qué no me lo has contado antes? —exclamé con furia.

—¿Por qué debería? Sus sentimientos no tienen ninguna importancia, Evan. ¡No han de interesarte!

Ginebra tenía razón. Pero entonces, ¿por qué me afectaba tanto que Gemma sufriera? Era tan frágil y delicada... ¿Era la inocencia en sus ojos lo que me invitaba a preocuparme por ella, o había algo más?

—Aún no te lo he dicho todo —prosiguió Ginebra—. Para ella sólo ha sido la confirmación de una sospecha que tenía desde hace tiempo. No te enfades conmigo por no habértelo contado, Evan, lo he hecho por tu bien.

Contuve el impulso de derribar la pared de un puñetazo.

Me tapé la cara con las manos, maldiciendo en voz baja, incapaz de detener el torrente de pensamientos que me había invadido de repente. Me quedé en silencio, convencido de que me arrepentiría de cualquier cosa que saliera de mi boca en aquel momento. Sólo me venían insultos a la cabeza.

—Lo siento —insistió ella, consciente de la bronca que había reprimido—. No quería complicarte las cosas todavía más. ¿Crees que no me doy cuenta de cómo estás? Sólo quería protegerte.

—¿Y tú no crees que yo tengo derecho a decidir lo que es mejor para *mí*? —repliqué, incapaz de seguir escondiendo mi resentimiento.

—Intenté detenerla, pero salió corriendo —explicó, mostrando su malestar.

—Ahora lo entiendo... —murmuré, atónito ante esa revelación—. Debió de ser cuando nos encontramos ayer por la tarde. Estaba desolada. —Miré a Ginebra—. Si lo hubiese sabido antes... ¡Joder! ¿No crees que ya debe sufrir bastante?

Un dolor me invadió el pecho al pensar lo que le esperaba.

No quería que sufriera más. No por mi culpa, si yo podía evitarlo. Ella me había dado tanto... Y pensar que las lágrimas que sequé en su rostro eran por mí... Yo era la causa de su sufrimiento. De nuevo.

Y no podía soportarlo.

Su frágil rostro me vino a la memoria, surcado por la amargura de sus lágrimas.

Incluso así la encontraba guapísima.

Sentía la necesidad de protegerla, aunque no sabía por qué. Mi misión no tenía nada que ver con eso.

—Evan, mañana ya no importará. Deja de torturarte —me recordó Ginebra, como si fuera un ruego. Sus ojos desprendían preocupación.

Mañana.

¿Ya faltaba tan poco? Sólo un día y todo habría acabado... Todo volvería a la normalidad y yo retomaría aquella especie de existencia que me empeñaba en llamar «vida».

—¿Cómo es posible que no me haya dado cuenta de nada, esta noche? ¡No entiendo qué demonios me está pasando! No me reconozco... —Me cubrí el rostro con las manos, agotado.

—Evan, todo esto es absurdo, lo sabes perfectamente. Estás yendo demasiado lejos. Vas a la escuela, te comportas como uno de ellos, ¡estás viviendo una vida que no te corresponde! Ni siquiera

deberíamos habernos quedado aquí tanto tiempo...

—¡No teníamos alternativa! —respondí, inerte por aquel sentimiento—. Y además, resultaba cómodo para todos mientras nuestras actividades se concentraran en la zona —intenté convencerla. O más bien quería convencerme a mí mismo.

—No, Evan. Puedes mentirme a mí, pero no te esfuerces en mentirme a ti. Sabemos por qué has querido quedarte. Por *Gemma*.

Pensar en ella me sobresaltó.

—Es inútil, ¡métecelo en la cabeza! Vuelve a la realidad, Evan. Somos lo que somos. Cada uno de nosotros tiene sus responsabilidades. Debes llevar a cabo tu misión, por eso hemos venido hasta aquí. No depende de ti.

—¿Acaso crees que no lo sé? —No podía evitar el tono furioso, pero ahora ya no estaba enfadado con Ginebra. Estaba enfadado conmigo, con mi naturaleza.

—No puedes hacer nada por ella, Evan, ya lo hemos hablado —me recordó para hacerme entrar en razón. Como si sus palabras pudieran calmar mi estado de ánimo. Ni siquiera yo podía controlarlo—. Ya falta poco, el tiempo se está agotando. Es *su* tiempo, y no puedes evitarlo. Es su destino, no lo olvides.

Ya habíamos hablado de ello en algunas ocasiones, es cierto, pero no me hacía sentir mejor.

Llevábamos menos de un mes en Lake Placid. Haber encontrado a Gemma lo había convertido en el periodo más difícil y tormentoso de mi existencia. No comprendía por qué era tan duro seguir aquellas órdenes. Por primera vez en toda mi vida, me sentía mal por lo que tenía que hacer. Y por encima de cualquier cosa, no entendía por qué sentía la necesidad de protegerla de un destino que le reservaba lo peor.

Me abandoné en el sofá y apoyé los codos en las rodillas. Dejé caer la cabeza sobre la palma de las manos para ocultar mi cara; estaba devastado por aquel suplicio.

Un instante después, Ginebra se acercó por detrás y me tocó los hombros.

—Evan —susurró preocupada—, me sabe muy mal por ti, nunca te había visto así. Esta historia te está destruyendo.

No podía contradecirla. Estaba destrozado. El último mes había sido una interminable cuenta atrás que pronto terminaría. Un día más y luego, todo habría acabado.

Nadie nos recordaría cuando nos marcháramos de Lake Placid. De eso se ocuparía Simon.

Todo volvería a la normalidad para nosotros.

Pero, ¿era eso lo que yo deseaba? En menos de un día, aquel dolor que me desgarraba el alma y que nadie más era capaz de entender, ¿desaparecería con ella?

Costaba creerlo.

Nunca olvidaría su rostro. O su corazón.

Nunca había escuchado a mis instintos, a mis deseos. O quizás nunca los había tenido. Nunca me había permitido un gesto de puro egoísmo.

Cumplir con el deber que me habían impuesto siempre había sido mi única convicción. Igual que un soldado, obedecía las órdenes que me daban. Un gesto mecánico sin ningún atractivo.

Pero esta vez no; no si *ella* era el objetivo. Aún no entendía qué tenía de diferente...

—Estás perdiendo el tiempo, no puedes evitarlo. Deja de martirizarte —me advirtió Ginebra, dando voz a mi consternación. A veces olvidaba que podía oírme cuando nadie más podía.

Con el rostro todavía escondido entre las manos, le lancé un grito mudo. «Ya no sé quién soy.

Ayúdame, por favor», le imploré mentalmente. Fue la única en la habitación que lo escuchó. «No sé qué hacer», admití angustiado.

Sin alzar la mirada, oí los pasos pesados de los chicos al dejar la habitación. Seguro que Ginebra los había invitado a dispersarse con un gesto o con una simple mirada. A veces podía comunicar más que yo con mi poder.

—¿Quieres que te sea sincera? —dijo cautelosa.

«Por favor». La miré con aflicción.

—Creo que te has equivocado al acercarte tanto a ella. Deberías haberlo dejado cuando aún podías, y en cambio te empeñaste en querer descubrir por qué la chica era diferente. Tienes que dejar de seguirla a todas partes. ¿Qué importa que te vea o que sienta tu presencia?

Me costaba reconocerme. Estaba arrastrando a mi familia al borde de la desesperación. Pero no podía evitarlo. Por primera vez, después de tanto tiempo, *sentía* algo. Fuera lo que fuera.

—Es sólo que me gustaría disponer de más tiempo para entenderlo todo. Gemma es diferente. Nadie más puede verme. ¡Tiene que haber una explicación! Siempre se me ha dado bien controlar a la gente, pero ella no escucha lo que le impongo. Incluso cuando entro en su mente, en sueños, *me ve*, y no debería. Y se acerca *a mí*, intenta tocarme. Yo quiero resistirme, resistirme al deseo de sentir esas absurdas sensaciones, pero después pierdo el control, todas las veces, y me abandono al impulso de notar su piel sobre la mía, guiado por instintos remotos que creía enterrados desde hace siglos. No soy capaz de controlarme cuando estoy a su lado. No puedes entenderlo. Sé que debería mantenerme lejos de ella, pero me resulta imposible. Nadie me había *tocado*... —Me tiré del pelo, consternado—. Dios, es una sensación increíble. —Cerré los ojos con fuerza y me volví a sumergir en aquellas ignotas emociones, extrañas e incomprensibles.

—Igual también funciona con los demás —murmuró Ginebra—, podríamos pedirle a Drake que...

—¡No! —Inesperadamente, sentí arder el fuego en mi pecho—. Que nadie se acerque a ella.

Yo fui el primer sorprendido por el tono de aquellas palabras. Había sido una advertencia. Mi mente, fuera de control, cruzó las barreras del tiempo y retrocedió hasta nuestro primer encuentro en el bosque. Acabábamos de llegar a Lake Placid. La estaba observando mientras acariciaba a su perro, convencido de que ella no podía verme, pero de repente se giró hacia mí, como si *podiera* hacerlo. La idea me parecía una locura, nadie podía verme bajo mi verdadera naturaleza, pero ella seguía mirando en mi dirección, mirándome *a mí*. Era un pensamiento absurdo. Y no obstante, su mirada estaba encadenada a la mía, sugiriendo todo lo contrario. Cuanto más me contemplaba, menos convencido estaba, obligándome a considerar la posibilidad, por muy insensata que fuera. No debería haberme visto. Si Gemma hubiese llegado unos minutos más tarde, podría haber descubierto mi lado oscuro. El depredador. El justiciero.

Mi mano debería haber apagado el corazón de aquel hombre —mediante una muerte natural, como tantas— pero cometí un error. Gemma me confundió y acabé ensañándome con él. Le rompí el cuello. Fui demasiado bruto. Y por eso dejé pistas.

¿Cómo había llegado a tal grado de desesperación?

Al principio era sólo confusión; aquel misterio que alteraba mis instintos más profundos. Nunca me había sentido tan afectado por algo. *Ella me veía*. Me fascinaba y asustaba a la vez. Durante dos semanas enteras me limité a observarla de lejos, perturbado por mis sensaciones, intentando comprender qué la hacía tan diferente a cualquier otra persona que hubiera conocido en mi vida. ¿Por qué aquella chica me veía?

Era un misterio que me volvía loco.

Empecé a seguirla a todas partes, manteniendo la distancia, pero no conseguí averiguar nada. Tan sólo en sueños me daba el lujo de acercarme un poco más. Ahí Gemma tampoco debería haber percibido mi presencia, pero no era así, y yo cada vez descubría nuevas sensaciones. Una parte de ella me temía, aunque se esforzaba por combatirla. Me di cuenta aquella noche en el acantilado, la primera vez que aparecí en sus sueños. Por aquel entonces ya estaba unido a ella sin remedio. Me fascinaba y no podía mantenerme alejado. Tenía que descubrir qué la hacía diferente, acercarme e intentar averiguarlo, antes de que fuera demasiado tarde. Después, con el tiempo, ese sentimiento se transformó, devorándome lentamente. Confusión, asombro y curiosidad dejaron paso a la culpa, la pena... y al dolor cuando asumí que no estaba preparado para separarme de ella. Sin darme cuenta, había dejado atrás las rígidas vestimentas del caballero oscuro. Extrañas y reconfortantes sensaciones se apoderaron de mí. Como un niño extraviado, me perdí en aquellos grandes ojos negros que me miraban como nadie lo había hecho antes. No quería que acabara así...

—No puedes hacer nada para impedirlo. ¿No te das cuenta de lo absurdo que es todo esto? Has llegado al extremo de arrastrarme contigo a la escuela —intervino Ginebra, interrumpiendo mi recuerdo.

Seguía olvidando que Ginebra podía leer mis pensamientos. Guardar secretos en su presencia era impensable. Alguna vez había hecho ejercicios para bloquear y proteger mi mente, pero nunca me había preocupado el hecho de que pudiera acceder a mi mente. No había una confidente más discreta y fiable. Nunca la había considerado una hermana: los lazos de sangre no siempre son indestructibles, pero el nuestro sí lo es. Ginebra era toda mi familia, junto a Simon y Drake. A ellos se lo debía todo.

—Quería averiguarlo, descubrir por qué es diferente. Después del primer día comprendí que tu ayuda sería indispensable: lo sabes muy bien.

—De día quizás, pero no durante la noche. Los pensamientos pueden mentir, esconderle verdades incluso a quien los formula cuando no es plenamente consciente de lo que está sucediendo, pero el inconsciente... Sólo tú puedes descifrarlo. *Tú puedes leer su interior*. Tu poder es más fuerte que el mío.

Apreté los dientes al pensar que una noche entera junto a Gemma no me bastaría nunca. Quería más tiempo. Para entenderla a ella, para entenderme a mí. Para descubrir el origen del impulso que me empujaba a buscarla. Un deseo que ni siquiera podía explicarme a mí mismo. Pasaba los días ansiando la llegada de la noche, porque así podría estar con ella, sin reservas, a pesar de la naturaleza turbulenta de sus sueños. Y una y otra vez me sentía insatisfecho cuando aparecían los primeros rayos de sol, por la mañana, y le acariciaban el rostro y nuestro tiempo juntos se acababa.

—¿Qué importancia quieres que tenga? —interrumpió Ginebra de nuevo, respondiendo una vez más a mis pensamientos.

Suspiré. Estaba desesperado.

—Para mí la tiene —confesé, incapaz de ignorar aquellas sensaciones.

En una de nuestras noches me di cuenta de lo mal que estaba. Pero después, la promesa sincera de Gemma de no preguntarme nada si podía tenerme a su lado me hizo cambiar de idea. Debería haber renunciado a ella, podría haber experimentado aquellas sensaciones hasta que el momento llegara. Pero cuanto más tiempo pasaba con Gemma, más consciente era de lo difícil que sería dejarla ir y olvidarme de todo ello.

—Por cierto, no deberías mirarla con tanta insistencia: la confundes.

—Es que no entiendo su poder.

—No tiene ningún poder, es una obsesión tuya —respondió Ginebra, cansada.

—Te equivocas, tiene poder sobre mí. Fuiste tú quien se dio cuenta en la escuela de que podía escucharme. ¿Es que no ves lo absurdo que es todo? Incluso mis pensamientos huyen de mi mente para escapar con ella. Cuando estamos juntos no puedo controlarme. Ayer la seguí hasta su casa, hasta dentro... —confesé.

—¡Evan! —Ginebra no disimuló su enfado.

—No puedo evitarlo, es más fuerte que yo. Creí que sería capaz de controlarlo, quería forzar mi autocontrol, pero fue inútil. Me vio reflejado en el espejo y acabé asustándola. Tuve que hacer saltar los plomos para que no volviera a pasar.

Desde la otra habitación me llegó una breve carcajada de Drake, sofocada enseguida por un gemido. Seguro que Simon le habría dado un golpe para que se callara.

—Por su bien, deberías buscar el modo de que te olvide. Mantente alejado de ella, Evan.

—*No quiero* alejarme de ella —repliqué, y entonces me di cuenta de lo que acababa de decir. ¿Qué me estaba pasando?

—¿Sabes qué consecuencias tendrá sobre Gemma esta fijación tuya? Su alma seguirá buscándote, pero nunca te encontrará. No hallará la paz durante toda la eternidad. ¿Es eso lo que quieres para ella?

No, por supuesto que no. Pero no podía controlarme. ¿Realmente era tan egoísta? Me pasé los dedos por el pelo y me alisé los rizos, como si aquel gesto fuera a calmarme.

—Necesito entender por qué Gemma tiene este poder sobre mí. Es algo que nos sucede a los dos, desde el principio, una especie de reacción química que nos atrae sin importar lo mucho que yo intente oponerme. Es una energía tan fuerte que a veces es casi *insoportable*. Creía que con el tiempo la dominaría, y lo único que ha hecho ha sido empeorar. Mi cuerpo, mis poderes, mi mente; nada me pertenece cuando estoy con ella. Es como si todo se desviara hacia Gemma, como si mi espíritu cediera ante ella, rindiéndose a la fuerza que lo ataca hasta devastarlo, como si no lo pudiera guiar. Quizás se trate de mi instinto...

—Es tu corazón —susurró Ginebra con un hilo de voz.

Un espasmo sacudió mi columna vertebral.

¿Qué intentaba decirme? No recordaba tener un corazón. Había estado enterrado durante siglos, aplastado por una existencia vacía.

Al ignorar la fuerza de ciertas sensaciones me había olvidado de mí mismo, como unas ruinas que el tiempo vuelve grises. No creía que aún pudiera ser capaz de sentir ciertas cosas. Quizás nunca lo había sido.

Observándolos como un gélido espectador, había visto muchos ojos llenarse de desesperación, dolor, resignación e incluso amor. Sentimientos lejanos, que no me afectaban. Siempre me había considerado como una hoja de acero, capaz de reflejar las emociones pero no de absorberlas, igual que el metal hace con la luz. Después llegó Gemma y lo cambió todo.

—Recuerdo la primera vez que me tocó —murmuré, antes de perderme en el recuerdo de aquel sueño.

Ella me veía, ¿pero podría tocarme? La pregunta se convirtió pronto en el deseo de descubrir la respuesta. Lo intenté y mi mundo se transformó cuando nuestras manos se acariciaron. Nunca habría pensado que podían existir emociones tan fuertes si el contacto con ella no me hubiese traspasado el corazón.

Sentía pena por mí, ¿puedes creerlo? Ni siquiera sabía quién era yo. No tenía la menor idea de lo

que era capaz o de lo que tenía que hacerle. Aun así se preocupaba por mi confusión; la leía en mi rostro aunque yo no hubiese pronunciado una sola palabra. ¿Cómo lo hacía para entenderme? Y cuanto más me rebelaba contra aquella conexión y escapaba, antes volvía con ella. Seguía ese impulso contra mi voluntad. No podía mantenerme alejado, era como si sintiera la necesidad de estar junto a ella, de notar la calidez de su piel. No tienes ni idea de las emociones que siento cuando se acerca, cuando me toca. Nuestro cuerpo no está hecho para contenerlas y me arrasan con la intensidad de una explosión. ¿Por qué? ¿Qué me pasa? Debe de ser mi castigo. O quizás sea una prueba que Dios me ha impuesto. ¿Crees que es mi manzana? ¿Es posible que Gemma sea mi fruto prohibido? —Miré a Ginebra en busca de respuestas que nadie podía darme.

—No lo sé. —Su voz sonó implacable y sin un ápice de duda—. Pero no puedes permitirte ceder ante la tentación —advirtió con severidad—. Evan, debes volver a ser tú mismo. Esta historia ha ido demasiado lejos, me cuesta reconocerte. Sabes que sería la primera en sugerirte una solución, si existiera. Pero estás perdiendo de vista tu esencia. Y no te lo puedes permitir. Eres un justiciero. ¿Acaso necesitas que te lo recuerde? Tienes que concentrarte en ti mismo, en la tarea que has de llevar a cabo —subrayó para hacerme entrar en razón.

Mientras ella hablaba, yo miraba el suelo, vencido por la frustración y el deseo de poder vivir en otro mundo, un mundo en el que no tuviera que esconder mi verdadera naturaleza. Un mundo en el que no me obligarían a cumplir aquella maldita orden de ejecución. El mío no... Este no... Pero aquel lugar no existía. Me sentía atrapado en un laberinto sin salida donde todos los caminos llevaban a Gemma.

—Resígnate, Evan. En pocas horas Gemma se convertirá en un mero recuerdo. Asímelo —insistió, sin dejar lugar a la esperanza—. No puedes hacer nada por impedirlo, tienes que olvidarte de esta historia y concentrarte en las órdenes. Quiero que te quede clara una cosa, Evan. —Ginebra se impuso con la mirada—. No eres tú quien la mata.

Me estremecí al oír esa frase.

—Yo creo que sí —la contradije, agotado por aquella pesadilla que no me dejaba en paz—. Aunque me gustaría que no fuera así.

—No puedes proteger a la persona que debes matar. No puedes renegar de ti mismo.

El eco de sus palabras me alcanzó mientras Ginebra se alejaba de la habitación. Pero el silencio desapareció enseguida porque mis hermanos llegaron de la sala contigua.

—El problema es que piensas demasiado en ello. —Drake se sentó a mi lado en el sofá—. ¿Qué más te da? Es sólo una mortal y a partir de mañana no la volverás a ver. Únicamente tienes que encontrar algo que hacer hasta entonces.

—No puedes comprometerlo todo por la culpa que sientes, aunque sea insólito —añadió Simon.

—Conoces a la perfección los términos de nuestra orden: nada de corazón, nada de rencor. No podemos permitirnos tener piedad y hasta ahora nunca te había supuesto un problema. —Drake seguía interfiriendo, como si sus palabras pudieran cambiar lo que Evan sentía—. Siempre has sido un justiciero despiadado.

—No necesito que hagas una lista de mis cualidades, Drake —dije, descargando en él mi frustración.

—Lo que quería decir es que, aunque esta chica te haga sentir cosas, eso no significa nada. Te lo tomas todo demasiado a pecho. Puedes disfrutar del momento y acabar con ella a la vez; al final no te costará tanto.

—¿Disfrutar el momento? ¿Me estás diciendo que tendría que hacer como tú e ir a darme una

vuelta para seducir a las almas predestinadas antes de arrancarles la vida?

—Soy irresistible, ¿qué puedo hacer? —Arqueó una ceja con arrogancia.

—Somos más que eso, Drake. Somos su destino.

—¡No es cierto! Su destino ya está escrito. Como mucho, somos un regalo. ¿De verdad crees que está tan mal concederles un poco de diversión sana antes de matarlas? Es como un último deseo...

Sonreí, tratando de ocultar la frustración que sentía.

—¿Y ese deseo eres tú? —pregunté, sin disimular la ironía en el tono de mi voz.

Drake guiñó un ojo, arrogante.

—La mayoría de las veces.

—Dejadlo ya —intervino Ginebra, desesperada—, esta discusión no os llevará a ninguna parte, ya lo habéis hablado un millón de veces.

—Tienes razón. Yo sé lo que podría ayudarte. Necesitas recordar quién eres. —La sonrisa de Drake era más elocuente que sus palabras.

Cada vez me sentía más inquieto. Estaba arrastrando a mi familia a mi infierno personal.

Sin pensarlo demasiado, seguí a Drake. No importaba adónde tuviera intención de llevarme. Sólo quería distraerme de la obsesión que me atormentaba desde hacía un mes.

—Vengo con vosotros. —Ginebra ya había leído su mente.

—Olvídalo. Es una salida de chicos. A menos que algún truco de magia te haga crecer un nuevo juguete entre las piernas... A no ser que ya lo haya hecho...

—¡Qué desagradable eres!

—Cierto, pero es lo que más te gusta de mí. —Le guiñó un ojo y Simon lo fulminó con la mirada—. ¿Qué he dicho?

—Te aseguro que no le hace ninguna falta —replicó el hermano, con el orgullo herido por aquella ocurrencia.

—Estoy convencido de que vosotros dos despertaríais a un muerto.

—Ándate con cuidado. —Ginebra le dio una palmadita en el hombro—. Podría hacer desaparecer tu juguete.

—No te atreverías —replicó Drake, pero su risa no ocultó el temor a que pudiera hacerlo de verdad.

—Si yo fuera tú, no la provocaría —le recordé.

Pocos segundos después, estábamos en el piso de abajo, las motos rugían y los faros se proyectaban en la puerta del garaje mientras éste se abría lentamente.

15. Entre hombres

El local estaba abarrotado de gente. La música que se escuchaba a cinco manzanas era sólo una décima parte de lo que nos encontramos al entrar. Drake, que intentaba distraerme, nos había llevado a una discoteca en el centro de Plattsburgh, en el estado de Nueva York.

No era la primera vez que presenciaba cómo Drake cumplía sus órdenes, pero me daba la impresión de que su verdadero objetivo aquella noche era simplemente alardear.

Nos dirigimos a la barra del bar, abriéndonos paso entre la multitud. No tenía ni idea de quién era su presa, pero a juzgar por la expresión atenta de Drake, no debía andar muy lejos.

Me remangué las mangas de la camisa hasta los codos y le hice un gesto al camarero para que se acercara.

—Ponme algo fuerte.

Eché un vistazo a la sala; centenares de cuerpos se movían desenfrenados entre luces psicodélicas.

—Eh, Evan. —Drake llamó mi atención señalando unas fotos colgadas en la pared del bar—. ¿No es tipo del que te ocupaste tú?

Miré atentamente y lo reconocí. Jasper Mason. Por lo general no hablábamos de las órdenes que nos imponían, pero la noticia de la muerte de aquel futbolista había dado la vuelta al mundo y había sido un tema destacado en los programas de televisión.

—Podías haberlo hecho con más calma. —Simon sonrió, fascinado y divertido a la vez por mi enfrentamiento con aquel maleducado. Nunca me habían gustado los violadores.

—Se lo merecía. —Vacié el vaso de un trago echando la cabeza hacia atrás. Le hice un gesto al camarero y me lo rellenó. Había elegido una muerte cruel para Mason, pero se lo había buscado. Conocíamos el lugar y el momento exacto en que había que ejecutar las órdenes. Sobre las modalidades, sin embargo, teníamos un margen de elección—. Alguien tenía que hacerle pagar por sus pecados.

La mente de Mason era oscura. A veces me preguntaba cómo algunas almas sucias como la suya podían merecer el perdón. Si hubiese dependido de mí, lo hubiese dejado a merced de sus culpas. El mal no habría esperado mucho antes de vengarse.

Luego siempre me repetía que era mejor así: un alma encontrada mejor que una perdida.

En el fondo, el perdón no tenía nada que ver conmigo.

—Tu idea personal de diversión —remarcó Simon.

—Cierto —confirmé, sonriendo ante el recuerdo de la expresión aterrorizada de Mason.

Drake se había quedado en silencio. Me giré hacia él y noté que estaba concentrado. Escuchaba. Su mirada cargada de determinación se cruzó con la mía.

Fuera quien fuera su presa, había llegado.

Con una sonrisa socarrona, mi hermano hizo un gesto para señalarnos a su objetivo. Nos bastó un segundo para encontrarlo: una rubia que bailaba con desenfreno en la pista. Vestía una camiseta gris semitransparente, muy escotada, y pantalones ajustados que evidenciaban sus piernas tonificadas. Llevaba los labios pintados de un rosa muy fuerte, seguramente para llamar la atención.

Agucé el oído para intentar captar la conversación y, a pesar de la distancia, aislé la voz de la

chica y el ruido de fondo enmudeció. La joven parecía nerviosa.

—¿La tienes? ¡Vámonos! ¡No me digas que no la has traído! —dijo con descaro.

Había visto a muchas como ella. Y no solían acabar bien.

—Eh, no te pongas nerviosa, Selina. Mi amigo aún no ha llegado. Todavía tienes un poco de tiempo para pensar en ello. ¿Estás segura de que no será demasiado para ti? Siempre te quedará la coca... ¿Qué amigo sería si no te alertase?

—¿Desde cuándo te preocupas por mí? —preguntó ella, despechada—. ¿Me hablas del paraíso y luego te niegas a mostrarme el camino?

Selina estaba entusiasmada al pronunciar aquellas palabras. No tenía ni idea de que su deseo pronto se haría realidad, pero del modo más terrible.

—Como quieras, pero no te enfades conmigo si mañana por la mañana tienes que pasar por el infierno. —El chico seguía algo reacio—. Si tu hermano descubre que te la he dado yo, soy hombre muerto —murmuró.

—¡No se enterará, no seas paranoico! Axel, ¡coge el dinero y diviértete!

—De acuerdo, Selina, pero sólo esta vez. Y no olvides que te lo he advertido.

Axel se alejó de su amiga.

Simon, Drake y yo nos miramos con complicidad: su advertencia no sería suficiente para evitar los remordimientos. El sentimiento de culpa lo devoraría el resto de su vida.

Selina había vuelto a bailar con dos chicos contra los que restregaba su cuerpo y a los que, probablemente, no conocía. De vez en cuando buscaba con la mirada a su amigo, que se mantenía alejado, apoyado con discreción en la pared de la zona más oscura de la sala.

Axel era uno de aquellos tipos que se rodeaba de chicas guapas sólo para entretenerlas. No era muy alto ni especialmente apuesto, pero la piel morena y la cicatriz que cruzaba su ceja lo hacían parecer un chico malo que buscaba su expiación. Mientras, las amigas de Selina habían ido a por cerveza; bebían a morro de las botellas, contoneándose entre los tíos buenos.

De repente me puse rígido. Advertí una presencia hostil. Busqué a mis hermanos y vi que ellos también la habían percibido. Miré hacia el rincón oscuro y un escalofrío me recorrió el cuerpo. El mal se preparaba para atacar.

—Es la segunda vez esta semana. —Otro chico, más alto y musculoso, se había acercado a Axel. A pesar del ruido, los escuchaba con claridad. Como si en la sala no hubiera nadie más.

—Esta vez no es para mí. Es para una amiga.

—¿No será aquella rubita con la que estabas hablando? Si crees que te la podrás tirar después de darle esto, estás loco.

—Ya me la he tirado y de todos modos no es cosa tuya, Chad. ¿Me la das o no?

—No estoy seguro. ¿Cuántos años tiene? ¿Es mayor de edad, al menos?

—¿Qué pasa, es que de repente tienes conciencia? Tiene veintitrés. ¿O es que lo preguntas porque también quieres tirártela?

Chad tenía aspecto de segurata. Seguramente había cierta confianza entre él y Axel, porque este no parecía intimidado por su corpulencia.

—¡No puedes imaginar lo que le haría a esa chavala! Lo siento por ti, que tendrás que llevarla a casa KO.

—¡Y una mierda! Si me pilla su hermano soy hombre muerto.

Chad apoyó las manos en los hombros de Axel, hablando con un tono casi paternal.

—¿Qué vas a hacer, Axel? No te metas en problemas por una zorrita aburrida que sólo quiere follar y divertirse. Esto es fuerte. Y ella es sólo una cría, joder.

Chad logró excavar un sendero hacia la conciencia de Axel, que de repente parecía indeciso. Pero no podía escuchar aquel instinto porque una voz más fuerte en su interior se mostraba en desacuerdo. La voz del mal, que reclamaba su alma.

—Es un montón de dinero...

El chico estaba a punto de arrepentirse, pero después perdió todo sentimiento de culpa.

—Ya me has pagado, lo siento.

Apreté los dientes, porque Axel había elegido. Y era la elección equivocada.

Había cedido a su tentación personal.

Los Másala tienen en sus manos la vida de los hombres, pero no sus almas. Decretan la duración en la Tierra, pero el destino de sus existencias depende las elecciones de los propios hombres.

Pero los humanos lo ignoran.

Cuando llegara su momento, lo más probable era que a Axel no lo esperara uno de nosotros.

—Es mi turno. —Drake apuró la copa y se dirigió a Axel que, firme en su decisión, buscaba a Selina. Le dio un empujón y el chico cayó al suelo.

—¡Eh, mira por dónde vas! —protestó Axel, palpando la fría superficie en busca de la pequeña bolsa transparente con la pastilla amarilla que se le había caído de las manos.

Al ver a Drake se calló de repente y se levantó, poniendo las manos hacia delante. Drake sonrió con ironía y lo miró fijamente a los ojos. Pronunció las palabras como una orden, con la voz muy baja y convincente: «Yo no estoy aquí. Tú nunca me has visto. Le has dado la pastilla a Selina, pero estás cansado, te has pasado con la dosis y no te aguantas de pie. Coge un taxi y duerme hasta mañana. Cuando te despiertes, te arrepentirás de muchas cosas».

Axel asintió, hipnotizado por su voz, mientras Drake seguía mirándolo fijamente a los ojos. Subyugar a los humanos divertía a Drake. Se agachó y recogió la bolsita del suelo. Cuando se levantó, ya no era el mismo.

Se puso la capucha en la cabeza y caminó con decisión hacia Selina, en su nuevo cuerpo.

—Axel, ¡por fin! —exclamó ella.

—Los buenos negocios requieren paciencia. —La que había hablado era la voz de Axel, pero yo sabía que tras el rostro de aquel jovencito se escondía mi hermano. Un justiciero de la muerte. Como yo.

Su poder de cambiar de forma resultaba muy útil, pero Drake lo usaba a menudo por mera diversión.

Axel alargó la mano para que ella la cogiera.

—¿Me puedo fiar? —Selina la había aferrado con seguridad, pero noté el leve temblor en su voz, como si reconociera la sombra de la muerte que se escondía bajo aquella capucha.

—Es de calidad. —Axel le guiñó un ojo para darle ánimo.

Se llevó la pastilla a la boca y se la tragó en un abrir y cerrar de ojos.

—¡Apartaos, voy a conquistar el mundo! —Gritó, arrancándole la botella de las manos a una de sus amigas, que bailaban en la pista.

Axel se giró; el rostro de Drake surgió de nuevo mientras se acercaba a mí con una sonrisa maliciosa en los labios.

—Los jóvenes de hoy no saben cómo divertirse. —Drake se apoyó en la barra y se acabó lo que

quedaba en mi vaso. Aún llevaba la capucha puesta sobre su cabeza rapada.

—Parece que tú sí —repliqué, y él se puso a reír sarcásticamente. Una luz famélica brillaba en sus ojos. El depredador que había en él se preparaba para la caza. Había puesto la trampa, pero el trabajo sucio todavía estaba por llegar.

—Recuerda que puedes coger apuntes —bromeó.

Siempre había considerado las órdenes como deberes ineludibles. Pero por alguna extraña razón, a Drake le fascinaban. Las consideraba un juego peligroso en el que siempre eran los demás los que pagaban las consecuencias.

Yo nunca había experimentado nada más excepto indiferencia o sentido del deber.

—Mi idea de diversión es algo diferente a la tuya —repliqué.

—Resígnate, Drake. —Simon, que se había alejado, apareció a nuestras espaldas—. No podrás convencerlo.

—¡Estoy seguro! Vosotros dos no tenéis esperanza. Pero mi deber era intentarlo.

Negué con la cabeza mientras Simon soltaba una carcajada.

Nosotros y Drake teníamos puntos de vista totalmente diferentes. Él nunca iba a entender nuestra fe en la redención.

—Por última vez, no hay nada de divertido en poner fin a la vida de un humano —dije.

—¿Apostamos? —Drake sonrió, se bebió otra copa y la depositó ruidosamente en la barra.

Después se alejó con mirada famélica mientras se dirigía hacia su víctima.

—Cree que no hay salvación posible para los que opinan como nosotros.

—Es una lucha perdida. —Simon negó con la cabeza, estaba algo preocupado por la ligereza con que nuestro hermano se enfrentaba a sus deberes de Subterráneo—. Tarde o temprano se meterá en problemas.

—Tiene un gusto perverso. Sólo porque no nos apasiona la idea de matar no significa que no sepamos divertirnos —puntalicé.

Simón alzó el vaso para brindar por el momento.

—Yo no puedo quejarme. —La sonrisa mal disimulada dejó entrever una sutil referencia a Ginebra y a la intensa pasión que los unía.

—Golpe bajo. —Choqué mi vaso con el suyo—. Mi idea de diversión no puede competir con la tuya, pero estoy convencido de que ningún ajusticiamiento puede darte el mismo subidón que una carrera clandestina en plena noche. —Me había divertido más durante el trayecto en moto que desde que había pisado el local.

—¿Es un desafío?

Alcé los hombros, fascinado por aquella idea.

—Si no te echas atrás...

—Yo no me echo nunca atrás, deberías saberlo.

—Nada de facilidades.

Simon tuvo que pensar durante unos instantes: en la carrera no podríamos usar los poderes y sabía que yo no tenía rival sobre el asfalto, pero no pudo decir que no.

Ninguna regla, ningún límite. Sólo la carretera, el viento y el ruido del motor. No había nada mejor que eso.

—De acuerdo. Esperamos a Drake y vemos si eres tan imbatible —me provocó—, siempre que no le pille demasiado gusto a mostrarnos su idea de diversión. —Simon hizo un gesto con la cabeza.

Me giré. Drake estaba en el centro de la pista, entre Selina y dos de sus amigas.

—¡Se divierte de verdad! —constaté.

Selina se movía con sensualidad contra su cuerpo en un claro intento de seducirlo mientras Drake la agarraba por las caderas.

—Si no supiera cómo acabará la cosa, lo dejaría aquí para que disfrutara de la noche.

—En el fondo creo que también encontraría el modo de entretenerse sin Selina —dije encogiéndome de hombros.

Los observé agitarse entre la gente. Drake parecía estar en su salsa entre aquellos humanos, como si fuera uno de ellos. Además, ya estaba acostumbrado a usar la máscara que más le convenía. Se trataba de otro de sus disfraces, aunque su aspecto era el de siempre.

Drake no había olvidado cuál era su rol en la vida de aquella chica. Simplemente, había decidido aprovecharlo para su diversión personal. Llegado el momento, el justiciero haría su trabajo porque, a pesar del estado de ánimo con el que se llevaba a cabo, para nosotros las órdenes eran lo único que importaba.

Seguí observándolos, divertido y fascinado por primera vez por el modus operandi de mi hermano.

Negué con la cabeza mientras sonreía. Estaba resiguiendo las líneas del cuello con los labios, exploraba su espalda con las manos.

No había olvidado lo confuso que me sentía, pero ver a Drake había aliviado la tensión. La tregua no iba a durar mucho. La hora de Gemma estaba cada vez más cerca y pronto tendría que enfrentarme a los fantasmas que me atormentaban.

Aquella idea me dejó sin aire.

Durante siglos no había experimentado ninguna emoción a la hora de ejecutar las órdenes. ¿Por qué el único sentimiento que se había adueñado de mí tenía que ser tan oscuro?

Mis emociones se habían despertado del modo más equivocado e inoportuno posible.

Intenté apartar aquella idea de mi mente y volví a concentrarme en Drake con la esperanza de que me contagiara un poco de aquella despreocupación suya.

Selina le acariciaba el antebrazo.

—No me has dicho cómo te llamas, no me suena haberte visto antes por aquí...

Drake sonrió porque ella le había acariciado el tatuaje aunque no pudiera verlo. Era nuestra maldición, y pronto sería la suya.

—No necesitas saber mi nombre.

Volvió a besarla con vehemencia mientras ella se movía al compás de la música y se restregaba contra su cuerpo.

Después su mirada mutó, pero ella no podía notar esa nueva determinación.

—¿Por qué no nos vamos a un sitio más tranquilo? —preguntó Selina, cada vez más lanzada; era la droga haciendo efecto, liberándola de las inhibiciones—. Hace un poco de calor aquí...

Su voz era apacible e incierta por la mezcla de éxtasis y el alcohol. Su cuerpo tembló, en un intento desesperado de oponerse antes de rendirse, pero ella estaba demasiado exaltada como para prestarle atención.

—Lo siento, belleza. —Drake la miró por primera vez a los ojos. Sus labios dibujaban una mueca que delataba lo mucho que se estaba divirtiendo—. El tiempo se ha acabado.

Un breve gesto y la chica se dio la vuelta y abrió los ojos de par en par. La gente se detuvo,

congelada, como ella, confusa y aterrorizada mientras su cuerpo vacío yacía inerte en el suelo.

16. Prisionero

—Dime que has aprendido la lección. —A la salida del local, Drake me dio una palmadita en el hombro, satisfecho por cómo había ido la noche.

—Si he aprendido algo es que tu lengua es más larga de lo que creía, aunque nunca lo habría dicho.

Dejamos atrás la masa de gente inclinada sobre el cuerpo de Selina. Las tentativas de reanimarla serían inútiles porque Drake había cumplido con su deber y la había acompañado durante el tránsito. Selina no se había dado cuenta de que su cuerpo había empezado a estremecerse, cada vez más, hasta que no había soportado el cóctel letal de alcohol y drogas. ¿Cabía la posibilidad de que Drake, con su comportamiento, hubiese hecho su muerte más serena? Quizás me equivocaba y, después de todo, la actitud de mi hermano concedía un último momento de paz a su víctima, como siempre había dicho. Conocía bien a Drake y su objetivo principal era aprovecharse de la situación, pero ¿realmente su comportamiento era tan reprochable si al final conseguía un tránsito menos traumático para la persona?

No sabía todas las respuestas y, en el fondo, tampoco me importaba.

Ahora que la música había enmudecido dentro del local, la confusión volvió a hacer estragos en mi mente. Yo y mis hermanos nos dirigíamos hacia las tres motos aparcadas en el arcén de la calle, pero un silbido no muy lejano me distrajo momentáneamente. Seguí la dirección del sonido y lo reconocí. Era Chad, el tipo que había vendido la droga a Axel. Estaba apoyado en un coche con una chica que tendría la misma edad que Selina. Sin pensarlo dos veces, me acerqué y le golpeé en pleno pecho. Lo agarré por la camiseta y lo zarandé con fuerza contra el coche. La chica gritó y los cristales se hicieron añicos bajo el peso de Chad.

—¿Estás loco? ¿Es que quieres matarlo? —se volvió contra mí para defender a su amigo, intentando hacerse escuchar por encima de la alarma que inundaba las calles en plena noche.

—No. —Sonreí y me acerqué a ella—. Todavía no ha llegado su hora.

La chica me miró, como si sintiera algo a medio camino entre el temor y la fascinación. Nerviosa por lo que acababa de suceder, o quizás para intentar parecer mayor, se llevó un cigarrillo a los labios. Mientras daba una larga calada, lo agarré con dos dedos sin apartar la mirada de sus ojos. La chica tosió; la había pillado por sorpresa.

—Deberías preocuparte más por tu salud. —Tiré el cigarrillo al suelo. Ella seguía mirándome, hipnotizada por la oscuridad que se escondía en mi voz.

Cuando me giré, gritó a mis espaldas:

—¡Gilipollas!

Después corrió a auxiliar a su amigo, que yacía inconsciente sobre el capó. Lo mío no había sido una sugerencia, sino una orden a la que no podría oponerse.

No tenía ni idea de por qué había reaccionado así. No solía prestar mucha atención a lo que hacían los humanos. Quizás había querido desahogar mi frustración en aquel chico o tal vez algo en mí estaba cambiando. Fuera lo que fuera, aquel nuevo sentimiento era *humano*.

Al menos Chad dejaría el trabajo sucio durante una temporada.

Pusimos en marcha las motos y el rugido de los motores invadió las calles. La adrenalina se había

apoderado de mi cabeza. Me giré hacia Simon, listo para desafiárselo, pero enseguida percibí su concentración. Conocía perfectamente la expresión de su rostro: acababa de recibir una orden.

—Me temo que tendremos que dejar nuestra carrera para otro día —dije.

Simon, en cambio, me dedicó una sonrisa.

—Para nada. Eso es justo lo que necesito. —Aceleró y salió quemando goma, desafiándome a seguirlo.

El juego sería diferente esta vez, pero la diversión dependería de mí.

Salimos disparados como misiles sobre el asfalto húmedo, en un desafío hasta el último suspiro.

Correr me hacía sentir vivo. Siempre. Así que esperé que el viento se llevara aquella extraña confusión.

Yo era un subterráneo. Seguir las órdenes era lo único importante. Tenía que ser así. Aceleré para grabar en mi interior aquella convicción.

Simon me adelantó en una curva. Su Desmosedici había aprovechado los caballos que tenía. Él y Drake habían quemado las gomas posteriores, dejando tras de sí una increíble humareda blanca. Pero no les serviría para hacer que me quedara atrás. Tenía la intención de ganar el desafío, y no sólo el que había hecho con mis hermanos, sino también conmigo mismo. Adelanté a Drake y, al girar el gas en un gesto decidido, mi moto se levantó, exultante, pero que se me continuaba escapando.

Intentábamos pasar desapercibidos entre la gente, pero al subir a la moto podíamos ser nosotros mismos. Estábamos dando bonito espectáculo, compitiendo por ver quién era el más temerario en las calles poco transitadas. Dejé que mis hermanos me adelantaran, manteniéndome rezagado, e intentarían ganar distancia, aliándose para que no los alcanzara. Me tenían miedo. Drake conducía al límite y estuvo a punto de perder el control. Podría haber usado sus poderes para no acabar chocando contra el guardarraíl, pero inclinó la moto para girar a la derecha, viró y aceleró al máximo. No pudo evitar el impacto, así que apoyó la mano en el suelo, arrastrándola para reducir la velocidad, giró el gas al máximo y se elevó, recuperando el equilibrio. Pensé en adelantarlos en la recta. Simon iba en cabeza, pero Drake, en un intento por sobrepasarlo, aceleró con demasiada brusquedad y la moto se levantó de golpe. Soltó el gas y la rueda delantera volvió al suelo. El espejo retrovisor de Simon se rompió y cayó sobre el asfalto. Aceleré y varié ligeramente la trayectoria para evitarlo, y entonces el neumático posterior derrapó.

Sonreí; había llegado mi turno. Abrí gas cerca de una curva a la derecha y los adelanté. Frené tan al límite que la rueda posterior se levantó. En cuanto volvió al suelo, aceleré y dejé a Simon y Drake sin opciones de pillarme. La moto derrapaba en todas las curvas, moviéndose bajo mi cuerpo. Las sensaciones que me ofrecía eran increíbles.

El rugido del motor se metía en mi cabeza. En aquel instante, sobre aquel asfalto, no había lugar para nada más. Me concentré en el sonido, en cómo me hacía sentir. Cambié de dirección bruscamente y la moto se elevó, rugiendo en plena noche. La potencia del motor era tal que bastaba un ligero movimiento del gas para que se alzara. Me incliné en la curva hasta rozar el asfalto con el codo.

Correr me hacía sentir potente. Invencible. Satisfecho.

Moví el peso del cuerpo hacia delante para aligerar la parte posterior y derrapar en la curva. Cambié de dirección y los neumáticos dejaron una humareda blanca tras de sí.

En breve debería enfrentarme a la realidad, por lo que intenté escapar de mis hermanos, al menos durante un rato más. Reduje una marcha, aceleré y la moto volvió a levantarse impulsada por la potencia del motor. Seguí así durante un buen rato, jugando con la muñeca para mantener la rueda delantera en el aire. Pero cuanto más aceleraba, más me perseguía aquella realidad, tenebrosa y angustiante, porque brotaba de mi interior.

Me había aprisionado.

Era un soldado, pero en aquel momento me sentía como un rehén.

Drake se puso a mi lado, también sobre una rueda. Bajamos las motos al unísono, como si estuviésemos ejecutando una coreografía, una danza oscura.

Juntos adelantamos a un monovolumen, uno de los pocos coches que nos habíamos encontrado en la última media hora. En el asiento trasero, un niño apoyó las manos en la ventanilla y contempló con fascinación nuestra carrera. Me pregunté qué estaría pensando, con la inocencia de sus cuatro o cinco años..., sin el peso del mundo encima.

Simon me hizo un gesto con la cabeza que entendí al momento.

El coche era su objetivo.

Drake se colocó delante del vehículo; Simon y yo a los lados. El hombre que estaba al volante parecía confundido por nuestras maniobras. Seguramente pensó que éramos una pandilla de gamberros.

No sabía que de repente pincharía y que, sobre el asfalto mojado, perdería el control del monovolumen... y a su familia.

En aquella noche silenciosa, el ruido de las motos resonaba por las calles.

Era una orden para Simon, pero yo necesitaba sentir que era mi sitio. Tenía que recordar que era mi cometido. Como siempre. Sin corazón. Sin piedad.

Acerqué la moto al coche y di una patada a la rueda posterior. El golpe fue tan decidido que el vehículo patinó, rechinando sobre el asfalto húmedo con el neumático reventado.

El hombre intentó no perder el control, pero Simon se puso en pie sobre el asiento de la moto y, de un bote, saltó al capó y se agachó para mirarlo directamente a los ojos.

El coche se estrelló con violencia, dando por finalizada su loca carrera... y acabando con la vida de los pasajeros.

Una columna de humo salía del capó. La rueda trasera todavía giraba.

Yo y Drake nos acercamos mientras Simon terminaba lo que habíamos empezado. Yo debería haberme mantenido al margen, pero no pude resistir el impulso. Aquella noche me hubiese gustado disponer del mundo a mi antojo con tal de sentirme diferente. Con tal de deshacerme de aquella opresión en el pecho.

Desahogarme con aquellos desconocidos no serviría para cambiar lo que sentía o para convertirme en el Evan de siempre. Un soldado. La sombra negra del destino que se lleva el aliento. Sin ningún tipo de emoción. Como en ese preciso instante.

No sentía nada. ¿Por qué con Gemma era diferente?

El niño me miró durante un buen rato, sacándome de aquellos pensamientos. Cuando yo le devolví la mirada, escondió el rostro entre las piernas de la madre y siguió mirándome.

Ella lo abrazó. Había entendido lo que acababa de pasar, pero el instinto de protección hacia su hijo le había impedido mostrarse en shock; su cuerpo estaba retorcido entre la carrocería. Un cuerpo que ya no habitaba. Nosotros, en cambio, sentíamos hasta sus más ligeras emociones.

—Acércate, Logan.

Simon habló con el niño, pero él negó con la cabeza, asustado.

—Mamá, ¿por qué este señor sabe cómo me llamo? —dijo poco después.

Ella le acarició el pelo para tranquilizarlo.

—Tengo miedo, mamá. No me dejes.

La madre lo abrazó con más fuerza.

—Estoy aquí. Nunca te dejaré —le confirmó.

Simon se agachó para ponerse a la altura del pequeño y le acarició una sien, borrando todos sus miedos.

—¿A dónde nos llevas? —El niño ya no estaba asustando. Ahora hablaba con seguridad.

Simon sonrió mientras los padres los observaban, abrazados el uno al otro.

—A un sitio precioso.

Logan también sonrió. Después toda la familia desapareció, dejando atrás, sobre el asfalto, el vehículo convertido en chatarra. En su interior yacían tres cuerpos, pero ningún alma.

17. El desahogo

Golpeé con fuerza la piel dura. Una y otra vez. El saco, lleno de cemento y colgado de una cadena, oscilaba a causa de mis golpes mientras mis nudillos se destrozaban por la brutalidad de mis acometidas.

Tras la orden de ejecución de Simon, volví a casa poniendo la moto más allá de su límite. Cuando el motor llegó al máximo de sus posibilidades, utilicé mis poderes para ir todavía más rápido. Había desafiado al aire, como el rayo que escapa de la tormenta, pero en este caso la tormenta estaba dentro de mí.

Curiosamente, la carrera no había satisfecho mi necesidad de desahogo.

Al llegar a casa me encerré en el gimnasio, el único lugar al que nadie, ni siquiera la mente de Ginebra, podía seguirme. Me quité la camiseta, me puse las vendas negras en las manos y empecé a dar golpes. Y más golpes.

Podía desahogarme en mi forma etérea, pero elegí no hacerlo.

Quería sentir la violencia de los golpes en la carne para sofocar otro tipo de emociones, más fuertes e incontrolables. Pero tal y como temía, ni siquiera las heridas aliviaban el dolor que sentía en mi corazón. Los cortes en las manos sangraban, pero se curarían en pocos segundos. Y del mismo modo, me preguntaba si yo me curaría cuando Gemma muriera. Esa duda me perseguía.

La respuesta llegó de lugares inexplorados. Aquellas heridas *nunca* se curarían.

Mientras me preparaba para dar un gancho de derecha, noté una bocanada de aire en el oído. Esquivé el golpe y paré con la mano el puñetazo que Simon me había lanzado desde detrás. En un abrir y cerrar de ojos, lo estaba sujetando contra la pared. Él se liberó e intentó golpearme de nuevo. Detuve sus ataques, cada vez más rápidos, hasta que llegó mi turno. En pocos segundos, el gimnasio se había convertido en nuestro campo de batalla. No era la primera vez. Yo y mis hermanos nos entrenábamos a menudo por diversión, pero ese día nos movía otro sentimiento. No estaba seguro de saber definirlo: frustración, rabia, impotencia... Un sentimiento que, por muy rápido que hubiese corrido en moto, no había logrado disipar. Incluso los golpes que propinaba tenían una energía diferente porque provenían de una parte de mí que hasta entonces desconocía. Simon también luchaba con una insólita crueldad, seguramente porque intuía que yo lo necesitaba.

Nos movíamos por la enorme sala en una coreografía oscura, una lucha cuerpo a cuerpo cuya brutalidad acabaría con el más fuerte de los humanos.

Las paredes hacían de palco y, de vez en cuando, las usábamos para apoyarnos, haciendo cabriolas y acrobacias de todo tipo. Utilicé mis poderes y los sacos que colgaban del techo empezaron a balancearse, letales y con precisión. Simon, en cambio, hizo rotar los largos palos, que intentaron golpearme pero los esquivé. Aquello era una lucha a muerte que yo no tenía intención de perder. No podía oponerme a los Másala, pero nada me detendría contra mi hermano. Me sentía como un río a punto de desbordarse. Los diques se estaban rompiendo y yo arrasaría todo lo que encontrara a mi paso.

Hice algunos movimientos para intentar atrapar a Simon, pero los esquivó con habilidad y contraatacó.

—Cuando tengas bastante puedes pedirme que pare —dije para provocarlo. Simon saltó,

apoyándose en la pared para esquivar mi ataque.

—¿Justo ahora que empezábamos a divertirnos? —Sonrió y, con un hábil movimiento, me rodeó y me tiró al suelo—. Me has robado el protagonismo en la batalla —me acusó, porque en la carretera yo había golpeado el coche en su lugar.

Giré las piernas y me liberé de él, inmovilizándolo bajo mi cuerpo.

—Ha sido más fuerte que yo. También lo estoy haciendo ahora, por si no te has dado cuenta. —Lo lancé hacia el muro y lo retuve allí con toda mi fuerza—. Además, no soy yo el que necesita cambiarse. —Su camiseta estaba hecha harapos. Tendría que habérsela quitado antes de la pelea, como yo.

La puerta del gimnasio se abrió de golpe y Simon lo aprovechó para invertir nuestras posiciones.

—La añadiré a la lista de cosas que me debes, justo después del espejo de Drake —replicó.

—¿Os llevo conmigo y luego vosotros os divertís sin invitarme? —nos acusó Drake con sarcasmo—. Quiero saber quién ha ganado. Lo desafío. Aquí y ahora.

—Acepto —respondí con decisión—, dos contra uno. Con Simon todavía no había acabado.

Hicieron chocar sus puños como símbolo de fraternidad.

—¿Es que no has tenido suficiente? —Simon me golpeó en el hombro.

—Sólo estaba calentando.

Simon sonrió, por mi tenacidad o tal vez porque pensaba que había desahogado mi rabia.

—En cualquier caso, deberíamos dejarlo para después. Acabo de recibir una orden. Media hora como mucho y estaré con vosotros.

—¡Un día duro, eh! —Sonreí por la frase que acababa de pronunciar.

Simon había recibido dos órdenes en pocas horas, pero era un ritmo al que estábamos acostumbrados. Teníamos que estar disponibles cada vez que la Parca nos encargaba llevar su gélido aliento a la vida de un mortal. La cantidad de ejecuciones variaba en función del día.

—No más de lo habitual —respondió él, mordaz.

Generalmente el deber nos llamaba al orden varias veces al día, pero ninguno de nosotros lo consideraba un sacrificio. Seguir las órdenes, para un Subterráneo, era motivo de orgullo, una vía para la expiación. Aun así, a los periodos de actividad frenética podían seguir días, e incluso semanas, de calma total. No podíamos saberlo con certeza, aunque no solían dejarnos muchos días de descanso.

Algunas órdenes las recibíamos meses antes; otras, con muy poca antelación. Las muertes naturales eran más fáciles. En los accidentes, en cambio, teníamos que organizarlo todo, controlar cada pequeño detalle que acabaría con la vida de la víctima.

—No pasa nada —replicó Drake—, no tenía intención de luchar con vosotros dos en estas condiciones. ¡Por Dios! ¿Es que habéis estado en una pelea con leones? Simon, será mejor que te cambies o tu víctima pensará que eres un zombie recién llegado del infierno.

Simon se miró la ropa y se puso a reír porque, por una vez, Drake tenía razón.

Yo también reí, y el gimnasio se llenó de carcajadas.

—No esperaba que te rindieras tan rápido. Pero aprovecharé para ir a darme una ducha.

—No me he rendido —replicó Drake, despechado—. Ponte en forma y luego hablamos.

—¿Más en forma todavía?

Abrí los brazos para mostrar mi cuerpo curtido y hacerle ver que no le temía. Estaba sudado, mis tejanos tenían algún arañazo por la pelea y los cortes en el pecho ya se estaban curando, pero podría

haberlo derrotado con las manos atadas.

—Yo mientras tanto voy a ver qué hace la rubita —dijo Drake para provocar a Simon.

Éste se quitó la camiseta y se la tiró encima mientras él desaparecía con una sonrisa socarrona en los labios.

En medio de aquel nuevo silencio, Simon me dio una palmadita en la espalda.

—¿Mejor? —preguntó. Esta vez era una oferta tácita de ayuda contra los demonios que me atormentaban. Había entendido que necesitaba desahogarme.

—Sí, gracias por echarme un cable. —Le di la mano para agradecerse antes de que desapareciera para cumplir con su deber. Había mentido, pero él no podía saberlo.

No quería que mis hermanos me vieran tan vulnerable. Nunca había sido débil, pero aquel nuevo sentimiento me consumía por dentro.

Me eché una toalla blanca al hombro y salí del gimnasio.

Llegué al baño en mi forma humana; no quería desprenderme de mi cuerpo y las sensaciones que experimentaba provenían de ahí, eran humanas, aunque también estaban arraigadas en mí. O quizás temía que en mi forma angélica, donde todo se amplificaba, no pudiera soportarlas.

Abrí el grifo de la ducha y me quité los pantalones. En pocos segundos el baño se llenó de vapor.

Apoyé las manos en la pared y dejé que el agua corriera por mi espalda.

La imagen de Gemma en la ducha se plantó con fuerza en mi cabeza. De repente recordé cómo había cerrado los ojos, cómo se había puesto el pelo a un lado, mientras el agua resbalaba por su piel... Y recordé el deseo que sentí.

No debería haberla espiado, pero no lo pude evitar.

Cerré los ojos y pareció que mi visión cobraba vida. Ella estaba ahí, en la ducha conmigo. Le acaricé el hombro con la nariz, oliendo su piel mojada, tan embriagadora... Deslicé la mano por su cadera y apreté los dedos contra la carne, preso de un deseo desconocido, abrumado por la idea de atraerla hacia mí. Aquella imagen me estremeció.

Gemma levantó la cabeza y me encontré con sus grandes ojos oscuros. Un escalofrío se apoderó de mí. No podía respirar.

Dos golpes en la puerta. Volví a la realidad.

Apreté los puños con fuerza contra la pared de piedra y la golpeé, maldiciéndome. La roca se agrietó a causa del impacto.

Agaché la cabeza y me pasé la mano por la cara.

Estaba loco.

Tenía que dejar de atormentarme.

Haría callar aquella nueva parte de mí que intentaba emerger.

Era un soldado.

Y Gemma era el blanco.

18. Tormento

Me hundí en el sofá y cerré los ojos, vencido por la frustración.

La salida con mis hermanos me había ayudado a aclarar mis ideas. El soldado seguía estando ahí, aplastado por el desconcierto; sólo tenía que dejarle espacio para que luchara.

O quizás era una ilusión y aquel sentimiento era más fuerte que el propio soldado.

Estaba solo. A punto de ceder.

Ginebra tenía razón. Lo sabía. No tenía alternativa. El destino había elegido el nombre de Gemma y lo había unido al mío en la muerte.

¿Entonces de qué dudaba? Estaba perdiendo el tiempo.

Haría lo que tenía que hacer, a pesar de todo.

Yo no podía decidir. A nadie le importaba lo que yo quería. Alguien más había decidido por mí, por ella, *por nosotros*. Y entonces me obligué a aceptar que no existiría un *nosotros*. Su destino ya estaba escrito, su camino estaba decidido. Y yo no formaba parte de él. Ahora que por fin había encontrado algo por lo que valía la pena vivir, tenía que renunciar a ello.

¿Podía el destino ser más adverso y aciago?

Sólo faltaba un día.

Gemma debía morir.

La perdería para siempre. Y, con ella, las sensaciones que había encontrado. Volvería a vivir como un caparazón vacío, insensible. Apagado.

Permanecí tendido en el sofá, a oscuras, olvidándome del tiempo que pasaba de forma inexorable.

La habitación estaba en silencio. Podía escuchar el tictac del reloj colgado en la pared de la otra habitación. El tiempo se acababa y cada segundo era más largo que el anterior.

Tic—tac——tic———tac———tic———tac

Incluso aquel sonido me tomaba el pelo, ralentizando su carrera.

Me hubiese gustado perder la consciencia, dejar que el tiempo pasara sin darme cuenta. Pero ni siquiera podía permitirme un detalle tan insignificante.

Incapaz de dormir, atrapado en una forma etérea que ya no reconocía, tendría que soportar cada minuto que nos separaba del fin. Tan sólo esperaba que nos llegara pronto.

—Pronto —murmuré en voz baja, dando voz a aquel pensamiento.

Me sorprendí ante la naturalidad con la que me había incluido también a mí en el final inexorable que acabaría con la vida de Gemma. No con la mía. ¿Entonces por qué presentía que aquella muerte también llevaba mi nombre?

No soportaba la idea de perder a Gemma, pero no podía impedirlo, así que lo mejor era sofocar cuanto antes aquella agonía.

Me sentía como si me hubiera fosilizado en aquella posición durante un tiempo infinito cuando un ruido delicado de pasos interrumpió el estado de apatía en el que me había hundido.

No necesitaba alzar la vista para descubrir de quién se trataba. Distinguía perfectamente el sonido del peso de cada uno de mis hermanos. El suave y sinuoso rumor con que sus zapatos acariciaban el suelo de mármol me ayudó a reconocerla al instante.

«Gin, ¿sigues aquí?»

—Perdona... No soporto verte así... Todavía piensas en ella.

En su voz no había lugar a dudas.

—¿Me has leído la mente?

—Te he leído los ojos.

Alcé la cara. Mi mirada pedía una explicación.

—Toda mujer debería ver esa expresión en su hombre. Es tan evidente que estás pensando en ella que no necesito leerte la mente.

—No puedo evitarlo. Lo he intentado, pero no puedo dejar de pensar en ella ni un instante.

—Acabáis de exterminar a una familia al completo y estás así por una sola chica. ¿Qué te pasa?

Ginebra tenía razón. No sentía la más mínima culpa por aquellas personas, por aquel niño... ¿Por qué no sentía anda? Nunca antes me lo había preguntado. Gemma había hecho que lo pusiera todo en duda. Drake al menos se divertía. Y Simon tenía a Ginebra. ¿Qué me quedaba a mí? Nunca había sentido nada y ahora me obligaban a renunciar a la única persona capaz de despertar en mí estos sentimientos.

Quizás estaba siendo egoísta. Sabía que su alma estaría bien. ¿Pero qué pasaría conmigo? Renunciar a todo lo que Gemma me hacía sentir me parecía insoportable.

—¿Tienes ya las instrucciones? —La voz de Ginebra sonaba gélida, carente de cualquier tipo de empatía. Un intento evidente de zanjar el tema. No podía hacer nada por Gemma. Ni siquiera me habían permitido eludir mi deber para no mancharme con aquella culpa. No me habían dejado elección. Los Másala habían sido inflexibles. Nadie se atrevía a pronunciar su nombre en voz alta. Incluso la tierra había temblado ante su presencia durante nuestro encuentro.

A mi pesar, me obligué a asentir. Nadie más conocía las instrucciones, pero Ginebra podía leerlas directamente en los pensamientos de cada uno de nosotros.

—Bien. Gemma saldrá de casa para ir al colegio. La calle South Main estará bloqueada y tendrá que pasar por la calle Station hasta llegar a Mill Pond Drive, al otro lado, mañana... dentro de un rato —se corrigió, observando el velo de la noche a través de la ventana.

Seguí la dirección de su mirada por el jardín, inundado de una oscuridad lúgubre e implacable como la bestia que se escondía en mí. El monstruo que acabaría con la vida de Gemma.

Miré el reloj por enésima vez, presa de un ansia desconocida. Marcaba las dos de la madrugada. Faltaban cinco horas para el fin.

El dolor en mi pecho se intensificaba a medida que corrían los minutos.

—Asegúrate de que la guías por el camino correcto e induce al conductor a perder el control del camión. Lo demás ya sabes cómo tiene que ir. Gemma no llegará nunca al colegio —precisó con frialdad, como si el asunto no fuera con nosotros.

Sin previo aviso, las imágenes de aquel futuro inminente me embistieron. Explotaron en mi cabeza haciéndome desfallecer, desfilando ante mis ojos como si ya las hubiera vivido. Gemma saldría de casa igual que cualquier otro día. Ignoraría el autobús porque preferiría ir a pie, como hacía a menudo. Pero el barrio tendría calles cortadas y se daría cuenta de ello demasiado tarde. El motivo sería una avería en los conductos del gas. Yo mismo me ocuparía.

Su destino la esperaba en otra parte. Era la primera vez que repasaba un plan mentalmente mil veces. Gemma no faltaría a su cita con la muerte.

Un simple gesto de mi mano certificaría su condena.

Visualicé la imagen de aquel camión fuera de control. Percibí el miedo de Gemma un instante antes de que la arrollara. A las siete en punto.

Después la vi, su mochila verde tirada sobre el asfalto, su ropa clara manchada de sangre... y su cuerpo, exánime, en la carretera.

Incluso así era bellísima, como una cadena preciosa lanzada al mar que brilla mientras se hunde lentamente entre los reflejos plateados del agua, acariciada por los rayos de luz que disminuyen poco a poco y dan paso a la oscuridad, hasta que llega al fondo y se queda allí para siempre. En mi visión tenía los ojos cerrados, como cuando dormía, pero su corazón había dejado de latir.

Ginebra demostraba la misma frialdad que hasta entonces me había caracterizado.

«No podemos elegir lo que somos».

Pero no había rastro de esa frialdad en mí cuando se trataba de Gemma.

Cuántas vidas truncadas, una detrás de otra...

Hombres, mujeres, niños... nunca había dudado en seguir las órdenes, antes. No había cuestionado mis obligaciones. No era más que un peón en las manos de la Hermandad, sin ninguna posibilidad de elección.

¿Por qué con ella tenía que ser tan complicado? ¿Por qué tenía que querer a una persona con la que no podía estar? ¿Qué había en Gemma que no hubiese visto miles de veces, que acabara suscitando aquel sentimiento de culpa al que hasta ahora había sido ajeno, aquel deseo... El impulso irrefrenable de dejarme vencer por las emociones que ella y sólo ella había desencadenado?

Esa pregunta me hizo reaccionar.

Tenía que volver a verla.

Quería estar con ella una última vez. ¿Acaso no podía despedirme de ella?

Me lo merecía.

Cerré los ojos y me concentré en el rostro de Gemma.

Cuando los abrí, estaba en su habitación.

Me quedé un rato a los pies de su cama, con cuidado de no despertarla.

Iron, hundido en su cojín, gruñó. Percibía mi presencia aunque estuviera durmiendo, pero mi olor ya no lo alarmaba tanto como para despertarlo. Sonreí. Me había costado, pero al final nuestra amistad había logrado consolidarse.

Gemma se movía en la cama; su cuerpo torpemente envuelto en las sábanas sugería que tenía sueños más bien inquietos. Las gafas se le habían caído al suelo, junto a su ejemplar de *Jane Eyre*. Era un libro muy preciado para ella. A juzgar por el estado de la cubierta lo había leído infinitas veces. Me hubiese gustado enseñarle el ejemplar que tengo conservaba desde 1847 sólo para ver la sorpresa en sus ojos. Era tan adorable... Seguramente se había quedado dormida sin darse cuenta. Tuve la tentación de recogerle las gafas, pero después me acordé de lo mucho que se asustó cuando apagué las luces y colgué el teléfono de la cocina. No sabía qué me empujaba a protegerla, también en aquellas pequeñas cosas, pero no lograba frenar ese impulso.

Las paredes estaban llenas de imágenes. Me detuve a observarlas; sentía mucha curiosidad. Gemma aparecía junto a su amigo en casi todas las fotos. En otras estaba sola, con una sonrisa en primer plano que le iluminaba el rostro bronceado por el sol de verano. «Seguramente se las habrá sacado él».

Se me escapó un gruñido por el modo en que aquél chico, Peter, estaba pendiente de ella.

Cuando lo vi trepar hacia su ventana, un extraño sentimiento empezó a hervir en mi interior. Sin

pensar, apreté los puños y las tablas de madera cedieron ante su peso. Dentro de mí, no tenía ni idea de qué me había empujado a reaccionar así. No quería que entrara en su habitación. Pero después Gemma sonrió y él lo volvió a intentar. Entonces tuve que irme, para evitar ceder a las ganas de romperle el cuello.

Gemma seguía dando vueltas entre las sábanas azules. Cada vez que se movía impregnaba el aire del perfume de su piel, inundando mis sentidos sobrenaturales. Un extremo de la sábana se quedó al nivel de su cintura, dejando entrever los dos sensuales hoyuelos que tenía al final de la espalda y que asomaban bajo su camiseta. Mi cuerpo contuvo la respiración, como si estuviera dotado de vida propia.

Pequeñas arrugas surcaban su frente. Esperé que su reacción estuviera motivada por mi ausencia en aquel sueño, pero aguardé un poco antes de unirme a ella.

Quería disfrutar de aquel único momento en que ella no podía verme.

Me acerqué para observarla de cerca. Cuando me puse a su lado, mi mano escapó a mi control y se acercó a su rostro para acariciarlo, anhelante por la sensación que sólo su piel despertaba en mí, como si estuviera impregnada de una sustancia con un poder exaltador, un dulce veneno capaz de aturdirme. No obstante, su piel bajo mis dedos era tan suave, tan cálida...

Me acerqué con cautela hasta que mis labios rozaron su oreja.

—Estoy aquí —susurré, cerrando los ojos, para que aquello que la atormentaba en sueños se detuviera. Sabía que podía irme; sabía que sólo ella sería capaz.

Gemma reaccionó al instante y se tranquilizó con el mero sonido de mi voz. Su ceño fruncido se relajó, y su respiración recuperó la cadencia normal, segura con mi presencia.

No tenía fuerzas para apartar los ojos de ella. Había vivido durante mucho tiempo, pero nunca había visto una criatura tan maravillosa.

Su cabello oscuro se abría sobre la almohada como un abanico rebelde, ondeando sinuoso hasta su hombro. De vez en cuando algún mechón le rozaba la cara y yo me quedaba ahí, contemplándola, envidioso como un ladrón que ansía su tesoro. Un haz de luna le iluminaba la piel desde la nuca hasta la mejilla, inundándola de luz plateada. Su piel brillaba como un diamante.

Tuve que emplear todo mi autocontrol para resistirme al impulso de besarla en los labios, de probar su piel, recorrer el perfil de su rostro, respirar sobre ella, deslizarme hasta la barbilla, el cuello, el hombro, hasta su pecho, que asomaba con timidez por la camiseta, demasiado suave como para frenar mi ansia; y por un momento, me perdí en aquel deseo. Un delirio, preludio de la locura.

Aquella expresión intensa y tozuda que llenaba sus enormes ojos oscuros como diamantes negros era adorable, sobre todo cuando se empeñaba en mirarme para intentar averiguar la naturaleza de mi suplicio.

Cuando estaba a su lado, era como si un poder oscuro se agitara en su interior. Un poder que ni siquiera ella podía detener y que nos afectaba a los dos, arrojándonos a un lugar lejano e inaccesible para los demás donde sólo existíamos nosotros y nuestras miradas, que se enlazaban indisolublemente. Un poder que anulaba todas mis fuerzas para escapar de ella.

Ojos profundos y llenos de vida, resplandecientes como estrellas, brillantes como luciérnagas en la noche. ¿Era mucho pedir no apagar esa luz?

Gemma...

La preocupación de antes había desaparecido, dejando lugar a un sueño tranquilo y regenerador. Durante unos segundos sentí una especie de desilusión por haber calmado esa inquietud motivada por mi ausencia. Seguramente el deseo que sentía por mí no estaba tan enraizado como el mío por ella.

Gemma separó los labios y movió la cabeza como si hubiera notado aquel pensamiento. Una ola de emociones atravesó mi cuerpo.

«Dios, cómo me late el corazón». Me estremecí.

Era imposible. Yo *no* tenía corazón. Hacía tiempo que ya no lo tenía.

¿Entonces por qué me sentía así? Era como si mi corazón aún estuviera allí, en su sitio, latiendo al ritmo de la respiración de Gemma.

Como si quisiera salir de mi pecho y gritar su tormento.

Tenía el agua al cuello, y pronto ya no podría respirar. Devastado por aquella sensación, inspiré profundamente, como si tuviera que darme prisa por coger una última bocanada antes de caer por el abismo y perder la conciencia. Pero aún faltaban unas horas para que el dolor se apoderara de mí y apagara para siempre la chispa que me había devuelto a la vida.

Ya no me sentía mi propio dueño. Mi mente vagaba a la deriva mientras observaba el rostro inocente de la criatura que tenía enfrente. La criatura a la que tenía que matar. Pensamientos confusos, incoherentes, dominados por sensaciones salvajes que me resultaban incomprensibles, irrefrenables...

Por muy difícil que fuera afrontar la cruda realidad de la estrella adversa bajo la que había nacido, no podía anteponer mis emociones al destino.

En el fondo, ¿quién era yo para poner en tela de juicio el hado? Nadie.

¿Quién era Gemma para causarme aquel dolor?

Todo.

La respuesta llegó de lugares completamente inexplorados.

Por muy ofuscado que estuviera, *tenía* que encontrar la fuerza para luchar contra el adversario oculto que yacía en mí, que quería disuadirme de mis deberes como un espectro desobediente. Deberes a los que no podía negarme, contra los que no podía rebelarme.

¿Contra quién tenía que luchar, entonces, para evitar aquel dolor? ¿Contra mí mismo? No, era poco probable. Seguramente se trataba de una entidad más poderosa, porque yo no me sentía poderoso. En aquel momento, ni siquiera podía gobernar mis pensamientos, así que tenía que tratarse de una fuerza tan potente que pudiera escapar a mi control. Pero si no conocía su naturaleza, ¿cómo podía desafiar a mi enemigo e impedirle que me enturbiara la mente?

Era como si estuviera loco.

Cada vez me costaba más oponerme a aquél impulso incontenible al que no sabía dar un nombre y que seguía transformándose. Tormento... anhelo... deseo por ella. Un adversario potente a la par que oscuro. Era muy difícil explicar aquel peso, aquella necesidad que me oprimía el pecho.

«Dios, me quita el aire». Me estaba volviendo loco; aquella emoción me devoraba de forma incomprensible. «¿Por qué me siento así? ¿De dónde nace esta fuerza, esta pena? Desconozco su naturaleza, no puedo controlarla... Pero noto que forma parte de mí, me devora desde dentro, como la carcoma. Ha clavado sus raíces en mi interior sin que me diera cuenta, sin que pudiera detenerla. Se ha apoderado de mí y crece cada día».

Mis pensamientos se perseguían con una fuerza arrolladora, dominados por una creciente desesperación mientras acariciaba los dedos de Gemma con el dorso de la mano, tocándola con cuidado para no despertarla.

No puedo darle un nombre, pero hace daño.

¿Y si es remordimiento? No, es más intenso.

¿Es dolor, entonces? No, es más violento y profundo.

¿Es tal vez el otro lado del dolor, salvaje y ardiente como el fuego?

¿Es quizás el amor del que todo el mundo habla?

¿Podría reconocerlo si me golpeara también a mí, con sus flechas afiladas?

No puedo estar seguro porque nunca lo he experimentado. Nunca en mi vida de mortal, y todavía menos en la existencia vacía de la que soy prisionero desde hace cientos de años.

¿Puede el amor golpearte repentinamente y arrollarte como un tren a toda velocidad, incapaz de detenerse?

¿Puede ese sentimiento ser tan devastador y quemar como lava, nublar tus pensamientos y dejarte sin alternativas? Como un ladrón, ávido y silencioso, se lleva tu alma y cada parte de ti, mientras tú te quedas inmóvil observando, inerme, espectador de ti mismo. Sin vía de escape».

Una oleada de pura emoción me invadió y de repente lo vi todo claro.

Aquel latido que percibía era ella, que estaba naciendo en el rincón más profundo de mi corazón, como una flor que se abre camino por el hielo.

Las dudas se disolvieron como la niebla al darme cuenta de que la quería.

Quería a aquella dulce criatura. Y la querría siempre.

En una sucia jugarreta del destino, ahora que por fin podía dar un nombre a aquel tormento, ahora que estaba seguro de querer a Gemma más que a mí mismo, tenía que perderla para siempre.

¿Podía el hado ser más cruel?

¿Puede un hombre, después de haber conocido la luz, volver a la oscuridad?

Un hombre tal vez, pero yo no lo era. Yo no podría olvidarme de ella.

Sería suyo para siempre.

¿Cómo iba a poder resignarme a vivir sin tenerla a mi lado? No la olvidaría. Sería como anularme a mí mismo. Gemma formaba parte de mí, como un pedazo inseparable de mi espíritu. Cuando lo arrancaran, dejaría una herida imposible de curar.

¿Qué sentido tenía, entonces, vivir para siempre si ya no podría verla, tocarla, amarla? Daría mi eternidad a cambio de vivir como mortal junto a ella, si pudiera. Pero a nadie le importaba lo que yo deseaba. Era un depredador que trabajaba para la muerte y no podía elegir las presas. Tenía que limitarme a cumplir las órdenes.

Afligido, comprendí que todo aquello por lo que había luchado, todo en lo que había creído y lo que había defendido ya no importaba. Aquel nuevo sentimiento era como un volcán que había estado inactivo durante siglos y de repente desataba su fuerza, arrasando a su paso todo lo que encontraba.

Ya nada tenía ningún valor si no podía tenerla a ella.

Lo único que importaba estaba encerrado la chica cuyo pequeño cuerpo estaba allí, tumbado a mi lado. Gemma.

Contemplándola, por primera vez sentí que ya no estaba sólo. Pero aquella efímera emoción estaba condenada a no durar. Respiré profundamente y me llené de su olor. Lo mantuve dentro de mí hasta que mi alma se sació.

Tenía la impresión de conocerla desde siempre, aunque sólo hubieran pasado unas semanas desde nuestro primer encuentro. Como un rayo, su mirada me laceró el corazón, abriendo una herida que nunca cicatrizaría.

Los recuerdos me inundaron. Pensar en la hostilidad de su voz me hacía sonreír, ahora que conocía las razones. Creía que estaba con Ginebra cuando en realidad sólo la quería a ella. Por aquel

entonces no lo sabía, pero ya era suyo y siempre lo sería. Intuía que la pena que sentía estaba motivada por tener que renunciar a esas nuevas sensaciones, pero me equivocaba. No quería renunciar *a ella*. El recuerdo de los instantes vividos juntos me caldeó el corazón. Las noches en sus sueños eran sólo nuestras, aunque ella no llegaría a saberlo nunca. Por primera vez, en aquellas ocasiones sentí que podía ser yo mismo.

Respiré hondo.

¿Volvería a sentirme así, como sólo ella me hacía sentir?

Libre. Satisfecho. Completo.

Imposible. ¿Cómo podía sentirme completo si me arrancaban una mitad?

Porque eso es lo que Gemma era para mí: mi mitad, mi Eva. Sin ella, una parte de mí moriría para siempre.

En aquel momento un centelleo iluminó mis pensamientos, alumbrando como una cometa la oscuridad en la que estaba a punto de sucumbir.

Entonces entreví por primera vez una alternativa y maquiné un plan.

No tendría que soportar la existencia vacía que me esperaba cuando la luz de Gemma se apagara. Porque ya no habría ninguna existencia que vivir. La muerte, cruel testigo, se había mofado de nosotros. El destino había permitido que me enamorara de ella. Quizás eso también estaba escrito. Era inevitable; la muerte se vería satisfecha por partida doble. Si no podía impedir su sacrificio, buscaría también el mío. Después de cumplir las órdenes y llevar a cabo el destino de Gemma, pondría fin a mi existencia. Estaba decidido.

Miré el reloj sobre su mesita.

Dentro de un par de horas se consumaría una tragedia.

Dos vidas se truncarían. La de una humana y la de un ángel enamorado desesperadamente de ella.

No disponía de mucho tiempo. Lo mejor sería salir de aquella habitación sin infligirme el dolor de la despedida, pero el deseo de mirarla una última vez a los ojos para sentirlos arder en los míos estuvo a punto de vencerme.

Guardaría celosamente aquel último recuerdo de ella, lo enterraría en un rincón inaccesible de mi corazón donde me refugiaría antes de desaparecer para siempre.

Acaricié el dorso de su mano. Sus labios se separaron ante ese contacto delicado. Las palabras que susurró, casi imperceptibles, serían incomprensibles para un oído humano, pero no para el mío, capaz de entender su verdadera esencia, lo que su inconsciente intentaba comunicarme.

Cerré los ojos para descifrar ese murmullo sumiso y atormentado.

«¿Dónde estás? ¿Por qué no te veo? Sé que estás ahí, pero no puedo verte».

Mi corazón se estremeció. Me estaba esperando.

Saber que Gemma sentía lo mismo que yo me llenaba el espíritu.

¿Pero qué importancia tenía a estas alturas? Todo acabaría en pocos minutos.

Entonces, ¿por qué me sentía tan feliz?

Había tardado demasiado en descubrir en el amor un sentimiento humilde, capaz de nutrirse de alegrías efímeras aunque supiera que no podían durar.

—Evan...

El susurro ansioso de Gemma estimuló mi impaciencia.

Quería estar junto a ella una última vez... Quería decirle adiós. Adiós para siempre.

19. Adiós

En la mente de Gemma me encontré a oscuras; todo estaba negro como el carbón, incluso para mis ojos. En aquella penumbra en la que Gemma solía refugiarse percibía la inquietud que nutría su estado de ánimo. Algo la perturbaba, pero no se trataba de miedo, pues Gemma no sospechaba nada de su destino inminente. No había leído mis pensamientos, algo que llegué a temer durante unos instantes.

La busqué en aquellas tinieblas. La negrura más absoluta no me lo puso fácil.

El ruido del agua me guió hasta ella. Estaba de rodillas en un acantilado. Las olas se le acercaban con calma, como si quisieran consolarla, mojando ligeramente el volante de organdí de su vestido negro. Me hubiese gustado abrazarla, protegerla, pero mi gesto no sería más que un engaño, porque tenía que ser yo quien se la llevara para siempre.

—Evan...

Su voz resonó con delicadeza en el fresco aire de la noche. La dulzura con la que pronunció mi nombre atizó mi sentimiento de culpa. Debería odiarme, pero estaba feliz por verme. No tenía ni idea de a quién tenía delante. No tenía ni idea de que la persona que más la quería era la que acabaría con su vida. ¿De dónde sacaría la fuerza para matarla? Apreté los puños; tenía que reprimir aquellos pensamientos, encerrarlos en algún lugar remoto e inaccesible que Gemma no pudiera explorar. Aquella sería la última noche en que podríamos estar juntos. En cuanto se dio la vuelta y me miró, comprendí por qué la oscuridad había tomado la delantera. La belleza que irradiaba iluminaba la noche y las estrellas, envidiosas, corrieron a esconderse.

Sonrió en una invitación tácita para ir hasta ella. Como un espectro, me fundí con el aire, me esfumé como la niebla y aparecí a su lado. Sin pedirle permiso, la cogí de la mano y me senté a su lado. Entrelacé nuestros dedos y me los llevé a los labios para acariciarlos, sin dejar de mirarla. Como si se tratara de magia negra, la emoción que me invadía me hizo olvidar momentáneamente el destino que nos esperaba y que, con crueldad, se escondía tras los primeros destellos de luz.

En aquel único momento infinito sólo estábamos ella y yo. Evan y Gemma.

Nadie podría privarnos de aquella noche.

—Empezaba a pensar que no vendrías. —Gemma se humedeció los labios, observando cómo los míos se movían lentamente sobre su mano, acariciando la palma, la muñeca, los dedos...

Me obligué a dejar de mirarla. El océano, allí debajo, se transformaba en un precipicio cada vez más profundo.

—No faltaría por nada del mundo —la tranquilicé.

—Te preocupa algo. ¿Qué pasa?

Me estremecí; el suelo seguía hundiéndose, tragado por un sentimiento oscuro.

¿Era yo quien podía leer su interior o al revés?

A veces me sorprendía la agudeza con la que Gemma interpretaba mis emociones, inaccesibles incluso para mí; pero quería que aquella noche fuera mágica, para los dos, y tenía que ocultarle, aparentar calma, esconder la angustia que en realidad me devoraba, arrastrándome a su vórtice.

No quería que Gemma sucumbiera a mi tormento. Aquella noche iba a regalarle un trocito de mí

para que pudiera recordarme siempre, incluso cuando su alma dejara su cuerpo.

Le acaricié una mejilla para intentar tranquilizarla y alisé con el pulgar aquella pequeña arruga de preocupación que nacía en su frente. Quería hacerla desaparecer.

—Ya estoy mejor, ahora que estoy aquí contigo —le susurré para calmarla.

Naturalmente, mentía. Tenerla enfrente y poder leerle alma simplemente mirando sus ojos me hacía sufrir todavía más.

Estábamos sentados el uno al lado del otro, tan cerca que nuestros cuerpos podrían tocarse con cada respiración.

Una especie de energía magnética fluía a nuestro alrededor y explotó cuando su codo rozó ligeramente el mío; un escalofrío recorrió mi cuerpo etéreo mientras la energía se difundía. Era una corriente oscura e irresistible que me arrollaba.

El aire se volvió más frío. La llanura sobre la que estábamos sentados seguía levitando imperceptiblemente, subiéndonos cada vez más arriba.

Intuí que la altura reflejaba el estado de ánimo de Gemma.

Pero, si esa alegría la llevaba a tocar el cielo con un dedo, por fuerza el vacío bajo nosotros era cada vez más profundo y oscuro. Un abismo impenetrable bajo nuestros pies del que no se distinguía el fondo. A pesar de mis esfuerzos, interpretar a Gemma me estaba resultando más difícil que nunca y no conseguía darle un sentido a aquella sima. ¿Qué le preocupaba?

Era imposible que hubiera intuido la verdad; había ido con mucho cuidado para no dejar que mis sensaciones se filtraran. Luego lo entendí: aquella vorágine reflejaba mi preocupación. Por mucho que me esforzara en ocultarle mi tormento, Gemma podía leerme. Captaba mi inquietud y eso atizaba en ella un mecanismo de alarma.

«No se preocupaba por ella. Estaba apenada por mí. El asesino que va a acabar con su vida».

Empujado por la intensidad de su altruismo incondicional, me sentí tentado de explicárselo todo, contarle qué me inquietaba. Frené a duras penas aquel impulso al darme cuenta del error que cometería si le revelaba su fin.

Aparté mis ojos de ella para concentrarme en el paisaje. Necesitaba algo que pudiera distraer a Gemma de mi estado de ánimo. Quería regalarle un recuerdo de nosotros dos que pudiera conservar en el fondo de su corazón. Como siempre, Gemma evocaba en sus sueños lugares de una extraordinaria belleza y yo me permití dejarme llevar, y que me inspiraran.

Acaricié el dorso de su mano hasta que sentí que sus dedos respondían a mi gesto. Me dejé caer lentamente hacia atrás, acomodando la espalda en el manto de hierba mientras con la mirada la invitaba a hacer lo mismo. Un cielo oscuro y negro nos cubría.

—¿Crees que está llegando un temporal? —le pregunté, cruzando los brazos bajo la cabeza.

Gemma se mordió el labio, reflexionando sobre la respuesta.

—Espero que no. Es una lástima que esté tan nublado esta noche.

Sonreí. Gemma ignoraba que, como una pintora, en aquel pequeño mundo que nos pertenecía ella podría sembrar la noche de pequeños diamantes brillantes, convirtiendo el cielo en su lienzo.

—¿Estás segura? —le dije, buscando sus ojos.

Gemma me observó por un instante, después contempló el cielo, con perplejidad, mientras mis ojos estudiaban los rasgos de su rostro.

—No veo ni una estrella —confirmó después de una atenta inspección.

—Mira —le susurré flojito, señalando el firmamento.

—No veo nada —insistió, negando con la cabeza.

—Es sólo la apariencia. A veces hace falta excavar un poco para encontrar lo que se está buscando. Sólo porque no veas algo no significa que no esté... *Mira bien* —murmuré con la cabeza rozando la suya.

—Creo que esta frase ya la he escuchado en algún sitio. —Sonrió mientras hablaba en voz baja, pero el estremecimiento que recorrió su piel la traicionó.

Agité la mano en el aire, acariciando el manto negro que nos cubría, como para borrar aquella oscuridad. La penumbra desapareció del cielo al pasar de mi mano, como una capa que se deslizara para revelar la infinidad de estrellas que escondía. La sonrisa desapareció del rostro de Gemma y dejó lugar a la sorpresa. Se asustó un poco y contuvo la respiración; un destello plateado brilló en sus ojos y reflejó la luz de las estrellas.

—Evan... ¿Has sido tú? —preguntó, incrédula, mientras yo me divertía contemplando su expresión.

En realidad ella también podría haberlo hecho, pero no sabía cómo. Reprimí una sonrisa ante el estupor que apareció de repente en su cara.

—Es una noche preciosa, ¿no crees?

«La última», pensé instintivamente, pero me obligué a alejar aquella idea de mi cabeza.

—¡Es *increíble*! Nunca había visto algo tan maravilloso en toda mi vida.

—Eso lo dices porque no te has visto *a ti* a través de mis ojos —susurré.

Gemma me miró de golpe y luego apartó la vista, ruborizada ante mi audacia. Sabía que la turbaba; podía leer cada una de sus emociones, cada latido de su corazón. Pero no conseguía evitarlo. No podía estar a su lado sin aquel deseo constante de tocarla, un deseo que de vez en cuando intentaba reprimir mediante cumplidos, esperando poder mitigarlo con las palabras. A pesar de la oscuridad de la noche, la tenue luz de las estrellas le iluminaba el rostro lo suficiente como para mostrar el sutil velo de rubor que le cubría las mejillas.

No me hartaba de aquel espectáculo maravilloso. Mientras Gemma admiraba el firmamento, yo la contemplaba a ella, fascinado a más no poder. Como dos espejos infinitos, sus ojos profundos reflejaban su alma y mostraban su espléndido interior.

Miríadas de estrellas recubrían la noche, como diamantes en una gruta estrellada.

—Me siento tan pequeña frente a esta inmensidad...

—No deberías —respondí sin detenerme a pensar en aquellas palabras—. Esto no es nada comparado con lo que hay en tu interior, Gemma. Hay *algo* en ti. Algo de lo que no puedo prescindir. No sé por qué, pero tu luz brilla más intensamente que cualquier otra. No te sientas pequeña porque no existe una estrella más preciosa en todo el firmamento —le susurré sin dejar de mirarla—. Esta noche es tuya. Vuela hacia lo más alto y recoge las estrellas más bonitas.

Había grabado esa frase en la mesa de la cafetería para animarla a seguir el consejo de su madre. Gemma había intentado evitarlo, pero yo las oí de todos modos. Era consciente del tumulto de emociones que suscitaban mis palabras, pero por mucho que me esforzara, no podía quedarme callado. Como siempre, cuando estaba con ella, perdía todo control. ¿Cómo iba a dominarme ahora que la quería?

—¿Alguna vez te preguntas qué podría haber allí arriba? El universo es tan inmenso y tiene tantos secretos... —Gemma evitó mi mirada, tímida, y observó con atención el cielo y el aire fascinante mientras esperaba a que el rubor desapareciera—. ¿Aquella es la Osa Mayor? —me preguntó de buenas a primeras, señalando un punto entre las estrellas.

—¿Conoces las constelaciones? —Aquella pregunta me sorprendió y me mostró un sendero seguro por el que proseguir.

—No mucho. Pero las encuentro fascinantes y *misteriosas*. —Me observó furtivamente para después volver a deleitarse con la noche.

—¿Y no te asusta lo misterioso? —dije sin poder evitarlo.

Gemma miró hacia abajo captando la insinuación que escondían mis palabras.

—Deberías oír las historias de las que nacen. —Cambié de tema para aliviar su timidez—. Estoy seguro de que te gustarían. A mí también me fascinan.

—No lo hubiese dicho nunca —bromeó, pero percibía sus ganas de saber más.

Esbocé una sonrisa.

—Conozco algunas, si te apetece escucharlas.

—Por qué no... —dijo, intentando hacer gala de un aire desenfadado.

No tenía ni idea de que yo podía percibir la curiosidad ardiendo en su interior. Y el entusiasmo que se esforzaba por disimular me resultaba divertido. ¿Quería parecer más madura ante mis ojos? ¿No se daba cuenta de que la encontraba adorable?

—La que has señalado es la Osa Mayor. Calisto —añadí complacido, sonriendo ante su estupor.

—¿Calisto? —preguntó, perpleja.

Asentí con los labios curvados hacia arriba. Descubrí con asombro que mi sonrisa había sido suficiente para que se pusiera roja.

—Fue una de las muchas amantes de Zeus —continué mientras su mirada mostraba cada vez más interés—. Según la leyenda, cuando su mujer Era se dio cuenta de la traición de Zeus, descargó su venganza en Calisto, primero transformándola en una osa y luego haciendo que Arcas, el hijo que había tenido con Zeus y que era un experto cazador, la matara. Pero Zeus intervino a tiempo y resguardándolos de cualquier peligro, se llevó a la osa al cielo junto al hijo, que se convirtió en la Osa Menor.

Gemma, absorta en la historia, contemplaba el cielo tumbada a mi lado. Cada respiración me acercaba más intensamente a ella. Me hubiese gustado tocarla, aunque fuera sólo un momento. Lo deseaba desde lo más profundo de mi ser atormentado.

—Es increíble, no tenía ni idea —comentó al fin.

—Es una de las muchas historias que conozco. La mitología griega siempre me ha fascinado. Mira —susurré, señalando una línea con forma de V sobre nuestras cabezas—. Aquella de allí es Perseo, hijo de Zeus. Para probar su valor, pidieron a Perseo que matara a la gorgona Medusa, capaz de convertir en piedra a todo aquel que la mirara a los ojos. La noche antes de emprender su misión, Atenea se le apareció en sueños y le regaló una espada mágica para cortarle la cabeza a la gorgona y un escudo brillante como un espejo. Hermes, por su parte, le entregó unas sandalias aladas para llegar a la isla donde vivía Medusa.

»Durante el viaje, Perseo encontró a las tres ninfas del norte, que le hicieron entrega de un casco mágico que lo haría invisible y un zurrón también mágico para esconder la cabeza cortada del monstruo. Con estas armas, Perseo cumplió la misión fácilmente. De la sangre que chorreaba de la bolsa mezclada con el agua de mar nació Pegaso, el caballo alado, con el que emprendió el viaje de retorno. Mira, es aquel de allí —la guié indicándole la constelación con forma cuadrada.

—¿Aquella de cuatro puntas? —preguntó Gemma.

Asentí, limitándome a agachar la cabeza.

—Una de las cuatro estrellas que forman Pegaso también forma parte de la constelación de Andrómeda.

—Andrómeda... Creo que he oído hablar de ella, alguna vez.

Me concentré en su mirada durante un instante antes de seguir hablando. Me sentía feliz de que mis historias tuvieran en ella el efecto esperado: ya no había ni rastro de preocupación en su rostro.

—Durante el viaje, cerca de las costas griegas, Perseo vio una princesa guapísima...

—Andrómeda —me interrumpió Gemma.

—Estaba encadenada a una roca en una pequeña isla, aterrorizada por el terrible monstruo que se le acercaba, dispuesto a devorarla. Entonces Perseo corrió en su ayuda, extrajo la cabeza de Medusa del zurrón y la mostró al monstruo, que se convirtió en piedra inmediatamente. A Perseo le ofrecieron a Andrómeda como esposa, una recompensa por haberla salvado. Va, pregunta, ¿qué quieres saber? —me adelanté, viendo sus ojos llenos de dudas.

—¿Qué hacía Andrómeda en la roca? Quiero decir, ¿quién la había hecho prisionera?

Busqué en el cielo, en la dirección opuesta a la Osa Mayor.

—¿Ves aquella constelación con forma de W? —le pregunté, señalando el punto exacto.

Gemma se acercó disimuladamente a mí para seguir mejor la dirección de mi dedo y yo contuve la respiración. En cuanto se dio cuenta, volvió a su sitio, ruborizada, apretándose las piernas contra el pecho. Entonces fui yo quien se acercó a ella, incapaz de seguir reprimiendo mi deseo. Lo sentía en cada célula de mi cuerpo y era cada vez más salvaje.

Acerqué mi rostro al suyo hasta casi tocarlo. Ella no se movió ni un milímetro. Nunca habíamos estado tan cerca.

Desde aquella distancia oía los latidos de su corazón, cada vez más acelerados.

Me giré lentamente en busca de su mirada. Nuestros labios estaban a un palmo y ansiaban que los acercáramos todavía más. Mi piel sentía su respiración cálida, cada vez más veloz.

No podía aguantarme; mi cuerpo escapaba a mi control mientras mis ojos se perdían en sus labios semiabiertos. Incliné apenas la cabeza, me moví un poco y me acerqué a su rostro. Un beso. ¿Qué podía pasar por un solo beso? Mi boca rozó suave, delicadamente la comisura de la suya. Una emoción impetuosa me cortó la respiración.

Nunca me había sentido tan bien.

Degusté el sabor de aquel beso robado, noté sus cálidos labios ardiendo por que me acercara, pero Gemma escapó de mí y rompió la magia de aquel momento. Aun así ese gesto no había sido de rechazo: leía sus emociones y ella también deseaba aquel contacto.

—Sí, eh... La veo —volvió a hablar mientras yo la miraba de reojo con media sonrisa en los labios.

Hice un esfuerzo por recuperar el hilo de la conversación. Me sentía sofocado por aquel breve y prohibido contacto.

—Es Casiopea —dije, escrutando el cielo mientras me concentraba de nuevo—. Es la madre de Andrómeda.

—¿Su madre? —preguntó sorprendida. Sabía que me lo preguntaría.

—Casiopea estaba muy orgullosa de su belleza y de la de su hija, pero su vanidad la llevó a afirmar que su aspecto superaba incluso a las ninfas marinas, desencadenando la ira de Poseidón, el rey de los mares, que envió al terrible monstruo Ceto a destruir la ciudad por completo.

—El monstruo que mató Perseo —afirmó Gemma para demostrar que seguía la historia—. Pero

no lo entiendo, ¿por qué Andrómeda estaba encadenada a una roca?

—El único modo de aplacar la ira de Poseidón y salvar el reino era sacrificar a la hija con el monstruo —expliqué, divertido.

Su rostro parecía más seguro, pero su expresión se oscureció, suscitando mi estupor.

—¡Es una historia horrible!

—Pero al final Perseo la salva —le recordé, sorprendido por su repentino cambio de humor. Todavía no me había acostumbrado a su sensibilidad.

—No importa... Qué triste, eran sus padres. No puedo entender cómo puede sacrificarse a alguien a quien quieres.

Sus palabras me atravesaron como un témpano, dejando en mí sólo hielo. Un hielo que llegó hasta el alma. La maraña de espinas que me apretaba el corazón se movió, haciéndolo sangrar todavía más.

¿Acaso no era lo que yo estaba a punto de hacer?

Me venció aquella turbación repentina.

—A veces no hay elección —dije entre dientes—. Te ves *obligado* a actuar de un modo concreto, a pesar de tu voluntad —continué, mirando al suelo, disgustado.

—*Siempre* hay una alternativa —me advirtió severa, buscando mis ojos—. Siempre.

Daría lo que fuera por creerlo. Pero estaba seguro de que aquel mundo no existía.

Un silencio devastador llenó la noche, testimonio de nuestra turbación, hasta que Gemma volvió a mirar el cielo.

—¿Aquella es Orión? —preguntó, rompiendo el silencio.

Asentí, incapaz todavía de reemerger.

—Es quizás la constelación más bonita —susurré desde el lugar apagado en el que me había perdido, con la voz congelada aún por el dolor—. Es la más fácil de localizar. Tiene forma de un cazador que sujeta un garrote y un escudo y, a la altura de la cintura, se distingue claramente su espada.

—El cinturón de Orión. —Gemma se sorprendió al reconocerlo—. ¿Cuál es su historia? —preguntó, fascinada.

Había alejado de nuevo su tristeza y, por un momento, me obligó a olvidarme de la mía.

—Orión era el mayor cazador de sus tiempos y a menudo cazaba con Diana, diosa de la caza. Pero un día su hermano Apolo se dio cuenta de que dejaba de lado sus obligaciones por culpa de Orión y, por lo tanto, debía morir. Así, mientras Orión nadaba en alta mar, lejos de la orilla, Apolo, dios del sol, lo iluminó con uno de sus rayos de luz y desafió a su hermana a golpear aquel punto luminoso con una de sus flechas. —Me estremecí al darme cuenta de lo mucho que se parecía aquella historia a la mía. Sentí una repentina pena por Diana, obligada a matar a la persona que más amaba en el mundo—. Diana, que ignoraba el engaño, aceptó el desafío y golpeó a su amor, matándolo.

Los fotogramas de aquella tragedia inminente volvieron a mi cabeza, impidiéndome proseguir. Me perdí en aquellas visiones, vívidas como fotografías: mi único amor yaciendo sobre el asfalto, exánime, con la sangre escapando de su cuerpo sin vida y manchándole la sudadera blanca, pura, como lo era su frágil corazón humano. Aquella sangre me mareó, junto al desprecio por mí mismo y por mi naturaleza. Sentí aquel líquido caliente sobre mis dedos, lo imaginé en mis manos, culpables de un delito involuntario. Habría querido arrancarme el pecho por el dolor insoportable que sufría.

De repente, su mano delicada tocó la mía, devolviéndome a la realidad; junto a ella, el único

lugar en el que quería estar.

Su mirada se había entristecido y me apresuré a reparar el daño. Con la intención de evitar que su preocupación regresara, seguí con la historia.

—Cuando Diana encontró el cuerpo de Orión, lo cargó en su carro celeste y se lo llevó al cielo, fijándolo con estrellas brillantes. Después, de guardia a sus pies, puso a sus perros más fieles, pero esa es otra historia.

—¿Dónde has aprendido todas estas cosas? ¿En la escuela a la que ibas antes de mudarte aquí? Sonreí.

—No exactamente, digamos que he tenido mucho tiempo que dedicar a mis intereses.

—Podrías escribir un libro —me felicitó.

Después de unos momentos de silencio lacerantes, me puse mi máscara risueña, pero en el fondo el dolor me torturaba. Conocía aquellas historias desde siempre pero, por absurdo que sonara, era como si las escuchara por primera vez. Sólo ahora parecía entender su significado, y no distaba mucho de mi realidad. Había ignorado la tragedia que unía las tramas de aquellas historias. En cada una de ellas, el héroe tenía que matar a su amor. Había sucedido con Diana y Orión, con Calisto y Arcas, incluso con Casiopea y su hija...

Ahora nos tocaba a nosotros. A Evan y a Gemma.

Acabaría con su vida para siempre y el remordimiento me corroía.

Si yo también hubiese podido llevarla entre las estrellas, para protegerla, su luz habría oscurecido a las demás y todo el mundo se habría enamorado de ella. Así, el hado se daría cuenta del error que sería su muerte y retiraría su cruel condena.

Gemma estaba a punto de morir. Yo me sentía muerto ya. Cuando sabes que tienes que renunciar a la persona que amas, mueres por dentro. ¿Cómo podría pasar la eternidad sin ella?

Aquel destino era todavía peor que la propia muerte. No estaba dispuesto a aceptar la existencia vacía que me esperaba sin Gemma. Había tomado una decisión, y era irrevocable.

Aquella noche sería la última para los dos.

El silencio se volvió ensordecedor. Yo no hablaba. Gemma tampoco. Pero en nuestros corazones gritábamos, aunque por razones diversas.

Desplacé el peso de mi cuerpo a un brazo y me apoyé en un codo, con el busto mirando en su dirección.

Gemma se quedó tumbada con la espalda sobre la hierba.

El deseo de eliminar la distancia entre nosotros volvió a apoderarse de mí. Luché contra mí mismo para acallar el impulso irrefrenable de tocarla. Su piel tenía que ser tan cálida al contraste con el aire de la noche...

Por un momento cedí y me dejé guiar por aquella emoción.

Con un gesto delicado le aparté un mechón de pelo que caía sobre su cara. Acaricié su piel con el dorso del dedo mientras recorría sus suaves rasgos. La piel plateada brillaba bajo la luz de diamantes de las estrellas.

Gemma me observaba concentrada, pero serena.

La inmensidad de la noche palidecía frente al infinito reflejo en su mirada.

Por primera vez no se apartó cuando la toqué. Al contrario, parecía disfrutar de aquel contacto.

Seguí contemplándola mientras ella observaba el cielo, vagando con la mente entre las estrellas, persiguiendo a los héroes de los que le había hablado. Hasta que Gemma se incorporó, girándose

hacia mí. Nuestros cuerpos estaban cerca, tumbados de lado el uno frente al otro. Gemma no se lo esperaba; quería apartarse un poco, pero al mismo tiempo no deseaba mostrarme su timidez, así que al final no se movió.

En el silencio de la noche, nuestros anhelos se elevaron y se enlazaron en miradas llenas de promesas. Nuestras almas se comunicaban sin voz, en simbiosis, mientras escuchábamos los silencios, que contenían el deseo de tocarnos. Como una energía irrefrenable, aquel deseo reprimido se liberó en una sacudida que recorrió todo mi cuerpo.

Bajé la mirada hacia el angosto espacio que nos separaba y, en un punto donde la superficie se enrarecía y dejaba asomar un fragmento de tierra entre un manto de hierba, aplané un cúmulo de arena y con la mano, lentamente, moví los dedos para escribir sobre aquel folio improvisado lo que mi alma gritaba.

θέαμα

Levanté la mirada para encontrar la suya, llena de curiosidad.

—¿Qué has escrito? —preguntó, perpleja.

—*Thayma* —susurré mirándola con intensidad a los ojos—, quiere decir «cosa maravillosa». Los antiguos griegos usaban esta palabra para describir algo único... Como tú eres para mí.

Gemma miró hacia abajo, probablemente para esconder el rubor que aparecía en sus mejillas a intervalos regulares. Alargó una mano hacia la mía y empezó a dibujar líneas imaginarias sobre mi palma. Incapaz de frenar el deseo, enlacé mis dedos con los suyos con la intensidad de una pasión que desconocía y que me había invadido sin previo aviso. No quería dejarla ir. Me obligué a respirar hondo para alejar el sentimiento que me había nublado la vista.

—Aún no he terminado de hablarte de las estrellas —dije mientras trataba de mantener el control.

Negó con la cabeza y me miró con curiosidad.

—¿Ves esa estrella de allí arriba? —pregunté, señalándola en el cielo.

—¿Cuál?

Me acerqué a ella, casi tocando su mejilla con la mía.

—La más brillante —respondí mientras la observaba, aprovechando que ella buscaba la estrella en el cielo.

Con la mano le aparté el pelo que caía suavemente sobre su hombro, descubriendo la piel delicada del cuello.

Ella siguió mirando hacia arriba; mi respiración dejaba marcas invisibles en su cuello.

—Ahora la veo. Es la estrella de la mañana —murmuró, insegura, mientras yo movía la cabeza para contradecirla—. Bueno, creía que lo era. ¿Cuál es su verdadero nombre?

—Gemma —le susurré al oído—, porque ella sola ilumina la noche. Igual que tú. ¿No lo ves? Brilla más que las otras, Jamie. —Le acaricié la piel con la nariz y ella se conmovió—. Es tu estrella, ahora —dije en voz baja.

En ese momento la estrella se iluminó, como si hubiera oído nuestro susurro.

—No se puede poseer una estrella...

—Pero se puede unir de forma indisoluble al recuerdo de alguien. Así, una pequeña parte de esa estrella, en el fondo de tu corazón, es tuya, para siempre. Cada vez que te sientas sola, estés donde estés, cada vez que me echas de menos, búscala en el cielo, y te recordará a mí —murmuré,

manteniendo a raya las emociones.

—No me hará falta. Tú... estarás junto a mí... No me dejarás, ¿verdad?

Por un instante temí que hubiese intuido la naturaleza del hado que pronto nos separaría.

—En el fondo estoy contento —dije, evitando su pregunta. No me apetecía mentir.

—No pareces para nada contento. —Se estaba esforzando por reprimir la angustia que le habían causado mis palabras, pero yo la percibía.

—Gemma, no puedo rebelarme contra el destino al que tendré que enfrentarme. Me siento afortunado por haberte tenido en mi vida. Aunque haya sido durante poco tiempo.

—¿Qué quieres decir con «poco tiempo»? —preguntó con la voz cargada de rabia.

Bajé la mirada y reprimí una maldición lo que había dicho, adentrándome en un diálogo que no sabría mantener.

—Evan, ¿qué intentas decirme? No te vayas, por favor. No puedo perderte ahora que nos hemos encontrado. Te necesito. *Mi alma* te necesita y también la tuya me necesita a mí, lo sé. Tenemos que estar juntos —susurró, implorándome con la mirada más dulce que jamás había visto. Como si tuviera elección. Oír mi nombre pronunciado por sus labios era como una daga que hurgaba en mi herida abierta.

Haría cualquier cosa por ella. Lo que fuera. Pero ese único deseo, a mi pesar, no podía concedérselo.

Levanté una mano y le acaricié el rostro, tocándolo con suavidad. Clavé mi mirada en la suya para intentar tranquilizarla, aunque sus labios me distraían.

Nuestros cuerpos volvían a estar muy cerca; eran dos fuegos que ardían por el deseo de encontrarse. Cada una de las células de nuestros cuerpos ansiaba aquel contacto.

Acerqué mi rostro al suyo, poco a poco, para darle la posibilidad de apartarse. Pero no lo hizo y el deseo ardió con más fuerza, incendiándome; mi boca se detuvo a un milímetro de la suya, dudando mientras nuestras frentes se tocaban a cada respiro. Alcé ligeramente la barbilla y sentí sus labios en los míos, suaves y cálidos, como los había imaginado. Cerré los ojos, vencido por la emoción, y los volví a acariciar exageradamente mientras Gemma permanecía inmóvil, casi sin respirar. Después, sus labios se abrieron con los míos, desatando un terremoto en mi corazón.

Aquel permiso me quemó el pecho.

Alcé imperceptiblemente la mirada y me encontré con la suya, impaciente y colmada de deseo.

Nuestros labios estaban quietos, suspendidos frente a frente durante un lapso de tiempo que pareció infinito. Como si ambos quisiéramos retener aquel instante durante toda la eternidad.

Los acaricié de nuevo.

Saborear aquella espera era como perseguir las estrellas sin tocarlas nunca. Me inflamó de deseo. Un deseo que sentía correspondido. Un deseo que ya no tenía intención de rechazar. Apoyé mis labios en los suyos mientras la emoción crecía con cada aliento y la induje dulcemente a abrirlos.

Cuando Gemma separó los labios, su calor se fundió con el mío. Mi lengua acariciaba la suya con suavidad, guiándose por el movimiento de los labios. La emoción amenazó con sobrecogerme, estallando en un arrebato tumultuoso. Mis manos se movieron sin control; hundí mis dedos en su pelo mientras intentaba dominar la respiración, totalmente a merced del deseo. La resistencia se disolvió como niebla. Mi cuerpo se movió hacia el suyo, buscando el contacto, y lo atrapó debajo. Nuestros labios se movían y se mordían presos de un delirio desconocido. No podía dominar la pasión que me había invadido, el calor que latía en mi pecho. Separé los labios, sólo un instante, y

apoyé mi frente en la suya, percibiendo en sus ojos el deseo por mí.

Sin dejar de mirarla, deslicé mi mano por su cuerpo, tocándola ligeramente hasta llegar a la espalda, insinuándome con los dedos bajo la camiseta. Gemma levantó una mano y la llevó hasta mi nuca. Incliné la cabeza hacia su palma y la besé, cerrando los ojos. Estaba atrapado en un vórtice de calor desconocido. Cuando mis labios se separaron, sentí sus dedos deslizarse hacia abajo, arrastrando consigo mi labio inferior.

Gemma me acarició el cuello, resiguiendo cada uno de mis músculos. Luego bajó por el hombro y el brazo. Yo no dejaba de mirarla. Me acarició el pecho, poco a poco, y sentí otra explosión en mi interior.

Mis ojos se cerraron ante el estremecimiento que provocó aquel gesto. Nunca había experimentado sensaciones tan fuertes.

Cuando los volví a abrir, Gemma cogió la placa militar que llevaba colgada al cuello. La enredó en sus dedos, indecisa, y después tiró para acercarme a ella, invitándome a besar de nuevo sus labios.

Su mirada era tan sensual que despertaba en mí emociones indescriptibles. Había algo en sus ojos que liberaba una parte de mí que no conseguía dominar, haciéndome sentir como un salvaje en manos del deseo.

Bajo mi cuerpo era tan pequeña, tan indefensa... Sentía la necesidad de protegerla, de estrecharla con fuerza entre mis brazos, contra mi pecho, donde estaría segura.

Me dejé transportar por su tacto delicado mientras nuestros ojos se intercambiaban declaraciones silenciosas que sólo nuestros corazones podían oír. Hasta que mis labios se volvieron a posar con suavidad sobre los suyos.

Me hubiese gustado detener el tiempo y convertir aquel momento en infinito. Eterno. Imborrable.

Me quedaría allí para siempre, en nuestro pequeño mundo. Nada nos separaría. Nunca.

De repente, un destello brilló en el cielo y llamó mi atención. Un cambio en el aire. Un resplandor.

Aparté la mirada de la de Gemma. Y mi corazón se detuvo.

Una luz débil y difusa asomaba por el horizonte, delineando los contornos del mar. Iluminando la atmósfera. Oscureciendo cada parte de mí. Devolviéndome a la realidad, mezquina y cruel.

El amanecer. El sol estaba a punto de salir. En mi interior, lo sentí ponerse para siempre, como en el crepúsculo, mientras un vacío en el fondo del pecho me recordaba la crueldad de nuestro futuro inmediato.

El tiempo se había acabado.

Me levanté del suelo, evitando su mirada. No me atrevía a mirarla a los ojos. Temía que el nudo que se había formado en mi garganta y no me dejaba respirar se desatara, abriendo las puertas de mis lágrimas.

Le tendí la mano. Gemma la cogió; cuando estuvo frente a mí, tomé también la otra entre las mías. Sólo entonces la miré y percibí su inquietud.

Apreté con fuerza sus manos y la acerqué a mí, casi de un tirón.

—Abrázame fuerte —imploré en un ímpetu atormentado. Quería tenerla cerca de mí, esconderla entre mis brazos hasta fundir nuestros cuerpos en uno para que nadie pudiera venir a buscarla.

La atrapé en mi abrazo, fuerte y desesperado.

No tenía motivos para controlar mis reacciones. Ya nada importaba. Gemma era toda mi vida y el destino, cruel, estaba a punto de arrancármela.

Tomé su rostro entre mis manos, hundiendo los dedos en su suave cabello. Respiré su aroma embriagador para evocarlo cuando tomara el veneno. Así, cerrando los ojos, imaginaría que aún estaba conmigo. Me sentía ebrio de ella y de aquel amor imposible.

La miré intensamente a los ojos, sorprendiéndome todavía por lo bella que era bajo la cálida luz de los colores del alba.

Apoyé mi frente en la suya para que no viera la pena en mis ojos, incapaces de derramar aquellas lágrimas prohibidas y con ímpetu, hundí mi boca entre sus labios.

Gemma respondió al beso con la misma intensidad.

Una intensidad que gritaba angustia. La mía... la suya... Ya no distinguía dónde acababa yo o dónde empezaba Gemma. Como dos mitades, nuestros corazones se habían fundido en un solo ser.

Era dolorosamente consciente de que nuestro primer beso sería también el último y que Gemma nunca lo sabría, y eso era desgarrador.

La volví a abrazar. Moví los labios sobre los suyos desesperadamente con la intención de retenerla. Sabía que, una vez separados, la luz me la quitaría.

Los rayos de sol, al fondo, se alzaban con insistencia, cada vez más intensos y luminosos, aclarando el aire y alumbrando su rostro.

Probé a separar los labios de los suyos, pero enseguida me sentí perdido sin su calor y volví a besarla desesperadamente, una y otra vez. Y otra...

Quería dominar aquel momento.

Quería que el tiempo se detuviera. Justo allí, en aquel instante.

Estaba al límite, al borde de una locura inconsolable. No quería que la luz se llevara a mi Gemma.

«¡Noche, envuélvenos en tu manto de estrellas, escóndenos, por favor!», grité en silencio, esperando que la noche me ofreciera algún instante extra y tardara un poco en dar paso al día. «O al menos esconde a mi Gemma, mi flor, esconde mi piedra preciosa bajo tu manto oscuro. Me ofrezco por entero a cambio de tu protección. Te lo imploro, Noche, cómplice silenciosa de los amantes, no permitas a esa feroz señora que es la luz que se la lleve... Sería como privarte de tus estrellas».

Pero el mío no era más que un último grito desesperado antes de que los rayos del sol nos alcanzaran. Avanzaban veloces hacia nosotros, amenazando con robarme a mi Gemma.

Cuando un resplandor de luz golpeó su piel, el corazón que había reencontrado siglos después se hizo añicos.

La besé en la frente, atormentado.

—Recuerda —susurré, hundiendo mis ojos en los suyos. Nuestras narices se rozaron y me sentí inconsolable. Cogí su rostro con fuerza, no quería dejarla ir—. No me olvides, prométemelo. Mira al cielo siempre que puedas y sabrás que yo estaré allí contigo. —Después la besé en la boca, derrotado por la consternación—. No te olvides de nosotros, Gemma. —Había perdido en una batalla en la que no me habían permitido luchar.

—Evan... —Cálidas lágrimas cayeron de sus ojos y me mojaron las manos. Le sequé la cara con los dedos—. No me dejes, por favor... —suplicó entre sollozos—. No puedes dejarme ahora que te quiero.

Me quedé petrificado por el efecto de aquellas dos simples palabras. Tan importantes. Tan dolorosas. Sentí una lágrima surcar mi rostro y, por primera vez, descubrí que mi cuerpo era capaz de llorar.

La felicidad por aquella confesión inesperada se batía en duelo contra el terrible dolor que

aquellas mismas palabras habían suscitado con fuerza.

—*Aytos* —susurré. *Yo también.*

Sabía que lo entendería.

Intenté acordarme de respirar.

La abracé con fuerza contra mi pecho y acerqué los labios a su oreja.

—Para mí has sido la única —susurré con dulzura—. Adiós.

Sentí cómo temblaba su corazón, y después desaparecí frente a sus ojos.

Aparecí en su cuarto. Un dolor infinito me desgarraba el pecho como alambre de espino. Gemma era tan perfecta, tumbada en su cama... Incluso con el ceño fruncido su rostro era precioso. Algo único y extraordinario. Nadie diría que pronto su cuerpo dejaría de respirar, su corazón de latir. Me hubiese gustado morir en su lugar, si eso pudiera salvarla. La idea de quitarle la vida me repugnaba, haciendo emerger un odio salvaje contra el mundo, contra los Másala. Contra mí mismo.

La observé una última vez, deteniéndome a acariciarle la mano antes de dejar sitio a aquellos crueles rayos de sol que, sin permiso, se filtraban por la ventana, anunciando el amanecer. El alba. El fin.

Mi corazón se partió en mil pedazos. Con ello, cada parte de mí se disgregó de las demás, como si fuera un vampiro expuesto a la luz mientras, con un sabor amargo, me preparaba para decirle adiós a Gemma.

Gemma

20. El despertar

Gruñí. La luz del sol me molestaba. Me sentía aturdida, con la cabeza hinchada y cientos de astillas clavadas en mi piel. Tenía una sensación de pérdida, como un vacío en el estómago mientras pasaba del sueño a la vigilia. No estaba segura de dónde me encontraba. En un estado de letargo inconsciente, ordené a mi cuerpo que abriera los ojos y que cortara el hilo que me unía al otro mundo. Toqué la almohada, desanimada. Tenía los ojos llenos de lágrimas sofocadas.

«No. Esta vez no». La desesperación tomó las riendas de mi conciencia. «No puedo haberlo soñado, esta vez no». Me hundí en un abismo sin fondo, en el vacío, en la oscuridad.

Sola.

¿A qué estaba jugando mi mente?

No podía aceptar que se hubiera tratado sólo de un sueño. En mi mano aún percibía el contacto de Evan. Había sentido su piel acariciando la mía. Estaba segura de haber notado el calor de su cuerpo sobre el mío. Y sus labios... En un gesto involuntario me llevé los dedos a la boca y un gemido escapó. Todavía podía saborearle en mí.

¿Era realmente posible que nada de eso fuera verdad? Me negaba a aceptar que la magia de aquella noche hubiera sido un espejismo de mi fantasía, un deseo secreto camuflado en mi inconsciente. ¡Era todo tan real!

Desanimada como nunca, era incapaz de moverme de la cama. Era como si quedándome allí pudiera retener aquel recuerdo y evitar que se esfumara con la mañana.

Al fin me senté, apoyé los codos en las rodillas y hundí la cara en las manos.

Por la ventana, la luz entraba sin invitación, cada vez más maleducada. Me robaba aquellas noches, aquella magia... A mi Evan.

Tenía la terrible sensación de que nada volvería a ser como antes. Incapaz de controlarme, las lágrimas surcaron mi rostro y me devolvieron a aquel recuerdo, a aquel adiós desesperado. ¿Qué quería decirme mi inconsciente con la solemnidad de aquel sueño? Luego caí. Había visto a Evan y Ginebra juntos. ¿Se trataría de eso?

La decepción, como un rayo, cedió paso al temor de que aquel sueño pudiera desaparecer de un momento a otro. Al menos quería conservar el recuerdo intacto y no olvidar ni un solo detalle de aquella noche. Lo custodiaría como un tesoro. Me agarré con todas mis fuerzas a aquellas imágenes; con todo, por alguna extraña razón, no las sentía desvanecerse. Seguían vívidas en mi cabeza, como si realmente hubiese vivido aquellos momentos o sentido aquellas emociones.

Como si formaran parte de un recuerdo y no de un sueño.

Aliviada, me agarré a esa certeza y me dirigí al baño para ponerme a punto.

Estaba pecando de ingratitud.

Debería estar exultante por aquel regalo que la noche me había traído.

Entonces, ¿por qué me sentía tan mal? ¿Por qué seguía despreciando aquella mañana, aquella luz que, como un ladrón, se había llevado a Evan, entrometiéndose entre nosotros y arrancándome de sus brazos?

Nunca había experimentado emociones tan intensas y fuertes.

¿Cómo es que aún las sentía en mi cabeza?

Su despedida había sido tan apasionada... Cuando Evan desapareció ante mis ojos, el dolor me arrolló y me oprimió el pecho. Y aunque la luz era cada vez más intensa, sentí cómo la oscuridad envolvía mi corazón. Estaba sola. El frío calaba en mis huesos sin la protección de Evan, que me encendía el corazón.

¿Cómo era posible que aquellas sensaciones no fueran reales? Juraría haberlas vivido.

Si no me hubiese despertado en mi cama, habría puesto la mano en el fuego por todo lo que había ocurrido y los momentos que había vivido junto a Evan. Aun así... Por muy absurdo que pareciera, no podía deshacerme del todo de la duda que me perseguía, como si existiera una posibilidad remota de que no fuera fruto de mi imaginación. Volví distraídamente a mi cuarto y rebusqué en el armario. Quería vestirme con algo oscuro, a juego con mi estado de ánimo, pero al final elegí una sudadera blanca con la esperanza de que pudiera mejorar mi humor. Me puse el primer par de tejanos que encontré en mi armario desordenado y los botines negros, que en verano sustituía por las bambas Nike. Aparté las cortinas para que entrara un poco de luz y abrí la ventana, y que la habitación se aireara durante mi ausencia, pero me detuve al agarrar el picaporte por algún oscuro presagio. Ya se había convertido en algo familiar, pero aquella sensación de que me observaba alguien nunca se había manifestado con tanta fuerza. Las cortinas se movieron, como si una ráfaga de viento las hubiese levantado, pero la ventana seguía cerrada.

Examiné la habitación, busqué en el aire, como si pudiera revelarme quién sabe qué presencia. La estancia estaba desierta, pero la sensación no desaparecía, como si una oscura presencia se escondiera bajo una capa invisible y me observara muy de cerca. Aquella mañana el miedo había dejado su lugar a la curiosidad. Empezaba a sentirme fascinada por aquellas extrañas percepciones que desde hacía un tiempo se agitaban en mi interior. Si no las podía evitar, más valía que aprendiera a dominarlas.

Me despedí de *Iron* antes de salir. Era un gesto habitual, pero aquel día sentí la insólita necesidad de detenerme a acariciarlo. Me quedé observándolo mientras estiraba los músculos bajo mi mano.

—Eh, dormilón —le susurré en voz baja—, después del colegio te llevaré a pasear —prometí, sonriendo—. Me gustaría saber cómo lo haces para tirarte el día durmiendo.

Negué con la cabeza mientras él, como respuesta, se limitaba a abrir sus ojos redondos y negros para volver a cerrarlos tras unos instantes.

Me dirigí a la puerta y me detuve al agarrar el picaporte. Otra sensación. Más fuerte. Más difícil de ignorar.

De repente me invadió la necesidad irrefrenable de darme la vuelta y grabar en mi mente cada detalle de la habitación. Contemplé el estante lleno de recuerdos y pasé revista a cada objeto que, como en un rompecabezas, servía para componer mi vida.

El reloj de la abuela, el oso gigante que Peter había ganado en el parque de atracciones de Saranac Lake algunos años atrás, los montones de libros... Cada uno de esos volúmenes era un trozo de mi vida. Me bastaba con echar un vistazo a las cubiertas para determinar en qué momento había devorado aquella historia. Cada página recordaba a una emoción diferente.

En las paredes, la pintura se había desconchado un poco en algunos puntos, pero no me había sentido lista para volver a pintarlos, como si aquel color formara parte de mí. Los fotogramas de mi vida se perseguían por las paredes y mostraban el lento trabajo del tiempo que, actuando en silencio, había modificado mi aspecto. Recuerdos de mi infancia junto a Peter. De pesca con Peter. De camping con Peter. En el colegio con Peter. Una despreocupación que sentía cada vez más lejos.

Cuántas veces habíamos jugado juntos en aquella habitación. El recuerdo revivió por un instante a través de mis ojos, como si la mente le hubiese dado la vuelta a la cinta mientras mi cuerpo observaba a dos niños que se perseguían y se tiraban sobre la cama, que se asustaban con historias de miedo mientras ella cedía al miedo empezando una pelea de cojines para que él parara.

Como un espectro marchito, una vez Peter entró por la ventana sacando una película que había escondido en su capucha para poder trepar y colarse en mi habitación. No pensaba borrar aquellos recuerdos. Peter era parte de mí. Prueba de ello era su constante presencia en las fotos de la pared, siempre sonriente, incluso cuando yo aparecía de mal humor. Con un estremecimiento, mi corazón habló el idioma de la esperanza y pronunció otro nombre. Evan.

Quién sabe si algún día podría añadir a aquellas paredes fotos de nosotros dos juntos. Quizás seguía soñando.

Inspiré profundamente y abrí la puerta. Un último vistazo a mi cuarto. Tenía la extraña sensación de que no volvería a verla, como si estuviera a punto de irme a algún sitio.

Por el rumor constante de sus voces, intuí que mis padres ya se habían despertado, y de hecho los encontré en la cocina, sentados en la mesa, con una taza de café humeante entre las manos.

—¡Buenos días, dormilona! —bromeó mi padre entrecerrando un ojo. Nunca había sido capaz de guiñar un ojo y su expresión retorcida me hizo reír.

—Que conste que estoy despierta desde hace rato. Me duele un montón la cabeza. ¿Qué hay para desayunar?

Mi madre me hizo un gesto para que mirara dentro del horno.

—Aún está caliente, ve con cuidado para no quemarte.

Saqué la tarta de arándanos y corté una porción para cada uno. Al primer bocado me vino a la mente Evan, sentado en la cafetería. Costaba de creer que sólo hubiese pasado un día. Habían sucedido tantas cosas desde entonces... Ficticias o reales; mi mente ya no distinguía lo que era verdad de lo que no y la idea de Evan y de Ginebra juntos ya no me molestaba tanto como el día antes, cuando los vi. No podía estar enfadada con ninguno de los dos, porque desde entonces algo había cambiado. Las emociones descomunales que sentí aquella noche, el dolor en los ojos de Evan y el calor de su boca habían anulado todo lo demás. No me importaba si para mi cerebro todo aquello no era real. Mi corazón había *vivido* aquellas sensaciones.

Y sólo eso ya me bastaba.

El desayuno se alargó más de lo habitual, hasta que me levanté de la mesa para ir al colegio.

—¿Quieres que te lleve?

Valoré la propuesta de mi madre por una fracción de segundo, pero decliné el ofrecimiento para disponer de un poco de tiempo a solas y revivir aquel sueño en mi mente durante el trayecto.

—Gracias, pero prefiero ir a pie.

Cogí una rosquilla del centro de la mesa inclinándome por encima del hombro de mi padre.

—¿Estás nerviosa por algo, pequeña? —Mi padre conocía muy bien mi tendencia a buscar la tranquilidad en las calorías cuando algo me preocupaba. En efecto, un extraño nerviosismo se agitaba en mi estómago.

—No es nada —lo tranquilicé—. Y no me llames «pequeña», sabes que no lo soporto —lo regañé, arrepintiéndome al instante del tono áspero con el que lo había dicho.

—Todavía eres mi pequeña, no lo olvides —insistió, despeinándome el pelo mientras me acariciaba la cabeza.

Me obligué a no responder y abrí la puerta tras recoger la mochila en el pasillo. Un extraño impulso me obligó a observar a mis padres de lejos, inmersos en su charla en la mesa de la cocina. Sentí un inexplicable deseo de ir corriendo a abrazarlos, como cuando era una niña. Es probable que fuera la despedida de Evan lo que me había afectado, pero de repente pensé que me hubiese gustado decirles cuánto los quería. Reprimí aquel impulso y cerré la puerta a mis espaldas.

21. El fin

En el caminito del jardín de casa volvió a invadirme la sensación de estar siendo observada. Miré a mi alrededor en un gesto que se había vuelto automático desde hacía un tiempo. Pero aquella mañana el presentimiento era más fuerte que nunca.

Salí de la calle Cherry y cogí la avenida Hurley. Caminaba con la cabeza gacha, inmersa por completo en mis pensamientos mientras los coches pasaban por mi lado.

El recuerdo del sueño era una dulce manta que me envolvía por completo y me protegía del frío. Apenas era consciente de los coches que pasaban junto a mí y que me tenían que esquivar para no atropellarme. Me costaba horrores concentrarme en mis pasos y la distracción me nublaba tanto que corría el riesgo de no llegar nunca a la escuela, así que decidí ralentizar un poco la velocidad y estar más atenta.

Giré a la derecha por la calle Station, atravesé el cruce entre Sentinel y South Main, como cada mañana, cogiéndola sin prestar atención. Estuve a punto de chocar con un bombero. ¿Es que tenía un imán? La calle estaba cortada. Agucé el oído y escuché a un hombre quejarse de algunas tuberías por las que salía gas mientras el bombero le pedía que se alejara de allí.

Suspiré y me reprendí por no haberme percatado antes de lo que sucedía. El barrio entero estaba aislado. Si me hubiera dado cuenta de las barreras que bloqueaban el acceso a la zona hubiese ahorrado un poco de tiempo. En cambio tenía que retroceder y recorrer completamente toda la calle Station hasta llegar a Mill Pond Drive por el lado opuesto.

Di algunos pasos y me detuve. Me asustaba la intensidad de la presencia que aleteaba a mi alrededor.

Era tan fuerte... Parecía que pudiera alargar el brazo y tocarla.

Respiré hondo; conocía bien ese olor. Me detuve de golpe, mis ojos se dilataron ante el perfume que había llenado mis pulmones.

Evan.

Me olí la camiseta para comprobar que el olor no provenía de mí y recorrí la calle con la esperanza de encontrar a Evan escondido detrás de algún tronco.

Nadie me seguía, pero esa fragancia aún me llenaba los pulmones de un modo tan familiar...

Agité la cabeza para deshacerme de las ideas absurdas con las que mi mente retorcida me hacía tropezar y aceleré el paso. Distráida, metí una mano en el bolsillo de la sudadera y saqué el móvil. Con un gesto automático marqué el código que desbloqueaba el teclado y la pantalla se iluminó, mostrándome la hora. Las 6:55. Por culpa de aquel rodeo llegaría un poco tarde al colegio.

Tenía que darme prisa.

Me relajé un poco al girar a la derecha, hacia Mill Pond Drive. La calle bordeaba el bosque y el sonido de los pájaros en los árboles era como un bálsamo relajante. No había acera, pero la calle estaba poco transitada, aparte de algún camión que pasaba por allí. Podía concederme alguna que otra distracción y dejar que el aleteo de los pájaros me llevase con ellos. Al cielo. A otro mundo. A los brazos de Evan. Me dejé arrastrar por la magia de aquel recuerdo. Porque no era un sueño, era un *recuerdo*. No me importaba que mi cerebro se opusiera a aquella convicción. Nunca me había sentido tan bien como durante aquella noche.

Quería cerrar los ojos y revivir la emoción de sus besos. Incluso mis labios recordaban su sabor, como si mi cuerpo también hubiese participado en aquel viaje imaginario.

Evan había entrado en lo más profundo de mi ser.

Mi corazón se aceleró al recordar el peso de su pecho mientras me inmovilizaba en la hierba, sus labios besándome cada vez con más intensidad. El modo en que me abrazaba me había hecho temblar. El viento sopló con más fuerza y me distrajo del recuerdo. Se me puso la piel de gallina, como si la ráfaga escondiera una advertencia. El aliento de aquella presencia era cada vez más apremiante.

En un gesto involuntario, volví a sacar el teléfono del bolsillo para comprobar qué hora era. Las 6:59.

Bajé el brazo con la intención de guardar otra vez el móvil, pero mi corazón se congeló. Una nube negra de terror lo había envuelto y el aparato se me resbaló mientras una silueta roja como la sangre venía hacia mí, superándome. El tiempo, el aire, mi respiración, todo fue absorbido por aquel hielo hasta detenerse.

Un ruido estremecedor, agudo e ininterrumpido, reverberó en mis huesos.

Un claxon ensordecedor. Demasiado fuerte. Demasiado cerca.

El miedo me paralizó e impidió que mis músculos se movieran y que mis pulmones dejaran entrar o salir el aire. Noté una punzada en el pecho.

El chirrido cortante de los neumáticos en el asfalto me arañó los tímpanos. No me dejó oír el ruido del teléfono al caer al suelo. Todo se convirtió en un cuadro sordo y carente de colores mientras una llama roja se acercaba a mí. Una terrible visión me golpeó en el pecho. Era un camión. Y estaba demasiado cerca como para esquivarme.

Me atropellaría. Fin del juego.

Mi viaje se acababa allí, en aquella calle.

Como el último bolo, incapaz de moverse esperando a que la bola se dirija hacia él para derribarlo, yo también me quedé quieta, esperando a la muerte, mientras mi mente evocaba las personas a las que había querido en el último regalo que me concedía el tiempo. Mi madre, mi padre, *Iron*, Peter, Evan... Mi corazón se detuvo un instante al recordar la intensidad de su mirada de plata y no supe si se trataba sólo de un recuerdo, de un espejismo proyectado por mi corazón o si realmente él estaba ahí, escondido tras un árbol contemplándome con sus ojos de cristal, como en los sueños, virados a gris por el tormento y el sufrimiento, más de lo que recordaba.

El último grano de arena estaba a punto de caer en la clepsidra de mi vida.

Cerré los ojos. Lo imaginé precipitándose, inexorablemente, hacia mí. Cuando llegara al fondo, todo acabaría. El camión me atropellaría. Percibí el momento exacto en que aquel último grano se lanzó al vacío por la enorme corriente de aire que levantó el camión, un instante antes de arrollarme, cada vez más intensa en mi cara, hasta dejarme sin respiración.

En una única fracción de segundo, el mundo enmudeció. El claxon se convirtió en un débil silbido sofocado mientras me dejaba vencer por el pánico y el latido ensordecedor de mi corazón, que palpitaba ensordecedor en mis oídos, ralentizándose para contraerse una última vez.

Otra ráfaga, más fuerte, me embistió con violencia desde otra dirección. Y entonces, llegó el golpe que me arrolló.

Game over.

22. Espectro de hielo

No sabía qué esperar de la muerte. ¿Seguiría viviendo de algún modo en otra forma o en otro cuerpo? Lo único de lo que estaba segura era la sensación de tranquilidad que me envolvía como un caparazón protector mientras me deslizaba por un túnel helado que me golpeaba el cuerpo y la cara y me impedía respirar.

La colisión no había sido tan fuerte como esperaba, quizás porque la oscuridad que me envolvía había eclipsado todo dolor.

Un crujido ruidoso me molestaba en los oídos, como si estuviese cayendo por un túnel lleno de hojas secas que se agitaran a mi paso. Intenté taparme las orejas, pero fue un esfuerzo inútil. No podía moverme, algo me bloqueaba los brazos. Algo duro.

Aturdida, quise abrir los ojos. Los párpados pesaban mucho, pero quería salir de aquella oscuridad que me oprimía, como si tuviera que esforzarme por huir de allí antes de que fuera demasiado tarde. Una rendija se hizo un hueco en aquellas tinieblas y un destello cegador me golpeó las pupilas, obligándome a cerrar los ojos de nuevo. Insistí, aunque la confusión que me atenazaba el cerebro me impedía averiguar dónde me encontraba.

Como un muro de esquirlas enloquecidas, las paredes quedaban atrás rápidamente, fundiendo los colores en un único tono confuso donde a veces distinguía manchas azules y salpicaduras verdes y marrones.

La cabeza me daba vueltas, como si me hubiera despertado en un tiovivo enloquecido que no me dejaba respirar.

El aire gélido me cortaba la respiración. Tenía la sensación de que mi cuerpo no se movía y era todo el resto lo que se desplazaba rápidamente, como si yo estuviera suspendida en el aire. ¿O es que acaso me estaba ahogando, a merced de la corriente? Pero no notaba agua a mi alrededor. Me sentía como un espectro de hielo. Si el paisaje no hubiese sido tan caótico, si aquella corriente de aire frío no me hubiese impedido respirar, hubiera jurado que estaba quieta. Pero podía cortar el aire como si fuera una partícula del viento protegida por algo firme que me envolvía con calidez. Vencida por la potencia de aquellas sensaciones, demasiado fuertes como para afrontar la confusión que nublaba mi cerebro, me obligué a cerrar los ojos y dejarme mecer.

Hacia dondequiera que me estuviera dirigiendo.

¿Era esto la muerte? ¿El túnel frenético?

La Tierra dejó de rotar y la corriente se detuvo, parando el aire.

Me pareció caer hacia atrás, pero de algún modo sabía que estaba a salvo.

Noté algo frío y húmedo en la espalda. Una sensación caliente en la sien. Un toque delicado, familiar.

Abrí los párpados y, como plata líquida, ojos de hielo brillaron en la oscuridad que me había aprisionado, amables e intensos.

Evan.

—Shhh, todo va bien. Estás a salvo.

El sonido protector de su voz me acunó en otro mundo.

—¿Te das cuenta de lo que has hecho?

—No he podido evitarlo. Todo ha ido tan rápido... Fue un segundo antes de que la atropellara. Creo que ha llegado a golpearle el tobillo.

Un murmullo lejano de voces penetró la fortaleza en que mi cerebro se había refugiado.

El tobillo. Entonces descubrí en aquel punto la fuente del dolor que me subía hasta la rodilla.

Una hoguera enfurecida ardía en mi cabeza.

Palpé con la mano el suelo que había bajo mi espalda. Estaba frío y húmedo. Al cabo de unos instantes supe que se trataba de tierra.

Desorientada y aturdida, traté de abrir los ojos mientras me esforzaba por interpretar el murmullo de voces que discutían nerviosamente.

Un destello de luz golpeó mis pupilas, así que volví a cerrar los párpados. Después, poco a poco, los abrí de nuevo y emergí de la oscuridad. Reconocí las dos siluetas que tenía frente a mí. Evan y Ginebra discutían sin darse cuenta de que yo había recuperado la consciencia. Intenté librarme del halo que me cubría los ojos y que me impedía enfocar sus rostros. No podía mover ninguna parte de mi cuerpo sin sentir un dolor lacerante.

Evan le hablaba a Ginebra en un tono que nunca antes le había oído. Poderoso, autoritario, con decisión. Me costaba reconocerlo. Enfoqué la vista, fascinada por el nuevo matiz de su voz. Contemplé los rasgos de su rostro, la mandíbula tensa, la mirada afilada sobre Ginebra... Por primera vez no encontré ni rastro de la confusión que a menudo lo afligía. Como si por fin se hubiese quitado aquella máscara y tuviera una cara nueva, iluminada por la luz que brillaba en sus ojos. Imponía sus leyes a Ginebra; tenía el ceño fruncido y la mirada fiera y resuelta. Se había librado de la sombra que lo había perseguido. Ya no me importaba si estaba viva o no, sólo quería que Evan mantuviese esa nueva luz. Era probable que estuviera muerta y mi presencia no los distrajera porque no me veían. No estaba segura de no ser un espectro, pero me sentía demasiado débil como para comprobarlo. Todo parecía tan extraño y surreal...

—Cálmate, Ginebra. —La voz de Evan parecía tranquila ahora, con un matiz de satisfacción, todo lo contrario que la de Ginebra, que se había perdido en un río de insultos—. Y no insultes, no te pega.

Con esfuerzo, logré ver la hendidura bajo los ojos de Evan mientras sonreía, invadido por una serenidad inaudita.

—¿Calmarme? —Ginebra, por contrario, estaba sufriendo una crisis histérica y daba la impresión de ser un tigre enfurecido, por mucho que se esforzara por bajar la voz—. Me dices que me calme. ¿Acaso tienes la más remota idea de lo que pasará ahora? ¿De lo que nos pasará a todos nosotros?

—Tú no tienes nada que ver, Ginebra.

—Pero sí Simon. Esta historia le afectará a él. ¿Se puede saber qué se te ha pasado por la cabeza? —dijo con desprecio, en tono de reproche—. Estamos metidos en un buen lío. No, mejor dicho: *tú* estás en un lío, Evan —se corrigió.

—¿Quieres decir que no podré contar contigo?

El orgullo de Ginebra le impidió responder enseguida.

—Eso no es lo que he dicho —añadió tras unos instantes de silencio, con el rostro aún enfurecido

—. Lo que has hecho es *my grave*. ¿Cómo lo arreglaremos?

La serenidad de Evan desapareció con las palabras de Ginebra. Su expresión mutó en una mueca amenazadora.

—¿Arreglar? —repitió disgustado, quemándola con una mirada de fuego que la hizo vacilar—. ¡Lo volvería a hacer mil veces si fuera necesario! —La mirada de Evan se suavizó de golpe, parecía casi triste—. ¿Es que no lo entiendes? Me había resignado, creía que estaba preparado... Lo he hecho todo, hasta el final. Después, de repente, se ha girado hacia mí y me ha *mirado*. He visto el miedo en sus ojos y he sentido el dolor más intenso que haya experimentado en toda mi vida. Y entonces todo se ha hecho más claro. Sabía lo que tenía que hacer. No tenía ninguna duda. No podía permitirlo.

—Has mandado al garete tu única posibilidad de salvarte. Esto no acabará bien. Vendrán a buscarla, lo sabes muy bien. ¡Tu sacrificio habrá sido inútil! ¡No puedes impedirlo!

—Yo creo que sí. No sucederá, yo la protegeré. —La voz de Evan había recuperado el tono feroz.

—¿Y cómo piensas hacerlo? El consejo se enterará pronto.

—Tengo que pensarlo. —Evan se masajeó las sienes; parecía preocupado por la advertencia de Ginebra—. Disponemos de un poco de tiempo antes de que la Hermandad lo descubra.

—No puedes estar seguro...

—¡Joder! ¡No me importan nada! Los Másala no podrán...

—¡No! —Ginebra lo interrumpió pidiéndole que no siguiera y después bajó el tono de voz—. ¿Es que te has vuelto loco? No debes pronunciar ese nombre —lo regañó mirando a su alrededor, preocupada, como si alguien pudiera oírlos—. ¡Por Dios, te has vuelto loco! —protestó, moviéndose adelante y atrás hasta formar un agujero en el suelo. Después se detuvo de golpe y fulminó a Evan con la mirada—. Ni se te ocurra. No puedes estar con ella en ese sentido. ¡No pasará nunca!

—Eso ya lo sé. —La voz de Evan se había vuelto más grave.

No tenía la menor idea de lo que estaba pasando entre ellos. ¿Habían montado una escena por los celos? Mis oídos captaban las palabras, pero era como si mi mente no las retuviera, deshaciéndose de ellas antes de poder unirlas unas a otras para entender su significado. A pesar de todo, me estaba hartando del tono con el que Ginebra se dirigía a Evan: era como si quisiera devolverlo al sendero atormentado en el que lo había conocido. No me importaba que Evan fuese suyo. La haría callar, le gritaría que dejara de meterse con él, pero no tenía fuerzas para abrir los labios; un gemido involuntario escapó de mi garganta, llamando su atención.

Evan lanzó a Ginebra una mirada de reproche, como si la culpa por no haberse dado cuenta de que me había despertado fuera sólo suya. Moví la cabeza para intentar deshacerme del último hilo de confusión. No percibí ningún movimiento, pero de repente los dos estaban a mi lado, inclinados sobre mi cuerpo. Seguramente me había dado un golpe en la cabeza.

—¿Cómo estás? —El susurro de Evan me llegó como una caricia, suave, mientras me tocaba el pelo con la mano.

Hice un esfuerzo por enfocar su rostro, pero había algo que no cuadraba.

Sus ojos... ¿Es que estaba soñando? Los ojos de Evan brillaban con una luz plateada, grises y tenebrosos, como si pertenecieran a una criatura sobrenatural. Igual que en nuestro primer encuentro. Como en el mundo secreto donde nos encontrábamos cada noche, en mis sueños. Evan me miraba con intensidad mientras se dejaba estudiar. Nunca había observado sus ojos tan de cerca. Tenían unos matices de color ámbar que, como sombras, los cruzaban formando rayos dorados en un cielo de hielo. Desde aquella distancia, sus ojos eran tan potentes que me pregunté si sería capaz de mirarlos de nuevo sin perder la conciencia.

—No... No lo sé —me obligué a murmurar—. Me duele la cabeza.

Evan y Ginebra intercambiaron una mirada fugaz.

—¿Qué ha pasado? —pregunté tropezando en las palabras.

Para mi sorpresa, Ginebra decidió hablar.

—Aquel camión iba a matarte. Evan te ha empujado un momento antes de que te arrollara. —Su voz gélida habría congelado el fuego. Estuvo a punto de hacerme sentir culpable por estar viva—. Has tenido suerte —me advirtió con los brazos cruzados y me dio la espalda—. Esta vez —añadió en voz baja, como si se tratara de una amenaza.

Evan la fulminó con una mirada afilada y cortante.

Si las miradas matasen, Ginebra ya no estaría entre los vivos.

Su voz había dejado claro su desprecio hacia mí. ¿Por qué Ginebra me odiaba de aquella manera? No creía que se debiera a un ataque de celos. No era para tanto. No era necesario que deseara mi muerte. En un lapso de lucidez, sus palabras resurgieron en mi cerebro: «*Estamos metidos en un buen lío*». ¿Es que era culpa mía?

Incluso en aquel momento advertí la hostilidad de su mirada.

—Ven, te llevaré a casa. —A pesar de la irritación en su voz, Evan hizo desaparecer cualquier rastro de perplejidad y me envolvió en su magia—. ¿Puedes caminar? —preguntó mientras me ayudaba a levantarme.

Me hubiese gustado aparentar valentía frente a él, pero al moverme se me escapó un gemido.

—Me duele el tobillo —le confesé, intentando mover el pie.

—Deberíamos llevarla a un hospital —lo reprendió Ginebra, pero Evan le lanzó otra de sus miradas furiosas.

—No hace falta. Yo me ocupo de ella. Se curará —gruñó Evan mientras se intercambiaban miradas desafiantes, como si se estuvieran comunicando en secreto.

—No te atreverás... —Ginebra lo miró con los ojos entrecerrados—. No compliques las cosas, Evan —sentenció, furiosa.

—Sé lo que hago —dijo con contundencia. Se agachó y me miró—. Agárrate a mí, te llevo en brazos.

Era increíble lo dulce que se volvía su voz cuando se dirigía a mí. Le hice caso y mi corazón ardió con su propuesta.

La sangre me subió a las mejillas y me ruboricé con la idea de estar tan cerca de él.

Habíamos llegado mucho más lejos, en mi cabeza, pero él no lo sabía. Una oleada de imágenes me invadió. Recuerdos de mí y de Evan, de su boca en la mía, de su cuerpo sobre el mío. No, *recuerdos no*, me obligué a corregir. Nada de eso había sucedido. ¿Cómo lograría hacer como si nada? ¿Cómo podría mirarlo a los ojos y olvidar su beso, potente e intenso, como si nunca hubiera ocurrido? Porque esa era la verdad. Nada de lo que había vivido era real.

Me levantó de la tierra húmeda con un único movimiento decidido, sin esfuerzo, mientras recuperaba la lucidez. Miré a mi alrededor por primera vez. Los árboles a nuestro alrededor nos protegían de los rayos del sol. Comprendí dónde estaba, pero no reconocí el lugar exacto.

¿Qué hacíamos en el bosque?

—Agárrate fuerte.

Su voz estaba tan cerca de mi oído que quise reprimir un estremecimiento, sin éxito. Apoyé la cabeza en su hombro y estudié cómo los músculos de su cuello se agitaban al compás de sus

movimientos.

—¿Tienes frío?

Mi corazón tembló al darme cuenta de la media sonrisa que había aparecido en sus labios. Verla de tan cerca podía dejarme sin aire.

—No, estoy bien —murmuré, ruborizada por haber permitido que se diera cuenta de la vergüenza que me causaba su voz. En realidad estaba ardiendo mientras mantenía la mano pegada a su cuerpo cálido y musculoso.

De su cuello colgaba una plaquita militar, la misma que en el sueño. Mi mente debía de haberla memorizado algún día. Se apoyaba sobre su camiseta sin mangas verde oscuro. Encima llevaba una camisa desabrochada del mismo color. Rocé el acero con la mano y me puse roja otra vez al pensar en la desfachatez con que lo había acercado a mí, deseando sus labios. El recuerdo era tan *vívido* que sentí la tentación de repetir el gesto, como si fuera una costumbre.

Mis dedos se movieron solos, cogieron su cadena y Evan me sonrió, como si hubiese intuido mis intenciones al reconocer ese gesto.

Aquella idea era absurda; no había pasado nada entre nosotros. No había un «nosotros», nunca lo habría. Sólo un yo, él... y Ginebra.

—¿Pasa algo? —Era evidente que había notado mi cambio de humor.

—Estoy un poco... aturdida —mentí, escondiendo la mirada entre el tejido de su camisa.

Su rostro estaba tan cerca que tenía que esforzarme mucho por no ceder a la fuerza magnética que me atraía hacia él. Suspendida entre sus brazos, me sentía increíblemente ligera, como si no pesara. Inconscientemente, al inspirar, mi nariz se llenó de su aroma, su olor a bosque denso y rocío en las mañanas de abril, delicado, fresco, capaz de acceder a lugares recónditos dentro de mí, de tocar cuerdas desconocidas y hacerlas vibrar de calor.

Ahora que lo respiraba tan de cerca, estaba cada vez más convencida de haberlo notado en el aire, aquella mañana.

Qué cosa más absurda... Aun así, existía una pequeña parte de mí, completamente escindida de la razón, que seguía contradiciendo toda lógica y confirmando aquella sospecha.

Evan me miró, como si se sintiera atraído por aquella reflexión, y me hundí en sus ojos.

Dejé que su mirada vagara en mí y me di cuenta de que... *Imposible*. Me alarmé, confundida e insegura de mis percepciones. No había ni rastro de la plata que brillaba en su mirada apenas unos instantes atrás.

«Sus ojos son oscuros».

¿Qué broma me estaba gastando la mente esta vez?

No dije nada por miedo a que me considerara una perturbada. Pero había visto muy bien sus ojos en el bosque. ¿O tal vez no? En el fondo, no era la primera vez que mis sentidos me traicionaban.

—¿Y ahora?

No podía ver el rostro que se escondía detrás de Evan, pero la voz de Ginebra era inconfundible. No me había dado cuenta de que nos estaba siguiendo...

Evan se inclinó para hacerme bajar y me dejó en el asfalto mientras seguía mirando a su alrededor con expresión cautelosa.

—Vigíla. Yo compruebo el perímetro —le ordenó a Ginebra con voz autoritaria antes de alejarse.

«¿Compruebo el perímetro?» ¿Qué diablos quería decir? Seguramente me había golpeado la

cabeza más fuerte de lo que pensaba. A pesar de todo, había aprendido a echar las cuentas con las ambigüedades de Evan, y todavía no tenía la fuerza necesaria para indagar.

No sabía qué me dejaba más perpleja: depender del apoyo de Ginebra para llegar a casa, o el modo en que Evan inspeccionaba la calle con preocupación, comprobando cada esquina como si esperara encontrar un ladrón escondido. Mi instinto rechazó aquella idea. Un ladrón no, un *asesino*.

—Tus padres no están en casa.

La frase de Evan no había sonado a pregunta, así que me limité a confirmárselo con la cabeza. A aquella hora de la mañana seguro que estaban trabajando, no hacía falta comprobarlo.

—Enciérrate con llave, Gemma, vuelvo en un momento.

La solemnidad de su voz me dejó de piedra. Evan seguía observando la calle nerviosamente, pero en lugar de asustarme por su comportamiento, no dejaba de pensar en la nueva fascinadora cualidad de su actitud de guerrero impávido, como el primer día que lo vi en el bosque. Mi *salvaje*.

Le hice caso a Ginebra, que insistía en que me refugiara en casa. Eché un vistazo a los dos antes de cerrar la puerta. A tenor de sus expresiones estaban preocupados, aunque por razones distintas.

Después de girar la llave en la cerradura, cojeé hasta el sofá. Sin la tranquilidad de la presencia de Evan para distraerme del dolor, el daño en el tobillo se había despertado con fuerza. Me dejé caer sobre los cojines y me cubrí los ojos con el dorso de la mano.

En silencio, todo lo que había pasado parecía todavía más absurdo. ¿Cómo podía seguir viva? Mi mente rebobinó la cinta para repasar la secuencia entera de aquellos segundos de terror. Sabía que el camión me atropellaría. ¿Cómo lo había hecho Evan para salvarme a tiempo y quedar ileso? Conservaba con nitidez la última imagen de él que tenía, observándome desde el otro lado de la calle con expresión turbada. Creí que era un espejismo, un último deseo que alguien me había concedido en mi último aliento. Pero estaba allí de verdad y vino hacia mí a una velocidad sobrenatural. El dolor de cabeza me recordó que aún no estaba lista para todas aquellas reflexiones.

Estaba viva y, como un héroe de mis novelas, había sido Evan quien me había salvado, apartándome de un destino que ya estaba escrito.

Evan...

Aquella única certeza bastaba para borrar la experiencia terrorífica de mi mente; como un soplo sobre una superficie cubierta de polvo. Pensé en mi cuerpo entre los brazos de Evan y perdí el control de la respiración. Hundí la cabeza en los cojines hasta que perdí la noción del tiempo. La mano con la que me cubría los ojos impedía que la luz que entraba en la sala me molestara, así que poco a poco me calmé para alejar la tensión.

Por un instante me dejé mecer por aquella semioscuridad reconfortante.

Pero poco después, en la penumbra y en silencio, el miedo empezó a invadirme.

La advertencia de Evan empezaba a tomar forma y a concretarse en mi cabeza a medida que recuperaba la lucidez. Sólo entonces me di cuenta de que no la había tenido hasta entonces; como si el cerebro lo hubiese guardado todo en un cajón para reabrirlo en el momento oportuno. La tensión en su voz empezaba a hacer saltar alarmas que encendieron mi ansia.

¿Por qué Evan estaba tan preocupado? Después de todo, estaba a salvo. ¿Por qué hablaba como si no hubiera acabado todo? ¿Como si aún estuviera en peligro? La posibilidad de que el conductor lo hubiese hecho a propósito era absurda. Se trataba de un terrible accidente, una tragedia evitada por los pelos. Evan me había salvado de una muerte segura. ¿Entonces a qué venía toda aquella preocupación? ¿Qué podía pasarme ahora?

Una ligera corriente de aire me puso la piel de gallina. Ojalá hubiera cerrado las ventanas. Pero

entonces noté el olor de Evan, así que me incorporé en el sofá y vi que el salón estaba vacío. Miré hacia atrás: las ventanas estaban cerradas. Inspiré profundamente y dejé que mis pulmones se llenaran de aquella fragancia. Estaba segura de que le pertenecía, sobre todo después de haberlo tenido tan cerca. La intensidad del aroma era tan fuerte que puse en duda mis sentidos; era como si Evan estuviese realmente allí y mis ojos me impidieran verlo. En un gesto involuntario, me llevé un extremo de la camiseta a la nariz y lo olí, preguntándome si mi ropa habría absorbido su olor. Pero el aroma no procedía de allí. Llenaba el ambiente, como si estuviera por todas partes.

—¿Estás mejor?

Me asusté al escuchar la voz de Evan a mis espaldas.

Me giré de golpe y lo vi, detrás de mí, justo donde había mirado unos segundos antes.

—Evan... —Su repentina aparición hizo que se me escapara un pequeño grito—. ¡Me has dado un susto de muerte!

—Perdona, no quería asustarte. Ya has tenido suficiente por hoy. —Se acercó al sofá.

—¿CÓ... cómo has entrado? —le pregunté, aturdida.

—Por la puerta... —Sus ojos vacilaron, como si estuviera delatándose—. Te he dicho que volvería —explicó, como si fuera algo obvio.

Tragué saliva, presa del pánico.

—La puerta está cerrada con llave, Evan —dije con voz rota.

Un nuevo sentimiento se despertaba en mí: un instinto de supervivencia que había estado adormecido durante no sabía cuánto tiempo.

—Te equivocas —negó, intentando sonar convincente—, te he dicho que la cerrarás con llave, es cierto, pero estabas demasiado afectada para acordarte. —Me miró con la intención de persuadirme, pero recordaba muy bien lo que había hecho al entrar en casa.

—Estoy más que segura de haberla cerrado —insistí.

—Venga... —Evan se sentó a mi lado en el sofá—. Cuando te he bajado de mis brazos aún temblabas. Es probable que creas haberla cerrado, pero no puedes estar segura. —Sus ojos me miraron extrañamente concentrados, como si estuvieran buscando algún método de coerción.

Luego sonrió, pero yo capté su duda.

—Gemma...

Mi corazón perdió el ritmo, como si su voz de terciopelo negro hubiese superado la barrera de mis defensas.

—Has sufrido un trauma —continuó, acariciándome con suavidad la frente.

Un impulso incontrolable me obligó a apartarme, sorprendida al descubrir que el círculo que me atenazaba la cabeza se originaba en ese punto.

—¿Te duele? — Su voz se había teñido de preocupación.

—Sólo un poco —mentí, contrayendo los labios.

En realidad el dolor partía de la frente y formaba una órbita alrededor del cráneo. Era perfectamente consciente de que Evan había dejado de hablar del tema y que no era la primera vez, pero no quería insistir y dar la impresión de querer saber más de lo que me estaba permitido. Podía parecer ingrata y, después de todo, Evan me había salvado la vida.

—Necesitas descansar. Ha sido una experiencia traumática. Debe de haber sido duro encontrarte frente a la muerte.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

Evan se sorprendió ante la celeridad con que lo interrumpí. Seguramente se había asustado por mi petición, o quizás por la respuesta que tendría que negarme. Había entendido hacía tiempo que había algo de Evan que no me estaba permitido saber. Y mi instinto creía que sería mejor no saberlo.

—¿Por qué Ginebra me odia tanto? —La sencillez de mi pregunta lo sorprendió.

—Nadie te odia, Gemma —respondió, dejando entrever su alivio.

¿Qué había temido que le preguntara?

—¿Entonces por qué estaba tan enfadada en el bosque? —insistí, segura de conocer la respuesta.

Tenía la certeza de que su rabia estaba dictada por los celos. Ginebra me había sorprendido varias veces mirando a escondidas a su chico. Por no hablar de la atención con la que él me trataba o el modo en que su voz se dulcificaba al hablarme. Seguro que Ginebra se había dado cuenta, pero ¿me temía tanto como para desatar su instinto homicida? La mera idea me hacía sonreír. Yo era tan insignificante comparada con ella...

—Estaba muy enfadada *conmigo*, no contigo —me tranquilizó Evan, con una tristeza repentina—. Tú no tienes la culpa, Gemma.

Me sentía en una nube cada vez que pronunciaba mi nombre; estaba envuelta por el encanto de su voz.

—Quería que me dejaras a mi suerte.

Evan vaciló, como si hubiese acertado, pero no podía creer que Ginebra fuera tan cruel. ¿Acaso habría preferido librarse literalmente de mí? ¿Representaba yo una amenaza tan grande para ella?

—No es lo que crees. —Por un instante me pareció que Evan había respondido a mis pensamientos—. No puedes entenderlo. Y yo no puedo explicártelo. Es complicado.

—Inténtalo —lo animé.

—Imposible. —Su voz fue tajante—. No puedo hacerlo.

Cerré la boca desanimada por la autoridad con la que había hablado y dejé que el silencio nos separara.

23. Confidencias

Ahora más que nunca tenía la sensación de conocer a Evan desde siempre. El incidente nos había acercado. Estaba sola en casa con él, sentada en el sofá a su lado, pero me sentía insólitamente cómoda. Tenía con él un nivel de sintonía que jamás había alcanzado con Peter. A mi pesar, me obligué a recordar que esa sensación era sólo mía. Evan estaba atado a Ginebra.

—Ahora intenta descansar —sugirió preocupado, acariciándome el pelo. La habitación daba vueltas, quizás por el golpe que me había dado en la cabeza o tal vez porque Evan me estaba tocando—. Tengo que encargarme de unos asuntos. Después volveré. —se levantó del sofá.

—Evan... —No pude reprimir el impulso de llamarlo. La voz me salió en un sollozo roto. No quería que se fuera, y no sabía cómo retenerlo—. ¿De verdad tienes que irte? —le pregunté con sinceridad, sorprendida por mi audacia.

—Sí, es necesario. —Miraba el suelo, como si estuviera preocupado por algo. Cuando alzó la mirada, encontró la mía esperándolo—. No tengas miedo, no estarás sola. Ahora descansa. —Pronunció las últimas palabras mientras clavaba sus ojos en los míos, como si fuera un último intento por convencerme. De repente me sentí muy cansada. Cuando la puerta se cerró, mis párpados encontraron el camino hacia la inconsciencia.

Experimentaba un profundo sentimiento de paz, como si estuviera nadando en un mar de serenidad lánguida, suave, que me acunara del todo en su cama de armonía. El sueño no me había aislado completamente de la realidad. Me encontraba en un extraño limbo entre los dos mundos. Sabía que estaba tumbada en el sofá y sentía los cálidos rayos del sol, cada vez más altos y potentes, que se filtraban por la ventana y me bañaban la piel. Los sentía en cada parte de mí, como un letargo líquido que me llenaba, aunque lo notaba sobre todo en la cabeza y en el tobillo, pero seguramente era el dolor el que me provocaba esa sensación.

Nunca en la vida me había sentido tan bien.

A mi pesar, el ruido brusco de una puerta que se abría me devolvió a la realidad.

—¡Mamá, has vuelto! —Me incorporé a tiempo para ver cómo se asustaba al oír mi voz.

—Tesoro, ¿qué haces en casa tan pronto? —me preguntó, preocupada.

—Es una larga historia, mamá, te aburrirías —la tranquilicé.

No estaba segura de tener un aspecto presentable, aún no me había mirado al espejo y, mientras me hacía un lío con mis propias palabras, de repente caí en la cuenta de que tenía que darle una explicación sobre la herida en la cabeza. Me llevé la mano a la frente para comprobar el tamaño del corte que me causaba aquel dolor. Pero antes de que mis dedos lo tocaran, había desaparecido y ahora en mi cabeza sólo había una plácida sensación de levedad.

Ya no me dolía. La quemazón se había esfumado del todo.

Me toqué la frente con los dedos, confundida al encontrar la piel lisa y suave sin la herida que me había hecho. En cualquier caso, no podría esconderle las molestias que tenía en el tobillo cuando me

levantara cojeando, y tampoco podía quedarme sentada en el sofá todo el día. Tendría que inventarme algo. Una excusa que justificara un esguince.

—¿A qué hora te viene a buscar Peter? —Su voz llegó desde la cocina.

¿Peter? No recordaba haber quedado con Peter...

—He pasado por la tintorería para recoger tu vestido. Estarás preciosa esta noche, pajarillo...

Mis pupilas se dilataron lentamente, empujadas por la consternación. Me levanté de golpe y saqué la agenda de la mochila para saber qué día era.

21 de abril. Baile de primavera.

Cerré la boca después de abrirla de par en par, sorprendida por la magnitud de mi desconexión con el mundo.

¡El baile! ¿Cómo había podido olvidarme?

El baile de nuestra escuela se celebraba el 15 de mayo, pero aquel año se había adelantado al 21 de abril. ¿Se me había pasado por eso? ¿O tenía razón Jenna y estaba completamente aislada de la realidad? Y aún peor, ¿cómo iría al baile en esas condiciones? No podía dejar tirado a Peter a última hora y decepcionarlo por enésima vez, pero no quería pasar la noche sentada en un rincón de la sala mientras todo el mundo excepto Peter se divertía. No sería una buena compañía con el tobillo así.

Busqué el móvil en los bolsillos cuando recordé que lo había perdido en el incidente. Me levanté del sofá y llegué al teléfono dando grandes zancadas. Me quedé mirando el auricular, sorprendida por lo rápido que había llegado hasta allí.

Levanté el pie del suelo y giré el tobillo con cuidado. Todo era cada vez más confuso.

El dolor había desaparecido.

—¿Va todo bien? —Mi madre me estaba mirando, perpleja.

—Más que bien —respondí, desconcertada. Me había curado.

¿Cómo lo había hecho?

En mi cuerpo no había ni rastro de aquel horrible accidente. Nada. ¿Lo habría soñado todo? No podía fiarme ni de mis recuerdos.

Aturdida, marqué el número de Peter para confirmar nuestra cita. Aunque ir juntos al baile era un pacto tácito que teníamos desde primaria, no habíamos hablado recientemente del tema.

El teléfono sonó dos veces antes de que Peter respondiera.

—¡Peter! —exclamé al oír su voz.

—Eh Gemma, ¿dónde diablos te has metido? Las clases acaban de terminar, pensaba que nos veríamos en el colegio... Tenemos que quedar para esta noche. ¿O es que te has olvidado?

—Yo... Ehm... Sí, lo sé... —Lancé una mirada furtiva a mis espaldas, donde mi madre fingía distraídamente no estar pendiente de la conversación—. Es una larga historia, ya te lo contaré después. Tu invitación sigue en pie, ¿no? —pregunté, insegura sobre si los últimos acontecimientos podrían haber cambiado algo en nuestro acuerdo, en nuestra relación o en nuestras costumbres.

—¡Claro que sigue en pie! ¿Por qué no debería? —La serenidad en su voz hizo que mis temores se disiparan.

Peter y yo siempre íbamos juntos al baile. Teníamos un pacto sellado durante la primaria, cuando no éramos más que unos niños. Cada año lo habíamos respetado y todo el mundo en la escuela esperaba vernos juntos; de hecho nadie nos invitaba desde hacía años porque ya sabían que teníamos

pareja de baile.

—Te paso a buscar a las siete. —Peter parecía tener prisa.

—Vale, nos vemos después —respondí para cerrar la conversación. Me pregunté si aún estaba convencido de aquella historia de Evan.

Evan...

Por un instante me dejé llevar por la idea de cómo sería el baile aquel año si no hubiese ido con Peter. Si hubiese podido aceptar otra invitación. Una invitación *de verdad*. Pero aquella propuesta no llegaría nunca.

Ni siquiera sabía si Evan se presentaría en el baile. Y en todo caso, si lo hacía iría acompañado de Ginebra. Tenía que asumirlo. Ella era su chica. No yo. ¿Por qué no me hacía a la idea?

¿Aún sentía celos de ella?

—Entonces, ¿a qué hora pasa Peter? —Mi madre estaba entusiasmada.

—A las siete —respondí distraídamente—. ¿A qué hora vuelve papá? No puedo comer tarde, tengo que hacer un montón de cosas antes de prepararme —mentí. En realidad, sólo quería tumbarme en la cama y estar sola un rato para analizar aquel absurdo día.

Ayudé a mi madre a preparar la comida y me di cuenta poco a poco de lo muy en forma que me sentía, como si fuera una persona nueva. Como cuando era pequeña y me pasaba el día trepando por los árboles con la energía de una ardilla. En aquella época me gané el apodo de «pajarillo». No recordaba la última vez que me había sentido tan bien físicamente. Mentalmente, eso ya era otra historia.

En el fondo, había mirado a la muerte a los ojos.

Me obligué a reprimir aquella idea para evitar que mi madre se diera cuenta de mi preocupación.

La alarma del horno nos informó de que la carne picada con patatas ya estaba lista. Justo en ese momento mi padre metió la llave en la cerradura de la puerta de entrada.

—Justo a tiempo —dije. Al mirarlos a él y a mi madre a la cara me di cuenta de lo que había estado a punto de perder ese día.

—¿Qué haces en casa? —preguntó rápidamente.

—Me dolía la cabeza. He vuelto para echarme un rato. He intentado levantarme y salir, pero me dolía demasiado y me he metido en la cama de nuevo.

Odiaba mentirles. Es normal sentir repulsión por algo que uno no es capaz de hacer. Además, seguramente mis excusas no eran creíbles y me delataban, de un modo u otro. No estaba hecha para los secretos. Pero no tenía elección.

—Vosotros dos, a la mesa. Gemma, a ver si te lo terminas todo. Quién sabe si esta noche podrás comer algo —me soltó, consciente de que no me gustaba mucho la carne picada.

A pesar de todo, la insólita energía que fluía por mis venas me había provocado un hambre insaciable. Mi madre se quedó de piedra al ver que había dejado el plato limpio incluso antes que mi padre.

Después de una ducha caliente, me tumbé en la cama con los auriculares en los oídos, para aislarme del mundo y perderme con los ojos cerrados en las notas de James Blunt. De repente, en la penumbra, noté la intensidad de una presencia en la habitación. Abrí los ojos y me asusté al ver a Jenna junto a mi cama.

—¡Eh!

—¡Hola! He llamado a la puerta, pero no has respondido así que he entrado.

—¡Jenna! ¿Qué haces aquí? —se me escapó, y me di cuenta de lo maleducada que había sonado mi pregunta.

—¡Hola a ti también! Espero que no te moleste que haya entrado... —se excusó encogiéndose de hombros—. Quería hablar contigo en la escuela, pero como no has venido... ¿Te encuentras bien? ¿Es algo contagioso? —Dio unos pasos hacia atrás, valorando mi estado de salud.

—No. Es... Estoy un poco cansada. ¿De qué querías hablar?

Mi pregunta hizo que sus ojos centellearan y en su rostro se dibujó una sonrisa pícaro.

—Escucha, he tenido una idea fantástica. ¡Y no puedes negarte! —De repente, una bolsita se materializó en sus manos. La había escondido en su espalda.

Intenté transmitirle con la mirada mi renuencia, pero Jenna ignoró mi expresión y se sentó en la cama mientras yo cruzaba las piernas.

—¡Escucha el plan!

—Soy todo oídos —dije con un ligero tono sarcástico.

—Esta noche se celebra el baile. —Me miró fijamente para asegurarse de que la estaba siguiendo palabra por palabra.

—Cierto —asentí.

—Y tú *tienes* que estar guapísima. ¡Me encargaré yo!

—Jenna... —comencé, esperando disuadirla.

—No digas nada. Tú déjame hacer a mí.

—Espera, espera, espera. ¿Qué tienes en mente? ¿De qué plan estás hablando? —pregunté, aterrorizada por su expresión.

Jenna se limitó a dedicarme una de sus sonrisas y me llevó a la silla del escritorio tirándome del pelo, aunque aún no le hubiese dado mi consentimiento.

—No hay tiempo para preguntas. Antes tienes que ponerte esto.

Solté un gemido mientras Jenna me cubría la cara con una sustancia lechosa.

—Jenna, ¿qué estás haciendo? —pregunté, pero sus manos en mis mejillas me impidieron pronunciar la frase con normalidad y las palabras salieron deformadas.

—Te convierto en una princesa, tesoro. —Más que una promesa, parecía una advertencia.

—¿No vendrás al baile? —inquirí mientras Jenna me maquillaba con habilidad.

—¿Estás de broma? —Lo absurdo de mi pregunta hizo que se detuviera un momento y me mirara a los ojos—. ¿Crees que podría faltar? ¡No me lo perdería por nada en el mundo!

—¿Quién te acompaña? —pregunté, arrepintiéndome al instante por la velocidad con que había abierto la boca.

Seguro que Jenna lo había dicho cientos de veces sin captar mi atención. Y también estaba claro que yo era la única persona en todo el colegio que se había olvidado de un acontecimiento tan importante. El problema era mío, que últimamente no podía concentrarme en otra cosa que no fuera Evan.

—Tranquila, sé lo que estás pensando. Aún no te lo había dicho —sonrió, satisfecha por haber intuido lo que se me pasaba por la cabeza—. Se lo he pedido a Brandon.

Se lo he pedido. Lo sabía.

—Tú vas con Peter —afirmó—, pero te gustaría ir con otra persona. —Me miró de reojo mientras yo me sobresaltaba por su audacia. La miré como si la hubiera pillado fisgando en mi diario. Jenna era bastante perspicaz, tenía que reconocerlo—. ¡No me mires así! Yo soy la experta en este campo... No hace falta ser muy lista para sumar dos más dos. —Se encogió de hombros con aire satisfecho.

—¿Tan evidente es? —pregunté, molesta porque se me notara tanto.

—Sólo para mí, tranquila. ¿Qué me dices de Peter?

—No sé cómo llevar el tema, nunca había estado tan celoso —tuve que admitir.

—Porque nunca te habías colgado de alguien tanto como ahora. ¿Por qué crees que estoy aquí? Gemma, te conozco prácticamente desde que nacimos y nunca te había visto interesarte por nadie. Hace años que espero este momento y no permitiré que lo dejes escapar. Esta noche estarás guapísima, *nadie* podrá resistirse a tus encantos —Me miró a los ojos y arqueó una ceja.

—Lástima que el único que me interesa ya tiene a otra. Te has olvidado de Ginebra. —Pronuncié su nombre con desprecio.

—Y yo te digo que te equivocas. Fíate. He visto cómo te mira. Los ojos son el medio a través del que decides qué tipo de relación quieres establecer con una persona. Si detienes tus ojos en alguien más de unos instantes, le permites que mire en tu interior y que se una a ti. Es como si le abrieras tu corazón. Si quieres que te sea honesta, estoy un poco celosa.

—¿Celosa tú? ¿De mí? —No podía creer lo que acababa de oír—. ¡Pero si eres la reina indiscutible de la escuela! Soy yo la que está celosa de ti. Siempre he envidiado tu seguridad.

—¿Ves? Eso es lo que te hace irresistible. Eres *guapísima*, Gemma. ¿Por qué no quieres darte cuenta?

Se me escapó un suspiro a medio camino entre la sorpresa y el desacuerdo.

—Sí, seguro. Para empezar nunca he tenido novio, excepto Dereck McCullagan, pero no creo que eso cuente.

—No has tenido novio porque nunca has querido. Los chicos necesitan un empujoncito, aunque sea con la mirada. De lo contrario, no se atreven. ¿En serio crees que nunca le has gustado a nadie? ¿Cómo puedes no darte cuenta de cómo te miran? Eres tan guapa que a veces creo que los intimidas.

—¿Qué? ¿Bromeas? Vale, deja de tomarme el pelo, no tiene gracia...

—¡Peter está loco por ti! Al menos eso deberías haberlo notado, teniendo en cuenta lo intenso de vuestra amistad.

Vale, quizás ni me habría dado cuenta de lo de Peter si no fuera por mi madre. ¿Y si tenía razón? No podía creer que hablase en serio. Era como si hubiese estado viviendo en otro planeta durante todo este tiempo.

—Para ti es más fácil. Estás tan segura de ti misma... Cuando quieres a alguien, sólo tienes que alargar la mano y cogerlo. No hablo literalmente, ya me entiendes.

—Exacto, se trata de eso. El interés que los chicos tienen por mí es puramente superficial. ¿Crees que no lo sé? Nadie se ha interesado de veras por mí, en cómo soy por dentro. Y si tú decidieras prestar un poco de atención por ahí, seguro que le robarías el corazón a alguien. Por eso no dejo que nadie se acerque demasiado a mí. No puedo permitirme enamorarme, porque sé lo que los chicos

buscan en mí. Sé lo que ven cuando miran mi cuerpo. En cambio el modo en que Evan te mira... —añadió, disimulando su felicidad por mí tras un velo de tristeza que su mirada no podía reprimir.

—¿Y entonces por qué actúas así? —pregunté, desconcertada por que fuera consciente de la situación.

—Porque al menos así me convenzo de querer ser yo la que utiliza a los chicos. Por eso nunca me comprometo con nadie: así me evito la decepción de saber que en realidad no estaban interesados en mí.

—Jenna, ¡eso no puedes saberlo! Están locos por ti, tal vez haya alguien que podría ser el bueno y tú no te das cuenta, sólo porque tienes miedo de quemarte. ¡No te prives de esa posibilidad! Brandon está loco por ti desde primaria. Y no por las razones que tú crees. Bueno, vale, quizás un poquito —admití, mordiéndome el labio—. Sólo digo que no puedes saberlo si no lo intentas.

—Tranquila, no está tan mal. Es gratificante y a mí ya me va bien. Al menos por ahora. Quizás cuando llegue el chico adecuado me daré cuenta, pero nadie me podrá tener antes.

—Estaba convencida de que Evan también te gustaba... —confesé, y le lancé una mirada indagadora.

Apretó los labios para esconder una sonrisa pícara y dulce a la vez.

—Es *fascinante*, lo reconozco, pero yo nunca haría algo que me pudiera poner en tu contra.

Abrí la boca, aliviada.

—No hablas en serio. —Arqueé una ceja porque no me lo creía del todo.

—Además, te confieso que me da un poco de miedo. Hay algo diferente en él, algo misterioso. Su capacidad de fascinación es oscura, como si detrás de esa sonrisa sexy se escondiera el Príncipe de las Tinieblas. A veces me provoca escalofríos. ¡Tendrías que ver cómo mira a Peter! De vez en cuando pienso que podría matarle con la mirada, pero que por algún motivo se contiene.

Tragué saliva. Yo también había percibido esas vibraciones, pero una parte de mí se obstinaba en ignorarlas.

Jenna suavizó su voz y me di cuenta de que me estaba mirando.

—Pero después veo cómo te mira a ti y reconozco que nunca he sentido tanta envidia por alguien. —Noté un tenue calor recorriendo mi piel—. Estoy más que convencida de lo que digo, nadie me ha mirado como Evan te mira a ti. Te desea, Gemma. Estoy segura. Es *a ti* a quien quiere.

—Ni siquiera sabe que existo —dije con un tono amargo.

Aun así, por el efecto que las palabras de Jenna habían provocado en mí, descubrí que una diminuta parte en el fondo de mi corazón aún albergaba esa esperanza. Pero también sabía lo que había visto aquella tarde en el jardín de Evan. Era Jenna la que no lo sabía, por eso seguía empujándome a él. Sin saber por qué, dejé que lo creyera. Quizás quería dejar un poco de espacio en aquella pequeña esperanza que Jenna seguía alimentando.

—Me gustaría poder creerlo —respondí mientras me aplicaba una brocha de colorete por las mejillas.

—¡Lista! —Jenna se incorporó para contemplar su obra. Estaba satisfecha—. ¡Perfecto, mejor de lo que imaginaba!

—Déjame ver. —Intenté levantarme de la silla, pero Jenna me lo impidió.

—No hay prisa. El trabajo todavía no está a punto. ¿Acaso crees que un artista muestra sus piezas inacabadas? —bromeó, divirtiéndose con sus propias palabras. En el fondo no estaba tan mal pasar tiempo con ella—. Mira, hagamos una cosa, ponte ya el vestido, así podemos pasar al pelo. —Me

sentía como una muñeca en manos de una niña impertinente—. Y ni se te ocurra acercarte a un espejo. —Jenna me lanzó su advertencia antes de que pudiera echarle un vistazo a mi reflejo.

Le hice caso y seguí sus instrucciones con resignación. Me puse el vestido de color carmesí con cuidado de no estropear el maquillaje. No estaba acostumbrada a llevar todo ese potingue en la cara. Luego volví con ella y cruzamos nuestras miradas en silencio.

—Jen, ¿pasa algo? ¿He estropeado el maquillaje? —Me llevé las manos a la cara ante su expresión indescifrable.

—Oh, Dios mío. El vestido... es perfecto. No tengo palabras.

—Eso me cuesta de creer —bromeé, mirándola de reojo.

Adoraba aquel vestido, lo vi en el escaparate de una tienda antes de saber cuál sería el tema del baile. Era «La alfombra roja, una noche en Hollywood». Y al final fue perfecto para la ocasión.

El rojo combinaba perfectamente con el color oscuro de mi cabello y la piel clara, una piel que en verano se ponía morena enseguida. El escote formaba un lazo y el tejido caía con suavidad por los costados, inflándose justo por encima de las rodillas.

—¿Pero qué desastre, parece que tengas un nido en la cabeza! ¿Es que sirves de refugio a las ardillas o qué?

Reí, aunque no sabía a ciencia cierta si bromeaba o no.

—Mi pelo no está tan mal, sólo está un poco despeinado.

Sus padres eran peluqueros, tenían un salón de belleza en el centro y el pelo de Jenna siempre estaba perfecto, al contrario que el mío. Siempre lo llevaba un poco despeinado, rizado en las puntas, pero nada que fuera tan desastroso.

—Menos mal que he venido. No sé cómo lo habrías hecho.

—Ya, menos mal —le tomé el pelo, sonriendo.

Jenna me ayudó con la silla para que el vestido no se arrugara.

Me planteé explicarle lo que me pasaba, aprovechando aquella intimidad que habíamos recuperado después de tanto tiempo. Si no se lo contaba a alguien acabaría por volverme loca.

Cuando sus manos empezaron a moverse por mi pelo, mis labios se abrieron sin pedir permiso.

—¿Sabes? Me ha pasado algo raro, hoy. —Sentía la necesidad de desahogarme con alguien. Y en aquel momento Jenna era la persona adecuada—. Tiene que ver con el motivo por el que hoy no he ido al colegio —seguí, algo insegura todavía.

—¿Es que quieres volverme loca? No me tengas en ascuas, ¡ya sabes lo impaciente que soy! ¡Cuenta! —me incitó sin esforzarse por disimular su curiosidad.

—Acababab de salir de casa para ir a la escuela y un camión se me echó encima.

Sus manos se detuvieron en mi cabello. Incliné levemente la cabeza y la vi palidecer.

—Evan me ha salvado —revelé, asaltada por la emoción.

Por algún motivo, un instinto desconocido me pidió que no siguiera hablando.

—¿Qué? ¿Me tomas el pelo?

—¿Crees que bromearía con algo así? —Todavía notaba el miedo en la piel, el recuerdo de la muerte, que había pasado junto a mí.

—Vaya, ¡es algo *tan romántico!*

—¿Romántico? Te acabo de decir que he estado a punto de acabar muerta bajo las ruedas de un camión —repetí, sobrecogida—. Y además, Ginebra estaba con él.

—¿Pero es que siempre tiene que estar en medio? —exclamó, molesta, haciéndome reprimir una

carcajada.

—¡Es su novia, Jen!

¿Por qué Jenna no se lo metía en la cabeza?

—¡Oh, estás celosa! ¡Creo que te has enamorado! —Seguramente se había dado cuenta de que me había ruborizado.

—¿Qué? ¡No! Es que... siento una *atracción* increíble hacia él, desde que lo vi por primera vez. No puedo pensar en otra cosa, es como una obsesión. Ha cambiado algo en mí. Ya no me siento la misma que antes.

—Se llama *amor*. —Jenna estaba segura de sí misma, pero yo hablaba de otra cosa y lo estaba asumiendo por primera vez. Era un sentimiento nuevo, pero al mismo tiempo... familiar. Era como si Evan hubiese despertado una parte enterrada dentro de mí.

—¿Y has visto el extraño tatuaje que tiene en el brazo? Quién sabe lo que significa... Estoy casi segura de que se trata de alguna palabra, quizás es el nombre de Ginebra... —dije, pero en realidad sólo quería que Jenna desmintiera esa posibilidad. Ella lo había mirado tan descaradamente que por fuerza tenía que haber descifrado el significado de aquellas letras.

—¿Tatuaje? No sé de qué hablas. Evan no tiene ningún tatuaje en el brazo, si fuera así lo sabría. ¿Es que también tienes visiones? Estás fatal... —bromeó, y yo me estremecí.

¿Cómo podía afirmararlo con tanta seguridad? Yo lo había visto perfectamente.

—No estés tan tensa. Esta noche Evan sólo tendrá ojos para ti. Fíate, estás irresistible. De hecho, ni te acerques a mi Brandon —me advirtió con una pizca de ironía—. Este mechón y... listo. Ya estás preparada. —Dio media vuelta a la silla y enmudeció.

—¿Cómo estoy?

Jenna me llevó hasta el espejo.

—Míralo tú misma.

Alcé la mirada para contemplar mi reflejo y contuve la respiración por la sorpresa.

—Dios mío, pareces una princesa, Gemma.

Levanté una mano y me acaricié un pómulo, sorprendida por lo que Jenna había logrado hacer con mi piel.

El maquillaje apenas se notaba, pero le confería una nueva luz a los ojos y los resaltaba. Los labios tenían un ligero toque de color y el pelo ondulado caía por los hombros, con algún mechón recogido que dejaba al descubierto mi cara.

—Me he quedado sin palabras, Jeneane. Has hecho un milagro —confesé, sorprendida por lo cambiada que estaba.

—¿De qué milagro hablas? Sólo he destacado la belleza que ya había en ti. Pero lo más importante lo has puesto tú, no seas modesta —me regañó cariñosamente.

—En serio, no sé cómo darte las gracias.

—Yo sí... Dejándome ir, ¡porque si me quedo no tendré tiempo para prepararme! —gritó desde el umbral de la puerta, después de haber recogido a toda prisa sus bártulos.

—¡Gracias! —grité antes de que desapareciera.

Jenna reapareció en mi puerta y me guiñó un ojo.

—Yo ya he cumplido con mi parte, ahora ha llegado tu turno. Buena suerte.

—¡Jenna! —Un impulso me obligó a retenerla antes de que cerrara la puerta—. No le cuentes a nadie lo que te he dicho, por favor.

Jenna me sonrió con una expresión de complicidad. No tenía ni idea de por qué necesitaba ocultar lo que había pasado, pero algo me sugería que ni siquiera yo conocía todas las respuestas.

24. Intimidaciones

Hacia más de una hora que Jenna se había ido de mi casa. El reloj marcaba las 18:45. Peter llegaría de un momento a otro.

El timbre sonó antes de lo que pensaba. Me puse las bailarinas y bajé las escaleras a toda prisa para encontrar a Peter en la puerta de entrada.

El estupor se leía en su rostro mientras me miraba con sorpresa y mi madre comprobaba satisfecha su reacción. Peter no estaba acostumbrado a verme tan elegante. O quizás algo había cambiado en él desde la última vez que me había visto así.

—Wow... —exclamó sin esconder su asombro—. No tengo palabras. ¿Qué has hecho con mi Gemma?

La mirada de mi madre se cruzó con la mía y un hilo de rubor vibró en el aire. Peter se puso rojo cuando se dio cuenta del modo afectuoso en que había insinuado que yo era suya.

Le di una palmada en el hombro para romper la tensión mientras mi madre sacaba algunas fotos con mi cámara réflex.

—Quizá te parezca imposible, pero yo también puedo ser femenina, de vez en cuando. Vamos. —Tiré de un extremo de su chaqueta negra—. O llegaremos tarde.

Si no fuera por mi obsesión con Evan, aquella noche me habría quedado prendada de Peter. Yo tampoco estaba acostumbrada a verlo vestido de traje oscuro; calzaba deportivas y llevaba la camisa demasiado por fuera de los pantalones, pero aun así podría decirse que iba elegante. A pesar de todo, me había acostumbrado a un estándar demasiado alto como para dejarme fascinar por él.

—¡Adiós, señora Bloom! —Peter se despedía desde la puerta mientras se dejaba arrastrar.

—¡Divertíos! —Mi madre tuvo que gritar desde casa mientras Peter ponía en marcha el coche que había alquilado.

El trayecto para llegar a la escuela me pareció interminable. De vez en cuando comprobaba por dónde íbamos para asegurarme de que Peter no había optado por una ruta más larga.

Siempre había ido al baile con él, pero era la primera vez que me preocupaba por sus expectativas. No me sentía a gusto en aquel habitáculo, que parecía más estrecho de lo que era en realidad, y que apenas contenía la tensión que emanaba de nuestros cuerpos.

Veía claramente las esperanzas que Peter alimentaba aquella noche y saber que no podría corresponderle me hacía sentir mal. Había perdido a mi mejor amigo.

—No hacía falta... Quiero decir... Podrías haber cogido el coche de tu padre —murmuré para romper la tensión—, como el año pasado.

—Esta noche no —replicó, dejando traslucir sus expectativas—. Estás muy elegante.

Me mordí el labio inferior, pero me detuve enseguida al sentir el extraño gusto del brillo de labios.

—Tú también —respondí con timidez—. ¿Dónde ha acabado tu corbata?

La sonrisa de Peter se deshizo mientras me miraba de reojo.

—¡Yo no llevo corbatas! —exclamó resoplando, burlándose de sí mismo.

Le di las gracias al cielo en silencio cuando el coche aparcó en el colegio. No me sentía capaz de

gestionar aquella nueva relación con él en la que, a mi pesar, nuestra amistad iba a menos.

Peter me abrió la puerta del coche y me ofreció su mano para ayudarme a bajar. Aunque el contacto con él era confortable y habitual, sólo pensaba en Evan mientras nos dirigíamos al gimnasio, transformado en sala de baile para la ocasión.

Unos chicos fornidos vestidos de negro abrieron la puerta y comprobaron las entradas. La cálida luz del interior me obligó a contemplar la alfombra roja que habían puesto en la entrada y que recorría toda la sala. Una ansiedad repentina estuvo a punto de acabar conmigo. Respiré hondo mientras mi corazón latía vacilante ante la idea de volver a ver a Evan.

En mi cabeza sólo estaba Evan y me moría de ganas de él.

Después de respirar profundamente, crucé la puerta. Todo estaba decorado con tanta elegancia que costaba creer que se trataba del gimnasio. Los colores tan familiares de nuestra escuela, el azul y el amarillo de las paredes, apenas se notaban; estaban recubiertos de terciopelo rojo que caía del techo y recorrían todo el perímetro de la sala. Del techo también pendía una enorme lámpara de lágrimas de cristal que brillaba al reflejar la luz. Una larga alfombra roja, imponente y majestuosa, cruzaba toda la sala y hacía las veces de perfecta pasarela sobre la que desfilan para las fotos de rigor.

Todavía era pronto, pero la sala estaba repleta.

Mi primer instinto fue buscar su rostro entre la multitud. Con la mirada, pasé revista a toda la pista de baile.

—¿Buscas a alguien? —Peter no ocultó el reproche en su voz.

—No empieces, Peter.

—Podría decirte lo mismo. Estás aquí conmigo, no te olvides. Voy a buscar a los demás, creo que esta noche necesitaré algo más fuerte que el ponche. Quizás me emborrache un poco antes de volver, así podré fingir mejor que te importo algo...

—Peter, no lo estropees, por favor.

—No hace falta, te estás encargando tú solita.

Peter se alejó y me dejó con el ánimo por los suelos. Prácticamente no lo reconocía. Lo seguí con la vista; al otro lado del gimnasio me encontré con la mirada gélida de Ginebra.

Era imposible no verla: brillaba como un faro encendido en plena noche. Una estrella al estilo de Hollywood. Atraía la mirada de todos los presentes; incluso las chicas no dejaban de observarla a ella y a la luz que desprendía. Nadie podía culparlos, Ginebra te dejaba de piedra envuelta en aquella ropa como una sirena fascinante. Su vestido blanco perla, desflecado, muy fino y elegante, le confería la apariencia de un ángel recién llegado de la luna. El resplandor con que brillaba entre la multitud la hacía parecer un cometa entre simples estrellas. Los volantes le caían suavemente alrededor del cuerpo, se ajustaban sobre las rodillas y dejaban entrever sus piernas largas y sensuales. La parte posterior del vestido se alargaba en una cola vaporosa, como si fuera un fénix plateado, en lugar de color fuego. Su melena dorada caía sobre sus hombros en una miríada de mechones ondulados y brillantes. En el cuello lucía un vistoso collar bastante fino y con forma de serpiente que se anudaba sobre su pecho de modo amenazador.

Por muy elegante que me sintiera, ver a Ginebra aquella noche infligió un duro golpe a mi autoestima.

Incapaz de escapar de la profunda incomodidad en la que había caído, me acerqué a la mesa de aperitivos, decidida a ahogar mi decepción en el ponche, junto a la esperanza de que Evan tendría «ojos sólo para mí», como Jenna me había asegurado.

Desilusionada, empecé a plantearme seriamente si tenía que reconsiderar el interés de Peter. Evan

estaba fuera de mi alcance.

A decir verdad, era demasiado para cualquiera que no fuera Ginebra.

Cuando un pequeño círculo de personas que la rodeaban se apartó, por fin vi a Evan y de golpe, la luz que emanaba de Ginebra se atenuó, eclipsada por la fuerza con que su fascinación oscura me atraía.

Aquella noche era difícil no verlo. Sobre todo porque Evan era el único que no llevaba traje. Vestía un pantalón normal, que lo hacía más atractivo, y una camiseta gris oscuro con las mangas remangadas hasta los codos y que mostraba su tatuaje negro en el brazo. Pero no era su vestimenta lo que monopolizaba mi interés.

Tenía que admitirlo: Ginebra y él eran una estampa perfecta. La clásica pareja a la que envidiar.

Tal vez alguien le había echado alcohol al ponche, porque de repente la cabeza empezó a darme vueltas. O quizás se debía a pensar en ellos dos. No conseguía aceptarlo, me sentía ridícula por haber creído que Evan pudiera interesarse en alguien como yo. No dejaba de ser la empollona a la que pedir los apuntes, y Evan era guapo como un ángel.

Incapaz de apartar la mirada de él, me camuflé entre la multitud para contemplarlo sin reparos, segura de que no me pillaría por toda la gente que me rodeaba. Ginebra movía los labios sin cesar y Evan la escuchaba con interés, sin abrir la boca. A juzgar por su expresión, sus palabras lo divertían y molestaban a la vez. No podía despegar los ojos de sus sensuales labios ni de sus ojos irresistibles y sexys...

Sin previo aviso, Evan se giró para mirarme y me pilló de pleno. Mi corazón dio un vuelco. Se había dado la vuelta tan rápido que no me dio tiempo de disimular.

Sus ojos me encontraron al instante, como si supieran muy bien dónde buscar, pero no había reparado en mí, estaba segura.

Fuera de control, mis labios se apretaron torpemente a modo de saludo. Evan, a su vez, inclinó la cabeza con los ojos clavados en mí. Un ángulo de su boca se levantó para formar la sonrisa más seductora que había visto nunca.

Su mirada era amable, como la recordaba, pero aquella sensualidad en sus labios era algo nuevo y me hizo enloquecer.

A pesar de la notable distancia, nuestros ojos estaban clavados en los del otro. Era como si todo el mundo a nuestro alrededor hubiese desaparecido y un hilo invisible uniera mi corazón al suyo.

Ginebra hacía sentir su presencia y me distrajo de Evan. La vi de reojo mientras nos observaba contrariada, alternando la mirada entre él y yo hasta que con ojos punzantes como cuchillas, cortó el hilo que nos unía y llamó la atención de Evan.

Cuando se vio obligado a apartar la vista de mí, volví al ponche y llené el vaso que tenía vacío entre las manos. ¿Lo había vaciado yo? Ni siquiera me acordaba.

No me apetecía participar en aquel baile; mis esperanzas se habían esfumado y las miradas intimidatorias de Ginebra no ayudaban. Y yo había frustrado los deseos de Peter. Por cierto, ¿dónde se había metido? Lo había perdido de vista. Ni él ni yo tendríamos lo que queríamos esa noche. En el fondo esperaba que al menos hubiese encontrado compañía; la pista de baile estaba llena de chicas espectaculares que darían lo que fuera por estar con él. Ninguna se lo merecía. Quizás no existía una chica que se lo mereciera. Ni siquiera yo era digna de sus atenciones.

—¡Eh, muñeca!

Una voz masculina, fuerte y arrogante, me sacó de mis pensamientos. Estaba cerca. Demasiado, a decir verdad. Estaba justo detrás de mí pero el ponche me había afectado bastante y no lograba

identificarle Seguro que habían echado más de una botella en aquel ponche. Alcé la mirada de la mesa e incliné ligeramente la cabeza. Me quedé escuchando de espaldas, por miedo a encontrarme con él.

De reojo reconocí los rasgos. Hombros de nadador, melena rubia ceniza, ojos furtivos y cerúleos. Daryl Donovan. El rey del Winter Carnival, la competición deportiva que se celebraba cada febrero en la escuela, además del líder del equipo de hockey.

«Y va a por mí».

Cualquier otra chica se hubiese sentido halagada por sus atenciones, pero yo me debatía entre el desprecio hacia su arrogancia y el temor por la posibilidad de que Evan pudiera verme con él y malinterpretara las cosas.

Lo ignoré y me volví a concentrar en la mesa que tenía delante, esperando que mi indiferencia lo alejara de allí. Por el contrario, se hizo más presente aún. Se acercaba por detrás de mí como un oso a la caza. Lo tenía tan cerca que notaba el alcohol en su aliento.

—Estás hecha toda una belleza esta noche —me susurró directamente al oído.

El tono de voz quería ser sensual, pero causó el efecto opuesto. Un estremecimiento de repugnancia me recorrió la espalda. Sentí un amago de vómito a causa de su olor nauseabundo.

Descubrí con espanto que mi indiferencia no hacía más que divertirlo y excitarlo todavía más. Seguramente no estaba acostumbrado a que lo rechazaran.

—¿Se puede saber dónde te habías escondido? Una florecilla como tú sólo espera que la recojan —murmuró, acercándose hasta tocarme con el pecho.

Asqueada por aquel breve contacto, me giré e intenté empujarlo con las manos, pero era demasiado fuerte y no lo moví ni un milímetro. Aunque a duras penas se mantenía en pie por el alcohol, seguía siendo demasiado para mí.

—¡Apártate! —le dije, horrorizada.

—¡Venga! —insistió, jovialmente, mientras seguía acercándose—. Sólo quiero pasarlo bien contigo esta noche...

Lo encontraba repugnante. Era cada vez más arrogante y descarado. Empecé a temer que no podría pararle los pies.

Miré a mi alrededor buscando ayuda con la mirada, pero nadie parecía interesarse en nosotros. Gritar parecía inútil porque la música estaba demasiado alta y nadie nos oiría. Era demasiado corpulento para mí y si hubiera querido, me hubiese arrastrado a la fuerza sin que nadie pudiera impedirselo. Ninguno de los presentes se atrevería a meterse con él. Daryl era un pez gordo en el colegio, y también un buscapeleas. Mi rechazo no hacía más que excitarlo. Había hecho una apuesta consigo mismo, lo percibía en el brillo de sus ojos.

El pánico empezó a apoderarse de mí. Intenté esconderlo, pero no sabía si sería capaz de disimular.

—¿Sabes cuántas chicas desearían estar en tu lugar? —preguntó enfadado. Ardía por la excitación, podía notarlo. Empezaba a perder el control.

—¡Te he dicho que me dejes en paz! —grité presa de una consternación creciente, con las lágrimas a punto de derramarse. ¿Dónde estaba Peter? Él se hubiese deshecho de Daryl en un momento.

—Venga, suéltate un poco... Sé que tú también lo quieres. Te prometo que no te arrepentirás —jadeó con la voz ronca por la excitación.

Estaba entre la espada y la pared. Daryl se acercaba cada vez más y mis intentos por alejarlo eran

inútiles. No podía caminar hacia atrás porque la mesa me lo impedía. Delante, su cuerpo robusto y poderoso.

—No te hagas la estrecha —susurró, echándome el aliento en la cara.

Cansado de mis negativas, levantó una mano en dirección a mi cuello, pero sus reflejos eran lentos y la mano osciló en el aire, dejándome tiempo para intuir que quería agarrarme por la nuca y apoyar sus labios babosos en los míos.

Incapaz de quitármelo de encima, cerré los ojos, asqueada y resignada, pero no pasó nada. Los abrí y me quedé de piedra al ver el tatuaje que decoraba el brazo que había parado con decisión la mano de Daryl justo antes de que tocara mi piel.

—No. La. Toques —amenazó Evan, dejándome muda mientras todavía sujetaba la muñeca de un Daryl confundido por su presencia. La mirada de Evan ardía como el fuego, y daba la impresión de que quisiera reducir al chico a cenizas.

—¿Y tú quién eres, su novio? —preguntó Daryl, irritado. El alcohol le había impedido detectar la amenaza en su voz.

Aquella suposición relajó unos instantes los rasgos enfurecidos de Evan y sus ojos se deslizaron hacia mí. Un solo y único momento en que nuestras miradas compartieron el tácito deseo que las oprimía. Por un segundo, el calor que me había transmitido concedió un poco de espacio a la esperanza de que él sintiera lo mismo por mí.

Y por un segundo, quizás por cómo me protegía cada vez que lo necesitaba o tal vez porque yo lo deseaba con todas mis fuerzas, sólo durante aquel único y breve instante, lo sentí como si fuera mío. Yo era suya desde siempre, pero él nunca lo sabría.

Después su expresión volvió a parecer sanguinaria, como si luchara contra las ganas de matarlo.

—Créeme. —Evan esbozó una media sonrisa cautivadora mientras seguía fulminando con la mirada a Daryl—. Soy alguien con quien no quieres tener nada que ver —advirtió apretando los dientes—. Aléjate de ella.

El gruñido autoritario de Evan sonó como una orden, pero hubiese sido mejor que Daryl lo entendiera como una advertencia.

A pesar de su requerimiento, Evan le apretaba la muñeca con tanta fuerza a Daryl que éste no podía moverse. Estaba segura de que, si Evan seguía así, se la rompería. Tenía la impresión de estar escuchando cómo se hacían añicos sus huesos, como si los estuviera triturando, aunque Daryl no mostraba signo alguno de dolor en su rostro orgulloso. La expresión del chico era de desconcierto, como si ya no supiese dónde estaba. Seguramente Daryl se había sorprendido no sólo porque aquel chico se hubiese atrevido a desafiarlo, sino porque no tenía intención de soltar la presa. Mantenía la mirada afilada en él, dispuesto a cortarlo en cualquier momento, como un puma que observa a su presa antes de lanzarse sobre ella y destruirla.

Miré con intención a Evan, para sugerirle que era suficiente. Sus ojos, oscuros y feroces, seguían clavados en los de Daryl. Me hundí en un pozo oscuro, como si estuviera bajo hipnosis, mientras un insólito matiz imperceptible atravesaba sus ojos. La expresión de Daryl cambió radicalmente, como si se hubiera despertado de la borrachera en aquel instante y ya lúcido, se hubiese percatado de la amenaza en los ojos de Evan. De repente, Daryl parecía aterrorizado, como si lo hubiera asustado una conversación muda que hubiesen mantenido sólo ellos dos y que yo no había presenciado.

—De acuerdo, amigo, déjame ir.

No podía creer el miedo que desgarraba la voz temblorosa de Daryl mientras le suplicaba a Evan que lo dejara ir. Se trataba de *Daryl Donovan*.

Entonces Evan soltó bruscamente la presa, y Daryl retrocedió sin darse la vuelta. Sólo se giró cuando estuvo seguro de haber cogido unos metros de distancia.

Suspiré de alivio al verlo desaparecer entre la multitud.

El rostro de Evan se relajó y me sonrió, tranquilizador.

—¿Todo bien? —me preguntó con una voz de lo más atenta.

—Creo que sí —respondí, aún afectada por su presencia.

Ni siquiera el terror del momento precedente había acelerado tanto mis latidos como la emoción que me había provocado su sonrisa.

Ese día había visto dos facetas de Evan totalmente opuestas.

Duro y autoritario con los demás. Dulce y atento conmigo.

Su expresión mutaba por completo cuando me hablaba a mí. Ni siquiera con Ginebra era tan... *protector*. Aquella idea me fundió el corazón.

La música desenfundada, que unos momentos antes rebotaba en las paredes, se había atenuado y sonaba más dulce y suave.

—No veo a tu caballero... —La mirada seductora de Evan, clavada en la mía, me hizo vacilar—. Te he librado de ese tipo asqueroso. ¿Puedo pedirte algo, a cambio?

Su pregunta me dejó perpleja. No imaginaba qué querría pedirme, pero la respuesta llegó antes de que pudiera preguntárselo y me dejó de piedra.

—¿Me concederías un baile? —susurró, ofreciéndome su mano sin apartar la vista ni un solo instante. Era una mirada negra y seductora en la que leía la promesa de lugares prohibidos e inaccesibles para cualquier otra persona. Una mirada en la que sabía que podía perderme.

Antes de que el cerebro elaborara una respuesta, mi mano se movió siguiendo un impulso de pura emoción y se posó delicadamente en la suya.

Con la intensidad de un dardo de fuego, un temblor recorrió mi cuerpo al contacto con su piel.

Quién sabe durante cuánto tiempo y lo mucho que había deseado y soñado ese momento, pero la timidez me bloqueaba, impidiéndome acercarme a él.

Percibía la electricidad en el ambiente, igual que si mi cuerpo estuviese atraído magnéticamente por el suyo, pero cada vez que intentaba llenar aquel espacio, una sacudida me atravesaba como un rayo; una atracción tan fuerte que podría haber provocado un apagón en toda la ciudad.

Las luces se habían atenuado y ahora eran de color ámbar, como si la sala estuviera iluminada por velas.

Evan sujetaba mi mano en la suya mientras nuestros cuerpos se movían al ritmo de aquella música evanescente y un violín vibraba en el aire dibujando un motivo triste, intenso y desesperado pero increíblemente dulce.

—Nunca había escuchado esta pieza —dije entre las notas de aquella armonía para romper un silencio en el que, en realidad, me sentía a gusto. Era como si aquella canción penetrara en mí. Como si él fuera la canción. Fascinante, oscura y misteriosa a la vez. Estaba dentro de mí, la sentía.

—¿Te gusta de verdad? —Sus ojos, afilados, me sonrieron de un modo indescifrable.

—Es preciosa. ¿Sabes de quién es?

—Es nuestra —replicó con una sonrisa—. Es nuestra canción —afirmó con la mirada más tierna que había visto jamás. Apoyé la otra mano en su pecho para disipar la alteración que me habían provocado aquellas palabras. Evan me observaba con más insistencia que de costumbre. Incapaz de sostener su mirada, me fijé en la plaquita que llevaba al cuello. Me ponía roja cada vez que la veía.

Tenía que ser importante si no se la quitaba nunca.

Evan me rodeaba la espalda con delicadeza, moviéndose como un caballero de otros tiempos. Notaba el peso de su mirada en mí, pero no me atrevía a enfrentarme a ella. No desde tan cerca. Si levantaba la vista, me perdería para siempre en él y en sus ojos profundos y oscuros como el universo. De repente el contacto suave de su mano se volvió más firme y con un movimiento fluido pero resuelto me acercó a él. Contuve el aliento por la emoción. La sangre me subió a la cabeza y sentí vértigo. Lo miré.

Cada parte de su cuerpo me tocaba y los ojos se me deshacían como miel en el fuego. La mano que sujetaba la mía se apretó con más fuerza, como si él sintiera lo mismo.

Estaba ebria de aquellas sensaciones, fuera de control, a merced de su mirada. Un estado febril del que no quería reponerme.

Cada latido de mi corazón me llevaba hacia él.

Cada molécula de mí le pertenecía.

Notaba su calidez a través de la ropa.

No.

Era yo la que estaba ardiendo.

Bajé la mirada un instante y me detuve en sus labios carnosos y magnéticos.

La sangre me hervía en las venas por el deseo de sentirlos en los míos.

«*Esta noche me has dejado sin respiración*».

Su voz me invadió como un susurro y me envolvió en terciopelo negro.

Aturdida, lo miré a esos ojos sonrientes para entender cómo lo había hecho. Había oído su voz susurrándome, pero no había movido la boca. *Estaba segura porque lo estaba mirando*. ¿Mi obsesión por él me confundía hasta tal punto?

¿Había oído aquellas palabras en mi cabeza por el deseo de escucharlas?

Evan respondió a mi preocupación con una sonrisa tranquilizadora.

Sentí la necesidad imperiosa de decir algo, al menos para distraerme de las ganas de morderle los labios. Estaba a punto de perder el control de mis acciones.

—Aún no te he dado las gracias por lo de hoy. Me has salvado la vida. Dos veces.

—Estás bailando conmigo, es suficiente —replicó sin dudar y con una sonrisa seductora.

—Por favor, no me mires así... —le supliqué, con un nudo en la garganta por el modo en que su cálida mirada se posaba constantemente sobre mí. Las palabras se me habían escapado sin darme cuenta.

—¿Por qué? —preguntó, con una expresión socarrona y una pequeña arruga bajo los ojos que hizo que me deshiciera aún más que su voz.

¿Qué podía decirle, que iba a volverme loca?

Sin darme cuenta, aquella parte de mí con tendencias autodestructivas me hizo apartarme de él. Un poco más allá, Peter nos estaba mirando, con sus ojos llenos de furia y resignación al mismo tiempo. Se terminó la copa de un trago sin despegar la vista de mí. Apretó el puño y el vaso de plástico se retorció en su mano. Me miró una última vez, como si quisiera despedirse, y después se dispersó entre la gente. Tendría que haberlo detenido, pero sentía que mi lugar era aquel, con Evan.

Después me crucé con la mirada de Ginebra, que nos observaba de lejos con expresión furiosa.

El lugar de Evan, a mi pesar, no estaba conmigo.

Me arrepentí por haberme distraído y el sentimiento de culpa afloró de nuevo; del pequeño

mundo mágico en el que nos habíamos refugiado, habíamos vuelto a la realidad, y era sólo culpa mía. La tristeza se apoderó de mí.

—Ginebra te espera —murmuré, destrozada, señalándola con un gesto.

Los labios de Evan se curvaron hacia arriba, como si se estuviera riendo por algo que sólo él sabía. Era la sonrisa más sensual que había visto, y el tiempo se detuvo por unos instantes. Me retuvo, como si quisiera impedir que me escapara. Me acarició con suavidad el hombro mientras, con una dulzura insoportable, me apartaba el pelo del cuello. Después su boca se acercó a mi oreja hasta tocarla.

—Ginebra no me importa nada. ¿Aún no te has dado cuenta? —susurró amablemente.

Me estremecí al sentir su cálido aliento en la piel. Me iba a deshacer. Esta vez estaba segura de que sí había hablado. Aquel leve soplido lo demostraba. Había perdido la cuenta de las veces que había deseado oír aquellas palabras pronunciadas por sus labios.

Nuestras frentes se acercaron hasta tocarse. Sentir el contacto con su cuerpo me hacía temblar y me devolvía a mi sueño.

—Me gustaría estar contigo —susurró con un hilo de voz—. Si pudiera escoger...

Como un hechizo convertido en condena, mi corazón se hizo pedazos. Examiné sus ojos en busca de respuestas, pero la tristeza que los había invadido me dejó sin aire.

—¿No puedes? —pregunté, decepcionada, por un impulso que no fui capaz de reprimir—. ¿Es por Ginebra?

Evan apoyó con más fuerza su frente en la mía y cerró los ojos, vencido por aquel nuevo sentimiento.

No entendía el porqué de aquel cambio de humor repentino. ¿Qué le preocupaba ahora?

—Ginebra no tiene nada que ver. No existe un mundo en el que podamos estar juntos, Gemma.

Su rechazo me hirió como una cuchilla de hielo.

A las palabras que tanto había anhelado le habían seguido las que nunca hubiese querido oír.

—¿Por qué? —pregunté, confusa y consternada.

Si Ginebra no era el problema, ¿qué le impedía estar conmigo?

—No... no puedo explicártelo, lo siento —dijo con voz rota, incapaz de mirarme a los ojos—. Es complicado. —Su frente volvió a apoyarse en la mía. Su mirada reflejaba una renuncia dolorosa—. Sólo Dios sabe cuánto me gustaría, pero no puedo.

La intensidad de sus emociones me arrastró al recuerdo de mi sueño. Tenía la impresión de haber vivido ya aquella escena, mientras Evan cerraba los ojos para evitar mirarme. Y no me gustaba nada cómo acababa la cosa.

—No puedes decirme que me quieres y dejarme así —murmuré, desesperada esforzándome por mantener a raya el nudo en la garganta y las lágrimas que luchaban por salir.

Había ansiado escuchar esa confesión desde hacía tiempo y no estaba dispuesta a renunciar a él después de descubrir que me deseaba con la misma intensidad.

Su mandíbula se tensó y algo en su expresión cambió radicalmente. Su mirada me dejó de piedra mientras sus ojos, intensos hasta unos momentos antes, se llenaban de veneno oscuro. Parecía como si me hubiera perdido algo. Evan miraba al vacío, pero estaba concentrado en algo, alerta con unos sentidos que yo ignoraba. Inclino el rostro y escuchó con atención.

Ginebra apareció de repente y se acercó a Evan. Estaba nerviosa.

—Está aquí. —La solemnidad de su voz me estremeció.

—Lo sé —respondió Evan decidido, bajando la cara. Su mirada transmitía una preocupación incontenible. Nunca había visto sus ojos tan intensos y oscuros, ni siquiera cuando había estado a punto de ser atropellada. Una nube los cubrió de un velo. Un velo de *miedo*.

—¿Qué hacemos? —Ginebra lo miraba de cerca, presa de los nervios.

Evan apretó los puños y tensó todavía más la mandíbula.

—Tengo que llevármela de aquí —afirmó.

—¿Qué pasa? —me entrometí, ansiosa porque me sentía excluida de la conversación.

Ninguno de los dos me prestó atención. Como si me hubiera vuelto invisible.

—Vuelvo en un momento —advirtió Evan con una mirada preocupada que inspeccionaba la sala

—. Me encargo yo. Tú ocúpate de ella. No la pierdas de vista —ordenó con severidad.

Ginebra accedió sin discutir, asintiendo con la cabeza mientras yo no entendía nada. No lograba descifrar lo que quería decir.

¿Por qué era todo tan complicado y confuso con Evan?

De repente tomó mi cara entre sus manos y me miró fijamente a los ojos con una intensidad sin igual, como si estuviera a punto de besarme.

—Tienes que confiar en mí —murmuró.

Mi cuerpo se petrificó mientras se alejaba a toda prisa entre la multitud.

25. Ajuste de cuentas

Evan se alejó y me dejó con Ginebra. El mero hecho de quedarme con ella me hacía estremecer.

La tensión entre nosotras era palpable; nunca habíamos estado a solas y eso lo hacía todo más extraño.

—No hay tiempo para explicaciones. —Su advertencia me dejó aturdida, como si me regañara por lo que estaba pensando—. Tienes que venir conmigo —me ordenó, cogiéndome de la mano antes de que pudiera oponerme.

Cuando sus dedos tocaron los míos percibí una extraña sensación en mi cuerpo. Una conexión potente y *familiar*. Como si, con aquel contacto, mi sangre se hubiese mezclado con la suya. Fue una impresión tan fuerte que aparté la mano. Ginebra se giró para mirarme, como si hubiese percibido la misma energía.

—No hay tiempo —repitió con severidad.

El pánico amenazaba con enloquecerme. ¿Qué diablos estaba pasando? ¿Por qué Ginebra me llevaba a rastras por la pista de baile? ¿Y por qué yo se lo permitía?

En el fondo había una respuesta. Evan me había pedido que me fiara de él y para eso, tenía que seguir a Ginebra.

Mientras nos deslizábamos sin decir palabra entre la gente, como peces nadando a contracorriente, un ruido estrepitoso y agudo, parecido al chisporroteo de cables eléctricos, me incendió el corazón. Busqué de dónde procedía, pero Ginebra seguía tirando de mí y no me dejó ralentizar el paso. Eché un vistazo y alcancé a ver las miríadas de chispas azules y rojas que salían de los enormes altavoces, como fuegos artificiales, mientras la gente se asustaba y se ponía nerviosa. La luz empezó a fallar y al final se apagó, dejando la sala a oscuras y a los chicos gritando. Debía de tratarse de un cortocircuito.

Ginebra se detuvo de golpe y me apretó la mano. La falta de luz me impedía verla y los gritos de la gente me confundían.

—¡Cuidado! —chilló.

Luego todo pasó muy rápido, sin dejarme tiempo para reaccionar. Me soltó la mano y algo me arrolló con fuerza, como si un jugador de fútbol me hubiese hecho un placaje. Durante unos instantes no sentí el suelo bajo los pies. Luego llegó el estruendo. Ensordecedor. El ruido agudo y helador de miles de vasos arrojados contra la pared.

Al principio aquel empujón no me había parecido tan fuerte, pero después noté un dolor en el brazo mientras me daba cuenta de que el suelo estaba demasiado cerca, porque estaba tirada en él.

La luz de emergencia azul iluminó la sala y desencadenó un creciente murmullo entre la gente.

Busqué a Ginebra con la mirada, aturdida por la confusión que se había creado en el gimnasio, y me quedé pasmada al verla al otro lado de la sala, muy lejos de mí. ¿Cómo lo había hecho para empujarme tan fuerte? ¿Y *por qué*?

Desconcertada y asustada, miré a mi alrededor y la sangre se me heló en las venas.

Miles de trocitos de cristal recubrían el suelo del gimnasio. Algunos de mis compañeros intentaban detener la sangre que brotaba de sus brazos, otros tenían heridas en las piernas y los

pantalones rasgados por las esquirlas puntiagudas. Mi corazón estuvo a punto de detenerse cuando recorrí la sala con la vista y a los pies de Ginebra descubrí el esqueleto de la enorme lámpara de cristal que iluminaba la sala. Ahora yacía en el suelo, destrozada. Palidecí al comprender que Ginebra acababa de salvarme la vida. Me había empujado para apartarme de la trayectoria de la lámpara, lo suficientemente lejos como para impedir que los cristales me alcanzaran, aunque no entendía cómo lo había conseguido.

Nos separaba una distancia considerable. Y entonces mi mirada aterrorizada se unió a la suya, haciéndome olvidar todo lo demás. Las rodillas me temblaban, amenazando con no sostener mi peso, pero Ginebra cruzó el gimnasio a grandes zancadas y me ayudó a ponerme en pie. Su mirada no traslucía ninguna emoción, como si llevara una máscara de cera.

—No hay tiempo para agradecimientos —me soltó sin preocuparse por cómo estaba—. ¡Tenemos que irnos, Gemma! —Volvió a moverme y yo tuve que esforzarme por no caer en un estado de inconsciencia y apatía.

Tenía la garganta tan seca que era como si me hubiese tragado cristales. No sabía qué estaba pasando, pero parecía algo mucho peor que un simple cortocircuito. Algo que había puesto en alerta a Evan y a Ginebra. Algo que tenía que ver *conmigo*. Ginebra no me contaría nada, tendría que guardarme las preguntas para Evan. Él *tenía* que darme una explicación.

En lugar de salir por la puerta del gimnasio, Ginebra me arrastró hasta el pasillo. Tenía un aspecto siniestro e inquietante. El parpadeo de las luces de neón aumentaba mi nerviosismo. Era como si me encontrara en una de las películas de miedo que veía con Peter. El comportamiento ambiguo de Evan y Ginebra, sus miradas atemorizadas y sobre todo, no entender lo que pasaba contribuían a que mi terror fuera a más. Recorrimos el largo pasillo de la escuela a paso ligero.

—Vale, tienes que decirme lo que está pasando —me impuse, pero mi voz temblaba, delatando mi inquietud.

—¡Tenemos que salir de aquí, no podrá retenerlo durante mucho más tiempo! —Ginebra no ocultó su preocupación y alimentó los nervios que me oprimían el pecho.

La luz de la luna se expandía más allá de las cristaleras de la entrada y proyectaba un halo espectral en el pasillo. Me obligué a acelerar el paso, consciente de que la puerta era nuestra única vía de escape, aunque desconocía de quién o de *qué* estábamos huyendo.

La intensidad con que el pánico se apoderó de mí en el último tramo de escaleras hizo que me soltara de la mano de Ginebra. Me lancé contra la salida de emergencia, empujando con fuerza la puerta; mi pánico ya había alcanzado las estrellas. Al cruzar el umbral, me giré de golpe hacia Ginebra, que casi me había alcanzado, pero su rostro se petrificó en una máscara de terror.

—¡No! —El grito resonó en el pasillo; Ginebra clavó la mirada en algo que había a mis espaldas. Me giré de golpe, pero la puerta se cerró con violencia, impidiendo que Ginebra saliera. Intenté abrirla con todas mis fuerzas, pero parecía bloqueada y me quedé fuera. A oscuras. Sola.

La miré aterrorizada a través del cristal mientras las dos intentábamos forzarla.

—¡Huye! —Su grito resignado me llegó a través del vidrio. Pero más que su voz, lo que me asustó fue su mirada gélida, que se había perdido en el vacío que había a mi espalda.

Me giré, aterrorizada, pero lo único que vi fue la oscuridad amenazadora.

Si se trataba de una broma, no tenía ninguna gracia. De no ser por el miedo auténtico de Ginebra, hubiese creído que estaba en un capítulo de *Scare Tactics*.

—¡Corre, Gemma, escapa de aquí!

Su voz me confundía y me arrojaba a las garras del pánico.

Me alejé de la puerta, pero mis piernas estaban atrofiadas por el miedo y me quedé inmóvil sobre el cemento. No me explicaba por qué había tan poca luz; el cortocircuito tenía que haber hecho estragos en toda la zona. Estaba indecisa sobre qué hacer, pero intuía que debía seguir las órdenes de Ginebra.

De repente algo se movió entre los árboles, siniestro e inquietante.

Me repetí una y otra vez que aquello era demasiado absurdo como para ser real mientras mis ojos intentaban acostumbrarse a la espesa oscuridad de la noche.

Una silueta cruzó la calle a toda prisa y mi corazón se detuvo. Dejé de respirar para no hacer ruido, aun a riesgo de ahogarme.

En un espasmo de terror, obligué a mis piernas a alejarse de aquel edificio; mientras, Ginebra parecía cada vez más horrorizada. Y destrozada, por no poder ayudarme.

Empecé a correr sin meta, escuchando mi respiración jadeante en el silencio. Mis pasos sobre el asfalto resonaban en la calle, provocando un sonido lúgubre e inquietante. Tan sólo quería alejarme de allí, escapar de aquella pesadilla.

A punto de quedarme sin fuerzas, me detuve para coger aire y apoyé las manos en las rodillas. Cuando por fin creía que estaba sola, los faros de un coche se encendieron de golpe y me cegaron por completo. Me puse la mano frente a los ojos, aturdida por el haz de luz que proyectaban en mi dirección y que me impedían ver nada.

¿Quién diablos había en aquel coche? ¿Y qué le había hecho yo?

El rugido del motor al arrancar rompió el silencio bruscamente.

Fuera quien fuera, tenía la intención de darme un susto de muerte. Como si no estuviera ya bastante aterrada.

Apretaba el acelerador a intervalos sin soltar el embrague, cada vez con más agresividad.

Cada acelerón era como un latigazo. Quería despertarme de aquella pesadilla cuanto antes.

El motor estaba muy revolucionado, pero no adiviné las intenciones del conductor hasta que los neumáticos derraparon sobre el asfalto.

La persona que estaba al volante no quería asustarme.

Quería matarme.

Dos veces en un mismo día. Empezaba a pensar que la muerte me estaba persiguiendo.

Las ruedas giraban en el vacío, cada vez más frenéticas.

Noté el olor a goma quemada. El coche estaba a punto de salir disparado hacia mí, como un muelle enloquecido, pero poco antes de que el conductor levantara el pie del embrague, el sonido agudo de los neumáticos quedó cubierto por otro aún más feroz que provenía de otra dirección.

Me giré y una moto negra apareció en la calle mientras mi corazón se colapsaba al reconocerla. Frenó con un derrape y se quedó a un centímetro de mí, dejándome sin aliento. Levanté la mirada y ahí estaba él.

—¡Sube! —me ordenó Evan.

Sin pensármelo dos veces, me agarré a su brazo y cogí impulso para montarme en el asiento posterior. El coche se precipitó hacia nosotros con la velocidad de una flecha lanzada por un hábil arquero.

Evan dio gas y la moto se elevó al partir. Me agarré a su pecho rodeándolo con los brazos mientras recorríamos el asfalto a una velocidad inhumana con la intención de despistar al coche. Debería estar aterrorizada, pero cuando apareció Evan mi miedo se eclipsó. Me sentía protegida; una

profunda seguridad me había invadido.

Me giré y reconocí el vehículo: un deportivo Viper de color rojo flamante que había visto aparcado en el colegio. Algunos chicos hablaban del coche, pero nunca me había interesado lo suficiente como para averiguar de quién era. Miré más allá del parabrisas, pero no pude identificar al conductor.

En pocos segundos, Lake Placid había desaparecido a nuestras espaldas junto a sus luces, proyectando nuestras sombras en el asfalto mientras circulábamos a toda velocidad por la Old Military Road hacia Saranac Lake, seguidos a rueda por aquel deportivo enloquecido.

Me llevé un susto de muerte cuando el coche estuvo a punto de tocar la culata de la moto, pero Evan intuyó sus intenciones y dio un acelerón repentino.

—¡Agárrate! —gritó en un rugido salvaje.

Apreté las rodillas en torno a él y lo abracé con todas mis fuerzas. Evan aceleró de nuevo, levantando la rueda delantera, y ganó una notable distancia respecto al coche.

La adrenalina llegó a límites que nunca había explorado, una mezcla entre excitación y terror. La seguridad que me infundía Evan le hacía sombra al miedo y me permitió darme cuenta de la velocidad a la que daba vueltas mi cabeza y que generaba una descarga de energía que fluía por todo mi cuerpo. Me sentía como la pluma de una flecha lanzada contra el viento. El aire me golpeaba la cara y me despeinaba, haciendo que el pelo me diera latigazos en los hombros. Todavía con más excitación sentía cómo el pecho de Evan bajo mis manos se contraía en cada curva. El tejido ligero de la camiseta que llevaba me permitía notar cada uno de sus músculos.

En un impulso irrefrenable, le acaricié los abdominales esculpidos, tan duros como el mármol. El deseo amenazó con apoderarse de mí.

Olvidé las circunstancias durante unas décimas de segundo. Evan me deseaba y yo estaba en su moto, agarrada a él, inmersa en su calidez.

Las vibraciones que su voz generaba en mi pecho me devolvieron a la realidad. No entendí muy bien las palabras, pero intuí una maldición por aquel coche que no se rendía. Desde donde yo estaba, me percaté de que Evan tenía la mandíbula tensa y la mirada cada vez más enfurecida. Algo me decía que empezaba a enfadarse de verdad.

El viento me golpeaba las manos con violencia. Como si me hubiera leído la mente, Evan soltó la mano izquierda del manillar y la puso sobre la mía, para darme calor. Me estremecí por aquel contraste. Enlazó sus dedos con los míos y apretó con fuerza en un consuelo tácito. Un gesto que me hizo vibrar por dentro.

Aunque sus manos estaban más expuestas al viento que las mías, su piel estaba mucho más cálida.

Un momento después, Evan se tensó y volvió a agarrar con fuerza el manillar.

Pasamos como una bala entre las luces de Saranac Lake, dejando atrás la ciudad antes de darnos cuenta.

Me asomé ligeramente por encima del hombro de Evan para observar la calle por la que circulábamos, pero el viento me impedía respirar. Me pregunté cómo lo hacía Evan, a aquella velocidad y sin casco, pero por lo visto no suponía un problema para él. Me costaba mantener los ojos abiertos. La carretera se bifurcaba: la primera dirección, paralela respecto a la que estábamos recorriendo, hacía de límite con el bosque; la otra, en bajada, se alejaba de la ciudad.

Evan avanzaba a toda velocidad sin dejar entrever qué dirección tomaría.

Ralentizó hasta que el coche se nos acercó peligrosamente. Intuí por la determinación de su mirada que lo había hecho adrede, pero el instinto me obligó a cerrar los ojos y contraer los

músculos al llegar a aquella encrucijada.

En el último momento, antes de llegar a la bifurcación, Evan giró y aceleró hacia la derecha, derrapando con la rueda trasera y librándose del coche, que se desvió por el lado izquierdo. Me relajé al ver la calle vacía a mis espaldas.

Algo no iba bien. Evan seguía rígido y no aflojaba el acelerador.

¿Por qué no se calmaba si el coche ya no nos perseguía?

Aunque el viento obstaculizaba nuestros movimientos, algo me hizo girar la cabeza y la sangre se me congeló en las venas.

Una sombra negra corría entre los árboles a nuestro lado. Un escalofrío se apoderó de cada parte de mí.

No tenía ni idea de lo que era aquella *cosa*. Pero no era humana.

Al silbido enfurecido de la moto se le sumó otro ruido.

Con decepción descubrí que volvía a tratarse del coche, que circulaba a toda prisa entre los árboles a nuestra izquierda, por el camino, que había vuelto a unirse al nuestro.

Temblaba de miedo. ¿Quién podía desear mi muerte con tal intensidad?

Hice un repaso mental a la lista de gente con quien me había relacionado recientemente y evalué los que podían estar molestos conmigo, pero nada justificaba un homicidio, y no creía que ninguno de ellos fuera capaz de hacerlo. Excepto...

Mis ojos se congelaron. *Daryl Donovan*.

¿Tanto había herido su orgullo, hasta el punto de querer matarme?

Lo más seguro es que estuviera furioso por la reacción de Evan, o quizás demasiado borracho como para darse cuenta de lo que hacía.

Evan aceleró y la moto derrapó. El coche no mostraba signo de rendición y circulaba raudo entre árboles por un terreno rocoso e inconexo. Eché un vistazo a los mandos de la moto y casi me desmayo al ver la velocidad a la que viajábamos, cortando el aire como flechas de fuego.

308 kilómetros por hora.

¿Cómo podía respirar a aquella velocidad?

¿Y cómo lo hacía el coche para seguirnos el ritmo?

Me giré para mirarlo y, como si se tratara de una amenaza, el coche se desvió bruscamente en nuestra dirección y a una altísima velocidad. Dos árboles le impedían el paso, pero en lugar de ralentizar, el deportivo rugió con más fuerza y pasó entre los troncos. Los espejos retrovisores se rompieron y cayeron sobre el suelo después de aquel golpe seco.

Tras superar el obstáculo, un chirrido de neumáticos resonó a nuestra espalda y sin perder velocidad, el coche reanudó la persecución desenfrenada.

Evan volvió a maldecir. Sentía su tensión por la rigidez de su pecho.

Sin previo aviso, la parte trasera de la moto derrapó como consecuencia del acelerón decidido que Evan había dado. Nos metimos en un callejón recóndito. La maniobra no sirvió para despistar al coche, que seguía quemando rueda tras nosotros. Esperaba que Evan tuviese un plan B. Me asomé por encima de su hombro para ver a dónde nos llevaría aquella calle y un pánico descomunal me dejó de piedra. Sin darme cuenta aflojé los brazos, pero Evan me cogió enseguida de la mano para evitar que me cayera y la llevó a su pecho para que me sujetara con más fuerza. Obedecí y cerré los ojos. Me pregunté qué haría porque el callejón acababa en un montón de escombros que se acercaban sin remedio. Estábamos a punto de estrellarnos contra enormes masas de cemento. Contuve la

respiración, pero a medio metro de distancia la moto derrapó bruscamente en un giro de ciento ochenta grados y nos dejó a un palmo del muro, tan cerca que las piedras que habían salido disparadas por el frenazo volvieron a caer sobre mí.

Intenté recuperar el aliento, pero el coche se acercaba a toda velocidad y, además, teníamos el muro a nuestras espaldas. Estábamos atrapados por completo. ¡Así nos atropellaría! ¿Qué diablos tenía en mente Evan?

—¡Evan! —Presas del pánico, lo miré aterrorizada pero él no parecía asustado ni preocupado. Al contrario. Un extraño fervor brillaba en sus ojos, como si aquella persecución lo excitara.

—Vamos.

Entre las imprecaciones, descifré su amenaza.

—Ven a buscarla. Un poco más... —Su mirada era cada vez más afilada y en su boca se dibujó una sonrisa de lobo—. Agárrate fuerte. —Un susurro salió directamente de su pecho y dentro de mí surgió una terrible sospecha. No se trataba de una sugerencia. Era una *advertencia*.

¿Qué intenciones tenía? Mi instinto no quería saberlo. De todos modos, no tuve tiempo de preguntármelo. Con un movimiento seco golpeó el pedal izquierdo para meter una marcha. Inmediatamente, su muñeca derecha giró con decisión y la moto aceleró, haciendo que mi cuerpo se inclinara hacia atrás.

La moto fue directa hacia el coche, ganando una velocidad increíble mientras la distancia entre los dos vehículos se recortaba.

Me fiaba de Evan, pero me estaba sometiendo a una dura prueba. ¿Es que había decidido matarme? Me agarré con fuerza a su cuerpo; la adrenalina me impidió cerrar los ojos. El coche se nos echaba encima como un proyectil enloquecido. Contuve la respiración contrayendo todos los músculos del cuerpo para prepararme para el impacto, pero en el último segundo, Evan apretó el embrague con decisión y antes de soltarlo, giró por completo el acelerador y la rueda delantera de la moto se levantó justo antes de chocar contra el coche. Saltamos sobre el capó del Viper con un ruido ensordecedor. El impacto duro de la rueda que giraba sobre el parabrisas dejó un surco hasta el techo del deportivo.

Oí el ruido estremecedor del cristal irrompible doblarse bajo la rueda trasera. Poco después, la moto aterrizó en el suelo en perfecto equilibrio y derrapó para detenerse por completo, levantando una enorme nube de polvo. Mis pulmones buscaron espasmódicamente oxígeno mientras observábamos el coche en su carrera desenfundada, incapaz de detenerse. Intentó desviarse sin éxito, pero se empotró contra la espesa pared de cemento.

El impacto hizo que la puerta del conductor se abriera, dejando a la vista el interior del habitáculo.

Mi corazón se detuvo por un instante. El coche estaba *vacío*.

Se veía claramente el airbag inflado, pero no había nadie al volante.

—Evan... —Intenté hablar, emití un murmullo roto.

¿Qué diablos estaba pasando? ¿Cómo se había movido el coche sin conductor? Seguro que Evan sabía más de lo que quería hacerme creer. A esas alturas estaba convencida: me escondía algo.

Ya no me fiaba de mis sentidos, pero no podía negar lo que había visto con mis propios ojos: el habitáculo estaba vacío. Había aceptado que, desde el momento en que Evan había aparecido en mi vida, habían pasado cosas extrañas. Sucesos insólitos, imposibles de explicar o a los que no había querido dar ningún tipo de importancia.

Pero de una cosa estaba segura: había algo en Evan, siniestro e inquietante, que mi instinto había

percibido desde el principio pero que mi corazón había decidido ignorar.

Un secreto oscuro y peligroso.

Una parte de mí, la más intuitiva, sugería cautela.

A la otra parte, cegada por el amor hacia él, le bastaba una mirada de Evan para acallar el instinto.

Aun así no podía seguir ignorando lo que pasaba a mi alrededor. No podía fingir que no veía el matiz tenebroso que adquirirían sus ojos.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo.

Evan me miraba de reojo mientras yo, ante aquel asiento vacío, luchaba por mantener a raya los nervios. Si no, la tensión acumulada aquella noche me acabaría rompiendo por dentro.

Desde hacía un tiempo, algo oscuro se había insinuado en mi vida. Y ya no tenía ninguna intención de ignorarlo.

Evan me debía una explicación.

Como si hubiera leído mi petición silenciosa, Evan golpeó decidido el pedal de las marchas, metió la primera y la moto partió. Atrás quedaron los restos de chatarra.

26. Dentro o fuera

Por primera vez desde que me había subido a su moto, de camino ya a Lake Placid, Evan pilotó con suavidad. Relajé un poco mis brazos alrededor de su pecho, tranquila por fin, pero Evan dio un golpe seco al acelerador y me obligó a agarrarme con fuerza otra vez. Miré a la calle, preocupada por aquella brusca maniobra, pero sus ojos sonreían y en sus labios se escondía una mueca pícaro que lo delató. Su sonrisa insufló calidez a mi corazón, así que mis dedos se movieron por su abdomen hasta hundirse en su pecho.

Tenerlo tan cerca hacía que la cabeza me diera vueltas. Sin el miedo de la persecución, aquel contacto me encendía la sangre, y me hacía olvidar todo lo demás. No podía creer que me encontrara realmente allí. Apoyé la sien en su hombro, emocionada por aquellas sensaciones, y de improviso Evan me cogió de la mano, desencadenando una corriente eléctrica que partió de mi cabeza y llegó a mi epicentro, justo donde nuestras manos se entrelazaban.

Era del todo consciente de que estaba ignorando algo a lo que tendría que haber prestado atención. Mi instinto seguía empeñado en desconfiar de él. También sabía que debería sentirme diferente por el torbellino de emociones que anulaba todo el resto, como las marcas en la arena que borra el mar. Igual que una ola en el océano, el calor de Evan pulía los cristales más afilados, deshaciendo las huellas inciertas y pasajeras, disipando todas las dudas. Reconfortada por su protección, mi corazón había eliminado todos los vestigios de miedo.

No sabía adónde nos llevaba la moto, si a la luna, a las estrellas o a un universo sólo nuestro. Pero no me importaba si él estaba a mi lado.

El cielo decorado de estrellas se había aclarado.

La luna casi llena brillaba en lo alto como una concha e iluminaba la calle. Sus reflejos plateados se veían en el espejo de agua; los haces de luz nos perseguían como un reguero de diamantes.

La noche ya no parecía tan peligrosa. Incluso el viento se había calmado y nos acogía con una caricia para dejarnos pasar y alejarse a nuestra espalda.

También los árboles, que en la oscuridad se mostraban inquietantes, ahora parecían ofrecernos sus protección y difundían en el aire el perfume de la noche.

Inspiré profundamente la brisa primaveral para saborear el aroma a musgo y pino. Me encantaba ese olor a bosque.

Mi ojos fueron a parar a un fulgor que proyectaba su luz con más intensidad que cualquier otra estrella. Brillaba en un manto oscuro e infinito que se extendía sobre nosotros. Presa de una emoción lánguida, me puse a sonreír al darme cuenta de que había cogido con más fuerza la mano de Evan, que me había devuelto el gesto, desencadenando otra descarga eléctrica.

Me costaba creer que estaba allí con él. Había deseado tantas veces sentarme en aquel asiento que solía ocupar Ginebra que ahora no conseguía acostumbrarme.

Y él me quería a mí. No a ella.

Pero algo lo obligaba a renegar del deseo que sentía.

No existe un mundo en el que podamos estar juntos.

Como hielo líquido, sus palabras me habían congelado el alma y la habían llenado de un dolor penetrante. Pero conocer sus verdaderos sentimientos me daba esperanzas, y no estaba dispuesta, por

nada en el mundo, a aceptar un final diferente al que mi corazón deseaba.

La expresión de Evan no traslucía ninguna emoción, pero algo en el modo en que sus ojos se movían furtivamente por la calle dejaba entrever lo tenso que estaba.

Su cuerpo y los músculos de la espalda seguían rígidos. Tenía la mirada alerta.

¿Qué seguía preocupándolo?

Un recuerdo helador me ofreció la respuesta e hizo desaparecer la tranquilidad que sentía. Lo había empujado a un rincón oscuro de la mente, lejos de las cosas a las que prestar atención.

¿Qué era aquella *cosa* que nos había seguido?

Evan sabía algo y no me lo decía. Por eso no estaba tranquilo.

Como un millón de falenas revoloteando en mi cabeza, sus insólitas conversaciones con Ginebra me ofuscaban el cerebro. Recuerdos contradictorios se empezaban a definir en mi mente, encajando como piezas de un rompecabezas, hasta componer un cuadro todavía incompleto.

Había algo en Evan. Algo oscuro. Y Peter lo había notado antes que yo.

Una avalancha de informaciones y reminiscencias afloró en mi cerebro. Datos incomprensibles, sin sentido, pero con un único denominador común: Evan. Sólo necesitaba encontrar la clave para interpretarlos y entonces lo entendería todo. Desde su llegada habían pasado muchas cosas extrañas. Y tenía que admitir que hasta entonces no había querido darles importancia. La persistente sensación de ser observada, la sombra misteriosa que vi en el incendio, el eco de la voz de Evan en mi cabeza, el modo en que me había salvado de una muerte segura...

El recuerdo del camión que estuvo a punto de atropellarme me puso la piel de gallina.

¿Cuál era el secreto oscuro que me escondía?

El rugido de la moto se convirtió en un leve rumor. No tardé en darme cuenta de que no estábamos en mi casa y sentí un escalofrío al comprender adónde habíamos ido. No era la primera vez que veía aquellos muros majestuosos e inaccesibles. Me había llevado a *su* casa.

Sin tiempo para quejarme, Evan aceleró y cruzamos una espectacular verja de hierro forjado. La moto recorrió lentamente un sendero rodeado de pinos y cipreses que debían de llevar siglos allí.

Se podría decir que la luna brillaba con más fuerza en aquella morada, iluminando la fortaleza que se escondía entre los árboles.

La moto se paró y el eco de su motor resonó en mi cabeza.

—¿Te has divertido? —Evan bajó del sillín esbozando una sonrisa pícaro. Irresistible.

Dios, cómo me afectaba cuando me miraba así.

—¡Claro! ¡No sabes las ganas que tengo de repetir! —me obligué a contestarle, respondiendo con la misma dosis de sarcasmo que había empleado él. Miré la moto y me encontré acariciando el sillín de piel negra.

—Tengo que admitir que es preciosa —confesé en un susurro—. Algunos chicos comentaron que sólo se habían fabricado cien unidades. Imagino que debería sentirme afortunada por haber paseado sobre una de ellas. ¡Quizás tendría que dar media vuelta y darle las gracias a ese tipo! —bromeé, esforzándome por parecer relajada e intentando zafarme de la tensión acumulada.

Evan sonrió abiertamente, satisfecho por el interés que la gente tenía en su preciado juguete.

—No, si empiezas a contar desde cero. —Me miró, satisfecho—. Fabricaron ciento una, para ser exactos...

Sonrió, dejando entrever que recordaba algo mientras acariciaba una pequeña placa de platino en el volante. En ella estaba grabado su nombre, con una elegante caligrafía, y al lado, un pequeño cero.

—Digamos que se trató de un favor un poco *especial* —confesó con una mueca—. Y además... —Acercó su rostro al mío y su mirada adquirió un aire seductor—. Tarde o temprano hubieses dado una vuelta en mi moto.

Empecé a temblar mientras me miraba con esa sonrisa de lobo escondido en un bosque espeso. Pero seguía sintiendo la misma inquietud, como si detrás de aquella expresión se escondiera una amenaza.

Tuve que apartar la vista para evitar que notara lo mucho que me afectaba. Miré a mi alrededor para disimular un poco.

—¿Dónde estamos? —pregunté con voz falsa, fingiendo que nunca había estado allí.

Evan me miró de reojo y escondió otra sonrisa.

—¿Estás segura de que no lo sabes?

Su pregunta me golpeó de lleno y sólo pude bajar la mirada. *Tierra trágame.*

Estaba claro que Ginebra se lo había contado.

Alcé de nuevo la vista. La luz de mi estrella brilló con más intensidad, llamándome la atención. Me detuve a contemplarla, absorta en un mundo sólo mío donde Evan y yo podíamos estar juntos, mientras notaba su mirada en mí.

—¿Hay algo interesante ahí arriba? —Su boca se había vuelto a acercar a mi oreja.

Tuve que dejar de mirar al cielo, avergonzada.

—Nada... nada importante —tartamudeé.

Estaba nerviosa. Me recogí el pelo a un lado y me puse a mirarme las puntas, alisándolas con los dedos.

Tenía la cabeza inclinada, por eso no me había dado cuenta de lo mucho que se había acercado hasta que sentí la calidez de su aliento en mi nuca.

—Apuesto a que mirabas tu estrella, Jamie —susurró, enviando ondas de calor a mi corazón.

Luché contra mis rodillas temblorosas para mantenerme en pie.

—¿Cómo me has llamado?

Jamie. Había dicho Jamie, estaba segura. Nadie más me había llamado así, excepto Evan en el sueño que tuve la noche antes. El recuerdo era muy nítido en mi cabeza.

—Espera, ¿tú cómo... cómo puedes...? —No encontraba las palabras. ¿Cómo sabía lo de la estrella?

Evan sonrió, divertido ante mi reacción.

—Todo el mundo tiene una estrella, Gemma —respondió, como si me hubiese leído la mente.

—¿Tú también? —La pregunta salió con insolencia de mis labios—. ¿Cuál es tu estrella, Evan?

Sonrió, como si se estuviera divirtiendo por algo que yo ignoraba. Cada vez estaba más segura de que se lo pasaba bien tomándome el pelo. Se acercó a mi mejilla sin abandonar aquella risita impertinente.

—No te lo puedo decir.

La calidez de su respuesta me hizo cosquillas en la piel. Incliné la cabeza. Tenía que reaccionar ante el poder de fascinación del que seguía haciendo gala con desfachatez mientras se divertía observando mis reacciones.

—Creo que me debes algunas explicaciones —afirmé con contundencia.

—¿Sobre qué? —Fingió una voz perpleja, pero percibí el parpadeo en sus ojos. Evan sabía muy bien a qué me refería.

—Quiero saber qué ha pasado esta noche. Estoy convencida de que tú y Ginebra sabíais de qué iba todo eso. Me debes una explicación, Evan.

—Gemma, no hay nada que explicar. —La duda en su voz evidenciaba el aprieto en el que se encontraba. —El tipo del baile ha intentado agredirte. Estoy casi seguro de que era él quien nos seguía.

—No me mientas, Evan. ¡No soy estúpida, no puedes engañarme! Daryl no iba en el coche. ¡No había *nadie* ahí dentro! Estaba vacío, Evan. Los coches no se conducen solos. ¿Cómo explicas que no hubiera nadie al volante?

Me costó sostener su mirada, pero volvió a parecerme que intentaba entrar en mí, como si quisiera obligarme a dar el tema por zanjado.

—¿Y qué era aquella cosa que nos estaba siguiendo? La he visto, Evan.

Clavé los ojos en Evan, como si lo acusara. Los labios me temblaban por el recuerdo de aquella criatura que nos perseguía y por el miedo que había pasado en la moto. Fuera lo que fuera, emanaba un aura malvada, hostil. Una presencia oscura y maligna que había notado en lo más profundo de mi ser.

—No sé de qué estás hablando. —Evan parecía cada vez más nervioso, por mucho que se esforzara en mantener una apariencia de tranquilidad.

—Yo creo que sí. Y me debes una explicación. —Mi voz sonaba irritada—. No pienso quedarme ni un minuto más si no me dices lo que está pasando.

Evan miró al suelo y apretó los puños mientras contemplaba el sendero de piedras bajo sus zapatos, pero sus labios no se movieron. En aquella tácita oposición había admitido conocer las respuestas, pero no estaba dispuesto a decirme nada.

—Como quieras. —Lo miré a los ojos y di media vuelta.

—¿Adónde crees que vas? —Su voz transmitió rabia y preocupación a partes iguales.

—A casa —respondí decidida—. Se ha hecho tarde.

—¡No puedes irte! —Más que una sugerencia, había sonado como una orden.

—No puedes impedírmelo. —Empecé a recorrer el sendero.

—¡No lo entiendes! —Su tono frustrado y enfurecido me impidió continuar—. Tienes que quedarte, es *peligroso*.

Evan había pronunciado las últimas palabras con tal dulzura que me hizo desistir de mis intenciones.

—Por favor —añadió preocupado—, sólo aquí estarás segura, a salvo. Quédate conmigo.

Mi corazón vaciló mientras Evan derribaba mis defensas. No estaba dispuesta a ceder. No dejaría que el poder oscuro que escondía su voz me afectara. Quería la verdad.

—¿A salvo de *qué*?

Aunque estuviera de espaldas, percibí su suspiro cargado de exasperación.

—No puedo, Gemma. No puedo decirte nada. ¿Por qué no lo entiendes? ¡Joder! —gritó furioso.

—¿A salvo de *quién*, Evan? —No podía ceder. Evan tenía que contármelo todo—. ¿Quién te impide decirme la verdad? —grité—. ¿Quién te impide *estar conmigo*?

Me hubiese gustado gritarle otras mil preguntas, pero de entre todo lo que me atormentaba, esa era la que más me importaba. Me concentré en los barrotes de la verja, sorprendida por la valentía con la que me había enfrentado a aquella conversación.

El modo en que Evan suspiró no presagiaba nada bueno.

—Gemma, nosotros... Yo no soy como tú.

Mi corazón se quebró.

Claro que éramos diferentes. Yo era demasiado diferente a él. Merecía más y él también se había dado cuenta.

—No estaba preparada para esto —respondí, helada.

Por un breve instante, un silencio doloroso levantó un muro de cemento invisible entre nosotros.

—¡Joder, no es lo que piensas! Ya no me querrías si te dijera quién soy. —Su voz, antes dubitativa, sonaba ahora con una frustración honesta.

El nudo que me ahogaba se deshizo y se llevó consigo toda la amargura que me oprimía el pecho. Había malinterpretado sus palabras. Evan no pensaba que yo no estuviera a su altura. Era él quien se sentía inadecuado para mí.

No era capaz de imaginar nada más absurdo y ridículo. ¿Qué podía confesarme que fuera tan tremendo? Ya se había apoderado de mi corazón, lo demás no tenía importancia si podía estar con él.

—No puede ser tan malo. —Negué con la cabeza y dejé entrever con una sonrisa el alivio que acababa de sentir.

—No sabes de lo que hablas. Escaparías de mí —me advirtió a medio camino entre la frustración y la pena.

—Entonces, ¿por qué esperar? —Su duda había vuelto a endurecer mi voz—. De todas formas, me voy.

—Muy bien. De acuerdo. Puedes irte si crees que es mejor para ti. Pero piénsatelo bien —advirtió, y por el volumen de su voz intuí que estaba justo a mis espaldas—. ¿Estás segura de que quieres irte en plena noche? ¿Sola? Tienes un buen trecho hasta tu casa. —Su voz adquirió un matiz oscuro que me afectó a mi pesar—. ¿No tienes miedo de que te atrape?

La sangre se me congeló en las venas. Tragué saliva antes de girarme y enfrentarme a él.

—¡Entonces admites que hay algo ahí fuera! —lo acusé, clavando mi mirada en la suya—. Evan, en más de una ocasión he estado al borde de la muerte. Y todo en un solo día. ¿Quieres hacerme creer que ha sido sólo una coincidencia?

Algo en sus ojos sugirió que estaba a punto de rendirse. Su voz se volvió más ronca.

—Las coincidencias no existen —respondió, enfatizando cada palabra—. Tienes que confiar en mí, Gemma.

—Dame un motivo para confiar en ti. Dime quién eres, Evan —insistí.

Sus ojos seguían fijos en mí con tanta fuerza que me hicieron vacilar.

—¿Estás segura de ser lo bastante fuerte como para soportarlo?

Tenía la mandíbula tensa; intentaba asustarme. Sus palabras abrieron puertas desconocidas en mi interior, alcanzando lugares oscuros a los que nunca había accedido. Aprisionándome.

—Piénsalo bien, Gemma —continuó, percibiendo el temor que había asomado en mis ojos—, ya no tendrá vuelta atrás.

Asentí y bajé levemente la cabeza, incapaz de obligar a mis labios a pronunciar una sola palabra, pero con la mirada pegada a la suya.

—Decidido. Te lo contaré todo. —A pesar de aquella rendición, la expresión vencida no abandonó su rostro. Evan miró a nuestro alrededor; se había puesto en alerta—. Pero mejor que entremos en casa, es más seguro.

La preocupación que Evan se esforzaba por disimular me rompió en mil pedazos.

Aquella cosa seguía ahí afuera. Y me estaba buscando.

Lo seguí por el sendero mientras me debatía en una lucha entre la satisfacción por la victoria obtenida y el miedo que su advertencia me había infundido.

¿Estaba realmente segura de querer saber la verdad? Quizás no estaba preparada, pero ya era demasiado tarde para echarme atrás.

27. Confesiones

Al final del sendero había una amplia plaza frente a la cual se erigía una inmensa estructura.

No era una casa, sino una antigua y magnífica finca.

La fachada, decorada con relieves de piedra de perfil irregular, dejaba entrever en la parte superior pequeños recortes de enlucidos de color claro.

La vivienda tenía dos pisos, con un espectacular techo de forma singular del que asomaban majestuosas vigas de madera que combinaban a la perfección con el tono oscuro de las ventanas.

Los detalles, cuidados, convivían en armonía con la naturaleza incontaminada que reinaba en aquel inmenso jardín.

En el ala derecha, la estructura lineal se rompía para dejar paso a una enorme cristalera hexagonal que desaparecía en la parte trasera. Arriba, asomaba una espléndida terraza delimitada por un pequeño balcón de hierro forjado con motivos biselados.

Me detuve a contemplarla, olvidando por un breve instante las circunstancias que me habían llevado hasta allí. Respiré hondo y dudé antes de subir los peldaños de piedra, de forma circular, que llevaban a la entrada de la casa. Evan intuyó mi nerviosismo, así que me cogió de la mano y me tranquilizó con una sonrisa amable.

La puerta de madera oscura se abrió lentamente.

Me quedé quieta en el umbral, buscando a Ginebra o a quien hubiese abierto la puerta. La perplejidad llegó a su punto culminante cuando descubrí que en el inmenso salón con suelo de mármol no había nadie. Me moví con cautela, sin perder a Evan de vista, entre la curiosidad y el miedo por lo que podría descubrir.

—Entra. —Me invitó haciendo un gesto galante con la mano mientras yo seguía alternando la mirada entre su rostro y el salón real frente a nosotros—. Bienvenida a mi casa. O mejor dicho, a *nuestra* casa —corrigió tras un breve titubeo.

—¿Nuestra? ¿Quieres decir... tuya y de Ginebra?

Al pronunciar aquellas palabras me di cuenta de lo mucho que temía la respuesta. Aún no estaba segura de la relación que los unía y la imagen de ellos dos juntos en aquella casa se había hecho sentir como agujas clavadas en la palma de la mano.

—En realidad somos cuatro —dijo Evan sonriendo, como si hubiese captado los celos en mi pregunta.

A pesar de todo, no pude evitar que el alivio brillara en mis ojos. Lo cierto es que no había demostrado un interés romántico en Ginebra, aparte de... La emoción había hecho que me olvidara del beso. Evan iba a tener que explicarme eso también.

—Yo y mis hermanos —continuó, sopesando la última palabra antes de detenerse a observar mi expresión algo confundida.

—¿Sois *todos* hermanos? —pregunté, con timidez, enfatizando aquel «todos» con la esperanza de que captara lo que quería decir en el fondo.

—No somos hermanos de sangre —explicó, mirándome a los ojos—, no se limita a eso. Es algo más fuerte. —Su expresión se había vuelto orgullosa de repente.

Saber que Evan empezaba a confiar en mí me transmitía seguridad, me acercaba a él. Aunque en el fondo tenía la sensación de conocerlo desde siempre. No consideraba a Evan como alguien que acabara de entrar a formar parte de mi vida. Ya era una parte de mí.

—Existimos los unos por los otros —prosiguió mientras yo lo miraba, fascinada por el fervor con que alcanzaba a describir el sentimiento que los unía. Celosa también por que Ginebra formara parte de ello—. Antes pensaba que era lo más fuerte que podía existir entre las personas.

—¿Antes? —pregunté, sorprendida y ruborizada por la insistencia de mi nueva audacia.

—Antes de conocerte a ti —respondió con naturalidad, con una sonrisa seductora y una mirada cálida—. ¿Contenta? Estoy respondiendo a tus preguntas —bromeó.

—¡No podrás librarte tan fácilmente! Apenas me has dicho nada —repliqué, dispuesta a entrar en el juego.

Me llevé una sorpresa al ver la facilidad con que me había adaptado a aquella nueva cercanía con Evan. Unas horas antes estaba hablando de él con Jenna en mi habitación. Tarde o temprano tendría que darle las gracias.

—Ven conmigo —murmuró con amabilidad, llevándome de la mano al centro del salón.

Ya en el interior, la puerta se cerró a nuestras espaldas con un sonido leve y sereno y yo le lancé a Evan una mirada furtiva.

Tenía que tratarse de un sofisticado sistema de sensores. Pero una vocecita en mi cabeza seguía contradiciéndome y se reía de mí por la naturalidad con la que me autoengañaba para alejar aquella duda que seguía insinuándose, como un gusano que excava su guarida en el suelo.

En el fondo, temía que se tratara de otro de los misterios que Evan tendría que explicarme.

El suelo claro, de mármol blanco, reflejaba la luz de la inmensa lámpara. Finos brazos de acero se alternaban con minúsculas esferas de cristal y formaban una enorme bola que colgaba sobre la mesa baja, también de cristal, y que estaba situada a los pies del sofá.

En el interior de la casa, el estilo rústico de la piedra se alternaba con otro más suntuoso, moderno y elegante.

Pequeñas aberturas rocosas destacaban en la pared carmesí, perfectamente combinadas con el sofá del mismo color, frente al cual, en un panel de piedra más oscura que la pared, colgaba una fina televisión de plasma de dimensiones imponentes.

Por detrás del panel se difundía una tenue y delicada luz.

En la pared a la izquierda del sofá, una chimenea rectangular, parecida a un cuadro, dejaba entrever cúmulos de leña quemada. La parte superior asomaba en un relieve de color chocolate, mientras la parte interior, rojo cereza, se rompía en pequeñas protuberancias de piedra que sobresalían alternándose en el enlucido.

A la derecha, la inmensa cristalera hexagonal se extendía casi hasta la entrada, dejando a la vista el jardín, iluminado por la luz de farolillos que brillaban como pequeñas estrellas en el terreno.

En la parte opuesta de la sala estaba la cocina, separada del salón por una fila de paneles de color chocolate, colocados en secuencia, casi sobrepuestos uno a otro diagonalmente, a muy poca distancia. La cocina era enorme, de roble claro, y estaba un escalón por encima de la sala. También tenía una enorme cristalera que daba al jardín.

El estupor me dejó sin aliento. Nunca había visto algo semejante.

—Es todo obra de Ginebra —explicó Evan al notar mi expresión maravillada—. En realidad, ella está más *atada* a las cosas materiales que nosotros. Le gustan los objetos suntuosos y elegantes. De hecho, eso refleja bastante su personalidad. Yo me hubiese conformado con una casa más pequeña, pero cuando se le mete algo en la cabeza... ¿Quién puede detenerla? —Se rio, pero yo no entendí su broma—. Yo no me atrevería a llevarle la contraria —insistió, divertido—. Ven, vamos al piso de arriba.

Me cogió de la mano. Estaba satisfecho por el efecto que había causado su casa en mí. Dejamos atrás el salón y llegamos a una larga fila de peldaños de madera que zigzagueaban suspendidos en la pared de piedra, cuya superficie estaba bañada por una fina cortina de agua que parecía lluvia artificial. No pude evitar alargar la mano para tocar los hilos plateados de aquella cascada en miniatura. Me sorprendí al mojarme los dedos, como si en el fondo pensara que se trataba de agua falsa.

La exuberancia de aquel lujo me dejaba de piedra. Y Evan se estaba divirtiendo con mis reacciones.

—Eres la primera que entra en esta casa, ¿sabes? —confesó, deteniéndose en un escalón para darse la vuelta y mirarme.

Tuve que esforzarme por reprimir una carcajada. Me costaba pensar en un Evan que no se encerraba en la habitación con chicas, con su sonrisa de lobo y su mirada penetrante y tenebrosa, por mucho que su evidente desconfianza al acercarse a los demás me dejara alguna duda. En efecto, sus atenciones hacia mí en el colegio habían desatado un estupor generalizado. Quizás, en el fondo, esa confesión no fuera tan absurda. Era como si existiese una especie de relación latente entre nosotros, mística e intensa, como si en otra vida hubiésemos sido el uno del otro.

—¿Soy la primera chica a la que traes a casa? —pregunté, dándome cuenta de la seriedad con la que se había expresado.

Evan sonrió, divertido.

—No, Gemma. Eres la primera persona *en absoluto* que entra aquí, además de nosotros cuatro.

—¿Quieres decir que nadie más ha estado aquí?

Evan negó con la cabeza.

—Normalmente no nos relacionamos con el resto de la población —respondió, dejándome atónita.

—¿Qué hora será? —se me escapó, arrepintiéndome al instante de mis palabras. Quería quedarme con él para siempre.

—Debe de ser muy tarde —dijo con sarcasmo.

En ninguna de las paredes encontré ni rastro de algún reloj, como si para ellos el tiempo no tuviera importancia. Si Evan me hubiese confesado que su familia se guiaba con las estrellas, me lo hubiese creído.

—Mis padres saben que estoy en el baile, pero si ven que no vuelvo empezarán a preocuparse —reflexioné en voz alta.

—Tranquila —dijo Evan, con voz amable—, he avisado a Drake, se está encargando de ello.

—¿Qué quieres decir? ¿Y cuándo lo has hecho, si se puede saber? —pregunté perpleja—. ¿Y quién es Drake? —insistí mientras la ansiedad crecía en mí.

—Drake es uno de mis hermanos, no te preocupes. Sé lo que digo, relájate. Tus padres ni siquiera

se darán cuenta de tu ausencia.

Parecía que Evan se divertía teniéndome en ascuas y dejándome con la duda.

—¿Cómo puedes estar seguro? No debe faltar mucho para que mi padre vaya a comprobarlo a mi habitación. Créeme, no tienes ni idea de lo aprensivo que es. Eso si es que no me está esperando despierto.

—Drake es muy apañado, no notarán la diferencia... —Se puso a reír—. Lo comprobarás pronto. Subí el último peldaño mientras intentaba descifrar sus palabras, sin resultado.

El piso de arriba era menos luminoso. Había una fila de farolillos de luz tenue que brillaban en el cartón piedra que bajaba del techo en diversas formas y colores cálidos, que iban del púrpura al marrón y al dorado. Un amplio pasillo de forma insólita serpenteaba hacia las habitaciones. Cada una estaba cerrada con una puerta de madera wengué oscura que resaltaba sobre el parquet claro. El pasillo era tan largo que parecía que un espejo lo reflejaba al infinito. La pared que había frente a la escalera, en cambio, se abría en un único ventanal que daba al exterior.

—¿Qué hay ahí dentro? —pregunté, porque una puerta era más grande que las demás.

—Es la habitación de Ginebra. —Sonrió mientras yo la observaba con inquietud—. Le gustan los excesos.

De repente sentí impaciencia por salir y contemplar lo que se veía desde allí arriba. Empujada por aquel impulso, me acerqué a Evan y lo seguí hasta la terraza, donde cerró la puerta a sus espaldas.

Admiré la balaustrada de hierro forjado. En ella se enlazaban preciosos motivos retorcidos que recordaban a una maraña de ramos y flores.

Desde aquella altura se veía toda la parte trasera de la casa y buena parte de la lateral. Una gran encina se asomaba gentilmente por el balcón y acercaba sus ramas al suelo. Abajo, el sendero de piedra serpenteaba entre los árboles, iluminado por pequeños faros que emergían del suelo.

El cielo era intenso, seguramente no lo había contemplado nunca a aquellas horas. Cerré los ojos y me concentré en respirar el aire denso y fresco, ligeramente húmedo.

Una repentina y ligera corriente de aire me despeinó el pelo y me hizo llegar un aroma todavía más agradable y fresco. Abrí los ojos y Evan estaba frente a mí, aunque no lo había sentido moverse.

—¿Te gusta? —me preguntó con amabilidad.

—Es realmente increíble —murmuré, buscando las palabras más apropiadas—. Pero... ¿dónde están los demás? No he visto a nadie —pregunté con timidez. En el fondo temía el momento en que los conocería.

—Simon y Ginebra deben de estar abajo en el gimnasio, estarán aquí dentro de poco. Por ahora estamos solos. —La chispa siniestra que brilló momentáneamente en sus ojos me asustó, pero después recordé que se trataba de Evan y ya no supe qué había desencadenado aquel escalofrío, si era por la emoción o el *miedo* que sentía al estar a solas con él. Seguramente por ambas cosas.

Por algún absurdo motivo me sentía en una lucha constante contra estas dos sensaciones. No podía decantarme por una de ellas, aunque mi corazón seguía rebelándose.

—Me gustaría tener las llaves para entrar en tu mundo —le confesé, en voz baja.

—No necesitas llaves. Mi mundo es tu mundo. Sólo tienes que aprender a verlo con mis mismos ojos.

No comprendí muy bien el sentido de aquellas palabras.

Una parte insignificante de mí tenía miedo de él y seguía gritando que escapara de allí desafiando la voz del corazón, que la superaba en intensidad y potencia. Ya no estaba tan segura de querer enfrentarme a cosas que no sabía si comprendería, pero ahora había llegado demasiado lejos como para echarme atrás.

Tragué saliva.

—Tengo la garganta un poco seca —dije.

—Espera aquí, voy a buscarte un poco de agua.

Evan salió por la puerta antes de que pudiera decirle nada. Sólo dos segundos después, me sorprendió a mi espalda y me sobresaltó. Con preocupación miré el vaso de cristal lleno de agua que sujetaba. Y yo ni siquiera había tenido tiempo de llegar a la balaustrada.

—¿Cómo lo has hecho? —se me escapó, indecisa sobre si sentirme fascinada o aterrorizada.

Evan sostuvo mi mirada y se acercó cautelosamente.

—Es lo que soy —respondió fingiendo una sonrisa que en realidad escondía inquietud.

Aturdida por sus palabras, apoyé los labios en el vaso y bebí.

Observaba los árboles desde la terraza, pero en realidad mi mirada se había perdido en el vacío mientras intentaba reordenar las ideas y reflexionar sobre las preguntas que tenía que hacerle. Ya no estaba tan segura de querer conocer las respuestas.

Evan se había alejado, confundido por la ambigüedad de mi reacción. Lo miré de reajo mientras se apoyaba en la balaustrada, al otro lado de la terraza, apretando los puños en torno al hierro, con los músculos de los brazos tensos.

Me obligué a dejar de mirarlo y volví a concentrarme en las formas que las ramas de los árboles dibujaban, entrelazándose. Algo se movió detrás de mí a una velocidad sobrenatural y se detuvo a mi espalda, precedido de un soplo de viento. Contuve la respiración mientras se me ponía la piel de gallina.

—Lo siento, no quería asustarte.

Su tenue susurro me puso los pelos de punta. Miré de reajo al lugar exacto en el que lo había visto una fracción de segundo antes, pero ya no estaba allí. El pánico me invadió y el vaso resbaló de mis manos. Esperé el ruido agudo del cristal al estallar contra el suelo, pero no sentí nada. Evan lo cogió un instante antes de que tocara el suelo sin despegar sus ojos de mí. Como si estuviera estudiando cada una de mis reacciones.

Una sensación extraña anidaba en mi cerebro, impidiéndome encontrar el acceso a las cuerdas vocales. Sólo alcancé a murmurar algo incomprensible, ruidos guturales que emitía mientras su mirada, concentrada, intentaba descifrar la mía.

—Gra... gracias.

Evan me devolvió el vaso, intacto y con un poco de agua todavía.

—No es nada. —Su mirada nunca había sido tan penetrante como entonces.

—Supongo que es otra de las cosas que me tienes que explicar, ¿verdad? —conseguí preguntarle.

—Sí —admitió, derrotado.

El silencio de la noche nos cubría con su capa mientras acariciaba el vaso con los dedos, esperando una explicación. Después la mirada de Evan se deshizo en la mía, revelando aquellos hoyuelos bajo los ojos.

—Eres tú —me susurró con delicadeza.

—¿Yo qué? ¿Qué quieres decir? No lo entiendo.

—Estoy respondiendo a tu pregunta.

Sonrió y mi expresión se oscureció.

—Me has preguntado cuál era mi estrella. Eres tú.

Esa inesperada declaración me dejó sin aire, pero me obligué a ignorarla.

—Sabes que no me basta como respuesta —repliqué en un vano tentativo de enmascarar el rubor que habían desencadenado aquellas palabras.

Evan se puso serio, notablemente desanimado, y dejó vagar su mirada por el suelo.

—No sé por dónde empezar —admitió, mostrándome por primera vez la dificultad que entrañaba su confesión—. ¿Tú qué piensas? —me preguntó con una amabilidad exasperante. Pero en su rostro se escondía el miedo por lo que pudiera responderle.

¿Qué creía que pensaba? A pesar de mis esfuerzos, no encontraba una explicación lógica a todo lo que tenía que ver con él. Pero no se trataba de eso. Quizás debería dejar de lado cualquier tipo de lógica.

—Evan, hay *algo* en ti, algo diferente. No sé explicarme qué es, pero lo percibo en mi interior y tengo que admitir que a veces me asusta. Lo que sé con certeza es que... —Intenté que mi voz no temblara—. Es que tienes una extraña propensión a salvar a la gente —confesé, movida por la certeza de que mi afirmación lo aliviaría.

Su reacción, en cambio, me pilló por sorpresa.

—¿Es eso lo que crees? ¿*Salvar* a la gente? Estás muy lejos de la realidad, entonces. No sabes lo mucho que te equivocas —murmuró, amargado.

—¿Qué? ¿Por qué lo dices? Mírame, estoy viva gracias a ti. Me has salvado la vida en varias ocasiones. Y además... —Me detuve, valorando si tenía que dar cancha a aquel absurdo afán de respuestas que no podía reprimir—. También está la niña del incendio. —Solté las palabras sin respirar, antes de que pudiera arrepentirme, dando voz a una sospecha que había guardado durante demasiado tiempo.

—Amy... —susurró Evan, afligido, entristecido por mi afirmación.

—Estabas allí —pronuncié con un hilo de voz, indecisa sobre si temblar o dejar que la esperanza de que hubiese salvado a la niña me iluminara el rostro—. La salvaste.

—Sólo en parte —reveló, con la mirada gacha para evitar la mía.

—Estaba segura de haberte reconocido entre las llamas. ¡Entonces la pudiste salvar!

—No he dicho eso —replicó con frialdad—. No suele funcionar así, tú... —La frustración le rompió la voz mientras su mirada se oscurecía cada vez más—. No tendrías que haberme visto —confesó—. ¿Qué viste exactamente?

Por un lado estaba preocupada por cómo se estaba desarrollando la conversación, pero por otro parecía que Evan también necesitaba respuestas.

—Te vi con ella, estaba viva, la tenías cogida de la mano, pero las llamas eran cada vez más altas... —confesé, rebuscando entre mis recuerdos—. No conseguí ver más allá de la nube de humo que os cubría y después desaparecisteis. *Intenté* que os sacaran del incendio, pero nadie me hacía ca... —Tuve que dejar de hablar. La expresión en el rostro de Evan se había convertido en una máscara oscura de remordimiento. Podría haber tocado su angustia con los dedos si hubiese alargado la mano.

—No es lo que crees —dijo fríamente con la mirada perdida en un recuerdo suyo. Nunca había

visto a Evan tan serio.

Con sorpresa descubrí que el hierro que había bajo sus manos se había retorcido.

—¿Quieres decir que no pudiste salvar a Amy? —Tuve que apartar la vista de sus manos, temiendo que aquella puerta que se había abierto entre nosotros volviera a cerrarse.

La culpa y el remordimiento lo devoraban por dentro y aparecieron en su rostro en cuanto se lo recordé. La débil esperanza de que la niña estuviera viva se alejó de mí como un fantasma.

—No tienes que sentirte culpable, Evan. —Mi mano se posó en su brazo—. Tuviste la valentía de lanzarte entre las llamas para ayudarla. Arriesgaste tu propia vida por alguien que ni siquiera conocías.

Evan me miró y comprendí que algo no iba bien. Entonces recordé la velocidad con que se había movido un instante antes y la intuición me invitó a no seguir por aquel camino.

—¿Tú no tuviste miedo de *morir*? —pregunté.

Evan no movió ni un solo músculo.

El peso de aquel silencio amenazó con destrozarme. Era tan profundo que podría haber escuchado el ruido de sus labios al separarse.

—No hubiese podido. —Tragó saliva; parecía asustado.

—¿Qué quieres decir, Evan? Tienes que ser un poco más claro porque no te entiendo —insistí. Ya no había vuelta atrás.

Evan frunció el ceño, como si intentara reprimir las lágrimas, preso de una emoción incontrolable. Me pregunté qué podría esconderme que fuera tan sobrecogedor e importante como para generar esa frustración. Giró la cabeza y cerró los ojos un instante antes de volver a mirarme, como si hubiese tenido que reunir valor para hablar.

—No podría tener miedo de morir, Gemma —confesó, y de repente sentí que mi corazón empezaba a fallar.

—¿Por qué? —pregunté con cautela, presa de una inquietud desconocida mientras Evan me miraba fijamente y yo empezaba a temblar.

—Porque ya estoy muerto.

Me estremecí, y en mi interior todo se congeló.

28. Instinto y deseo

—Gemma, di algo, por favor.

No podía. No sentía ningún músculo en mi cuerpo. Estaba congelada. Prisionera de una lámina de hielo.

Hacía tiempo que sospechaba que Evan me escondía su lado oscuro, pero, por mucho que una parte de mí temiera ese secreto, nunca hubiese imaginado una realidad como esta. Era demasiado para mí.

Habría sido demasiado para cualquiera.

Sus palabras seguían dando vueltas en mi cabeza y me atrapaban en un limbo del que no podía escapar. Mi mirada se perdió tras él; quería evitar sus ojos, afligidos en la espera consternada de mi reacción.

En cuanto procesé aquella información, la nube de desconcierto que me nublaba la mente se disolvió empujada por la descarga de adrenalina que vino después. Sin previo aviso, aquella pequeña parte de mí que siempre había temido a Evan abrió un hueco en mi cabeza y tomó el control. Me regañó por no haberla escuchado cuando me había querido advertir. Guiada por ese irrefrenable instinto, salí disparada de allí, muerta de miedo. Pero la puerta se cerró de golpe antes de que pudiera llegar. Me detuve, petrificada. Estaba a punto de sufrir una crisis de ansiedad, mi pecho sufría espasmos, fuera de control. Antes de mirar a mi alrededor en busca de una vía de escape, Evan se plantó frente a mí a una velocidad estratosférica, bloqueándome la salida. El pánico se adueñó de mí y amenazó con llevarme a sitios de los que no podría escapar. Incluso las piernas amagaban con no sujetar mi peso. El corazón me latía con tanta fuerza que podía sentirlo en las orejas, como si quisiera salir por allí. Mi cabeza se rindió y empezó a dar vueltas. Nunca había experimentado con tanta intensidad aquel sentimiento que me había abrumaba.

Puro terror. Negro, siniestro. Amenazante.

Dos manos me acariciaron los brazos con dulzura. Noté el calor, pero no conseguía volver en mí. Era como si mi mente estuviese presa en otro lugar, oscuro, mientras mi cuerpo se paralizaba como un caparazón vacío por dentro.

—Cálmate, todo irá bien.

Busqué su cara, pero no la encontré.

—Gemma...

Sentía la voz de Evan muy cerca de mí, como si intentara acceder a través de mi mirada al lugar en el que me había perdido, mientras mi cuerpo temblaba amenazando con no volver.

—Mírame. Mírame a los ojos, Gemma. Sigo siendo yo, Evan. Nada ha cambiado.

No podía volver en mí; mi mente había reaccionado refugiándose de él lejos de aquel cuerpo que no podía escapar de allí, para permanecer atrapada en una celda oscura y sin salida.

—No tengas miedo. Nunca te haría daño. Por favor... Quédate conmigo.

En un instante de lucidez, entendí sus palabras y luché con todas mis fuerzas para acallar la voz que en mi cabeza seguía gritándome que escapara.

El amor que sentía por él, enterrado por su confesión, intentaba emerger de la oscuridad en que

se había sumido, haciéndose un hueco a través del instinto incontrolable que me animaba a huir.

Pero mientras una parte de mí quería irse de allí, la otra, más grande pero sofocada por la primera, me gritaba que me quedara.

—Ten, bebe un poco de agua —sugirió con cautela, acercándose el vaso, que todavía estaba medio lleno.

Eché un trago y tuve que esforzarme para que los dientes no tiritaran sobre el cristal. Los labios me temblaban.

—Necesito sentarme —confesé, insegura, sujetándome con una mano a su brazo.

Apenas percibí que rompiera el contacto, como si no se hubiese movido. Pero de repente tenía un gran cojín entre las manos.

Lo había vuelto a hacer.

Lo miré de reojo.

—Perdona —murmuró entre dientes, y después me miró con cautela—. ¿Tengo que ir más lento, verdad?

—Creo que será mejor —admití, avergonzada porque él había tenido razón desde el principio, cuando intentó advertirme de que no iba a soportarlo. Pero no podía culparme. Su terrible secreto pesaba más de lo que pudiese aguantar. Ni siquiera con la mejor intuición podría haber sospechado algo así. Y no sabía si podría gestionar todo eso.

—Es que contigo es tan fácil perder el control... —Sonrió mientras me ayudaba a sentarme en el suelo, sobre un cojín tan grande que cabíamos los dos—. Ha sido así desde el principio —reconoció, apartándose con cuidado el pelo del cuello.

Lo miré e intenté reprimir el miedo que había anidado en mi cerebro y se obstinaba en persistir. Lo peor ya quedaba atrás y aquello me reconfortaba.

—Nunca antes me había pasado —confesó mientras yo lo observaba en silencio—. Es como si se me cruzaran los cables cuando estás ahí. —Se esforzó en reprimir una carcajada—. Literalmente, quiero decir. —Su mirada había recobrado la luz, pero seguía siendo cauta—. Estoy tan feliz de poder librarme de este peso...

Intentaba comprender la lógica de su discurso, pero a la vez debía dejar de lado cualquier tipo de lógica para seguirlo.

—¿Desde el principio? —pregunté, emocionada de repente. ¿También Evan había notado el extraño vínculo que nos unía?

—Desde que llegué a Lake Placid. Desde la primera vez que te vi, en el bosque. —Evan acercó el rostro, su boca a un centímetro de la mía. Me estudiaba con la mirada, interesado en algo que yo no era consciente de poseer—. No sé cómo lo haces, me lo he preguntado miles de veces. Mi cuerpo reacciona de modo extraño a tu presencia; no puedo controlarlo cuando estoy contigo. Quizás por eso puedes verme cuando no tendría que ser así. No debería haberme acercado tanto, pero ha sido más fuerte que yo. No puedo estar lejos de ti. Es como si sólo pudiera respirar cuando estás conmigo, cuando estás cerca. El resto del tiempo es una infinita apnea que me ahoga. He luchado contra mí mismo, he luchado contra todos, pero no he conseguido deshacerme de lo que siento. He descubierto que para mí eres una *necesidad*, Gemma. —La intensidad de su mirada, la sensualidad de su voz cubierta de terciopelo negro me aturdieron. Parecía que actuaban en mí como un potente veneno que me nublaba los sentidos y me entorpecía la mente. Me sentía ebria de sus palabras, de él y de esa voz placentera, como si estuviera a punto de perder la consciencia por su aroma, tan cercano e intenso.

—Espera —lo interrumpí al procesar lo que acababa de decir—, ¿qué significa que puedo verte

incluso cuando no tendría que ser así?

Evan bajó la mirada y sonrió para sí, con la voz convertida en un susurro penetrante como un escalofrío siniestro.

—¿No te ha pasado nunca, cuando estás sola, que sientes una *presencia* en el silencio? No puedes verla, pero la notas...

Una ola de emoción me invadió mientras mis ojos se abrían como platos al asumir lo que acababa de decirme.

—Eras tú... —me salió con un hilo de voz mientras recordaba lo familiar que aquella sensación de ser observada se había vuelto—. Siempre has sido tú —repetí mientras luchaba por no entrar en shock.

Evan asintió con cautela y después me sonrió, como si estuviera orgulloso.

—¿Y fuiste tú quien escribió mi nombre en el espejo? —La pregunta salió sola mientras yo intentaba mantener la compostura. Una oleada de timidez me tiñó las mejillas al pensar en Evan en mi baño y mi cuerpo desnudo bajo la ducha—. ¿Por qué lo hiciste?

Evan se encogió de espaldas. Quizás él tampoco conocía la respuesta.

—No sé qué me pasó, lo encontraba absurdo, pero no pude aguantarme, mis dedos se movieron solos, estaba como loco. Quería entenderlo a toda costa. Seguramente creía que allí encontraría la clave para entender quién eres. —Me miró de reojo, con los labios en una mueca cautivadora—. O tal vez era sólo para distraerme. —Me guiñó un ojo y me ruboricé. Abrí la boca, pero no sabía qué decir. Evan levantó las manos para disculparse—. ¡Sólo eché un vistazo rápido!

—¡Pervertido!

—Vale, eso me lo merezco. —Empezó a reír, pero esta vez no estaba segura de que me estuviera tomando el pelo, así que le golpeé en el brazo y enseguida su risa se atenuó, con una dulce mirada clavada en la mía. Él también lo había sentido.

—¿Por qué crees que cada vez que me tocas siento una especie de descarga? —Había intentado ignorarla, pero, en lugar de desaparecer, seguía cosquilleando, como si dentro de mí algo quisiera hacerme captar un mensaje.

Evan, mientras tanto, se había perdido en su mundo.

—No lo sé, no me había pasado nunca —respondió con expresión reflexiva.

—¡Todo esto es tan *absurdo*! Hay una parte de mí que sigue esperando que en cualquier momento digas que se trata de una broma.

—¿Y la otra parte? —preguntó, temiendo la respuesta.

—La otra parte —admití, buscando su mirada— siempre lo ha sabido —dije, descubriendo aquella verdad a la vez que él—. No sabía cómo era posible, pensaba que se trataba de algún tipo de trastorno obsesivo, pero seguía *sintiéndote*, incluso cuando no estabas.

—¿Trastorno obsesivo, eh? —repitió con esa sonrisa de lobo—. Pensabas que estabas obsesionada conmigo... —Arqueó una ceja con aire satisfecho.

—¡No es culpa mía, ya no sabía qué pensar! —me justifiqué, pero luego me obligué a cambiar de tema—. ¿Qué más puedes hacer, lees la mente? —pregunté, con la respiración contenida, asustada de golpe. Escudriñar en la intimidad de mis pensamientos sería peor que verme desnuda.

Evan, al contrario, parecía divertido.

—No, eso no puedo hacerlo aunque... —Se puso a reír—. No negaré que me gustaría... Es un palo necesitar a Ginebra cada vez que no te entiendo.

—Espera un momento... ¿Ginebra? ¿Qué tiene que ver conmigo? —pregunté, confundida y molesta por que la hubiera mencionado. Y entonces un destello de lucidez brilló en mi mente—. Quieres decir que...

Evan seguía asintiendo, con los labios curvados sensualmente hacia arriba. Por fin su expresión se había relajado.

«Ginebra podía leer la mente». ¿Podía haber algo peor en el mundo?

«Dios mío».

—Tranquila. —Evan rompió el hilo de la tela que mi cerebro estaba tejiendo mecánicamente, intentando repasar los recuerdos—. Hay ciertas cosas que quedan entre vosotras. Nunca me diría algo que tú no me confesarías. Lo considera una especie de *código* femenino. Alguna vez hemos discutido por ello.

Solté el aire que había contenido, incapaz de detener la carrera que mi corazón había empezado sin mi consentimiento. Tendría que darle las gracias a Ginebra en cuanto se presentase la oportunidad.

—En cualquier caso, no le preguntaría cosas demasiado privadas. Y para compensarlo... —Su sonrisa adquirió aspecto de lobo— yo también tengo mis métodos para comunicarme contigo. Digamos que es como si *tú* fueras capaz de leer mis pensamientos en mi mente —confesó con una carcajada.

Abrí los ojos de par en par; ahora lo entendía.

—¡Te sentía! ¡Te sentía en mi cabeza! —exclamé, víctima de sentimientos contradictorios. Empezaba a unir las piezas del rompecabezas. Yo no tenía ningún problema. Debería haberle hecho caso a mi instinto. No me había vuelto loca, había sentido sus pensamientos de verdad. El alivio al saberlo dio paso a la curiosidad.

Lo busqué con la mirada mientras su voz resonaba con suavidad en mi cabeza. Profunda, como si naciera en mi corazón.

«Se llama Epis-numa. Es una pequeña zona del cerebro que los mortales no saben que tienen, pero mi mente puede llegar a ella, creando un canal de conexión unilateral. Puedo transmitirte mis pensamientos aunque esté a kilómetros de distancia. Es un poder contrario al de Ginebra, que puede acceder al canal por el extremo opuesto, conectándose a la Epis-mantra».

Sonrió, divertido por mi expresión estupefacta.

—Aunque generalmente sólo pasa cuando soy yo quien quiere abrir ese canal. Pero contigo es diferente, no funciona como debería —admitió frunciendo el ceño, todavía afectado por aquel dilema—. Una vez establecido ese contacto, la persona está bajo mi control —reveló, y una parte de mí tembló por aquella confesión.

—¿Alguna vez me has obligado a hacer algo? —lo interrumpí, desconcertada.

Evan sonrió.

—Nunca lo he conseguido. —No hacía falta leer su mente para entender la frustración que lo oprimía—. Tengo el poder de moldear la mente de cualquier persona a mi antojo. De. Cualquiera. Persona. Pero, cuando estoy contigo, no consigo controlar ni mis propios pensamientos. Mis poderes parecen más fuertes con tu presencia, pero no puedo controlarlos del todo. Se me escapan. ¿Cómo te lo explicas? —Aquel misterio le molestaba, pero también lo fascinaba. Su mirada se había encendido y rebuscaba en la mía, como si esperara encontrar la respuesta en mis ojos—. De no ser por Ginebra, no lo habría descubierto. La primera vez pasó en la escuela, mientras ordenabas tu taquilla. Ella te estaba escuchando y de repente oyó mi voz a través de tus pensamientos. Nos quedamos de piedra.

Ninguno de los dos se explicaba cómo había pasado; ya sabía que podías verme, pero nunca me había ocurrido algo así.

Busqué entre mis pensamientos aquel recuerdo borroso y me ruboricé al recordar la emoción que sentí. Parecía que había sido meses atrás. Habían pasado tantas cosas desde entonces... Los acontecimientos nos habían llevado a aquella confesión, el ápice que alumbraba aquel misterio, tomando forma y llenando de colores el cuadro que estaba componiendo con la unión de cada pequeño fragmento.

—¿También tus hermanos controlan de algún modo la mente? —quise saber, dando voz a una curiosidad pura.

—Más o menos. —Evan escondió su respuesta en una sonrisa.

—¿Leen la mente como Ginebra? —insistí. Quería saberlo todo.

—Esa es una prerrogativa de ella —dijo con la vista fija en la balaustrada, como si estuviese valorando sus palabras antes de pronunciarlas. Me miró un instante para estudiar mi expresión y soltó la frase de golpe—: De ella y de sus hermanas. Todas las brujas pueden hacerlo.

—¿Qué? Rebobina. ¿Ginebra es una... *bruja*? —No fue fácil pronunciar esa palabra. En parte seguía esperando que alguien gritara «¡Inocente!». No podía creer que todo eso fuera verdad y no una broma, un sueño o una de las historias que tanto me gustaba leer. Se trataba de *mi* mundo. Un mundo en el que había crecido y en el que había una clara separación entre lo que era real y lo que no podía serlo, un muro que se estaba desmoronando y amalgamándolo todo. No un nuevo mundo al que me habían arrastrado. Evan me estaba ofreciendo la clave para que pudiera verlo con nuevos ojos, ojos capaces de atravesar ese muro. *Todo era tan absurdo...*

La expresión de Evan parecía cada vez más divertida ante mis reacciones.

—Era una bruja, pero, si puedo darte un consejo, no saques el tema delante de ella. Se pone bastante a la defensiva. No le gusta hablar de ello.

—No te preocupes —lo tranquilicé—. Y gracias por la advertencia.

El silencio que siguió se metió en mis huesos.

Los dos sabíamos adónde nos conducía aquella conversación. Yo llevaba una eternidad esperando aquel momento y, ahora que por fin había llegado, temía que las palabras no pudieran deshacer el nudo que tenía en la garganta. Pero debía encontrar las fuerzas para pronunciar la pregunta que me rondaba por la mente desde hacía tiempo. *Tenía* que preguntárselo porque la respuesta era importante, aunque pudiera cambiarlo todo.

—Evan... —Tragué saliva y evité su mirada mientras intentaba que mi voz no temblara. Evan percibió la solemnidad de aquel momento y me miró, dejándome sin aire antes de que pudiera continuar—. ¿Qué eres? —Liberada del peso de aquellas palabras, por fin me atreví a enfrentarme a sus ojos, justo a tiempo para descubrir el rayo que los había cruzado.

—Sabía que me lo preguntarías. —Su voz se llenó de amargura.

Durante un instante infinito ninguno de los dos abrió la boca. El silencio pesaba tanto que deseé no haber preguntado nada. Si hubiese podido, habría retrocedido como en una cinta de *cassette* y borrado aquella última frase. Pero antes de que me diera tiempo a arrepentirme del todo, Evan me miró con una intensidad insólita.

—Soy un ángel, Gemma. —Su voz acarició mi nombre con tanta dulzura que mi corazón impidió que la razón percibiera la solemnidad de su revelación.

Evan me acarició el dorso de la mano para animarme a que reaccionara y porque temía que la oscuridad volviera a apoderarse de mí. Pero por primera vez no me sentía aturdida por su confesión.

Una parte de mí, como si siempre lo hubiese sospechado, sugirió que era evidente, que no había otra explicación.

—¿Te he asustado? —preguntó con cuidado, inquieto por mi silencio.

—Creo que no —respondí sin estar muy segura—. Pero... ¿cómo es que habéis venido aquí? —No tenía ni idea de por qué mi cerebro había formulado aquella pregunta, pero mi voz había obedecido a su orden antes de que mis labios pudieran reaccionar.

Los ojos de Evan vacilaron, como si, de entre todas las preguntas, aquella fuera la más preocupante. Su rostro se entristeció de golpe.

—Mira, somos ángeles un poco *especiales*. —Parecía que un muro insuperable se hubiese propuesto dividir el canal que habíamos establecido. Percibía la dificultad con que intentaba manejarlo, pero no entendía por qué estaba tan abatido.

—¿Especiales? ¿Qué quieres decir exactamente?

—La estirpe a la que pertenecemos es algo peculiar. La descendencia es lo que nos distingue, la línea de sangre.

—Sigo sin entender nada.

Evan inspiró hondo y me encadenó a su mirada, asegurándose mi atención.

—Sé que lo que estoy a punto de decir puede parecerte absurdo, pero mis hermanos y yo descendemos de los niños que Eva intentó esconderle a Dios, avergonzada por no haberlos lavado todavía en el río sagrado, por no haberlos purificado. —Quería fingir que todo aquello no me afectaba, pero Evan estudiaba mis reacciones y seguro que la arritmia de mi corazón iba a delatarme—. Cuando Dios descubrió a aquellos niños decidió que lo que había sido escondido hasta entonces debía permanecer escondido eternamente. Seguramente por eso algunos nos llaman Genios Subterráneos, pero en los últimos siglos ya no se habla de nosotros, excepto en alguna leyenda noruega que ha resistido el paso del tiempo.

—¿Pero qué tipo de castigo es ese? ¿No se supone que Dios debería perdonar a todo el mundo? —solté, y acto seguido me di cuenta de lo absurdas que sonaban mis palabras. Yo hablando de Dios. Aún no podía entrar en aquel nuevo mundo sin tener la sensación de que me estaban tomando el pelo.

—¡Exacto! —respondió con severidad—. Pero él también tiene sus leyes. Un mundo, una sociedad, una familia sin reglas se hunden en el caos. Es el infierno.

—¿Y a qué te refieres con «escondido»? ¿Qué comporta eso para ti? ¿Tu alma está... perdida?

Evan rio para sus adentros, divertido por el efecto que provocaban en mí sus confesiones.

—Mi alma no está perdida. Está en vilo entre el paraíso y el infierno.

Lo miré extrañada, confusa.

—*Aquí*, en la Tierra —aclaró con una sonrisa al darse cuenta de mis dudas. Por mucho que se esforzara en disimular, noté un velo de tristeza en sus ojos—. En el fondo no está tan mal. Sólo estamos a medio camino entre el mundo terrenal y el Edén.

El tono con el que hablaba me obligó a tomarme en serio lo que decía. ¿Es que acaso no había visto de lo que era capaz? ¿Por qué tendría que pensar que me tomaba el pelo?

Como un río a punto de desbordarse, las explicaciones que había moldeado en mi cabeza se rompieron y me desconcertaron.

¿El *Edén*? ¿Pero de qué estábamos hablando? ¿Sería todo cierto?

Los ángeles, el paraíso, el infierno... *Dios mío*.

De repente me bloqueé al pensar en nuestra fuga en moto. Si él era un ángel, por fuerza tenía que

existir algo opuesto a él, horribles demonios o quién sabe qué tipo de criaturas monstruosas. Un escalofrío me recorrió la espalda y me puso la piel de gallina. Empezaba a sentir el peso de toda aquella información y las emociones podían jugarme una mala pasada.

—¿Todo bien? —preguntó Evan, preocupado. Fui incapaz de esconder mi consternación. Seguro que estaba muy pálida.

—No es justo, tú no tienes ninguna culpa. Han pasado tantos milenios... Es injusto que paguéis por los errores que cometió otra persona.

—Me gusta pensar que no será para siempre —confesó—. Siempre he vivido con la esperanza de una redención. —Por su tono de voz, no sabía si quería convencerme a mí o a él mismo—. En el fondo, para vosotros los mortales no es tan diferente. Vosotros también estáis en la Tierra para expiar los pecados de otra persona. Es un purgatorio para vosotros y para nosotros. Se os ha negado el Edén y por eso estáis obligados a vivir enfrentándoos a sufrimientos y dificultades diarias. Es una prueba, ¿no lo entiendes? Dios hubiese podido mandar al infierno a Eva y a su compañero, como hizo con quien fue castigado por su traición, pero os ha dado otra oportunidad. La posibilidad de *escoger*. Por eso el hombre tiene el libre albedrío. Dios no quiere obligaros a amarlo, quiere que cada individuo elija hacerlo libremente. Sólo si demuestra que lo merece, siguiendo sus leyes, un humano puede volver al Edén del que procede. ¿Por qué debería ser diferente para mí? ¿Por qué yo no iba a poder demostrar que estoy a la altura?

Era el discurso más largo y sincero que Evan había hecho frente a mí.

Su voz se había enfervorizado. En su tono se percibía con cuánta intensidad cultivaba aquella esperanza, pero el velo de tristeza que persistía en su mirada me sugería que ahí no acababa todo. Había algo que aún se me estaba escapando.

—Estoy segura de que puedes conseguirlo, Evan —lo animé con cautela, aunque mis dudas presionaban para salir—. Y cuando tú... sí, en fin...

—¿Qué quieres saber? —dijo Evan al percibir las dificultades que tenía.

—Te he visto en tu forma angélica. A veces sólo te percibía, pero otras veces *te veía*, Evan. Sí, yo... me preguntaba si tu cuerpo etéreo es de algún modo *tangible*.

—No para los humanos —respondió a toda prisa, como si estuviera acostumbrado a contestar esa pregunta—. Pero tú eres una excepción —confesó, buscando mi mirada para que comprendiera lo importante que aquel detalle era para él. Luego apartó la vista y se concentró en el suelo, como si de algún modo él también se sintiera abrumado por todo aquello—. Nadie me había tocado nunca, y la intensidad de la emoción que me invadió cuando lo hiciste la primera vez me empujó a estudiarte.

Una corriente de aire, peligrosa y familiar, me acarició la piel y me estremeció mientras Evan levantaba la cabeza con cautela, como si temiera asustarme. Tragué saliva con dificultad y noté que mi respiración era irregular. Sus ojos se habían vuelto grises como la plata fundida y no dejaba de buscar los míos. Se había transformado. La emoción me paralizó y me dejó sin aire.

—¿Puedes verme? —La voz de Evan me envolvió como un manto cálido mientras nuestros ojos, silenciosos, seguían entrelazados contemplando aquel misterio.

—¿No debería? —pregunté en voz baja—. ¿Puedo... puedo tocarte?

Evan levantó la mano lentamente, con la palma en mi dirección. Empujada por el profundo deseo de acariciarlo, acerqué mi mano a la suya, apenas rozándole los dedos.

Evan tragó saliva y, un instante después, acortó el espacio que separaba nuestros dedos y apoyó su mano en la mía con dulzura. Palma con palma.

—Dios mío...

Sus ojos vacilaron, como si estuvieran afectados por una emoción estática, y yo sentí una especie de energía recorrer mi piel. Un escalofrío cálido que se transmitía a mi corazón.

—Es una sensación increíble —susurré, contemplando nuestras manos suspendidas una frente a la otra.

—Increíble y extraordinaria. —Mis ojos volvieron a los de Evan, que me esperaban—. ¿No crees? —Sonrió y, por unos instantes, la complicidad de aquella sonrisa compartida me unió a él mucho más que cualquier palabra.

—Tengo otra pregunta —confesé tras un momento de silencio.

—Te escucho.

—Pero prométeme que no te reirás —le advertí, avergonzada por lo que estaba a punto de decirle.

—Te lo prometo —respondió mientras reprimía una mueca de sarcasmo en su sonrisa. Crucé las piernas sobre el cojín en el que estábamos sentados.

—Te parecerá algo estúpido, pero ¿no se supone que los ángeles deberían tener alas?

Evan soltó una carcajada que me hizo sentir ridícula por habérselo preguntado.

—Te encanta tomarme el pelo, me habías prometido que no te reirías de mí —le regañé, enfurruñada—. Me gustaría verte en mi lugar. —Lo empujé con un golpecito en el brazo. Al tocarlo, su mirada se volvió seria, como si una emoción violenta lo hubiese asaltado.

—¿Por qué no lo compruebas? —me desafió, inclinando la espalda en mi dirección con un guiño en su mirada provocadora.

Me ruboricé al mirarle la espalda y mi corazón empezó a latir con más fuerza.

—Adelante, tócame —me animó, mirándome a los ojos.

Tocar su mano no había sido suficiente para derribar la barrera de pudor que existía entre nosotros. Además, nunca había sido muy descarada. Pero tenía la absurda convicción de que con Evan podía permitírmelo. Sentí de nuevo aquella emoción que me hacía pensar que tocarlo otra vez me llevaría a un nuevo mundo. Sabía que me tomaba el pelo, pero el deseo era demasiado fuerte como para ignorarlo.

Alargué la mano, titubeante, buscando su mirada. En sus ojos, llenos de un deseo escondido, brilló la impaciencia por sentir aquel contacto quemando en su piel. Cogí aire y apoyé con delicadeza la mano en su espalda.

Mis dedos se movieron con cautela, en busca de algo diferente, mientras los músculos de Evan se agitaban al sentir mi tacto. Ni siquiera la camiseta conseguía retener aquella electricidad que el contacto de nuestros cuerpos producía.

Sentí la necesidad imperiosa de tocar su piel sin el obstáculo de la ropa. Respondiendo a mi deseo, Evan se giró de golpe, me cogió la mano con la que lo había tocado y se abalanzó sobre mí. Mi cuerpo bajo el suyo, en el cojín, recibió una oleada irrefrenable de pura emoción, un ímpetu que no pude controlar. Respiré jadeando sobre su boca mientras mi calor se fundía con el de él y su pelo me acariciaba la frente. Con la mirada clavada en la mía, nuestros dedos se enlazaban por encima de mi cabeza. Mi corazón perdió el ritmo y por un instante pensé que se detendría para siempre. Su plaquita militar me acarició la barbilla y decidí agarrarla. Pero algo parecido a un vórtice furioso me tiró para atrás y, consternada, descubrí que Evan seguía en su sitio, sentado de espaldas en el cojín, con mi mano suspendida en su espalda. Tragué saliva, más confundida que nunca, mi respiración seguía jadeante por la imagen de una película que se había proyectado sólo en mi cabeza, una realidad nítida y clara que me había absorbido. Aturdida por esa intensidad, no lograba entender si al tocar su cuerpo mi mente me había catapultado al recuerdo del sueño, o si había sido un reflejo de mi

deseo por él lo que me había guiado hasta allí.

—¿Y bien? ¿Has encontrado algo?

Negué con la cabeza, despertándome con aquella voz melodiosa que ocultaba un toque de sarcasmo. De repente una duda me asaltó la mente.

—¿Has sido tú? —le pregunté de buenas a primeras.

—¿A qué te refieres? —replicó con perplejidad.

—He visto... da igual. —Me obligué a no revelar mi visión. Seguro que la aprovecharía para bromear. Pero Evan se giró de golpe y me cogió de los brazos, apretándolos con fuerza.

—¿Qué has visto, Gemma? Espera, no respondas. —Evan estaba afectado; los ojos parecían más grandes, llenos de fascinación—. Nos has visto a los dos. Yo te he cogido y te he empujado al suelo, ¿verdad?

Mi corazón vaciló. ¿Lo había visto él también?

Había percibido el ímpetu de las emociones como si lo hubiera vivido de verdad. ¿Le habría sucedido lo mismo a Evan? Dios mío. ¿Qué estaba pasando entre nosotros? Ninguno de los dos parecía entenderlo.

—¿Tú también lo has visto? —pregunté, estupefacta por la fuerza de nuestra conexión.

—Es algo increíble. Como si estuviéramos en simbiosis. A veces me invade una fuerza extraña cuando estoy contigo. Hay un vínculo entre nosotros, una alquimia inexplicable, ¿no la sientes tú también? Es imposible compararla con nada. O *controlarla*. —Aquel detalle en concreto parecía preocuparlo.

—¿Qué ha pasado? ¿Has proyectado tú esas imágenes en mí?

—No, yo no he hecho nada. Es como si nuestras mentes en aquel instante se hubieran unido, como si se hubieran conectado en una realidad paralela en la que hemos seguido nuestros instintos, nuestros deseos, aunque nuestros cuerpos estaban bloqueados aquí. Cuando has puesto la mano en mi espalda he sentido el impulso irresistible de tocarte y lo he imaginado.

—Yo también lo he imaginado. Pero es como si lo hubiésemos vivido —admití, ruborizándome por lo que acababa de decir.

—Ya. —Evan tenía el ceño fruncido. Estaba inmerso en aquel nuevo misterio que parecía fascinarlo, como si fuera la primera vez en mucho tiempo que sentía algo así—. Es increíble, es como si mis poderes se fortalecieran cuando estás tú, aunque no estoy seguro de que haya dependido de mí. —Me miró durante unos segundos, arrollado por aquella emoción, y después volvió a sonreírme con ese rastro de sarcasmo que empezaba a reconocer—. ¿Y qué me dices de mis alas? ¿Las has encontrado? —bromeó, divertido.

—Muy gracioso.

—Podrías volver a intentarlo. —Arqueó una ceja y su sonrisa adquirió un nuevo matiz—. No me importaría. ¿Por qué no buscas mejor? Quizás ahora tengas más suerte.

Lo empujé con una mano obligándolo a girarse.

—¡No me hagas sentir más ridícula de lo que ya me he sentido al preguntártelo!

—Tú no eres ridícula —me contradijo de forma insoportablemente dulce, antes de reír para él y volver a burlarse—. Vale, lo admito, lo de las alas ha sido culpa mía. Es sólo una leyenda, no hace falta tener alas para pasar de una dimensión a la otra. Son mundos paralelos y nosotros somos almas, esencias puras como el aire, podemos cruzarlos. Si no fuera así, los mortales también deberían tenerlas para poder pasar al otro mundo después de la muerte.

Tuve que admitir que el suyo era un razonamiento impecable.

—¿Sois muchos? ¿Cómo se os puede reconocer?

—Es imposible. Somos millones en toda la Tierra, pero nos mezclamos con la gente y nadie se da cuenta. Nunca. Nadie sabe quiénes somos en realidad. Sólo hay un detalle que se manifiesta en nuestra forma natural, respecto a la humana, pero nadie puede darse cuenta porque somos invisibles para los mortales.

—Los ojos —me adelanté.

Evan asintió. Entonces recordé que un momento antes él tenía su mirada plateada perdida en la mía. Pero ahora, en cambio, sus ojos eran más oscuros que la noche.

—En nuestra apariencia carnal adoptan el color que tenían durante nuestra existencia mortal. Cuando no hay un cuerpo que los enmascara, en cambio, nuestros ojos son grises, como la plata líquida. El alma se desnuda del cuerpo revelando su aspecto puro y transparente, como el éter. Pero nadie puede vernos así.

—Nadie excepto yo —le recordé.

—Ya... Es extraño.

Le acaricié el brazo, en el punto donde la tinta decoraba su piel, y él siguió mi movimiento con la vista.

—Y luego está esto —me reveló, con una nota de melancolía en su voz—. ¿Lo ves, no?

—Apuesto a que no debería —dije, y Evan sonrió.

—Es el símbolo de los hijos de Eva. Cada día nos recuerda quiénes somos. Lo recibimos todos, justo después de la muerte. Es nuestra maldición.

—¿Duele? —pregunté.

—No tanto como el peso de llevarlo —admitió, y luego percibió mi tristeza y volvió a sonreír—. ¿Más preguntas? —inquirió con impaciencia. Parecía que se divertía haciéndome pasar por eso. O, lo más probablemente, que estaba feliz de poder liberarse por fin de esa carga.

No necesité mucho tiempo para pensar, tenía una lista interminable de dudas preparada. Pero una era más importante que todas las demás. Pugnaba por salir, empujada por una voz asustada que temblaba y que había querido esconder en algún rincón oscuro de mi mente, incapaz de reprimirla del todo.

—Has dicho que estoy en peligro. ¿Por qué?

Evan se puso tenso. Apretó la mandíbula y cogió con el puño la parte del cojín donde estaba sentado. Parecía que le había planteado la única pregunta inadecuada. La única que no quería tener que responder.

Pero debía hacerlo. Yo tenía *derecho* a saberlo.

—Evan, tienes que decírmelo. —Clavé mis ojos en los suyos con una firmeza que no creía poseer—. ¿Qué era aquella sombra? *La he visto* mientras nos perseguía.

Algo había congelado su respuesta. Algo dentro de él. Ya me había dicho quién era, ¿qué más podía confesarme que fuera tan espantoso? ¿Qué más escondía?

—¡Evan, responde!

—Lo que has visto... —Se detuvo, titubeante.

—¿Qué era? —insistí.

—Un ángel de la muerte —me reveló—. Un justiciero.

El mundo se agrietó bajo mis pies. *Un ángel de la muerte.*

¿Qué quería de mí? Un estremecimiento me dio la respuesta.

Ángeles, paraíso, infierno... ¿Qué estaba pasando?

La mirada de Evan buscaba la mía, perdida en el vacío. Incapaz de reaccionar, había hecho lo único que podía, aislarme de todo, refugiarme en un camastro cálido tras las puertas inaccesibles de mi mente. Apenas oía las palabras de Evan que aún flotaban en el aire, confundidas y borrosas, como un eco.

—Ha venido por ti. Ya no deberías estar aquí, Gemma, lo siento —me reveló, confirmando la terrible duda que me había paralizado por completo. Mi corazón se detuvo al oírse pronunciar en voz alta.

—Quieres decir que... —murmuré, helada.

—Tu hora llegó cuando aquel camión se te echó encima.

Me estremecí como nunca antes.

—Tú me salvaste —dije, y comprendí por primera vez la importancia de aquellas palabras—. Entonces ¿fuiste tú quien me curó la cabeza y el tobillo? ¡Aquel calor eras *tú!*

Evan asintió.

—Increíble —murmuré para mí. Después levanté la mirada en busca de la suya—. ¿Dónde está ahora? —pregunté. Una nueva y terrible duda me había asaltado.

—Volverá a buscarte, pero no tienes que preocuparte. No se acercará mientras estés con nosotros. Él está solo, y nosotros somos cuatro.

—¿Estás aquí para protegerme? —pregunté a medio camino entre la gratitud y la incertidumbre—. ¿Es ese tu deber?

Sus ojos vacilaron, como si mi pregunta lo hubiese puesto entre la espada y la pared. Agachó la cabeza y dudó un instante antes de responder. Después la sonrisa volvió a dibujarse en su rostro.

—Estás a salvo con nosotros. Puedes estar tranquila —susurró mientras me acariciaba la punta de la nariz con un ligero toque de su dedo índice. Parecía que se había visto obligado a ponerse una máscara, como si no hubiese sido del todo sincero.

Aunque una vocecita asustada luchaba por hacerse un hueco en mis pensamientos, por salir, intenté ahogarla, esconderla en algún rincón. Me sentía inundada por la profunda sensación de seguridad que sólo Evan me infundía.

Sin previo aviso, Evan volvió a mirarme con intensidad.

—No te esfuerces en luchar contra el miedo que sientes. Es normal, no es malo tener miedo. Te equivocas si piensas lo contrario.

Sus palabras me embistieron como una tormenta de aire. ¿Cómo lo hacía para saber exactamente lo que pensaba?

—¿Cómo...? Has dicho que no puedes leer la mente. ¿Cómo puedes saber lo que siento?

Sonrió.

—He aprendido a reconocer las señales de tu cuerpo, Gemma. Puedo descifrar tu mirada. —Su expresión, por algún motivo, se volvió pícaro—. El inconsciente puede desvelar secretos de los que ni siquiera tú estás enterada, llega donde los pensamientos no pueden y toca cuerdas inalcanzables, difíciles de interpretar incluso para mí, a veces. Sobre todo cuando se trata de ti.

—¿Tú lees el inconsciente? —pregunté, pasmada por aquella nueva revelación.

Evan asintió y después me miró con mucha concentración.

—Veo dentro de ti, Gemma. Puedo leer los pensamientos más escondidos a través de...

—Los sueños. —Pronunciamos esas palabras al unísono.

—Dios mío, entonces... —Todo se hizo más claro de repente. No era una casualidad que recordara aquellos sueños tan vívidos, difíciles de distinguir de la realidad. Existía un motivo por el que no entendía dónde acababa el sueño y dónde empezaba la vigilia.

—Era real. ¡Todo era real! No había imaginado nada, tú estabas *realmente* allí.

—Todo era real —confirmó Evan reprimiendo una sonrisa, con una ceja levemente arqueada.

Mi corazón reaccionó inundándome de calor y enviando un mensaje de alerta a mi cerebro.

Los nervios se abrían paso dentro de mí mientras asumía lo que significaba todo aquello. Me sonrojé y el ritmo cardíaco se me puso por las nubes, tanto que podía notarlo en las sienes. En un gesto espontáneo, me llevé los dedos a los labios y los sentí estremecerse, exultantes por aquella realidad que sólo ellos conocían.

Evan y yo nos habíamos besado.

Sentía el peso de la mirada de Evan en mí, impaciente por encontrar la mía. Pero estaba segura de que en sus labios habría una sonrisa descarada y no sabía cómo enfrentarme a ella. Mientras tanto, era como si mi corazón quisiera escapar de mi cuerpo por la alegría que lo inundaba. Sospechaba desde hacía tiempo que la intensidad de aquello era demasiado fuerte para ser sólo fruto de mi imaginación.

Evan y yo nos habíamos besado. La imagen nítida de aquel beso afloró y me puse todavía más roja.

Un recuerdo.

Con consternación me obligué a reaccionar. Tenía que romper aquel silencio o me quedaría atrapada para siempre en la vergüenza que sentía.

Congelada por la incomodidad, hundida en aquellos recuerdos, intenté cambiar de tema.

—Así que te gustan las constelaciones...

Evan intuyó mi torpe intento de desviar la conversación y se puso a reír.

—El origen de las constelaciones es muy antiguo, ¿sabes? Desde los tiempos más remotos el hombre ha observado el cielo trazando líneas imaginarias que unían los puntos luminosos. Cada cultura ha compuesto sus figuras siguiendo su propia fantasía. La Osa de los griegos, por ejemplo, era un carro para los romanos, una olla para los chinos, un hipopótamo para los egipcios... ¿Puedes creerlo? —explicó, arrancándose una sonrisa—. Pero yo siempre he encontrado interesante el modo en que los griegos, en especial, han transformado el cielo en un escenario donde los héroes y las divinidades se exhiben guiados por la imaginación. Creo que sus historias han hecho del cielo una especie de inmenso libro ilustrado donde, cada noche, desde hace miles de años, aquellos personajes cobran vida bajo nuestros ojos. Sólo hace falta conseguir verlos... —Su voz se había reducido a un susurro mientras una espiral de emoción se apoderaba de sus ojos, clavados en mí.

—¿Puedes... puedes hacerme soñar lo que quieras? —murmuré, tropezando con las palabras.

—Es tu mente, Gemma. Los sueños son como un espejo que refleja tu alma, tu verdadera esencia; muestran tus miedos, tus angustias, tus *deseos*. —Se detuvo para observar mi reacción ante aquella última palabra—. Tu inconsciente es lo que aparece, yo sólo intento descifrarlo.

—¿Y lo consigues? —pregunté, invadida de repente por el temor de lo que Evan hubiese leído en mí.

—No siempre —admitió, decepcionado—. Contigo es más difícil. Con esto tampoco funciona como debería.

—No funcio... ¿Qué quieres decir? —Hallé el valor para enfrentarme a su mirada.

—Nunca había encontrado un alma como la tuya. Es compleja, diferente. Casi indescifrable. Cuando estoy en uno de tus sueños es como si tu mente me causara interferencias que no me permiten esconderme de ti. Tengo la sensación de que hay algo parecido a una fuerza entre nosotros que no se puede contrarrestar, un enorme imán que me atrae hacia ti.

Me sentía aturdida. ¡Sus sensaciones eran tan parecidas a las mías!

—Mis poderes son complementarios. A través del inconsciente, puedo interpretar a quien yo quiera, como si tuviera la clave de lectura de un complejo código cifrado. Puedo comprender su carácter, sus límites, su punto débil... de modo que luego puedo moldearlo a mi antojo conectándome con la persona. Nunca he estado en los sueños de alguien más de una vez. Normalmente una sola noche me basta para crear un mapa detallado de la persona. Hasta que te encontré a ti. No deberías oír mi voz, o mejor, la parte consciente no debería, sólo tu alma. ¿Entiendes por qué estaba tan fascinado contigo? —Después su expresión se convirtió en un guiño—. Drake dice que estoy fascinado contigo como un oso con la miel. —Sonrió por la gracia, pero después recuperó la seriedad—. Parece que no puedo resistirme a ti.

—¿Serías un oso? —dije, arqueando una ceja, antes de que pudiera impedir que las palabras salieran de mi boca. Su aliento cálido en mi cuello indicaba que se había acercado sin remedio. Mi corazón vibró mientras percibía sus labios lamiendo mi piel, apoyándose dulcemente en el hueco del cuello—.No querrás comerme...

—¿Por qué no? —El susurro de su voz me inundó de calor.

Cerré los ojos y abrí los labios instintivamente, saboreando el recuerdo de su boca en la mía.

Evan empezó a recorrer mi cuello con lentitud hacia la barbilla. Escalofríos de fervor me sacudían cada vez que su boca acariciaba mi piel.

—¿Tú también sientes lo mismo que yo? —me susurró mientras sus labios se movían con suavidad ahora hacia mi oreja. Mi cuerpo seguía estremeciéndose, y eso me aturdía.

—¿Qué sientes tú? —murmuré con adicción, hipnotizada por su encanto.

Evan continuó acercándose a mis labios, recorriendo el hueco del cuello en una lenta búsqueda de mi boca mientras mi corazón latía a un ritmo desconocido. Rozó delicadamente la comisura de mis labios, inundándome todavía más de deseo. La espera me estaba matando. Sin moverse, Evan levantó imperceptiblemente la mirada hacia la mía, como si buscara un consentimiento, un permiso que ya le había concedido antes de que me lo pidiera.

—Esto —susurró, como seda cálida que me envolvía el cuerpo. Y, lentamente, su boca empezó a acariciar la mía, con una dulzura infinita, mientras mis labios se movían imperceptiblemente para buscar los suyos. La respiración pareció abandonarme; un calor lánguido me bañaba las pupilas y me obligaba a cerrar los ojos mientras me dejaba envolver por una ola de emoción que me había embestido, anhelando que Evan me besara al final.

—Ejem, ejem. —Alguien se aclaró la garganta un instante antes de que Evan apoyara del todo su boca en la mía—. ¿Interrumpo algo?

Ginebra.

El aroma irresistible de Evan seguía flotando a mi alrededor, como un hechizo oscuro del que no podía deshacerme. Anhelaba tanto el calor de sus labios, tan cerca de los míos, que por un instante consideré la idea de ignorar a Ginebra y coger a Evan de la camiseta para acabar de acercarlo a mí. Por ninguna razón en el mundo quería que se detuviera. Pero me vi obligada a reprimir aquel deseo y resistirme a la tentación mientras Ginebra soltaba una carcajada.

Me puse pálida al darme cuenta de qué la había divertido.

Había olvidado que podía leerme la mente.

Tierra trágame. Pero Ginebra intervino antes de que pudiera decir algo estúpido.

—Buenas noches, palomitas. —Sonrió.

—Hermanita, ¿qué es tan divertido? —preguntó Evan, curioso por su expresión.

Perfecto. Lancé una mirada furtiva a Ginebra y me pregunté si me traicionaría. Sería ridículo que, al final, yo misma cumpliera mi destino tirándome por la balastrada de la vergüenza que sentía.

Ginebra me miró de reojo y me sonrió con complicidad mientras se acercaba a nosotros.

Se puso al lado de Evan y se agachó para decirle algo al oído. Me eche a temblar.

—Es un secreto —le dijo mientras me miraba fijamente.

Evan estudió mi expresión mientras suspiraba de alivio intentando no parecer preocupada, e inclinó el rostro para mirarme primero a mí y luego a Ginebra.

—¿Qué tramáis vosotras dos? —nos acusó divertido, entrecerrando los ojos.

Busqué la mirada de Ginebra, que me guiñó un ojo antes de levantarse.

Tranquilizada por su complicidad, me encogí de hombros y arqueé una ceja, fingiendo que no entendía de lo que hablaba. Ginebra nos había interrumpido justo cuando Evan estaba a punto de besarme, pero aquel gesto no sirvió para compensármelo.

Ginebra le habló a Evan.

—Te has dado prisa. Impedírtelo hubiese sido inútil, tarde o temprano lo habrías hecho.

—Tenía derecho a saberlo —replicó Evan.

—Todo esto es cada vez más complicado, no sé si podremos gestionarlo —confesó ella, preocupada.

—Encontraremos el modo. Siempre hay una solución. —Evan me miró de reojo, evocando las palabras que yo misma le había dicho aquella noche, bajo las estrellas—. Sólo necesitamos un plan. Y lo necesitamos ya, antes de que... —Se interrumpió de golpe para buscar mi mirada—. Tenemos que adelantarnos, cueste lo que cueste.

Me estremecí por la frase que no se había atrevido a pronunciar. Seguía procesando todo aquello. Estaba preocupada, y no sabía qué efecto tendría en mí aquella nueva situación.

El peso de la mirada de Ginebra me distrajo.

—No temas —dijo ella en voz baja, tocándome el codo—, no te haremos daño —me tranquilizó al leer el temor en mis pensamientos.

—Estás temblando —constató Evan, sorprendido y frustrado por la incapacidad de saber lo que pensaba en aquel momento, como había hecho Ginebra—. ¿Tienes miedo? —me preguntó con preocupación.

—No —respondí impulsivamente.

Ginebra me miró furtivamente y estuvo a punto de contradecirme. Aún no estaba acostumbrada a ir con cuidado frente a ella. Tendría que aprender a controlar mejor mis pensamientos cuando estuviera a su lado.

—Me gustaría no tener miedo, pero no puedo evitarlo —me obligué a admitir.

Evan me acarició la mejilla con delicadeza, buscando mis ojos.

—Fíate de mí —susurró, mirándome con intensidad—. No te pasará nada. Sólo tienes que fiarte de mí.

No pude responderle, pero asentí, aturdida.

Mi estómago hambriento protestó para romper el silencio de la noche y volví a considerar la posibilidad de la balastrada.

—Perdonad —me justificué, muerta de vergüenza, mordiéndome el labio.

—¡Evan! No es propio de ti —le regañó Ginebra—, ¿acaso has olvidado que Gemma necesita alimentarse?

—No estoy acostumbrado a ciertas obligaciones, perdóname —se excusó, mortificado por no haber caído antes.

—No te disculpes, no tengo hambre —mentí, pero mi estómago volvió a delatarme y se puso a gruñir.

Ginebra me cogió de la mano y me condujo al interior.

—Ven, necesitas comer algo —insistió mientras me llevaba por el pasillo.

Se me hizo la boca agua al pensar en comida y oler un vago aroma en el aire, como si alguien hubiese cocinado. No recordaba la última vez que me había llevado algo a la boca.

«Gracias». Le comuniqué mi agradecimiento mentalmente.

Ginebra se giró en las escaleras para mirarme con amabilidad y demostrarme que lo había oído.

«Por todo». Aún no había podido agradecerle que me hubiese salvado en el baile. De no ser por ella, la lámpara de techo me hubiera matado. Pero saber que aquel monstruo volvería a por mí me ponía muy nerviosa.

¿A qué más tendría que enfrentarme para escapar de mi suerte?

No sabía si resistiría mucho. Quizás no fuera lo suficientemente fuerte.

¿Estaba segura de que Evan podría salvarme todas las veces?

Nadie podía darme aquella respuesta.

Ginebra me apretó la mano sin darse la vuelta, para tranquilizarme.

Miré a mi espalda, pero Evan ya no estaba con nosotros, aunque no lo había visto pasar por las escaleras. Seguí a Ginebra, empujada por las ganas de volverlo a ver.

29. Reflejo en el espejo

Crucé el salón y me encontré con la mirada alentadora de Evan, que me sonreía al otro lado de la mesa de la cocina. «Hermoso como un dios». Me acompañó y retiró la silla con galantería para que me sentara. Luego me mostró la mesa puesta con todo tipo de manjares.

Me quedé con la boca abierta.

—Evan...

—Tengo que conseguir que me perdones —respondió con una sonrisa.

—No te quedes con todo el mérito —intervino Ginebra, desdeñosa.

—Gracias... —Miré a ambos—. Gracias a los dos... ¡Pero esto es demasiado! Nunca podré comerme todo lo que habéis preparado. Ni siquiera si llevara semanas sin comer.

—No te preocupes por eso —me tranquilizó Evan—, come lo que te apetezca. Después ya se ocupará Ginebra. —Evan disimuló una sonrisa a la vez que Ginebra le lanzaba una mirada enfurecida.

—El dinero no es un problema para nosotros —explicó Ginebra por la duda que me había asaltado—. En serio, Gemma, come todo lo que te apetezca.

Contemplé la mesa. Me sentía desconcertada por la ingente cantidad de comida.

—No sabía lo que te gustaba —se justificó Ginebra—. No piensas nunca en comida...

—Todo tiene muy buena pinta, gracias —la tranquilicé enseguida.

—Te has saltado la cena, y ya casi es hora de desayunar.

—Lo arreglaré ahora mismo —respondí al tomar conciencia del hambre que tenía. El olor a comida inundaba el aire. Sin más dilaciones, me llevé a la boca un trozo de pizza, acompañado de patatas y un trago de naranjada fresca.

Después de comer tenía la barriga tan llena que no podía moverme. No recordaba cuándo había sido la última vez que había comido tanto. Pero, más que por el hambre, que sacié enseguida, comí para no decepcionar las expectativas de Ginebra, que me observaba con entusiasmo cada vez que mordía algo.

Eché un vistazo a mi alrededor y contemplé la cocina por primera vez.

—¿Vosotros no coméis? —pregunté, y sólo entonces me di cuenta de que no había fogones.

Evan y Ginebra se intercambiaron una mirada fugaz antes de responder.

—Mis hermanos y yo no necesitamos vuestra comida —confesó Evan mientras calibraba mi reacción.

—Pero podéis hacerlo —lo corregí—. Te zampaste toda la tarta cuando viniste a la cafetería.

Sonrió.

—Era una excusa para verte, Gemma —reveló con una sonrisa sensual—. Y además... —Miró burlón a Ginebra—. Ella ya come por nosotros.

Ginebra lo fulminó con la mirada mientras un cuchillo afilado se levantaba sobre la mesa

apuntando a Evan con aire de amenaza. La silla chirrió al sobresaltarme, petrificada.

La expresión de Evan, por el contrario, parecía más divertida.

—¡No me digas que ahora también quieres comerme a mí!

—Pero antes te cortaré a pedacitos —replicó ella con mirada fiera, y el cuchillo se movió hacia él a la velocidad de la luz.

Me asusté, horrorizada, y al final la hoja se detuvo a un palmo de su cara.

Evan soltó una carcajada y levantó la mano para empuñar el arma mientras yo los observaba con los ojos abiertos de par en par.

—¿Te parece bonito? Tenemos invitados —dijo él mientras se acercaba hasta mi oreja, con una sonrisa en los labios—. Ya te he dicho que es mejor no hacerla enfadar.

—Sabes que te oigo —le recordó Ginebra, que soltó una carcajada—. Tranquila, Gemma, sólo estábamos bromeando.

Observé a Evan, preocupada y todavía asustada, y él me guiñó un ojo, divertido por mi reacción. ¿Alguna vez dejaría de tomarme el pelo?

—¡No cuentes con ello! —respondió Ginebra a mi pensamiento—. Más te vale acostumbrarte. —Intenté sonreír, pero el esfuerzo resultó evidente.

—Pareces cansada —constató Ginebra.

Ahora que lo decía, sentía los párpados cerrarse sobre mis ojos. Me costaba mantenerlos abiertos. ¿Cuánto tiempo llevaba sin dormir? Parecían días.

—Necesitas descansar.

Escuché la voz melodiosa de Evan, pero de repente me costaba encontrar su cara. Estaba a punto de ceder al sueño.

—Ha sido un día difícil para ti. Y no sabemos qué nos espera mañana. Te acompaño arriba.

—¡No! —respondí rápidamente.

—Puedes dormir en mi habitación —me aseguró Evan con amabilidad.

—Gemma, no tienes nada que temer —dijo Ginebra al percibir mis miedos.

—No te pasará nada aquí con nosotros —añadió Evan.

—En cualquier caso, preferiría quedarme aquí abajo, el sofá es perfecto, parece cómodo. Y, además, sólo necesito tumbarme y cerrar los ojos unos minutos. Me despertaré como nueva.

—¡Sí, claro! —Ginebra no pudo evitar contradecirme, sonriendo.

—¿Qué hora es? —pregunté preocupada por la luz que empezaba a brillar con intensidad en el jardín. Tenía que sugerirles que compraran un reloj.

—Las siete y cuarto. Y hay uno justo allí. —Ginebra señaló a la pared que había tras ella, donde colgaba un gran reloj que un instante antes no existía. Las manillas se movían poco a poco mientras mis párpados a duras penas se lograban resistir abiertos y yo pensaba que a aquella hora ya debería estar de camino al colegio.

Apenas me aguantaba en pie, pero noté la mirada que se intercambiaron Evan y Ginebra. Me daba la impresión de que mantenían los oídos en guardia. La idea de que aquel ser malvado pudiera encontrarme me despertó de repente y borró cualquier rastro de sueño.

—¿Qué pasa? —pregunté, presa de un pánico inesperado.

—Tranquila —me tranquilizó Evan—. Es uno de los nuestros.

Ginebra abrió los ojos de par en par mirando a mi espalda.

—Drake, espe... ra. Demasiado tarde —suspiró, resignada.

Me giré de golpe y la consternación estuvo a punto de apoderarse de mí. Me quedé sin aire, sin palabras, sin pensamientos. Mi mente se vació por la imagen que mis ojos le habían enviado al cerebro.

—¿Pero qué diablos...?

Delante tenía una copia de mí, exacta, que me miraba como si fuera un reflejo en un espejo. Y entonces me asaltó una duda: ¿y si ya estaba muerta y lo que veía era el cuerpo que había dejado?

Me toqué el pecho para comprobarlo, pero todo estaba en su sitio. No había muerto, seguía en mi cuerpo, vivita y coleando. Quería acercarme para tocarla y asegurarme de que fuera real y no fruto de mi imaginación. Pero dudé y di un paso atrás mientras mi cerebro se debatía entre salir corriendo o perder la consciencia. Al final eligió una solución intermedia. Me quedé con la boca abierta mientras los demás me miraban con una mueca de arrepentimiento.

—He intentado advertirte. —Ginebra, desolada, se dirigió a mi otro yo.

—¿Todo bien? —Evan me acarició el brazo con preocupación, mientras yo empezaba a creer que había perdido la facultad de hablar.

—Perdona, Gemma —dijo Ginebra—. Esto ha sido demasiado —le dijo a Evan, en voz baja, antes de volver a dirigirse a mí—. Teníamos que haberte advertido. Éste es Drake —añadió al señalar con la mano a la otra Gemma que, mientras tanto, contemplaba atentamente cada uno de mis movimientos.

—¡Eh! —exclamó con entusiasmo, mostrando una sonrisa cómica que no le pegaba mucho a mi cara.

Me estremecí al oír su voz, idéntica a la mía. Parecía que mi cuerpo ya no me pertenecía, como si lo estuviera contemplando de lejos. Una sensación surreal y sin ningún tipo de lógica. Sentí la necesidad imperiosa de mirarme a un espejo, pero allí no había ninguno. Me observé las manos y reconocí con alivio que eran las mías.

Ginebra se acercó a ella con paso acelerado.

—Drake, ¿te importaría...? —le susurró al oído, señalándome con la cabeza.

—Ah, sí... Perdóname, dulzura —respondió a toda prisa la chica, con mi voz—, te devuelvo tu cuerpo.

De repente sus rasgos cándidos e inocentes se transformaron en otros. Duros y... *preciosos*. Más amenazador que el de Evan. Me sonrió con una pizca de inquietud en los ojos, pero después su rostro volvió a relajarse. Murmuré algo incomprensible con la intención de procesar las imágenes que acababa de ver con mis propios ojos.

¿En qué realidad paralela había acabado? ¿Qué le había pasado a la vida tranquila y monótona a la que estaba acostumbrada?

—Ha acabado debajo de un camión. —La voz de Ginebra respondió a aquel pensamiento—. Rojo, encima, como el coche. —Eché un vistazo fugaz al vestido que llevaba—. Si fuera tú, me cambiaría está claro que no es *precisamente* tu color de la suerte —dijo, mientras yo me esforzaba en sonreír sin resultado.

Volví a mirar a Drake. El cuerpo pequeño y frágil había mutado en un físico robusto, esbelto, musculoso... muy musculoso. Parecía más corpulento que Evan y mayor que nosotros.

—Éste es Drake —intervino Ginebra, colocándose a su lado.

—El divergente —añadió él mientras levantaba una mano para saludar.

Evan tenía razón cuando me dijo que mis padres no notarían nada. Si pudiera hablar, tendría que

darle las gracias también a él. Drake se había transformado en una copia exacta de mí y me había sustituido para justificar mi ausencia. Un pensamiento cortés me reconfortó.

—¿Él también es un ángel? —pregunté, dubitativa, al reencontrar mi voz.

Evan y Drake se intercambiaron una breve mirada.

—Es uno de nosotros —explicó Evan—. Se hará pasar por ti cada vez que sea necesario. Te dije que no tenías nada de lo que preocuparte.

Pensar que alguien podía hacerse pasar por mí era reconfortante, también en el caso de que me pasara algo. Evitarle ese dolor a mi familia era parte del consuelo.

—No es una alternativa —me advirtió Ginebra al leer mis pensamientos—. Ya no. No pasará nunca. Es una promesa. —Pero yo no estaba tan segura.

—Tengo los tímpanos hechos caldo —se quejó Drake, tocándose las orejas con las manos mientras Ginebra se reía—. Tu molesto perro se ha pasado la noche ladrando. Tu padre ha venido cuatro veces a ver qué pasaba. Me hubiese gustado estrangularlo.

Abrí los ojos de par en par, preocupada.

—No lo habrás hecho, ¿verdad?

—Tranquila —me calmó Evan en un susurro—, no lo haría nunca.

Costaba de creer. Habría podido machacarlo con una sola mano, a juzgar por su corpulencia.

No podía dejar de mirarlos. Me sentía como una mosca en una habitación llena de mariposas. Era la única con complejo de inferioridad. Ginebra estaba radiante, Drake parecía un dios griego, pero Evan seguía siendo el más guapo de todos.

Drake llevaba el pelo rapado, aunque seguro que era castaño por el color de su piel. Castaño como sus ojos, que en aquel momento eran negros como el carbón. Sabía que el color no sería el mismo si lo veía en su verdadera esencia. Él seguía mirándome de forma muy intensa. Un escalofrío de terror me recorrió cuando nuestras miradas se encontraron, aunque no tenía motivos para sentirme así. Ellos no eran los malos, y ni siquiera estaba segura de por qué seguían protegiéndome.

Drake parecía un militar. Todo en él recordaba a un soldado. Sus pómulos prominentes afilaban su rostro. La mandíbula era bastante cuadrada. El tatuaje de los Subterráneos destacaba en sus músculos. Había algo preocupante en él, aunque no sabía qué. Era algo que decía mi intuición.

—Créeme —respondió Drake, con tranquilidad—, ha faltado muy poco —dijo con sarcasmo.

Todos rieron con aquella frase que sólo yo no había entendido.

—Creo que alguien estaba a punto de irse a dormir —dijo Ginebra, mirándome de reojo.

—Lo siento, pero nunca he estado más despierta que ahora —admití. No quedaba ni rastro del sueño que me había cogido unos momentos antes—. ¿Debería conocer a alguien más? —le pregunté a Evan—. Me has dicho que erais cuatro.

—Simon —dijo Ginebra con un gesto sorprendentemente dulce—. Estábamos en el gimnasio y ha recibi...

Vi que Evan le lanzaba una mirada extraña.

—Tenía unos asuntos pendientes, si no me equivoco —se corrigió ella; sus ojos estaban clavados en los de su hermano con un extraño matiz de advertencia.

—Intenta llamarlo, Evan —lo incitó Drake—. Es el momento de las presentaciones.

—Drake tiene razón —intervino Ginebra—, ya debería haber terminado. Y lo necesitamos. Tenemos que hablar de muchas cosas y tenemos que establecer un plan.

Evan asintió antes de dirigirse a mí.

—Pero luego te vas a la cama —me ordenó con voz intransigente—. Intento contactar con Simon.

Cerró los ojos y se concentró un momento. Los demás mirábamos en silencio, dejando que llamara a su hermano mentalmente.

—Simon es mi novio —me dijo Ginebra al oído, reprimiendo media sonrisa, como si sus palabras escondieran un significado.

—No lo sabía —respondí sin darle mucha importancia a lo que me acababa de decir. Aún seguía aturdida y confusa por aquella absurda situación.

Sin previo aviso escuché la voz reconfortante de Evan en mi cabeza. Lo miré y descubrí que aún tenía los ojos cerrados, igual que los labios.

«Simon, ¿dónde estás? Tienes que venir. Te necesitamos», susurró mentalmente.

Me quedé mirándolo, demasiado fascinada como para apartar la vista. Cuando se dio cuenta, me sonrió y me guiñó un ojo.

No había perdido el control. Esta vez había sido él quien lo había querido así. Me había permitido que lo escuchara. Me sentí halagada por aquella concesión.

—¿Qué pasa, chicos? —El timbre de una voz que no reconocí rompió el silencio.

—¡Por fin! ¿Se puede saber dónde te habías metido? —le dijo Drake, impaciente por aquella espera, silenciosa para él. Drake había sido el único excluido de aquella conversación. Además de mí, seguro que Ginebra también había oído a Evan a través de sus pensamientos.

Simon, el único de los hermanos que todavía no conocía, se había materializado frente a Drake, dándome la espalda. Me quedé perpleja por lo mucho que se parecía a Evan, visto por detrás. Dejando de lado que tenía el pelo ligeramente más claro, el corte era muy parecido y los hombros también. Cualquiera podría confundirlos, así.

—No sería la primera vez que te pasa a ti —me dijo Ginebra al oído.

—¡Me equivoqué! —exclamé incrédula, evocando en mi mente las imágenes del beso que había visto mientras Ginebra asentía con aspecto divertido—. Así que él es...

—Mi novio —se anticipó Ginebra, cogiendo a Simon de la cintura.

Por fin empezaba a encajar las piezas. Y pensar que podría haberme ahorrado todo ese sufrimiento si lo hubiese sabido antes... Así que aquel día en el jardín no vi a Evan besando a Ginebra, sino a Simon.

—¿Sabes? Antes de llegar a conclusiones precipitadas, hay algo que no debes olvidar nunca —sugirió.

—¿El qué? —inquirí, con curiosidad.

—*Preguntar* —respondió sonriendo—. Intenté detenerte... —Me guiñó el ojo y se acercó a Simon—. Tarde o temprano te lo habría dicho —exclamó, y abrazó a su chico que, a su lado, ya no parecía tan alto.

Habían pasado pocos instantes desde que Simon había aparecido en la sala y sólo entonces se giró para mirarme, perplejo.

—Si Drake está allí —dijo, mirando a su hermano—, tú debes de ser Gemma. ¿Nos presentáis o tengo que hacerlo yo solo? Hola, yo soy Simon. —Sonrió alargando una mano. Su voz era suave y amable.

—Encantada de conocerte, Simon —respondí intentando disimular mi estupor.

Al verle la cara me resultó ridículo haber pensado que se parecía a Evan. Eran como el día y la noche, aunque los dos eran guapísimos.

Simon tenía un rostro más angelical que el de los demás. Transmitía confianza. Los rasgos de su cara eran suaves, y su pelo, castaño claro tirando a rubio. Sus ojos eran de un azul puro. Me pregunté si era una norma que todos los ángeles fueran tan irresistiblemente fascinantes. No existía otra explicación.

Ginebra lo acogió con un beso apasionado que me hizo sentir un poco incómoda, quizás porque Evan estaba muy cerca y a mí me apetecía hacer lo mismo con él. De hecho, estaba tan cerca que su brazo rozaba el mío.

Evan me miró de reojo antes de agacharse y murmurarme al oído.

—Siempre hacen lo mismo —se excusó, molesto, aunque en sus labios brillaba una sonrisa.

—No te preocupes, no pasa nada —respondí con la voz insegura por la timidez—. ¿Cuánto tiempo llevan juntos?

—¡Prácticamente toda una eternidad! —exclamó con una sonrisa, eludiendo la respuesta de forma ingeniosa.

Dejé de mirar a Evan. No sabía qué quería decir, ni cuántos años tenían ellos en realidad.

—Es difícil acceder al corazón de un ángel, pero, cuando pasa, es para siempre —me susurró buscando mi mirada.

Me emocioné por la alusión que acababa de hacer, deshaciéndome por la dulzura con la que había pronunciado aquellas palabras.

Me detuve a observar a Simon y Ginebra. Quería una relación como aquella con Evan. Y es que, por encima de cualquier otra cosa en el mundo, deseaba a Evan.

—Gemma, deberías descansar un poco —sugirió Evan con una especie de aflicción en la voz—. Me temo que las cosas serán complicadas cuando te despiertes.

Sus palabras volvieron a avivar mis temores. No tenía ni idea de qué esperar y estaba aterrorizada por la mera posibilidad de tener que enfrentarme a aquella criatura infernal de rostro desconocido.

Aquel ángel de la muerte estaba allí por mí y pronto vendría a buscarme porque, de un modo u otro, yo tenía que morir. Era mi destino. ¿Quién era yo para oponerme?

La muerte, por muy cruel que sea cuando llega sin avisar, no asusta tanto si no te deja tiempo para que te des cuenta de lo que está a punto de sucederte.

Conocer el destino, en cambio, es una condena terrible, quizás peor que la propia muerte. Un preludeo a la locura.

Temer el espectro de la muerte en cada aliento es una desgarradora cuenta atrás que te agota y te priva de la voluntad de oponerte a ella con tal de que el eco de su susurro se aplaque en el gélido silencio que se lleva las cosas. Es como un veneno letal que actúa sigilosamente secando tus fuerzas, abatiendo las defensas de tu mente, hasta que llegas al punto de querer rendirte y dejar que te envuelva con su manto negro para evitar que sea el miedo quien te mate... lentamente.

—Gemma, ¿has oído lo que te he dicho? —insistió Evan, acariciándome el hombro.

—Tienes razón —respondí mientras reprimía las lágrimas.

No podía aceptar aquella realidad. ¿Por qué yo? ¿Por qué tenía que ser yo? No estaba preparada para dejarlo todo. No estaba preparada para renunciar a Evan. No tan pronto.

—¿Aquí va bien? —me preguntó amablemente, señalando el punto del sofá donde había puesto un cojín y una manta.

—Perfecto —repliqué fríamente, con un tono de voz apagado que dejaba entrever mi resignación—. ¡Evan! —lo llamé antes de que saliera de la sala—. No te vayas muy lejos... por favor... —

supliqué.

Sonrió.

—Te lo prometo. Estaré aquí al lado —aseguró antes de alejarse.

Dudaba mucho que pudiera conciliar el sueño. Ya era de día y la luz entraba con insolencia por la cristalera y me impedía cerrar los ojos.

En aquel instante, la habitación se oscureció por completo.

Levanté la cabeza, asustada, para mirar hacia el cristal. Unas pesadas cortinas se habían extendido, como obedeciendo a una orden mía.

—¿Necesitas algo más? —La cabeza de Ginebra se asomó desde la cocina.

—Gra... gracias —dije, alucinada.

Pero en aquella nueva oscuridad el miedo volvió a embestirme con fuerza.

Evan tenía razón. No había recibido las llaves para acceder a otro mundo, sino nuevos ojos para ver el mundo en el que siempre había vivido. Con todo lo que escondía.

Escruté en la oscuridad todo el perímetro de la sala y observé con nerviosismo cada rincón. Ni siquiera podía ver mi cuerpo, pero esperaba captar cualquier movimiento, por imperceptible que fuera, para poder pedir ayuda.

No esperaba poder conciliar el sueño.

Empezaba a sentirme neurótica, a un paso de la histeria. Luché para impedir a mis párpados que se cerraran, pero *realmente* necesitaba dormir. Empujada por aquella convicción, agarré un extremo de la manta y lo levanté hasta taparme la cabeza y esconderme bajo aquel tejido agradable. Por primera vez me sentí a salvo. Respiré profundamente el aire sofocado y una delicada fragancia me invadió. Aún tenía encima el aroma de Evan. Cerré los ojos e imaginé que estaba allí, conmigo.

Sólo entonces, agotada, cedí al sueño.

Evan

30. Estrategia peligrosa

—¿Se ha dormido? —le pregunté a Ginebra. Intentaba dominar la preocupación mientras mis hermanos dejaban la sala.

Ginebra aguzó el oído para escuchar los pensamientos de Gemma.

—Ya no la oigo —confirmó un momento después.

—Bien. No ha sido fácil para ella asimilar todo esto. Aún no sé si lo ha aceptado... o si lo hará alguna vez —confesé, dejando que mis temores afloraran del corazón que acababa de reencontrar.

—No puedo negar que está desolada —admitió Ginebra—, pero ¿quién no lo estaría? ¿Podemos culparla?

Le lancé una mirada triste mientras nos acercábamos a Gemma, hablando en voz baja.

—Démosle un poco de tiempo para pensar en ello, verás como lo entenderá y te aceptará —intentó consolarme.

—Mírala —susurré para no despertar al pequeño ángel del que me había enamorado perdidamente—. ¿No crees que es *guapísima*? —Le acaricié la mejilla, cálida y rosácea—. Podría pasar la eternidad viendo cómo duerme, no soy capaz de dejar de mirarla, es como un hechizo... Me paraliza.

El pelo, despeinado, acariciaba el rostro de Gemma. Me acerqué para ponérselo bien, pero titubeé cuando se movió al contacto de mis dedos.

—Está nerviosa —constató Ginebra, dando voz a mis pensamientos—, no consigue relajarse, mira lo tensa que está. ¿Por qué no te metes en su sueño, Evan? —preguntó perpleja, y se sorprendió ante mis dudas.

—No. Quiero dejarle un poco de espacio —reconocí, aunque sufría estando lejos de ella.

—Yo creo que deberías tranquilizarla.

—Necesita tiempo, tú misma lo has dicho. Si me metiera en sus sueños ahora no haría más que confundirla. —Me detuve, invadido por una profunda tristeza—. Yo desearía que fuera su corazón el que me quiere a su lado. Si me acepta por lo que soy, tendrá que ser ella quien lo decida, yo no quiero influenciarla de ningún modo.

Gemma se giró bruscamente bajo la manta, invitándome a bajar la voz.

—Shhh... Dejémosla dormir —susurró Ginebra a mi lado—. Lo necesitará.

—Voy enseguida —murmuré para dejar entrever que quería estar a solas con Gemma un momento. Esperé a que Ginebra se alejara. Le acaricié delicadamente el cuello a Gemma con el dorso de la mano—. No permitiré que nadie te haga daño. Te lo prometo —le susurré, mientras rozaba sus labios con los míos.

La miré una última vez y me fui con Ginebra a la sala de al lado. Antes de salir, le dejé a Gemma un trozo de mi corazón.

—Es tan *liberador* poder ser yo mismo con ella, no estar obligado a llevar la máscara que nos ponemos cada día... Pero no puedo soportar la idea de que no me acepte, o de que tenga *miedo* de mí. Es frustrante convivir con esa posibilidad.

—Tenías que tenerlo en cuenta, Evan. Es la otra cara de la moneda. Aprenderá a sobrellevar todo

esto, estoy segura. Lo que siente por ti es muy fuerte. Sólo necesita tiempo. Fíate.

Esperaba que tuviera razón, pero el motivo de mi angustia radicaba en algo más profundo y no pude escondérselo a Ginebra, por mucho que quisiera.

—Evan.

Levanté la vista al intuir su reproche antes de que lo dijera en voz alta.

—¿Por qué no se lo has dicho?

No respondí. No sabía la respuesta.

—¿No entiendes que eso sólo puede complicar las cosas?

—¿Por qué? Ya no tiene ninguna importancia. —Eché un vistazo al salón porque temía que Gemma nos oyera.

—¡Claro que la tiene! ¿Qué crees que pensará cuando descubra que tú eras su Justiciero? ¿Que te enviaron a ti para matarla?

Me estremecí ante aquella idea.

—No hace falta que lo sepa —murmuré sumiso, consternado por aquel sentimiento de culpa.

—Pero es un riesgo que tienes que correr si quieres estar con ella. Tarde o temprano podría descubrirlo. Hubiese sido mejor que se enterara de toda la verdad de golpe, sin esconderle nada. ¡Hubiese sido lo mejor para todos!

—¿Crees que no lo sé? ¿O que no lo he intentado? —grité en voz baja—. No había previsto contárselo así, pero luego me preguntó por Amy...

—La niña que mataste en el incendio —me recordó Ginebra, que se ganó una mirada amenazadora.

Me entristecí mientras Ginebra escuchaba en silencio las palabras que ya había leído en mi mente un instante antes de pronunciarlas. Aun así sentía la necesidad de sacarlas fuera, o me destrozarían.

—No me esperaba que lo hiciera. Tendrías que haber visto sus ojos cuando pensó que la había salvado... Y luego pensaba que sufría porque no había conseguido evitar su muerte, ¿lo entiendes? ¿Cómo podía explicarle que estaba allí para *matarla*? Lo que me devoraba no era la culpa, sino la máscara que tenía que llevar cuando estaba con ella. No podía decirle quién era, Ginebra.

—Tenías que intentarlo, Evan —insistió, ignorando mi frustración.

—No —respondí decidido—. No podía. Hubiese sido demasiado para ella. Estaba tan asustada... Me habría gustado abrazarla con todas mis fuerzas, tranquilizarla y no dejar por nada en el mundo que le pasara algo. —Mi mirada se perdió en el suelo, absorbida por el recuerdo de la existencia vacía que me había hecho prisionero antes de encontrar a Gemma—. Mi vida estaba vacía y no lo sabía. No permitiré que nadie se la lleve. Ella es todo mi mundo, ahora. Le machacaré el cráneo con mis propias manos a quien se atreva a acercarse a Gemma —le prometí a Ginebra mientras una furia desconocida me inundaba ante la mera idea de que alguien intentara hacer daño a quién más quería.

Nadie podría tocarla. No mientras yo cuidara de ella.

—Puedes contar con nosotros, Evan. Te ayudaremos a protegerla.

—No. Ya os habéis arriesgado bastante. Todavía no sé qué precio tendré que pagar, pero el consejo me llamará. Me sorprende que aún no lo haya hecho.

—Somos un equipo. Todos para uno. Si Gemma es la chica que quieres, entonces es una de los nuestros. La protegeremos a toda costa.

«Gracias», pensé.

—No me des las gracias. Tenemos que ocuparnos de otra cosa. Necesitamos una estrategia —

afirmó Ginebra. Luego se tensó de repente y se puso a examinar la habitación.

—¿Qué pasa? —pregunté, preocupado.

—Está cerca, puedo sentirlo —murmuró con los sentidos en alerta.

La furia me invadió. Era devastador.

—No se atreverá a desafiarnos en nuestra casa —gruñí mientras recorría la sala con la mirada.

Me giré de golpe al percibir una presencia, pero me sorprendí al encontrar a Drake y Simon, que habían llegado silenciosamente.

—Sois vosotros —suspiré, mientras intentaba dominar la sangre que me hervía en las venas.

La mirada de Ginebra, no obstante, seguía en alerta, como si la aparición de nuestros hermanos no hubiese mitigado sus temores. Ginebra, al ser una bruja, era la más propensa de nosotros a percibir la presencia de un ángel.

—Eh, relájate —me dijo Simon antes de ponerme una mano en el hombro—. Estás demasiado tenso y necesitamos estar lo más concentrados posible. ¿Habéis pensado ya en algo?

—¿Creéis que podremos convencerlo para que desista? —preguntó Ginebra.

—Imposible —respondí—. No se rendirá hasta que no la mate. Es lo más importante para él.

—¿Entonces cómo podemos impedirlo sin acabar con él?

Clavé una mirada cargada de rabia en Ginebra, casi como si me hubiera insultado.

—No querrás... —intervino Simon, sorprendido por mi determinación—. Evan, ¿no me dirás que quieres matarlo? Es un Subterráneo, ¡uno de nosotros!

Apreté los puños hasta que me dolieron.

—Lo haré si es necesario. *Cualquier cosa* con tal de no perderla —gruñí.

—¡Pero él no tiene ninguna culpa! —insistió Simon—. No es más que un peón en las manos de la hermandad, igual que tú. Es inocente y nunca nos haría daño a nosotros.

—Quiere hacerle daño a *ella*. Y eso me basta —respondí con dureza—. No me la quitará, aunque tenga que sacrificar su vida para ello. Lo mataré si no tengo alternativa. Es justo que lo sepáis. —Miré a Drake con la esperanza tácita de contar con su apoyo.

—Evan... —dijo él—, sabes muy bien que es imposible matar a uno de los nuestros, a no ser que...

Asentí.

—Sólo hay un modo para hacerlo. Ya lo he pensado —lo informé, y miré a Ginebra, que pareció sorprenderse ante mi idea.

—Mi veneno —murmuró petrificada.

—Es la única arma capaz de matar a un ángel negro. El veneno de una bruja. Y nosotros tenemos esa ventaja —expliqué.

Mi estrategia había dejado sin palabras a mis hermanos, que me miraban preocupados y llenos de consternación, preguntándose cómo podía estar conspirando a las espaldas de un miembro de mi propia estirpe, unido a mi sangre a través de siglos de sucesiones, renunciadas y muertes. Sentí desprecio por mí mismo, por aquellas miradas acusadoras.

En otras circunstancias, hubiese sido absurdo pensar en llevar a cabo una acción de ese tipo. Pero Gemma cambiaba las cosas. Yo me sentía *obligado* a considerar aquella hipótesis. ¿Por qué ninguno de ellos parecía comprenderme?

No permitiría que tocara ni siquiera un dedo de Gemma. Lo mataría, y a cualquiera que viniera después de él con tal de protegerla. Nada detendría mi furia.

En Gemma había encontrado a mi particular Eva, mi mitad. Algunos no lo saben, pero existe un alma afín que nos completa, en alguna parte del mundo, y no siempre somos tan afortunados como para reconocerla. Habían tenido que pasar siglos, pero yo la había encontrado y nadie iba a quitármela. Y aún menos la muerte que, cobarde, había encontrado en nosotros a sus custodios. Tarde o temprano encontraría un remedio también para eso. Gemma era mía, sólo mía. Por siempre mía.

Me giré hacia Ginebra. «¿Todavía te queda?», pregunté mediante telepatía.

No quería responder, pero la expresión en su rostro la delató.

—Evan, no pensarás de verdad en usar mi veneno...

—Es necesario —repliqué a regañadientes.

—No funcionará, Evan. ¡Piensa en las consecuencias, joder! —me advirtió Drake.

—No. Me. Importan. Las. Consecuencias —gruñí, enfatizando cada palabra—. Gemma es lo único que importa. —Mi voz sonaba fría y dura incluso a mis oídos, como si el resto no me afectara. Estaba desesperado, y dispuesto a todo. Mi amor por ella oscurecía todo lo demás.

—Evan, cálmate, tiene que haber otra alternativa —imploró Simon, afectado por una preocupación de un calibre que nunca antes le había visto.

—¡Tú no lo entiendes! —grité por la frustración—. ¡Tenemos que detenerlo! —dije, furioso.

—Evan, Evan, escúchame —intervino Ginebra con voz más relajada, buscando mis ojos—. Después vendrán otros. ¡Esta guerra no acabará nunca! ¿Quieres obligar a Gemma a esconderse permanentemente? Piénsalo bien, Drake tendrá que hacerse pasar por ella y Gemma no podrá recuperar su vida, no podrá ver a su familia, a sus amigos. ¿Es eso lo que quieres para ella? Al final acabará matándose ella misma, ya lo está pensando. ¿Qué vida podría tener perseguida constantemente por la muerte? Vivir en el terror acabará con ella lentamente. Nadie podría soportar algo así.

Las palabras de Ginebra, de algún modo, lograron llegarme en la locura de mi furia y me obligaron a reflexionar en ello.

—Tienes razón —admití, resignado. No podía permitir que Gemma pagara las consecuencias. Ella no tenía la culpa de nada.

—Tiene que haber otra forma de impedirles que la encuentren —propuso Ginebra.

Me hundí en el silencio mientras sus palabras seguían llegándome a la cabeza, como si quisieran sugerirme una solución.

—¡Claro! —murmuré—. ¡Ginebra, eres un genio! —Cerré los ojos para que mi cerebro elaborara rápidamente el plan que sus palabras me habían inspirado.

—¡Es perfecto! —gritó Ginebra en un arranque de euforia. Había visto el plan tomar forma en mi mente.

—¿Qué pasa? —preguntó Drake, ansioso.

—Evan ha encontrado la solución —respondió Ginebra, dejando que fuera yo quien explicara los pasos que tendríamos que seguir.

—¿De qué se trata? —inquirió Simon, impaciente y a la vez aliviado porque existía una alternativa.

—La esconderemos —revelé, con el corazón colmado de aquella nueva esperanza.

Simon y Drake seguían mirándome con perplejidad.

—Escuchad. Puede funcionar —dijo Ginebra antes de que expresaran sus dudas. Su mirada, mientras tanto, seguía recorriendo la sala con una inquietante desconfianza.

—El destino de Gemma está escrito —expliqué a mis hermanos—. Debe morir. Bien. Entonces morirá. No podemos cambiar lo que está escrito.

En la habitación se creó un murmullo de desaprobación pero yo sonreí. Cada vez estaba más convencido de que el plan funcionaría.

—¿Ya no quieres matar al ángel? ¿Ahora quieres matar a Gemma? —preguntó Simon, desconcertado. Aquella nueva confabulación lo horrorizaba todavía más—. No te sigo.

En mi mirada se percibía una nueva luz. La luz de la esperanza porque aquel plan absurdo podía funcionar y la pesadilla acabaría para siempre.

—¿Y bien? —dijo Drake. Su paciencia estaba a punto de acabarse—. ¿Te has vuelto loco o qué?

—No me he vuelto loco —intenté explicar, vagamente distraído por Ginebra, que no dejaba de mirar a nuestro alrededor, inquieta—. Será Gemma quien tome el veneno mortal. No el ángel. Gemma debe morir, eso es inevitable, ¿no lo entendéis? Nadie puede cambiar su destino. Nadie puede oponerse. Lo que está escrito se tiene que cumplir.

—¿Cómo la convencerás para que se tome el veneno? —quiso saber Ginebra, para obligarme a explicar todos los detalles que ella ya había leído en mi mente.

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Tú estás de acuerdo? —le preguntó Simon, horrorizado.

Ni ella ni yo le prestamos atención.

—La obligaré, si es necesario —afirmé con una contundencia sin igual.

Por muy dura o fría que sonara mi voz, mi corazón se había encendido con un nuevo calor, inundado por la esperanza de un futuro junto a Gemma. Haría cualquier cosa por solventar aquella situación. Estaba dispuesto a todo, incluso a un gesto tan extremo.

El tiempo no hacía más que reforzar mi idea. Cada vez estaba más convencido de que todo iría bien, de que Gemma y yo tendríamos un futuro juntos.

—Sería mejor que se lo hicieras beber a escondidas, Evan —sugirió Ginebra—, será más fácil para nosotros. Bastará con echarle una gota en un vaso y su cuerpo morirá al instante. Esperaremos a que se despierte y luego todo habrá acabado. Del resto nos ocuparemos nosotros. Créeme, no hace falta que ella lo sepa, sólo conseguiría asustarla todavía más.

—Pero bueno, ¡vosotros dos! ¿Queréis hacer el favor de explicarnos de qué estáis hablando? —gritó Drake. Su paciencia se había acabado.

—Escuchadme. No podemos impedir el destino, por muy incomprensible o errado que nos parezca. Está por encima de todo y fuera de nuestro control. Podemos escapar, pero siempre volverá en busca de lo que le corresponde, a menos que...

—¿A menos que qué? ¡No nos tengas en ascuas! —exclamó Drake, desesperado por mis rodeos.

—A menos que lo engatusemos —confesé con el corazón alterado.

—¿Se trata de una adivinanza o al final nos explicarás tu plan? —dijo Drake, enfadado.

—¿Es que no lo entendéis? ¡La solución estaba en nuestras narices y no la veíamos! Lo que teníamos que hacer no era huir de la muerte, sino encontrar una escapatoria. El destino de Gemma debe cumplirse. *Tiene* que morir, pero eso no significa que nosotros no podamos traerla de vuelta. —Me detuve con impaciencia en sus miradas para descifrarlas, pero era como si se hubieran perdido a medio camino.

—¿Estás loco? —exclamó Simon.

No era exactamente la reacción que esperaba.

—¿Por qué? ¡Podría funcionar! —le abroncó Ginebra.

—*Podría*. ¿Pero y si no es así? ¿Lo has pensado, Evan? —intervino Drake.

—¿Qué pasa, de golpe te has vuelto prudente, Drake? ¿Qué ha sido de tu temeridad? Esperaba que al menos tú me apoyaras, joder.

—No se trata de mi temeridad, Evan. Sólo quiero evitar que cometas un error colosal. Podrías perderla para siempre. Nadie sabe mejor que yo lo que eso significa... —Su voz disminuyó hasta casi perderse—. ¿Estás dispuesto a correr el riesgo?

—No tengo elección —gruñí, enfadado.

—Es demasiado peligroso, Evan —continuó Simon, preocupado—. ¿Y qué te hace pensar que Gemma aceptará tu plan? ¿Crees que está dispuesta a desafiar a la muerte? ¿Crees que es tan valiente?

—Sé que lo es —respondí.

—¡Nadie puede ser tan valiente! —replicó él, cada vez más nervioso—. Evan, piénsalo bien, nunca antes ha pasado. No sabemos a qué tendría que enfrentarse, la situación se nos podría escapar de las manos.

—Te equivocas. Pasa todo el tiempo y lo sabes. Hay un término medio entre la vida y la muerte. La gente va y viene sin ni siquiera saberlo. Muchas personas se despiertan como por un milagro.

—Hablas del coma, pero es diferente, Evan. Esas personas se despiertan porque no está escrito que tengan que morir. Sus almas vagabundean hasta que encuentran el camino, mientras los cuerpos se mantienen con vida mediante máquinas, pero sólo porque no hay nadie que los acompañe en el traspaso. Ningún justiciero los espera. Y aunque Gemma aceptase correr el riesgo, él estará allí, esperándola.

—Eso no supone un problema. Ya he pensado en todo. Le haré creer que me equivoqué y que quiero enmendar mi error matándola. Haré que me vea mientras Gemma toma el veneno. No tiene un problema con nosotros, Simon. No quiere hacernos daño. Puedo hablar con él. Cuando haya visto su cuerpo sin vida, me dejará estar con ella una última vez. Le diré que seré yo quien la acompañe, estoy seguro de que lo entenderá. Sólo espero que no me lea la mente —murmuré, obligándome a sonreír para desembarazarme de la tensión. En realidad, aquel detalle era lo que más me preocupaba. Podría mandarlo todo al garete.

Parecía que mis hermanos empezaban a entender mi plan. Sería arriesgado, no podía negarlo. Si no pudiera convencer al ángel negro para que se fuera a tiempo, mientras durase la reserva isquémica de Gemma, la perdería para siempre. Sólo dispondría de unos minutos antes de que su cerebro se viera afectado por la falta de oxígeno.

En el fondo estaba seguro de poder conseguirlo, aunque la desesperación ante la posibilidad de fallar se clavaba en mi pecho como un dardo de fuego.

Pero *tenía* que arriesgarme. Por ella. Por *nosotros*...

—¿Y si el ángel no se fía de tí? ¿Y si no está dispuesto a permitir que la acompañes? En ese caso también la perderías. Si lleva a cabo el traspaso, no la volverías a ver nunca más, Evan.

Aquella idea me convirtió en un bloque de hielo. Un iceberg impenetrable.

¿Acaso no era esa la razón por la que había impedido que el camión la matara cuando había llegado su hora? Me tiré del pelo, consternado.

El cruel destino al que nuestra estirpe había sido condenada nunca me había pesado tanto como entonces.

Obligados al exilio, en vilo entre la vida y la muerte, incapaces de ver las almas después del traspaso, e incapaces de mostrarnos a ellos. *Escondidos*. Olvidados. Abandonados a nuestra suerte.

Para la eternidad.

Nunca más la volvería a ver. Suspiré hasta llenar mis pulmones para expulsar la frustración.

—Seguiremos mi plan y asumiré las consecuencias si algo va mal —me obligué a afirmar con tono decidido mientras escondía mis nervios. El dolor en el pecho era cada vez más intenso cuando pensaba en aquella posibilidad—. Necesito saberlo. ¿Puedo contar con vosotros?

Sus miradas eran una mezcla de escepticismo y convicción. Sólo Ginebra parecía creer que aquel plan podría funcionar, quizás porque percibía el fervor que inflamaba mis pensamientos. Esperaba que ese fuera el motivo, porque si no también tendría que considerar la otra hipótesis, esa duda que seguía flotando en mi cabeza disolviendo mi determinación: Ginebra no era una de nosotros. Quizás mis hermanos tenían razón y yo debería haberles escuchado en lugar de dejarme llevar por las emociones o por el apoyo de una bruja, incapaz de comprender la entrega con que un Justiciero cumple las órdenes. Sin reservas. Sin excepciones. Ignorando todo lo demás.

Necesitaba reflexionar, pero era como si de repente no pudiera. Estaba bloqueado. El minuterero se movía rápidamente en el reloj y me impedía pensar, parecía que el tiempo hubiese decidido presionarme. El nerviosismo afloraba a través de mi indecisión, aprovechando cada laguna, insinuándose en cada espacio y alimentándose de mi incertidumbre.

—No te atormentes —murmuró Ginebra en voz baja con una mano apoyada afectuosamente en mi hombro—. Funcionará. No soy un ángel, pero creo en ti. Siempre he creído en ti, Evan. No permitas que las dudas se insinúen en tu cabeza nublando lo que antes veías con tanta claridad. Son espectros malintencionados, Evan. Sácalos de ahí.

—Tienes razón. Es el pánico, que me toma el pelo.

—No tengas dudas, será más fácil si lo crees de verdad. No dudes o te arriesgarás a que te descubran.

Asentí y recuperé el control de mis pensamientos.

El tiempo pasaba deprisa. Fuera, el sol se preparaba para desaparecer por el horizonte, como si a él también lo persiguieran sus propios espectros.

Gemma dormía y no había ni rastro del enemigo.

Antes de despertarla, repasé mentalmente el discurso con el que la convencería para que siguiera mi plan. Pero por mucho que me esforzara, ninguna de las opciones que había pensado me parecía adecuada. Dijera lo que dijera, no podría evitar aterrorizarla.

Excluía a priori la sugerencia de Ginebra. Nunca le daría el veneno con engaños. Gemma no se lo merecía y estaba seguro de que ella era lo bastante fuerte para enfrentarse a la verdad.

Estaba *cansado* de mentirle, quería que formara parte de mi mundo y no podría hacerlo si yo no era completamente sincero con ella. Gemma tenía que ver lo que era en realidad, conocer mi lado oscuro. Me entregaría a ella por completo. Se lo explicaría todo con la esperanza de que lo entendiera y se fiara de mí. Con el deseo de que su corazón escogiera a mi verdadero yo, sin reservas. Sin secretos.

Estaba decidido. No había vuelta atrás.

Respiré profundamente, aunque el aire no fuera una necesidad para mí, y me preparé para entrar al salón. Ya había dormido bastante. Era hora de despertarla.

Todo acabaría pronto. Inspiré de nuevo... y me dirigí con paso veloz al salón.

Con una impaciencia repentina, mi corazón anheló volver a ver su rostro, la dulzura en su mirada penetrante, la timidez de su sonrisa. Ya no soportaba más la espera interminable y exasperante para volver a oír su voz. Me sentía *obsesionado* con Gemma, como si toda mi existencia hubiese sido una única y larga pausa a la espera de conocerla.

Al llegar al salón, mi corazón, que un momento antes estaba exultante, se marchitó violentamente. Gemma no estaba.

El mundo se rompió a mis pies.

Una mano gélida me apretaba el pecho y me impedía respirar. Me quedé mirando el sofá vacío, mis ojos quemaban y mi cuerpo estaba congelado de pánico, incapaz de reaccionar.

Las fuerzas me abandonaron y caí de rodillas, preso de la desesperación. Mi corazón se había apagado.

Con la fuerza que me quedaba pensé en su rostro, grité su nombre en mi cabeza como si, estuviera donde estuviera, pudiera volver a traerla conmigo.

Con la desesperación de un condenado a muerte, mi mirada se había petrificado sobre el sofá vacío; la manta tirada en el suelo. ¿Cómo lo había permitido? ¿Dónde estaba mi estrella? ¿Aquel *perro* la había cogido?

Como una ola negra y amenazadora, un impulso oscuro me levantó del suelo.

La furia y el mal se apoderaron de mí y anularon todo lo que había sido hasta entonces.

Tenía que encontrarlo. Tenía que *matarlo*.

Removería cielo y tierra si hacía falta. Aquella escoria no se merecía existir.

Le daría caza y lo masacraría, sólo por haberla alejado de mí. Y si hubiese osado tocarla, él mismo me suplicaría que lo matara para evitar la crueldad de mis torturas. Estaba devastado, en vilo entre las tinieblas y la razón. Gemma era la luz; sin ella me perdería en la oscuridad. Nunca había sentido un odio tan fuerte e incontenible. Por nadie.

Olvidé el plan, fallido desde el principio, olvidé lo que era la piedad, me olvidé de mí mismo.

Ahora se trataba de algo personal entre él y yo. Aquel bastardo tenía los minutos contados.

31. Gota fatal

—¿Qué pasa? —Ginebra vino corriendo. Su voz estaba cargada de preocupación al percibir la desesperación a través de mis pensamientos.

Con la mirada rota, me quedé contemplando el sofá vacío.

—¡Gemma! —exclamó ella presa del pánico.

—Se la ha llevado —murmuré a medio camino entre la furia y la impotencia.

—Pero... ¿cómo? Es imposible, Evan. ¿Cómo lo ha hecho?

—No encuentro ninguna explicación.

—¿Cómo lo ha hecho? Evan, ¿cómo se ha metido en nuestra casa y ha eludido mi control? No, espera. Lo he sentido. He notado algo raro, pero me parecía demasiado absurdo. He percibido una presencia... ¡Pero no estaba! ¡Lo he comprobado! Por eso no he querido preocuparte. ¿Cómo explicas algo así?

—No tengo ni idea. No sabemos qué esperar, todavía no conocemos cuáles son sus poderes, ¡maldita sea! —Ambos considerábamos imposible que hubiese entrado y se la hubiese llevado sin que nos diéramos cuenta.

—Es imposible que haya estado aquí. Eso lo descarto. Pero entonces ¿cómo se la ha llevado? —Su mirada se tiñó de negro mientras reflexionaba en voz alta y una posibilidad se abría paso en mi cabeza.

—Claro, podrías tener razón. Si no ha estado aquí, tiene que haberla... ¡convencido para salir! ¡Soy un idiota! ¿Cómo no me he dado cuenta antes? ¡Él es como yo! —exclamé—. Puede leer su interior. Ha entrado en su cabeza mientras dormía y debe de haberla persuadido para que se alejara de nosotros.

—¿Por qué no la he sentido cuando se ha despertado? —preguntó Ginebra, que se sentía culpable.

—Lo más probable es que te haya bloqueado. Quería que saliera. ¡Tendría que haberte escuchado, diablos! —Dejé escapar un gruñido de ira. Estaría dispuesto a arder en el infierno con tal de volver atrás y meterme en ese sueño con ella.

—Querías que descansara, Evan. No querías molestarla, no te sientas culpable por eso.

Ginebra tenía razón. Entonces ¿por qué me sentía tan mal? Todo era culpa mía. Si me hubiese metido en su sueño mientras dormía, él no la habría tocado. Pero la había dejado sola con él. Con ese *monstruo*.

El dolor se volvía más insoportable cuando pensaba en el miedo que Gemma habría sentido al encontrarse sola frente a ese demonio. Y todo por mí, porque yo no estaba allí para protegerla.

Una oleada irrefrenable de rabia me invadió y explotó en mi interior con una fuerza devastadora. Rompí la mesa de cristal de un puñetazo. Ginebra se quedó atónita. Me pasé la mano por el pelo mientras un reguero de sangre caliente que manaba del antebrazo se deslizaba por mi cara.

Ginebra posó las manos con delicadeza en mis hombros.

—Es culpa mía, ¿no lo entiendes? ¡Tenía que protegerla! —grité, más desesperado que nunca—. No sé qué haría si no llegara a tiempo —mentí. En realidad sabía perfectamente lo que haría si perdiera a Gemma. Sin ella nada tendría sentido. Gemma se había convertido en mi luz. No estaba

dispuesto a volver a la oscuridad.

¿Qué sentido tendría existir eternamente como un caparazón vacío?

Estaba hecho polvo.

—Sabes que no te lo permitiría. —Ginebra se metió en mis pensamientos, aunque había intentado evitarlo.

—Eso depende de mí —respondí con decisión—. En cualquier caso no te atreverías a detenerme. Tarde o temprano conseguiría lo que quiero.

El silencio nos invadió. Un silencio gris y devastador. Oscuro como la muerte.

—Todavía no has respondido a mi pregunta —le recordé mientras mi mirada se encendía por el fuego que ardía en mis pupilas—. ¿Todavía te queda? —Mis dientes se apretaron al pronunciar aquellas amargas palabras, como si el veneno al que me refería se hubiese colado en mi boca.

—No si tienes la intención de usarlo para ti.

—Eso no depende de mí. No puedo mentirte. Pero aún tenemos una pequeña posibilidad si nos damos prisa.

Ginebra me miró atentamente.

—Apuesto a que te quedaste un poco, por si te hacía falta. —Arqué una ceja y la miré a los ojos para animarla a confesar. Sabía que Ginebra se había guardado un poco de veneno, empujada por su natural propensión a querer controlar el mundo.

La silueta de Ginebra se esfumó, como la niebla que desaparece con el viento. Contemplé durante un instante el punto donde estaba un momento antes y confirmé mis suposiciones. Mis ojos se entrecerraron al considerarlo un triunfo. Después, arrollado por una nueva determinación, la seguí al piso de arriba.

Parecía absurdo, pero nunca había entrado en su habitación. Nunca me había parado a pensar por qué ninguno de nosotros, aparte de Simon, lo teníamos permitido. Ginebra había sido muy clara en eso. A pesar del fortísimo vínculo que nos unía, seguía siendo la única mujer entre hombres y yo siempre había considerado justo respetar su privacidad.

Pero incluso en aquella circunstancia extrema Ginebra se mostraba reacia a dejarme entrar. Empecé a preguntarme si me escondía algo.

A primera vista, la habitación estaba ordenada de forma casi obsesiva y había una inquietante multitud de espejos colgados en las paredes. Pilas sobre pilas de libros llenaban las estanterías. Incluso esos libros estaban rodeados del halo amenazador del que Ginebra no se separaba nunca. Para mi sorpresa, las paredes estaban pintadas de colores claros y brillantes, y la luz se hacía más intensa al reflejarse en los espejos. En uno de los tabiques, el enlucido color crema dejaba espacio a una poderosa puerta blindada de un elegante gris oscuro.

¿Qué hacía aquella puerta en su habitación? ¿Y por qué yo no sabía nada?

—No te enfades conmigo por habértelo ocultado, Evan. —De repente Ginebra parecía preocupada, como si temiera mi reacción.

—¿De qué hablas, Gin? —pregunté con cautela mientras intentaba reprimir mis sospechas. ¿Qué diablos escondía detrás de aquella puerta? Una multitud de perplejidades me llenó la mente.

—Lo he hecho por vosotros. Era demasiado peligroso, debía tenerla lo más alejada posible...

¿Por qué parecía que se sentía culpable? ¿Y culpable de qué?

—Ginebra, ¿qué pasa? ¡Abre esa puerta, maldición! No tenemos mucho tiempo. No importa lo que hayas escondido. Ahora no —la tranquilicé con firmeza—. Tenemos que salvar a Gemma, sólo

me importa eso.

Ginebra dudó un instante y comprobó la veracidad de mis pensamientos, pero había sido sincero.

Me miró una última vez, inquieta y resignada, y después levantó el brazo con la palma de la mano en dirección a la puerta cerrada. Un escalofrío recorrió mis huesos, gélido como un soplido de la muerte; una luz brillaba en los ojos de Ginebra, volviéndolos más verdes. Giró su muñeca en el sentido contrario a las agujas del reloj. La puerta se desbloqueó y se abrió de golpe con un ruido sordo.

—Sígueme. —Su voz se había vuelto fría, como si una fuerza oscura la dominara.

Entré tras los pasos de Ginebra con una inquietante sensación de frío que parecía provenir de mis huesos. Una semioscuridad nos había envuelto en el interior de aquella pequeña habitación. Incluso a mis sentidos afinados les costaba penetrar las tinieblas y enviarme la información correcta. Algo no iba bien. Sentía una energía oscura y amenazadora que me tocaba, luego se alejaba, y volvía a mí de nuevo. Una sensación que no podía explicar, pero que apelaba a instintos conocidos, por muy remotos y enterrados que estuvieran.

Porque ya había experimentado aquella sensación.

Como si quisiera eliminar la preocupación que acababa de invadirme, Ginebra iluminó la sala con un gesto de la mano. Y entonces me di cuenta de que me había equivocado.

No se trataba de una habitación pequeña. Estábamos en un jardín, un poblado y estrecho claro donde las ramas y las plantas bailaban en un terreno verdoso. Un rincón de paraíso. Apenas pude sofocar un gemido de estupor y me pregunté qué más nos escondería Ginebra. Algo me decía que me fijara en la sensación que había despertado en mí, pero lo ignoré y rechacé la idea absurda que había pasado por mi cabeza. Ella nunca se atrevería.

Momentos después, Ginebra se detuvo de golpe y me hizo un gesto para que no me moviera. Aquella preocupación arcana luchó por emerger y me arrolló, agarrotando cada uno de mis músculos mientras descubría lo que Ginebra había escondido con tanto esfuerzo todo ese tiempo. El punto focal del que provenía la energía oscura. Me había equivocado. No era un rincón de paraíso. Era un rincón de infierno.

Observé la urna de cristal que tenía frente a mí y que contenía una lámina de hielo negro.

—Ginebra... —intenté echarle en cara, pero incluso mis pensamientos se congelaron. Era como si cada parte de mí se negara a obedecerme, subyugada por un terror primitivo. No necesitaba explicaciones; sabía perfectamente a qué estaba destinada aquella prisión de cristal.

Ginebra nos había escondido su serpiente. El único adversario que un Ángel de la Muerte podría temer. El único capaz de abatirnos.

En cuanto percibió mi presencia, la serpiente se agitó en la urna, pasando rápidamente de un extremo a otro, presa de unas ganas irrefrenables de hundir sus dientes en mi carne e infectar mi sangre con su veneno letal.

—Ssshhh... —intentó tranquilizarla Ginebra, pero el odio que sentía por mi estirpe le impedía escucharla—. No pasa nada, cálmate. Estoy aquí contigo.

Como si se tratara de un hechizo oscuro, la voz de Ginebra consiguió de algún modo sofocar su instinto animal y calmarla.

Me obligué a mirarla a los ojos y me perdí en la oscuridad que escondían. Y entonces comprendí la naturaleza del instinto primitivo que me lo había querido advertir. En aquel pequeño animal residía el mal puro, y mi esencia interfería con la suya, totalmente opuesta.

—*La has tenido contigo* —murmuré con la voz llena de desprecio.

—Nunca deberíais haberlo descubierto... —se justificó con un tono a medio camino entre la vergüenza y la determinación.

—¡Creíamos que la habías matado! ¡Joder, Ginebra! ¿Cómo has podido? —grité, furioso.

—¡No podía, Evan! ¡Es una parte de mí! No puedes entenderlo. Cada bruja establece un vínculo especial, indisoluble, con su serpiente. Mis pensamientos son sus pensamientos. Mi carne es su carne. ¿Podrías matar una parte de ti, por mucho que su naturaleza fuera malvada?

—¿Simon lo sabe? —pregunté, fuera de mis casillas, ignorando sus excusas.

Ginebra asintió y miró al suelo por el sentimiento de culpa.

—Le obligué a que no os dijera nada. No te enfades con él, por favor. Implicaros en esto era demasiado peligroso... No podía pasar nada mientras nadie tuviera acceso a mi habitación —intentó tranquilizarme, sin resultado.

Me quedé helado al pensar lo que podría haber sucedido. Un hielo que no me rasguñaba porque ya había elegido mi destino. Me sentía apenado por mis hermanos. La guerra tácita entre los dos enemigos mortales, brujas y ángeles, no había cesado desde la creación. La naturaleza malvada intrínseca a toda bruja la induce desde siempre a buscar los mortales que han heredado el gen de los Subterráneos (en cuyas venas fluye la sangre de nuestra estirpe) para impedir que se conviertan en ángeles de la muerte y lleven a cabo su obligación de acompañar a las almas al paraíso, y así lograr que la humanidad se pierda en el infierno. Su mundo.

Es una disputa de almas. Cuando un ángel nace, una bruja ya está allí para corromper su alma. Leyéndole la mente, sabe cuándo está a punto de ceder o si no tiene intención de dejarse embrujar. En tal caso desaparece antes de que el ángel pueda matarla. Pero, si él no es lo bastante fuerte para resistir las tentaciones de la bruja, si consigue seducirlo con la fascinación, la lujuria y la irresistible belleza de las que dispone, la bruja lo mata con la única arma capaz de derrotarnos. Se necesita una sola gota de veneno para apagar a un ángel para siempre. Nadie sabe dónde acaba su alma. Algunos creen que en el infierno. Pero ni siquiera eso me preocupaba. Para mí no habría infierno peor que soportar una existencia sin Gemma.

Pensábamos que Ginebra se había deshecho de su serpiente cuando renegó de sus hermanas para quedarse con Simon. Ella misma nos lo había contado. Las había traicionado por él, y a causa de ello iba a morir. Estaba lista para el sacrificio, pero la salvó el vínculo que la unía a la hermana mayor, que le había perdonado la vida. Desde entonces, las brujas no habían dejado de controlarla y las fuerzas oscuras vuelven de vez en cuando para tentarla, sin resultado. Su amor por Simon siempre había sido demasiado fuerte para que cediera al mal o se dejara vencer.

Podía comprender el vínculo que la unía a su serpiente, pero me costaba creer que Ginebra hubiese expuesto a Simon a ese riesgo.

—Simon está a salvo —respondió ella, siguiendo la lógica de mis pensamientos.

—¿Por qué no ves el peligro que supone? Tendrías que haberte deshecho de ella, como nos has hecho creer durante todo este tiempo. Sólo *tú* puedes matarla, Gin. Si lo hubiésemos probado nosotros, y si hubiésemos evitado que nos clavara sus dientes venenosos, también te habríamos matado a ti.

—No pude matarla, perdóname. Estaba a punto de hacerlo. Fue Simon quien me impidió que llevara a cabo ese gesto tan desesperado cuando vio el dolor que sentía ante la idea de tener que renunciar a ella. Simon me perdonó por no haber encontrado la fuerza para matarla.

—¿Simon? ¿Y tú no piensas en él? —la acusé con rabia.

—Simon, entre vosotros, es el que corre menos riesgo, lo sabes. Nunca permitiría que le pasara

nada. Para mí, él está por encima de todo —respondió con voz intransigente.

—¿Y si la puerta se quedara abierta por un descuido y él estuviera solo en tu habitación? ¿Alguna vez lo has pensado?

—Simon sabría qué hacer —replicó, gélida—. Le he ordenado que en ese caso, la mate.

Sabía que Simon era capaz de hacerlo. Como todos los ángeles, él también podía controlar los elementos y si el veneno de una bruja es la única arma eficaz contra un Subterráneo, el fuego de un ángel lo es para una bruja.

El hado, caprichoso, se había divertido uniendo las almas enemigas pero perdidamente enamoradas de Simon y Ginebra, obligándoles a caminar por el filo de la cuchilla cada día.

—Sabes que no lo haría —la contradije, clavando mis ojos en los suyos.

—Me lo juró. La promesa de un ángel tendrá su valor, digo yo.

—¿Qué importancia quieres que tenga? ¡Nunca mataría a tu serpiente si con eso te mata a ti! Preferiría morir.

—¡No! No lo permitiría nunca —replicó con la voz afectada por las lágrimas que aquella idea había hecho brotar—. Nuestro vínculo es muy fuerte. Percibiría el peligro y correría a ayudarlo. Simon no corre ningún riesgo, ninguno de vosotros lo corre, fíate de mí, Evan. La he mantenido así durante mucho tiempo y seguiré haciéndolo. Mi serpiente no os hará ningún daño. La palabra de una bruja tiene su valor, créeme. Y, de todos modos, hablaremos de esto en otro momento. No te olvides de por qué hemos venido: *Gemma*.

Su nombre me hizo olvidar todo lo demás.

—Procede —le ordené, tensando la mandíbula.

Ginebra cogió la serpiente. Sus modestas dimensiones no hacían suponer la terrible amenaza que escondía. La levantó del tronco sobre el que yacía enrollada. A tenor de sus miradas, concentradas la una en la otra, deduje que se estaban comunicando.

Ginebra alargó la mano libre hasta un anta que sobresalía del muro al otro lado de la habitación, fuera de la puerta, y la abrió bruscamente sin romper el contacto visual con el animal, como si no quisiera interrumpir la conexión que las unía. Contuve el aliento mientras la ampolla se precipitaba hacia ella como un clavo atraído por un imán. Ginebra se la mostró a la serpiente que, por su parte, se había enrollado en su brazo, y silbaba cada vez que cruzábamos nuestras miradas. Ella miró al reptil a los ojos y de repente el animal soltó la presa y llegó hasta su mano con un movimiento fulminante que me obligó a dar un paso atrás. Pero a la bestia no le interesaba yo en mí; en aquel momento estaba bajo el control de Ginebra.

Me asustaba pensar que mi hermana sintiera semejante vínculo con una criatura tan malvada.

La serpiente llegó al frasco que Ginebra sostenía en la mano y atravesó el tapón clavando en la superficie los dientes afilados: las puntas pinchaban como agujas.

En el interior de la ampolla, una gota brillante, transparente y fatal cayó al fondo.

Bastaba con una sola.

Llegados a aquel punto, Ginebra le susurró algo a la serpiente que, por muchos idiomas que yo conociera, me resultó incomprensible. Después la despegó del frasco y la devolvió a la urna.

—Podemos salir. Aquí ya hemos acabado —me informó con voz fría. Sentía como si una pequeña parte de aquella criatura hubiese penetrado en ella, después de haber establecido el vínculo, por cómo Ginebra la había dominado un instante antes.

La seguí hasta el exterior de la habitación y no pude evitar mirar detrás de mí donde, en aquella

urna, libre del control de Ginebra, la serpiente no dejaba de silbar, enfurecida ante mi presencia.

Ginebra selló la puerta echando todos los cierres y llegó sin titubear al escritorio, como si en el pasado ya hubiera llevado a cabo esos mismos gestos. Abrió el cajón y extrajo un puñal.

—¿Estás seguro de querer hacerlo?

—Nunca en mi vida he estado tan convencido de algo.

Ginebra asintió sin dejar de mirarme.

—No puedes hacer que beba el veneno. Tendrás que introducirlo en su cuerpo a través de una puñalada —me advirtió con gravedad, como si la idea de matar a aquel ser vil me asustara.

—Ya estoy contando los minutos —murmuré, mientras una furia creciente me destrozaba el corazón como latigazos de fuego impacientes por enfrentarse a aquel ángel maldito.

Ginebra abrió la ampolla y la inclinó, dejando que el veneno se deslizara lentamente a través de las paredes de vidrio. Dispuso el cuchillo en la boca del frasco y dejó caer la gota en la hoja afilada.

—Ve con cuidado para no cortarte, Evan. —Guardó el puñal en un estuche de piel y me lo dio.

Lo até a mi cinturón y la miré. Estaba preparado para matar.

—No pasará, al menos accidentalmente —confesé, para que supiera lo que haría si ya era demasiado tarde para Gemma.

Ginebra asintió con preocupación. Sabía que en ese caso, ni ella ni los demás podrían detenerme.

—¿Cómo la encontraremos? —preguntó con tristeza porque, de algún modo, el ángel podía escondernos su presencia y ya había logrado llevársela.

—No lo sé. —La frustración se adueñó de mi voz—. He intentado llegar hasta ella a través de la mente, pero no la he encontrado. —No sabíamos con exactitud cuánto tiempo hacía que había desaparecido. Tampoco sabíamos dónde la había escondido ni por qué ni Ginebra ni yo podíamos percibirla.

Normalmente me bastaba con concentrarme en ella, o en cualquier otra persona, para materializarme a su lado. ¿Por qué esta vez no sentía *nada*? Un vacío impenetrable envolvía a Gemma, escondiéndola en un silencio absoluto. A pesar de mis esfuerzos, no lograba percibir el aura que emanaba su alma. Como si estuviera muerta... Eché enseguida ese pensamiento de mi cabeza y me desprecié por el mero hecho de haberlo considerado.

—Vuelve a intentarlo —me incitó Ginebra al ver mi frustración—, llámala, Evan. Sigue llamándola. Estoy segura de que te oirá, estoy convencida de ello.

Me concentré de nuevo en Gemma, sin resultado.

Tan sólo silencio. Una y otra vez. Como si un muro implacable me impidiera llegar hasta ella. Intenté saltar ese muro, con la desesperación de un insecto que choca contra la ventana en busca de la luz, pero cada intento se revelaba inútil. La angustia se apoderaba de mí a medida que los segundos pasaban, y me ahogaba.

—No la encuentro —confesé, destrozado—. ¡Busca sus pensamientos, Gin! —imploré, esclavo de la desesperación—. ¡Tienes que encontrarla! Escucha su voz... por favor.

—¿Acaso crees que no lo he intentado? No consigo escucharla, lo siento. Sólo hay silencio en torno a ella, como si...

—¡Concéntrate! —grité, furioso—. *Tienes* que oírla. ¡Concéntrate! —supliqué, incapaz de soportar el peso de las palabras que le había arrancado de la boca—. Por favor —le imploré, destrozado. No soportaba la idea de que aquel silencio fuera el aliento gélido de la muerte que se había adueñado de ella.

Ginebra cerró los ojos y su rostro se tensó.

Esperé unos instantes y contuve la respiración para que no perdiera la concentración.

—Lo siento... Es él...

El aire salió por mi nariz con furia.

—Es muy potente.

—¿Dónde está? ¡Dime dónde la tiene! —gruñí, cegado por el impulso de matarlo.

—No... no puedo llegar hasta ellos. Él también me percibe y me está bloqueando.

El odio por aquel gusano me quemaba el alma. Apreté los puños dispuesto a descargar mi ira en la primera cosa que encontrara, pero Ginebra lo impidió.

—Cálmate, Evan, tenemos que concentrarnos.

—Juro que pagará por todo esto. —Mis ojos ardían en una hoguera desconocida—. No podrá mantenerme alejado de ella. La encontraré y no tendré piedad con él. —La rabia me estaba consumiendo, quemando por dentro—. ¡Le clavaré el puñal en el pecho y lo mandaré al infierno! Y después, si ya es demasiado tarde, lo seguiré, esperando que el veneno llegue para los dos.

—Eso no pasará —me consoló Ginebra mientras me sentaba en su cama. Tuve que esconder los ojos en mis puños cerrados—. Llegaremos a tiempo. Concéntrate, Evan, piensa en Gemma... Piensa en ella como no lo has hecho nunca antes.

Cerré los ojos mientras la voz de Ginebra disipaba la rabia que nublabla mi mente.

—Hay un vínculo inexplicable que os une, puedo percibir esa fuerza. Es intenso, irrompible, algo que ni siquiera la muerte puede quebrar. —Su voz era cada vez más persuasiva, como un hechizo, como si estuviera entrando en mi interior, calmando incluso mi respiración—. Recórrelo, Evan. Recorre el hilo que te une a Gemma. Llega a ella a través de ese vínculo. Sólo tú puedes sentir el espíritu dentro de ella. De algún modo está unido al tuyo. Búscala dentro de ti...

Su voz se había convertido en un susurro que conducía hasta Gemma, al amor infinito que sentía por ella, a la alquimia que nos unía. «Gemma, ¿dónde estás?», grité en mis pensamientos, tratando de hacer llegar mi soplo hasta ella, con la voz rota por la desesperación. «¿Dónde te esconde? ¡No puedo encontrarte! Gemma... Ángel mío... Jamie».

Entonces, durante la ínfima parte de un segundo, como una abertura que un rayo crea en el cielo, la percibí.

—¡La he encontrado! —Me levanté de golpe, reconfortado por una nueva esperanza.

La esperanza de que aún no era demasiado tarde.

Gemma

Cuatro horas antes

32. El Ángelus

La luz brillaba tenue en la sala, como si proviniera de velas. Una dulce melodía llenaba el aire y, a pesar de que todo a mi alrededor estuviera tranquilo, mi corazón latía desbocado.

Me observé los pies y vi que mi cuerpo se movía al ritmo de aquel dulce sonido, mecida en los brazos de alguien. Levanté la vista y Peter me sonrió y me apretó a él con fuerza, como si quisiera retenerme.

Volví a mirar a mi alrededor, confundida por su presencia allí, en el baile. ¿Qué había pasado con Evan?

La sala estaba llena de gente bailando y en el escenario la banda tocaba nuestra canción.

—Apuesto a que estás pensando en él. —La voz de Peter adoptó un tono amenazador.

—No, no... Yo... Peter, ¿dónde te habías metido? Habías desaparecido...

Para mi sorpresa, un velo de tristeza le cubrió el rostro.

—No he desaparecido, Gemma. Eres *tú* que no puedes verme. Sólo tienes ojos para él y ni siquiera te das cuenta de que estoy aquí. ¡Ojalá desapareciera!

Su acusación me dejó perpleja, aunque llevaba razón.

—¿Dónde está? —pregunté, incapaz de soportar el ansia que me estaba oprimiendo el pecho.

Su expresión mutó de golpe, endurecida por una mirada amarga.

—¡Él, él, él, ya basta! ¡Estoy harto! ¿Es que sólo existe Evan para ti? —A pesar del tono, no era una pregunta, sino otra acusación.

Solté un gemido de incomodidad. Peter nunca había estado tan enfadado conmigo. El odio parecía cegarlos. Un odio radical y profundo. Por Evan.

—¿Qué te pasa, Peter? Déjalo ya, me estás asustando...

—¿Yo? Sabes que no es de mí de quien deberías tener miedo.

—¿Qué... qué quieres decir? —tartamudeé, siguiendo el impulso de defender a Evan a toda costa—. ¿Quién te lo ha dicho? ¿Qué sabes? —lo acusé con voz firme.

Peter dejó de bailar y me agarró de los hombros.

—Gemma, escúchame bien. Hay algo *oscuro* en ese chico. No te fíes de él —me advirtió. Su mirada era tan intensa que me impedía respirar. Había algo diferente en sus ojos, como si no fueran realmente suyos—. No. Te. Fíes —repetió, enfatizando cada palabra para que percibiera el mensaje.

Lo miré un instante. El eco de aquellas palabras llegó a mi interior y despertó temores que creía haber superado. Ahora sabía lo que Evan le escondía a todo el mundo, conocía la máscara que estaba obligado a llevar... Entonces ¿por qué sentía algo que se agitaba dentro de mi, un gusano que seguía murmurándome al oído, sugiriendo que todo lo que ahora sabía seguía sin ser suficiente?

El rostro de Peter estaba palideciendo. Me concentré en sus rasgos, pero su imagen se desvanecía, alejándose como un espectro mientras el eco de su voz, cada vez más débil, me repetía que no me fiara de él.

Después Peter se desintegró y todo en torno a mí se volvió gris.

La luz parecía fría, apagada, como en un cuadro sin colores, y apenas me permitía distinguir las cosas que me rodeaban.

Miré a mi alrededor y me invadió una profunda preocupación. Ya no había nadie en la sala.

Sólo estaba yo.

Me estremecí por la inquietud.

Cúmulos de papeles y vasos volcados cubrían el suelo. Incluso la música había enmudecido, obligándome a escuchar mi respiración. No me explicaba qué estaba pasando, ni dónde habían acabado los demás.

En aquel silencio ensordecedor, una ráfaga de aire gélido me embistió. Me atravesó el pelo. La sangre se congeló en mis venas. No por el aire frío, sino porque sabía que allí, conmigo, había alguien oculto en las sombras. El terror volvió a atormentarme.

Tenía que ser él. El ángel negro. *Me había encontrado.*

Miré a mi alrededor, desesperada. ¿Dónde se había metido Evan? ¿Por qué no estaba allí para protegerme, como había prometido? La idea de tener que enfrentarme sola a aquella criatura infernal me hacía temblar de miedo. ¿Cómo podría defenderme? Yo, una inútil e insignificante mortal, ¿cómo iba a luchar contra un Justiciero de la muerte? ¿Cómo impedirle que me matara sin piedad?

Un pequeño temblor en mi corazón me dio la respuesta. No podría impedirlo.

Era el fin.

Llené mis pulmones de aire y me preparé para enfrentarme a él.

—¡Sé quién eres! —Mi voz resonó en la sala vacía, pero me obligué a dominarla—. ¡No te escondas! —dije, esforzándome por pronunciar las palabras con firmeza.

Una silueta oscura cruzó la sala zigzagueando como un rayo entre una sombra y otra. Me sobresalté, horrorizada, intentando seguirla con la vista para que no me sorprendiera a mi espalda una y otra vez, hasta que se detuvo en la pared oscura que tenía delante y la respiración me abandonó del todo. Jadeé en busca de aire, luchando contra el pánico que amenazaba con superarme.

La sombra se quedó escondida, protegida por la oscuridad, observándome hasta que mi cerebro perdió el control de mi cuerpo. Con la mente libre de los tentáculos del pánico, agucé la vista para penetrar en la oscuridad donde se ocultaba y un gemido escapó de mis labios. Su aspecto parecía... *humano.*

—Sé quién eres —me obligué a revelarle, con un ligero titubeo.

Sin previo aviso, una voz inesperadamente sinuosa se alzó en la penumbra. Baja y penetrante.

—Tú crees que lo sabes todo, pero te equivocas.

Su voz.

Desconcertada, intenté contrarrestar el efecto que su voz había suscitado en mí, desestabilizándome hasta el punto de impedirme captar el sentido de sus palabras, como si de algún modo me hubiese hechizado por un momento. De repente vi una pierna, saliendo lentamente de la oscuridad y, sorprendida, me moví. Quise dar unos pasos hacia atrás para mantener la distancia, pero en cuanto mi pie tocó el suelo, sentí un dolor agudo en el talón. Hice un esfuerzo por reprimir un grito y miré a mi alrededor para descubrir que miles de cristales cubrían el suelo. Esquirlas de vidrio con puntas afiladas que amenazaban mis movimientos mientras, a poca distancia, una enorme lámpara yacía en el suelo, completamente destruida.

—Cuidado, podrías hacerte daño. —Un tono de burla casi imperceptible me reveló que mi desesperación lo divertía.

Mientras tanto, el dolor en el pie era cada vez más intenso y me pregunté si la herida sería muy profunda y grave. Un vistazo furtivo me reveló que un trozo grande de cristal se me había clavado en

el talón. La sangre brotaba sin parar y ensuciaba el suelo. Los prismas, manchados de rojo, brillaban y reflejaban mi imagen ensangrentada, como un oscuro presagio.

Tuve que ignorar aquel dolor lacerante y renuncié a la posibilidad de extraer el cristal de la carne. Busqué a mi asesino con la mirada. No podía permitirme el lujo de perderlo de vista.

—¿Duele? —preguntó divertido. Costaba creer que detrás de una voz tan suave y aparentemente confortante pudiera esconderse un monstruo tan cruel. Sus guiños dejaban entrever que el sufrimiento que me provocaba el cristal no sería nada comparado con lo que me esperaba en breve.

Reprimí la frustración e hice un esfuerzo por no responder y ocultar la mueca de dolor en mi rostro.

El monstruo dio otro paso y se dejó ver.

Si al escuchar sus palabras mi voz había amenazado con abandonarme, al ver su rostro me quedé paralizada.

Ningún cuerno asomaba de su frente. Nada de ojos rojos ni de dientes infernales. Su aspecto no era como lo había imaginado en mis peores pesadillas, al contrario... Aquel ángel era *guapísimo*.

No era muy alto, pero sus ojos grises emitían un resplandor que me hechizaba, brillando en la semioscuridad. Tenía el pelo corto y sus patillas se prolongaban en una fina línea que enmarcaba su perfil y que culminaba en la perilla oscura. Por un instante me dejé llevar por la fascinación que desprendía, estupefacta y encantada por su rostro, tanto que olvidé a lo que había venido.

—Pareces sorprendida.

Me puse rígida de golpe. No podía permitir que las emociones se me vieran en la cara.

—¿Qué esperabas? ¿Que fuera un monstruo? ¿Es eso lo que te han dicho de mí? —Sonrió. Su voz era suave como el terciopelo.

—Sé quién eres —repetí al encontrar las fuerzas de nuevo—. Evan me lo ha contado todo. —Como un antídoto, mi propia voz me hizo darme cuenta del hechizo que me había lanzado. Y al recordar a quién tenía delante, no pude reprimir un escalofrío helado.

—Estás temblando —constató. Después su voz se volvió más débil y tenebrosa—. ¿Tienes miedo?

—No —respondí enseguida, aunque sabía que mi mirada me estaba delatando. Mentía: nunca había estado tan asustada. En realidad, estaba *congelada* por el terror. Hibernaba bajo una capa de hielo que me impedía incluso respirar.

—Mmm... —murmuró, moviendo la cabeza mientras se acercaba—. Pronto descubrirás que a mí no puedes mentirme.

Me estremecí al pensar que tal vez fuera capaz de leer la mente.

—Lo percibo, ¿sabes? —ululó mientras daba vueltas a mi alrededor como un buitre—. Tu miedo. —Cerré los ojos y tragué, intentando no hacer ruido—. No te culpo por ello, haces bien en estar asustada —susurró directamente a mi oído—. Pero veo que eso no es todo... —Sonrió, como si algo lo hubiese sorprendido—. Esto no me lo esperaba —añadió, riendo como un lobo con las fauces sobre su presa—. No sé si sentirme ofendido o halagado. No soy el único de quien tienes miedo.

—¡Te equivocas! —mentí de nuevo, sorprendiéndome por la agilidad con la que había sido capaz de reaccionar. En el fondo, sabía que estaba equivocada. La vocecita en mi cabeza que creía enterrada había resucitado y se alimentaba de mis palabras hasta el punto de que escapó a mi control. La voz de Peter volvió a sonar en mis oídos: ...«Evan. No te fíes de él. Es peligroso». Moví la cabeza con la esperanza de que callase, pero cada intento hacía aumentar su volumen. Y entonces, con consternación, comprendí que no era la voz de Peter la que me atormentaba.

Tenía que tratarse de mi conciencia, el instinto de supervivencia que siempre me había sugerido que huyera de Evan y que mi corazón me había impedido escuchar.

Intenté con todas mis fuerzas borrar las dudas que tenía sobre Evan. Había sido sincero conmigo revelándome sus secretos más profundos. ¿Por qué debería dudar ahora de él?

—Si es así —prosiguió el ángel respondiendo a aquella duda atroz—, ¿dónde está tu héroe ahora mismo? ¿Por qué no está aquí para salvarte? Espera, espera. Reformulo la pregunta. —Sonrió, con una extraña luz malvada en los ojos—. ¿Aún estás segura de que quiere hacerlo?

—¡Basta ya! —grité—. No tengo miedo de Evan. —Pero mi voz se debilitó, como si quisiera desmentirme.

—Error. Ya te he dicho que no puedes mentirme. ¡Tendrías que saberlo!

—¿Por qué debería tener miedo de él? —Después de formular la pregunta me di cuenta de que yo también querría tener una respuesta—. Sé quién es. Y sé quién eres *tú* —le reprendí con voz firme—. Evan me lo ha contado todo.

—Mmm... error de nuevo. —Como un fantasma malvado, aquel ángel de la muerte se divertía torturándome.

No entendía por qué cada palabra que pronunciaba me confundía todavía más. Tenía la cabeza nublada, parecía que poco a poco estaba perdiendo el control de mí misma. Me sentía embrujada, como si sus palabras me envenenaran poco a poco, escondidas en aquella voz suave como un vil sortilegio.

—¿Estás completamente segura de que Evan te lo ha contado todo? —insistió con la mirada afilada en una mueca perversa.

Me estremecí. ¿Qué insinuaba?

—Como imaginaba —replicó, riendo con sarcasmo cuando notó la sorpresa en mi rostro—. Apuesto a que no te ha dicho que lo enviaron *para matarte*.

Su voz me traspasó como un rayo enfurecido, rasgándome el pecho.

Esas palabras me golpearon y mataron a una parte de mí.

Me hubiese gustado contestar, renegar, negarme a aceptarlo, pero mi cerebro lo registró como una verdad absoluta e inapelable. Por alguna absurda razón, sentía que era cierto. Quizás una parte de mí lo había sospechado desde el principio.

No podía separar los labios para hablar.

—Ha intentado matarte —confesó, mofándose de mi expresión abatida.

—No es verdad —me obligué a replicar, con la voz temblorosa y la mirada perdida en el vacío, tratando obstinadamente de contradecirlo.

—¿Estás segura? Cuando el camión estuvo a punto de atropellarte, ¿cómo crees que lo hizo Evan para estar en el lugar correcto... y en el momento preciso? ¿Por qué crees que estaba allí, Gemma?

Como la carcoma, su voz estaba excavando un agujero para llegar a la última parte de mí que se empeñaba en negarlo todo mientras el dolor me desgarraba el pecho.

—Estaba allí por ti, había venido a *matarte*.

Igual que veneno ácido, sus palabras me abrasaron la piel.

Aun así, en vilo entre la razón y la locura, rota y resignada, un latido sordo de mi corazón dio vida a aquella pequeña parte de mí que intentaba reaccionar.

—Pero no lo hizo —pronuncié, como si mi voz no me perteneciera. Tenía la sensación de haber perdido el contacto conmigo misma, de estar unida a la razón sólo por un pequeño fragmento que

seguía luchando por mantenerse a flote. Intenté reforzarlo, pero fue en vano.

—Todavía no, pero lo hará pronto. Simplemente te has ilusionado con poder vivir una vida que ya no te pertenece. Él no puede cambiar su naturaleza. Lo que tienes que entender, Gemma, es que no depende de él. Ni de mí. Imagina que es una partida de ajedrez donde nosotros somos los peones que alguien mueve. Y tú estás a tiro, lo siento. Evan sólo ha tenido un momento de distracción. De *debilidad*. Nos pasa a todos, tarde o temprano. Apuesto a que ya se ha recuperado y, justo en este momento, mientras estamos aquí hablando, él está planeando matarte, Gemma. Quiere tu muerte para redimirse.

—Es imposible —lloriqueé mientras intentaba reprimir las lágrimas. Me negaba a creer en sus crueles palabras, pero la posibilidad de que no mintiera crecía cada vez más—. ¿Por qué debería querer matarme? —pregunté, destrozada, temiendo la respuesta.

—¿Porque él es como yo! ¿Qué creías que era? Es un ángel de la muerte, Gemma... y ha venido a por ti.

—¡Basta! —grité entre lágrimas—. ¿Por qué debería creerte?

—Oh, pero si ya me crees. Lo noto. Fue Evan quien mató al hombre que encontraron en el bosque.

—¡No! —le imploré que callara.

—Evan provocó aquel incendio y después se llevó a la niña. La mató, Gemma. Dejó que se quemara viva. Sin piedad. Nunca has querido aceptarlo, pero una parte de ti siempre lo ha sabido. Inconscientemente, incluso ha evitado que te plantearas las preguntas correctas... porque eres una mortal, débil, y te has enamorado de Evan mientras que él te ha *traicionado*, Gemma. Sólo quiere matarte.

—¡Basta! ¡Para ya! —grité, cubriéndome las orejas con las manos para no sentir nada más. Las lágrimas seguían brotando de mis ojos, hinchados, y me impedían ver adónde me llevaban mis piernas, desesperada por rebelarme ante aquellas confesiones. ¿Cómo podía saber lo que sentía exactamente? ¿Cómo lo había hecho para excavar dentro de mí y descubrir lo que intentaba esconderme a mí misma?

Intenté llegar a la puerta al otro lado de la sala, pero el ángel me bloqueó el paso.

—Es difícil de aceptar. Lo entiendo —dijo en voz baja, adoptando una expresión falsa de malestar.

—¿Por qué no me matas ya y así acabamos con esto de una vez por todas? —grité, resignada.

El ángel valoró mi propuesta antes de hablar, como si estuviese eligiendo las palabras.

—Tengo que confesarte una cosa... *un secreto* —murmuró mientras se acercaba a mi rostro—. He sido enviado para matarte, pero no sé si obedeceré las órdenes, porque te haría un favor. Dejaré que sea tu Evan quien lo haga mientras yo disfruto del espectáculo. En realidad debería agradecértelo, porque este juego me divierte más de lo que había pensado. Pobre, pequeña Gemma, la única persona que has amado te ha traicionado, te ha *engañado*. Esta *pasión* tuya, este dolor... es como si hubiesen vuelto a encender en mí una mecha que se había apagado hace tiempo. Han despertado el Ángelus que hay en mí y han liberado todo mi dolor reprimido. Por fortuna puedo descargarlo en *ti*. Por primera vez en muchos años me siento vivo. En una época fui Faustian, pero después una parte de mí murió para siempre, dejando lugar sólo al demonio. Ahora soy sólo Faust —rió con la mirada sádica y una sonrisa sarcástica en los labios.

—¡Eres un monstruo! —grité con toda la voz que me quedaba.

—¿Un monstruo? —silbó inclinando el rostro, con esa mirada perversa—. ¿Y eso? Tú no eres nada para mí. ¿Por qué tendría que perdonarte? ¿O sentir pena por ti? ¿No ves quién es el verdadero

monstruo? —dijo, estudiando mi expresión—. Evan te ha mentado, te ha engañado, y está dispuesto a darte la espalda. ¿Entonces? ¿Quién de nosotros dos es el monstruo? ¡Responde! —gritó enfurecido—. ¿Quién es el monstruo?

Estaba rota, devastada por las lágrimas. No creía que mi cuerpo pudiera contener tanta angustia y frustración.

Faustian: un nombre tan dulce para una criatura tan cruel. Faust era más apropiado, seguro. Me escrutó atentamente, como si me estuviera estudiando.

—Realmente tienes que quererlo mucho si una parte de ti se obstina todavía en luchar por él. Sus afirmaciones me dejaban cada vez más aturdida. ¿Cómo podía leer mis sentimientos?

—Pero esa parte es débil, siento cómo cede. Está a punto de rendirse.

Esperaba con todo mi ser que no lo hiciera. Dentro de mí, todavía deseaba creer que había una esperanza, aunque fuera insignificante, de que Evan no quisiera matarme.

Me agarré con todas mis fuerzas a aquella quimera, pero me resbalaba, no podía cogerme a ella, estaba como... bloqueada, como si mi mente ya no fuera mía. Me esforzaba en pensar con lucidez, pero no era capaz de razonar.

—Eres obstinada, no me lo esperaba... —reflexionó en voz alta mientras seguía contemplándome. Después, de repente, algo llamó su atención y su rostro se inclinó como si estuviera escuchando algo antes de convertirse en una mueca de malvada satisfacción.

—Siento verdadera curiosidad por ver hasta qué punto llega tu testarudez. Quiero ver si sigues teniendo dudas después de lo que te voy a mostrar —dijo, con una sonrisa perversa en los labios.

Lo miré perpleja y me pregunté qué quería decir, pero Faust se anticipó antes de que pudiera preguntárselo.

—Lo verás con tus propios ojos.

¿Realmente podía ofrecerme una prueba definitiva?

Pero lo que más me asustaba, en el supuesto de que Faust llevase razón, era si estaría preparada para asumirlo.

En el fondo conocía la respuesta. No. Nunca iba a estarlo.

33. Traición

Antes de que pudiera darme cuenta de lo que quería decir el ángel negro, el escenario frío y amenazador mutó en otro con una luz cálida y reconfortante.

Alcé la mirada y reconocí enseguida las paredes de aquel insólito color avellana y chocolate.

Estábamos en la cocina de Evan.

En aquel momento alguien habló y captó mi atención.

—¡Sois vosotros! —exclamó Evan, nervioso. Por un momento pensé que se refería a nuestra llegada, pero tuve que cambiar de opinión cuando Simon respondió.

Contemplé sus rostros. Simon... Drake... Ginebra... Todos estaban allí.

Me sentía desconcertada. Confusa. Parecía que ignoraban nuestra presencia. Pero, sobre todo, ¿por qué ninguno de ellos se alarmaba por la presencia del ángel que estaba a mi lado?

Evan pareció verme por fin y caminó en mi dirección. Pero algo no iba bien. Su mirada estaba rara, ausente, imperturbable. Tan oscura que me confundía, y me *asustaba*.

De repente estaba jadeando por el miedo que me había invadido. Una extraña sensación se removió en mi pecho, hostil y peligrosa.

¿De verdad Evan iba a matarme? ¿Sería este el momento en que moriría?

Entonces, mientras Evan se movía hacia mí, decidí que no iba a oponerme.

Ya no me importaba morir, sobre todo si era Evan quien quería mi muerte.

Ya no me importaba vivir, por la misma y terrible razón.

El corazón me martilleaba en el pecho a cada latido mientras Evan se acercaba con decisión, sin ralentizar. Con los ojos carentes de cualquier duda.

Pensando que esa sería la última vez que podría hacerlo, cogí aire. Fue una inspiración larga y atormentada.

Cuando Evan estuvo a pocos centímetros de mí, me obligué a cerrar los ojos, resignada a morir por él. En aquel instante, una extraña fuerza me invadió, dejándome sin aire, violenta como un tren a toda máquina o una cascada de agua gélida, impetuosa como un huracán, dolorosa como un puñetazo.

Durante una milésima de segundo experimenté la más extraña de las sensaciones.

Me sentía vacía y llena al mismo tiempo. Alguien me impedía respirar. Era como si litros de agua me aplastaran.

Cuando emergí, me giré de golpe, jadeando, tratando de recuperar el aliento y no pude creer lo que había pasado.

Evan estaba a mi espalda. Mi cuerpo no había podido frenarlo. Había pasado *a través* de mí, arrollándome como si no existiera, como si fuera un *fantasma*. Me quedé anonadada.

Observé mi cuerpo, que seguía temblando, y me pregunté qué ocurría.

Una duda me asaltó y me dejó hecha polvo. ¿Quizás ya estaba muerta?

Ninguno de ellos me veía, como si fuera invisible, transparente como el éter.

Un ruido cruel y familiar me arrancó de aquel delirio.

—Faust, ¿qué ha pasado? —pregunté, desconcertada—. ¿Por qué no me ven? ¿Estoy muerta? —
¿En serio había sido tan fácil? Por un instante me sentí casi aliviada.

Pero la carcajada maléfica de Faust lo desmintió mientras volvía a tomarme el pelo por enésima vez.

—No estás muerta —murmuró—, todavía no.

Observé mi cuerpo, presa de una confusión sin igual. Las manos... los pies... Todo parecía igual. Todo estaba en su sitio. ¿Qué estaba pasando?

—¿Por qué no nos ven? —pregunté, desesperada.

Me acerqué a Evan en busca de su mirada, pero sus ojos de plata miraban más allá de mí. No podía verme.

Sentía su voz de fondo, pero el sonido era demasiado bajo como para comprender las palabras. Era como si alguien hubiese apretado el botón del mando que quita el sonido.

—No pueden vernos porque no estamos realmente aquí —respondió Faust a la pregunta sin voz que me quemaba en la mente. De cada respuesta, no obstante, nacían nuevas dudas e interrogantes.

¿Qué quería decir? Me encontraba allí, delante de Evan, pero él no podía verme.

Simon, Drake... ninguno de ellos percibía mi presencia. Sólo Ginebra, de algún modo, parecía molesta. Mantenía una expresión circunspecta y seguía explorando la sala con aspecto nervioso, pero sin llegar a vernos.

—Si no estamos aquí, ¿entonces dónde estamos? —pregunté confundida.

Faustian sonrió.

—Intenta concentrarte, Gemma. ¿Qué es lo último que recuerdas?

Al principio no entendí el sentido de aquella pregunta absurda, pero era inútil obstinarme en buscarle la lógica. La dirección que había tomado mi vida había perdido toda lógica.

Me esforcé, pero todo resultaba confuso y lejano, como si hubieran pasado meses o años del último recuerdo. Todo parecía tan *borroso*...

—Estaba aquí. Con Evan... Y después llegaron los demás.

—Continúa —me incitó Faust, divertido ante aquel nuevo juego—, ¿qué más recuerdas?

—Estaba cansada, el cuerpo me pesaba. Me rodeaba la oscuridad y temía cerrar los ojos. —Recordaba bien aquella terrible sensación. Seguía vívida en mis pensamientos y aún me asustaba—. Temblaba —le confesé—. Tenía miedo y después...

—Y después te quedaste dormida —intervino Faust, pronunciando las palabras que yo no lograba encontrar.

Presa de la confusión que me oscurecía la mente, me empeñaba en no entender.

—Acércate —me ordenó, dándole a su tono un toque de amabilidad.

Caminé hacia él. Al contemplar sus ojos en busca de respuestas, Faust hizo un gesto con la cabeza hacia el salón, sugiriendo que mirara hacia allí.

La habitación estaba envuelta en un halo espectral, tan oscuro que me impedía ver más allá de mis narices. Luché contra aquella penumbra, y al cabo de unos instantes mi vista se empezó a acostumbrar a la falta de luz. Noté un movimiento a una altura insólita, poco más allá de donde estábamos.

Había alguien escondido en la oscuridad.

Entrecerré los ojos y de repente, como una revelación, recordé que allí estaba el sofá.

Evan, Drake, Simon y Ginebra estaban en la cocina. ¿Quién más podía estar en el salón? Fuera quien fuera, sus jadeos nerviosos dejaban intuir que estaba dormía.

Me acerqué y, en aquel instante, la manta que cubría su cuerpo resbaló hasta el suelo y descubrió el rostro que escondía.

Me estremecí.

Yo estaba en el sofá. *Y estaba durmiendo.*

Gotas de sudor me perlaban la frente mientras los ojos se movían nerviosamente bajo los párpados.

No podía creer que todo eso fuera verdad. Me había obligado a aceptarlo todo hasta entonces, pero eso ya era *demasiado*.

—¡Soy yo! —dije con la voz rota por la emoción.

—Eres tú —confirmó Faust—. Estamos en tu mente.

—¿Entonces estoy soñando?

El ángel asintió con un gesto de la cabeza que apenas percibí en la oscuridad.

—Digamos que es bien una pesadilla que un sueño bonito —añadió.

—No hace falta que me lo digas, ya veo yo solita que es una pesadilla. La peor que he tenido nunca, para tu información —repliqué mordaz, sorprendiéndome de que aún pudiera usar la ironía.

Faust soltó una carcajada, reconfortado por la seguridad de que nadie, excepto yo, podía oírlo.

—Ah... Seguro que pronto sí que se convertirá en tu peor pesadilla. No te olvides de por qué hemos venido. Aún hay algo que tengo que enseñarte —me recordó, pero sus palabras sonaron como una advertencia.

En aquel instante, las voces de los chicos nos llegaron desde la cocina a través de las paredes del salón, como si alguien hubiese apuntado el mando a distancia hacia ellos y hubiese subido el volumen.

A juzgar por su tono animado, intuí que estaban discutiendo. Me acerqué para ver de qué iba la conversación. Evan hablaba. Aceleré el paso, impaciente por sentir el consuelo de su voz, pero sus palabras me paralizaron en el umbral de la puerta.

—El destino de Gemma está escrito, debe morir. Bien. Entonces morirá. No podemos cambiar lo que está escrito.

Un dolor intolerable y violento me masacró el pecho mientras empezaba a morir lentamente.

No conocía palabras lo bastante fuertes o lágrimas lo bastante amargas para soportar la intensidad del sentimiento que me había embargado. Era como una ola anómala que me hundía en el agua mientras yo luchaba por volver a la superficie, incapaz de respirar.

Las paredes se cerraron en torno a mí. Me ahogaban, me quitaban el aire. Nunca habría imaginado una muerte peor que la que acababa de sentir en mi corazón.

Estaba rota, devastada, presa de un tormento inaguantable. Sentí que me quedaría allí, inmóvil, paralizada para siempre por aquel dolor. No podía aceptar que aquello fuera verdad a pesar de haberlo escuchado con mis propios oídos.

Era demasiado doloroso. Demasiado.

Otra voz replicó a la de Evan, aunque no pude establecer con certeza de quién era, ensordecida por mi propio sufrimiento.

—¿Ya no quieres matar al ángel? ¿Ahora quieres matar a Gemma? No te sigo.

Mi mirada se posó por un instante en la de Evan. Parecía tan decidido y orgulloso de aquella solución... Quería matarme. No podía creerlo. Faust no había mentido. Más que las palabras de Evan, lo que me dejó de piedra fue la luz en su mirada. Sus ojos... era como si brillaran.

No estaba obligado a hacerlo. No. Él lo había *decidido* y parecía incluso excitado por la idea.

Deseé que la muerte me tomara en aquel instante, acunándome en su reconfortante silencio,

porque vivir y soportar el peso de aquel dolor sería demasiado. Dolía demasiado. Miles de agujas se clavaban en mi corazón y amenazaban con matarme con cada respiración.

Me hubiese gustado odiarlo por el daño que me estaba infligiendo. Odiarlo, por haberme engañado y traicionado. Pero no podía.

Lo quería. Lo quería más que a cualquier otra cosa en el mundo, más que a mí misma. Pero tenía que renunciar a él.

A duras penas captaba fragmentos de su discurso, lacerada por aquel dolor.

—Será Gemma quien tome el veneno mortal. No el ángel. Gemma deberá morir, eso es inevitable, ¿no lo entendéis? Nadie puede cambiar su destino. Nadie puede oponerse. Lo que está escrito tiene que cumplirse.

Todo me parecía absurdo e imposible.

—¿Cómo la convencerás para que se tome el veneno? —La voz tranquila de Ginebra rompió el silencio.

«También ella», pensé horrorizada. ¿Cómo podía ser tan cruel después de haberse mostrado tan amable conmigo? ¿Hasta qué punto se podía fingir?

Me sentía doblemente traicionada mientras escuchaba a Evan y Ginebra tramando a mis espaldas, sentenciándome a muerte.

—La obligaré, si hace falta —respondió Evan, haciendo gala de su determinación.

Cada una de sus palabras me asestaba una puñalada sin piedad en el corazón.

Dicen que no se puede morir por amor, pero en aquel momento me pareció que estaba a punto de hacerlo. Su voz era dura y fría, distante, como si ansiara llevar a cabo todo aquello.

Me estremecí al pensar en las palabras de Faust: «¿Quién de nosotros dos es el monstruo?»

El instinto de supervivencia no me había traicionado, llevaba razón desde el principio. Pero por muy increíble que pareciera, por mucho que me esforzara, no podía ver a Evan como un monstruo, ni siquiera después de haber oído cómo pronunciaba mi sentencia de muerte.

Simon intentaba hacerlos entrar en razón. En algún momento tendría que agradecerle su piedad, si tenía la oportunidad, aunque lo dudaba. Parecía que no había vía de escape para mí. Estaba sentenciada. De un modo u otro, tenía que morir. Si no me mataba Evan, lo haría Faust. En cualquier caso, tenía los minutos contados.

Desolada, miré hacia el sofá donde estaba tumbada y contemplé mi cuerpo inerme y frágil que esperaba inmóvil su ejecución.

La voz de Faust resonó en mi cabeza, socarrona y cruel: «¿Qué estás dispuesta a sacrificar cuando la única persona que puede salvarte... es la misma que debe matarte?».

Un impulso descontrolado se agitó en mi interior, y se rebeló. No podía, no *quería* rendirme sólo porque ellos lo habían decidido. No a aquel precio. No iba a sacrificar mi vida.

Tenía que oponerme. Tenía que luchar. Al menos quería intentarlo. Esperarían a que me despertara, así que tenía una pequeña ventaja. Tal vez, si conseguía adelantarme lo suficiente, no me encontrarían. ¿Existía algún sitio donde esconderme de Evan?

Una fuerza irrefrenable me embistió para darme la respuesta. Mi instinto de supervivencia era el que me hacía actuar.

No podía perder más tiempo. Faust había desaparecido, seguramente su presencia ya no era necesaria desde que Evan había decidido matarme. Aún me costaba hacerme a la idea. Aceptarlo sería imposible, pero tenía que reaccionar. Tenía que despertarme.

Me acerqué rápidamente a mi cuerpo inconsciente. No sabía cómo reanimarlo.

Una nueva sensación se abrió espacio entre las anteriores. *Poder*. Nunca antes había sentido algo parecido. Por primera vez, era consciente de estar en un sueño, y disponía de poderes que la realidad no me concedía. Me concentré, pensando en cómo poner punto y final a aquella pesadilla y huir de aquella casa donde sólo querían matarme. Quería escapar lo más lejos posible y esperar que nadie me encontrara. De golpe, como un rayo que atravesase mi mente, recordé las ocasiones en que me había despertado sudando, sofocada por la sensación de estar ahogándome por el agua que no me dejaba salir a la superficie. O aquellas otras que caía al vacío y me despertaba justo antes de impactar contra el suelo. Miré a mi alrededor y descubrí con pesar que no había agua allí cerca. Descarté la primera opción y, por exclusión, me quedé con la segunda. Al menos tenía que intentarlo.

Mi primer y más rápido impulso me sugirió que me lanzara hacia la cristalera, cubierta de pesadas cortinas. Aunque estuviera en la planta baja, tenía que intentarlo. Después de todo estaba en mi mente, la altura no tenía importancia. Inspiré hondo y me preparé para lanzarme, convencida de que ni la tela ni el cristal serían un obstáculo. Como ya había pasado con el cuerpo de Evan, atravesaría la ventana y aparecería ilesa en el exterior. La sensación de caída me despertaría, estaba segura. Me puse nerviosa por la terrible experiencia que iba a vivir.

Cerré los ojos y tensé los músculos.

Corrí con extrema seguridad, pero, cuando estuve en el aire, un instante antes de que mi piel tocara las cortinas, el escenario cambió de repente y, en una fracción de segundo, los visillos desaparecieron, dejando en su lugar el cristal lleno de polvo de una vieja ventana. Al otro lado del vidrio, el vacío. Ya no estaba en casa de Evan. Algo en mi sueño había cambiado y me había transportado a mi vieja casa del lago. Sentí terror; una fuerza oscura me empujó violentamente hacia el exterior. El impacto fue más violento de lo que había imaginado.

Mi cerebro se nubló por el sonido agudo de la ventana que se rompía en mil pedazos y, en un instante, el vacío me absorbió junto a centenares de fragmentos afilados que caían como un lluvia de vidrio. Intenté gritar mientras el suelo se acercaba inexorablemente, pero era incapaz de emitir ningún sonido.

Sabía que todo era fruto de mi imaginación, por muy real que pudiera parecer, pero no podía evitar sentir un pánico que no me dejaba respirar. El aire me cortaba la cara como una cuchilla afilada. Aun así, el dolor más intenso provenía del corazón. Por un momento deseé estrellarme contra el suelo para poner punto y final a aquel dolor insoportable que sentía en el pecho como espinas envenenadas.

Me abandoné a aquel deseo y caí violentamente contra el suelo.

Abrí los ojos y respiré aliviada. Mi cuerpo estaba bañado en sudor. La mente se me aclaró unos segundos después y recompuso el rompecabezas que me había llevado hasta allí. ¿Estaba soñando o todo eso estaba pasando de verdad? El pinchazo en el corazón me dio la respuesta y destruyó cualquier esperanza de que aquella pesadilla no fuera real.

De la sala contigua me llegaron las voces sumisas de los chicos y sentí una quemazón en el pecho. Pensé brevemente en hacer como si nada y volver a dormirme, abandonándome a lo que me había reservado el destino. Pero mi cuerpo ignoró mi corazón y se empeñó en luchar por mi vida.

Tenía que escapar de allí antes de que se dieran cuenta de que me había despertado.

34. La fuga

Desesperada, miré a mi alrededor en busca de una vía de escape. Las únicas salidas que conocía estaban demasiado a la vista. No podía cruzar la puerta de entrada sin que se dieran cuenta de mi presencia, y la cocina también estaba descartada.

Valoré las alternativas a toda prisa para que Ginebra no captara mis pensamientos.

Me tambaleé en la oscuridad y tropecé con algo. Me mordí el labio por el error y puse las manos delante para andar a tientas.

Descubrí con alivio los peldaños de la escalera y, con cuidado para no hacer ruido, los subí de uno en uno.

La terraza era la única vía de fuga por la que podía escapar. La única que conocía. Esperaba encontrar un modo de bajar sin que me vieran y llegar sana y salva al piso de abajo, o al menos sin hacerme mucho daño. Sería absurdo que, mientras todos intentaban matarme, yo me suicidara por error.

Cuando abrí la ventana, la luz del atardecer me hizo verlo todo más claro y encontré la solución.

Las grandes ramas del roble llegaban a la terraza y me ofrecieron su protección, como fuertes brazos dispuestos a sostenerme en el descenso. Era lo mejor que podía encontrar.

Inspiré profundamente y me convencí de que podía hacerlo. No sería difícil.

Aceleré el paso y me agarré a la rama más grande, pero un *flashback* me paralizó. La intensa emoción que sentí cuando Evan me besó en el cuello, en aquel mismo sitio, me invadió como si acabara de suceder y él todavía estuviera allí, sonriéndome y susurrándome al oído. Cada vez que Evan me tocaba, cada vez que sus ojos se acercaban a los míos, sólo quería estar con él. Aun así, su amor no había sido más que un engaño y, ahora, con el corazón en un puño, me estaba obligando a escapar de él. Pero la idea de que fuera imposible e irreal que Evan quisiera matarme seguía planeando en mi cabeza.

Pero en aquellos momentos sólo me guiaba por el instinto de supervivencia. No había sombra de resentimiento en mi corazón, porque hubiera renunciado a nosotros a cambio de su redención. Simplemente me sentía traicionada, engañada. Habría sido mejor que Evan me hubiese dejado morir bajo aquel camión en lugar de mentirme y concederme la efímera esperanza de un futuro junto a él. El destino nos había puesto a cada uno en su lugar. Un destino escrito y un ángel de la muerte. Presa y depredador. Una lucha donde yo me sentía como si ya lo hubiera perdido todo.

Aunque mi corazón no quisiera renegar del amor que me unía a él, no me quedaba otra opción que esconderme y esperar que no me encontrara nunca.

Subí torpemente a la rama, aguantándome a la corteza.

Pequeñas astillas afiladas se clavaban en mi piel a cada movimiento que daba, pero ese dolor no era nada comparado con las ganas de vivir que tenía. O, más probablemente, la vorágine que me devoraba desde el interior hacía que todo lo demás fuera soportable.

La luz de los últimos rayos de sol iluminaba el sendero, como si quisiera ofrecerme su propia ayuda. Estiré con las manos el vestido arrugado que aún llevaba desde el baile. Había pasado menos de un día, pero parecía una eternidad desde que había bailado con Evan, envuelta en sus brazos. Alejé aquel pensamiento y empecé a correr sin mirar atrás. Porque no estaba segura de poder soportarlo.

Llegué hasta la verja y me topé con unos barrotes infranqueables. ¿Acaso creía que la encontraría abierta? Me desesperé. Estaba atrapada. No podría saltar sin que nadie me viera. Y el muro de piedra era demasiado alto.

Unos segundos después, una certeza me golpeó como un rayo que cae en plena tormenta: había otro modo de salir de allí.

El agujero del muro.

Una sonrisa se me escapó de los labios al recordar el dolor que sentí aquella tarde. Un sufrimiento irrisorio comparado con las hojas punzantes que tenía clavadas en el corazón en aquel momento.

Me tomé un momento para orientarme y recordar en qué punto del muro se encontraba el orificio. El jardín era inmenso y no quería perder tiempo buscándolo.

Luego recordé que la grieta daba a la parte trasera de la casa, así que me encontraba en el lado opuesto.

Sin perder tiempo, me puse a correr lo más rápido que pude.

El aire fresco, impregnado del aroma de las flores que llenaban el jardín, me cortaba la cara e impedía que las lágrimas cayeran.

Me costó encontrar la grieta. De hecho estaba a punto de rendirme cuando descubrí el banco de madera que se veía desde la grieta. Pero en el muro no había nada parecido a una abertura. ¿Y si alguien la había arreglado? Me moví con cautela para que no me vieran, me camuflé entre los troncos de los árboles y, por fin, desde allí vi el pasadizo en el muro y recuperé la esperanza. Era libre.

Sólo entonces, después de hacer de tripas corazón, eché un breve vistazo a mi espalda. No entendía por qué Ginebra no oía mis pensamientos.

Me escabullí con algunas dificultades por el estrecho agujero.

Cuando por fin aparecí fuera, alguien me dio un tirón y dejé de respirar. Me habían encontrado.

Me giré de golpe con un nudo en la garganta para comprobar quién era. ¿Evan? ¿Ginebra? ¿Quién estaría allí para cumplir mi destino?

Suspiré a pleno pulmón cuando vi que sólo era mi vestido, que se había enganchado en la piedra. A esas alturas estaba reducido a harapos y me daba igual romperlo todavía más, así que tiré con fuerza y rompí un extremo, que se quedó pegado a la roca. No tenía tiempo para preocuparme por eso. Aún no me sentía a salvo. Tenía que alejarme a toda prisa de allí.

Sin tiempo para pensar, moví un pie y después el otro, y empecé a correr ignorando por completo adónde me llevaría la desesperación.

Alguien me quería muerta y no sabía si podría impedirlo.

Las farolas de la calle se encendían de forma intermitente mientras oía mi sucesión de pasos veloces por el asfalto. Sólo el latido de mi corazón contrarrestaba aquel ruido y, de fondo, la voz de Lana Del Rey se metía en mi cabeza. Empezaba a jadear y me giré un momento, sin aflojar el paso. De repente, las palabras de «*Born to Die*» me parecieron escritas para mí. Fue un alivio ver que me había alejado lo suficiente de la casa de Evan como para no alcanzar a verla. La adrenalina disminuyó.

Y entonces la vorágine que tenía en el estómago volvió a atormentarme.

Vi una masa de arbustos en los que podría refugiarme, así que disminuí el ritmo. Había llegado al bosque que daba a la ribera del lago Lake Placid. Sin dudarlo, reemprendí la carrera y me adentré en

él. No me importaban los peligros que pudieran esconderse allí al caer la noche.

Nada me asustaba más que haber perdido a Evan para siempre.

Seguía aferrándome a la idea de nosotros dos juntos, aunque él ya no me quisiera. Quería que yo muriera, había dejado de luchar por nosotros. *Ya no me quería*. No podía expulsar ese pensamiento de mi cabeza. ¿Cómo había podido hacerme algo de ese calibre? Los sollozos sofocaban cada una de mis respiraciones mientras mis ojos se ahogaban en lágrimas que el viento se llevaba, arrancándolas de mi rostro lacerado por el dolor.

Evan quería envenenarme. Y eso era lo que estaba haciendo, me estaba envenenando. El dolor se extendía por mi cuerpo, se infiltraba en las venas como un veneno letal, y me mataba lentamente. Cada parte de mí estaba desgarrada. ¿Por qué, entonces, no podía odiarlo? ¿Cómo era posible que lo amara tan intensamente, ignorando el destino al que me había condenado? ¿Por qué no podía enfadarme con él?

Intenté reprimir la pregunta que mi corazón seguía gritando. Quería ignorarla porque era demasiado difícil de soportar. ¿Por qué su amor por mí no era lo bastante fuerte como para impedirle que me matara?

Conocía la respuesta. Me había ilusionado con que Evan pudiera querer a alguien como yo. Pero estaba claro que yo no era suficiente para él y de algún modo tenía que haberse dado cuenta.

Si me había ilusionado con un futuro junto a él era sólo culpa mía.

Y, si conseguía esconderme, ¿cómo podría soportar la idea de seguir viviendo sin él o privarme de aquellas emociones que sólo Evan había suscitado en mí? ¿Cómo podría renunciar a él, a sus labios, después de haberlos probado? El nudo en la garganta se apretó hasta impedirme respirar, revelando que cada parte de mí participaba de aquel dolor.

El sol se estaba poniendo. Las hojas, en lo alto, filtraban los últimos y débiles rayos de luz mientras corría lo más rápido que podía para dejar tras de mí el ruido de las hojas que pisaba. Avanzaba hacia la oscuridad, una oscuridad desconocida que no tenía nada que ver con la noche. Iba hacia un destino ignoto, oscuro y tenebroso. ¿Quién me salvaría esta vez?

35. La caza

Cuanto más se escondía el sol detrás de las montañas, más inquietante, lúgubre y tenebroso se volvía el ambiente. Tenía la impresión de que miles de ojos me observaban, escondidos en el bosque, pero me daba igual. Había perdido la cosa que más me importaba. ¿Qué podía valer mi vida, comparado con eso?

El silencio del bosque concedió una pequeña tregua a mi respiración y mi mente se perdió en mil conjeturas. No podía evitar recordar lo que había vivido con Evan, como si una parte de mí siguiera empujando aquellas imágenes a la superficie. No sabía si para herirme o para mostrarme algo diferente. La primera vez que vi a Evan fue en ese mismo bosque. Entonces ignoraba lo que desencadenaría aquel encuentro. Ignoraba cómo iba a cambiar mi vida. El dolor me encadenaba el corazón con correas de acero; aun así, parecía que refugiarse en esos recuerdos disminuía la amargura. Faust tenía razón. La muerte tendría un sabor menos amargo si Evan estaba a mi lado. Inconscientemente, me llevé los dedos a los labios, evocando su sabor, y una lágrima los lamió al pensar en lo dura que era la realidad. Evan me había salvado, pero después debía de haberse arrepentido. Me había salvado del camión, me había salvado de la violencia de Daryl, me había salvado de la furia del deportivo que ahora sabía que pilotaba Faust. No sabía *cuándo* exactamente había renunciado a luchar por nosotros. Él siempre había sido muy *protector* conmigo. Pensar que quería matarme sonaba absurdo... *Demasiado* absurdo. A pesar de haberlo escuchado con mis propios oídos. De repente era como si mi cabeza ya no pesara tanto sobre mis hombros, una sensación de opresión que empezaba a aflojar. Sólo entonces me di cuenta de que una impenetrable capa de niebla me había oscurecido la mente y ahora el aire fresco se la estaba llevando.

¿Era posible que algo hubiese empujado a Evan a arrepentirse hasta el punto de *desear* mi muerte con el fervor que había visto en sus ojos? Todo parecía muy absurdo, una locura, ilógico.

Me quedé quieta, no sabía si el bosque giraba a mi alrededor o era cosa de mi cabeza.

¿Era posible que Evan hubiese renunciado a luchar por nosotros? No obstante, yo misma había oído cómo me condenaba.

¿Y si detrás de esa sentencia que le había oído pronunciar se escondiera una explicación?

Aquella duda me empujó a arrepentirme de la impulsividad con la que había escapado de allí.

Una duda que mi corazón agarró con dedos armados de garras para que no se esfumara.

¿Y si sólo se trataba de otra efímera ilusión que mi mente había creado para deshacerse de aquel dolor?

Necesitaba aclararme las ideas, por eso seguí avanzando y dejé que la brisa me refrescara.

Estaba agotada, y las sienas me latían al ritmo del corazón. ¿A quién tenía que escuchar? ¿Al cuerpo, que había asistido inerte a mi condena? ¿O al corazón, que seguía gritando su nombre? ¿Podían haberme engañado mis propios sentidos? ¿O eran mis sentimientos por Evan los que ofuscaban la realidad?

—¡Geeemmaaaa!

Un grito desgarrador resonó en mi cabeza y me obligó a detenerme de golpe.

—Evan —susurré para mis adentros, devastada por el dolor que transmitía su aullido.

En su voz no había rabia ni resentimiento porque yo hubiera escapado, sino *desesperación*. Sólo

eso, una desesperación aguda y lacerante. Parpadeé y un río de lágrimas dulces me surcó el rostro para borrar toda incertidumbre. Me quería. Evan no había dejado de quererme. ¿Qué me había empujado a dudar de él después de todo lo que había hecho por mí? Ya no lo recordaba. Mi corazón había tratado de advertirme, pero algo me había impedido hacerle caso. Una certeza que ahora encontraba absurda porque ya no me pertenecía, como si alguien la hubiese instilado directamente en mi cabeza y la voz de Evan hubiese logrado extirparla, disolviendo la niebla que había ofuscado mis pensamientos.

—*Gemma...*

Me estremecí, helada. El silencio había dado paso a un nuevo susurro que llegaba del infierno. Estremecedor como el suspiro de un demonio.

No se trataba de la voz de Evan. La reconocí y un terror como nunca había sentido me congeló por dentro.

Era Faust. Había vuelto.

—*Gemma...*

La voz se abrió paso a través del terror para irrumpir en mi mente, que mientras tanto había empezado a dar vueltas.

—*Gemma...*

El susurro parecía venir directamente del infierno, o tal vez sólo estaba en mi cabeza, todavía entre los árboles. O quizás por todas partes.

Esperé a que mi respiración se calmara para comunicarme con Evan mentalmente y poder deshacerme de la capa de terror que me cubría y me alejaba de él. El silencio había pasado a ser incómodo y cada silbido del viento y cada hoja que se movía me estremecían.

Más asustada que nunca, grité su nombre en mi cabeza para establecer un hilo que condujera mis pensamientos hasta Ginebra, pero fracasé una y otra vez. Era como si una vorágine negra me hubiese engullido. Tan profunda que me había ocultado del mundo.

Estaba sola de nuevo. Con Faust. Pero esta vez no se trataba de una pesadilla. Era la realidad.

Consternada, me di cuenta de que había sido él quien había movido los hilos para llevarme hasta allí, como si fuera una marioneta, para que escapara de la protección de Evan.

Algo se movió entre los árboles. Miré asustada hacia la izquierda.

Una sombra negra pasó a toda velocidad, congelándome la sangre, para desaparecer después entre los arbustos antes de que el escalofrío que había desencadenado acabara de recorrer mi espalda. Incluso las hojas contenían la respiración.

Una violenta descarga de adrenalina me dio impulso para salir corriendo. Los árboles asumieron pronto un aspecto fantasmagórico pasando por mi lado a una velocidad que no sabía si sería capaz de mantener. Pero no importaba lo rápido que pudiera correr o lo lejos que llegara. No existía un lugar donde esconderme del Justiciero que la muerte había enviado para matarme. Su aliento espectral me perseguía, susurraba mi nombre entre los árboles para recordarme que no lograría escapar. Aun así había reencontrado la esperanza. Por mucho que las piernas me temblaran, estaba segura de poder resistir, aguantar hasta que Evan llegara y me salvara. Porque llegaría, estaba segura. Tan sólo tenía que ganar un poco de tiempo.

Como un deseo realizado, la masa de árboles se abrió y reveló a lo lejos la casa del lago. En un último y extremo esfuerzo me concentré en las piernas para enviar allí toda la energía que me quedaba, alcanzar la casa y encontrar refugio en el interior.

Los muros no impedirían que el ángel de la muerte entrara, pero mi corazón seguía esperando que eso me permitiera ganar tiempo para que alguien me salvara. ¿Por qué Evan no estaba allí para protegerme? ¿Cómo podía pensar en sobrevivir durante mucho más tiempo a aquel terrible monstruo de ojos de hielo? No lograba explicarme por qué mis gritos pidiendo ayuda no llegaban a Evan o Ginebra. ¿Por qué no me oían? ¿Y si me había equivocado?

Empujé con fuerza la verja oxidada, abrí la puerta de entrada y la cerré a mis espaldas. Una vez en el interior, con los hombros pegados al muro, me dejé caer hasta el suelo. En silencio y a oscuras.

Temblaba.

36. Escondite

No sabía decir cuánto tiempo permanecí inmóvil en aquella posición, con la respiración jadeante por la carrera y el miedo. Parecieron horas. La oscuridad que había al otro lado de las ventanas me impedía calcular el tiempo.

Justo cuando mi cuerpo dejó de temblar, pensando que Faust había renunciado a su caza, el inconfundible chirrido del hierro oxidado me paralizó la respiración.

Alguien intentaba entrar. ¿Qué motivo tenía Faust para acceder por la puerta cuando habría podido esconderse de mí con la oscuridad como aliado?

Con un nudo en la garganta, me levanté poco a poco del suelo, procurando no hacer ruido, y miré con extrema cautela por la ventana. La puerta seguía chirriando de forma inquietante, oscilando como si alguien la estuviese agitando para divertirse. Un movimiento espectral que no tenía nada que ver con el viento.

Y, pese a todo allí fuera no había nadie.

¿Por qué Faust todavía no había acabado con mi vida? Podría haberlo hecho con un mero soplido. ¿Qué especie de macabra diversión esperaba conseguir asustándome? ¿Acaso era tan malvado? ¿Es que en su mundo no existían leyes que impidieran un comportamiento así?

Sin tiempo para responder todas esas dudas, abrí la puerta que llevaba al sótano. Cualquier intento de aferrarme a la vida sería inútil, pero me resistía a dejar de luchar.

Conocía cada rincón de aquella vieja casa, cada superficie polvorienta. Y estaba casi segura de recordar, en alguna parte de la pared, un pasadizo subterráneo que llevaba al exterior. Sólo tenía que encontrarlo. De pequeña me escondía a menudo en el interior para jugar, para que Peter no me encontrara.

En un gesto inconsciente toqué la pared para encender la luz, pero cuando mis dedos accionaron el interruptor, me pareció evidente el motivo por el que no daba señales de vida.

La madera gastada crujía bajo mis pies y me obligaba a moverme con extrema cautela. Un insoportable hedor a moho impregnaba las paredes, haciendo que el aire fuera agrio e irrespirable. Me detuve un instante en el umbral, pero un estallido siniestro procedente del exterior me convenció para seguir tanteando a cada paso incierto los escalones polvorientos que llevaban a través de la oscuridad a aquel sótano. Al llegar, la puerta se cerró violentamente a mis espaldas y me atrapó en aquella habitación, que no era como recordaba. Habían pasado años, pero aquel lugar nunca me había parecido tan lúgubre, oscuro y peligroso como entonces. Apenas estaba iluminado por una débil luz de luna que se colaba por una pequeña ventana con barrotes. Abandoné toda cautela y me moví rápidamente. A cada paso que daba las telarañas se me pegaban en la piel, causándome un inquietante hormigueo.

La desolación estuvo a punto de vencerme. Aunque recorría las estanterías, no encontraba la puerta que tenía que liberarme de aquella trampa mortal. Después, con un temblor de esperanza, reconocí la tela cubierta de polvo que escondía la salida, pero un repentino ruido a mi espalda me obligó a darme la vuelta. Mi cuerpo reaccionó con celeridad, apartándose enseguida y, sólo un instante después, un golpe sordo levantó el polvo del sótano. Me cubrí la boca con la mano para poder respirar y, entre toses, en cuanto todas las partículas se posaron en alguna superficie, la luz de

la luna me humilló, brillando sobre la gran estantería que había intentado enterrarme. Estaba tirada a mis pies, como un gigante dormido. Mi corazón intentó rendirse y mis rodillas temblaban, como si ya no fueran a sostener mi peso. Empecé a pensar que no se puede escapar de la muerte.

Como el silbido de una serpiente venenosa, el susurro helador de Faust me llegó en aquel escenario siniestro, atormentándome de nuevo y pronunciando mi nombre en un murmullo inquietante.

—*Gemma...*

Cuando la nube de polvo desapareció por completo, noté con decepción que la estantería que se había caído había bloqueado por completo el pasadizo. No me había aplastado a mí, pero había enterrado mi última esperanza.

Subí los escalones de tres en tres y enseguida llegué arriba. El pánico me invadió porque la puerta estaba cerrada. Me peleé con el picaporte, pero estaba encallado. Y Faust estaba allí, conmigo, percibía su presencia. Se habría cansado de perseguirme.

Se me hizo un nudo en el estómago al darme cuenta de que estaba a punto de morir.

La voz me salió sin control, intentaba pedir ayuda mientras golpeaba con fuerza los listones de madera de la puerta. Pero era inútil. Nadie me oiría. Porque nadie se acercaba nunca a aquella casa. Ese sótano sería mi tumba.

Solté la presa, resignada y vencida por la decepción. Caminé hacia atrás con la mirada perdida en el picaporte y con un río de lágrimas a punto de derramarse.

El destino me había tocado con dedos gélidos, tendiendo sus negras alas sobre mí. Plumas corrosivas como veneno en la piel, pesadas como cadenas que me aprisionaban en un cuerpo que ya no me pertenecía. Sólo era cuestión de tiempo. No podía esconderme en ningún sitio, no había lugar al que ir. Como un halcón hambriento, su sombra revoloteaba atenta sobre mí, que cargaba con el peso de sus alas. Las alas de la muerte.

Parpadeé. En aquella consternación me pareció que el picaporte se movía lentamente.

Después, con un sonido siniestro, la puerta se abrió, confirmando mi sospecha.

Miré fijamente el picaporte. Estaba confundida y al límite del pánico.

Faust se divertía jugando conmigo como un gato con una mariposa. Me preguntaba qué sentido tendría seguir enfrentándome a él. Ignoré aquella duda y salí de la habitación con el corazón en un puño.

Crucé el salón corriendo, dejando atrás todo lo que encontraba, guiada por el pánico que me producía su inquietante voz. Como si algún objeto pudiera ser un obstáculo para un ángel enviado por la muerte.

—*Gemma... ¿adónde huyes?* —susurraba, divertido—. *Te encontraré de todos modos. No puedes esconderte.*

Un estremecimiento se apoderó de mí: tenía razón.

—*No puedes huir eternamente de mí.*

—¡Estás loco! —grité en la habitación vacía.

Llegué a las escaleras que conducían al piso de arriba y subí con ímpetu algunos peldaños, pero me di cuenta demasiado tarde de que había usado demasiada fuerza.

En el silencio, un fuerte crujido me advirtió que desconfiara de aquellos escalones gastados, aunque no tuve tiempo de darme cuenta o aflojar el ritmo. Mi pie se hundió. La madera podrida se lo había tragado.

El dolor, agudo y lacerante, me nubló la cabeza.

Intenté sacar el pie, pero estaba encajado en el suelo astillado que me rasgaba la carne. El pánico era cada vez más intenso, percibía en el aire la presencia de Faust, aunque no lo viera. Miraba a mi alrededor, aterrorizada, mientras daba tirones a mi pierna ayudándome con las manos. Una corriente de aire gélido me embistió. Luché con todas mis fuerzas hasta que conseguí liberarme.

Una quemazón insoportable me paralizó la pierna. Comprobé la herida y me quedé de piedra. *Aquel corte...* me resultaba tan familiar... Era como si ya hubiese vivido ese momento.

Me arrastré cojeando por las escaleras arriba mientras un silencio ensordecedor aleteaba a mi alrededor para colmar la habitación. De Faust no había ni rastro.

A punto de llegar arriba me di la vuelta por el temor de que pudiera sorprenderme por detrás. Pero, al pisar el último peldaño y volver a mirar hacia delante, mi corazón dio un vuelco. Faust estaba frente a mí. Había aparecido de la nada y me miraba con una inflexibilidad paralizante. Di un paso hacia atrás, pero el vacío que había a mi espalda amenazó mis movimientos. Volví a posar la vista en él para adivinar sus intenciones. Le bastaba con soplar para hacerme caer por aquella escalera empinada. La muerte no tardaría. En silencio y aterrorizada me obligué a sostener su dura mirada, mientras mi tórax se movía rápido por mi respiración angustiada.

Y de repente, sin previo aviso, la expresión de Faust se volvió más intensa y airada.

Luego todo pasó muy rápido.

Con el rabillo del ojo vi su brazo moverse y golpearme con violencia. Antes de que me diera cuenta, me había lanzado fuertemente hacia el vacío.

Ni siquiera entonces dejé de mirarlo directamente a esos ojos malvados.

Luego llegó el impacto. Caí de espaldas.

El dolor fue terrible, inmovilizador. Me llevé una mano a la nuca y mis dedos temblaron al tocar la sangre.

No lograba entender el porqué de tanto ensañamiento. ¿Le gustaba verme sufrir? ¿No le bastaba con arrebatarme la vida? ¿Por qué torturarme? ¿Realmente Faust era tan sádico y malvado? No podía creer que se tratara sólo de eso. Tenía que haber algo más que lo empujara a actuar con tanta crueldad.

Intenté levantarme, pero mi cuerpo se negó en redondo a colaborar. Estaba traumatizado por la violencia del impacto.

Me puse de lado y, cuando abrí los ojos, vi a Faust frente a mí. Levanté la cabeza con dificultad y en sus labios percibí una sonrisa de malevola. Luego desapareció de golpe.

Aproveché la ocasión para levantarme, concentrando todas las fuerzas que podía en los brazos. Ya en pie, asustada por mi cuerpo que se tambaleaba y amenazaba con no sostenerme, me apoyé en la barandilla.

De vez en cuando un velo, anunciado por una quemazón lacerante que me subía por la nuca, me nublaba la vista. No sabía si la habitación daba vueltas o si era cosa de mi cabeza. Intenté levantar un pie, pero un dolor agudo me subió por la pierna y me impidió continuar. Con la vista enfocada la imagen oscilante de mi talón herido. Probé con el otro pie y lo apoyé en el primer peldaño, pero, antes de que pudiera darme cuenta, una fuerza devastadora me empujó. Volé hasta caer violentamente en el suelo del piso superior.

Boqueé; quería abrir los ojos. Tenía la mejilla pegada al suelo. Creí que la vida me estaba abandonando.

Un monstruo. Faust tenía que ser un monstruo.

Como un eco gélido, su risa oscura igual que la voz de la muerta, me rozó el alma.

Allí, en el suelo, escuché el latido de mi corazón. Todavía no estaba muerta.

A duras penas, aturdida y maltratada, busqué en mi interior la fuerza para levantarme.

Cojeé por el pasillo e ignoré el dolor atroz que sentía en cada parte de mi cuerpo.

No estaba segura de no haberme roto nada.

—*Gemma...*

Mi cuerpo se estremecía cada vez que oía ese susurro infernal.

—¿Por qué me haces esto? —grité, vencida por las lágrimas—. ¡Mátame si es tu deber!

—*Podría arrancarte la cabeza de un solo golpe si no estuviera prohibido, pero estaría renunciando a toda la diversión.* —La maldad de Faust resonó en la habitación con una carcajada siniestra.

—¿Qué clase de monstruo eres?

—*Lo siento.* —Su voz se había vuelto seria y decidida, sin rastro de pena o resentimiento—. *Pero es una cuenta que tienes que pagar.*

—¿Por qué? —grité—. ¡Dime por qué! —exigí conteniendo mi desesperación. La sala recuperó el silencio escalofriante.

¿Por qué matarme lentamente? ¿Quería hacerme derramar hasta la última gota de sangre? ¿Para qué serviría mi sacrificio?

Como una perla, la luna relució, asomándose por la ventana al fondo del pasillo.

A mi paso, las lámparas se caían del techo para golpearme. Guiada por aquella tenue luz, como si fuera un hada que quería salvarme, me concentré en la ventana para llegar hasta ella y acabar con todo sufrimiento.

Quizás era allí adonde tenía que ir. Faust debía de haberlo orquestado todo para llevarme hasta allí, el lugar donde moriría, con el mayor detenimiento.

Empujado por una última pizca de oposición desesperada, mi cuerpo chocó con fuerza contra el cristal y buscó en el exterior algo a lo que agarrarse para no caer. Pero lo único que había era el vacío. La ventana estaba demasiado alta. Con pena asumí que había llegado mi hora.

De repente volvía a estar en el pasillo.

—Fin de trayecto. —La voz de Faust me llegó por primera vez clara y potente, sin el halo espectral que la había vestido antes. Estaba detrás de mí.

Me giré lentamente, derrotada, sólo nos separaban unos pasos.

—¡Dime por qué! —gruñí, entre resignada y desesperada—. Me vas a matar, al menos podrías darme una explicación. —Esta vez fue una petición—. ¿Por qué no me has matado enseguida? ¿Por qué toda esta rabia contra mí? —grité con los ojos entrecerrados por las lágrimas que intentaba reprimir.

El rostro de Faust se puso serio y su expresión se entristeció hasta hacerme sospechar que luchaba por librarse de un recuerdo. A pesar de las atrocidades que me había infligido, me seguía fascinando, como si mi mente se negara a atribuirle todas las torturas. Moví la cabeza para librarme de su influjo mientras su mirada se perdía en el vacío. Después, con una voz ronca y apagada, revivió en voz alta el recuerdo que lo atormentaba.

—1953. Íbamos en coche, Penny y yo... —Se detuvo un instante, preso de aquella evocación devastadora—. La lluvia era incesante, el agua golpeaba con violencia el parabrisas. No se veía nada

—murmuró, y me estremecí—. Luego, de repente, vi algo en la carretera, un animal tal vez... —Su voz se había encendido, pero los ojos seguían apagados mientras se perdía en aquellos instantes reviviendo la escena como si hubiera podido descubrir nuevos detalles—. *Intenté* esquivarlo, pero el asfalto estaba mojado y resbalaba... —Sus rasgos se endurecieron hasta rozar la desesperación—. Perdí el control del coche, que empezó a patinar como un proyectil enloquecido. Después, silencio. —Sus párpados se movieron mientras yo contenía el aliento—. No recuerdo el impacto. Estábamos fuera del coche, no entendía qué hacía aquel chico con nosotros. No lo había visto nunca, pero seguía llamándome por mi nombre. Cogí la mano de mi novia porque temía una agresión, pero su rostro parecía amable. Recuerdo cada instante. Con un gesto de la cabeza, el chico me invitó a darme la vuelta e hice lo que me pidió, pero me quedé en shock. A mi espalda, el coche en el que viajábamos se había empotrado contra un árbol. Frente a semejante horror, intenté evitar que Penny viera aquel espectáculo caprichoso mientras yo buscaba dentro del habitáculo retorcido. No podía apartar la mirada de los dos cuerpos encastrados en la carrocería, destrozados, irreconocibles...

Un escalofrío hormigueó por mis brazos, pero el terror había dejado un poco de espacio para la pena, motivada por la tristeza franca de su voz. Aun así, me obligué a no olvidar que iba a costarme muy caro su dolor.

—Lo siento. Lo que te pasó es realmente terrible, pero ¿qué tiene que ver todo esto *conmigo*?

Cuando alzó la mirada, llena de rabia y dolor, sus ojos inyectados en sangre borraron cualquier rastro de tristeza. Me estremecí. Sus pupilas brillaban con un odio que era incapaz de entender.

—Él estaba allí —continuó, a regañadientes—. *Intenté* convencerlo, persuadirlo de que no podía separarnos, pero la cogió, ¡la cogió! Y me la quitó... —Su gruñido se apagó con tristeza mientras yo me paralizaba intuyendo a lo que se refería—. Teníamos que estar juntos para siempre —susurró con la mirada lacerada por el recuerdo.

—Evan —murmuré con un hilo de voz.

—Exactamente él —confirmó, y la furia volvió a dominarlo—. He esperado este momento durante décadas. Incluso pensé que nunca llegaría. —Su mirada se incendió, decidido y listo para matar—. Ahora ha llegado el momento de ajustar cuentas.

Me había equivocado. Se trataba de una *vendetta* personal. Nada lo detendría.

—Al principio no sabía quién eras, estabas con la bruja y él no estaba. Después apareció para protegerte, y cuando entendí lo mucho que le importabas, y él a ti, encontré una razón por la que luchar. ¿No lo entiendes? Es el desafío de mi vida. Por fin tengo la oportunidad de devolverle el favor. Hoy Evan saldrá su deuda.

—Evan me salvará —dije con la voz teñida de súplica.

Faust me miró con una sonrisa sarcástica, moviendo la cabeza.

—¿Es eso lo que piensas? ¿Aún esperas que venga a salvarte? ¿Por qué crees que aún no está aquí, entonces? Me temo que la respuesta podría decepcionarte. Lo siento, pero tu Evan no vendrá.

La seguridad con la que pronunció aquellas palabras me dejó sin aire, como si hubiese aniquilado la última esperanza a la que había conseguido agarrarme.

—Te está buscando desesperadamente, ¿sabes? —Su mirada adquirió un matiz perverso mientras me observaba y se divertía con mi dolor—. Pero no puede encontrarte, porque no se lo permitiré hasta que sea demasiado tarde.

—Subestimas el vínculo que nos une —repliqué con fervor.

—Mmm... —murmuró durante un instante, para que creyera que mi amenaza tenía algún valor—. Si fuera tú, no me haría ilusiones. —Sonrió. La sonrisa de un demonio—. ¿No te parece que lo he

hecho bien hasta ahora? Has seguido mi plan a la perfección. Has caído en mi trampa, resígnate. Estamos sólo tú y yo. Evan no llegará a tiempo. Y, en ese momento disfrutaré con el fervor y la rabia en sus ojos al comprender que te ha perdido. Luego ya no importará lo que sea de mí.

A pesar de todas las torturas que me había infligido, su mirada nunca me había asustado tanto como en aquel momento. Ni siquiera le importaba morir con el fin de ver cumplida su vendetta. Nada podría salvarme de él.

—Te confieso que me esperaba un desafío mayor, pero tendría que habérmelo imaginado. Al fin y al cabo, sólo eres una mortal. Vulnerable y frágil, como todos los demás. Es demasiado fácil manipularos. Os mueve el frenesí de los sentimientos y os dejáis llevar tan fácilmente, ignorando toda lógica... Permitís que os afecten las emociones, la *pasión*, os movéis de un lado a otro cuando sería suficiente pararse un momento a pensar.

Absorbía en silencio cada una de sus palabras mientras la duda que había tenido en el bosque se convertía en una certeza.

—Pero ¿tú qué puedes saber? —dijo con tono vagamente acusatorio—. Él ha luchado contra todo y todos para mantenerte viva. Estaba dispuesto a renunciar a su alma, y su condena no habría tenido fin porque, al elegir no matarte, no hubiera podido redimirse nunca. Incluso se ha enfrentado a los Másala, un desafío que pagará muy caro, puedes estar segura. Y todo porque eres más importante que cualquier otra cosa para él. Conozco bien ese sentimiento. Tú en cambio has caído en mi trampa con tanta facilidad... Crees que lo quieres más que a tu propia vida, pero ha hecho falta muy poco para que desconfiaras de él.

—¡Me has subyugado! —lo acusé con voz temblorosa—. Es culpa tuya si he huido de Evan —murmuré desconsolada. Ya había intuido que Faust me había drogado, lo único que no sabía era cómo.

Me observó, divertido.

—¿En serio no lo has entendido aún? Te he tomado el pelo, Gemma, desde el principio. Cuando entré en tu sueño todavía no sabía cómo te convencería para salir de su casa. Mientras permanecieras allí, estarías a salvo. No te habría podido tocar ni un pelo, ¿sabes? Pero has colaborado tan bien...

Sus palabras me marchitaron. Había sido una estúpida por haberle hecho caso.

—Tengo que reconocerlo. Al principio no pensaba que sería tan fácil. Después miré en tu interior y encontré tus miedos latentes. Eran minúsculos, sin valor, estaban escondidos en el rincón más recóndito de tu subconsciente, en secreto y a buen recaudo, pero les di fuego sin que te dieras cuenta. Los alimenté hasta volverlos insoportables. Te sentías traicionada, ¿no es cierto? El dolor era intolerable. Te esforzaste por combatirlo, pero no podías porque yo bloqueaba tu mente y eso te impedía razonar con libertad—confesó de una vez. La satisfacción brillaba en sus ojos.

Una miriada de sentimientos me invadió. Estaba enfadada con Faust por haberme alienado y manipulado. No obstante, una parte de mí se sentía feliz por haber confirmado que la traición de Evan carecía de fundamento. ¿Por qué no me había dado cuenta de que Faust tenía el mismo poder que Evan?

Había leído mi inconsciente, encontrado todos mis secretos, descifrado mis pensamientos y captado cada una de mis emociones antes de que afloraran. Se había apoderado de mi control, impidiéndome razonar e instilando la duda en mi mente.

—¡Me has alienado! ¿Cómo te has atrevido? —Mi grito de frustración le cayó encima; llegaba directamente desde mi alma, que sentía que ya lo había perdido todo.

—Era necesario —replicó en tono de burla con la voz casi cordial y persuasiva—. Además,

¡tendrás cosas peores que reprocharme! —Una sonrisa malvada le deformó la boca.

Sonreí para mis adentros, reprimiendo la rabia, porque sabía lo mucho que se equivocaba. Resignada, me había hecho a la idea de que la muerte habría tenido un sonido silencioso, un color plano, vacío. Negro. Donde el dolor ya no hacía daño. Nada que ver con el rojo del sentimiento amargo que me quemó en el pecho cuando, por culpa de Faust, había creído que lo había perdido todo. Pero la muerte no me lo podría robar todo mientras tuviera el amor de Evan.

Lo que Faust me había inducido a hacer con su engaño era lo que le reprochaba. El resto ya no tenía importancia.

Cuando Evan me habló de su poder no comprendí del todo lo que implicaba. Para entenderlo, tuve que experimentar la fuerza con la que uno puede ser expulsado de su propia mente, y todo eso fomentado por las propias dudas e incertidumbres. Aun así mi corazón había intentado advertirme. Yo, en cambio, lo había complicado todo. Había dejado que Faust me moldeara a su antojo. Pero también había escuchado a Evan sentenciarme a muerte. ¿O se trataba de otra de las viles manipulaciones de Faust?

—¿Y lo que oí? —pregunté para esclarecer aquella duda.

—En realidad ya había hecho crecer en ti la duda, y te llevé allí sólo para reforzarla. Quería convencerte con el engaño de su traición, pero después les oí hablar y pensé que tú también deberías oírlos y todo encajó a la perfección, ¿no crees? ¡No podría haberlo hecho mejor, ni siquiera si le hubiese murmurado a Evan las palabras al oído! Después sólo tuve que mezclar un poco las cartas. Él tenía un plan. Un plan inmejorable —reveló con voz satisfecha—. En realidad tu Evan nunca ha querido matarte, pero yo he conseguido que lo creyeras.

—¿Cómo es posible? Oí *su* voz —insistí, todavía confundida por todo lo que me estaba diciendo.

—Lo que escuchaste era sólo parte de su conversación. En realidad él intentaba salvarte. Nunca ha tenido intenciones de hacerte daño. ¿Cómo podría? ¡Te quiere por encima de todo! Pero yo me las he apañado para que no lo supieras... Él te ama con todo su ser y en este preciso instante se está volviendo loco porque no puede sentirte. —Mostró una sonrisa de burla. Después Faust cerró los ojos y respiró profundamente, concentrado—. Puedo notar su agonía, y la bruja también está buscando tus pensamientos —murmuró, complacido.

—¿Por qué no pueden sentirme? —pregunté, presa del pánico. ¿De verdad Evan intentaba contactar conmigo? El corazón se me paró al pensar en la frustración que debía de atormentarlo.

Faust sonrió de nuevo antes de volver a abrir los ojos.

—Porque los bloqueo. He pasado las últimas décadas preparándome para este momento. ¿Crees que hubiese sido tan fácil para ti huir de tres Subterráneos y una bruja? Les oculté tu fuga y estoy blindando nuestras presencias ahora mismo, creando una barrera protectora que nadie puede penetrar. Ni siquiera la bruja puede rasguñarla por lo potente que es. Aún no entiendo lo que hace con ellos. Seguramente tú lo ignoras, pero ángeles y brujas son enemigos mortales desde siempre. Ella es muy poderosa. Ha sido difícil mantenerla a raya, sobre todo cuando estábamos tan cerca de ella en la cocina. —Su mirada se perdió en el vacío—. Esa bruja... pone los pelos de punta —murmuró mientras su cuerpo se estremecía. Después su expresión volvió a encenderse—. Pero eso sólo ha añadido un poco de pimienta a mi plan. En cualquier caso debes resignarte. Ninguno de ellos te ha localizado. Estamos solos tú y yo. Nadie te encontrará a tiempo —aseguró.

La mirada fiera con que me observaba me había vaciado de todas las emociones, excepto de la culpa. Evan había dado con un modo de protegerme, y yo lo había complicado todo y sufriría las consecuencias.

—Bien. —La voz de Faust irrumpió con fervor en el silencio, completamente satisfecho. Levanté la vista y me encontré con sus ojos, concentrados en mí—. Estás justo donde quería... —Inclinó malvadamente los labios hacia arriba, con esa mirada oscura y vil.

Mi corazón intuyó la amenaza en su rostro mientras sus ojos se perdían a mi espalda, por la ventana.

Aquello era un *déjà-vu*. Ya había vivido esa escena.

Alguien había intentado advertirme en sueños, como si fuera una premonición.

—¡No... Por favor... Espera! —La voz se me agrietó porque un nudo me oprimía la garganta por la desesperación. Ya había visto esa ventana romperse y sabía cómo acababa la historia. Me hubiese gustado tener un poco de valor, pero las palabras salieron de mi boca sin pensarlo.

¿En serio me había ilusionado con poder desafiar al destino? Mi destino estaba escrito. Retrasarlo sólo había servido para complicar las cosas. Nadie puede escapar de la muerte.

El rostro de Faust se entristeció ligeramente, como si, a pesar de todo, una parte de él sufriera con mi tormento. Después, sin dudarle ni un segundo, levantó una mano y una fuerza devastadora me golpeó con la violencia de un tornado, arrastrándome a su interior sin dejarme tiempo para respirar por última vez.

Mis hombros golpearon con fuerza la ventana.

Como si mis sentidos se hubiesen agudizado, percibí cada fragmento del cristal agrietarse y romperse al contacto con mi espalda. Un ruido agudo y ensordecedor cubrió los demás sonidos, borrándome del mundo, y yo me ahogué en un mar de esquirlas enloquecidas.

Intenté respirar, pero los vidrios bailaban en mi cara y amenazaban con cortarme el cuello.

El aire gélido me azotó la piel. Boqueé en busca de oxígeno y se me nubló la vista. Me sentí vacía, como si mi cuerpo no pesara. Y todo a mi alrededor enmudeció y se ralentizó inexorablemente. No tenía miedo de la muerte. Un dulce olvido acunaba mis sentidos mientras se precipitaban al vacío. Estaba tan cansada de escapar...

Mi único arrepentimiento tenía un nombre. *Evan*. No podía soportar perderlo tan pronto. Mi mente se llenó de su recuerdo mientras el aire cortante me impedía respirar.

Debería sentirme agradecida por aquellos pocos momentos que la vida nos había regalado, pero en mi cuerpo no había ni rastro de aquel sentimiento. El destino había hecho que nos conociéramos sólo para separarnos después para siempre, para burlarse de nosotros.

Cerré los ojos, mecida por el viento, y mi corazón se refugió en su recuerdo una última vez.

«Adiós, Evan», susurré en mi mente. Una lágrima me mojó la cara.

«Gemma... ángel mío... ¡Jamie!».

Sentí un dulce terremoto en mi interior. Deseaba con tantas fuerzas escuchar su voz una última vez, tan sólo una última vez, que me pareció oírla susurrar mi nombre.

Abrí los ojos, a punto de perder la consciencia, y encontré el rostro de Faust, que me miraba desde lo alto. Su boca se movió y pronunció lentamente unas palabras para que pudiera entenderlas: «*No puedes eludir el destino. La muerte siempre gana*».

Vi la tierra debajo de mí.

Había acabado.

Luego sentí el duro impacto.

—No si tienes un ángel que te proteja.

Parpadeé aturdida por el sonido de la voz de Evan en mi oído. Aparté el velo que me cubría los

ojos y su rostro apareció, nítido, con la mirada profunda y preocupada.

—¿Estás bien? —preguntó cariñosamente.

Mis ojos se inundaron de lágrimas.

—Estás aquí... —murmuré, liberando la angustia que había acumulado. No estaba segura de estar bien. Poco a poco, mi cuerpo recuperó sensibilidad y descubrí que me encontraba entre sus brazos.

Evan me había cogido en pleno vuelo justo antes de que me estrellara contra el suelo y me apretaba con fuerza a su cuerpo, como si no quisiera dejarme nunca más.

Me pasó una mano por la frente con extrema dulzura, apartándome el pelo de la cara, sin dejar de mirarme. En sus ojos aún se leía la preocupación que lo había afectado, pero en la mirada también había alivio por haber llegado justo a tiempo.

Después su rostro mutó de golpe y se oscureció. Era el recordatorio de que no todo había acabado.

Evan se puso rígido, como si se hubiera vuelto de piedra, y apretó los puños y la mandíbula. Su cara se contrajo en una máscara negra. Los ojos deseaban ardientemente *venganza*. La tierra bajo sus pies se levantó con un gruñido amenazador, movida por el anhelo rabioso que le presionaba el pecho. Nunca lo había visto tan furioso. Su cabeza buscó la del otro ángel y encontró los ojos resentidos de Faust que lo esperaban. Evan volvió a tensar la mandíbula y, con delicadeza, se agachó para ayudarme a bajar. Su mirada ardía en la de Faust.

—Quédate aquí —me ordenó severo, y con una voz repentinamente inexpresiva.

Sin concederme la posibilidad de replicar, Evan desapareció como un proyectil, levantando una nube de polvo.

Luego todo sucedió muy rápido.

Miré un momento el rostro de Faust, que ahora parecía nervioso y un tanto preocupado, pero un estruendo terriblemente agudo me obligó a taparme las orejas y a acurrucarme mientras los cristales de la casa explotaban de golpe, como si un tornado furioso la hubiese embestido. Un huracán negro que gritaba *vendetta*.

Me cubrí la cabeza para protegerme de las esquirlas que caían con fuerza sobre mi cabello embadurnado de sangre. Luego un silencio absoluto nos envolvió y llegó el pánico.

Mi corazón volvía a latir con fuerza ignorando las punzadas de dolor que sentía en el pecho a cada respiración.

Cambié el peso de una pierna a la otra mientras observaba nerviosa la ventana para encontrar alguna señal de Evan. A pesar de que me ordenó quedarme donde estaba, mi corazón ya se había ido con él y no pude evitar que mi cuerpo también lo siguiera.

Salí disparada hacia la puerta y mi pierna protestó enseguida por aquella decisión. El pie quemaba cada vez que lo apoyaba, como si tuviera sal en una herida abierta.

Llegué hasta la puerta y giré el picaporte una y otra vez, sin resultado. En un instante, comprendí la magnitud del amor que sentía por Evan. Había esperado la muerte con resignación cuando un momento antes Faust me había arrojado contra la ventana. Al pensar en la posibilidad de perder a Evan, en cambio, cada célula de mi cuerpo se había rebelado, negándose a rendirse. Tenía que llegar a él a toda costa.

Si me entregaba a la muerte, Faust obtendría su venganza y Evan estaría a salvo.

Encontré una trampilla en el suelo cubierta por tablones de madera y sabía que me llevaría directamente al salón. Me puse de rodillas y la limpié de la capa de tierra húmeda que la cubría.

Aparté los listones para poder pasar. Los clavos oxidados cedieron, como la madera podrida, y se abrió un hueco para entrar. Me adentré en la galería apretando los dientes por el dolor que sentía y que amenazaba con sumir mi mente en la oscuridad. El pasaje era cada vez más estrecho y costaba ver. Un intenso hedor a carne putrefacta llenaba las paredes, cada vez más cerca la una de la otra, causándome arcadas que no sabía si podría contener.

De repente me invadió la terrible sensación de que mi cuerpo me abandonaría allí, perdiendo la consciencia en aquella tumba subterránea donde nadie me encontraría. Parecía que el aire se estuviera acabando. Después, un trueno me devolvió a la realidad. No, no había sido un trueno. Me di prisa por llegar al final del pasaje mientras el ruido se volvía cada vez más intenso. Allí encima se estaba librando una lucha enfurecida. Me agaché al sentir un golpe justo sobre mi cabeza. Daba la sensación de que la casa se estuviera agrietando por sus golpes. Con cautela, intenté levantar la trampilla que me impedía salir del pasaje subterráneo, pero no lo logré. El aire volvió a faltarme y la idea de que aquel agujero podría convertirse en mi tumba pareció más posible. Contuve un río de lágrimas, oprimida por aquella oscuridad, y los listones se movieron sobre mi cabeza.

La alegría me invadió el pecho, un soplo de aire fresco me acarició el rostro mientras la trampilla se abría por el exterior. Tenía que ser Evan.

Pero mi corazón vaciló y se apagó.

Era Faust.

Clavó su mirada sardónica en la mía y contrajo los labios en una pérfida sonrisa.

Luego una duda atroz me abocó al pánico más negro. ¿Dónde se había metido Evan? Si Faust estaba allí esperándome...

—No, no puede ser —murmuré desconsolada con los labios apretados para evitar que los dientes me castañetearan. No podía creer que Faust hubiese vencido a Evan. No podía aceptarlo. No cuando me tocaba a mí protegerlo.

—Tu Evan te manda saludos.

—¡No! —Intuí que las palabras de Faust me habían congelado por la repentina ausencia de dolor.

Después su cuerpo fue embestido con violencia. Me asusté por la velocidad con que había sido arrollado sin previo aviso, desapareciendo de mi vista. Mi corazón volvió a latir. Evan seguía vivo. No era demasiado tarde para salvarlo.

Empujada por aquella esperanza, luché contra todo mi cuerpo para que me sostuviera mientras salía de la trampilla. El dolor en el pie se había extendido hasta la rodilla, parecía que las costillas me iban a cortar por dentro, como si estuvieran partidas, haciendo insoportable el simple gesto de respirar. El fuego que sentía en la cabeza también amenazaba con dominarme.

—¡Gemmaaaa! —Dos rayos pasaron a mi lado dejando tras de sí un montón de astillas que se desprendían de las paredes por la furia del choque. Se movían a tal velocidad que me costaba distinguir sus cuerpos.

Puse la espalda contra el muro y me concentré en las siluetas para ver quién estaba ganando. Tras unos instantes, mis ojos se acostumbraron a esa velocidad y conseguí ver los golpes que se propinaban. Como en una violenta danza oscura, se movían con sincronización, esquivando los embates del otro.

Intenté contactar con Ginebra mentalmente, empujando mis pensamientos hasta ella, mientras el pánico me devoraba a cada golpe y mi cuerpo magullado se estremecía por la violencia de la lucha.

De repente Evan agarró a Faust y lo lanzó contra una viga al otro lado de la sala. El tejado cedió y enterró el cuerpo de Faust bajo una montaña de escombros. Evan y yo nos miramos a los ojos

durante un instante. Su mirada estaba atormentada.

—¡Escóndete! —me ordenó con la voz rota por la frustración—. ¡Tienes que esconderte, Gemma! Pero yo no encontraba la fuerza para mover las piernas. El dolor me paralizaba.

Un golpe atrajo nuestra atención. Jadeé al sentir una punzada dolorosa en la espalda. Mis dedos se colocaron rápidamente en el lugar donde me dolía y un reguero de sangre se filtró por mi mano mientras descubría que un fragmento de madera se me había clavado en la carne, como una flecha lanzada por un hábil arquero. Caí de rodillas, boqueando.

Centenares de fragmentos de madera habían explotado por toda la cocina en una nube de polvo y detritos. No había ni rastro de Faust.

Mis sentidos se nublaron por el dolor, pero noté con pesar que los dos ángeles estaban luchando de nuevo, bailando como espectros en un combate en el que estaba en juego mi vida.

No podía soportar la idea de que Evan muriese por defenderme. Mi corazón era suyo y se apagaría junto al de él. La muerte no se conformaría con su vida. Seguiría enviando sus demonios para que me dieran caza y su sacrificio resultaría inútil.

Sólo existía un único final capaz de aplacar su sed oscura. Mi rendición.

El suelo se sacudía cada vez que sus cuerpos impactaban.

—¡Basta! ¡Dejadlo ya!

El grito salió directamente de mi corazón, que tembló al darse cuenta de que había distraído a Evan una milésima de segundo que había sido suficiente para que Faust lo agarrara. Mi desesperación rozaba la locura.

—¡No! ¡Suéltalo, por favor!

Pero el alma malvada de Faust se nutrió de mi angustia y tiró brutalmente a Evan sobre el viejo piano de cola, que se rompió bajo su peso. Totalmente ileso, Evan se levantó con rapidez y la pelea se retomó sin pausa.

De sus cuerpos emanaba una energía que alejaba cualquier cosa que obstaculizara su paso. Era como si la fuerza de la Tierra los sostuviera, como si los elementos se hubieran reunido en su ayuda, en un único aliado invisible.

Entre los estruendos, de vez en cuando distinguía la voz de Evan maldiciendo contra Faust. En un determinado momento, como si hubiese sacado energía del gruñido amenazador que brotaba de su pecho, Evan golpeó a Faust con una fuerza brutal. Lo lanzó a lo alto de las escaleras. Contuve la respiración mientras Evan se acercaba a mí con mirada ansiosa.

—¿Estás bien? —Al preguntarlo, sus ojos se detuvieron con consternación sobre la herida de mi espalda, que parecía la más preocupante. El fragmento de madera seguía clavado en la carne, como una estaca en el cuerpo de un vampiro—. Tengo que sacarte de aquí. —Sin dejarme tiempo para pensar, me cogió en brazos y se movió hacia delante, pero Faust lo bloqueó por detrás y nos arrojó a ambos al otro lado de la sala. Caímos a unos metros de distancia.

—¡Gemmaaaa! —El grito desesperado de Evan resonó en toda la habitación.

Con terror, levanté la vista y descubrí que Faust estaba detrás de mí. Su mirada perversa me observaba con orgullo.

—Parece que la voz del sabio nunca miente —dijo bajo la mirada furiosa de Evan, que lo observaba desde el otro lado—. La *venganza* tiene realmente buen sabor.

Los ojos de Evan se entrelazaron con los míos, llenos de terror e incapaces de comprender a lo que Faust se refería.

—Apuesto a que ni siquiera te acuerdas de mí. —Faust sonrió al captar el desconcierto en el rostro de Evan.

Evan sopesó las palabras antes de responder.

—¿Debería?

Faust disimuló la amargura de su sonrisa bajando los ojos mientras inclinaba la cabeza lentamente.

—El destino a veces nos juega bromas pesadas, Evan. Porque tú te llevaste a mi novia y ahora al fin tengo la ocasión de devolverte el favor. Ironías del destino, nuestras suertes se han invertido.

La mirada de Evan vaciló mientras se daba cuenta de lo que estaba pasando.

—¡Faustian! —Evan lo recordó de repente—. ¡No podía hacer nada por ella! Lo sabes perfectamente.

El pecho de Faust se agitó con una carcajada silenciosa.

—¿Y entonces por qué ahora debería ser diferente? —preguntó, velando el sarcasmo en la voz.

Antes de que me pusiera a temblar, un gruñido fiero escapó del pecho de Evan.

—¡Porque yo no te permitiré que te acerques a ella! —gritó, mostrando los dientes como si fueran colmillos.

Pero Faust estaba demasiado cerca de mi cuerpo inerme. Acercó su mano hacia mi cabeza, como si quisiera absorber mi vida por aquel punto. Cerré con fuerza los ojos para evitar su mirada feroz que me impedía respirar.

—¡No la toques! —Un rugido de furia se adueñó de la habitación y alcanzó a Faust.

En aquel instante, Ginebra, Simon y Drake aparecieron al otro lado de la sala y se acercaron a mí enseguida.

—¿Estás bien? —Simon me ayudó a levantarme del suelo y me miró con aprensión.

—Diría que no. —Contestó Drake por mí, escrutándome con horror, examinando mis heridas, aunque no estaba del todo segura de que su tono no escondiera algo de sarcasmo.

—¡Evan, el puñal! —gritó Ginebra mientras él y Faust luchaban en el suelo.

Me di la vuelta y vi cómo Evan extraía el arma de su cinturón. De repente percibí un extraño hormigueo bajo la epidermis. Un impulso arcano aprisionó mis ojos en la hoja del puñal. Lo miré con perplejidad mientras un intenso aroma me hacía dar vueltas la cabeza.

Evan bloqueó a Faust en el suelo con su peso e intentó golpearle, pero su adversario evitaba todas las puñaladas. Movido por una fuerza oscura, el cuchillo se liberó de su presa y se alejó de ellos.

—¡No! —Evan bloqueó rápidamente a sus hermanos, que se habían movido para ir en su ayuda—. O él o yo —dijo, con la voz reducida a un silbido furioso.

Obedeciendo a la orden de Evan, el puñal resbaló por el pavimento con un chirrido helador hasta volver a su palma. El arma giró hábilmente entre los dedos del ángel y se clavó en el pecho de Faust, arrancándole un gemido de sorpresa. Los ojos de Evan vacilaron un instante y se cubrieron de un repentino velo de amargura. Su rostro lleno de arrepentimiento revelaba que nunca antes había matado a un ángel. Sus miradas se encadenaron en una conversación sin testigos y pronto sus voces me llenaron la cabeza.

—*Me has matado. Eres un Subterráneo, no creía que llegases a matarme, yo sólo la quería a ella...*

—Las venas en el rostro de Faust, mientras tanto, seguían hinchándose como pequeñas serpientes en movimiento bajo su piel—. ¿Qué pasará con tu redención?

—*No me importa.*

—¿Por qué? —soltó con un hilo de voz.

Evan lo miró intensamente antes de responder.

—Porque la quiero, *por encima de cualquier cosa*.

—Entonces no permitas que nadie te la quite. El dolor no desaparece nunca. —Faustian boqueó y espiró un último aliento antes de disolverse en la nada.

Mis ojos se detuvieron hipnotizados sobre el rostro atormentado de Evan, que miraba el suelo vacío donde un momento antes yacía Faust. Sentí un sofoco repentino. Mi nariz se llenó de un único aroma, agrio e intenso, el mismo que me había asaltado hasta llegarme a la boca y que la había invadido con un sabor metálico. Me miré el vestido ensangrentado. Varias manchas rojas lo teñían de un tono más oscuro. La tierra vaciló y amenazó con hundirse bajo mi peso. Un reguero cálido me surcó el cuello y mi mirada vacía siguió el descenso hasta el suelo.

Sangre.

Me mareé. Me llevé la mano a la nuca y descubrí que el corte era profundo y que entre el pelo volvía a manar la sangre, humedeciendo mi cabello.

Quise respirar, pero algo me obstruía los pulmones. Busqué la mirada de los demás porque nadie parecía reparar en mí, ni siquiera Ginebra, pero era como si el tiempo se hubiese congelado: Evan se había quedado agachado en el suelo. Un fuerte hormigueo ascendió por mis piernas, hasta difundirse por todo mi cuerpo. Me temblaron las rodillas y la energía me abandonó. Los latidos de mi corazón resonaban con fuerza en mis orejas, silenciando los sonidos que me rodeaban, como si me hubiese refugiado en un mundo paralelo. los latidos iban cada vez mas lentos, Su cadencia menguaba.

Tum—tum. Tum——tum. Tum———tum.

Un escalofrío me envolvió el cuerpo.

Tum.

Un latido sordo me golpeó el pecho.

Después, silencio.

Cuando el hormigueo llegó a la cabeza, un velo oscuro me cubrió los ojos.

Abrí ligeramente los labios, molesta por el sabor metálico, y un reguero escarlata se deslizó por la comisura de mis labios hasta la barbilla.

Logré entrever el suelo desenfocado acercarse inexorablemente y percibí cómo el último y pesado aliento me abandonaba.

—¡Evan!

Oí el grito roto de Ginebra desde el suelo.

Fue el último sonido que escuché antes de que la vida me dejara.

37. Olvido

Me encontré suspendida en un vacío que no se puede llenar, oscuro, impenetrable. Negro como la noche. Percibía presencias, pero no podía alcanzarlas, como si la oscuridad se hubiese dotado de brazos para aplastarme. Me daba la sensación de vagar desde siempre en aquel olvido, sin ninguna cognición y completamente a la deriva, absorbida en un vórtice de paz. Tenía la *certeza* de que ya no pertenecía al mundo. El dolor había cesado. Me sentía ligera, en armonía con todo, invadida por una intensa sensación de bienestar. Pero la oscuridad me llevaba cada vez más abajo mientras yo me abandonaba a aquel silencio, hundiéndome en un abismo del que no podía salir. Un pozo sin luz.

Así que esto era el final.

Busqué un resplandor que me guiara, pero todo se había revestido de negro y silencio.

Después, el zumbido de mil insectos atravesaron aquellas barreras para intentar llegar hasta mí. Me eché atrás para evitarlo, pero el sonido se convirtió en un murmullo un poco más agradable. Intenté captarlo, aferrarme a la sensación familiar que me suscitaba, dirigirme hacia aquel sonido, pero no podía emerger de las tinieblas de nuevo. La oscuridad me había atrapado con su capa y se negaba a dejarme ir.

El bisbiseo se volvió cada vez más reconfortante. Eran voces.

Intenté reconocerlas, pero el esfuerzo las debilitó, las sofocó. Entonces esperé y dejé que me guiaran en el olvido en el que me había extraviado.

—Ha perdido mucha sangre.

La persona que había hablado se esforzaba por esconder la preocupación tras un velo de determinación, pero de algún modo conseguí percibirla.

—¿Crees que es demasiado tarde?

Esa voz preocupada tenía que ser de Ginebra.

—¡Se le ha parado el corazón! —exclamó una tercera voz, hundida por la preocupación que esta vez sí había transmitido.

—¡No la encuentro, joder!

Evan.

Reconocería su voz aunque estuviera enterrada bajo océanos de hielo. ¿Por qué el sonido se había roto en un gruñido frustrado? No podía soportarlo. Su desesperación me impulsó a romper la barrera de hielo que nos separaba. Como si me hubiera lanzado una cuerda para emerger de la oscuridad. Y por fin, la luz me absorbió.

Me encontré a los pies de los restos del piano. Evan y los chicos me daban la espalda, un poco más allá. Los observé, perpleja y confundida por su indiferencia y por su insólito comportamiento. No comprendía por qué estaban agachados en el suelo.

—¡Todo es culpa mía, joder! —La angustia azotaba la voz de Evan con una intensidad inaudita. Él maldecía y se revolvía como si un dolor profundo e insoportable se estuviese apoderando de él.

¿Por qué estaba tan mal? ¿No veía que estaba a salvo?

—Evan... —Un hilo de voz, desde mis labios, siguió su consternación hasta llegar a él. Como si hubiese gritado, Evan, Simon, Drake y Ginebra se giraron a la vez y me miraron.

Y el mundo se me vino encima al darme cuenta de lo que sus cuerpos agachados me habían impedido ver.

Mi cuerpo. Yacía sobre el suelo, exánime y rodeado por un charco de sangre. La chispa de la vida lo había abandonado.

El *shock* me llevó a un lugar frío e inaccesible.

—*Gemma...*

La voz cauta de Evan intentaba penetrar el estado de apatía que me había congelado mientras mi mirada se perdía en aquel cuerpo vacío, apagado. Un envoltorio inútil que ya no se movía. Ni un respiro. Ni un solo latido. La muerte se había resarcido.

—*Gemma...*

Levanté la vista hasta él y su expresión me confundió. Sus ojos me decían que Evan estaba *contento* de verme.

Repasé las caras de todos ellos. Transmitían la misma sensación. Alivio. Como si mi presencia les hubiese dado repentinas esperanzas. ¿No se daban cuenta de que estaba *muerta*?

Evan se acercó, pero la expresión de *shock* en mi rostro lo convenció para moverse con extrema cautela.

—Todo va bien, Gemma —susurró sin dejar de mirarme, como si intentara que yo no mirara a ninguna otra parte.

Intenté inspirar y mis ojos vacilaron descubriendo que no era el *shock* lo que me impedía respirar. Mi nuevo cuerpo ya no podía hacerlo, no lo necesitaba.

—Todo va bien. Había temido lo peor... —continuó, y dio otro paso. Su voz estaba rota por el eco del tormento que lo había afligido—. Pero ahora estás aquí —dijo, dejando entrever su alivio.

—Pero estoy... *muerta* —repliqué con un hilo de voz.

—Aún estamos a tiempo —me contradijo en un vano intento de tranquilizarme.

—A tiempo —murmuré para adentro con la mirada perdida en las palabras de Evan.

—Te traeré de vuelta. Ven conmigo. Cógeme la mano —susurró mientras seguía acercándose con cautela y alargaba un brazo—. Los demás están curando tu cuerpo. —Evan dio otro paso e intentó impedir que mirara a su espalda, donde sus hermanos estaban agachados sobre el cuerpo destrozado que yacía en el suelo, privado de su esencia. El cuerpo que hasta poco antes había sido mío—. No hace falta que lo veas —sugirió con premura.

Ignoré su advertencia y mis ojos no pudieron evitar volver a congelarse sobre Simon y Drake. Estaban de rodillas con las palmas abiertas sobre mi cuerpo magullado. Ginebra, mientras tanto, caminaba de un lado a otro, nerviosa.

Acerqué la mano hacia Evan, pero una vocecita se alzó desde el fondo de mi pecho y me sugirió lo que debería hacer. Había llegado mi momento de salvarle.

—No. Espera. —Mi mano se detuvo a medio camino antes de que la suya me tocara. La observé un instante y luego reuní las palabras y miré a Evan—. ¿Eres un ángel de la muerte?

Los ojos de Evan vacilaron por la sorpresa mientras yo estudiaba su reacción.

Su mirada huyó de la mía y se refugió en el suelo, como si fuera incapaz de sostenerla. Así que Faust no se lo había inventado.

—No quería mentirte —dijo justo antes de que su voz se apagara—. Yo... no quería asustarte —reveló con el tono prisionero de una jaula de amargura—. No podía soportar la idea de que tuvieras *miedo* de mí.

Dudé ante aquella nueva confesión, pero me obligué a continuar. Lo miré fijamente porque no quería que esta vez desviara sus ojos.

—¿Querías matarme? —Mi voz se agrietó antes de salir, presa del terror por lo que Evan podría responder.

—Gemma... —Su mirada se concentró en la mía con una intensidad sin igual—. No puedo cambiar lo que soy, ni lo que hago. Pero *lo he hecho*. Por ti. Nunca, *nunca* he querido matarte, ni siquiera por un segundo. Pero tenía que hacerlo. Ya no puedo esconderme —confesó, a punto de caer en la desesperación, como si esta vez fuera él quien temiera mi reacción ante su secreto.

—Pero no lo hiciste. —Mi corazón había enviado a mis labios aquel susurro para que ambos nos convenciéramos.

Evan miró fijamente el suelo y negó con la cabeza.

—¿Deberías habérmelo dicho! Lo habría entendido. No me importa lo que eres. —Me aseguré de que sostuviera mi mirada mientras pronunciaba aquellas palabras—. Faust me dijo que lo habías arriesgado todo por mí. No podrás salvarte por mi culpa. No podrás redimirte, ¿no es así?

Su silencio confirmó mis deducciones.

—Evan —dije, intentando que entrara en razón—, estarás maldito para siempre.

—¡No digas eso! ¡Ni siquiera lo pienses! —me reprendió, anulando la distancia que nos separaba con un nuevo movimiento—. No es culpa *tuya*. He sido *yo* quien lo ha decidido. Estaría maldito si ya no te tuviera conmigo. —Su frente rozó la mía. Sus ojos plateados sobre los míos—. Ni siquiera estoy seguro de que la redención sea posible. Nadie puede demostrar que haya una redención.

—No quiero que te prives de esa posibilidad —insistí. La redención había sido el único objetivo de su existencia y por nada en el mundo querría suponer un obstáculo para que la lograra. Había llegado el momento de salvarlo, protegerlo de un error del que con toda probabilidad se arrepentiría. Mi vida no valía tanto. ¿Cuánto tiempo necesitaría para que se diera cuenta?

Como si hubiese escuchado aquel pensamiento, Evan me rodeó el rostro con las manos. Una nueva sensación me invadió con fuerza mientras percibía el calor de su piel fundiéndome la cara en un fuego de placer. Parecía que la energía que nos conectaba, sin un cuerpo que la obstaculizara, pudiera unirnos con más intensidad y explotara con nuestro contacto. Cerré los ojos y me dejé llevar por aquel calor.

—Gemma... —Evan hundió los dedos en mi pelo, arrasándome con un ardor desconocido: una ola de placer que desde su cuerpo se transmitía al mío para regresar después al suyo, como si el hilo de energía que siempre nos había unido se hubiese vuelto tangible en aquella forma etérea—. Es demasiado tarde. Mi mundo no tendría ningún sentido sin ti. No sería más que un alma perdida. *Tú eres mi redención*. El resto no importa. Nada tendría importancia si ahora te perdiera —susurró mientras volvía a apoyar la frente en la mía y yo me perdía, ansiosa por que me tocara.

—Evan, no —me obligué a decir para intentar persuadirlo. Estaba rota. Quería contener el nudo que me oprimía la garganta. Deseaba llorar, pero ya no me quedaban lágrimas—. Acompáñame, por favor. Tú... Conmigo lo pierdes todo. Y no quiero. No puedo permitirte.

Evan me acarició la mejilla con el pulgar, como si viera la marca invisible de las lágrimas que hubiese querido derramar. Nuestras miradas se quedaron fijas durante un larguísimo instante.

—Tú eres mi mundo, Gemma. Sólo lo pierdo todo si te pierdo a ti. Prefiero ser un maldito para siempre que vivir una eternidad sin ti —susurró mientras acercaba lentamente su mejilla a la mía, sin tocarla, hasta que sus labios rozaron mi oreja y siguió hablando—. Quédate conmigo, Gemma, por favor. Te *necesito*.

La dulzura infinita de aquel susurro me obligó a cerrar los ojos. Me aparté de su rostro, aturdida por las sensaciones desconocidas que me invadían. Abrí la boca con la intención de hablar, pero cuando me encontré con su mirada atormentada la volví a cerrar y abandoné mis propósitos.

Evan me sonrió, con una mirada llena de un ánimo nuevo y apretó mi mano en la suya. Me llevó hasta el cuerpo junto al que Simon y Drake estaban agachados.

—Estamos listos —informó Simon, reencontrando su determinación—. Ahora te toca a ti.

Evan asintió y dejó mi mano para ir con ellos. Al acercarse, levantó la mirada y me sonrió.

—Han hecho un buen trabajo. —Su mirada se endulzó, invitándome a comprobarlo.

Levanté tímidamente el cuello con la sensación en el pecho de que, si aún tuviera un corazón, su latido me hubiese aturdido. Mi cuerpo yacía en el suelo, intacto e ileso, como si nunca se hubiera apagado. Simon y Drake habían hecho realmente un trabajo fantástico al curarlo.

Sin dejar de mirarme, Evan se agachó junto a aquel cuerpo todavía vacío. Suspendió su mano sobre mi pecho, a la altura del corazón, y sus ojos grises penetraron por un instante en los míos antes de cerrarse y abandonarse a una concentración extrema.

Como si me hubiese pasado la corriente, una energía me absorbió con violencia y un único latido en el pecho me hizo sobresaltar.

Abrí los ojos al sentir una ola de calor y me encontré tendida en el suelo frío y mojado.

De nuevo en mi cuerpo.

Epílogo

—Es agradable volver a respirar. —Sonreí a Evan mientras me acercaba tímidamente a él. Me esperaba junto al río y me acogió con una sonrisa radiante.

—Para mí es indiferente, sólo una costumbre.

Me estremecí al recordar la sensación de inmovilidad, para nada indiferente, que acababa de vivir en mi propia piel.

—Gracias. Por la ropa y... todo lo demás.

—Eso tienes que agradeceréselo a Ginebra —dijo mientras volvía a sonreírme.

—¡Lo digo en serio! Estoy como nueva —confesé, aliviada por la sensación de frescura que me invadía. Me sentía extrañamente limpia y el perfume de la ropa sugería que Ginebra se había ofrecido a hacer su parte, procediendo a lavarla antes de que me despertara.

—Ah, ¡eso no creo que dependa de la ropa! —bromeó, divertido—. Al fin y al cabo, no todos los días se experimenta algo como lo que has vivido tú.

—Ya —me limité a responder, mordiéndome el labio, todavía demasiado aturdida por lo que había pasado como para responder con sentido del humor.

Seguí andando y dejé a Evan atrás. Llegué a la ribera del río y permití que mis pensamientos se encresparan en su superficie.

Pronto saldría el sol. Los primeros rayos ya se abrían paso en la oscuridad con un resplandor violáceo que se fundía con el espejo de agua. A pesar de la creciente claridad en el cielo, un puntito luminoso se había escapado de la noche y seguía brillando. Mi estrella. Sonreí ante el recuerdo que mi mente evocó.

Nunca había visto nada más luminoso y lleno de esperanza que esa mañana. Conocía aquel lugar de toda la vida, pero tenía la impresión de verlo por primera vez.

Era un nuevo día. Un nuevo amanecer. Una nueva vida junto a Evan.

Cerré los ojos y respiré profundamente el aire fresco con aroma a rocío. Quería que ese recuerdo se grabara en mi mente.

La muerte me había venido a buscar y no había podido evitarla, pero me habían concedido una segunda oportunidad y no desaprovecharía ni un solo momento de la nueva vida que me esperaba. Sonreí al recordar que Evan la viviría junto a mí.

Con los ojos todavía cerrados percibí el cuerpo de Evan que se abrazaba al mío, su respiración cálida en mi nuca. Sus brazos me rodearon con delicadeza, con fuerza pero sin apretar. Era como si ese gesto hubiese querido confirmar mi pensamiento. Él estaría ahí, igual que ahora, y no me dejaría nunca.

Con una lentitud exasperante, me apartó el pelo del cuello y lo acarició delicadamente con su mejilla, desencadenando una descarga eléctrica que me recorrió el cuerpo con dulzura. Su pecho se movía lentamente sobre mi espalda, y yo captaba cada una de sus respiraciones.

—Evan... —Un instinto que no podía controlar dio voz a la duda que me atormentaba. Fijé la mirada en las leves ondas del agua que bailaban la melodía del viento—. ¿Por qué no dejaste que muriera la primera vez? —pregunté con la voz insegura por la calidez que su cuerpo transmitía al

mío, confundiéndome—. En el fondo no me conocías.

Su pecho se infló mientras inhalaba aire con avidez y sopesaba la respuesta.

—Durante mucho tiempo luché contra mis sentimientos, no puedo mentirte. Seguir las órdenes era todo lo que conocía. Soy un ángel de la muerte, aunque sé que eso te asusta. Debería haberte matado, es cierto, pero no pude. No soportaba la idea de no volver a verte. Te había observado, había pasado tiempo contigo, aunque tú no lo sabías. Momentos que me permitieron comprender lo que me estaba transformando. Lo que sentía por ti, Gemma. Y por ninguna otra. Tus gestos, tus ojos que me veían a pesar de cualquier lógica, las sensaciones de cuando te acariciaba y tú te apartabas avergonzada, la emoción que aquel contacto desencadenaba en mí... Descubrí que ya no podría prescindir de eso. —Evan apoyó la barbilla en mi hombro y me abrazó con fuerza—. No, Gemma, no podría haberte matado y renunciar a tu sonrisa, o a la expresión graciosa de cuando te esfuerzas por parecer enfadada y arrugas la nariz y no eres consciente de que en realidad estás adorable... —Me acarició el hombro moviendo el dedo con dulzura—. O cómo jugueteas con tu pelo cuando estás nerviosa, o cuando caminas con la cabeza agachada, raptada por pensamientos que nadie más puede captar por lo lejos que te llevan. —Sus labios me rozaron el lóbulo de la oreja provocándome un temblor en el corazón—. Verte dormir me hace perder la cabeza —confesó en un susurro—. ¿Cómo quieres que me importe el paraíso cuando puedo tener al ángel más puro?

Un torrente inesperado de lágrimas me inundó los ojos. ¿Yo un ángel? ¿Por qué no se daba cuenta de que era él quien brillaba y de que yo no era digna de considerarme a su altura?

—No podía permitirlo. Era como sentir el viento por primera vez, ver los colores como nunca los había visto. Me sentía vivo. Si te hubiera matado, hubiese acabado con una parte de mí. Nunca había sentido la necesidad de ligarme a alguien, al contrario, tenía la *certeza* de que estaría solo durante toda la eternidad. Aun así esa convicción no me asustaba. Hasta que te encontré a ti y estuve a punto de perderte. Siempre había sido un soldado, pero tú me convertiste en prisionero. En aquel momento supe que no podía perderte y renunciar al corazón que había recuperado. El corazón que *tú* habías robado. Si hubieras muerto, habría desaparecido junto a ti. Eres mi mitad, Gemma. Mi Eva —me susurró con delicadeza al oído.

—¿Tu Eva? ¿Quieres decir que soy tu tentación? —dije en voz baja mientras sus manos se deslizaban poco a poco por mis brazos, desencadenando un escalofrío.

—Quiero decir que cuando te miro veo a mi otra mitad.

Cerré los ojos, sus dedos se entrelazaban con los míos. Entendía perfectamente aquella sensación. Se trataba de eso. El uno completaba al otro. Encajábamos como dos mecanismos diseñados para estar juntos.

Me giré lentamente hacia su rostro, que asomaba por mi espalda, y lo miré a los ojos. Desde aquella distancia su aroma me aturdí.

—Evan... —La intensidad de su mirada me bloqueó por un instante—. ¿No hubiese sido más fácil para nosotros que yo hubiese muerto? —pregunté.

—Para nada. De nosotros hubiese quedado un recuerdo cuyo peso sería incapaz de soportar. Si te hubiera perdido, esa añoranza me atormentaría para siempre.

—¿Tiene que ver con tu descendencia? Quiero decir... el motivo por el que me habrías perdido. —Recordaba vagamente las palabras de Evan en su terraza, pero entonces no entendí el significado.

Evan asintió. Tenía la mirada baja, lista para aclarar mis dudas.

—Morir siempre es un *shock*.

Me estremecí ante el recuerdo vívido que sus palabras despertaron en mí.

Siempre es traumático ver tu propio cuerpo sin vida. Nuestro deber no termina en el momento en que ponemos fin a la vida de una persona. Es necesario hacer que el alma acepte la pérdida. Reconfortarla hasta que nos permita que la acompañemos más allá de este mundo. Todos nosotros tenemos poderes que nos ayudan a cumplir las órdenes del mejor modo. Algunos son necesarios para llevar a las personas a la muerte... otros para encaminarlos a la vida eterna, mostrando a las almas la vía para traspasar. Además, en la forma etérea, percibimos todas las sensaciones porque podemos leer el espíritu sin el obstáculo del cuerpo, un poco como en los sueños, pero de forma más intensa. —El rostro de Evan se entristeció de repente—. Una vez cumplido nuestro deber, no obstante, no tenemos permitido volver a ver a ninguna de esas personas. Es nuestra condena. Por eso no te maté la primera vez. Ya entonces no soportaba la idea de perderte, Gemma.

—¿No puedes entrar en el Edén? ¿Es eso lo que intentas explicarme? —Me esforzaba por reunir las piezas del rompecabezas, pero era como si todavía me faltara alguna.

—Sí, puedo entrar, pero es un lugar desierto para mis ojos. Un sitio maravilloso, no me malinterpretes, pero desierto. No veo a nadie y nadie puede verme a mí.

Contemplaba las pequeñas olas que el viento levantaba y me sentía culpable por haberlo privado de aquella esperanza.

—Intenté explicártelo, ¿recuerdas? Por eso nos llaman Subterráneos. Dios nos desterró, nos exilió. Como si una capa de éter nos escondiera a los demás y nos volviera invisibles. Pero podemos interactuar con los mortales. —Forzó una sonrisa.

—No tendría que haber permitido que sucediera —dije por el remordimiento que sentí al ver la nostalgia en sus ojos, por mucho que se esforzara en ocultarla.

—Quiero estar contigo, Gemma —reafirmó él, poniéndose serio de nuevo. Su voz sonaba decidida del mismo modo que su mirada estaba clavada en la mía—. Aunque tuviera que ir al infierno para conseguirlo.

La seguridad con la que hablaba me dejó de piedra. Era tan *reconfortante* tenerlo a mi lado, sentir el calor de su cuerpo tan cerca del mío. Respiré profundamente y las manos de Evan se apretaron con más fuerza sobre las mías.

—¿Más preguntas? —dijo, de nuevo con esa sonrisa que endulzaba su mirada de forma irresistible.

—Sólo algunas —repliqué con sarcasmo, mirándolo de reojo—. De hecho hay algo que aún no he entendido.

—¿El qué?

—Dijiste que tenía que tomar el veneno, te oí. ¿Cuál era tu plan, *exactamente*? —bromeé con un tono de reproche en la voz que le arrancó una sonrisa.

—Pensé que si te mataba, se cumpliría la orden de muerte y dejarían de intentar darte caza. En ese punto te llevaría hacia atrás, te devolvería a la vida. Era un plan dictado por la desesperación. Arriesgado, pero el único que se me ocurrió. No podía estar seguro de que resolvería las cosas, pero tenía que intentarlo, aunque no fue como había pensado.

—Pero al final todo salió como estaba previsto.

—No exactamente. Me hubiese gustado evitar tener que matar a otro Subterráneo, pero me vi *obligado*. Por fortuna teníamos el veneno.

—¿El veneno? ¿No tenías que usarlo conmigo?

—El puñal por sí solo no nos habría librado de Faustian. Le habíamos puesto un veneno especial, muy potente —explicó siguiendo mi mirada mientras me sentaba en la ribera—. Es la única arma

capaz de matar a uno de los nuestros.

Me estremecí al recordar la heladora sensación que experimenté cuando el reflejo brillante de la hoja del puñal resplandeció en mis ojos. Me sentí presa de un hechizo oscuro, como si una fuerza repentina se hubiese despertado de la tierra abalanzándose contra mí.

—¿Crees que es posible que notara el olor? —pregunté, titubeante.

Evan se sorprendió y se giró para mirarme con expresión divertida.

—¡Permíteme que te recuerde en qué estado te encontrabas! No creo que fuera posible. El veneno de Ginebra no tiene ningún olor, y si fuera así yo sería el primero en notarlo. Nuestros sentidos están más desarrollados. —No podía aguantarse la risa—. Habrá sido la falta de oxígeno en el cerebro, perdiste mucha sangre —razonó, causándome otro escalofrío. Era algo que no podía evitar, a intervalos regulares mi cuerpo se estremecía. Esperaba que mi cerebro se olvidara pronto de aquella historia.

—Has dicho el veneno de Ginebra, ¿verdad? ¿Quieres decir que Ginebra es venenosa? —indagué presa del ansia, pero Evan echó la cabeza para atrás rompiendo en una carcajada por lo que había sido un malentendido.

—¡Bueno, no puedo decir que te equivoques del todo! ¡No estoy seguro de que no lo sea! Pero el veneno que usamos proviene de su serpiente.

—¿Serpiente? —susurré, preocupada. Nunca me habían gustado las serpientes, sobre todo desde que una asustó al caballo en el que montaba Peter. El animal, presa del pánico, se levantó sobre dos patas y desazonó a Peter.

—Todas las brujas tienen una. Juntas forman un solo ser, como alma y cuerpo.

—Y las suelen usar contra los ángeles porque los consideran sus enemigos, ¿verdad? —pregunté, picada por la curiosidad.

Había experimentado en mi propia piel la potencia de los Subterráneos y parecía increíble que un pequeño animal pudiera ser capaz de derrotar a una criatura tan fuerte.

—Pero bueno, ¿sabes más de lo que me esperaba!

—Fue Faust. Me explicó que sois enemigos.

—¿Quieres decir que mientras te torturaba también encontró tiempo para charlar? —Sus ojos vacilaron y se llenaron de odio. Luego se obligó a librarse de ese pensamiento y volvió a concentrarse en mi pregunta—. Las brujas son la más alta y potente encarnación del mal. Desde la creación, su único interés ha sido llevar a las almas a la perdición, a la deriva, y nosotros somos un obstáculo en su objetivo. Lo hicieron con Eva, esperando poder iniciarla en el mal, pero Dios le ahorró el infierno por su transgresión y la condenó a la Tierra y le concedió a ella y a su esposo una segunda oportunidad. Fue una bruja quien envió a su serpiente para tentar a Eva. Desde entonces Dios ha maldecido esas bestias portadoras del mal y las ha condenado *a arrastrarse sobre su vientre y a comer polvo*.

—¿Y eso qué tiene que ver con vosotros, exactamente?

—Cuando las brujas descubrieron que a los hijos exiliados de Eva se les había condenado a acompañar a las almas al paraíso, empezaron a matarlos para impedirlo. Son muy poderosas aunque estén en minoría. Sólo nace una nueva bruja cada quinientos años. Todas son consideradas muy preciadas por sus hermanas. Nosotros, en cambio, somos millones. Aun así, si decidieran declararnos la guerra, nadie podría detenerlas. Por ahora se divierten corrompiendo el mundo lentamente.

—¿Quieres decir que tientan al hombre para inducirlo al mal?

La expresión de Evan se oscureció.

—*Ellas son el mal.*

La solemnidad con que Evan había pronunciado esas palabras me estremeció.

—¿Y qué me dices de Ginebra? —Me obligué a aclarar la duda, aunque no estaba del todo segura de querer tocar el tema—. No parece malvada.

—Porque ha aprendido a domar esa parte de su esencia. Ginebra ya no es una de ellas, está claro, ahora vive con nosotros. Y eso la convierte en una de los nuestros.

—Faust habló de un código... —dije con la esperanza de que pudiera revelarme esa parte de él.

—No podría haber usado sus poderes directamente en ti. Al fin y al cabo, tenía que parecer una muerte *natural*, un accidente, una agresión, un infarto... cualquier cosa que no levantara sospechas. Diría que ha llegado mi turno en la tanda de preguntas, ¿no crees? —Evan me miró de reojo mientras su expresión se endurecía—. ¿Qué te dijo Faust para alejarte de mí?

Me aparté de su mirada por el sentimiento de culpa.

—*Luché* contra su coerción —confesé, destrozada—. Una parte de mí resistió hasta el final, negándose a creer sus palabras. Sus acusaciones contra ti. Pero después me llevó con vosotros y oí lo que decíais... Sólo escuché una parte de la conversación, no sabía que querías devolverme a la vida después de darme el veneno.

—¡Por eso escapaste! —soltó Evan, perdido en un recuerdo al que no podía acceder pero que dejaba entrever la magnitud de la consternación que le había afectado cuando descubrió que ya no estaba en su casa.

—Perdóname, Evan, fue culpa mía. Lo compliqué todo. Faust me hizo creer que querías matarme, no sé cómo lo hizo, pero lo consiguió. No era yo, tienes que creerme —imploré—. Cuando mi mente volvió en sí me di cuenta de que había sido absurdo dudar de ti, pero ya era demasiado tarde.

—No te preocupes. Conozco bien la fuerza que te poseyó. Faust se apoderó de tu mente, la corrompió. Estaba dentro de ti. Tú no tienes la culpa —me tranquilizó. Pero me estremecí al saber lo que Evan no había pronunciado en voz alta. Él poseía el mismo y terrorífico poder. Había descubierto que nada asusta más que sentir cómo te arrebatan el control de tu propia mente sin que puedas evitarlo. —Lamento no haber podido hacer nada al respecto—. Sus ojos se llenaron de rencor mientras su mente retrocedía y se quedaba atrapada en aquel recuerdo. —El mero hecho de pensar en cuando no podía encontrarte... —confesó—. Era *insoportable*. Me sentía vacío. E inútil. Una sensación terrible. Sabía que estabas en peligro, y cada segundo que pasaba moría porque no podía hacer nada por ayudarte. Estaba desesperado, temía que cada instante pudiera ser el último para ti, y la idea de no estar a tu lado para devolverte a la vida me hacía temblar —explicó frustrado.

—¿Y después qué pasó? ¿Cómo me encontraste? —pregunté, insegura sobre cómo lo había hecho.

—Estaba al borde de la desesperación. Nunca antes había sabido qué era el *miedo*. Nunca —enfaticó esa palabra mirándome a los ojos—. Me concentraba con todas mis fuerzas en ti, pero no encontraba un agujero, seguía llamándote, pero estaba bloqueado, andaba a tientas por el vacío más absoluto. Después, y a punto de perder toda esperanza, se abrió una brecha entre nosotros, sólo durante una milésima de segundo, pero me bastó para encontrarte. Estoy seguro de que fue nuestra química lo que nos conectó. Sé que tú también la percibes. El sentimiento que nos une es muy fuerte.

—¡Te oí! ¡Oí tu voz! Tuvo que ser entonces cuando me encontraste —constaté—. Pero ahora estamos aquí —lo tranquilicé con la intención de que se deshiciera de esa melancolía que le oscurecía el rostro.

—No le demos más vueltas —dijo Evan, y me siguió mientras me dirigía a un gran arce—. Es extraño —me sorprendió riendo para sus adentros—, hay algo que todavía no me has preguntado.

—¿El qué?

Evan me lanzó una mirada dudosa, como si fuera absurdo que no le hubiese preguntado algo que se esperaba.

—¿No tienes curiosidad por saber cuántos años tengo?

Empujada por la tensión que flotaba en su rostro mientras esperaba mi respuesta, le tomé el pelo y bajé la mirada un instante, mordiéndome el labio, con la intención de dejarlo en ascuas. Lo miré de reojo, saboreando su preocupación, y luego lo miré a los ojos, dejando entrever la seguridad que sentía en ese aspecto.

—No me importa.

—¿No tienes miedo de que sea demasiado *viejo* para ti? —dijo riendo, volviendo a contemplar el arce hacia el que nos dirigíamos.

—¡Ya no me asusta nada! —revelé con sarcasmo.

—¡Oh, oh, nos hemos vuelto valientes! —bromeó con una sonrisa en la boca.

A la espera de mi respuesta, Evan me miró de reojo y evaluó mi silencio antes de hablar.

—Trescientos nueve.

Mi corazón se detuvo un instante.

Intenté disimular el estupor, pero mis párpados no podían quedarse quietos, se abrían y cerraban espasmódicamente.

—¡Ju... juro que te habría echado doscientos noventa! —bromeé para intentar dominar el temblor en mi voz, arrancándole una sonrisa antes de que volviera a ponerse serio.

—Quería que lo supieras —se justificó por aquella imprevista revelación—. Antes de tomar una decisión.

Cuando llegamos al arce me di la vuelta.

—¿Una decisión sobre qué? —pregunté, desconcertada, y apoyé la espalda en el tronco del árbol. Podía notar el olor a musgo de la corteza a aquella hora de la mañana.

Evan alargó los brazos y colocó las manos a los lados de mi cabeza, aprisionándome con su cuerpo mientras una explosión se liberaba en mi estómago y me subía hasta el pecho.

—Sobre si quieres estar conmigo —respondió. Mi corazón volvió a detenerse.

Unió su mirada a la mía con una dulce firmeza, esperando en silencio una respuesta que, dentro de mí, ya le había dado la primera vez que lo vi. Aun así, oír su propuesta en voz alta me inundó de una emoción indescriptible.

—He dicho que no me importa —logré murmurar.

—Mira que será para siempre —me conminó en voz baja, acariciándome la mejilla con el pulgar.

No podía hablar cuando me tocaba. Me privaba de cualquier forma de control y hacía que las emociones vagaran en mí alocadas, despertando escalofríos por todo mi cuerpo.

—Cada día —susurró, acercándose lentamente hasta que su mejilla acarició ligeramente la mía. Con movimientos medidos, hundió los dedos en mi pelo y me deshizo en un torpor lánguido—. Y cada noche —me murmuró al oído, acariciándolo con los labios— mientras quieras.

Por mucho que deseara gritarle mi consentimiento, no podía hablar. Estaba paralizada por la intensidad de la emoción que me embargaba.

Noté sus labios descendiendo por mi cuello, recorriéndolo con una dulzura infinita, mientras su mano me sostenía la cabeza. Me estaba ahogando en una dulce languidez.

—Dijiste que no existía un mundo en el que pudiéramos estar juntos —recordé mientras mi piel se estremecía al notar su respiración.

—Entonces peharemos por que lo haya. Lucharé contra el mundo entero si tú estás a mi lado.

La emoción me rompió la voz.

—Cuenta con ello —conseguí decir en un susurro apenas perceptible, completamente cautiva por su embrujo.

Mi corazón reaccionó cuando Evan alejó la boca de mi cuello y me miró intensamente a los ojos, haciendo que me fundiese como miel caliente. Su presencia, cómo me tocaba con delicadeza, de verdad, su mirada en mí, su voz... todo en él me hipnotizaba. Me sentía presa de un sortilegio oscuro.

—Entonces serás mía —susurró—, siempre. Siempre. —Y acercó lentamente sus labios a los míos. Apoyé la mano en su pecho, descubriendo la solidez bajo los dedos, y me abandoné a él. Me perdí en su beso, suave y denso, mientras una corriente de emociones me arrastraba y me inundaba de calidez.

Cada parte de mí era suya. Pertenece a Evan incondicionalmente.

Como si hubiese nacido para él y él para mí.

Cuando nuestros labios se separaron sentí su frente apoyarse sobre la mía con dulzura. Podía notar su respiración cálida en mi boca.

Abrí los ojos y mi mirada se posó en la plaquita que brillaba sobre su camiseta gris. La toqué y le di la vuelta mientras el eco de su beso aún me aturdí y una emoción infinita se apoderó de mi corazón al notar la incisión sobre la superficie plana. Grabado en el acero, nuestros nombres se enlazaban en una elegante caligrafía.

—*Gevan* —susurró, dejándome sin aire.

—Evan, ¿cómo... cuándo lo has hecho? —pregunté, emocionada.

Evan sonrió y cerró los ojos. Los hoyuelos que se dibujaban bajo sus ojos se hincharon dulcemente.

—La primera vez que te salvé, cuando entendí que sería tuyo para siempre. Eres una parte de mí, Gemma.

¿Podía un cuerpo contener una sensación tan fuerte? Mi corazón estuvo a punto de traicionarme.

—Tengo una cosa para ti —reveló, escondiendo una mano en el bolsillo.

Cuando la extrajo, la cadenita plateada que sujetaba entre los dedos brilló, arrancándole un rayo de luz al alba.

Me estremecí al reconocerla. Me llevé instintivamente una mano al cuello y encontré la piel desnuda. Se trataba del colgante del que nunca me separaba.

—Lo perdiste en el bosque —explicó, acercando la mano para enseñármelo—. ¿Puedo? —Me miró a los ojos en busca de mi permiso, pero no esperó a una respuesta. Abrió la mano en la que tenía el colgante y lo tocó con la otra. El oro blanco brilló de repente con una luz casi imperceptible.

—¿Qué...? —dije, inclinando la cabeza mientras lo observaba, confusa.

—Mira la inscripción —sonrió.

Alargué la mano y agarré el colgante con forma de mariposa, sujetándolo entre los dedos. Se me hizo un nudo en la garganta al comprobar que la inscripción había cambiado y ahora era idéntica a la

suya. Mi nombre ya no era el único que brillaba en la plaquita de oro blanco, sino que estaba unido al suyo. La tácita promesa de que nunca más estaría sola.

—¿Estás enfadada? —indagó Evan buscando mi mirada con aire culpable.

—Evan, es que... No tengo palabras. Es *realmente precioso* —suspiré haciendo desaparecer de inmediato cualquier preocupación de su rostro.

—Sé que no te lo quitas nunca. Así me aseguro de que siempre llevarás un trocito de mí contigo. ¿Me dejas? —Cogió la cadenita de mis manos y me apartó el pelo a un lado, invitándome a recogermelo.

Me aguanté el cabello y me giré para ofrecerle mi cuello. Con los dedos rozó mi piel, deteniéndose unos segundos en mi nuca. Otro escalofrío me asaltó ante su contacto, y en aquel instante supe con certeza que nunca me acostumbraría a esa sensación que me invadía cuando me tocaba.

—Tengo que pedirte algo.

Me puse bien el pelo y volví a mirarlo, preocupada por la seriedad que había adoptado su voz.

—¿Qué? —Su fascinación seguía aturdiéndome y me atrapaba en un mundo desconocido. Lo miré a los ojos mientras esperaba una respuesta y pensé que le diría que sí a cualquier cosa que me pidiera.

—Tienes que hacerme una promesa —dijo en tono solemne.

Asentí y esperé a que hablara.

—No quiero que nunca más haya secretos entre nosotros. Sean cuales sean las circunstancias. Son peligrosos. Mira adónde nos ha llevado incluso el secreto más pequeño. Quiero que seas mía, *mía*, y de ningún otro. Y yo seré completamente tuyo, sin reservas. —Su mirada se incendió en mis ojos mientras esperaba una respuesta.

—Te lo prometo —respondí con decisión.

Evan me acarició la cara y me estremecí por enésima vez, ahogándome en aquella emoción. No podía creer que me estuviera pasando realmente a mí, que él estuviera ahí, tan cerca que podía percibir el calor de su respiración sobre mi rostro. Me acarició el labio con el pulgar mientras sus ojos trazaban una senda y yo enloquecía, a merced del deseo que sentía por él.

—¿Con qué intensidad se puede querer a una persona, así en tan poco tiempo? —susurré con los ojos encadenados a sus labios.

—Hasta la locura —respondió en voz baja. Luego tragó y me besó con una dulzura negra.

—Evan... —Cerré los ojos mientras un nuevo temor me atormentaba—. ¿Crees que vendrán a buscarme? —De repente temí que alguien me pudiera separar de él.

Evan escondió la mirada unos instantes y reflexionó sobre su respuesta.

—He vagado por la Tierra durante siglos en busca de algo que me devolviera a la vida. Ahora que te he encontrado, no permitiré que nadie te separe de mí. Te protegeré a toda costa. —Pese a la determinación en su voz, los ojos dejaban entrever su preocupación—. No estoy seguro de que esto haya acabado, no quiero mentirte, pero no permitiré que te pase nada malo, Gemma. Estaremos juntos. Y será *para siempre*.

—Mi para siempre es un poco diferente del tuyo. —Sonreí para mis adentros al descubrir que en la mirada de Evan no había rastro de miedo—. Porque, aunque tarde o temprano la muerte nos separará, hasta entonces me conformaré con cada instante que me sea concedido.

Evan levantó delicadamente mi barbilla e imprimió su mirada en la mía para que leyera la

promesa a través de la profundidad de sus ojos.

—Ni siquiera la muerte nos podrá separar. Aunque tenga que desafiar a todas las fuerzas del universo, encontraré una solución también para eso.

Sus labios se cerraron en mi frente para ratificar lo que para él era una promesa.

Agradecimientos

Necesité tres meses para escribir el primer borrador de *Hechizada*, pero el proceso que ha seguido este libro que tenéis entre manos ha sido largo y tengo que darle las gracias a todas las personas que, mientras tanto, me han apoyado, han cruzado los dedos o se han alegrado junto a mí. En primer lugar, con todo mi corazón, le doy las gracias a mi fan número uno, la persona que ha estado más cerca de mí durante este viaje —a veces real, a veces imaginario— hecho de dificultades, esperanzas y sobre todo de emociones: mi marido Giuseppe Amore, que revive conmigo todas las escenas cada vez que escribo un nuevo fragmento. Gracias por tu infinita fe en mí y en el proyecto y porque, si soy capaz de describir el amor, es sólo gracias a ti. No habría podido desear un marido mejor. Siempre has creído en mí y me has animado a perseguir mi sueño incluso cuando me perdía por el camino. Sin ti y tu constante apoyo nada de esto hubiese sido posible.

A Gabriel Santo, porque tus sonrisas y tus dulces miradas llenan mis días de calor. Y porque desde que naciste, cambiaste mi mundo. Os quiero a ti y a tu papá más que a cualquier otra cosa.

Un enorme gracias va para toda mi familia, por el entusiasmo demostrado y por haber amado enseguida a los personajes de *Hechizada*. Con vuestra ayuda habéis contribuido a que la novela crezca y se refuerce cada día más. A mis hermanas, Ketty y Rosanna. Le agradezco a Ketty que me haya ayudado en la tarea más difícil: conciliar mi sueño con las mil obligaciones de una madre/ama de casa. Y a Rosanna, con su maravillosa página en Facebook Il Silenzio Illumina L'Anima, por los consejos y la asesoría web. A mis padres, por haberme criado rodeada de amor: mi madre, que ha seguido la historia de Evan y Gemma desde el principio, escondiendo el manuscrito cuando entraba un cliente a la pastelería porque le pedí que lo mantuviera en secreto. Y gracias a mi padre, que en lugar de leerme cuentos cuando era pequeña, cada noche inventaba nuevas historias, enseñándome que la imaginación existe. A mi carlino *Bam Bam*, que se acurruca a mis pies cada vez que escribo (y que siempre duerme, ¡como *Iron!*).

Y ahora quiero darle las gracias a las personas que ocupan un lugar muy especial en mi corazón. Por haber creído firmemente en mí y en mi historia, con emoción y tanto afecto, le doy las gracias a mis agentes Luigi Bernabò y Elena Benaglia, guerreros incansables y personas maravillosas, igual que el resto del fantástico equipo de la agencia Luigi Bernabò Associates. Gracias por haberme acogido con vosotros.

Un agradecimiento muy especial, *realmente* especial, por la pasión y el entusiasmo demostrados por la historia de Evan y Gemma se lo debo a la grande y dulcísima Cristina Prasso y al increíble equipo de la editorial Nord, que me ha acogido con calidez en su maravilloso mundo. Detrás de una gran editorial se esconden grandes personas, ahora lo sé. Un agradecimiento infinito a mi editora, Giorgia di Tolle, por el espléndido trabajo que ha hecho con *Hechizada*. No podría estar más satisfecha y sobre todo, ¡nunca habría imaginado que hacer un *editing* sería tan divertido! Gracias a todos los que han trabajado en el texto. Al editor Paolo Caruso, por sus preciados consejos y por haber encontrado el título perfecto. A Luca Covi, por haber creído con entusiasmo en la historia, contribuyendo a hacerla mejor, y por sus sugerencias musicales. A las simpaticísimas Barbara Trianni y Laura Passarella del departamento de prensa. A Graziella Cerutti, directora de ventas; a Elena Pavanetto y Giacomo Lanaro del departamento de marketing; y a la fantástica Uti, por su atento trabajo de corrección y por haber impedido que Gemma se perdiera por las calles de Lake Placid. A

Renu Sharma, por sus preciosas cubiertas. He conocido personas maravillosas y mi viaje, con vosotros, ha alcanzado cimas inexploradas.

¡Infinitos agradecimientos a Melanie Rostock y a Elena Rodríguez, de Oz Editorial, por la alegría que sentí cuando se pusieron en contacto conmigo para publicar *Hechizada* en España!

Otro agradecimiento especial a Francesco Pedicini, por su disponibilidad para ayudar al prójimo (incluso en las peticiones más insólitas ;-), por haberse esmerado tanto y por haber creído en mí. Tienes un gran corazón. A Arianna Letizia, por los preciados consejos sobre el texto y por el tiempo que me ha dedicado. A Andrea Bottelli, por su generosa ayuda y por las apreciadas directrices. A Linda Salvia Gangemi, por haberme ayudado a encontrar el lugar perfecto: ¡Lake Placid es realmente fantástica! Agradezco y me excuso a la vez con los habitantes del lugar: espero que no haya cometido errores imperdonables. Nunca he visitado vuestra fantástica ciudad, pero he recorrido todas las calles gracias a Google Earth, así que de algún modo es como si hubiera estado allí. Espero que algún día pueda visitarla en persona. Y sé que el lacrosse no es uno de los deportes más practicados por los Blue Bombers en el Lake Placid High School, ¿pero qué puedo hacer si me gusta tanto?

Gracias a Alex Mcfaddin, de Lake Placid, por haberme soportado todos estos años, respondiendo a mis preguntas sobre la ciudad. Un pensamiento especial va a la memoria de A.A., un chico que no conocí, pero que inspiró la historia inicial mientras iba ir a trabajar. Un agradecimiento especial para la profesora de lengua Maria Luisa Spagnuolo: aunque sólo era una niña, nunca he olvidado la fe que ponía en mí y en mis relatos. Se ha quedado grabada en mi corazón. Gracias a mi querida tía Orietta Strazzanti, por haberse levantado cada día al alba para revisar la novela y a mi querido tío Gino Strazzanti por el apoyo técnico. Gracias también a los simpáticos amigos de la librería Mondadori de Caltanissetta, Alberto y Lia, por el apoyo moral. También le doy las gracias a James Blunt: seguramente no lo sabrás nunca, pero tu música nunca ha dejado de inspirarme.

Y ahora un agradecimiento realmente especial para las lectoras y las fantásticas blogueras que me han apoyado en el difícil camino desde que empezó todo: gracias porque con vuestras palabras habéis permitido que *Hechizada* emerja. Gracias de todo corazón a los blogueros que quieran apoyar a Evan y Gemma en el futuro, ¡espero conocerlos pronto!

Empecé esta aventura completamente sola, pero por el camino he conocido personas maravillosas y han surgido amistades sinceras y espero acoger otras nuevas porque me dan muchas alegrías. Gracias a Susy Follero y a todas las Brujitas y los Subterráneos del Club de Fans de *Touched*. (Os llevo en el corazón. *Go Touchers!*). A Bliss Silverleaf (Valentina) del blog *Libri Per Passione* por su entusiasmo y el afecto demostrado; a Maria Loreta de Benedettis, por los preciosos dibujos de Evan y Gemma; a Elena Serboli y a su familia de pececitos Subterráneos; a *Sangue Blue* (Sara) y a las chicas del blog *Sognando tra le righe*, por la primerísima reseña (¡todavía recuerdo cómo se me aceleró el corazón!). A Elisa Florio, por haberse tatuado a Evan y Gemma en la piel (¡aún no me lo creo!); a Glinda Izabel, del blog *Atelier dei Libri*, donde Evan y Gemma levantaron su primer vuelo; a Franci Cat, del blog *Leggendariamente*; a Vania Previte, del blog *Un Libro Per Sognare*, por haberse dejado *Evanizar* (¡y por haber acuñado el término!); a la dulce Beatriz Luzo del blog *BookLovers*; a la querida Luna Effy Ferrara, del blog *Who is Charlie* (¡Ánimo TeamDrake!); a Lucia Pannacci del blog *TheLoyalBook*, por su ayuda en las correcciones lingüísticas y la paciencia con mis infinitas peticiones. A Stella Ferro, por haberse emocionado en nuestro encuentro casual (¡y por haberme emocionado a mí también!). A Valentina Canella, por las preciosas camisetas. A Sophie Newton (Jen) y Consuelo Cedioli, por las largas charlas sobre Evan y Gemma. Y a todos los que me han seguido desde la autopublicación, por todas las emociones que cada día me han regalado con sus

palabras. Sería imposible mencionarlos a todos, pero os llevo en el corazón. Inicié este proceso al revés, partiendo desde abajo y con muchas dificultades. Tuve que trabajar mucho, pero me esforcé al máximo y al final, paso a paso, he conseguido llegar a aquel sueño que parecía tan lejos. Y si esto ha sido posible también os lo debo a vosotros, que habéis permitido que Evan y Gemma entren en vuestros corazones. Pero sobre todo, estés donde estés, te doy las gracias a ti, que estás leyendo. Espero haberte hecho un poco de compañía y que Evan y Gemma te hayan regalado un trocito de las emociones que cada día hacen latir mi corazón.

Nunca habría pensado que sería tan emocionante escribir los agradecimientos. Ha sido como un viaje hacia atrás que me ha hecho recordar el sendero, a veces accidentado, que me ha traído hasta aquí y a todas las personas que me han acompañado en este camino. Algunos de vosotros lo habéis hecho en un breve tramo, otros desde que *Hechizada* era sólo un esbozo... A todos vosotros os doy las gracias, de todo corazón. Han pasado años desde que Evan y Gemma se asomaron por primera vez a mi cabeza, susurrando su historia casi de puntillas, y desde entonces han pasado a formar parte de mi vida y de mi corazón, regalándome mil emociones, así que un gracias muy especial también para ellos.

A mi hijo: nunca dejes que el miedo o la inseguridad tomen las decisiones en tu lugar. Persigue siempre tus sueños y no te rindas o se convertirán en arrepentimientos. Apunta alto, porque si te pierdes, siempre tendrás a las estrellas que te indicarán el camino. Y cree en ti. Siempre. Tus elecciones serán también las mías.

Y a ti, que tienes un sueño escondido, quiero decirte: no esperes a que te descubran. Si tu sueño es escribir, haz todo lo necesario para que se cumpla. Yo lo he hecho.

Elisa S. Amore



Elisa S. Amore (1984) nació y vive en un pequeño pueblo siciliano junto a su marido, su hijo y un carlino que se pasa el día durmiendo y del que no se separa nunca. En su familia se ha ganado el apodo de «devoradora de libros». Le gusta escribir de noche, cuando el resto del mundo duerme y sabe que allí fuera, las estrellas le hacen compañía. Le gustan las motos de carreras, colecciona libros, DVD y muñecos en miniatura de Disney, todos custodiados bajo llave. Hechizada es su primera novela.